BRENT WEEKS

AL FILO DE LAS SOMBRAS



Lectulandia

El asesino perfecto no tiene un nombre, sino mil rostros.

La partida ha empezado. Todas las piezas han tomado posiciones e inician sus movimientos.

Todas menos una.

Tras la muerte de Durzo Blint, su maestro, y de Logan, su mejor amigo y el legítimo heredero al trono, Kylar Stern siente que ya nada le ata a Cenaria, un país sometido a los caprichos del invasor: el rey dios Garoth Ursuul. Mientras los incendios y el pillaje se adueñan de la metrópoli, mientras miles de refugiados emprenden la huida y los resistentes se disponen a luchar, Kylar decide renunciar a su antigua vida.

Sin embargo, la noticia de que Logan está vivo, oculto en la peor de las prisiones, exige una decisión final: o bien Kylar acepta sin mirar atrás la ciudad, la profesión y la familia que son ahora su futuro y su redención a la vez, o bien se adentra en el camino sin retorno de las sombras, donde su talento como asesino podría salvar a un amigo y a un país… aun a riesgo de perder todo lo demás.

Lectulandia

Brent Weeks

Al Filo de las Sombras

El Ángel de la Noche II

ePUB v1.2
Anónimo 14.07.11

más libros en lectulandia.com

Para Kristi, por no dudar nunca, ni siquiera cuando yo lo hice.

Y también…

Para Kevin, porque es tarea del hermano mayor endurecer al pequeño. Lo que me enseñaste, lo he necesitado (pero nunca he sido el mismo desde aquel incidente con la bola de barro).

Capítulo 1

—Tenemos un contrato para ti —dijo Mama K.

Como siempre, sentada recordaba a una reina: la espalda recta, el suntuoso vestido sin una sola arruga y el pelo, aunque un poco canoso en las raíces, recogido de manera impecable. Si bien esa mañana tenía ojeras. Kylar supuso que ninguno de los cabecillas supervivientes del Sa'kagé había dormido mucho después de la invasión khalidorana.

—Buenos días a ti también —dijo Kylar mientras se sentaba en el sillón de orejas del estudio.

Mama K no se volvió de cara a él, sino que siguió mirando por la ventana. La lluvia de la noche anterior había apagado la mayor parte de los incendios, pero muchos humeaban aún y bañaban la ciudad en un amanecer carmesí. Las aguas del río Plith, que separaba los barrios ricos al este de Cenaria de las Madrigueras, parecían rojas como la sangre. Kylar no estaba seguro de que el único motivo fuese que el humo tapaba el sol; en la semana transcurrida desde el golpe, los invasores de Khalidor habían masacrado a millares de personas.

—Hay una pega —prosiguió Mama K—. El muriente sabe que va a intentarse.

—¿Cómo lo sabe? —Por lo general el Sa'kagé no era tan chapucero.

—Nosotros se lo dijimos.

Kylar se frotó las sienes. Si el Sa'kagé ponía sobre aviso a alguien era para no verse involucrado en caso de que el intento fracasara. Eso significaba que el muriente solo podía ser un hombre: el conquistador de Cenaria, el rey dios de Khalidor. Garoth Ursuul.

—He venido a por mi dinero, nada más —dijo Kylar—. Han ardido todas las casas seguras de Dur... todas mis casas seguras. Solo necesito lo suficiente para sobornar a los centinelas de las puertas. —Llevaba desde pequeño pasándole una parte de su paga a Mama K para que la invirtiese. Debería tener de sobra para unos cuantos sobornos.

Mama K hojeó en silencio unos folios de papel de arroz que tenía en el escritorio y le entregó uno a Kylar. Al principio, las cifras lo dejaron estupefacto. Estaba implicado en la importación ilegal de hierba jarana y media docena más de plantas adictivas, poseía un caballo de carreras, tenía participación en una cervecería y varios negocios más, así como porcentajes de la cartera de un usurero, y era copropietario de varios cargamentos de sedas y gemas, cargamentos absolutamente legítimos... salvo que el Sa'kagé prefería pagar un veinte por ciento en sobornos en vez del cincuenta por ciento en aranceles. La enorme cantidad de información que contenía la página resultaba abrumadora. Kylar no sabía lo que significaba la mitad de lo que leía.

—¿Tengo una casa? —preguntó.

—Tenías —respondió Mama K—. Esta columna recoge la mercancía perdida en los incendios o saqueos. —Todas las entradas salvo una expedición de sedas y otra de hierba jarana iban seguidas de una equis. La mayoría de sus propiedades se habían perdido—. Ninguna de las dos expediciones regresará antes de varios meses, si es que lo hacen. Como el rey dios siga confiscando los navíos civiles, no volverán nunca. Claro que si estuviese muerto...

Kylar ya veía adónde quería ir a parar.

—Según esto, mi parte vale todavía de diez a quince mil. Te la vendo por mil; es todo lo que necesito.

Mama K ni le hizo caso.

—Necesitan un tercer ejecutor para asegurarse de que salga bien. Cincuenta mil gunders por una muerte, Kylar. Con ese dinero podrías llevarte a Elene y a Uly a donde quisieras, le harías un favor al mundo y no tendrías que trabajar nunca más. Solo es un último encargo.

Kylar vaciló apenas un momento.

—Siempre hay un último encargo. He terminado.

—Esto es por Elene, ¿verdad?

—Mama K, ¿crees que un hombre puede cambiar?

Ella lo miró con una profunda tristeza.

—No. Y acabará odiando a quienquiera que le pida que lo haga.

Kylar se levantó y salió por la puerta. En el pasillo se topó con Jarl. Su amigo sonreía como cuando eran dos granujillas de las calles y tramaba alguna travesura. Vestía lo que debía de ser la última moda: una túnica larga de hombreras exageradas a juego con unas calzas ajustadas y metidas por dentro de botas altas. Daba una imagen vagamente khalidorana. Llevaba el pelo en elaboradas trencillas rematadas por cuentas doradas que hacían resaltar su piel negra.

—Tengo el trabajo perfecto para ti —dijo Jarl, en voz baja pero nada arrepentido de haber escuchado a escondidas.

—¿No hay que matar a nadie? —preguntó Kylar.

—No exactamente.

—Santidad, los cobardes están preparados para redimirse —anunció el vürdmeister Neph Dada, proyectando la voz para que la muchedumbre pudiera oírle bien. Era un anciano encorvado, con la piel manchada y surcada de venas, que apestaba a muerte mantenida a raya mediante magia; respiraba con fatiga por el esfuerzo de haber subido a la plataforma situada en el gran patio del Castillo de Cenaria. De los hombros de sus ropajes negros colgaban doce cordones anudados en representación de las doce shu’ras que había dominado.

Neph se arrodilló con dificultades y ofreció al rey dios un puñado de pajas.

Desde la plataforma, el rey dios Garoth Ursuul pasaba revista a sus tropas. En el centro de la primera fila había casi doscientos montañeses del clan Graavar, salvajes altos, fornidos y de ojos azules que llevaban el pelo moreno corto y los bigotes largos. A los lados formaban las demás tribus montañesas de élite que habían tomado el castillo. Detrás esperaba el resto del ejército regular que había entrado en Cenaria después de la liberación.

La neblina que se elevaba desde el río Plith a ambos lados del castillo y se colaba por debajo de los herrumbrosos rastrillos de hierro estaba dejando helados a los asistentes. Los Graavar se habían distribuido en quince grupos de trece guerreros cada uno, y eran los únicos que no llevaban armas, armadura ni túnica. Únicamente en pantalones, con el rostro pálido e impasible, sudaban en vez de temblar en aquella fría mañana de otoño.

Nunca se generaba alboroto cuando el rey dios pasaba revista a sus tropas, pero en esa ocasión reinaba un silencio escalofriante aunque hubiera millares de curiosos en el gran patio. Garoth había congregado a todos los soldados disponibles y también había permitido asistir a los sirvientes, nobles y plebeyos cenarianos. Los meisters, ataviados con capotillos negros y rojos, se apretujaban junto a los vürdmeisters de vestiduras largas y a los soldados, labriegos, toneleros, nobles, jornaleros, doncellas, marineros y espías de Cenaria.

El rey dios se había echado hacia atrás la gran capa blanca ribeteada de armiño para hacer resaltar sus musculosos hombros. Por debajo llevaba una túnica blanca sin mangas sobre unos pantalones anchos del mismo color. Tanto blanco daba un aire fantasmal a su pálida tez khalidorana y ofrecía un acusado contraste con el vir que serpenteaba por su piel. Unos zarcillos negros de poder se elevaban hasta la superficie de sus brazos. Grandes nudos, nudos erizados de espinas, afloraban y se hundían, y también ondulaban a lo largo de su piel. Unas garras le rastrillaban la epidermis desde debajo. Además, el vir no quedaba confinado a sus brazos: los zarcillos subían hasta enmarcarle la cara, le llegaban al cuero cabelludo calvo y le traspasaban la piel para formar una vibrante corona negra de espinas. Hilillos de sangre le caían a los lados de la cara.

Para muchos cenarianos, era la primera vez que veían al rey dios. Estaban boquiabiertos. Temblaban al sentirse recorridos por su mirada. Exactamente lo que él pretendía.

Por fin, Garoth seleccionó una de las pajitas que Neph Dada le ofrecía y la partió en dos. Tiró una mitad y cogió otras doce pajitas enteras.

—Así hablará Khali —anunció con una voz cargada de poder.

Hizo una seña para que los Graavar subieran a la plataforma. Durante la liberación, se les había ordenado defender aquel patio y retener a los nobles cenarianos hasta su exterminio. En lugar de eso, los montañeses habían huido en

desbandada y Terah de Graesin y los suyos aprovecharon para escapar. Era inaceptable, inexplicable e impropio de los fieros Gravaar. Garoth no entendía qué impulsaba a unos hombres a luchar un día y huir el siguiente.

Lo que sí entendía era la vergüenza. Los Graavar se habían pasado la semana siguiente limpiando cuadras, vaciando orinales y fregando suelos. No se les había permitido dormir para que dedicaran las noches a sacar brillo a las armas y armaduras de los guerreros que, a diferencia de ellos, no habían fallado. Ese día, expiarían su culpa y, durante el año siguiente, estarían ansiosos por demostrar su heroísmo. Al acercarse al primer grupo acompañado de Neph, Garoth retiró el vir de sus manos. Cuando los hombres sacaran sus pajitas, no debían considerar fruto de la magia o capricho del rey dios que un hombre se salvara y otro se condenase. Debían verlo como el mero destino, la inexorable consecuencia de su propia cobardía.

Garoth levantó las manos y, juntos, todos los khalidoranos oraron:

—Khali vas, Khalivos ras en me, Khali mevirtu rapt, recu virtum defite.

Mientras moría el eco de la plegaria, se acercó el primer soldado. Tendría apenas dieciséis años y sobre su labio se apreciaba solo una levísima sombra de bigote. Cuando desplazó los ojos del gélido rostro del rey dios a las pajitas, pareció a punto de desmayarse. Su pecho desnudo resplandecía de sudor a la luz creciente de la mañana; los músculos se le contraían involuntariamente. Sacó una pajita. Era larga.

Su cuerpo liberó de golpe la mitad de la tensión que lo atenazaba, pero solo la mitad. El joven que tenía al lado, tan parecido a él que debía de ser su hermano mayor, se pasó la lengua por los labios y sacó una pajita. Era corta.

Un alivio malsano invadió al resto del pelotón, y los millares de asistentes que no podían distinguir la pajita desde lejos supieron lo que había salido por sus reacciones. El condenado miró a su hermano pequeño, que apartó la vista; luego volvió una mirada incrédula hacia el rey dios y le entregó la pajita corta.

Garoth dio un paso atrás.

—Khali ha hablado —anunció.

Los restantes miembros del pelotón contuvieron el aliento, y el rey dios les hizo una seña con la cabeza.

Todos ellos, incluido el hermano, rodearon al hombre y empezaron a golpearle.

Habría sido más rápido si Garoth les hubiese permitido llevar guanteletes o usar la contera de las lanzas o la parte plana de las espadas, pero le parecía mejor que lo hicieran con las manos desnudas. Cuando la sangre empezara a fluir y salpicar bajo los golpes, no debía manchar la ropa del pelotón; tenía que mancharles la piel. Que sintieran el calor de la sangre del joven mientras moría. Que conocieran el precio de la cobardía. Los khalidoranos no huían.

El pelotón atacó con saña. El círculo se cerró y sonaron los gritos. El sonido de la carne desnuda al golpear la carne desnuda tenía algo íntimo. El joven desapareció y

lo único que quedó a la vista fueron los codos que subían y bajaban con cada puñetazo y los pies que se retiraban para propinar nuevas patadas. Y al cabo de unos instantes, sangre. Al sacar aquella pajita corta, el joven se había convertido en el chivo expiatorio. Era el decreto de Khali. Dejaba de ser el hermano o el amigo para encarnar lo que todos habían hecho mal.

En dos minutos, el joven estaba muerto.

Los miembros del pelotón volvieron a formar, rociados de sangre y jadeantes por el esfuerzo y la emoción; ni echaron un vistazo al cadáver que tenían a los pies. Garoth los miró uno por uno a los ojos, sosteniendo la mirada del hermano durante más tiempo. Luego se acercó al muerto y extendió una mano. El vir le atravesó la piel de la muñeca, se estiró formando una garra de contorno irregular y apresó la cabeza del cadáver. Las uñas se contrajeron y la cabeza reventó con un sonido húmedo que provocó arcadas a docenas de cenarianos.

—Se acepta vuestro sacrificio. Así quedáis purificados —anunció, y los saludó.

Ellos le devolvieron el saludo con orgullo y retomaron su puesto en la formación del patio. Dos guardaespaldas del rey dios arrastron el cadáver a un lado.

Garoth hizo una seña al siguiente pelotón. Las próximas catorce ceremonias de absolución serían una repetición de la primera, y aunque el nerviosismo seguiría dominando a todos los grupos, pues incluso los que habían pasado por la plataforma podían perder a amigos y familiares de otros pelotones, el rey dios perdió el interés.

—Neph, cuéntame qué has descubierto sobre ese hombre, ese tal Ángel de la Noche que mató a mi hijo.

El Castillo de Cenaria no se contaba entre los lugares que más le apeteciera volver a visitar a Kylar. Iba disfrazado de curtidor, con las manos y los brazos manchados hasta el codo de un tinte lavable, y una túnica de lana propia de un artesano llena de salpicaduras. Se había echado unas gotas de un perfume especial que su difunto maestro Durzo Blint había creado; apestaba casi tanto como un verdadero curtidor. Durzo siempre había preferido los disfraces de curtidor, porquero, mendigo y demás personajes que la gente respetable procuraba no ver... ya que no podía evitar olerlos. Solo se había aplicado el perfume a las prendas exteriores para poder deshacerse de ellas en caso de necesidad. Se le quedaría pegado un resto del hedor, pero no había disfraz sin desventajas. El arte consistía en adecuar esas desventajas al trabajo que se tenía entre manos.

El Puente Real de Oriente había ardido durante el golpe. Aunque los meisters lo habían reparado en casi su mayor parte, seguía cerrado, de modo que Kylar cruzó por el de Occidente. Los centinelas khalidoranos apenas le echaron un vistazo cuando pasó por delante de ellos. Daba la impresión de que todo el mundo, incluidos los meisters, solo tenía ojos para una plataforma situada en el centro del patio del castillo

y un grupo de montañeses que formaban con el pecho desnudo a pesar del frío. Kylar ni se fijó en el pelotón que se encontraba subido en la plataforma y escudriñó el patio en busca de amenazas. Todavía no estaba seguro de si los meisters podían detectar su Talento, aunque sospechaba que no serían capaces mientras no lo usara. Las capacidades de los brujos parecían mucho más vinculadas al olfato que las de los magos; era el motivo principal de que hubiese acudido disfrazado de curtidor. Si se le acercaba un meister, su esperanza era que los olores mundanos disimulasen los mágicos.

Había cuatro guardias a cada lado de la puerta, seis apostados en cada lienzo de la muralla romboidal del castillo y otros mil formando en el patio, además de los doscientos montañeses Graavar. Unos cincuenta meisters estaban colocados a intervalos regulares entre los varios millares de asistentes. En el centro de todo, sobre la plataforma provisional, había un grupo de nobles cenarianos, varios cadáveres mutilados y el rey dios Garoth Ursuul en persona, hablando con un vürdmeister. Era ridículo pero, aun con la cantidad de soldados y meisters presentes, probablemente sería la mejor oportunidad para matar a ese hombre que tendría un ejecutor.

Sin embargo, Kylar no estaba allí para matar. Estaba allí con el fin de estudiar a una persona para el trabajo más raro que había aceptado nunca. Escudriñó la multitud en busca del hombre del que Jarl le había hablado y no tardó en encontrarlo. El barón Kirof había sido vasallo de los Gyre. Con su señor muerto y sus tierras tan cerca de la ciudad, fue uno de los primeros nobles de Cenaria en hincar la rodilla ante Garoth Ursuul. Era un tipo gordo con una barba pelirroja recortada al estilo anguloso de las tierras bajas de Khalidor, la nariz grande y torcida, el mentón débil y unas pobladas cejas.

Kylar se acercó más. El barón Kirof sudaba, se secaba las palmas en la túnica y hablaba nervioso con los nobles khalidoranos que lo rodeaban. Cuando el joven se estaba abriendo paso entre la gente, un herrero alto y apestoso le hundió el codo en el plexo solar.

El codazo dejó a Kylar sin aliento y, mientras se doblaba en dos, el ka’kari rezumó de su mano y formó una daga de puño.

—Si querías mejores vistas, haber llegado temprano igual que hemos hecho los demás —dijo el herrero, que se cruzó de brazos y se arremangó para hacer alarde de unos bíceps descomunales.

Con un esfuerzo, Kylar obligó al ka’kari a regresar al interior de su piel y se disculpó con la mirada gacha. El herrero hizo un gesto burlón y volvió a concentrarse en el espectáculo.

El joven se conformó con unas vistas decentes del barón Kirof. El rey dios iba por la mitad de los pelotones y ya pululaban corredores del Sa’kagé aceptando apuestas de a quién de cada grupo le tocaría después. Lo que no pasó inadvertido a los

soldados khalidoranos. Kylar se preguntó cuántos cenarianos morirían por la crueldad de los corredores de apuestas cuando los soldados invasores recorrieran la ciudad esa noche, dolidos por la pérdida de sus camaradas y enfurecidos por la afrenta del Sa'kagé, que contaminaba todo lo que tocaba.

«Tengo que largarme de esta maldita ciudad.»

Del siguiente pelotón habían probado suerte diez hombres sin que ninguno sacara la pajita corta. El espectáculo había ganado en interés, casi valía la pena prestar atención: la desesperación de los hombres había ido en aumento a medida que sus compañeros se salvaban y sus propias esperanzas se volvían más negras. El undécimo, un hombre de unos cuarenta años todo tendón y cartílago, sacó la pajita más corta. Se mordisqueó la punta del bigote mientras la entregaba al rey dios pero, por lo demás, no reveló emoción alguna.

Neph echó un vistazo hacia la duquesa de Jadwin y su marido, que estaban sentados en la plataforma.

—Examiné el salón del trono —dijo al rey dios— y sentí algo con lo que no me había encontrado nunca. Todo el castillo huele a la magia que mató a tantos de nuestros meisters, pero algunos puntos del salón del trono sencillamente... no huelen. Es como si la casa estuviera ardiendo pero, al entrar en una habitación, no oliese a humo.

Ya corría la sangre, y Garoth estaba bastante seguro de que el hombre había muerto, pero el pelotón seguía ensañándose, dando golpes y más golpes.

—Eso no concuerda con lo que sabemos del ka'kari de plata —observó.

—No, santidad. Creo que existe un séptimo ka'kari, un ka'kari secreto. Creo que anula la magia y creo que lo tiene ese Ángel de la Noche.

Garoth reflexionó sobre aquello mientras los hombres formaban de nuevo detrás del cadáver. Le habían destrozado la cara por completo. Había sido un trabajo impresionante. O bien el pelotón se había aplicado para demostrar su compromiso, o bien el pobre desgraciado no caía bien. Garoth asintió, complacido. Volvió a extender la garra de vir y aplastó la cabeza del muerto.

—Se acepta vuestro sacrificio. Así quedáis purificados.

Los dos guardaespaldas apartaron el cuerpo a un lado de la plataforma. Allí los apilaban en un macabro montón para que, aunque los cenarianos no viesen la muerte de cada hombre, contemplasen el resultado.

Cuando empezó el siguiente pelotón, Garoth dijo:

—¿Un ka'kari escondido durante setecientos años? ¿Qué poder otorga? ¿El de ocultarse? ¿Y de qué me sirve eso?

—Santidad, con un ka'kari así, vos o vuestro agente podríais acceder al corazón de la Capilla y apoderaros de todos los tesoros que almacenen. Sin ser visto. Es

posible que vuestro agente pudiera entrar en el mismísimo bosque de Ezra y reclamar para vos los artefactos acumulados durante siete siglos. Entonces no habría más necesidad de ejércitos o de sutilezas. De un plumazo, podríais tener a todo Midcyru en un puño.

«Mi agente.» Sin duda Neph se ofrecería valerosamente voluntario para tan peligrosa misión. Aun así, la mera idea de un ka'kari como ese ocupó el pensamiento de Garoth durante las muertes de otro adolescente, dos hombres en la flor de la vida y un soldado veterano que lucía una de las mayores condecoraciones al mérito que otorgaba el rey dios. Ese último fue el único en cuyos ojos relució algo que recordaba a la traición.

—Investígalo —ordenó.

Se preguntó si Khali estaría al corriente de la existencia de aquel séptimo ka'kari. Se preguntó si Dorian lo estaba. Dorian su primer hijo reconocido, Dorian el que había sido su heredero, Dorian el profeta, Dorian el traidor. Dorian había venido a Cenaria, de eso a Garoth no le cabía ninguna duda. Solo Dorian podía haber llevado consigo a Curoch, la poderosa espada de Jorsin Alkestes. Un mago desconocido había aparecido con el arma durante un momento fugaz y exterminado a cincuenta meisters y tres vürdmeisters, para luego desaparecer. Saltaba a la vista que Neph esperaba que Garoth le hiciera preguntas al respecto, pero el rey dios había renunciado a encontrar a Curoch. Dorian no era ningún tonto. No habría traído a Curoch tan cerca si hubiese creído que podía perderla. ¿Cómo adelantarse a un hombre capaz de ver el futuro?

Garoth entrecerró los ojos mientras aplastaba otra cabeza. Cada vez que lo hacía se salpicaba de sangre los ropajes blancos como la nieve. Era lo que pretendía, pero no por ello resultaba menos irritante. Además, no parecía muy digno que le entrase sangre en los ojos.

—Se acepta vuestro sacrificio —dijo a los hombres—. Así quedáis purificados.

Se adelantó hasta el borde de la plataforma mientras el pelotón regresaba a su sitio en el patio de armas. Durante el ceremonial entero no se había vuelto ni una vez hacia los nobles cenarianos sentados a sus espaldas. En ese momento, lo hizo.

El vir cobró vida de golpe cuando se giró. Unos zarcillos negros subieron reptando hasta su cara, se acumularon sobre sus brazos, le recorrieron las piernas y hasta asomaron por sus pupilas. Les concedió un momento para que absorbieran la luz, de modo que el rey dios pareció una mancha de oscuridad, desdibujada y antinatural, bajo la creciente luz de la mañana. Después lo atajó. Quería que los nobles lo vieran.

No había un par de ojos que no estuvieran abiertos como platos. No era únicamente el vir o la majestuosidad innata de Garoth lo que los dejaba anonadados. Eran los cadáveres apilados como leña a cada lado y a su espalda, enmarcándolo

como si fuera un cuadro. Era la ropa blanca manchada de sangre y sesos que llevaba. Resultaba sobrecogedor en su poder y terrible en su majestad. Quizá haría que la duquesa Trudana de Jadwin pintara la escena... si sobrevivía.

El rey dios contempló a los nobles de la plataforma y estos observaron al rey dios. Se preguntó si alguno de ellos habría contado ya su propio número: trece.

Les tendió el puñado de pajitas.

—Adelante —les dijo—. Khali os purificará.

Esta vez, no tenía la menor intención de dejar que el destino decidiera quién moriría.

El comandante Gher miró al rey dios.

—Santidad, debe de haber un...

Gher dejó la frase en el aire. El rey dios no cometía errores. Palideció, sacó una pajita larga, y transcurrieron unos instantes antes de que se le ocurriera no parecer demasiado aliviado.

La mayoría de los demás eran nobles de segunda fila, los hombres y las mujeres que habían hecho funcionar el gobierno del difunto rey Aleine IX de Gunder. Se habían dejado corromper con una facilidad desconcertante. Qué sencilla podía llegar a ser la extorsión. Sin embargo, a Garoth no le servía de nada matar a aquellos peones, aunque le hubieran fallado. Todos sacaron una pajita larga.

Llegó hasta una sudorosa Trudana de Jadwin. Era la duodécima de la fila, y su marido, el último.

Garoth hizo una pausa. Dejó que cruzaran una mirada entre ellos. Sabían, como sabían todos los espectadores, que uno de los dos iba a morir, y que todo dependía de lo que sacase Trudana. El duque tragaba saliva de forma compulsiva.

—De entre todos los nobles presentes —dijo Garoth—, vos, duque de Jadwin, sois el único al que nunca he tenido a sueldo. Así pues, es obvio que no me fallasteis. Vuestra esposa, en cambio, sí.

—¿Qué? —preguntó el duque, mirando a Trudana.

—¿No sabíais que os engañaba con el príncipe? Lo asesinó por orden mía —explicó Garoth.

Había algo bello en presenciar lo que debería ser un momento de gran intimidad. La cara del duque, antes pálida de miedo, adoptó un tono grisáceo. Era evidente que había sido menos perspicaz si cabe que la mayoría de los cornudos. Garoth vio cómo lo golpeaba la comprensión, cómo lo destrozaba cada sospecha a la que alguna vez había quitado importancia, cada excusa barata que había tenido que escuchar.

Lo más curioso era que Trudana de Jadwin parecía afectada. No tenía la expresión hipócrita que Garoth se esperaba. Había creído que la duquesa pasaría al ataque y le diría a su marido que la culpa era de él. En lugar de eso, sus ojos transmitían una enorme culpabilidad. La única explicación que Garoth encontraba era que el duque

debía de haber sido un marido decente y ella lo sabía. Le había engañado porque había querido, y en ese momento se venían abajo dos décadas de mentiras.

—Trudana —dijo el rey dios antes de que ninguno de los dos acertara a hablar—, me has servido bien, pero podrías haberme servido mejor. Así pues, he aquí tu recompensa y tu castigo. —Le tendió las pajitas—. La corta está a tu izquierda.

La duquesa miró a los ojos de Garoth, oscurecidos por el vir, luego a las pajitas y por fin a su marido. Fue un momento imperecedero. Garoth sabía que la expresión de súplica de los ojos del duque perseguiría a Trudana de Jadwin mientras viviera. El rey dios no tenía ninguna duda sobre lo que escogería, pero era evidente que Trudana se creía capaz de sacrificarse.

Se armó de valor, estiró el brazo hacia la pajita corta y entonces se detuvo. Miró a su marido, apartó la vista y sacó la pajita larga para sí misma.

El duque aulló. Fue encantador. El sonido traspasó los corazones de todos los cenarianos del patio. Se diría que lo había afinado a la perfección para transmitir el mensaje del rey dios: este grito podría ser tuyo.

Mientras los nobles, incluida Trudana, rodeaban al duque con la muerte en los corazones, todos y cada uno de ellos sintiéndose condenados por participar pero haciéndolo de todas formas, el duque se volvió hacia su mujer.

—Te amo, Trudana —dijo—. Siempre te he amado.

Entonces se tapó la cara con la capa y desapareció bajo el martilleo sordo de los puños y los puntapiés.

El rey dios no pudo contener una sonrisa.

Mientras Trudana de Jadwin vacilaba sobre su elección, Kylar pensó que, si hubiese aceptado el encargo de Mama K, ese sería el momento perfecto para atacar. Todo el mundo tenía la vista puesta en la plataforma.

Kylar se había vuelto hacia el barón Kirof y estaba estudiando su expresión de pasmo y horror, cuando reparó en que solo había cinco guardias sobre la muralla que el barón tenía detrás. Volvió a contar enseguida: eran seis, pero uno de ellos sostenía un arco y un puñado de flechas.

Sonó un crujido seco en el centro del patio, y Kylar entrevió que la parte trasera de la plataforma de madera se quebraba y caía. Ascendió por los aires algo que despedía destellos fulgurantes de color. Mientras todos los demás lo miraban, Kylar apartó la vista. La bomba de centellas explotó con un pequeño estallido y un fogonazo enorme de luz blanca. Mientras cientos de civiles y soldados gritaban por igual, cegados, Kylar vio que el sexto guardia de la muralla tensaba su arco. Era Jonus Severing, un ejecutor con cincuenta muertos a sus espaldas. Una flecha con la punta dorada salió disparada hacia el rey dios.

El monarca se tapaba los ojos con las manos, pero a su alrededor ya brotaban

escudos mágicos como si fuesen burbujas. La flecha dio contra el más exterior, se clavó y estalló en llamas al deshacerse el escudo. Ya había otro proyectil en camino, que atravesó el escudo exterior que se desintegraba y se clavó en el siguiente, más cercano a su blanco. Reventaron ese y otro; Jonus disparaba con asombrosa velocidad. Estaba utilizando su Talento para sostener las flechas sin usar en el aire de modo que, tan pronto como lanzaba una, la siguiente ya se acercaba a la punta de sus dedos. Los escudos estaban cayendo más deprisa de lo que el rey dios podía reformarlos.

La gente chillaba, cegada. Los cincuenta meisters repartidos por el patio levantaban escudos en torno a sí mismos, derribando a la gente que tenían alrededor.

El ejecutor que había estado escondido bajo la plataforma se subió a ella de un salto por el lado ciego del rey dios. Vaciló cuando brotó un último escudo tembloroso a meros centímetros de la piel de su objetivo, y Kylar vio que en realidad no era ningún ejecutor. Era un chico de unos catorce años, el aprendiz de Jonus Severing. El muchacho estaba tan concentrado en el rey dios que no mantuvo la postura baja ni el movimiento constante. Kylar oyó el chasquido de una cuerda de arco en las inmediaciones y vio caer al chico en el preciso instante en que estallaba el último escudo del rey dios.

La gente se abalanzaba hacia las salidas, pisoteando a sus vecinos. Varios meisters, todavía cegados y presa del pánico, lanzaban proyectiles verdes de forma indiscriminada hacia la muchedumbre y los soldados que los rodeaban. Uno de los guardaespaldas del rey dios intentó tirarlo al suelo para protegerlo. Aturdido, Garoth Ursuul malinterpretó el gesto y un martillo de vir lanzó al enorme montañés al otro extremo de la plataforma, atravesando el grupo de nobles.

Kylar se volvió para averiguar quién había matado al aprendiz de ejecutor. A menos de diez pasos de distancia estaba Hu Patíbulo, el carnicero que había asesinado a la familia entera de Logan de Gyre, el mejor ejecutor de la ciudad ahora que Durzo Blint había muerto.

Jonus Severing ya estaba huyendo, sin perder ni un momento en llorar a su aprendiz muerto. Hu disparó una segunda flecha, y Kylar la vio clavarse rauda en la espalda de Severing. El ejecutor cayó hacia delante desde lo alto de la muralla y se perdió de vista, pero Kylar no tenía duda de que estaba muerto.

Hu Patíbulo había traicionado al Sa’kagé, y acababa de salvar al rey dios. Kylar tenía el ka’kari en la mano antes de ser consciente siquiera de ello. «¿Qué pasa, no quería matar al cerebro de la destrucción de Cenaria, pero ahora voy a liquidar a un guardaespaldas?» Por supuesto, llamar guardaespaldas a Hu Patíbulo era como calificar a un oso de mascota, pero la idea general era cierta. Kylar volvió a esconder el ka’kari debajo de su piel.

Agachado para que Hu no le viera la cara, se unió a la multitud de cenarianos

aterrorizados que salían en tropel por la puerta del castillo.

Capítulo 2

La mansión de los Jadwin había sobrevivido a los incendios que redujeron a escombros buena parte de la ciudad. Kylar llegó a la vigiladísima entrada delantera y los centinelas le abrieron el portillo sin mediar palabra. Kylar solo se había parado a quitarse el disfraz de curtidor y frotarse el cuerpo con alcohol para desembarazarse del olor, y estaba seguro de haber llegado antes que la duquesa, pero la noticia de la muerte del duque se le había adelantado. Los guardias llevaban tiras de tela negra atadas al brazo.

—¿Es cierto? —preguntó uno de ellos.

Kylar asintió y se dirigió hacia la cabaña donde vivían los Cromwyll, detrás de la mansión. Elene había sido la última huérfana acogida por la familia, y todos sus hermanos se habían marchado para trabajar en otros oficios o servir en otras casas. Solo su madre adoptiva seguía trabajando para los Jadwin. Desde el golpe, Kylar, Elene y Uly se habían instalado allí. Era su única opción, ya que todas las casas seguras de Kylar habían ardido o era imposible acceder a ellas. A él lo daban por muerto, de modo que no quería alojarse en ninguna casa segura del Sa'kagé, donde podrían reconocerlo. Además, estaban todas llenas hasta la bandera. Nadie quería andar por las calles cuando merodeaban las bandas de khalidoranos.

No había nadie en la cabaña, de modo que Kylar fue a la cocina de la mansión. Uly, de once años, estaba de pie sobre un taburete, inclinada sobre una cuba de agua con jabón, fregando sartenes. Kylar entró y con un solo movimiento la agarró bajo un brazo, le dio una vuelta por los aires mientras ella chillaba y la volvió a dejar en el taburete. Después la miró con cara muy seria.

—¿Has impedido que Elene se meta en líos como te encargué? —preguntó a la niña.

Uly suspiró.

—Lo he intentado, pero creo que esa mujer no tiene remedio.

Kylar se rió, y Uly también. A la niña la habían criado los sirvientes del Castillo de Cenaria, convencidos, por el bien de ella, de que era huérfana. En realidad era hija de Mama K y Durzo Blint. Durzo no se había enterado de su existencia hasta los últimos días de su vida, y Kylar le había prometido que cuidaría de la niña. Tras el mal trago inicial de explicarle que él no era su padre, las cosas habían ido mejor de lo que se esperaba.

—¿Que no tengo remedio? Ya te enseñaré yo lo que no tiene remedio —dijo una voz.

Elene apareció con un enorme caldero con los restos pegados del estofado del día anterior, que dejó junto a la pila de platos de Uly.

La niña soltó un gemido y Elene se rió con sorna. Kylar se maravilló ante lo

mucho que había cambiado en apenas una semana, aunque tal vez el cambio se había obrado en su manera de verla. Elene seguía teniendo las gruesas cicatrices que Rata le había dejado de niña: una X sobre sus labios carnosos, otra en la mejilla y una medialuna que trazaba una curva desde una ceja hasta la comisura de la boca. Sin embargo, Kylar casi no reparaba en ellas. Lo que veía era una piel radiante, unos ojos luminosos de inteligencia y felicidad, y una sonrisa ladeada no por una cicatriz sino por la próxima travesura que estuviera tramando. Encima, que una mujer pudiera estar tan guapa vestida con las humildes prendas de lana de una sirvienta y un delantal, constituía uno de los grandes misterios del universo.

Elene descolgó otro delantal de un gancho y miró a Kylar con un destello depredador en los ojos.

—Ah, no. Yo, no —protestó él.

Elene le pasó el cuello del delantal por la cabeza y lo acercó a su cuerpo con movimientos lentos y seductores. Tenía la vista puesta en los labios de Kylar, y él no pudo evitar quedarse mirando los de ella mientras se los humedecía con la lengua.

—Creo —dijo Elene en voz baja, deslizándole las manos por los costados— que...

Uly tosió sonoramente, pero ninguno de los dos le hizo caso.

Elene lo atrajo hacia sí, le puso las manos en la parte baja de la espalda y alzó un poco la boca; su aroma inundó el olfato de Kylar.

—... así está mucho mejor. —Elene anudó las dos tiras del delantal a su espalda, soltó a Kylar de golpe y se apartó hacia atrás—. Ahora puedes ayudarme. ¿Prefieres cortar las patatas o las cebollas?

Ella y Uly se rieron de su expresión indignada.

Kylar saltó adelante y Elene intentó esquivarlo, pero él usó su Talento para agarrarla. Había estado practicando durante la semana anterior y, aunque de momento solo podía proyectar su poder a un paso más allá de sus brazos, en esa ocasión fue suficiente. Tiró de Elene y la besó. Ella apenas fingió que oponía resistencia antes de devolverle el beso con el mismo fervor. Por un instante, el mundo se redujo a la blandura de los labios de Elene y el tacto de aquel cuerpo apretado contra el suyo.

En algún lugar, Uly empezó a fingir que vomitaba ruidosamente. Kylar estiró un brazo y con un manotazo lanzó agua de fregar hacia el punto donde estaba aquel incordio. Las arcadas se interrumpieron de golpe por un gritito. Elene se zafó de Kylar y se tapó la boca en un intento de no reírse.

Kylar había conseguido empapar por completo la cara de Uly, que alzó la mano y le salpicó a modo de revancha. Kylar dejó que el agua lo alcanzara. Luego revolvió el pelo mojado de la niña, algo que ella detestaba, y dijo:

—Vale, canija, me lo merecía. Ahora estamos en paz. ¿Dónde están esas patatas?

Se dejaron llevar apaciblemente por la rutina del trabajo de cocina. Elene le

preguntó qué había visto y descubierto y Kylar, aunque en ningún momento dejó de vigilar por si alguien los escuchaba, le contó con pelos y señales que había espiado al barón y presenciado impotente el intento de magnicidio. Comentar la jornada era, quizá, lo más aburrido que podía hacer una pareja, pero Kylar se había visto privado durante toda su vida de los lujos aburridos del amor cotidiano. Poder compartir, decir la verdad sin más a una persona a quien le importaba, era para él algo valioso hasta extremos incalculables. Durzo le había enseñado que un ejecutor debía ser capaz de dejarlo todo en cualquier instante. Un ejecutor siempre está solo.

De modo que ese momento, esa sencilla comunión, era el motivo de que Kylar hubiese abandonado el camino de las sombras. Durante más de media vida había entrenado sin descanso para convertirse en la máquina de matar perfecta. Ya no quería matar más.

—Necesitaban a un tercer hombre para el trabajo —dijo Kylar—. Para que actuara de vigía y pudiese apuñalar en caso necesario. Podríamos haberlo conseguido. Su sincronización ha sido buenísima. Un segundo de diferencia y se habrían salido con la suya, aun siendo solo dos. Si hubiera estado yo allí, tanto Hu Patíbulo como el rey dios estarían muertos. Tendríamos cincuenta mil gunders. —Un pensamiento oscuro lo hizo detenerse—. «Gunders.» Supongo que dejarán de llamarlos así, ahora que todos los Gunder han muerto. —Suspiró.

—Quieres saber si hiciste lo correcto —dijo Elene.

—Sí.

—Kylar, siempre habrá personas tan malas que pensemos que merecen morir. En el castillo, cuando Roth te estaba... haciendo daño, estuve en un tris de matarlo yo misma. Si hubiese pasado tan solo un poquito más de tiempo... no sé. Lo que sí sé, porque me lo contaste, es lo que matar provoca en tu alma. Da igual el bien que parezca hacerle al mundo, a ti te destruye. Eso no puedo presenciarlo, Kylar. No lo haré. Me importas demasiado.

Era la única condición que Elene imponía para dejar la ciudad con Kylar: que renunciase a matar y a la violencia. Kylar todavía se sentía muy confuso. No sabía si el camino de Elene era el correcto, pero había visto lo suficiente para estar seguro de que el de Durzo y Mama K no lo era.

—¿De verdad crees que la violencia engendra violencia? ¿Que al final morirán menos inocentes si renuncio a matar?

—Lo creo de verdad —respondió Elene.

—De acuerdo —dijo Kylar—. Entonces hay un trabajo que debo terminar esta noche. Si no surgen imprevistos podremos partir mañana por la mañana.

Capítulo 3

El Ojete del Infierno no era lugar para un rey. Resultaba apropiado que el Agujero, como también se lo conocía, estuviera en el extremo inferior del calabozo que los cenarianos llamaban las Fauces. La entrada a las Fauces era un rostro demoníaco labrado en vidrio volcánico negro. Los prisioneros entraban directamente por la boca abierta, y bajaban una rampa que a menudo estaba resbaladiza a causa de las vejigas aflojadas por el miedo. Dentro del Agujero en sí, el arte de los talladores había sido innecesario, cediendo el puesto al puro miedo visceral que inspiraban los espacios angostos, la oscuridad, las alturas, el escalofriante aullido del viento que surgía de las profundidades y la certeza de que todo preso con quien se compartiera el Agujero había sido considerado indigno de una muerte limpia. En el Ojete del Infierno imperaba un calor incesante y un hedor a azufre y residuos humanos en sus tres variedades: el de las heces, el de la muerte y el de la carne sin lavar. Había una única antorcha, muy alta, al otro lado de la reja que separaba a los animales humanos del resto de los prisioneros de las Fauces.

Once hombres y una mujer compartían el Agujero con Logan de Gyre. Lo odiaban por su cuchillo, por su cuerpo poderoso y por su acento culto. Entre aquellos monstruos y tarados, se sentía diferente, aislado.

Logan estaba sentado con la espalda contra la pared. Una sola pared, porque el Agujero era circular. En el centro había un orificio de cinco pasos de diámetro que se abría a una sima. Los lados del abismo eran perfectamente verticales, de un vidrio volcánico liso por completo. Era imposible calcular su profundidad. Cuando los prisioneros lanzaban sus residuos por la abertura, no oían que tocaran fondo. Lo único que escapaba de aquel agujero era el intenso hedor de un infierno sulfuroso y el gemido intermitente del viento, o de los fantasmas, o de las almas torturadas de los muertos o de lo que fuera que profería aquel sonido que resquebrajaba la cordura de los condenados.

Al principio, Logan se había preguntado por qué sus compañeros defecaban contra la pared y solo después pateaban las heces hacia el orificio, si es que se molestaban en hacerlo. La primera vez que tuvo la necesidad, lo supo: había que estar loco para agacharse cerca de aquella abertura. En el Agujero, nunca había que quedar en una posición vulnerable. Cuando un recluso debía pasar por delante de otro, avanzaba con paso rápido y suspicaz, enseñando los dientes, siseando y renegando una retahíla de palabras ininteligibles. Empujar a otro preso a aquel agujero era la manera más fácil de matarlo.

Lo que empeoraba las cosas era que la repisa de piedra que rodeaba la abertura medía apenas tres pasos de ancho, y el suelo estaba inclinado hacia el orificio. Para los ojeteros, esa repisa era todo su mundo. Una corta y resbaladiza pendiente hacia la

muerte. Logan no había dormido en los siete días transcurridos desde el golpe. Parpadeó. Siete días. Empezaba a sentirse débil. Hasta Fin, que consiguió la mayor parte de la última carne, llevaba cuatro días sin comer.

—Eres gafe, Trece —dijo Fin con una mirada de odio desde el otro lado de la sima—. No nos han echado de comer desde que llegaste.

Fin era el único que lo llamaba Trece. Los demás habían aceptado el nombre que Logan se atribuyó en un rapto de locura: Rey.

—¿Quieres decir desde que te comiste al último guardia? —preguntó Logan—. ¿No crees que eso pudo tener algo que ver?

Eso arrancó risillas a todos salvó al simplón de Chirríos, que esbozó una sonrisa bobalicona que dejaba ver sus dientes afilados y puntiagudos. Fin no dijo nada y siguió mascando y estirando la cuerda que tenía en las manos. Llevaba tantas lazadas enrolladas alrededor del cuerpo, tan nervudo como la propia soga, que casi lo ocultaban. Fin era el más temido de los reclusos. Logan no lo habría calificado de líder, porque eso implicaría algún tipo de orden social entre los presos. Aquellos hombres eran como bestias: greñudos y tan sucios que no podía adivinarse de qué color era su piel antes de su reclusión. Tenían una mirada salvaje, el oído atento al menor sonido y el sueño ligero. Se habían comido, ¡comido!, a dos hombres el día en que Logan había llegado.

«¿Llegado? Salté yo. Podría haber tenido una muerte limpia y rápida. Ahora me quedaré aquí para siempre, o al menos hasta que me coman. ¡Dioses, van a comerme!»

Un movimiento repentino al otro lado del Agujero lo distrajo de su creciente horror y desesperación. Era Lilly. La única que no se pegaba a la pared. No prestaba ninguna atención al orificio, no conocía el miedo. Un hombre estiró el brazo y la agarró del vestido.

—Ahora no, Jake —le dijo ella al tuerto.

Jake la sujetó durante un momento más pero, cuando Lilly lo miró y alzó una ceja, dejó caer la mano y soltó una maldición. Lilly se sentó junto a Logan. Era una mujer poco agraciada, de edad indeterminable. Podría rondar los cincuenta, pero el joven la suponía más cercana a la veintena porque todavía conservaba la mayoría de sus dientes.

No habló durante un buen rato. Después, cuando Logan ya había perdido el interés por saber qué la había impulsado a acercársele, se rascó la entrepierna con aire ausente y dijo:

—¿Qué piensas hacer? —Tenía la voz joven.

—Pienso salir y pienso recuperar mi país —contestó Logan.

—Sigues aferrado a esa mierda de ser el Rey —dijo ella—. Van a creer que estás loco. Te veo mirando a un lado y a otro como un niño perdido. Vives con animales.

¿Quieres seguir viviendo? Sé un monstruo. ¿Quieres aferrarte a algo? Entiérralo hondo dentro de ti. Luego haz lo que tengas que hacer. —Le dio una palmadita en la rodilla y se acercó a Jake.

Al cabo de un momento, Jake la estaba montando. A los animales no les importaba. Ni siquiera miraban.

La locura se estaba apoderando de él. Dorian se aguantaba sobre la silla de montar por puro instinto. El mundo exterior se le antojaba lejano, irrelevante, sepultado bajo la niebla, mientras que sus visiones eran próximas, vitales, vibrantes. La partida había empezado y las piezas se movían, y la capacidad de visión de Dorian se ampliaba como nunca antes. El Ángel de la Noche huiría a Caernarvon. Sus poderes estaban aumentando, aunque no los usaba.

«¿Qué haces, chico?» Dorian se concentró en esa vida y la siguió hacia atrás. Había hablado con Kylar una vez y había profetizado su muerte. Ahora sabía por qué no había augurado también que ese Ángel de la Noche moriría y no moriría. Durzo lo había confundido. Dorian había visto la vida de Durzo entrecruzada con otras. Había visto, pero no había entendido.

Sintió la tentación de remontar por las vidas de Durzo hasta la primera que tuvo, cuando había recibido el ka'kari que en ese momento llevaba Kylar. Sintió la tentación de probar a buscar la de Ezra el Loco, una vida que sin duda ardería con tal brillo que sería imposible pasarla por alto. A lo mejor desde allí podía seguir a Ezra, descubrir lo que él sabía y cómo lo había aprendido. Ezra había creado el ka'kari siete siglos atrás, y el ka'kari había hecho inmortal a Kylar. Dorian estaba a apenas tres pasos de uno de los magos más respetados y vilipendiados de la historia. ¡Tres pasos! Encontrar a alguien tan famoso y que llevaba muerto tanto tiempo... Resultaba tentador, pero requeriría tiempo. Meses, tal vez. Pero, ¡oh, las cosas que podría descubrir!

«Las cosas que podría descubrir sobre el pasado mientras el presente se desmorona. Concéntrate, Dorian. Concéntrate.»

Volvió a encaramarse a la vida de Kylar y la siguió hasta su juventud en las Madrigueras, su amistad con Elene y Jarl, la violación del segundo y la mutilación de la primera, el primer muerto de Kylar cuando tenía once años, el aprendizaje con Durzo, la instrucción de Mama K, la influencia sosegante del conde Drake, la amistad de Kylar con Logan, su reencuentro con Elene, el robo del ka'kari, el golpe en el castillo, el momento en que mató a su maestro y en que se encontró con Roth Ursuul.

«Mi hermano pequeño —pensó Dorian—, un monstruo tan grande como lo fui yo en un tiempo.

»Concéntrate, Dorian.»

Creyó oír algo, un chillido, algún movimiento en el mundo convencional, pero no se dejaría distraer otra vez. No cuando empezaba a llegar a alguna parte. ¡Allí! Vio

que Kylar envenenaba a Mama K por justicia y que le daba el antídoto por piedad.

Podía saber qué decisiones tomaba un hombre pero, sin conocer sus motivos, no sería capaz de adivinar qué camino seguiría Kylar en el futuro. El chico ya había tomado sendas poco obvias, sendas imposibles. Ante la elección entre cobrarse la vida de su amada o la de su mentor, había optado por dar la suya propia. El toro le había dado a escoger entre los dos pitones, y Kylar había saltado por encima de su cabeza. Ese era el Kylar que importaba. En ese momento, Dorian vio el alma desnuda del chico. «Ya te tengo, Kylar. Ahora te conozco.»

Sintió un repentino dolor en el brazo pero, ahora que tenía bien sujeto a Kylar, no pensaba soltarlo. El muchacho ansiaba reconciliar la cruel realidad de la calle con los píos impulsos que el conde Drake, de algún modo, le había contagiado. ¿Contagiado? La palabra provenía de Kylar. Así pues, como Durzo, a veces el chico veía la piedad como debilidad.

«Vas a ser tremendamente difícil, ¿no es así?» Dorian se rió al presenciar los encontronazos de Kylar con el incompetente Sa'kagé de Caernarvon, al verlo recoger hierbas, pagar impuestos y pelearse con Elene, sus intentos por convertirse en un ser humano normal. Aun así, no le va bien; la presión se acumula. Kylar saca su ropa gris de ejecutor, sale por los tejados —«es curioso, eso lo hace con independencia de las decisiones que tome hasta ese punto»— y entonces, una noche, llaman a la puerta y aparece Jarl para desgarrar a Kylar con otro dilema entre la mujer a la que ama y la vida que odia y entre el amigo al que quiere y la vida que debería odiar y un deber y otro y el honor y la traición. Kylar es la Sombra en el Crepúsculo, un coloso cada vez más grande con un pie apoyado en el día y otro en la noche, pero una sombra es una bestia efímera y el crepúsculo debe oscurecerse hasta convertirse en noche o clarear hasta dar entrada al día. Kylar abre la puerta a Jarl, los futuros entrechocan...

—¡Maldita sea, Dorian!

Feir está abofeteándole. De pronto, Dorian fue consciente de que Feir debía de estar a punto de hacerlo varias veces, porque la mandíbula le había dolido a los dos lados. Algo muy malo le pasará a su brazo izquierdo. Mira, con la cabeza aturdida por un choque múltiple de confusiones, intentando encontrar la velocidad de tiempo adecuada.

Le sobresalía una flecha del brazo. Una flecha de montañés khalidorano pintada de negro. Envenenada.

Feir le dio otra bofetada.

—¡Para! ¡Para! —exclamó Dorian, moviendo las manos. Eso hizo que el brazo izquierdo le doliera horrores. Gimió y cerró los ojos con fuerza, pero había regresado. Aquello era la cordura—. ¿Qué ha pasado?

—Unos asaltantes —contestó Feir.

—Un hatajo de idiotas que intentaban llevarse a casa algo de lo que fanfarronear

—añadió Solon. Ese algo, por supuesto, habrían sido las orejas de Solon, Feir y Dorian. Uno de los cuatro cadáveres ya llevaba dos orejas colgando de un collar. Parecían frescas.

—¿Están todos muertos? —preguntó Dorian. Iba siendo hora de hacer algo con esa flecha.

Solon asintió con expresión apenada y Dorian pudo leer la historia de la breve batalla que había tenido lugar alrededor de su campamento. El ataque había llegado mientras Feir y Dorian hacían los preparativos para pasar la noche. El sol se estaba hundiendo por una hendidura entre las montañas de Faltier y los atacantes se habían acercado a ellos desde los montes, creyendo que el sol los cegaría. Dos arqueros intentaron cubrir la maniobra de sus camaradas, pero la pendiente era muy escarpada y sus primeras flechas erraron el blanco.

Después de eso, el resultado había sido una conclusión anunciada. Solon no era manco con la espada y Feir (el inmenso, fortísimo y veloz Feir) era un maestro de armas del segundo grado. Solon le había dejado ocuparse de los espadachines. Había actuado demasiado tarde para impedir que Dorian se llevara un flechazo, pero había matado a ambos arqueros mediante magia. La escaramuza entera probablemente habría durado menos de dos minutos.

—La pena es que son del clan Churaq —dijo Solon, mientras movía con el pie a uno de los jóvenes marcados con tatuajes negros—. Habrían matado de mil amores a los mamones del clan Hraagl que vigilan la caravana de suministros khalidorana que estamos siguiendo.

—Creía que Aullavientos era inexpugnable —dijo Feir—. ¿Cómo han llegado los bandoleros a este lado de la frontera?

Solon meneó la cabeza. El gesto atrajo la atención de Dorian a su pelo, que era negro azabache salvo en las raíces. Desde que Solon había utilizado a Curoch para matar a cincuenta meisters, y a punto había estado de matarse él mismo con la inaudita cantidad de magia empleada para ello, el cabello le crecía blanco. No era el tono entrecano de los ancianos, sino un blanco níveo que marcaba un acusado contraste con la cara de un hombre en la flor de la vida, bello, con la tez olivácea de los sethíes y unos rasgos curtidos por una vida en la milicia. En un primer momento Solon se había quejado de verlo todo en colores chillones o en blanco y negro desde que había usado a Curoch, pero ese efecto parecía haber pasado.

—Inexpugnable, sí —aclaró Solon—. Infranqueable para un ejército pero, tan avanzado el verano, estos jóvenes pueden escalar las montañas. Muchos mueren durante el ascenso, a veces una tormenta que estalla sin previo aviso los barre de las rocas. Sin embargo, con un poco de fuerza y de suerte, no hay nada que los detenga. ¿Estás listo ya con esa flecha, Dorian?

Aunque los tres eran magos, a Solon y a Feir ni se les pasaría por la cabeza

intentar ayudarle, no con lo que estaba haciendo. Dorian era un hoth'salar, un hermano de la Curación; la esperanza de remediar su propia y creciente locura lo había elevado hasta los escalafones más altos entre los sanadores.

De repente el brazo de Dorian se empapó de agua en torno a la punta de la flecha.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Feir, que se había puesto verde.

—La humedad de la sangre que ya está envenenada. Debería pegarse toda a la flecha cuando la saques —explicó Dorian.

—¿Yo? —dijo Feir, con una expresión aprensiva que desentonaba con su enorme corpachón.

—Eres ridículo —dijo Solon.

Alargó el brazo y sacó la flecha de un tirón. Dorian ahogó un grito y Feir tuvo que sostenerlo para que no cayera. Solon estudió la flecha con atención. Dorian había aplanado las lengüetas contra el asta para que no desgarraran la carne al salir, pero la varilla estaba recubierta por una capa negra y cristalizada de sangre y veneno. La mezcla había engrosado el asta hasta el triple de su diámetro original.

Aún no había dejado Dorian de jadear cuando unos flujos de magia empezaron a danzar en el aire como diminutas luciérnagas, como un centenar de arañas que tejieran redes resplandecientes, tapices de luz. Esa era la parte que impresionaba a sus compañeros. En teoría, cualquier mago podía curarse a sí mismo pero, por algún motivo, no solo no funcionaba bien, sino que además resultaba muy doloroso si se intentaba sanar algo más grave que un rasguño. Se diría que el paciente debía sufrir todo el dolor, la irritación y el picor que le habría ocasionado la herida a lo largo de su convalecencia entera. Cuando un mago curaba a otra persona, podía insensibilizarla. Cuando se curaba a sí mismo, cualquier insensibilización podía provocar errores y la muerte. Las magas, en cambio, no tenían esos problemas. Se curaban solas como si tal cosa.

—Eres increíble —dijo Solon—. ¿Cómo haces eso?

—Es mera cuestión de concentración —respondió Dorian—. He practicado mucho. —Sonrió, sacudió el cuerpo como si se quitara de encima el cansancio y de repente sus rasgos se animaron; estaba totalmente presente con ellos, lo que resultaba cada vez más infrecuente.

Solon parecía desolado. La locura de Dorian era irreversible. Empeoraría hasta convertirle en un idiota balbuciente que dormiría al raso o en graneros. Llegaría el día en que nadie le haría caso y tendría solo uno o dos momentos de lucidez al año. A veces, esos momentos llegarían cuando no hubiese nadie cerca de él para averiguar lo que había descubierto.

—Déjalo correr —le dijo Dorian a Solon—. Acabo de tener una revelación. —Lo dijo con una sonrisilla para hacerles saber que de verdad había sido una revelación—. Vamos en la dirección equivocada. Por lo menos tú —y señaló a Feir—. Tienes que

seguir a Curoch en dirección sur, hacia Ceura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Feir—. Creía que ya estábamos siguiendo a la espada. En cualquier caso, mi sitio está contigo.

—Solon, tú y yo tenemos que ir al norte hasta Aullavientos —prosiguió Dorian.

—Espera —protestó Feir.

Sin embargo, Dorian volvía a tener la mirada vidriosa. Se había ido.

—Me encanta —dijo Feir—. Es que me encanta. Me juego lo que quieras a que lo hace a propósito.

Capítulo 4

Pasaba de la medianoche cuando Jarl se les unió en la pequeña cabaña de los Cromwyll. Llegaba con más de una hora de retraso. La madre adoptiva de Elene dormía en el cuarto que compartían todos, de modo que Kylar, Elene y Uly estaban sentados en la habitación delantera. Uly se había quedado dormida apoyada en Kylar, pero despertó al instante, aterrorizada, cuando Jarl entró.

«¿En qué estoy metiendo a esta pobre niña?», pensó Kylar. Apretó contra sí a Uly, que se calmó, avergonzada, al recordar dónde estaba.

—Lo siento —dijo Jarl—. Los paliduchos están... castigando a las Madrigueras por el atentado fallido. Quería volver para comprobar un par de cosas, pero han sellado los puentes. Hoy no hay soborno que valga.

Kylar vio que Jarl se ahorraba los detalles porque Uly estaba en la habitación pero, teniendo en cuenta lo mal que lo habían pasado las Madrigueras antes del intento de asesinato, Kylar apenas podía imaginar cómo sería la situación esa noche.

Se preguntó cuánto habría empeorado todo si hubiesen logrado matar al rey dios. La violencia engendraba violencia, en efecto.

—¿Significa eso que el trabajo se cancela? —preguntó, para que Elene y Uly no se interesaran por las Madrigueras.

—Sigue en pie —respondió Jarl, que entregó una bolsita a Elene. Parecía sospechosamente ligera—. Me he tomado la libertad de sobornar a los centinelas de la puerta de antemano. El precio ya es más alto y podéis estar seguros de que mañana volverá a subir. ¿Tenéis el horario de cuándo trabajan esta semana los guardias a los que hemos sobornado? —Jarl abrió un macuto y sacó una túnica de color crema, pantalones y unas botas altas negras.

—Memorizado —respondió Kylar.

—Oye —dijo Elene—, sé que Kylar está acostumbrado a aceptar trabajos sin saber por qué hace lo que hace, pero yo necesito entender esto. ¿Por qué paga alguien quinientos gunders para que Kylar finja morir? ¡Es una fortuna!

—No para un duque khalidorano. Te contaré lo que he podido ir deduciendo —dijo Jarl—. Los duques de Khalidor no son como los nuestros, porque la nobleza allí siempre está por debajo de los meisters. Con todo, los meisters siguen necesitando gente que controle a los campesinos y demás, así que el duque de Vargun es rico, aunque haya tenido que luchar por cada migaja de poder que ha conseguido. Llegó a Cenaria con la esperanza de medrar, pero el cargo que creyó que obtendría, dirigir la guardia real de Cenaria, le fue otorgado al teniente Hurin Gher, ahora comandante Gher.

—En recompensa por conducir a los nobles de Cenaria a una emboscada durante el golpe, el muy traidor —comentó Kylar.

—Exacto. El comandante Gher va a los muelles una vez por semana con un puñado de sus hombres más fieles para recoger el dinero del soborno del Sa'kagé mientras finge que patrulla. Mañana por la mañana verá cómo su rival, el duque de Vargun, comete el asesinato de un noble cenariano de poca monta, el barón Kirof. El comandante Gher arrestará con mucho gusto al duque. Al cabo de unos días o unas semanas, el «difunto» barón Kirof se presentará en la ciudad. El comandante Gher quedará deshonrado por haber detenido a un duque sin motivo y, con toda probabilidad, el duque de Vargun le quitará el puesto. Hay bastantes cosas que podrían salir mal, motivo por el cual Kylar solo cobrará quinientos gunders.

—Suena la mar de complicado —observó Elene.

—Créeme —replicó Jarl—, tratándose de política khalidorana, esto es sencillo.

—¿Cómo piensa sacar partido de esto el Sa'kagé? —preguntó Kylar.

Jarl se sonrió.

—Hemos intentado hacernos con el barón Kirof, pero al parecer el duque no es tonto del todo. Kirof ya ha desaparecido.

—¿El Sa'kagé habría secuestrado al barón Kirof? —preguntó Elene—. ¿Por qué?

—Si el Sa'kagé retenía a Kirof —explicó Kylar—, podría chantajear al comandante Gher, quien sabría que, en cuanto apareciese Kirof, estaría perdido. Así, el Sa'kagé lo habría tenido en el bolsillo.

—¿Sabes? —dijo Elene—, a veces intento imaginarme cómo sería esta ciudad sin el Sa'kagé, y no puedo. Quiero salir de aquí, Kylar. ¿Puedo ir con vosotros esta noche?

—No hay sitio suficiente para una adulta —respondió Jarl por él—. En cualquier caso, para el alba estarán de vuelta. ¿Uly, Kylar? ¿Estáis listos?

Kylar asintió y, cariacontecida, Uly lo imitó.

Dos horas más tarde se encontraban en los muelles y se disponían a separarse. Uly se escondería bajo el embarcadero en una balsa camuflada para parecer un montón de maderos a la deriva. Cuando Kylar cayera al agua, Uly le tendería una pértiga a la que agarrarse para atraerlo a la embarcación y que pudiera salir a la superficie sin ser visto. En la pequeña balsa apenas habría sitio suficiente para que Uly esperara agachada y Kylar pudiera sacar la cabeza. Cuando hubiera emergido, los «maderos» seguirían su curso a la deriva corriente abajo durante unos centenares de pasos hasta otro embarcadero, donde saldrían del agua.

—¿Y si todo sale mal? ¿O sea, realmente mal? —preguntó Uly. El frío de la noche le había enrojecido las mejillas. La hacía parecer más niña todavía.

—Entonces dile a Elene que lo siento. —Kylar se alisó la pechera de su túnica color crema. Le temblaban las manos.

—Kylar, tengo miedo.

—Uly —dijo él, mirándola a sus grandes ojos castaños—. Quería decirte...

Bueno, que ojalá... —Apartó la vista—. Esto, ojalá no me llamaras por mi verdadero nombre cuando estamos trabajando. —Le dio una palmadita en la cabeza. Ella odiaba ese gesto—. ¿Qué aspecto tengo?

—Igualito que el barón Kirof... si me pongo así de bizca. —Eso era por la palmadita en la cabeza, Kylar lo sabía.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una pesada? —le preguntó él.

Uly se limitó a sonreír.

En unas horas, los muelles serían un hervidero de estibadores y marineros preparando sus cargamentos para el amanecer. Por el momento, sin embargo, solo el rumor de las olas perturbaba la calma. El turno de aquella noche en la guardia privada del muelle estaba comprado, pero el mayor temor era que un grupo de soldados khalidoranos en busca de sangre fuese a dar allí por casualidad. Por suerte, parecía que esa noche la mayoría estaba en las Madrigueras.

—Hala, pues, nos vemos al otro lado —dijo Kylar con una sonrisa. Fue una frase poco afortunada. Los ojos de Uly se poblaron de lágrimas—. Venga —añadió Kylar con más dulzura—, no me pasará nada.

La niña partió y, cuando la perdió de vista y lo consideró seguro, la cara de Kylar empezó a reverberar. Su rostro joven y delgado engrosó y adquirió una papada, sobre la que brotó una barba pelirroja de corte khalidorano; se le torció la nariz y sus cejas se convirtieron en grandes y tupidas matas. Ahora sí que era el barón Kirof.

Sacó un espejito y se miró. Arrugó la frente. La nariz ilusoria se encogió un poco. Abrió la boca, sonrió, torció el gesto y guiñó un ojo para ver cómo se movía la cara. No era ninguna maravilla, pero tendría que dar el pego. Con ayuda de Uly podría haberle quedado más convincente, pero cuanto menos supiese la niña de sus pequeños talentos, mejor. Echó a andar muelle abajo.

—Dioses benditos —exclamó el duque Tenser de Vargun cuando Kylar se le acercó—. ¿Sois vos? —Al duque se le veía sudoroso y blancuzco aun a la luz de las antorchas que había al final del muelle.

—Duque de Vargun, recibí vuestro mensaje —dijo Kylar en voz alta, mientras estiraba la mano y agarraba la muñeca del duque. Bajó la voz—. No os pasará nada. Vos haced exactamente lo que hemos planeado.

—Gracias, barón Kirof —dijo el duque, con cierta afectación. Volvió a bajar la voz—. Conque tú eres el actor.

—Sí. Procuremos no jubilarme.

—Nunca he matado a nadie antes.

—Asegurémonos de que esta noche no sea vuestra primera vez —dijo Kylar.

Observó la daga enjoyada que el duque llevaba al cinto. Debía tratarse de una reliquia de la familia ducal de Vargun, y su inexplicable desaparición se sumaría a las pruebas de que el duque, en efecto, había asesinado al barón Kirof.

—Si hacéis esto, iréis a la cárcel, y la de aquí no es muy hospitalaria. Podemos dejarlo correr. —Kylar movió las manos mientras hablaba, tal y como hacía el barón Kirof cuando estaba nervioso.

—No, no. —Parecía que el duque estaba intentando convencerse a sí mismo—. ¿Habías hecho esto alguna vez?

—¿Tenderle una trampa a alguien haciéndome pasar por otro? Desde luego. ¿Fingir que me matan? No tanto.

—No te preocupes —dijo el duque—. Yo... —Tenser miró más allá de Kylar y la voz se le tensó de miedo—. Ya llegan.

El joven se apartó bruscamente del duque como si algo lo hubiese sorprendido.

—¿Eso era una amenaza? —ladró. Solo era una imitación mediocre de la voz del barón, pero la sangre encubría multitud de pecados interpretativos.

El duque lo agarró del brazo.

—¡Haréis lo que os he dicho!

—¿Y si no, qué? Esto llegará a oídos del rey dios. —Con eso tenían garantizada la atención de los guardias.

—¡No diréis nada!

Kylar se soltó el brazo.

—No sois lo bastante listo para apoderaros del trono, duque de Vargun. Sois un cobarde, y... —Bajó la voz—. Una puñalada. Llevo la vejiga con sangre justo encima del corazón. Yo me encargaré del resto. —Deformó la cara del barón en una mueca de desdén y dio media vuelta.

El duque asió a Kylar por el brazo y lo giró de nuevo hacia él. Con un movimiento brutal, Vargun clavó la daga, pero no en la vejiga de oveja llena de sangre, sino en el estómago de Kylar. Lo apuñaló una vez, dos veces, y luego otra y otra. Kylar trastabilló y bajó la vista. De su túnica de seda color crema goteaba sangre de un rojo negruzco. Tenser tenía las manos ensangrentadas y salpicaduras carmesíes moteaban el azul de su capa.

—¿Qué hacéis? —preguntó Kylar con un hilo de voz, sin apenas oír el pitido que sonó al otro lado del muelle. Se tambaleó y se sujetó al final de la barandilla para mantenerse en pie.

Tenser no le hizo el menor caso. Sudaba profusamente y el pelo negro le colgaba en mechones lacios. Todo vestigio del noble vacilante y torpe que había sido apenas un minuto antes había desaparecido. Cogió del pelo a Kylar. El joven tuvo suerte; si Tenser hubiera intentado agarrarlo unos centímetros más adelante, habría destruido la cara ilusoria que llevaba.

Mientras unos pasos pesados se acercaban por el muelle, el duque de Vargun dejó que el joven cayera de rodillas. Con la mirada borrosa de dolor, Kylar vio que el comandante Gher cargaba embarcadero abajo con la espada desenvainada y dos

guardias a los talones. El duque de Vargun deslizó la daga a lo ancho del gaznate de Kylar, y brotó un chorro de sangre. Después, con la misma emoción que demuestra un leñador al dejar clavada su hacha en un tocón hasta la siguiente ocasión en que tenga que cortar leña, el duque hundió su daga en el hombro de Kylar.

—¡Quieto! ¡Parad ahora mismo o moriréis! —rugió el comandante Gher.

El duque de Vargun apoyó una bota de piel de becerro en el hombro de Kylar y sonrió. Con un empujón de la pierna, lo tiró del muelle al río.

El agua estaba tan fría que Kylar perdió la sensibilidad, aunque tal vez eso se debiera a la hemorragia. Había inhalado antes de hundirse en el agua, pero uno de los pulmones no quería cooperar. En unos instantes se le escapaban burbujas de aire de la boca y, lo más desconcertante, también de la garganta.

Después sintió un dolor agónico al inhalar el agua espesa y sucia del Plith. Se revolvió con debilidad, pero solo por un momento. Entonces llegó la calma. Su cuerpo dolorido no era más que un latido distante. Algo le dio un golpecito en el cuerpo y él intentó agarrarlo por instinto. Se suponía que debía agarrar algo. Tenía que recordar alguna cosa sobre una pértiga.

Sin embargo, no habría sabido decir si su mano se movió siquiera. El mundo no se volvió negro, no se fundió en la oscuridad. Todo devino blanco mientras la sangre que se vertía por su cuello dejaba de regar el cerebro. Algo le dio otro golpecito. Deseó que desapareciera. El agua estaba calentita, una nube perfecta y pacífica.

El duque Tenser de Vargun apartó la mirada del río hambriento y alzó las manos. Se volvió poco a poco y dijo:

—Voy desarmado. Me rindo. —Sonrió como si no pudiera evitarlo—. Y buenas noches tengáis, «comandante».

Capítulo 5

«¿Este rey dios piensa azotarme o follarme?»

Vi Sovari estaba sentada en la antesala al salón del trono del Castillo de Cenaria y aguzaba el oído para escuchar al rey dios mientras jugaba con el centinela que no podía quitarle ojo. Todo lo que averiguara sobre por qué la habían convocado podría salvarle la vida. Su maestro, Hu Patíbulo, acababa de conducir ante el trono al duque Tenser de Vargun, uno de los nobles khalidoranos que habían acudido para ayudar a anexar Cenaria al Imperio de Khalidor. Al parecer, el duque había asesinado a cierto noble local.

Debía suponer todo un problema para aquel rey que se daba ínfulas de dios. Tenser de Vargun era un vasallo leal, pero dejarlo sin castigo tendría graves consecuencias. Los nobles cenarianos que habían hincado la rodilla para servir a Garoth, consiguiendo así conservar por lo menos parte de sus tierras, podían encontrar sus redaños y rebelarse. Los nobles huidos tendrían nuevas pruebas de la brutalidad de Khalidor para soliviantar a más personas y atraerlas a su causa.

«Pero ¿qué hace aquí el maestro Patíbulo?» Cuando lo había visto pasar, Hu desprendía ese aire de listillo satisfecho que tan bien conocía Vi.

Cruzó las piernas para recuperar la atención del guardia. En términos de lucha, los que Hu Patíbulo le había enseñado, se trataba de una finta. Con el movimiento de las piernas atraía el interés del hombe; al volver la cabeza a un lado le daba confianza, y al inclinarse hacia delante le ofrecía buenas vistas. No se atrevía a aplicar su hechizo de seducción tan cerca del rey dios, pero no hacía falta. Un buen escote tenía su propia magia.

Llevaba un vestido azul cerúleo ajustado, tan fino que transparentaba ligeramente. Le había dejado claras sus intenciones al maestro Piccun, y el sastre había diseñado una vestimenta simple: apenas tenía bordados, únicamente unas antiguas runas khalidoranas en los puños y en el dobladillo de la falda... una inscripción sacada de un viejo poema erótico. Ni encaje ni volantes, tan solo líneas y curvas limpias. El maestro Piccun era un redomado viejo verde, y ese era el vestido que había declarado apto para el rey dios. «El tipo tiene docenas de esposas —había dicho el sastre con desdén—. Ya hablarán esas vacas con la seda. Tú cantarás con los dulces tonos de la carne.»

Si el centinela era como la mayoría de los hombres, se quedaría mirando de dos a cuatro segundos, echaría otro vistazo alrededor para asegurarse de que nadie lo pillaba y después volvería a estudiarla. El truco era... «Ahora.»

Vi alzó la vista de repente y sorprendió al guardia en el preciso instante en que este volvía a mirarla. Lo clavó a la pared con los ojos. El centinela se ruborizó de culpabilidad y, antes de que acertara a disimularla con atrevimiento o apartando la

vista, Vi se levantó y caminó hacia él.

Era khalidorano, por supuesto, de modo que hizo los ajustes necesarios. La noción del espacio personal de los khalidoranos era más reducida que la de los cenarianos. Penetrar en la burbuja de su espacio personal, con todas las connotaciones que ello conllevaba, significaba acercarse tanto que el hombre pudiera oler no solo su perfume sino también su aliento. Se pegó a él y le sostuvo la mirada durante un segundo más, hasta que vio que estaba a punto de hablar.

—Disculpad —dijo Vi, sin dejar de mirarlo a los ojos con una expresión intensa —, ¿puedo sentarme aquí?

—No estaba mirando... Quiero decir...

Vi se sentó en la silla del guardia, a dos palmos de la puerta, con los hombros adelantados y la cara vuelta hacia arriba con expresión angelical. Llevaba el pelo rubio recogido hacia arriba para que el minucioso trenzado no ocultara la vista.

Era demasiado tentador. Los ojos del guardia se desplazaron el centímetro escaso que pasaba de su rostro a su escote y enseguida volvieron disparados hacia arriba.

—¿Por favor? —insistió Vi con una sonrisilla que le decía que sí, lo había visto, y no, no le importaba.

El centinela carraspeó.

—Yo, esto, no creo que haya problema.

Vi olvidó al sujeto al instante y se puso a escuchar.

—... no puedo ir directamente al Agujero, eso sería contraproducente —dijo una voz de tenor. Debía de ser el duque de Vargun, pero sonaba confiado.

«¿Qué? ¿Cómo puede sonar confiado?»

Vi oyó responder a su maestro, pero no distinguió lo que decía. Después habló el rey dios, pero lo único que entendió fue: «Celdas comunes hasta el juicio... después el Agujero...».

—Sí, santidad —dijo el duque de Vargun.

Vi levantó la cabeza. Ignoraba lo que planeaban, pero nada en la voz del duque khalidorano sugería que fuese un prisionero suplicando clemencia. Parecía más bien un vasallo obediente que cumplía una misión elevada al final de la cual esperaba una recompensa.

No tuvo tiempo de intentar sacar conclusiones antes de que las puertas se abrieran y saliese su maestro llevando al duque de Vargun. En contradicción con lo que acababa de oír, el duque parecía maltrecho, tanto física como mentalmente, con las ropas desarregladas y sucias y los ojos pegados al suelo.

Hu Patíbulo se volvió hacia ella al pasarle por delante. El ejecutor tenía unos rasgos tan delicados que no podía calificársele de guapo. Con la fina melena rubia que le llegaba a los hombros, sus grandes ojos y su figura escultural, seguía siendo hermoso aun mediada la treintena. Dedicó a Vi su sonrisa de serpiente y dijo:

—El rey dios te recibirá ahora.

Vi sintió un escalofrío, pero se puso en pie sin decir nada y entró en el salón del trono. En esa estancia el difunto rey Gunder la había contratado para matar a Kylar Stern. Tal y como ella era la aprendiz de Hu Patíbulo, Kylar lo era del otro gran ejecutor de la ciudad, Durzo Blint, que era más respetado, igual de temido y menos vilipendiado que su propio maestro. Matar a Kylar debía haber sido la obra maestra de Vi, la última muerte de su aprendizaje. La habría hecho libre, libre de Hu.

Había echado a perder la oportunidad y, más tarde aquel mismo día y en ese mismo salón, alguien a quien llamaban el Ángel de la Noche había matado a treinta khalidoranos, cinco brujos y al mismísimo hijo del rey dios. Vi creía que tal vez fuese la única en sospechar que Kylar era en realidad el Ángel de la Noche. «¡Nysos! Kylar se convirtió en leyenda el mismo día que lo tuve bajo mi puñal. Podría haber abortado una leyenda.»

Ya no quedaban indicios de la batalla. Habían limpiado el salón de sangre, fuego y magia, y estaba impecable. A ambos lados, siete columnas soportaban el techo abovedado, y gruesos tapices khalidoranos cubrían las paredes para combatir el frío otoñal. El rey dios estaba sentado en el trono, rodeado de guardias, vürdmeisters con túnicas negras y rojas, asesores y criados.

Vi contaba con que la hiciese llamar, pero no tenía ni idea del motivo. ¿Sabía el rey dios que Kylar era el Ángel de la Noche? ¿La esperaba un castigo por dejar que muriese el hijo de Garoth Ursuul? ¿Acaso el hombre con docenas de esposas quería follarse a otra chica bonita? ¿O tan solo sentía curiosidad por ver a la única mujer ejecutora de la ciudad?

—¿Te crees lista, Viridiana Sovari? —preguntó el rey dios.

Garoth Ursuul era más joven de lo que se había esperado, de unos cincuenta años, y seguía siendo vigoroso. Tenía los brazos y el cuerpo fornidos, estaba calvo como un huevo y sus ojos cayeron sobre ella como una rueda de molino.

—Disculpad, santidad... —Había empezado a entonarlo como una pregunta, pero cambió de idea—. Sí. Y es Vi.

Él le indicó que se acercara y Vi subió los catorce escalones hasta situarse directamente delante del trono. El rey dios la miró de arriba abajo, no subrepticiamente como hacían los hombres tan a menudo, pero tampoco con atrevimiento y pasión. Garoth Ursuul la miró como si fuera un montón de grano y estuviese intentando adivinar su peso.

—Quítate el vestido —ordenó.

Su inflexión de voz no daba a Vi nada sobre lo que trabajar. Podría haber sido un comentario sobre el tiempo. ¿Quería seducirla? No le importaba que Garoth Ursuul se la cepillara, pero pensaba hacerlo fatal llegado el caso. Convertirse en la querida del rey dios era demasiado peligroso. Llevaba desde la pubertad calentándole la cama a

un monstruo, y no le apetecía ascender por ese escalafón. Aun así, dios, rey o monstruo, Garoth Ursuul no era alguien a quien conviniese contrariar.

Así pues, Vi obedeció al instante. En cuestión de dos segundos, el vestido del maestro Piccun se deslizó hasta el suelo. Vi no se había puesto ropa interior, pero sí perfume en las corvas. Actuó con la más escrupulosa obediencia. El rey dios no podía encontrarle ninguna pega pero, al mismo tiempo, Vi sabía que la desnudez repentina no era ni mucho menos tan estimulante como desvestirse poco a poco o como la picardía de una ropa interior de encaje. Que Ursuul la tomara por una seductora ineficaz, que la creyera una ramera, que pensase lo que quisiera de ella, siempre que fuera a distancia. Además, no pensaba darle a ningún hombre la satisfacción de verla echarse atrás. Sintió las miradas de todos los cortesanos, asesores, vürdmeisters, criados y centinelas del salón. No le importaba. Su desnudez era su armadura. Cegaba a los necios babosos. Mientras tuvieran su cuerpo delante, no verían nada más.

Garoth Ursuul volvió a mirarla de arriba abajo, sin dejar traslucir nada.

—No serías nada divertida —dijo el rey dios—. Ya eres una puta.

Por algún motivo, viniendo de aquel hombre horrible, las palabras escocieron. Estaba desnuda ante él, y el tipo había perdido por completo el interés. Había sido su intención desde el principio, pero aun así dolía.

—Todas las mujeres son unas putas —dijo Vi—, ya vendan su cuerpo o su sonrisa y encanto o sus años fértiles y la sumisión a un hombre. El mundo hace de la mujer una puta, pero la mujer pone sus condiciones. Santidad.

Su repentino estallido pareció divertir al rey dios, pero duró poco.

—¿Creías que no iba a ver lo que has hecho con mi centinela? ¿Te creías que podías escucharme a escondidas? ¿A mí?

—Por supuesto que sí —respondió Vi, pero en esa ocasión su jactancia era fingida.

«¿Me ha visto? ¿A través de la pared?» Sabía que debía aferrarse a su chulería o podría derretirse allí mismo en el suelo. Con el rey dios, quien quisiera ganar debía jugar como si despreciara la vida. Sin embargo, le constaba que algunos jugadores habían perdido.

Garoth Ursuul soltó una risilla, y sus cortesanos lo imitaron.

—Por supuesto que sí —dijo—. Me caes bien, *moulina*. No te mataré hoy. Pocas mujeres osarían plantar cara a un rey, no digamos a un dios.

—No soy como ninguna mujer que hayáis conocido —replicó Vi antes de poder contenerse.

La sonrisa del rey dios se marchitó.

—Tienes demasiado buen concepto de ti misma. Por eso, te domaré. Pero no hoy. Vuestro Sa’kagé nos está dando problemas. Ve a ver a tus amiguitos del hampa y descubre quién es el auténtico shinga. No quiero a ningún pelele. Descúbrelo, y

mátalo.

Vi se sintió desnuda por primera vez. Su armadura flaqueó. Dios u hombre, Garoth Ursuul poseía una confianza titánica. Le había dicho que la domaría, pero no dudaba ni por un instante que le obedecería. No era un farol; no era arrogancia. Era el simple ejercicio de las prerrogativas de un poder inmenso. Los cortesanos pasaron a contemplarla como los perros bajo la mesa de un rey observan un apetecible pedazo de carne que podría caer al suelo. Vi se preguntó si el rey dios la entregaría a uno de ellos... o a todos.

—¿Sabías —dijo el rey dios— que eres bruja nata? Tienes «Talento», como decís los sureños. De modo que este será tu incentivo: si matas a ese shinga, lo consideramos tu prueba final, y no solo serás una maestra ejecutora, sino que además te adiestraré yo mismo. Te otorgaré poder mucho más allá de lo que Hu Patíbulo podría siquiera imaginar. Poder sobre él, si así lo deseas. Pero si me fallas... Bueno. —Sonrió con sus labios finos—. No falles. Ahora vete.

Vi partió con el corazón en un puño. El éxito significaba traicionar a su mundo. ¡Traicionar al Sa'kagé de Cenaria, la red de delincuencia organizada más temida de todo Midcyru! Significaba matar a su cabecilla por una recompensa que no estaba segura de desear. ¿Entrenar para convertirse en bruja con el mismísimo rey dios? Mientras el monarca le hacía su oferta, se había imaginado que sus palabras eran telarañas, que la pegaban a él cada vez con más fuerza. Había sido algo casi tangible, un hechizo que la envolvía como una red, retándola a resistirse. Sintió un mareo. La obediencia era la única posibilidad. Por malo que fuese el éxito, el fracaso no era una alternativa. Había oído los rumores.

—¡Vi! —la llamó el rey dios.

Se detuvo a medio camino de la puerta, sintiendo un escalofrío al oír su nombre en labios de aquel horror. Pero el rey dios sonreía; por vez primera sus ojos se pasearon por el cuerpo desnudo de la joven como harían los de un hombre. Algo voló como una sombra hacia ella y Vi agarró al vuelo el bulto de tela en un acto reflejo.

—Llévate tu vestido —dijo él.

Capítulo 6

—Me siento como si hubiese estado respirando serrín durante una semana —dijo Kylar.

—Agua de río. Cinco minutos —replicó Uly, seca, altiva.

Kylar luchó por abrir los ojos pero, cuando lo logró, siguió sin ver nada.

—Así que tú me has sacado. ¿Dónde estamos, Uly?

—Huele.

Se estaba haciendo la dura, lo que significaba que Kylar le había dado un susto de muerte. «¿Así es como actúan las niñas pequeñas?»

Inhaló media bocanada de aire antes de que el hedor le hiciera toser. Estaban en el cobertizo para botes que Mama K tenía en el Plith.

—No hay nada como las aguas negras calentitas en una noche fresca, ¿eh? —comentó Uly.

Kylar rodó sobre sí mismo.

—Creía que era tu aliento.

—Si yo huelo mal, tendrías que ver el aspecto que tienes tú —dijo la niña.

—Y tú tendrías que mostrar algo de respeto.

—Y tú tendrías que estar muerto. Duérmete.

—No te creas que estás mona cuando avasallas.

—Necesitas dormir. No sé qué pintan las vasallas.

Kylar se rió. Dolía.

—¿Lo ves? —dijo Uly.

—¿Tienes la daga?

—¿Qué daga?

Kylar la agarró por la pechera de la túnica.

—Ah, ¿esa que he tenido que sacarte del hombro con una palanca? —preguntó Uly.

No era de extrañar que le doliera el hombro. Nunca había visto a Uly tan respondona. Si no iba con cuidado con ella, la niña rompería a llorar. Una cosa era sentirse un idiota, y otra sentirse un idiota impotente.

—¿Cuánto tiempo he estado... inconsciente?

—Un día y una noche.

Maldijo para sus adentros. Era la segunda vez que Uly lo veía asesinado, con el cuerpo mutilado. La niña no había dudado en ningún momento de que Kylar regresaría de entre los muertos, y se alegraba. Le había prometido que lo haría, pero sin estar seguro. Lo único que sabía era que había vuelto una vez. El Lobo, el extraño hombre de ojos amarillos al que había conocido en el lugar situado entre la vida y la muerte, no le había garantizado nada. A decir verdad, en esa ocasión Kylar ni siquiera

lo había visto. Había tenido la esperanza de plantearle unas preguntas, como de cuántas vidas disponía. ¿Y si solo eran dos?

—¿Y Elene? —preguntó.

—Ha ido a por el carro. Los centinelas que Jarl sobornó solo estarán de guardia una hora más.

¿Elene había ido sola a buscar el carro? Kylar estaba muy cansado. Notaba que Uly volvía a estar al borde de las lágrimas. ¿Qué clase de hombre hacía pasar por todo aquello a una niña? No era gran cosa como padre de repuesto, pero antes se creía mejor que nada.

—Deberías dormir —dijo la niña, haciendo todo lo posible por sonar brusca de nuevo.

—Asegúrate de... —Le dolía tanto todo que no pudo ni completar el pensamiento, y mucho menos la frase.

—Cuidaré de ti, no te preocupes —dijo Uly.

—¿Uly?

—¿Sí?

—Hiciste un buen trabajo. Un trabajo fantástico. Estoy en deuda contigo. Gracias. Lo siento.

Casi percibió cómo el aire alrededor de la niña se ponía tibio y empalagoso. Gimió. Quería decir algo ingenioso y malicioso como habría hecho Durzo, pero antes de encontrar las palabras cayó dormido.

Capítulo 7

Cuando Kaldrosa Wyn llegó a la parte de atrás de la Taberna de la Buscona a mediodía, ya había doscientas mujeres haciendo cola ante el burdel. Dos horas más tarde, cuando la cola empezó a avanzar, eran el triple. Las mujeres formaban un grupo heterogéneo como solo podía ofrecerlo las Madrigueras: desde ratas de hermandad que no pasaban de los diez años y, aun sabiendo que Mama K no las contrataría, estaban tan desesperadas que acudían de todas formas, hasta mujeres que habían vivido en la rica orilla oriental apenas un mes atrás pero, al perder sus hogares en los incendios, habían acabado en las Madrigueras. Algunas de esas últimas lloraban; otras tenían la mirada ausente y se arrebujaban en sus chales. Un último grupo lo formaban las conejas de toda la vida, que reían y bromeaban con sus amigas.

Trabajar para Mama K era la ocupación más segura que podía conseguir una chica de alquiler. Intercambiaban entre ellas anécdotas sobre cómo se las veía la maestra de los placeres con su nueva clientela khalidorana. Se decía que, cuando los muy sádicos hacían daño a alguna, tenían que pagar monedas de plata suficientes para cubrir el morado. Una chica afirmaba que tenían que ser coronas, pero nadie la creyó.

Cuando la duquesa Terah de Graesin (el viejo duque, su padre, había muerto en el golpe) sacó a la resistencia de la ciudad, todos sus seguidores prendieron fuego a sus comercios y hogares. Los incendios, por supuesto, no se apagaron cuando hubieron devorado las propiedades de los huidos. Millares de entre los que se habían quedado perdieron su casa. Fue incluso peor en las Madrigueras, donde los pobres vivían hacinados como el ganado. Habían muerto centenares de personas. Los fuegos habían ardido durante días.

Los khalidoranos querían que el lado este fuera productivo lo antes posible. Consideraron un incordio a quienes se habían quedado sin hogar, de modo que los soldados los desplazaron a la fuerza a las Madrigueras. Los nobles y artesanos desposeídos habían protestado como desesperados, pero la desesperación no cambiaba nada. Ser expulsado a las Madrigueras era una condena a muerte.

Durante el último mes, el rey dios había permitido que sus soldados hicieran lo que se les antojara en las Madrigueras. Los hombres campaban en manadas para saciar cualquier apetencia que les motivase. Entonando aquella maldita oración a Khali, violaban, mataban o robaban las escasas pertenencias de los conejos sin otro fin que lanzarlas al río y echarse unas risas. Parecía que la situación no podía empeorar pero, tras el intento de asesinato, lo había hecho.

Los khalidoranos habían recorrido las retorcidas calles de las Madrigueras de forma organizada, manzana por manzana. Hacían que las madres escogieran cuáles de sus hijos vivirían y ejecutaban a los demás. Violaban a las mujeres delante de sus

familias. Los brujos se entregaban a juegos enfermizos en los que hacían volar partes del cuerpo por los aires. Cuando alguien ofrecía resistencia, hacían redadas y ejecutaban en público a docenas de personas.

Corrían rumores sobre escondrijos seguros en las profundidades de las Madrigueras, bajo tierra, pero solo quienes tuvieran buenos contactos en el Sa'kagé podían entrar en ellos. Todo el mundo tenía escondites, pero los soldados llegaban noche tras noche, y a veces también de día. Era solo cuestión de tiempo que pillaran a cualquiera. La belleza se había convertido en una maldición. Muchas de las mujeres que tenían amantes, maridos o incluso hermanos que las protegiesen los habían perdido. La resistencia acarreaba la muerte.

Así pues, las mujeres acudían a los burdeles de Mama K porque eran los únicos lugares seguros de las Madrigueras. Ya que iban a violarte, pensaban muchas, por lo menos que te pagaran por ello. Además, al parecer los burdeles seguían funcionando bien. Algunos khalidoranos preferían evitar los riesgos de adentrarse en las Madrigueras. Otros simplemente preferían asegurarse de que se acostarían con una mujer limpia y de buen ver.

Sin embargo, a los burdeles ya no les quedaban muchas plazas libres... y nadie quería conjeturar por qué tenían esas pocas.

Kaldrosa había aguantado tanto como había podido. No habría debido acabar así. Aquel vürdmeister, Neph Dada, la había contratado precisamente porque era una antigua pirata sethí que había quedado varada en las Madrigueras hacía mucho. Llevaba diez años sin navegar, y nunca había sido capitana, a pesar de lo que le había contado a aquel vürdmeister, pero sí era sethí y había prometido que podría capitanear un navío khalidorano a través del archipiélago de los Contrabandistas y remontar el río Plith hasta el castillo. A cambio, le dejarían quedarse con el barco.

Se le había antojado una buena paga por un trabajillo desagradable. Kaldrosa Wyn no sentía lealtad hacia Cenaria, pero trabajar para los khalidoranos echaba atrás al más pintado.

Quizá hasta habrían cumplido su parte del trato y le habrían regalado aquel cascarón de barcaza que no valía ni los clavos que lo sujetaban. Quizá hasta habría podido reunir una tripulación... si no fuera porque algún hijo de puta le había hundido el barco durante la invasión.

Había alcanzado la orilla a nado, que era más de lo que podía decir de los doscientos guerreros con armadura a los que transportaba, que a esas alturas eran comida para los peces. Tras cuatro violaciones y dos palizas a Tomman que lo habían dejado medio muerto, allí estaba.

—¿Nombre? —preguntó la chica de la puerta, que sostenía una pluma y un papel. Debía de tener dieciocho años, una buena década menos que Kaldrosa, y era despampanante: el pelo y los dientes perfectos, las piernas largas, la cintura

minúscula, los labios sensuales y un aroma dulce y almizclado que hizo pensar a Kaldrosa en cómo debía de apestar ella. Desesperó.

—Kaldrosa Wyn.

—¿Ocupación o talentos especiales?

—Fui pirata.

La chica se animó.

—¿Sethí?

Kaldrosa asintió, y la chica la mandó al piso de arriba. Al cabo de otra media hora, entró en uno de los pequeños dormitorios.

La mujer que lo ocupaba también era joven y bella. Rubia, menuda pero curvilínea, con los ojos grandes y una ropa increíble.

—Soy Daydra. ¿Has trabajado las sábanas alguna vez?

—Supongo que no te refieres a velas de barco.

Daydra soltó una risita, y hasta eso fue hermoso.

—Toda una pirata, ¿eh?

Kaldrosa se tocó los anillos de su clan, cuatro aretes en semicírculo que le marcaban el pómulo izquierdo.

—El clan Tetsu, de la isla de Hokkai.

Indicó con un gesto la cadena de capitana que llevaba... y que se había puesto en cuanto le encargaron el trabajo para Khalidor. Había optado por la mejor cadena de plata en espiga que se pudo permitir. Trazaba una curva desde su lóbulo izquierdo hasta el más bajo de sus anillos de clan. Era una cadena de capitán mercante, de capitán mercante de orígenes humildes. Los capitanes militares y los piratas más osados llevaban una cadena engarzada de lóbulo a lóbulo por detrás de la cabeza, para que hubiese menos posibilidades de que se la arrancaran en combate.

—Una capitana pirata —añadió—, pero nunca me atraparon. Si te pillan, o te cuelgan o te arrancan los anillos y te destierran. La gente no se pone de acuerdo sobre qué es peor.

—¿Por qué lo dejaste?

—Tuve un encontronazo con un cazapiratas real sethí unas horas antes de una tormenta. Él salió casi tan mal parado como nosotros, pero la tempestad nos hizo encallar contra las rocas del archipiélago de los Contrabandistas. Desde entonces he ido trampeando con lo que he podido. —Kaldrosa no mencionó que «lo que he podido» incluía casarse y trabajar para Khalidor.

—Enséñame las tetas.

Kaldrosa deshizo los lazos y, sacudiendo los hombros, se bajó el corpiño.

—Caray —dijo Daydra—. Muy bien. Creo que servirás.

—Pero si sois todas guapísimas —objetó Kaldrosa. Por estúpido que fuera protestar, no podía creerse que su suerte estuviera cambiando.

Daydra sonrió.

—No nos faltan preciosas. Todas y cada una de las chicas de Mama K tienen que ser guapas, y tú lo eres. Lo que aportas es exotismo. Mírate. Anillos de clan, piel aceitunada... ¡Hasta tienes morenas las tetas!

Kaldrosa se alegró de haberse obstinado en no cubrirse el torso en su barco para que los soldados khalidoranos la mirasen como pasmarotes. Se había quemado de mala manera, pero su piel se había oscurecido y el bronceado no había desaparecido aún.

—No sé cómo has conseguido ese color —dijo Daydra—, pero tendrás que mantenerlo, y hablar como una pirata. Si quieres trabajar para Mama K, tendrás que ser la pirata sethí. ¿Tienes marido o amante?

Kaldrosa vaciló.

—Marido —reconoció—. La última paliza casi lo mata.

—Si te dedicas a esto, nunca lo recuperarás. Un hombre puede perdonar a una mujer que deje la calle por él, pero jamás perdonará a la que se meta a puta por él.

—Vale la pena —dijo Kaldrosa—. Para salvarle la vida, vale la pena.

—Otra cosa. Porque tarde o temprano lo preguntarás. No sabemos por qué los paliduchos lo hacen. Todos los países tienen sádicos que disfrutan haciendo daño a las chicas de alquiler, pero esto es diferente. Algunos se lo pasan bien primero y no te pegan hasta después, como si les diera vergüenza. Otros no te hacen ningún daño pero más tarde fanfarronean de que lo han hecho y pagan las multas de Mama K sin protestar. Pero siempre pronuncian las mismas palabras. ¿Las has oído?

Kaldrosa asintió.

—¿*Khali vas*, y no sé qué más?

—Es khalidorano antiguo, un conjuro o una plegaria o algo así. No le des más vueltas. No les busques excusas. Son unos animales. Te protegeremos lo mejor que podamos y ganarás dinero, pero tendrás que aguantarlos todos los días. ¿Te ves capaz?

A Kaldrosa se le formó un nudo en la garganta, de modo que volvió a asentir.

—Pues ve a ver al maestro Piccun y dile que quieres tres conjuntos de chica pirata. Que acabe de tomarte las medidas antes de echarte un polvo.

Kaldrosa alzó las cejas.

—A menos que eso te suponga un problema.

—Tú no crees que vayamos a tener ningún problema, ¿verdad? —preguntó Elene. Estaban tumbados en el carro, pasando una última noche bajo las estrellas después de tres semanas de camino. Al día siguiente entrarían en Caernarvon y su nueva vida.

—Dejé todos mis problemas en Cenaria. Bueno, menos los dos que se me han colado en el carro —dijo Kylar.

—¡Oye! —exclamó Uly. Aunque era tan espabilada como su madre, Mama K, seguía teniendo once años y era fácil picarla.

—¿Cómo que nos hemos colado? —dijo Elene, incorporándose sobre un codo—. Si mal no recuerdo, este es mi carro.

Eso era verdad. Jarl les había regalado el carro y Mama K lo había cargado de hierbas con las que Kylar podría abrir una herboristería. Quizá en deferencia a las sensibilidades de Elene, la mayoría eran legales.

—Si alguien se ha colado en el carro, eres tú.

—¿Yo? —preguntó Kylar.

—Estabas dando un espectáculo tan penoso que me entró vergüenza ajena. Lo único que quería era que dejases de suplicar.

—Caramba, y yo que pensaba que eras una pobre e indefensa... —empezó Kylar.

—Pues ya sabes que no —lo atajó Elene, satisfecha, mientras volvía a arroparse entre las mantas.

—Vaya si lo sé. Tienes tantas defensas que un hombre estaría de suerte si te hincara el diente una vez en mil años —dijo Kylar con un suspiro.

Elene profirió un grito ahogado y se sentó.

—¡Kylar Thaddeus Stern!

Kylar soltó una risilla.

—¿Thaddeus? Esa sí que es buena. Una vez conocí a un Thaddeus.

—Yo también. Era tonto de remate.

—¿De verdad? —preguntó Kylar, con expresión pícara—. El que conocí yo era famoso por el tamaño gigantesco de su...

—¡Kylar! —interrumpió Elene, haciendo una seña hacia Uly.

—¿El tamaño gigantesco de su qué? —preguntó la niña.

—Ahí lo tienes —dijo Elene—. ¿Qué era eso tan gigantesco, Kylar?

—Los pies. Y ya sabes lo que dicen sobre los pies grandes. —Le hizo un guiño lascivo a Elene.

—¿Qué? —preguntó Uly.

—Zapatos grandes —respondió Kylar. Se acomodó entre sus mantas, tan satisfecho como lo había estado Elene unos momentos antes.

—No lo entiendo —protestó Uly—. ¿Qué significa, Elene?

Kylar rió maliciosamente.

—Te lo contaré cuando seas mayor —dijo Elene.

—No quiero saberlo cuando sea mayor. Quiero saberlo ahora —insistió Uly.

Elene no le respondió. En lugar de eso, pegó un puñetazo en el brazo a Kylar, que gruñó.

—¿Ahora vais a pelearos? —preguntó Uly. Había salido de entre sus mantas y se había sentado entre ellos—. Porque siempre acabáis besándoos. Es asqueroso. —Hizo

una mueca e imitó el ruido de unos besos húmedos.

—Nuestro pequeño anticonceptivo —dijo Kylar. Aunque quería mucho a Uly, estaba convencido de que era el único motivo de que, habiendo pasado tres maravillosas semanas de ruta con la mujer que amaba, siguiera siendo virgen.

—¿Lo haces otra vez? —pidió Elene a Uly, riendo y atajando con astucia la pregunta de qué era un anticonceptivo.

Uly volvió a esbozar su mueca y hacer sonar los besos, y al cabo de poco los tres se deshacían en carcajadas que dieron paso a una pelea de cosquillas.

Después, con agujetas de tanto reírse, Kylar escuchó la respiración de las chicas. Elene tenía el don de caer dormida en cuanto su cabeza tocaba una almohada, y Uly no le iba a la zaga. Esa noche, el insomnio de Kylar no era una maldición. Sentía que su piel misma resplandecía de amor. Elene se revolvió y apretó la cara contra su pecho. Kylar inhaló el aroma fresco de su pelo. No recordaba haberse sentido tan bien, tan aceptado, en toda su vida. Elene acabaría babeándole encima, sin duda, pero no le importaba. De algún modo la baba se volvía entrañable cuando era de Elene.

No era de extrañar que asquearan a Uly. Era penoso de verdad. Sin embargo, por primera vez en su vida, Kylar se sentía un buen hombre. Siempre había sido bueno en algunas cosas, como forzar cerraduras, escalar, esconderse, luchar, envenenar, disfrazarse y matar. Sin embargo, nunca se había sentido bueno hasta Elene. Cuando ella lo miraba, el Kylar que veía reflejado en sus ojos no era repulsivo. No era un asesino: era el padre adoptivo que tenía peleas de cosquillas con una niña de once años; era el amante que decía a Elene que era bella y se lo hacía creer por primera vez en su vida; era un hombre con algo que dar.

Ese era el hombre que Elene veía cuando lo miraba. Creía tantas cosas buenas sobre él que Kylar alternaba entre creérselas a su vez y pensar que Elene estaba completamente loca. Sin embargo, sentaba de maravilla dejarse convencer.

Al día siguiente llegarían a Caernarvon y, durante una temporada, se quedarían en casa de la tía de Elene, Mia. Con su ayuda, ya que era una partera entendida en hierbas, Kylar montaría una pequeña herboristería. Después superaría las cada vez más tenues objeciones de Elene a la fornicación y dejaría atrás para siempre el camino de las sombras.

Capítulo 8

Después de quizá doce días, quizá quince, quizá no fueran tantos aunque lo pareciera, Logan por fin sucumbió y cayó dormido. En sueños, oyó voces. Susurraban pero, en el entorno de piedra del Agujero, todos los susurros llegaban lejos.

—Tiene un cuchillo.

—Si vamos todos a por él, da lo mismo. ¡Mira cuánta carne tiene!

—No grites —dijo alguien.

Logan sabía que debía moverse, comprobar si conservaba el cuchillo, levantarse, pero estaba demasiado cansado. No podía aguantar despierto para siempre. Era demasiado difícil.

Le pareció oír una voz de mujer, que gritaba contra una mano que le tapaba la boca. Sonó una bofetada y los gritos cesaron. Después se oyó otra bofetada, y luego otra y otra más.

—Para, Fin. Si matas a Lilly, te destripamos, cojones. Es la única rajita que tenemos.

Fin imprecó al Napias y dijo:

—Vuelve a gritar, zorra, y te arranco el pelo y las uñas. No te hacen falta para follar. ¿Entendido?

Entonces la voz se desvaneció, lo mismo que el calor, el aullido y el hedor, y Logan empezó a soñar de verdad. Soñó con su noche de bodas. Estaba casado con una chica a la que apenas conocía pero, a medida que hablaba en su alcoba, tan nervioso como la hermosa quinceañera que tenía delante, sintió florecer en su corazón una repentina esperanza. Aquella chica era una mujer a la que podía amar y que, inexplicablemente, era suya. Jenine sería su esposa y, algún día, su reina, y sabía que podría amarla.

«Jenine ha muerto. No sigas.»

Vio en los grandes ojos de la chica que ella también podría amarlo, que su lecho nupcial no sería un deber, sino una fuente de gozo. Las mejillas de Jenine se ruborizaron cuando la miró como a su esposa. Los ojos de Logan la reclamaron, no con arrogancia, sino con confianza y dulzura, aceptándola y recreándose en su belleza. Cuando la envolvió con sus brazos y la acercó hacia sí, ella se plegó sobre él. Tenía los labios calientes.

Entonces, se diría que apenas un segundo después, mientras seguían besándose, quitándose la ropa uno al otro, se oyó un atronar de pies en la escalera que llevaba a su habitación. Logan estaba apartándose de ella cuando abrieron la puerta por la fuerza y unos soldados khalidoranos irrumpieron en la alcoba...

Logan abrió los ojos de golpe y lanzó los puños mientras varios cuerpos

aterrizaban sobre él.

Como pelea, aquella fue patética. Logan llevaba dos semanas sin comer, de modo que estaba débil como un cachorrillo. Por otra parte, el resto de los reclusos, aparte del festín de carne que se habían dado hacía unas semanas, llevaban meses o años subsistiendo a base de pan y agua. Eran sombras demacradas y huecas de los hombres que habían sido, por lo que la pelea discurrió con lentitud y torpeza.

Logan se quitó a un hombre de encima y dio a otro un puñetazo en la mandíbula, pero otros dos los sustituyeron en el acto, con la carne resbaladiza y enfangada por la mugre y el sudor. Fin se arrojó sobre su cadera mientras Jake le arañaba la cara con sus largas uñas. Logan se desembarazó de otro preso, se puso en pie con un gran esfuerzo y se quitó de encima a Jake, que salió disparado.

El hombre cayó por el agujero y desapareció.

En ese mismo momento, la pelea se dio por terminada.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó el Napias—. Con lo bien que nos hubiese venido la carne. Serás cabrón, mira que desperdiciar así la carne.

Durante un momento, la furia de los presos se reavivó y Logan pensó que volverían a atacarle. Bajó la mano a la cintura para sacar el cuchillo. No estaba.

Al otro lado del Agujero, Fin lo miró. Se hurgó en las encías ensangrentadas por el escorbuto con la punta del cuchillo. Ahora el tiempo corría de su parte.

Logan había creído que los ojeteros no tenían sociedad, pero se equivocaba. Allí abajo también había bandos. Los ojeteros se dividían entre animales y monstruos, entre débiles y fuertes. Fin encabezaba a los animales, quienes observaban un escalafón acorde en líneas generales con sus crímenes: primero los asesinos, luego los violadores, los esclavistas y los pedófilos. Los monstruos eran Yimbo, un ceurí huesudo y pelirrojo al que habían cortado la lengua; Tatu, un lodricario pálido cubierto de tatuajes que podía hablar pero no lo hacía nunca, y el Chirríos, un débil mental contrahecho con los hombros enormes, la columna torcida y los dientes afilados y puntiagudos. Los monstruos sobrevivían solo gracias al miedo que les tenían los demás y por su disposición a la lucha.

En ese momento, como estaban todos hambrientos, esa tenue sociedad empezaba a desintegrarse. Logan no tenía amigos, ni cuchillo ni lugar. Entre los animales, era un lobo sin manada. Entre los monstruos, un perro que había perdido su diente de acero.

Había intentado ver a los presos como a hombres. Hombres degradados, humillados, envilecidos y malvados, pero hombres. Intentaba ver en ellos algo bueno, algún reflejo en su interior de los dioses o el Dios que los había creado. Sin embargo, en las sombras del Agujero, solo veía animales y monstruos.

Fue a sentarse junto al Chirríos. El hombre le dedicó una sonrisa bobalicona que sus dientes afilados volvían horripilante.

Entonces se oyó un sonido que paralizó a todos. Resonaban unos pasos por el pasillo de encima del Ojete. Logan se escondió bajo el único saliente que podía ocultarlo en el mismo momento en que una cara iluminada por una antorcha aparecía sobre ellos.

—Será posible —dijo el guardia. Tenía el pelo moreno y era pálido y corpulento, con la nariz rota, a todas luces khalidorano.

El hombre abrió la reja pero no perdió de vista a los presos que tenía cinco metros más abajo. Fin ni siquiera desenrolló sus cuerdas.

—Pensaba que a estas alturas unos cuantos ya habríais muerto —dijo el guardia —. Se me ha ocurrido que tendríais un hambre de perros. —Echó mano a un saco y extrajo una gran hogaza de pan. Todos los presos lo miraron con tanto anhelo que rompió a reír—. Muy bien, ahí va.

El guardia les lanzó el pan, pero cayó al agujero.

Los prisioneros prorrumpieron en gritos, creyendo que era un error. El carcelero sacó otra hogaza y también la tiró al agujero. Los reclusos, hasta Fin y Lilly, se apelotonaron en torno al orificio. El siguiente pan rebotó en la punta de los dedos del Napias, que casi cayó detrás de él.

El guardia se rió. Cerró la reja y se alejó silbando una alegre melodía. Varios de los presos rompieron a llorar.

No regresó. Los días transcurrieron como una agonía. Logan jamás se había sentido tan débil.

Pasaron cuatro noches, si es que la palabra significaba algo; Logan consideraba noche el tiempo en que dormían casi todos los ojeteros, y ellos decían que era mediodía cuando los vientos aullaban con más fuerza. Esa cuarta noche, Fin rebanó el pescuezo a uno de sus pedófilos. En unos instantes, todo el mundo estaba despierto y luchando por el cuerpo. Cuando el Napias empezó a golpear al Chirríos para que el hombre soltase cierto pedazo sanguinolento que Logan prefirió no identificar, el retrasado dejó caer la carne y lo atacó. El Napias intentó quitárselo de encima, pero el Chirríos lo manejó como si fuera un niño. Apartó sus brazos a los lados y le hundió los dientes afilados en el cuello.

En la pelea que estalló por los despojos, una pierna entera se desprendió y aterrizó al lado de Logan. Cuando el Costras se acercó a por ella, Logan la aferró. Para su propio horror, miró fijamente al Costras hasta que el tipo cedió y se fue.

Logan se llevó la pierna a la pared y lloró, porque por mucho que la mirase solo veía carne.

Capítulo 9

Comparado con Cenaria, Caernarvon era el paraíso. Allí no había Madrigueras, ni brecha insalvable entre ricos y pobres, ni ejército de ocupación, ni peste a ceniza y muerte, ni miradas perdidas de desesperación. La capital de Waeddryn había florecido bajo una línea sucesoria ininterrumpida de veintidós reinas.

«Veintidós reinas.» La idea resultaba extraña para Kylar, hasta que cayó en la cuenta de que Mama K llevaba más de veinte años rigiendo los destinos del Sa'kagé y las calles de Cenaria.

—Declarad el motivo de vuestra visita —dijo el centinela de la puerta de la ciudad, echando un vistazo a su carro. Allí la gente era más alta que los cenarianos, y Kylar nunca había visto a tantas personas con los ojos azules o un pelo de colores tan brillantes, desde el blanco hasta el rojo encendido.

—Compro y vendo hierbas medicinales. Venimos para abrir una herboristería —dijo Kylar.

—¿De dónde venís?

—De Cenaria.

El guardia reflexionó.

—Dicen que la cosa está muy fea por ahí. Si os instaláis en el lado sur, andaos con cuidado. Hay un par de barrios duros en esa... —Dejó la frase en el aire al reparar por primera vez en las cicatrices del rostro de Elene.

Con más rapidez de la que habría creído posible, Kylar sintió que lo invadía la furia. Las cicatrices de Elene eran lo único que estropeaba una belleza por lo demás perfecta. Una sonrisa radiante, unos ojos castaño oscuro que contradecían la aburrida fealdad de la palabra «castaño», ojos que solo un poeta podría describir de manera adecuada y solo una legión de bardos podrían alabar como merecían, una piel que suplicaba que la tocaran y unas curvas que lo exigían. «Con todo eso, ¿cómo puede ver solo cicatrices?» Sin embargo, si decía cualquier cosa únicamente provocaría una escena. El guardia parpadeó.

—Hum, adelante —dijo.

—Gracias.

A Kylar no le preocupaba el Sa'kagé de Caernarvon. Eran, sin excepción, delincuentes de poca monta: atracadores, rateros, prostitutas callejeras y corredores de apuestas en los reñideros de perros y de toros. Hasta había varios burdeles y garitos de juego que hacían sus negocios sin estar afiliados a él. La pandilla callejera de la infancia de Kylar estaba más organizada que la delincuencia de aquella ciudad.

Atravesaron la capital mirando boquiabiertos como pueblerinos la gente y los monumentos. Caernarvon se encontraba en la confluencia de los ríos Wy, Rojo y Zarzamora, y sus calles eran un hervidero de comercios y de ese variopinto caudal de

personas que fluye con el dinero. Se cruzaron con sethíes de tez morena y rasgos marcados, vestidos con pantalones anchos y cortos y túnicas blancas, con ceuríes pelirrojos que llevaban dos espadas y tenían la extraña costumbre de trenzarse mechones multicolores de pelo ajeno en la cabellera, con un puñado de ladeshianos y hasta con un ymmurí de ojos almendrados. Lo convirtieron en un juego; señalaban con disimulo e intentaban adivinar de dónde era cada cual.

—¿Qué me decís de ese? —preguntó Uly, señalando a un hombre anodino vestido con sobrias prendas de lana. Kylar arrugó la frente.

—Eso, a ver, listillo —dijo Elene con una sonrisa pícara—. Y no señales, Uly.

El hombre no tenía características destacables. No llevaba tatuajes, su túnica y sus calzones eran los normales en Caernarvon, lucía el pelo castaño corto y no tenía la nariz patricia de los modainíes ni ningún otro rasgo distintivo; ni siquiera su piel, bastante bronceada, que podría proceder de media docena de países.

—Ah —dijo Kylar—. Alitaerano.

—Demuéstralo —dijo Elene.

—Solo los alitaeranos parecen tan encantados de conocerse.

—No me lo creo.

—Pregúntale —propuso Kylar.

Elene negó con la cabeza y se echó atrás con repentina timidez.

—¡Eh, jefe! —gritó Uly cuando pasaron por delante de él con el carro—, ¿de dónde vienes?

—¡Uly! —la reprendió Elene, que no sabía dónde meterse.

El hombre se volvió y se puso muy derecho.

—Provengo de Alitaera, la mayor nación de todo Midcyru por la gracia del Dios.

—De los dioses, querrás decir —terció el waeddrynés con el que estaba regateando.

—No; a diferencia de vosotros, perros waeddryneses, los alitaeranos decimos lo que pensamos —replicó el mercader y, al momento, se enzarzaron en una discusión sobre religión y política que relegó a Uly a un segundo plano.

—La verdad es que soy la pera —observó Kylar.

Elene gimió.

—Probablemente tú también eres alitaerano.

Kylar rió, pero ese «probablemente» le sentó mal. «Probablemente», porque era un rata de hermandad, un huérfano, hijo de esclavos tal vez. Como ese alitaerano, ni siquiera podía conjeturar de dónde eran sus padres. No podía saber por qué lo habían abandonado. ¿Estaban muertos? ¿Vivos? ¿Eran personas importantes de alguna manera, como sueña todo huérfano? Mientras Jarl se afanaba en ahorrar calderilla para salir de la hermandad, Kylar intentaba imaginar los motivos por los que sus nobles padres pudieran haberse visto obligados a abandonarlo. Era una quimera

inútil, estúpida y que creía superada hacía mucho tiempo.

Lo más parecido a un padre que había tenido era Durzo... y Kylar se había convertido en lo que todos los hombres maldicen: un parricida. Allí estaba ahora, un cabo suelto sin nada que lo atara por delante o por detrás.

No, eso no era cierto. Tenía a Elene y a Uly. Y tenía la libertad de amar. Esa libertad costaba algo, pero el precio valía la pena.

—¿Estás bien? —le preguntó Elene, con preocupación en sus ojos castaños.

—No —respondió Kylar—. Mientras estemos juntos, estoy genial.

Al cabo de unos minutos, habían dejado los mercados de la parte norte y se adentraban en el barrio de los muelles. También allí casi todos los edificios eran de piedra, a diferencia de Cenaria, donde la piedra era tan cara que la mayoría de las casas estaban hechas de madera y papel de arroz. Los maleantes locales haraganeaban a la entrada de los edificios, los almacenes y los talleres, mirándolos pasar malcarados, con esa expresión universal de todos los adolescentes con algo que demostrar.

—¿Estás segura de que este es el camino correcto? —preguntó Kylar.

Elene hizo una mueca.

—No...

Kylar no paró el carro, pero dio lo mismo. Seis jóvenes se levantaron y siguieron a un hombre con los dientes negros y una mata de pelo moreno grasiento que se dirigía hacia ellos. Los adolescentes metieron la mano bajo los escalones o en montones de basura para sacar sus armas. Eran armas callejeras: porras, cuchillos y una pesada cadena. El cabecilla se plantó delante del carro y agarró la brida del caballo que tenía más cerca.

—Bueno, cariño —dijo Kylar—, ha llegado el momento de conocer al simpático Sa’kagé del barrio.

—Kylar, recuerda lo que prometiste —advirtió Elene, mientras lo sujetaba del brazo.

—No esperarás de verdad que... —Dejó la pregunta en el aire al ver la expresión en los ojos de Elene.

—Tardes —saludó el cabecilla, que estaba golpeándose la palma de una mano con la porra. Sonrió de oreja a oreja, revelando dos incisivos negros.

—Cariño —dijo Kylar, sin hacer caso al hombre—. Esto es diferente. Sabes que tengo razón.

—Otros superan este tipo de situaciones sin que muera nadie.

—Nadie morirá si lo hacemos a mi manera —aseveró Kylar.

El hombre de los dientes negros carraspeó. La mugre parecía tatuada para siempre en su semblante, dominado por aquellos dos incisivos salidos, torcidos y ennegrecidos.

—Disculpad, tortolitos. No es que quiera interrumpir...

—Espera —dijo Kylar en un tono que no admitía réplica. Se volvió de nuevo hacia Elene—. Cariño...

—O haces lo que prometiste o haces lo que siempre has hecho —dijo ella.

—Eso no es darme permiso.

—No, no lo es.

—Disculpad —volvió a decir el hombre—. Estáis...

—A ver si lo adivino —dijo Kylar, imitando la chulería y el acento de su interlocutor—. Estamos circulando por una vía de pago y venís a cobrar el peaje.

—Hum. Eso es —reconoció el hombre.

—¿Cómo lo habré adivinado?

—Eso iba a preguntar... Oye, calla la boca. Soy Tom Gray y este que veis...

—Es tu camino. Ya. ¿Cuánto? —preguntó Kylar.

Tom Gray frunció el entrecejo.

—Trece platas —contestó.

Kylar contó en voz alta a los siete hombres.

—Un momento, ¿eso no es una putada para tus matones? ¿Ellos se llevan una moneda por barba y tú seis? —preguntó Kylar. Tom Gray palideció. Los chicos lo miraron con cara de pocos amigos. Kylar tenía razón, por supuesto. Rateros de tres al cuarto—. Os daré siete.

Sacó su pequeño monedero y empezó a lanzar monedas de plata a cada uno de los jóvenes.

—Os lleváis lo mismo pero sin esfuerzo. ¿Por qué arriesgarse a pelear? Es lo que Tom iba a daros, de todas formas.

—Espera —dijo Tom—. Si os ha dado eso tan tranquilo es que tiene más. Vamos a por él.

Sin embargo, los jóvenes no estaban interesados. Se encogieron de hombros, menearon la cabeza y volvieron arrastrando los pies hacia sus portales.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Tom—. ¡Eh!

Kylar sacudió las riendas y los caballos se pusieron en marcha. Tom tuvo que apartarse de un salto para que no lo aplastaran y se torció el tobillo al aterrizar. Kylar retiró hacia atrás el labio superior para que pareciera que tenía los dientes de conejo como Tom y alzó las manos en un gesto de impotencia. Los jóvenes y Uly se rieron.

Capítulo 10

Pasaron la noche en una posada. La tía Mia fue a buscarlos a primera hora de la mañana y los guió por un laberinto de callejuelas hasta su casa. Tenía cuarenta y tantos años, aparentaba diez más y llevaba viuda casi dos décadas, desde poco después de que naciera su hijo, Braen. Su marido había sido un próspero mercader de alfombras, de manera que su casa era grande, y la mujer aseguró a Kylar y Elene que podían quedarse tanto como quisieran. La tía Mia era comadrona y sanadora, de facciones poco agraciadas, ojos vivaces y hombros de estibador.

—Así pues —dijo la tía Mia, tras un desayuno de huevos con jamón—, ¿cuánto tiempo lleváis casados?

—Alrededor de un año —dijo Kylar. Pensó que, si arrancaba él con las mentiras, Elene quizá fuera capaz de respaldarlas. Era una mentirosa lamentable. La miró y, en efecto, ya se estaba sonrojando.

La tía Mia lo tomó por pudor y se rió.

—Bueno, ya me había parecido que eras un poco joven para ser la madre natural de esta jovencita. ¿Cómo encontraste a tus nuevos padres, Uly?

Kylar se recostó en la silla, reprimiendo el impulso de responder por ella. Si no las dejaba hablar, no solo quedaría como un imbécil, sino que inspiraría sospechas. A veces no había más remedio que lanzar al aire las tabas y esperar a ver qué salía.

—La guerra —respondió Uly. Tragó saliva, bajó la vista a su plato y no añadió nada más. Ni siquiera era mentira, y la emoción de su rostro era a todas luces genuina. La niñera de Uly había muerto en los combates. La pobre a veces todavía lloraba al acordarse.

—Estaba en el castillo durante el golpe —explicó Elene.

La tía Mia soltó su cuchillo y su cuchara; en Caernarvon no utilizaban tenedores, para gran irritación de Kylar.

—Mira lo que te digo, Uly. Te vamos a cuidar muy bien. Estarás a salvo y hasta tendrás habitación propia.

—¿Y juguetes? —preguntó Uly.

Algo en la expresión abierta y esperanzada de Uly hizo que Kylar sintiera una punzada de dolor. Las niñas pequeñas deberían jugar con muñecas (¿por qué nunca le había regalado a Uly una muñeca?), no pescar cadáveres en los ríos.

La tía Mia se rió.

—Y juguetes —dijo.

—Tía Mia —intervino Elene—, ya estamos molestando suficiente. Tenemos dinero para juguetes, y Uly puede quedarse con nosotros. Ya has...

—No hay más que hablar —dijo la tía Mia—. Además, vosotros dos seguís siendo recién casados. Necesitáis toda la intimidad del mundo, aunque bien sabe el

cielo que Gavin y yo nos las apañamos para darnos unos cuantos revolcones cuando compartíamos una cabaña de una sola habitación con sus padres. —Elene se puso colorada, pero la tía Mia siguió hablando—: De todas formas, supongo que a una cría de once años le cuesta un poco más hacerse la sorda cuando hay ruiditos por la noche. ¿Me equivoco?

Le tocó a Kylar el turno de sonrojarse. La tía Mia lo miró, y después a Uly, que parecía desconcertada.

—¿Me estáis diciendo que no lo habéis hecho desde que salisteis de Cenaria? —preguntó—. Os escabulliríais alguna vez por la mañana mientras Uly todavía dormía, digo yo. ¿No? Ese viaje debe de haber durado... ¿qué, tres semanas? Eso es una eternidad para unos jovenzuelos como vosotros. Bueno. Esta tarde, Uly y yo saldremos a dar un largo y saludable paseo. La cama de vuestra habitación chirría un poco, pero como os preocupen demasiado esas cosas, Uly nunca tendrá un hermanito, ¿eh?

—Por favor —suplicó Kylar, meneando la cabeza. Elene no sabía dónde meterse.

—Hum —dijo la tía Mia, mirando a su sobrina—. En fin. Si habéis acabado de desayunar, ¿por qué no vamos a conocer a mi hijo?

Braen Smith trabajaba en un taller anejo a la casa. Tenía los rasgos amplios y poco agraciados y los hombros anchos de su madre. Mientras se acercaban, lanzó un aro de barril al que estaba dando forma a una pila de otros parecidos y se quitó los guantes.

—Buenos días —dijo.

Sus ojos se posaron de inmediato en Elene. Un vistazo rápido a su rostro surcado de cicatrices seguido de un examen demasiado atento de sus encantos. No fue el típico repaso rápido que los hombres dedicaban por instinto a todas las mujeres. Eso a Kylar no le habría importado. Pero aquello no fue una miradita. Braen se recreó, y ante la cara misma de Elene. O, más bien, ante sus mismos pechos.

—Encantado —dijo el joven mientras tendía la mano a Kylar. Lo midió con la mirada. Como era de prever, intentó aplastarle la mano.

Un reguerillo de Talento se encargó de ponerlo en su sitio. Sin un ápice de tensión en la cara o el antebrazo, Kylar atenazó la zarpa monstruosa y la llevó al borde de la fractura. Un poco más de fuerza y hasta el último hueso de la mano de Braen saltaría en pedazos. Al cabo de un momento, aflojó y se limitó a corresponder al apretón, mano áspera contra mano áspera, músculo contra músculo y ojo contra ojo... aunque tuviera que alzar la cabeza y Braen lo superara en peso cuatro a tres. El pánico desapareció de los ojos del herrero, al que Kylar vio preguntarse si no habría imaginado la fuerza inicial de su apretón de manos.

—Kylar —murmuró Elene entre dientes como si se estuviera poniendo en evidencia.

Aun así, Kylar no apartó la mirada. Allí había algo en juego y, por muy primitivo, bárbaro, mezquino y estúpido que fuese, no dejaba de ser importante.

A Elene no le gustaba que no le hiciera caso.

—Supongo que lo siguiente será comparar el tamaño de vuestros... —Dejó la frase en el aire, avergonzada.

—Buena idea —dijo Kylar mientras el hombretón por fin le soltaba la mano—. ¿Qué te parece, Braen? —preguntó mientras se aflojaba el cinturón.

Por suerte, Braen se lo tomó a risa. Los demás lo imitaron, pero a Kylar seguía cayéndole gordo. Él tampoco le hacía gracia al herrero, lo notaba.

—Bueno, encantado —repitió Braen—. Tengo un pedido grande que rematar. —Agachó la cabeza y cogió un martillo, flexionando los doloridos dedos con disimulo.

Durante el resto de la mañana y de la tarde, la tía Mia les enseñó Caernarvon. Aunque era más grande que Cenaria, la ciudad no tenía aquel aire caótico del hogar de Kylar. La mayoría de las calles estaban pavimentadas y eran lo bastante anchas para que pasaran dos carros y numerosos peatones a la vez. Se multaba con tanta presteza a los vendedores que invadían ese espacio que muy pocos lo intentaban. Algún embotellamiento repentino apretujaba a la multitud cuando pasaban dos carros al mismo tiempo, pero allí existían unas convenciones, y llevaban tanto tiempo en vigor que todos los carros circulaban por unos surcos de quince centímetros de profundidad en los adoquines. Hasta las aguas residuales de las calles bajaban por unas cañerías, con rejas a intervalos para recoger nuevas aguas sucias. Hacían que la ciudad casi no oliera a ciudad.

El Castillo de Caernarvon dominaba el lado norte. También lo llamaban el Gigante Azul, por el tono azulado de su granito. Sus murallas eran lisas y continuas como el cristal, salvo por las numerosas troneras y los matacanes de las puertas. Hacía doscientos años, les explicó la tía Mia, dieciocho hombres habían defendido el castillo contra cinco mil durante seis días.

Alrededor del castillo, por supuesto, estaban las casas señoriales. La ciudad iba volviéndose más sucia y populosa cuanto más se acercaba a los muelles. Como en casi todas partes, a los ricos y los nobles les gustaba vivir lejos de todos los demás, y todos los demás anhelaban vivir lo más cerca posible de los ricos. Allí, sin embargo, esa línea en particular no estaba regulada, a diferencia de lo que sucedía con los pobres de Cenaria, relegados por decreto a la orilla occidental del Plith. En Caernarvon quienes amasaban el dinero suficiente para mudarse, podían hacerlo. La posibilidad de medrar parecía animar toda la ciudad.

Caernarvon era el oro y el oropel reluciente de la esperanza. Su vicio era la codicia. A sus ojos, cualquier mercader de la ciudad era el magnate de un próximo imperio comercial. Cenaria era el manto asfixiante y apestoso de la desesperación. Su vicio era la envidia. Nadie construía imperios allí. La gente solo quería un pedazo del

de algún otro.

—Estás muy callado —observó Elene.

—Aquí todo es diferente —dijo Kylar—. Antes incluso de que llegaran los khalidoranos, Cenaria estaba enferma. Esto es mejor. Creo que aquí podremos formar un hogar.

Dioses, estaba a punto de convertirse en uno de esos mercaderes que siempre había despreciado. Tampoco es que tuviera grandes ambiciones. Ser herborista y boticario era en realidad lo único que podía hacer aparte de matar, no algo con lo que hubiese soñado nunca. ¿Con qué iba a soñar? ¿Con abrir una segunda tienda? ¿Dominar el mercado herbario de la ciudad? Había tenido el futuro de un país en sus manos: podría haberlo cambiado todo con una traición, matando a un hombre al que había acabado matando de todas formas.

«De haberlo hecho, Logan seguiría vivo...»

Mientras la tía Mia los llevaba a casa, intentó obligar a su pensamiento a adoptar un discurso de mercader. Tenía una modesta cantidad de oro escondida en el carro y una fortuna en hierbas. Si los hubiesen asaltado por el camino, los bandidos no habrían sabido ni siquiera qué robar.

—Bueno, la casa está más abajo en esta calle —anunció la tía Mia—. Braen ha salido a comprar material. Uly y yo vamos a ir a una tiendecilla de dulces para daros un poco de tiempo y que os pongáis al día. —Guiñó un ojo a Kylar mientras Elene se sonrojaba, pero luego se le ensombrecieron las facciones—. ¿Qué es eso?

Kylar miró hacia la casa. De ella surgían unas volutas de humo que se espesaban con rapidez.

Se sumó a la multitud que corría hacia la casa de la tía Mia (en la ciudad, un incendio suponía tal amenaza que todo el mundo cogía un cubo y se lanzaba a ayudar) pero, para cuando llegó, las llamas habían consumido el establo por completo. Era demasiado tarde para salvar nada. La gente lanzó agua a los edificios vecinos mientras Kylar abrazaba a Elene y Uly en silencio.

El establo se había perdido entero. Sus dos caballos y el viejo jamelgo de la tía Mia habían quedado reducidos a montones humeantes y apestosos de carne. Del carro no quedaba casi nada. El incendiario había encontrado el cofre escondido con su oro. La fortuna en hierbas había sido pasto de las llamas.

Lo único que quedaba era una caja larga y delgada atada al eje doblado del carro. La cerradura estaba intacta. Kylar la abrió y allí estaban su ropa gris de ejecutor y su espada Sentencia, intactos, sin siquiera oler a humo, burlándose de su impotencia.

Capítulo 11

—Malas noticias, santidad —dijo Neph Dada al entrar en el dormitorio del rey dios. Una joven noble cenariana llamada Magdalyn Drake estaba atada a la cama y gimoteaba amordazada, pero tanto ella como el rey dios todavía iban vestidos.

Garoth estaba sentado en la cama a su lado. Le acariciaba la pantorrilla desnuda con un cuchillo.

—Vaya, ¿de qué se trata?

—Una de vuestras espías en la Capilla, Jessie al'Gwaydin, ha muerto. Su último paradero conocido es el pueblo de Vuelta del Torras.

—¿La mató el Cazador Oscuro?

—Lo doy por sentado. Nuestro hombre dijo que Jessie planeaba estudiar a la criatura —explicó Neph.

—Así que entró en el bosque y nunca regresó.

—Sí, santidad —dijo Neph. Se frotó la espalda encorvada como si le doliera. No solo pretendía recordarle al rey dios su edad, sino también las cargas que soportaba a su servicio.

Con un gesto salvaje, el rey dios clavó el cuchillo en el colchón tan arriba entre las piernas de Magdalyn que Neph pensó que la había apuñalado. La chica chilló a través de la mordaza y se revolvió para intentar apartarse. Sin hacerle caso, Garoth cortó hacia sus pies, desgarrando el vestido hasta el dobladillo y levantando una nube de plumas.

De súbito, volvía a estar calmado. Dejó el cuchillo clavado en el colchón, retiró un pliegue del vestido cortado y posó la mano con dulzura en el muslo desnudo de la chica, que temblaba de manera descontrolada.

—Es muy difícil meter espías en la Capilla. ¿Por qué insisten en desperdiciar sus vidas, Neph?

—Por el mismo motivo por el que se nos unen de buen principio, santidad: la ambición.

Garoth miró al vürdmeister con expresión cansina.

—Era una pregunta retórica.

—También traigo buenas noticias —dijo Neph, que se enderezó un poco, olvidándose de su espalda—. Hemos capturado a un bardo ladeshiano llamado Aristarco. Creo que desearéis interrogarlo en persona.

—¿Por qué?

—Porque lo he Escrutado, y ese hombre ha visto algo extraordinario.

Garoth entrecerró los ojos.

—Al grano.

—Cree haber visto al portador de un ka'kari. Un ka'kari negro.

—¡Deja de mirarme! —ordenó Stephan. Era un gordo mercader de telas, un ex amante agraviado que juraba que podía revelarle a Vi quién era el shinga. O bien el shinga era una mujer, o bien Stephan no tenía una preferencia clara entre carne y pescado, porque ese había sido su precio.

Vi estaba tumbada debajo de él. Se movía con la destreza de una atleta y la maña de una cortesana adiestrada por Mama K en persona, pero en sus ojos no había un ápice de pasión. No gemía ni hacía muecas. No quería fingir placer y eso estaba causando problemas a Stephan. Como la mayoría de los hombres, tenía tres cuartas partes de boquilla y un cuarto de polla. Algo menos de un cuarto, en esos momentos.

Stephan se retiró y maldijo su flacidez. Estaba sudado y, por debajo de sus finos aceites perfumados, apestaba. Vi no pudo evitar dedicarle una sonrisa condescendiente.

—Creía que me iba a enterar de lo que es bueno —dijo.

El hombre enrojeció, y Vi se preguntó por qué lo estaba saboteando. No era ni más ni menos que cualquier hombre, y ella todavía necesitaba oír lo que tenía que contarle. Chinchándolo solo iba a conseguir que aquello durara más.

—Suéltate el pelo —dijo él.

—Olvídate de mi pelo.

Nysos, ¿no podían dejar nada en paz? Rodó hasta ponerse boca abajo y contoneó sus caderas, mientras proyectaba su Talento para agarrarlo. Luego hizo lo necesario para ayudarle a olvidar.

Cuando tenía quince años y el maestro Patíbulo la llevó a Mama K, la cortesana observó cómo el ejecutor se la tiraba y luego dijo:

—Niña, follas como si ni siquiera lo notaras. ¿Es así?

Nadie mentía a Mama K, de manera que Vi lo reconoció. Su sexo era totalmente insensible.

—Bueno —había dicho Mama K—, nunca serás la mejor, pero no es algo que no podamos superar. La magia más antigua es la sexual. Con tus tetas y todo el Talento que tienes, todavía puedo convertirte en algo especial.

De modo que en ese momento Vi usó sus habilidades, mientras maldecía a aquel capullo amanerado en un susurro; no hacía falta que las palabras cuadrasen con sus intenciones pero, como toda mujer con Talento, tenía que hablar para utilizar sus poderes.

Stephan gimió como un animal embobado y terminó en cuestión de segundos. Mientras seguía alelado, por joderle un poco, Vi se limpió con su elegante capa y se sentó en la cama con las piernas cruzadas y la armadura de su desnudez.

—Habla, gordinflón —dijo, contemplando sus michelines con tanta repugnancia que el hombre se tapó avergonzado. Apartó la vista.

—Por todos los dioses, ¿hace falta que...?

—Habla.

Stephan se tapó los ojos.

—Solían llegarle mensajeros. Ya sabían que podían encontrarlo en mi casa. A veces oía detallitos sueltos, pero él siempre iba con mucho cuidado. Quemaba las pocas cartas que recibía y siempre salía fuera para hablar con los mensajeros. Pero la noche de la invas... la liberación, recibió a un mensajero y escribió una nota aquí. —Stephan cogió una bata y se cubrió con ella antes de caminar hasta su escritorio. Sacó una hoja de papel de arroz ceurí y se la entregó a Vi. Estaba en blanco—. Sostenla a la luz —dijo.

Vi alzó el papel delante de una lámpara y vislumbró unas leves impresiones en él. «Salva a Logan de Gyre —rezaba, con una letra pulcra y minúscula—, y a la chica y la mujer de las cicatrices si puedes. La recompensa superará cualquier cosa que hayas podido imaginar.» En vez de un nombre, estaba firmada con dos símbolos: un ojo entrecerrado circunscribiendo una estrella, dibujado sin levantar la pluma del papel, y a su lado una estrella de nueve puntas. El primero era el glifo del Sa'kagé; el segundo, el símbolo del shinga. Los dos juntos significaban que todos los recursos del Sa'kagé estaban a disposición del destinatario.

—Después de eso, partió —dijo Stephan—, y no regresó jamás. Le dije que lo amaba y ni siquiera quiere verme.

—Su nombre, gordinflón. Dime cómo se llama.

—Jarl —respondió Stephan—. Que los dioses me perdonen, el shinga es Jarl.

En una de sus casas seguras más pobres, dominada por la oscuridad, las ratas y las cucarachas como el resto de las Madrigueras, Jarl y Mama K habían quedado con un muerto. El muerto sonrió al entrar en la habitación. Llevaba la pierna derecha entablillada para no doblar la rodilla, y el brazo derecho en cabestrillo. Las vendas que le cubrían el codo estaban manchadas de sangre. Tenía una muleta pero, en vez de llevarla bajo el brazo, debía sostenerla con su mano derecha. La herida del codo le impedía usar la muleta en el lado que exigía su rodilla, de modo que, más que cojear, avanzaba a saltitos. Tenía el pelo canoso y muy corto, estaba fuerte a la manera de los ancianos fibrosos y, aunque tenía la cara demacrada y cenicienta, sonreía.

—Gwinvere —dijo—. Me alegro de ver que los años por lo menos te han respetado a ti.

Ella sonrió y, en vez de comentar que él tenía aspecto de haber estado durmiendo entre la basura, porque llevaba manchadas sus finas prendas y apestaba, dijo:

—Me complace comprobar que no has perdido tu lengua de plata.

Brant Agon se acercó dando saltitos hasta una silla y se sentó.

—Las noticias de mi fallecimiento y tal.

—Brant, te presento a Jarl, el nuevo shinga. Jarl, te presento al barón Brant Agon, antaño general supremo de Cenaria.

—¿Qué puedo hacer por vos, general supremo? —preguntó Jarl.

—Sois demasiado amable. Me presento aquí como poco más de lo que veis: parezco un mendigo, y a mendigar he venido. Pero soy más que un mendigo. He combatido en todas las fronteras que tiene este país. Me he batido en duelos. He comandado pelotones de dos hombres y he dirigido campañas con cinco mil. Tenéis un combate por delante. Khalidor ha dispersado nuestros ejércitos, pero el poder de Cenaria es el Sa'kagé, y el rey dios lo sabe. Os destruirá a menos que lo destruyáis primero. Necesitáis guerreros, y eso es lo que soy. Los ejecutores tienen su lugar, pero no pueden hacerlo todo; como visteis hace unas semanas, a veces solo empeoran las cosas. Yo, en cambio, puedo volver a vuestros hombres más eficaces, más disciplinados y diestros a la hora de matar. Basta que me dejéis un sitio y me pongáis al mando de hombres.

Jarl se meció hacia atrás en su silla y juntó las puntas de los dedos. Miró fijamente a Brant Agon durante mucho tiempo. Mama K se obligó a guardar silencio. Había sido shinga durante tanto tiempo que le costaba arriesgarse a dejar que Jarl diera un paso en falso, pero su decisión era firme: dejar que Jarl se quedara la vida, el poder y las canas. Ella lo ayudaría hasta que el joven ya no la necesitase.

—¿Por qué estáis aquí, señor de Agon? —preguntó Jarl—. ¿Por qué yo? Terah de Graesin tiene un ejército. Si hubiese dependido de vos, el Sa'kagé habría sido exterminado hace años.

Mama K intervino:

—Habíamos oído que moriste en una emboscada.

—Roth Ursuul me perdonó la vida —explicó Brant con amargura—. Como recompensa por mi estupidez. Fue idea mía que Logan de Gyre se casara con Jenine de Gunder. Pensé que, si se aseguraba la línea sucesoria, se evitaría el golpe. En lugar de eso, solo conseguí que también mataran a Logan y Jenine.

—Khalidor no los habría dejado vivir en ningún caso —dijo Mama K—. A decir verdad, para Jenine fue una suerte. Podrían haberla apresado como entretenimiento para Ursuul, y con las historias que corren...

—Sea como fuere —interrumpió Agon, reacio a oír ninguna absolución—, huí a rastras. Cuando llegué a casa, se habían llevado a mi mujer. No sé si está muerta o es uno de los... entretenimientos.

—Oh, Brant, cuánto lo siento —dijo Mama K.

El antiguo general supremo prosiguió sin mirarla, con las facciones tensas.

—Decidí vivir y ser útil, shinga. Las casas nobiliarias quieren librar una guerra convencional. La duquesa de Graesin intentará ganarse el trono a base de zalamerías y favores. No tienen fuerza de voluntad suficiente para ganar. Yo sí, y creo que vos

también. Quiero ganar. Si no es posible, quiero matar a todos los khalidoranos que pueda.

—¿Lo que proponéis es servirme o ser mi socio? —preguntó Jarl.

—Me importa una mierda —replicó Brant. Hizo una pausa—. Y últimamente sé mucho más sobre mierda de lo que había creído posible.

—¿Y qué pasa si ganamos? —inquirió Jarl—. ¿Volveréis a intentar eliminarnos?

—Si ganamos, lo más probable es que decidáis que soy demasiado peligroso y me mandéis matar. —Brant esbozó una fina sonrisa—. Ahora mismo, no me preocupa demasiado.

—Ya veo. —Jarl se pasó las manos por sus oscuras microtrenzas, mientras cavilaba—. No quiero lealtades a medias, Brant. Me serviréis a mí, y solo a mí. ¿Eso os supone un problema?

—Todo aquel a quien le he jurado algo está muerto —observó Brant. Se encogió de hombros—. Salvo mi mujer, tal vez. Pero sí tengo unas cuantas preguntas. Si sois el nuevo shinga, ¿quién es el anterior? ¿Sigue vivo? ¿Cuántos frentes va a tener esta guerra?

Jarl guardó silencio.

—Yo soy la antigua shinga —dijo Mama K—. Me jubilo, y no porque Jarl me obligue. Llevo años preparándolo para esto, pero ahora los acontecimientos nos han forzado a actuar. Las Madrigueras son nuestro centro de poder, Brant, y están muriéndose. El hambre ya es un problema, pero lo siguiente será la pestilencia. Al rey dios no le importa lo que pase aquí. No ha erigido ninguna estructura de poder. Si queremos sobrevivir, y hablo del Sa’kagé pero también de Cenaria y de todos los desgraciados de las Madrigueras, las cosas tienen que cambiar. Todavía podemos colar carros y barcos; los soldados buscan armas entre el cargamento y exigen sobornos, pero sobreviviremos a eso. A lo que no podremos sobrevivir es a lo que pasará en cuanto saqueen todos los carros que lleguen cargados de comida. La gente se muere de hambre y no hay guardias que impidan los robos, de manera que, si saquean un solo carro, saquearán todos los que vengan después. Si eso sucede, los mercaderes dejarán de mandar nada. Entonces morirá todo el mundo. Todavía no hemos llegado a eso, pero falta poco.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó Brant.

—Vamos a montar un gobierno clandestino. Todo el mundo me conoce —explicó Mama K—. Puedo contratar matones que vigilen los carros; puedo mediar en disputas; puedo dirigir la construcción de albergues.

—Eso te convierte en un blanco —dijo Brant.

—Soy un blanco pase lo que pase —matizó Mama K—. Hemos perdido a varios de los ejecutores, y no me refiero a que hayan muerto. Los ejecutores pronuncian un juramento mágicamente vinculante de obediencia al shinga. El rey dios ha roto ese

vínculo. Me he enterado de que Hu Patíbulo le contó quién era yo. Garoth no cree que una mujer pueda ser el shinga, de modo que ahora anda buscando al auténtico. Pero el día menos pensado podría cambiar de opinión, tanto si actúo en público como si me mantengo en las sombras. Es algo que no puedo controlar, de modo que, ya puestos, haré lo que tiene que hacerse.

Mama K estaba tan tranquila como cualquier guerrero veterano que fuera a la batalla. Notó que Brant Agon estaba impresionado.

—Decidme qué debo hacer yo —dijo Brant.

Jarl se lo explicó:

—Escoged a aquellos de mis hombres que queráis y convertidlos en cazadores de brujos. Después de eso, quiero que construyáis defensas que podamos utilizar si el ejército ataca las Madrigueras. Khalidor tiene brujos, soldados y algunos de nuestros mejores hombres de su parte. El único motivo por el que sigo vivo es que no saben quién soy. Pero bienvenido a bordo.

—Un placer. —Brant Agon hizo una reverencia torpe por culpa de sus heridas y salió de la habitación siguiendo a un gran guardaespaldas.

Cuando se fue, Jarl se volvió hacia Mama K.

—No me habías dicho que os conocíais.

—No creo que conozca a este Brant Agon —dijo Mama K.

—Responde a la pregunta.

Una leve sonrisa afloró a los labios de la ex cortesana, divertida y algo orgullosa de que Jarl tomara las riendas.

—Hace treinta años Brant Agon se enamoró de mí. Yo era inocente. Creí que también lo amaba, y lo destrocé.

—¿Lo amabas? —preguntó Jarl, en vez de interesarse por lo que pasó.

Para Mama K, la pregunta era una prueba de que había elegido al hombre correcto para sucederla. Jarl sabía encontrar grietas. Sin embargo, una cosa era admirar su habilidad y otra sufrirla.

Esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos. No engañaría a Jarl ni por asomo pero, después de tantos años, la máscara era un mero acto reflejo.

—No lo sé. No me acuerdo. ¿Qué más da?

Capítulo 12

—Se dice que Gaelan Fuego de Estrella lanzó al mar el ka'kari azul y creó el remolino Tlaxini —dijo Neph—. Si es así, es bien posible que siga allí, pero no tengo ni idea de cómo podríamos recuperarlo. El ka'kari blanco lleva seis siglos perdido. En un tiempo creímos que estaba en la Capilla, pero vuestra abuela demostró que no era cierto. El verde lo llevó Hrothan Doblaceros a Ladesh y allí se perdió. He verificado que Hrothan llegó a Ladesh hace unos doscientos veinte años, pero no pude descubrir nada más. El de plata se perdió durante la guerra de los Cien Años, y podría estar en cualquier parte, desde Alitaera hasta Ceura, a menos que Garric Matasombras lo destruyera de algún modo. Ferric Cordefuego lanzó el rojo al corazón de la montaña de Vientoceniza, lo que en la actualidad es el monte Tenji de Ceura. Se rumorea que el marrón está en la escuela de Hacedores de Ossein, pero lo dudo.

—¿Por qué? —preguntó Garoth Ursuul.

—No creo que pudieran resistirse a usarlo. Con el dominio de la tierra, esos insignificantes hacedores se volverían cien veces más habilidosos en un abrir y cerrar de ojos. Tarde o temprano aparecería algo que hubieran Hecho, y quedaría claro que alguien estaba Haciendo al nivel de los viejos tiempos. Eso no ha sucedido. O bien los hombres de esa escuela son menos ambiciosos de lo que creo posible, o bien no está allí. El otro rumor fue que lo enlazaron al Gigante Azul de Caernarvon, el castillo. Doy por sentado que no es más que una bravuconada semiculta. No es un lugar especialmente inteligente para esconder un ka'kari.

—¿Pero tenemos una pista fundamentada sobre el rojo?

—Cuando el vürdmeister Quintus pasó por Ceura, dijo que las explosiones del monte Tenji son, al menos en parte, mágicas. El problema estriba, igual que en el caso del azul, en que, aunque pudiéramos llegar a él, es dudoso que un ka'kari siguiera intacto después de estar expuesto a tanto poder elemental durante tanto tiempo.

—No me das mucho, Neph.

—No es exactamente como coleccionar conchas. —Su voz sonaba aduladora. Odiaba eso.

—Una observación profunda. —Garoth suspiró—. ¿Y el negro?

—Ni un mísero susurro. Ni siquiera en los libros más antiguos. Si lo que Escruté era real, y no se debe a que el ladeshiano se engañe a sí mismo, es el secreto mejor guardado del que he tenido conocimiento.

—Esa es la gracia de un secreto, ¿o no? —preguntó Garoth.

—¿Eh?

—Tráeme a nuestro ladeshiano cantarín. Necesitaré un poco de Polvo.

Elene quería que vendiese la espada. Durante las últimas diez noches, habían representado sus papeles como si fueran marionetas de madera. Solo que, de vez en cuando, hasta las marionetas tenían la oportunidad de representar un papel diferente.

—Ni siquiera la miras, Kylar. Está muerta de risa en ese cofre, debajo de la cama. —Unió sus cejas oscuras hasta formar las pequeñas arrugas de preocupación que tan bien empezaba a conocer Kylar.

Se sentó en la cama y se frotó las sienes. Qué cansado estaba de aquello. Qué cansado de todo. ¿De verdad Elene esperaba que le respondiera? Pues claro. Todo eran palabras y aliento desperdiciado. ¿Por qué las mujeres siempre creían que hablar de un problema lo arreglaría? Algunos asuntos eran como cadáveres. El aire caliente los hacía descomponerse y pudrirse y contaminar con su enfermedad todo lo demás. Mejor enterrarlos y seguir adelante.

Como Durzo. Pasto de los gusanos.

—Era la espada de mi maestro. Él me la dio —dijo Kylar, con apenas un poco de retraso.

—Tu maestro te dio muchas cosas, entre ellas bastantes palizas. Era un hombre malvado.

Eso despertó cierta ira.

—No sabes nada de Durzo Blint. Era un gran hombre. Murió para concederme una oportunidad...

—¡Vale, vale! Hablemos de lo que sí sé —dijo Elene.

Estaba una vez más al borde de las lágrimas, maldita fuera. Sentía tanta frustración como él. Lo peor de todo era que no intentaba manipularlo con esas lágrimas.

—Estamos en la ruina. Lo hemos perdido todo, y hemos hecho que la tía Mia y Braen también pierdan mucho. Disponemos de los medios para compensárselo, y se lo merecen. Es culpa nuestra que esos matones quemaran el granero.

—Quieres decir culpa mía —corrigió Kylar. Le llegaron los sollozos de Uly en su habitación. Los estaba oyendo gritar a través de la pared.

Si se hubiese encargado de Tom Gray a su manera, el tipo se habría asustado demasiado para acercarse a cinco manzanas de casa de la tía Mia. Kylar conocía la música de las calles. Hablaba el lenguaje de la carne, tocaba los sutiles acordes de la intimidación, se sabía la canción que insuflaba el miedo en los corazones. Conocía y amaba esa música. Sin embargo, las notas de las canciones que Durzo enseñaba no eran silogismos. No había tesis, con su correspondiente antítesis, que se armonizase en una síntesis. No era ese tipo de música. La música de la lógica era demasiado señorial para las calles, demasiado liviana, con los matices equivocados.

El leitmotiv del ejecutor, siempre que tocaba, era el sufrimiento, porque todo el

mundo entiende el dolor. Era brutal... pero aun así tenía sus distintas tonalidades. Sin desvelar su Talento, Kylar podría haberse encargado de los seis matones callejeros y de Tom Gray. Los jóvenes se habrían llevado moratones y un buen susto. A Tom le habría hecho daño. Cuánto, habría dependido de Tom. Sin embargo, aunque Elene se lo hubiese permitido, ¿podría haberlo hecho con ella delante? ¿Y si hubiese visto cuánto gozaba?

La miró a la cara, y era tan hermosa que se descubrió parpadeando para contener las lágrimas.

«¿A qué ha venido eso?»

—¿Por qué no nos saltamos toda esta mierda? Ahora yo te diré que la espada no tiene precio y tu responderás que eso significa que nos daría para abrir nuestra tienda y yo te diré que no puedo hacerlo y punto pero no puedo explicar por qué o sea que tú me dirás que lo que de verdad quiero es ser un ejecutor y tú no eres más que un estorbo... y luego te pondrás a llorar. Entonces, ¿por qué no empiezas directamente a llorar, así luego te abrazo, nos besamos durante una hora y luego me impides ir más allá, y después te duermes tan ricamente mientras yo me quedo despierto con las pelotas a punto de explotar? ¿Podemos saltar a la parte de los besos? Porque lo único que me gusta de nuestra puta vida entera es cuando creo que tú disfrutas tanto como yo y pienso que a lo mejor esa noche por fin follamos. ¿Qué me dices?

Elene lo encajó sin decir nada. Kylar vio que se le empañaban los ojos, pero no lloró.

—Te digo que te quiero, Kylar —respondió con voz queda. Se le apaciguaron las facciones y la arruga de la frente desapareció—. Creo en ti, y estoy contigo, pase lo que pase. Te quiero. ¿Me oyes? Te quiero. No entiendo por qué no quieres vender la espada... —Tomó aliento—. Pero puedo aceptarlo. ¿De acuerdo? No volveré a sacar el tema.

De manera que, en adelante, quien quedaba como un auténtico cabrón era él. Tenía una fortuna muerta de risa en vez de usarla para mantener a su mujer y su hija y compensar a la gente que había sufrido por su culpa. Pero ella iba a aceptarlo. Qué noble. Lo peor era que Kylar sabía —maldición, lo sabía porque siempre había podido leerla como un libro abierto— que no adoptaba una postura de superioridad moral por mala fe. Intentaba hacer lo correcto. Eso no hacía sino resaltar el contraste entre los dos.

«No me conoce. Cree que me conoce, pero no es así. Me aceptó pensando que Kylar no era más que una versión mayor y algo ensuciada de Azoth. No estoy sucio, soy pura porquería. Mato gente porque me gusta.»

—Ven a la cama, cariño —dijo Elene.

Se estaba desvistiendo, y la ondulación de sus pechos a través del camisón y las curvas de sus caderas y sus largas piernas despertaron en Kylar el fuego que siempre

encendían. La piel de Elene resplandecía a la luz de las velas y los ojos de Kylar quedaron fijos en la punta de un pezón mientras ella apagaba la vela de un soplo. Él ya estaba en ropa interior, y la ansiaba. La ansiaba tanto que temblaba.

Se tumbó, pero sin tocarla. El ka'kari lo había maldecido con una vista perfecta por mucha oscuridad que hubiera. Maldecido, porque aún podía verla. Veía el dolor de su cara. La lujuria de Kylar era una cadena de la que se sentía esclavo y que le asqueaba, de manera que, cuando Elene se volvió hacia él y lo tocó, se quedó inmóvil. Rodó hasta ponerse boca arriba y miró hacia el techo.

«Parece que me lo he saltado todo hasta la parte del dolor de huevos.

»No debería estar aquí. ¿Qué estoy haciendo? La felicidad no es para los asesinos. No puedo cambiar. No valgo nada. No soy nada. Un herborista sin hierbas, un padre que no es padre, un marido que no es marido, un asesino que no mata.

»Esa espada soy yo. Por eso no puedo desembarazarme de ella. Es lo que soy. Una espada envainada que vale una fortuna, escondida en el fondo de un cofre. Peor que inútil. Un desperdicio.»

Se sentó en la cama, y luego se levantó. Metió la mano bajo la cama y sacó el estrecho cofre.

Elene se incorporó mientras él empezaba a ponerse la ropa de ejecutor.

—¿Cariño? —dijo.

Kylar se vistió en un santiamén —Blint le había hecho practicar incluso eso—, se ató cuchillos a los brazos y las piernas, se sujetó un juego de ganzúas a una muñeca y un garfio plegable a la parte baja de la espalda, se ajustó los pliegues grises de tela para que amortiguaran todo sonido, se enganchó Sentencia a la espalda y se puso una máscara de seda negra.

—Cariño —dijo Elene, con la voz tensa—, ¿qué haces?

No salió por la puerta y bajó la escalera. No, esa noche no. En lugar de eso, abrió la ventana. El aire olía bien. A libertad. Se llenó los pulmones con una gran bocanada de aire y la retuvo como si pudiera atrapar esa libertad en su interior. Al caer en lo irónico del pensamiento, soltó todo el aire de golpe y la miró.

—Lo que hago siempre, amor —dijo Kylar—. Joderla.

Con un impulso de su Talento, saltó a la noche.

Ferl Khalius había recibido otro destino de mierda. Después de que exterminaran a su unidad durante la invasión, lo habían escogido para todas las tareas desagradables: tirar cuerpos desde aquel puente destartalado y medio quemado, ayudar a los cocineros a entrar provisiones en el castillo, ayudar a los meisters a construir la nueva muralla del rey dios en torno a la ciudad, guardias dobles y triples... Jamás un destino agradecido como el puente de Vanden, donde los centinelas se sacaban la paga de una semana en sobornos todos los turnos con solo dejar pasar a

un puñado de sinvergüenzas. Y ahora aquello.

Contempló con asco a su prisionero. Era un tipo gordo y con las manos suaves de un noble sureño, aunque llevaba la barba pelirroja al estilo khalidorano. Tenía la nariz torcida y sus cejas parecían cepillos. Observaba a Ferl con evidente inquietud.

En teoría Ferl no debía hablar con él. En teoría no debía saber quién era. Sin embargo, aquello le había dado mala espina desde el principio, desde que un capitán le había dicho que los vürdmeisters querían verlo. Lo habían solicitado a él, por su nombre. Debía presentarse de inmediato.

Eso era algo que ningún khalidorano deseaba oír. Ferl creyó que el motivo sería su pequeño recuerdo, la espada con la empuñadura de dragones que había encontrado en el puente. No lo habían requerido por eso, aunque había estado a punto de hacerse pis encima al ver que su interlocutor era el vürdmeister lodricario Neph Dada en persona. Ningún vürdmeister era normal, pero Neph resultaba inquietante hasta entre ellos. Durante toda la entrevista Ferl había tenido la vista fija en los doce cordones anudados que representaban las shu'ras que Neph había dominado. Daba demasiado miedo mirarlo a la cara.

Neph había asignado aquella misión a Ferl y solo a Ferl. Le había prohibido comentarla con otros soldados o relacionarse siquiera con ellos durante la duración del servicio. Él y el noble fueron confinados a la casa de un comerciante en el lado este. A toda prisa, los meisters habían convertido parte de la casa en una prisión. ¿Meisters haciendo el trabajo duro? Eso solo se explicaba de una forma: la misión era tan importante que debía ejecutarse al instante y sin que nadie lo supiera. Después lo habían dejado con comida suficiente para varios meses y le habían prohibido salir.

Todo aquello olía a chamusquina. Ferl Khalius no había llegado a segundo (ahora primero) de su horda siendo estúpido. Había hablado con el noble y se había enterado de que su nombre era barón Kirof. El barón afirmaba no saber por qué lo habían encarcelado. Proclamaba su inocencia y su lealtad a Khalidor... y el hecho de que malgastara su aliento contándoselo a un mero soldado indicaba a Ferl que no era muy brillante.

Desobedeciendo sus órdenes, Ferl se escabulló y descubrió que en teoría el barón Kirof había sido asesinado. El buen duque khalidorano Tenser de Vargun se estaba pudriendo en ese momento en las Fauces por haber matado a un noble cenariano que no estaba muerto.

Fue entonces cuando Ferl supo que estaba jodido. Su imaginación era incapaz de pintar un cuadro en el que aquello acabara bien para él. ¿Por qué le habrían encargado aquella misión a un hombre sin unidad? Porque podían eliminarlo sin que nadie se fijara. Llegado el momento, podrían liberar o matar al barón Kirof; el único motivo para mantenerlo vivo cuando se suponía que estaba muerto era poder sacarlo a la palestra en algún momento. Pero ¿Ferl? Ferl solo sería la prueba de que los

vürdmeisters mentían.

«Tendría que haberme vuelto a Khalidor.» Le habían ofrecido un trabajo cuidando de los bueyes de la caravana del botín. Había estado a punto de aceptarlo. De haberlo hecho, a esas alturas podría estar en el camino de regreso a su clan. Claro que toda la escolta del tesoro a Khalidor era sometida a un concienzudo registro antes de ponerse en marcha, y eso habría significado perder su preciosa espada. De modo que se había quedado, seguro de que podría amasar una pequeña fortuna mientras saqueaban la ciudad. Ya.

—Debería matarte —dijo Ferl—. Debería matarte aunque solo fuera para fastidiarles.

El gordo se puso más pálido todavía. Notaba que Ferl lo decía en serio.

—Dime, grasitas —prosiguió el khalidorano—. Si los vürdmeisters te dijeran que podías vivir si mentías sobre quién te había secuestrado, ¿lo harías?

—Vaya una pregunta más tonta —dijo el barón Kirof.

De modo que habían sabido que Kirof les seguiría el juego.

—Eres todo un valiente, ¿eh, grasitas?

—¿Qué? —preguntó el barón Kirof—. No entiendo tu acento. ¿Por qué me llamas guasitas?

—Grasitas. ¡Grasitas!

—¿Qué guasitas? ¿Es que he dicho algo gracioso?

Ferl metió una mano entre los barrotes, agarró un puñado de grasa del barón y lo apretó con todas sus fuerzas. Kirof abrió mucho los ojos, chilló e intentó retirarse, pero Ferl lo sostuvo apretado contra los barrotes por su michelín.

—¡Grasitas! ¡Grasitas! —exclamó. Agarró el carrillo del barón y lo estrujó con su otra mano. El noble dio manotazos para intentar quitarse a Ferl de encima, pero era demasiado débil. Gimoteó—. ¡Grasitas! —le aulló el khalidorano a la cara. Después lo soltó.

El barón se dejó caer sobre su camastro de la celda y se frotó la mejilla y el michelín, con los ojos nublados de lágrimas.

—¿Grasitas? —preguntó, herido.

Ferl tuvo suerte de que no hubiera una lanza a mano.

—Levanta ese culo gordo —dijo—. Nos vamos.

Capítulo 13

El mero acto de moverse, de saltar de tejado en tejado, volando sobre el mundo, colmaba de júbilo el corazón de Kylar. Los edificios de Cenaria habían sido una mezcla de casas al estilo ceurí, hechas de fibra de arroz y bambú y rematadas por empinadas tejas de arcilla, edificios de ladrillo rojo y madera con techumbres de paja. Rara vez se podía pasar de unos a otros. En Caernarvon, a cientos de kilómetros del arrozal más cercano y sin la amenaza de la nieve, todos los tejados eran planos y de arcilla maciza, soportados por buena madera. Para un hombre con los talentos de Kylar, eso equivalía a una carretera en el aire.

Kylar disfrutaba de lo lindo con ello. Se recreaba en la fuerza de sus músculos, en el sabor del aire nocturno y en el poder secreto de atravesar la noche como una sombra. Todo estaba bien. Nada le quedaba mejor que su ropa oscura de ejecutor, diseñada por el mejor sastre de Cenaria, el maestro Piccun, para adaptarse a sus movimientos. El moteado de distintos tonos descomponía su silueta y habría dificultado ver incluso a un hombre sin Talento.

Hizo una pausa al borde de un edificio, donde movió el cuello y estiró la espalda mientras retrocedía unos pasos. Para llegar al tejado del almacén había que saltar más de seis metros. Respiró hondo y arrancó a correr. Sus pasos resonaron mientras aceleraba hasta llegar al borde. Saltó y siguió moviendo las piernas como si corriera por el aire mientras volaba por encima del callejón. Superó con creces la distancia y aterrizó dos metros adentro del tejado del almacén.

Salió disparado sin detenerse hacia una pared donde una parte del techo se elevaba hasta formar un pequeño tercer piso. Estaba demasiado alto para agarrararse al borde de un salto, así que corrió pared arriba tanto como pudo y entonces se impulsó hacia fuera. Estiró los brazos hacia las vigas del techo que salían proyectadas del edificio, pero no llegó. Sus dedos quedaron a unos quince centímetros.

Unas manos fantasmales salieron disparadas de sus brazos, ampliando su alcance y permitiéndole agarrar la viga. Kylar hizo un salto mortal hacia arriba y aterrizó sobre la viga de ocho centímetros de anchura. Se bamboleó durante un momento, hasta que recuperó el equilibrio y pasó al tejado.

Levantó el puño en ademán de triunfo y gritó de alegría. Solo había necesitado tres intentos. No estaba mal. Nada mal. La vez siguiente intentaría conseguirlo siendo invisible. Empezaba a entender lo que su maestro le había dicho una vez sobre lo mucho que tendría que aprender cuando pudiera usar su Talento. La mera transición de utilizar su Talento para saltar a emplearlo para extender las manos fantasmales casi era más de lo que podía manejar. La idea de hacerlo mientras permanecía invisible y corriendo a toda velocidad... En fin, si algo tenía era tiempo para entrenarse, ¿o no?

«¿Para qué? ¿Entrenarme para qué?»

El pensamiento amargó el aire nocturno que soplaba desde los ríos. La libertad que había sentido se esfumó como una neblina. Se estaba entrenando para nada. Se estaba entrenando porque no podía soportar yacer junto a Elene mientras sus pensamientos, sus emociones y su lujuria pugnaban en su interior. Alternaba entre el deseo de arrancarle la ropa y tomarla de cualquier manera y el de zarandearla y gritarle. Le daba miedo la intensidad de esas emociones, la manera en que se solapaban. Eso no era hacer el amor. Que se le pasara siquiera por la cabeza lo ponía enfermo.

Saltó por encima de otra calle ancha y de una pareja que paseaba cogida del brazo, y oyó sus preguntas sorprendidas: «¿Acaba de pasarnos volando algo por encima?». Se rió en voz alta y todos sus pensamientos se disolvieron en el licor de adormidera de la acción, el movimiento, la libertad.

Descendió y pasó junto a una pandilla que esperaba para tender una emboscada al primer borracho que fuese a dar en su callejón, Kylar se sintió plenamente vivo. Ni siquiera necesitaba sus poderes. Estaba pisando la calle, sin más, con todos los sentidos a punto, todas las fibras de su cuerpo prestas para actuar: si uno de los pandilleros lo descubría, tendría que usar sus poderes, huir, atacar, saltar, agacharse, esconderse... algo. Al pasar al lado de un matón que llevaba un cuchillo en una mano y una bota de vino en la otra, pudo hasta olerlo. Tuvo que regular su respiración para acompasarla a la del maleante y que no lo oyera, tuvo que tantear a cada paso, tuvo que observar la luz cambiante de la luna según la cubrieran o no las nubes, tuvo que vigilar las caras de los cuatro jóvenes mientras estos bromeaban, charlaban y se iban pasando una pipa de hierba jarana.

—¡Eh, a callar! —dijo el hombre que tenía más cerca—. Nunca vendrá nadie si no paráis de hablar, idiotas.

Los hombres callaron. El matón pasó la mirada directamente por encima de Kylar, que tuvo que contener una exclamación: había algo en los ojos de aquel hombre. Algo oscuro que provocaba una especie de picor en algún lugar recóndito de la mente de Kylar.

Callejón abajo, un hombre salió dando tumbos de una taberna. Se apoyó en una pared y después se volvió para caminar hacia la emboscada.

«¿Qué estoy haciendo?» Kylar cayó en la cuenta de que ni siquiera tenía un plan. «Estoy loco. Tengo que salir de aquí.» No había faltado a su palabra a Elene. Todavía no. A fin de cuentas, nunca había prometido no salir de noche. Había jurado no matar.

Tenía que irse. Ya. Si empezaban a pegar al borracho, no sabía qué iba a hacer. O quizá sabía exactamente qué iba a hacer, y no podía hacerlo.

El ka’kari salió rezumando por sus poros como una pátina de aceite negro iridiscente. Cubrió su piel y su ropa en un instante, resplandeció por un brevísimo momento y Kylar desapareció.

Uno de los maleantes del otro lado del callejón frunció el ceño y abrió la boca, pero cambió de idea y sacudió la cabeza, convencido de que lo que creyese haber visto debían ser imaginaciones suyas.

Kylar saltó un metro y medio hacia arriba y se agarró al borde del tejado. Subió a pulso y empezó a alejarse corriendo. Cuando oyó un grito y lo que podía ser el sonido de una porra golpeando carne, no se detuvo. No miró.

Estaba solo a cuatro manzanas de distancia, todavía huyendo en dirección a casa de la tía Mia, cuando vio a una chica a la que seguían tres rufianes más.

¿Qué demonios hacía por la calle a esas horas? Cualquier habitante de aquella parte de la ciudad debía saber lo estúpido que era que una chica, guapa y de pelo dorado, por supuesto, circulase sola.

No era asunto suyo. Pelo Dorado miró por encima del hombro y Kylar distinguió su cara surcada de lágrimas. Estupendo. Una cría estúpida y sensiblera comportándose como tal.

Se detuvo. «Maldita sea. No puedes salvar el mundo, Kylar. No eres realmente el Ángel de la Noche. Solo eres una sombra y las sombras no pueden tocar nada.»

Volvió a maldecir, en voz alta esta vez. En la calle de abajo, los cuatro personajes del pequeño melodrama alzaron la vista hacia el tejado pero, por supuesto, no lo vieron. No lo vieron saltar a la calle y empezar a seguirlos.

Si la pillaban, tendría que matarlos. Tendría que hacerles daño para quitárselos de encima, y luego, ¿qué? ¿Les pegaría una paliza como un hombre invisible? ¿Dejaría que divulgaran esos cuentos? Tarde o temprano alguien lo acabaría relacionando con el Ángel de la Noche, y entonces todo se iría al garete. No, si la pillaban y se veía obligado a faltar a la promesa que hizo a Elene, no se andaría con medias tintas. De manera que solo tenía una posibilidad: asegurarse de que no la pillaran.

Pelo Dorado tomó su primera decisión sensata en toda la noche y echó a correr. Los matones se separaron y se lanzaron tras ella. Kylar sacó a Sentencia de su espalda, pero sin quitarle la funda. Se situó corriendo detrás de un matón, midió el ritmo de sus pasos y le metió la espada envainada entre las piernas a media zancada. El tipo cayó de bruces, y su compañero apenas tuvo tiempo de mirar por encima del hombro antes de dar también con sus huesos en el suelo.

Los dos matones maldijeron, pero no eran demasiado brillantes. Se pusieron en pie y echaron a correr de nuevo en pos de la chica; no tardaron en volver a acortar la distancia. En esa ocasión, Kylar zancadilleó a uno para que chocara contra el otro. Los rufianes cayeron en una maraña de extremidades y empezaron a insultarse y pegarse entre ellos. Para cuando se levantaron, la chica había desaparecido.

Kylar perdió de vista a la joven y al último matón. Se encaramó a un tejado de un salto y salió disparado a buscar a la chica. Mientras corría se desprendió de su invisibilidad para poder volcar en la velocidad todo su Talento. Después de surcar

volando unos cuantos tejados más, volvió a avistar a Pelo Dorado. Le faltaba una manzana para llegar a la única casa de una oscura calleja con una luz encendida en la ventana. Sin duda se trataba de su hogar.

Entonces Kylar vio al último matón, que se aproximaba por una travesía ante la que tendría que pasar Pelo Dorado. El tipo la vio y se ocultó entre las sombras.

No había tiempo. Kylar todavía se hallaba a más de una manzana de ellos. Aceleró hasta el borde de un edificio y saltó por encima de Pelo Dorado, desenvainando a Sentencia antes de aterrizar en la callejuela, justo enfrente del matón.

El hombre había sacado un cuchillo, y en un instante Kylar vio en las oscuras lagunas de sus ojos un odio profundo e irracional, fruto de algún desaire imaginario. El tipo había asesinado antes y pensaba matar a Pelo Dorado esa noche. Kylar ignoraba cómo lo sabía, pero lo sabía. Y al ver esa oscuridad que exigía la muerte, cayó en la cuenta de que ya la había visto antes. La había visto en los ojos del príncipe Ursuul. Solo después había decidido que debían de haber sido imaginaciones suyas.

Se produjo un momento de silencio estupefacto mientras el matón y el Ángel de la Noche se miraban a los ojos.

—¿Madre? ¿Padre? —gritó la chica mientras cruzaba por delante del callejón.

El matón atacó y Sentencia saltó como un rayo, le atravesó el plexo solar, le vació de aire los pulmones y lo clavó contra la pared.

Al otro lado de la esquina se abrió una puerta y alguien hizo pasar a Pelo Dorado entre una tormenta de disculpas farfulladas, perdones y lágrimas. Kylar dedujo que se había peleado con sus padres por algún motivo que ninguno recordaba ya y que la chica se había marchado airada de casa.

El matón se estremeció. Luchaba por respirar, pero no podía porque Sentencia le había hundido las costillas y se las había empotrado en el diafragma. Tenía las piernas totalmente flácidas. Debía de tener la columna dañada, porque lo único que lo mantenía en pie era la espada que lo sujetaba a la pared.

Ya estaba muerto, solo que todavía no lo había comprendido.

«Maldito sea, ¿qué he hecho?» Kylar retiró Sentencia y el matón cayó. Con un movimiento desapasionado, Kylar le clavó la espada en el corazón. Hecho eso, no tenía más remedio que terminar el trabajo. No podía dejar el cuerpo allí. Era poco profesional, y su descubrimiento sin duda echaría por tierra la precaria felicidad que le llegaba a través de las ventanas abiertas. Había un poco de sangre en la pared, de modo que la secó con la capa del cadáver y después frotó tierra por encima.

Dentro, todo era alegría y reconciliación. La madre servía un pucherito de ootai y parloteaba sobre lo preocupados que habían estado. La chica contaba la historia de cómo la habían seguido, había huido corriendo aterrorizada y por alguna razón los

perseguidores no paraban de caerse al suelo.

Kylar sintió una punzada de orgullo, seguida de asco ante la dulzura doméstica que emanaba toda la escena.

No, era mentira. No sentía asco. Se sentía conmovido. Conmovido y profundamente solo. Lo habían dejado fuera, en las calles con los muertos, a solas. Cubrió la sangre del suelo con tierra y tapó con telas las heridas del cadáver.

—Alabado sea el Dios —dijo la madre—. Tu padre y yo hemos rezado por ti todo el rato.

«Ese soy yo —pensó Kylar mientras se cargaba el cuerpo al hombro—, la respuesta a las oraciones de todo el mundo. Menos las de Elene.»

—¿Por qué iba nadie a destruir un ka'kari, Neph? —El rey dios caminaba de un lado a otro en uno de sus salones.

—Los sureños con frecuencia son ilógicos, santidad.

—Pero, sin duda, esos héroes que supuestamente destruyeron los ka'kari, Garric Matasombras, Gaelan Fuego de Estrella, Ferric Cordefuego... sin duda debieron de ser brujos natos. Sin formación como meisters, claro está, pero con Talento. Unos guerreros así podrían haber enlazado los ka'kari ellos mismos. ¿Y no lo hicieron? ¿Estamos diciendo que al menos tres guerreros prefirieron destruir unos artefactos que podrían haberlos vuelto diez veces más poderosos de lo que ya eran? Los grandes hombres no son tan desinteresados.

—Santidad —dijo Neph—, intentáis duplicar los procesos cognitivos de unas personas que ensalzan las virtudes de la debilidad. Son gente que antepone la compasión a la justicia, la piedad a la fuerza. La suya es una filosofía enferma, una suerte de locura. Pues claro que hacen cosas inexplicables. Mirad con qué ímpetu se precipita Terah de Graesin hacia su perdición.

El rey dios le quitó importancia con un gesto.

—Terah de Graesin es una necia, pero no todos los sureños lo son. Si lo fueran, mis antepasados los habrían invadido hace siglos.

—Sin duda lo habrían hecho —dijo Neph Dada—, de no ser por las incursiones desde los Hielos.

Garoth hizo otro ademán de incredulidad. El meister medio siempre había sido más poderoso que el mago medio, a menudo tenía más compañeros de magisterio y él y sus camaradas no estaban divididos en escuelas mal avenidas y repartidas por todo Midcyru. Los ejércitos khalidoranos eran tan buenos como la mayoría y mejores que muchos. A pesar de esas ventajas, las ambiciones de los reyes dioses se habían visto frustradas una y otra vez.

—Siento una... oposición —dijo Garoth.

—¿Oposición, santidad? —preguntó Neph. Tosió y jadeó.

—A lo mejor estos sureños se creen de verdad lo que predican sobre la piedad y la protección de los débiles, aunque nuestra experiencia aquí me indica lo contrario. Sin embargo, la llamada del poder no es fácil de desoír, Neph. Tal vez un santo de sus credos podría destruir un ka'kari aunque fuera capaz de usarlo, pero ¿cómo han podido desaparecer los seis ka'kari y mantenerse ocultos durante tanto tiempo? Estamos hablando de generaciones de santos, en las que cada nuevo guardián es tan virtuoso como su antecesor. No tiene sentido. Alguno de ellos hubiese flaqueado.

—Los ka'kari han ido aflorando de vez en cuando.

—Sí, pero cada vez menos, con el paso de los siglos. La última vez fue hace cincuenta años —dijo Garoth—. Alguien ha estado intentando destruir o al menos ocultar los ka'kari. Es la única explicación razonable.

—¿O sea que una persona lleva siete siglos haciendo acopio de los ka'kari? —preguntó Neph, sin alterar el gesto.

—Está claro que no ha sido «una persona» —corrigió Garoth—, sino un... grupo. Una pequeña conspiración me parece mucho más fácil de aceptar que un gigantesco complot de todos los santos sureños que han vivido nunca. —Hizo una pausa mientras seguía el hilo de la idea—. Piensa en sus mismos nombres: Matasombras, Cordefuego, Fuego de Estrella... Ni siquiera son apellidos. Son sobrenombres. Si tengo razón, bien podría ser que Garric Matasombras, Ferric Cordefuego y Gaelan Fuego de Estrella fueran los campeones de ese grupo, sus avatares, por así decirlo.

—¿Y su avatar actual...? —preguntó Neph.

Garoth sonrió.

—Ahora tiene nombre. Esta mañana, mi pájaro ladeshiano ha cantado. El hombre que recorrió estos salones con un ka'kari, el que mató a mi hijo, fue o bien el legendario Durzo Blint o bien su aprendiz, Kylar Stern. Durzo Blint ha muerto. De manera que, si Kylar Stern es ese avatar... —Garoth paró en seco—. Explicaría por qué esos héroes estuvieron dispuestos a destruir un ka'kari. Porque no podían usar otro. Porque ya tenían uno enlazado. Eran los portadores del ka'kari negro.

—Santidad, ¿no es posible que, en vez de destruir esos ka'kari, los guardaran?

Garoth reflexionó.

—Es posible. Y Kylar podría no estar aliado con ellos en absoluto.

—En cuyo caso quizá estén intentando añadir el negro a su colección —concluyó Neph.

—Eso no podemos saberlo. No podemos saber nada hasta que capturemos a Kylar Stern. Mi pajarillo cantor será el asesino perfecto. Entretanto, Neph, ponte en contacto con todos los meisters y agentes que tengamos en las tierras del sur y diles que estén atentos. No me importa si me cuesta este reino entero, traedme a Kylar Stern. Vivo o muerto, me da igual, pero traedme ese condenado ka'kari.

Capítulo 14

Las primeras semanas en el Ojete del Infierno habían sido las más siniestras, antes de que Logan se convirtiese en un monstruo. Había suscrito sus pactos con el diablo y con su propio cuerpo. Había comido la carne que llegó a sus manos aquel día aciago y, cuando Fin había matado al Costras, había comido carne otra vez. Tuvo que matar a Tom el Largo por esa carne, y aquel asesinato lo había convertido en monstruo. Ser un monstruo lo ponía a salvo. Sin embargo, no se conformaba con estar a salvo. No se conformaba con sobrevivir sin más. Logan toleraba su lado salvaje y primario, pero no pensaba someterse a él.

Compartió su carne. Le ofreció un poco a Lilly, no a cambio de sexo como hacían los demás ojeteros, sino por decencia. Ella le había dado el consejo que lo mantenía humano. También compartió con los demás monstruos: Tatu, Yimbo y el Chirríos. Se guardó las partes más suculentas para él, por lo menos las más suculentas que podía soportar comer. Los brazos y las piernas tenían un pase, pero comerse el corazón de un hombre, su cerebro, sus ojos, partirle los huesos para chuparle el tuétano... eso Logan no lo haría. Era una línea delgada, que sabía que acabaría cruzando si las cosas empeoraban mucho, pero de momento, ya había caído bastante bajo, de modo que compartía por remilgos y compartía por nobleza.

Fue su primer paso en el camino de reclamar su humanidad perdida. Fin lo mataría en cuanto se le presentase una ocasión. A los monstruos les daba igual, así que todavía era posible ponerlos de su lado. No sería lealtad, pero cualquier factor podía resultar decisivo.

El Chirríos era harina de otro costal. Logan se mantenía cerca de él. Suponía que el débil mental era el que menos posibilidades tenía de traicionarle, aunque no había tardado en descubrir a qué le debía su nombre. Todas las noches, hacía rechinar los dientes. Hacía tanto ruido que a Logan le sorprendía que le quedasen muelas.

A la tercera semana, el repentino silencio de los dientes del monstruo despertó a Logan, que escuchó en la oscuridad. El Chirríos estaba prestando atención, y su oído debía de ser mejor que el de Logan porque, al cabo de un momento, oyó pasos.

Dos guardias khalidoranos aparecieron sobre la reja y miraron hacia abajo con desagrado. El primero era el que odiaban. Abrió la reja como hacía siempre y lanzó el pan por el agujero como hacía siempre. Daba igual que supieran que iba a hacerlo: los monstruos y los animales por igual, incluso Logan, se levantaron y se plantaron alrededor del orificio, esperando tener suerte con un mal lanzamiento. Solo había pasado un par de veces, pero bastaba para mantener viva su esperanza.

—Mira esto —dijo el guardia. Partió en dos la última hogaza y orinó sobre ella hasta empaparla. Después la lanzó abajo.

Logan, que era el más alto, cazó la mayor parte. Lo devoró al instante, ajeno a la

peste, ajeno al líquido caliente que le chorreaba por la barbilla, ajeno a la degradación.

El khalidorano se carcajeó. El segundo guardia rió con cierta inseguridad.

Al día siguiente volvió el segundo carcelero, solo. Llevaba pan, que además estaba limpio, y lanzó a los prisioneros una hogaza por cabeza. Con un marcado acento y sin mirarlos a ninguno a la cara, prometió que les llevaría pan todas las veces que Gorkhy no fuera su compañero de turno.

Eso les dio a todos fuerza, esperanza y un nombre para el sujeto al que odiaban por encima de todos los demás.

Poco a poco, la sociedad regresó. Aquella primera noche, se habían sentido todos tan abrumados por la novedad de tener pan que ni siquiera habían intentado robarse las hogazas. Cuando cobraron fuerza, empezaron las peleas. Al cabo de unos pocos días, el mudo Yimbo tuvo un encontronazo con Fin y acabó muerto. Logan lo observó, buscando una oportunidad de echar mano a Fin, pero la lucha terminó demasiado pronto. El cuchillo era una ventaja demasiado decisiva.

Cuando llegaba el pan, Logan siempre se aseguraba de estar entre los que más cogían, no solo por estatus sino para mantenerse fuerte. Ya había perdido hasta el último gramo de grasa que hubiese tenido, y empezaba a perder carne. Era un manojo de tendones y músculos delgados y duros, pero seguía siendo grande y necesitaba conservar su fuerza. Aun así, compartía lo que podía con Lilly, el Chirríos y Tatu.

Transcurridos más de dos meses desde su descenso, hizo un avance. Llevaba un tiempo nervioso, cada vez más inquieto por Fin, con sus malditas cuerdas de tendones que no paraban de alargarse. Dormía y se despertaba con el clamor de los demonios que, a esas alturas, imaginaba a veces que provocaban los sonidos ululantes; no era el viento, de eso estaba seguro. Eran demonios, o tal vez los espíritus de todos los pobres desgraciados que habían tirado al Agujero a lo largo de los siglos. La cabeza le palpitaba al compás de los aullidos. Le dolía la mandíbula. Los dientes le habían estado rechinando toda la noche.

Entonces encontró su humanidad.

—Chi —dijo—. Chirríos, ven aquí.

El grandullón lo miró con expresión indefinida.

Logan se aproximó a él y muy despacio le acercó las manos a la mandíbula. Tenía miedo de que le mordiese, y de la más que probable infección mortal que sufriría allí abajo, pero estiró el brazo de todas formas. El Chirríos parecía perplejo, pero dejó que Logan le hiciera un pausado masaje en la mandíbula. Al poco, la expresión de aquel hombre simple cambió. La tensión de su cara, que Logan había supuesto parte de su deformidad, se relajó.

Cuando Logan paró, el grandullón soltó un rugido y lo agarró. Logan pensó que iba a morir, pero el Chirríos se limitó a abrazarlo. Cuando lo soltó, Logan supo que

había ganado un amigo para toda la vida, por desagradable, brutal y corta que fuera aquella vida en el Agujero. Habría llorado, pero ya no le quedaban lágrimas.

Tenía que matar a Jarl.

Vi estaba delante de la casa segura de Hu Patíbulo y apoyó la cabeza en el marco de la puerta. Necesitaba entrar, vérselas con Hu, prepararse y salir a matar a Jarl. Con esas cuatro simples acciones, su aprendizaje habría terminado y nunca más tendría que aguantar a Hu. El rey dios le había prometido incluso que podría matarlo si así lo deseaba.

Durante el año que Vi había pasado aprendiendo el oficio con Mama K, Jarl había sido su único amigo. Se había desvivido por ayudarla, sobre todo en sus primeras semanas, cuando era una absoluta nulidad. Gracias a sus bellas y exóticas facciones ladeshianas, su labia, su inteligencia y su simpatía, Jarl caía bien a todo el mundo, y no solo a los hombres y mujeres que hacían cola por sus servicios (cola solo en el sentido figurado, claro estaba: Mama K jamás toleraría algo tan chabacano como una cola en El Jabalí Azul). Aun con ello, Vi siempre había sentido que a los dos los unía un lazo especial.

Dejó de pensar. Tenía un trabajo que hacer. Buscó trampas en la puerta otra vez. No había. Hu se volvía descuidado cuando tenía compañía. Abrió la puerta despacio, se hizo a un lado y asomó sus manos abiertas por el hueco. A veces, cuando Hu iba pasado de setas, atacaba primero y sin hacer preguntas. Al no recibir ataque alguno, Vi entró.

Hu estaba sentado con el pecho descubierto en una mecedora que había al fondo del salón lleno de trastos, pero la silla estaba inmóvil y él tenía los ojos cerrados. No estaba dormido, sin embargo. Vi conocía al dedillo hasta el más íntimo detalle de su maestro, sabía cómo respiraba cuando dormía de verdad. Sostenía en las manos unas agujas de ganchillo y un minúsculo gorro de lana blanca casi terminado. Un gorrito de bebé, esa vez, el muy hijoputa.

Fingiendo creer que dormía, Vi echó un vistazo al dormitorio. Había dos mujeres tumbadas en la cama. Empezó a recoger su equipo sin hacerles caso.

Encontrar a Jarl no supondría ningún problema. Solo tenía que hacer correr la voz de que quería verlo, y él la recibiría con los brazos abiertos. Sus guardaespaldas se asegurarían de que Vi no llevara armas pero, tras un rato a solas con él, se relajarían o Jarl los haría salir, y podría matarlo con las manos desnudas. El problema era cómo no matar a Jarl.

No pensaba hacerlo. El rey dios podía irse a tomar por culo. Sin embargo, la única manera de que el rey dios disculpase su desobediencia era hacer alguna otra cosa que lo complaciese más todavía.

Abrió con llave un ancho armario y sacó un cajón. Contenía su colección de

pelucas, lo mejorcito que podía comprarse con dinero. Vi se había vuelto una experta en cuidarlas, peinarlas, ponérselas y fijarlas con la firmeza suficiente para los rigores de su oficio y en muy poco tiempo. Había algo reconfortante en el tirón sobre su cuero cabelludo de una coleta firme, a veces tan estirada bajo la peluca que le daba dolor de cabeza. Estando en el local de Mama K, le habían presentado a una cortesana con Talento que se ofreció a enseñarle a cambiar el color o el peinado mediante magia, pero eso a Vi no le interesaba. Quizá compartiera su cuerpo, quizá Hu pudiera tomarla a su antojo, pero su pelo era suyo y tenía un valor incalculable para ella. Ni siquiera le gustaba que los hombres le tocaran las pelucas, aunque eso podía tolerarlo. Cuando se prostituía, llevaba peluca por el ligero margen de disfraz que le proporcionaba: las pelirrojas encendidas no abundaban fuera de Ceura. Cuando trabajaba de ejecutora, llevaba el pelo recogido en esa misma cola de caballo apretada. Era práctica, controlada y eficaz, igual que ella. El único momento en que se soltaba el pelo era en los escasos minutos antes de acostarse, y aun así solo cuando estaba sola y a salvo.

Tras elegir una fina peluca morena que caía lisa hasta la barbilla y otra larga, castaña y ondulada, Vi cogió las cremas que necesitaba para teñirse las cejas y el maquillaje para oscurecerse el cutis, y luego empaquetó sus armas.

Estaba cerrando las alforjas cuando una mano le agarró un pecho y lo estrujó con saña. Vi ahogó un grito y dio un respingo de dolor y sorpresa, por el que se odió al cabo de un momento. Hu soltó una risilla grave en su oído, mientras apretaba el cuerpo contra su espalda.

—Hola, preciosa, ¿dónde has estado? —preguntó, mientras le bajaba las manos hasta las caderas.

—Trabajando. ¿Te acuerdas? —dijo ella, volviéndose con dificultades. Al ver que la dejaba girarse, supo que Hu todavía estaba colocado.

La envolvió con el cuerpo, y la repulsión y el odio combatieron por un momento con la familiar pasividad previa a la derrota. Dejó que le empujase la cabeza a un lado para poder llevarle los labios al cuello. Hu la besó con dulzura, y luego paró.

—No llevas ese perfume que me gusta —dijo, todavía suave, pero con un toque de sorpresa en la voz, como si no diera crédito a que hubiese sido tan tonta. Vi lo conocía lo bastante bien para saber que estaba a un pelo de la violencia.

—He estado trabajando. Para el rey dios. —Vi no dejó que asomase a su voz el más mínimo atisbo de miedo. Demostrarle miedo a Hu era como lanzar carne sanguinolenta a una manada de perros salvajes.

—Aaah —dijo Hu, que de pronto volvía a estar meloso. Tenía las pupilas muy dilatadas—. He montado una pequeña fiesta. De celebración. —Hizo una seña hacia el dormitorio—. Tengo una condesa y una... Maldición, no me acuerdo, pero es toda una gata salvaje. ¿Te apuntas?

—¿Qué estás celebrando? —preguntó Vi.

—¡Durzo! —respondió Hu. Soltó a Vi de repente y bailó en un pequeño círculo; cogió otra seta de una mesa, se la llevó a la boca y luego intentó agarrar otra, pero falló—. ¡Durzo Blint ha muerto! —Se rió.

Vi pescó la seta que Hu no había logrado coger.

—¿En serio? He oído el rumor, pero ¿estás seguro?

Hu siempre había odiado a Durzo Blint. Los dos aparecían siempre juntos en las conversaciones como los mejores ejecutores de la ciudad, pero el nombre de Durzo solía mencionarse el primero. Hu había matado a hombres por decir eso, pero nunca había ido a por Durzo. Si se hubiese creído capaz de matarlo, lo habría hecho, Vi estaba segura.

—Mama K era amiga suya y no creía que hubiera muerto, de modo que llevó a unos cuantos hombres adonde estaba enterrado... ¡y efectivamente! Muerto, muerto, muerto. —Hu volvió a reírse. Cogió la seta que sostenía Vi y dejó de bailar—. No como su aprendiz, el encargo que jodiste tú. —Cogió una petaca de licor de adormidera y bebió—. Pensaba ir a matarlo, ¿sabes?, solo para cabrear al fantasma de Blint. Cien coronas que me gasté en sobornos, y resulta que se ha ido de la ciudad. Uau. —Se balanceó sobre los pies—. Esta ha sido potente. Ayúdame a sentarme.

Vi sintió una opresión en el pecho. Ahí tenía su respuesta. Kylar Stern era el Ángel de la Noche. Él había matado al hijo del rey dios. Matar a Kylar era lo único que podía complacer lo bastante a Garoth para que la perdonase por no liquidar a Jarl. Agarró el brazo de Hu y lo acompañó hasta su mecedora, de donde apartó el gorrito de bebé forrado de cuchillas.

—¿Dónde está, maestro? ¿Adónde ha ido?

—¿Sabes qué? No vienes a verme lo suficiente. Después de todo lo que he hecho por ti, so zorra. —Torció el gesto y tiró de ella con malos modos hacia su regazo.

Los minutos previos a que Hu perdiera el conocimiento eran peligrosos: podía manotear con la torpeza y debilidad de un borracho y luego usar la fuerza aplastante de su Talento para compensarlo y así herirla o matarla sin querer. De modo que se dejó caer en sus brazos, abandonada, insensibilizándose. Su cuerpo distraía a Hu, que intentó acariciarla pero se enredó la mano con los pliegues de su túnica.

—¿Dónde está el aprendiz de Blint, maestro? —preguntó Vi—. ¿Adónde se ha ido?

—Se mudó a Caernarvon, renunció al camino de las sombras. ¿Quién es el mejor ahora, eh?

—Tú eres el mejor —dijo Vi, escurriéndose de su regazo—. Siempre has sido el mejor.

—Viridiana —llamó Hu.

Vi quedó paralizada. Nunca la llamaba por su nombre completo. Se volvió con

cautela, preguntándose si las setas no habrían sido inofensivas y el vino de adormidera, mera agua. No sería la primera vez que Hu fingía estar intoxicado para poner a prueba su lealtad. Pero tenía los párpados medio bajados, el cuerpo totalmente relajado en su silla.

—Te quiero —dijo—. Esas zorras no tienen nada... —Dejó la frase en el aire y su aliento adoptó la cadencia del sueño.

De repente Vi quería bañarse. Cogió las alforjas y su espada. Luego se paró.

Hu estaba inconsciente. No le cabía ninguna duda. Podía desenvainar su espada y hundírsela en el corazón en menos de un segundo. Se lo merecía una y cien veces. Se merecía algo cien veces peor. Agarró la empuñadura y sacó la hoja poco a poco, en silencio. Se volvió y miró a su maestro, pensando en el millar de humillaciones a las que la había sometido. Las mil degradaciones que le había costado romper su espíritu. Se le hacía difícil respirar.

Giró sobre sus talones, enfundó la espada y se echó al hombro las alforjas. Llegó hasta la puerta y volvió a detenerse. Regresó al dormitorio. Las mujeres ya estaban despiertas, una colocada y con la mirada vidriosa, la otra con dientes de conejo y pecho generoso.

—Hu se aburre enseguida —dijo Vi—. Cada día que paséis con él será como tirar una moneda al aire para ver si sobrevivís. Si queréis marcharos, ahora está dormido.

—Lo que pasa es que estás celosa —dijo la de dientes de conejo—. Lo quieres para ti sola.

—Vosotras mismas —dijo Vi, y se fue.

Capítulo 15

—¿El Sa’kagé está en guerra o no? —preguntó Brant.

Jarl cambió de postura en su asiento. Mama K no dijo nada. Le estaba dejando llevar la iniciativa, si podía.

La casa segura había adoptado la apariencia de un centro de mando militar, eso era evidente. Brant había llevado mapas. Estaba reuniendo datos sobre los efectivos de las tropas khalidoranas, anotando dónde se encontraba acuartelada cada unidad, dónde se distribuían la comida y los pertrechos y construyendo un gráfico de su jerarquía militar, con referencias cruzadas allá donde el Sa’kagé tenía espías y evaluaciones de la fiabilidad y el grado de acceso de cada informador.

—Esa pregunta es más difícil de responder de lo que... —dijo Jarl.

—No —interrumpió Brant—. No lo es.

—Mi sensación es que estamos en una especie de guerra...

—¿Tu sensación? ¿Qué eres, un líder o un poeta, mariquita?

—¿Mariquita? —exclamó Jarl, indignado—. ¿Qué significa esto?

Mama K se puso en pie.

—Siéntate —dijeron los dos hombres.

Se miraron uno a otro, frunciendo el ceño. Mama K soltó un bufido y se sentó. Al cabo de un momento, Jarl dijo:

—Estoy esperando una respuesta.

—¿Tienes polla o solo las chupas? —espetó Brant.

—¿Es que buscas rollo? —preguntó Jarl.

—Mala respuesta —dijo Brant, meneando la cabeza—. Un buen líder nunca se muestra insidioso...

Jarl le pegó un puñetazo en la cara. El general cayó al suelo. Jarl se plantó encima de él y desenvainó la espada.

—Así lidero yo, Brant. Mis enemigos me subestiman, y les golpeo cuando menos se lo esperan. Te escucho, pero tú me sirves a mí. La próxima vez que me hagas un comentario sobre pollas, haré que te den la tuya para cenar. —Tenía el rostro sereno. Situó la espada entre las piernas de Brant—. No es una amenaza vacía.

Brant encontró su muleta, se levantó con ayuda de Jarl y se sacudió la ropa nueva.

—Bueno, acabamos de disfrutar de un momento instructivo. Estoy conmovido. Creo que escribiré un poema. ¿Tu respuesta es...?

El comentario del poema casi sacó de quicio a Jarl. Estaba a punto de decir algo cuando vio que Mama K hacía un gesto con la boca. Era una broma. «Conque esto es el humor militar.» Jarl negó con la cabeza. Aquello iba a ser un desafío.

Dioses benditos, el tipo era un bulldog.

—Estamos en guerra —dijo Jarl, con la amarga sensación de haber cedido.

—¿Tienes bien sujeto al Sa’kagé? —preguntó Brant—. Porque empiezo a encontrarme con serios problemas. Problemas que en realidad son tuyos.

—No muy bien —reconoció Jarl—. Los khalidoranos han ejercido una influencia unificadora, pero los ingresos son demasiado bajos y la estructura de mando está desintegrándose: la gente no responde ante sus superiores y ese tipo de cosas. Muchos creen que la ocupación por fuerza empezará a suavizarse. Quieren volver a sus negocios de siempre.

—Me parece muy sensato por su parte. ¿Qué plan maestro tienes para hacerles frente?

Jarl frunció el ceño. No había plan maestro, y Brant hacía que eso pareciera de una estupidez increíble.

—Nosotros... Yo... Tenía planeado ver lo que hacían. Quería saber más de ellos y luego combatirlos como fuera necesario.

—¿Se te antoja buena idea dejar que tu enemigo ponga en marcha contra ti unas estratagemas plenamente formadas para luego verte obligado a reaccionar desde una posición de debilidad? —preguntó Brant.

—Eso tiene más de porrazo retórico que de pregunta, general —dijo Jarl.

—Gracias —replicó Brant. Mama K reprimió una sonrisa.

—¿Qué propones? —preguntó Jarl.

—Gwinvere gobernó el Sa’kagé desde un secretismo total, mediante shingas marioneta, ¿no es así?

Jarl asintió.

—Entonces, ¿quién ha sido el shinga marioneta desde que Khalidor nos invadió?

Jarl hizo una mueca.

—No, hum, no he instalado exactamente uno.

—¿No exactamente? —Brant enarcó una tupida ceja gris.

—Brant —dijo Mama K—. Afloja un poco.

El general se ajustó el brazo en el cabestrillo con una mueca de dolor.

—Míralo desde la calle, Jarl. Durante más de un mes, han estado sin líder. No han tenido uno malo, sino ninguno. El pequeño gobierno de Gwinvere ha ido ayudando a todo el mundo y por el momento va bien, pero tu chusma del Sa’kagé, perdón, tu gente, ha estado en el mismo barco que todos los demás. Así que, ¿por qué seguir pagando cuotas? Gwinvere pudo ser una shinga en la sombra porque nunca hubo una amenaza como esta. Esto es una guerra. Necesitas un ejército. Los ejércitos necesitan un líder. Necesitas ser ese líder, y eso no puedes hacerlo desde la sombra.

—Si anuncio quién soy, me matarán.

—Lo intentarán —dijo Brant—. Y lo conseguirán a menos que puedas reunir un núcleo de gente competente que te sea absolutamente leal. Gente dispuesta a matar y morir por ti.

—Aquí no tenemos soldados de buena familia educados en los valores de la lealtad, el deber y el valor —replicó Jarl—. Estamos hablando de ladrones, prostitutas y cortabolsas, personas que solo piensan en ellas mismas y su propia supervivencia.

—Y eso mismo dirán ellos —terció Mama K en voz tan baja que Jarl apenas la oyó—, a menos que tú veas lo que pueden llegar a ser y se lo hagas ver a ellos.

—Cuando era general, mis mejores soldados procedían de las Madrigueras —dijo Brant—. Se volvían los mejores porque lo tenían todo por ganar.

—¿Y qué propones, exactamente? —preguntó Jarl.

—Propongo que intentes eliminar tu puesto de trabajo —dijo Brant—. Ofrece a tus sinvergüenzas el sueño de una vida mejor, un estilo de vida mejor para sus hijos y una oportunidad de verse como héroes, y tendrás un ejército.

Hizo una pausa para dejar que lo asimilara, y a Jarl enseguida se le aceleró el pulso, mientras pensaba a toda velocidad. Era algo audaz. Era grande. Era una oportunidad de usar el poder para algo más que mantener el poder. Veía cómo los contornos de un plan empezaban a encajar. Ya tanteaba con el pensamiento a qué personas colocaría en cada cargo. Fragmentos de discursos iban cobrando forma. Oh, era un panorama seductor. Brant no solo estaba diciendo a Jarl que ofreciera un sueño a los sinvergüenzas; le estaba ofreciendo un sueño a él. Podía ser un tipo distinto de shinga. Podía ser noble. Querido. De tener éxito, probablemente hasta podría adquirir una posición legítima, recibir títulos de verdad de manos de la familia noble a la que restaurase en el poder. ¡Dioses, era seductor!

Pero significaría delatarse. Comprometerse. En ese momento, su existencia era un secreto. Todo el mundo creía que no era más que un chico de alquiler retirado. Menos de media docena de personas sabía que era el shinga. Si quería, podía dejar de comunicarse con ellas y punto. Si no lo intentaba, no podía fracasar.

—Jarl —dijo Mama K con voz amable—, que sea un sueño no quiere decir que sea mentira.

Jarl miró de la una al otro, preguntándose hasta qué punto le leían la mente. Mama K probablemente lo tenía calado como si lo hubiera parido. Daba miedo. Solo que hubiera guardado silencio durante todo el tiempo debería haberlo puesto sobre aviso, pero no podía enfadarse con ella. Había tenido con él más paciencia de la que se merecía.

«Eliminar mi puesto de trabajo.» Elene había dicho que no se imaginaba una Cenaria sin el Sa’kagé contaminándolo todo, pero Jarl sí podía intuirla. Sería una ciudad donde nacer en el lado oeste no significaría desespero, explotación, aprendizaje en las hermandades, pobreza y muerte. Él había tenido suerte de conseguir un trabajo para Mama K. Las Madrigueras no ofrecían casi ningún empleo honrado, y a los huérfanos menos que a nadie. El Sa’kagé se nutría directamente de una infraclase de putas y ladrones que se renovaba sola porque abandonaban a sus

hijos como a ellos los habían abandonado. Pero podía ser diferente, ¿o no?

«Que sea un sueño no quiere decir que sea mentira.» Le estaban sugiriendo que insuflase esperanza en las Madrigueras.

—Vale —dijo Jarl—, con una condición, Brant: si me matan, sea quien sea el culpable, quiero que escribas un poema para mi funeral.

—Hecho —replicó el general con una sonrisa—, y será la leche de emotivo.

Capítulo 16

Sentado en la cama a oscuras, Kylar contemplaba la forma durmiente de Elene. Era de esas chicas que no pueden aguantar despiertas hasta tarde por mucho que lo intenten. Verla lo llenaba de tal ternura y tal pena que apenas podía soportarlo. Desde que le había prometido no pedirle que vendiera a Sentencia, había cumplido su palabra. No era ninguna sorpresa, pero es que ni siquiera lo había insinuado.

La amaba. No era lo bastante bueno para ella.

Siempre había creído que uno acababa pareciéndose a aquellos con quienes pasaba tiempo. Quizá aquello formaba parte de ese proceso. Amaba en ella todo lo que él no era. Franqueza, pureza, compasión. Elene era sonrisas y sol, y él pertenecía a la noche. Quería ser un buen hombre, lo deseaba de todo corazón, pero tal vez algunas personas simplemente nacían mejores que otras.

Después de aquella primera noche, se había jurado que no volvería a matar. Saldría y se entrenaría, pero no mataría. De modo que se adiestraba para nada y perfeccionaba habilidades que había jurado no usar. El entrenamiento era una pálida imitación de la batalla, pero se conformaría con él.

Su resolución aguantó durante seis días, hasta que estando en los muelles vio a un pirata que propinaba una paliza salvaje a un grumete. Kylar solo tenía intención de separarlos, pero los ojos del pirata exigieron la muerte. Sentencia la administró. La séptima noche, se dedicó simplemente a practicar técnicas de ocultación delante de una taberna del centro, intentando evitar los lugares donde era más probable que topase con chulos, ladrones, violadores y asesinos. Le pasó por delante un hombre que dirigía una red de niños cortabolsas, un tirano que mantenía a raya a los pequeños a base de pura brutalidad. Sentencia le encontró el corazón antes de que Kylar acertara a contenerse. A la octava noche se encontraba en el barrio nobiliario, donde esperaba presenciar menos violencia, cuando oyó a un noble que pegaba a su amante. El Ángel de la Noche entró invisible y le rompió los dos brazos.

Kylar miraba a Elene con Sentencia en el regazo. Todos los días se prometía que no mataría, nunca más, y había aguantado otras seis noches. Sin embargo, una parte de él sabía que eso era porque había tenido suerte. Lo peor era que no se sentía culpable por los asesinatos. Cuando mataba para Durzo se sentía fatal cada vez. Esas últimas muertes no le inspiraban nada. Solo se sentía culpable de mentir.

Tal vez se estaba convirtiendo en un Hu Patíbulo. Tal vez ya necesitaba matar. Tal vez se estaba volviendo un monstruo.

Trabajaba todos los días con la tía Mia. Durzo rara vez lo había alabado, de modo que no llegó a ser consciente de cuánto había aprendido del viejo ejecutor, pero, tras pasar horas con la tía Mia catalogando sus hierbas, reempaquetando algunas para que se conservaran más tiempo, tirando las que habían perdido su potencia y etiquetando

el resto con fecha y notas sobre sus orígenes, empezó a reparar en lo mucho que sabía. Seguía sin llegar a Durzo ni a la suela de los zapatos, pero él le llevaba unos cuantos siglos de ventaja.

Tenía que ir con cuidado, sin embargo. La tía Mia usaba con fines medicinales muchas hierbas que él había empleado como venenos. En una ocasión la mujer apartó las raíces de una hojiplata diciendo que eran demasiado peligrosas y que solo podía aprovechar las hojas. Sin pensarlo, Kylar dibujó un gráfico con las dosis letales de las hojas, raíces y semillas de la planta según sus diferentes preparaciones, fuesen en tintura, en polvo, como ungüento o en infusión, tabuladas según la masa corporal, el sexo y la edad del... estuvo a punto de escribir «muriente», hasta que en el último momento se acordó de cambiarlo por «paciente». Cuando alzó la vista, la tía Mia lo miraba fijamente.

—Nunca había visto un esquema tan detallado —comentó—. Es... muy impresionante, Kylar.

Intentó ser más cuidadoso en adelante, pero topaban sistemáticamente con los mismos problemas. A lo largo de su carrera, Durzo había experimentado miles de veces con todo tipo de hierbas. Cuando le encargaban un muriente sin fecha límite, probaba con cinco o seis hierbas distintas. Kylar empezaba a comprender que Durzo probablemente había sabido más de hierbas que cualquier otra persona viva; sin embargo, por lo general lo contrataban para matar a gente sana, de modo que a veces los conocimientos de Kylar resultaban inútiles.

Un día, un hombre desesperado acudió a la tienda de la tía Mia en busca de ayuda. Su maestro se moría, y cuatro matasanos habían sido incapaces de ayudarle. En ocasiones el cometido de la tía Mia iba más allá del estricto de una comadrona, por lo que el criado había acudido a ella como último recurso. Sin embargo, la tía Mia no estaba. A Kylar le daba demasiado apuro ir a la casa del enfermo pero, después de interrogar al sirviente, había preparado una poción. Más tarde se enteró de que el hombre se había recuperado. Fue una sensación extrañamente agradable. Había salvado una vida, así de fácil.

De todos modos, se sentía culpable viviendo de la caridad de la tía Mia. Había pasado varias semanas ordenando su tienda porque, a pesar de su don para trabajar con las personas, tenía un sentido de la organización desastroso. Sin embargo, no había hecho nada de valor para ella. No le estaba aportando ningún dinero. Elene había encontrado trabajo de doncella, pero la paga apenas bastaba para costear la comida de los tres. Braen estaba cada día más huraño y farfullaba sobre gorrones, pero Kylar no podía culparlo.

Acarició Sentencia con la punta de los dedos. Cada vez que se ajustaba la espada, actuaba de juez y de verdugo. La hoja se había convertido en el emblema de su juramento roto.

Esa noche no. Kylar la guardó en su caja y, recurriendo a su Talento, saltó por la ventana. Surcó los tejados hasta encontrar la casa de Pelo Dorado y apartó todo lo demás de su cabeza. Se pasaba el día entero preocupándose; no echaría a perder también sus noches.

Toda la familia estaba allí, dormida en su casita de una sola habitación. Kylar dio media vuelta para partir, pero algo lo detuvo. La chica y su padre estaban dormidos. La madre movía los labios. Al principio, Kylar pensó que soñaba, pero entonces abrió los ojos y salió de la cama.

No encendió ninguna vela. Echó un vistazo rápido por la estrecha ventana, donde Kylar la observaba invisible. Parecía asustada, tanto que Kylar comprobó que seguía sin poder verlo. Sin embargo, la mujer no tenía la mirada clavada en él. Miró a su espalda, pero en la calle no había nadie. La madre de Pelo Dorado se estremeció y se arrodilló junto a la cama.

¡A rezar! La madre que la parió. Kylar sentía a la par vergüenza e ira por presenciar algo tan personal. No estaba seguro de por qué. Maldijo en silencio y se dispuso a marcharse.

Tres hombres armados se acercaban por la calle. Kylar reconoció a dos de ellos: eran los tipos que habían perseguido a Pelo Dorado la otra noche.

—Es una bruja, creedme —decía uno de los matones al individuo que Kylar no reconocía.

—Es verdad, shinga, lo juro —corroboró el otro.

«Será una broma.» ¿El shinga de Caernarvon en persona estaba comprobando los cuentos de unos matones cualesquiera sobre una bruja? ¡Una bruja! Como si una bruja fuese a haberse limitado a poner la zancadilla a los hombres en vez de matarlos.

Kylar oyó algo y volvió a mirar dentro de la casa. La mujer había despertado a su marido y los dos rezaban. Resultaba extraño porque, desde su cama, era imposible que pudieran ver a los matones del Sa’kagé. A lo mejor la mujer tenía algo de Talento.

«Rezan pidiendo protección.» Kylar esbozó una mueca desdeñosa, y la pequeña parte mezquina que tenía dentro quiso largarse. Que su Dios solucionase sus propios problemas. Kylar llegó a darse la vuelta, pero no podía hacerlo.

—Barush —susurró al shinga uno de los matones—, ¿qué hacemos?

El shinga le dio una bofetada.

—¡Perdón! ¡Perdón! —gimoteó el hombre—. Quería decir: shinga Trampete, ¿qué hacemos?

—Matarlos.

Dioses misericordiosos. Era alucinante. El Sa’kagé de la ciudad era una parodia tan lamentable que le entraban ganas de reír. Salvo que no tenía gracia. ¿El shinga abofeteaba a sus hombres para conseguir su respeto? En Cenaria, cuando Pon Dradin

miraba a los hombres con algo que no fuera inconfundible aprobación, se encogían de miedo. Y ni siquiera había sido el verdadero shinga.

Kylar estuvo a punto de irse por puro asco. ¡Qué ineptitud!

Aun así, no hacía falta gran cosa para matar. Un ejecutor lo sabía bien.

Sí, sí, era todo un dilema, ¿verdad? Allí estaba él, quizá uno de los asesinos más capaces del mundo. Podía matar a los tres maleantes antes de que emitieran ningún sonido. Y pese a ello no podía ni siquiera hacerles daño. Tenía delante a la hez del hampa, y ellos iban a matar mientras que a él no le era posible. Genial.

Estaban solo a veinte pasos.

—¿Y si...? ¿Y si vuelve a usar la brujería, shinga?

Por supuesto, no se molestaron en formular un plan antes de lanzarse contra su blanco. Eso sería un tanto profesional.

Barush Trampete bufó y se acercó a la puerta.

—Esas gilipolleces no me dan miedo.

Al verle los ojos, la mano de Kylar salió disparada hacia su espalda, pero Sentencia no estaba. Su momentánea sorpresa bastó para liberarlo del impulso homicida. Lo había jurado. Maldición, lo había jurado. Tenía que haber otra manera. Esa noche, habría otra manera.

De modo que Kylar se materializó delante del shinga. O, más bien, partes de él lo hicieron. Dejó que algo de luz atravesara el ka’kari que lo cubría, con lo que adquirió una traslucidez brumosa. La curva de un bíceps negro, de una iridiscencia aceitosa, resplandecía por un momento y desaparecía, seguida por la línea de unos hombros anchos, la uve de su torso, los contornos de los músculos de su pecho... todos exagerados para parecer mayores de lo que eran. Los fragmentos de su figura aparecían y se esfumaban como fantasmas.

Barush Trampete se quedó paralizado, y entonces Kylar remató el efecto con su golpe maestro. El ka’kari se solidificó en sus ojos, que brillaron como joyas negras metálicas en mitad de la noche. Luego apareció el resto de su cara, cubierta por una máscara de metal negro resplandeciente que se amoldaba a su rostro. Era amenazador. Era algo más que amenazador. Era la cara misma del juicio, de la sentencia encarnada, y ante lo que vio Kylar en los ojos del shinga —odioenvidiavariciasesinatotraición—, la máscara se volvió feroz. Kylar tuvo que clavarse las uñas en las palmas para no liquidarlo.

El shinga dejó caer su porra, acobardado. A Kylar no le sorprendió; sabía lo que el tipo estaba viendo... porque, en fin, había practicado delante del espejo.

—Esta familia —dijo Kylar con una voz suave y sedosa como un gato al acecho — está bajo mi protección.

Levantó la mano izquierda y la flexionó. Con un siseo, el ka’kari se estiró hasta formar una larga y humeante daga de puño. En los ojos de Kylar brotaron unas llamas

bajas de fuego azul. Era algo totalmente gratuito y echaba a perder su visión nocturna, por no hablar del malestar que provocaba, pero el efecto valía la pena.

El shinga se estremeció, petrificado, boquiabierto, y Kylar vio que en sus pantalones se extendía una mancha y a sus pies empezaba a formarse un charquito.

—Corred —dijo Kylar, mostrando un atisbo de fuego azul en la boca. «No voy a notar el sabor de nada durante una semana.»

Los matones soltaron sus armas y arrancaron a correr, pero Kylar no sintió satisfacción alguna. Justo cuando pensaba que no podía buscarse más problemas, volvía a meterse en camisa de once varas. ¿Qué le había dicho Durzo Blint hacía más de una década? «Una amenaza es una promesa, chaval. En la calle, puedes mentir sobre cualquier cosa menos cuando amenazas. Una amenaza vacía es una rendición.»

Desolado, Kylar se asomó a la casa. La mujer y su marido seguían de rodillas junto a la cama, cogidos de la mano. No habían visto ni oído nada. Mientras miraba, sin embargo, la mujer le apretó la mano al marido.

—Todo irá bien —dijo por fin en voz alta—. Lo noto. Ya me siento mejor.

«Me alegro de que al menos alguien pueda decirlo.»

—No hace tanto, los que ocupáis esta sala erais esposas, madres, un alfarero, un cervecero, una costurera, una capitana de barco, un soplador de vidrio, un importador, un cambista —dijo Jarl.

Era la sexta vez que pronunciaba el discurso y no le resultaba más fácil. Al pasear la mirada entre las chicas de alquiler y los matones del Dragón Cobarde congregados antes de su turno, vio expresiones de incomodidad. Ahora eran putas, y no porque lo hubieran querido. A la mayoría no le gustaba reconocer que antes había sido otra cosa. Era demasiado duro.

—No hace tanto —prosiguió—, yo era chapero.

Eso provocó que se enarcaran algunas cejas, aunque Jarl apostaría a que ya sabían que había sido chico de alquiler. Había escogido la denominación peyorativa a propósito, para demostrar que no tenía poder sobre él. Hasta entre las putas, los chicos de alquiler se consideraban de segunda. Las chicas quizá los adorasen, pero la clientela trataba a los chaperos como escoria. Una puta, por puta que fuera, seguía siendo una mujer, pero un chapero era menos que un hombre. Que el nuevo shinga antes trabajase de eso no era el tipo de cosa que la gente esperaba que reconociera, y mucho menos anunciase.

—No hace tanto, el Sa’kagé se dedicaba ante todo al contrabando de hierba jarana, tabaco y whisky —dijo.

Juntos, Jarl y Mama K habían montado muchos burdeles nuevos desde la invasión. La mayoría apenas cubrían gastos, pero ese no era su objetivo. Lo que pretendían era proteger a tantas mujeres y hombres como fuera posible. El Dragón

Cobarde, sin embargo, era uno de los lucrativos porque atendía a los gustos exóticos. Había una chica llamada Daydra que podría haber sido la gemela de Elene Cromwyll, sin las cicatrices. Su especialidad era ir de virgen. Tenía una compañera de habitación, Kaldrosa Wyn, que hacía de pirata sethí. Había ladeshianas envueltas en sedas, modainíes con los ojos perfilados con kohl y bailarinas ymmuríes decoradas con cascabeles.

—Ahora —prosiguió Jarl, e hizo una pausa—, vosotras sois putas, yo soy el shinga y el Sa'kagé sigue dedicándose al contrabando de las mismas puñeteras cosas. Como si nada hubiese cambiado. Pero os diré algo: yo he cambiado. Salí. Soy diferente. Aproveché mi segunda oportunidad e hice algo con ella, y vosotras también podéis.

Era la única parte del sermón que a Jarl le parecía que podía ser mentira. Le había preguntado a Mama K al respecto.

—¿Por qué no discute la gente sobre si la tierra es plana? —le había preguntado ella en respuesta.

Jarl se había encogido de hombros.

—Porque lo sabe todo el mundo.

—Exacto —dijo ella—. Las cosas que levantan pasiones son aquellas que no podemos saber a ciencia cierta.

—Ah, como los dioses —había dicho Jarl.

—No importa si estás seguro de que todo lo que dices es cierto. Lo que importa es que desees creer apasionadamente que es cierto, porque entonces serás elocuente. Y al final, lo que importa no es si las chicas se creen tus argumentos. Lo que importa es que crean en ti.

Era la clase de cosa que habría dicho la antigua Mama K. Jarl sintió una vaga decepción. Mama K parecía haber cambiado después del golpe, después de que Kylar la envenenara y le diese el antídoto. Quizá la presión de plantar cara a un mal implacable estaba destruyendo su esperanza. Sin embargo, su pragmatismo tenía visos de ser acertado, de modo que Jarl siguió predicando.

No había echado un polvo desde que se convirtió en shinga. No se había acostado con un hombre desde que salió de casa de Stephan la noche de la invasión, pero tampoco se había metido en la cama con una mujer. Había sobrevivido toda su vida haciendo lo que fuera necesario, siempre construyendo su red de amigos e influencias, siempre esperando un futuro en el que no tendría que prostituirse.

El futuro había llegado tan de repente que no sabía qué hacer con él. La libertad yacía inútil en sus manos. No sabía cómo sentirse. Le recordaba a los toros de hierro de Haran. Nunca había visto uno, por supuesto, pero se decía que capturaban a los terneros y los ataban a una estaca con gruesas cadenas. Para cuando llegaban a adultos y medían casi cinco metros de altura en la cruz podían partir las cadenas, pero

no lo hacían. Sus cuidadores los ataban con una cuerda delgada. Los toros de hierro estaban tan seguros de que no podían liberarse que nunca lo intentaban.

Jarl había estado encadenado al sexo y la satisfacción de sus clientes durante tanto tiempo que se sentía asexual. Antes nunca había podido escoger. La mayoría de sus clientes eran hombres, pero también había tenido unas cuantas mujeres, de todos los grados de atractivo. Ahora que podía elegir, no sabía hacerlo. Se veía incapaz de decir con un mínimo grado de certidumbre si preferiría a los hombres o a las mujeres de no habérsele impuesto la vida de un chico de alquiler.

Las muchachas de los burdeles lo trataban de forma diferente. Lo miraban de otra manera. Coqueteaban.

Resultaba terrorífico. El coqueteo conllevaba exigencias. Había que aprender las respuestas apropiadas e inapropiadas y él no conocía las reglas del sexo fuera de un burdel. Sus clientes habituales siempre habían descrito ese sexo como insatisfactorio, pero sus experiencias no podían ser exactamente representativas o todo el mundo sería habitual de un burdel, ¿verdad?

Estaba perdiendo la concentración. No podía pensar en eso en ese momento. La esperanza había que venderla como un paquete completo.

—De todas las mujeres en las Madrigueras —dijo Jarl—, vosotras sois las más afortunadas. Tuvisteis la suerte de entrar aquí a trabajar de putas. —Meneó la cabeza —. La suerte de meteros a putas. Hace seis meses, la mayoría habríais cruzado la calle antes que cruzaros con una puta. Ahora todas lo sois, y yo el shinga, y el Sa’kagé sigue haciendo las mismas malditas cosas.

»El rey Ursuul cree que estáis acabadas. Tiene planeado dejar que el invierno liquide a casi todos los que vivimos en las Madrigueras. Supone que, para cuando estallen los disturbios reclamando comida, estaremos todos tan débiles que no supondremos ningún problema para sus soldados. Da por hecho que el Sa’kagé es demasiado pasivo y avaricioso para detenerlo. Piensa dividirnos ofreciéndonos migajas de su mesa para que nos destruyamos entre nosotros. Lo gracioso —dijo Jarl — es que tiene razón. Nos hemos enterado de que, en primavera, piensa traer otro ejército y unos millares de colonos, todos varones. Planea aniquilar a todos los habitantes de las Madrigueras salvo a vosotras. Una vez más, seréis las afortunadas. Os casarán con cualquier khalidorano que os compre.

»Ahora bien, puede que los khalidoranos cambien y dejen de lado las palizas y las humillaciones en la cama una vez que seáis sus esposas. Ursuul confía en que seáis tan cobardes que os agarréis a esa esperanza enfermiza. Confía en que esa malsana esperanza os paralice hasta que sea demasiado tarde, hasta que vuestros hombres hayan muerto, vuestros amigos estén dispersos y la fuerza del Sa’kagé haya sucumbido. En un año, empezaréis a dar hijos a vuestros nuevos maridos khalidoranos y a disfrutar del placer de verlos convertirse en monstruos que tratarán a

sus mujeres como sus padres os tratan a vosotras. Será lo normal. Tendréis hijas que pensarán que es normal que les den patadas, les escupan y las obliguen a... en fin, ya sabéis todas las cosas que les obligarán a hacer. Vuestras hijas no se resistirán. Contemplarán vuestra cobardía y pensarán que tal es el sino de una mujer. Será normal. Eso es lo que el rey espera que pase, y hasta ahora ha acertado en todo.

Jarl ya las tenía en el bolsillo. Veía el horror en sus ojos. La mayoría de las chicas de alquiler pensaba solo en el presente. No eran tontas. Sabían que no podrían ganarse la vida con su cuerpo eternamente pero, como no veían ninguna alternativa pasable para el futuro, optaban por no pensar en el porvenir en absoluto. Era demasiado desolador.

Esas mujeres se centraban exclusivamente en la supervivencia. Sacar a pasear el espectro de criar a sus hijas para que acabasen igual las obligaba a pensar más allá de sí mismas, más allá del presente inmediato. Además, Jarl no había mentido. Aquellas mujeres serían las mejor paradas. Si podía convencer a las mujeres que más tenían que perder, habría ganado media batalla.

—Las cosas han cambiado en los últimos meses para cada uno de nosotros, para cada una de vosotras y para mí. Ahora os digo que va siendo hora de que cambien para todos nosotros juntos. Digo que va siendo hora de que el Sa'kagé cambie. Llevamos un tiempo en guerra y vamos perdiendo. ¿Sabéis por qué? Porque no hemos estado luchando. ¿Los khalidoranos quieren que muramos sin hacer ruido? Que les den por culo. Lucharemos de modos que nunca hayan visto. ¿Piensan matarnos de hambre? Que les den por culo. Si podemos entrar hierba jarana de contrabando, podemos entrar grano. ¿Quieren matar a vuestros hombres? Los esconderemos. ¿Quieren hacer redadas? Sabremos adónde se dirigen antes de que lleguen. ¿Quieren jugar? Haremos trampas. ¿Quieren beber? Mearemos en su cerveza.

—¿Qué podemos hacer nosotras? —preguntó una de las chicas. Era una intervención preparada.

Jarl sonrió.

—¿Ahora mismo? Quiero que soñéis. Quiero que penséis, y no en volver a lo que teníamos antes de que llegara Khalidor; quiero que soñéis con algo mejor. Quiero que soñéis con el día en que nacer en las Madrigueras no garantice morir en las Madrigueras. Quiero que soñéis con tener una segunda oportunidad y con lo que pasaría en esta ciudad y este país si todo el mundo tuviera una segunda oportunidad. Soñad con criar a vuestros hijos en una ciudad en la que no tengan que pasar miedo a todas horas. Una ciudad sin jueces corruptos ni extorsiones del Sa'kagé. Una ciudad con una docena de puentes sobre el Plith, y sin un solo guardia en ninguno de ellos. Una ciudad en que las cosas sean diferentes... gracias a nosotros.

»Sé que ahora mismo estáis asustadas. Vuestro turno empieza dentro de unos

minutos y os las tendréis que ver otra vez con esos cabrones. Lo sé. No pasa nada por tener miedo, pero lo que os digo es que seáis valientes por dentro. Se acerca el momento en el que seréis necesarias. Si los nobles quieren ganar esta guerra y recuperar este país, van a necesitarnos, y nuestra ayuda tendrá un precio. Nuestro precio será una ciudad que sea diferente, y vosotras y yo decidiremos en qué. Vosotras y yo tenemos ese poder. Así que, de momento, podemos seguir tirando como de costumbre, o podemos soñar y prepararnos. De todos los habitantes de las Madrigueras, vosotras, mis damas, sois las que más tenéis que perder.

Se acercó caminando hasta la chica pirata, Kaldrosa Wyn, y le tocó la mejilla por debajo de un ojo morado.

—Pero decidme, ¿para esto renunciasteis a vuestros maridos? ¿Una corona por un ojo morado, una más cuando os dejan tan hechas polvo que no podéis trabajar al día siguiente? ¿Es eso lo que os merecéis?

Corrían lágrimas por las mejillas de Kaldrosa.

—Yo digo que una mierda. Vinisteis aquí porque era lo mejor que podíais conseguir. Recibís una corona a cambio de un ojo morado porque es lo mejor que Mama K pudo negociar. Como vuestro shinga, estoy aquí para deciros que lo mejor no es suficiente. Nos hemos conformado con demasiado poco. Hemos intentado sobrevivir y, por lo menos yo, estoy harto de sobrevivir. La próxima vez que oiga un grito de dolor, quiero que salga de una garganta khalidorana.

—Sí, joder —susurró una de las chicas.

Jarl veía ya sus ojos encendidos de pasión. ¡Dioses, inspiraban respeto! Levantó una mano.

—De momento, limitaos a observar y esperar. Estad preparadas. Sed valientes. Porque, cuando llegue nuestra ocasión de tirar las tabas, haremos trampas y sacaremos tres seises.

—Cariño —dijo Elene, mientras sacudía a Kylar con suavidad—. Cariño, levanta.

—Mierda —dijo él.

—¿Qué?

—MIERDAAAAA.

Elene se rió.

—Pues sí, no tienes muy buen aspecto —dijo, mientras le daba un abrazo. Olisqueó e hizo una mueca—. Y realmente apestas...

—Mierda —protestó Kylar, dolido.

—Cariño, hoy tenemos que ir de compras, ¿recuerdas?

Kylar agarró una almohada y se cubrió la cabeza con ella. Elene se inclinó para quitársela, pero él no la soltaba. De modo que cantó la canción de los buenos días. Consistía en las palabras «buenos» y «días», repetidas treinta y siete veces. Era una

de las favoritas de Kylar.

—BUENOS dí-as, buenos DÍ-as, buenos días, BUENOS días...

—MIERDA mierda, mierda MIERda, mierda mierda —coreó Kylar con la boca contra la almohada.

Elene tiró del almohadón y Kylar la cogió y la tumbó sobre la cama a su lado. Era tan fuerte y rápido que no había manera de resistirse. Después retiró la almohada, rodó hasta colocarse encima de Elene y la besó.

—¡Hummm! —dijo ella. Oh, qué bueno era el tacto de sus labios.

—¿Qué? —preguntó él treinta segundos después.

—Ese aliento mañanero —respondió ella, con una mueca.

Era mentira, por supuesto. Con el tacto de sus labios, no le habría importado aunque tuviese mal aliento. Pero no lo tenía. El aliento nunca le olía. No era que nunca le oliese mal; podía mascar hojas de menta o queso mohoso, la boca nunca le olía a nada. Pasaba lo mismo con el resto de su cuerpo. Si se le echaba perfume, desaparecía sin más. Probablemente tendría algo que ver con el ka'kari, suponía él.

Así, Kylar le dedicó su sonrisa entre burlona y depredadora.

—Ya te enseñaré yo el aliento mañanero —dijo. Se abrió paso entre los brazos de Elene, que intentaba apartarlo, y le besó el cuello, por el que fue descendiendo, y después le bajó el escote de su camisón y ella dejó de resistirse con las manos y los labios de Kylar...

—¡Eh! ¡A comprar! —Elene se zafó de sus brazos. Kylar la soltó.

Volvió a tumbarse en la cama y Elene fingió que se alisaba el camisón mientras admiraba los músculos de su torso desnudo. La tía Mia y Uly habían salido y pasarían el día fuera. La casa estaba vacía. Kylar estaba encantador recién despertado, cuando tenía el pelo chafado, y era guapísimo y sus labios eran lo más maravilloso del mundo. Por no hablar de sus manos. Quería notar su piel contra la de ella. Quería ponerle las manos en el pecho. Y viceversa.

A veces, por la mañana se hacían arrumacos cuando Kylar apenas estaba consciente, y se había convertido en el momento favorito del día para Elene. Una o dos veces se le había subido el camisón durante la noche y se había descubierto pegada de espaldas a él, piel contra piel. Vale, quizá el camisón no se había subido solo del todo, aunque ella nunca se habría atrevido de no saber que Kylar se había pasado horas fuera la noche anterior y era imposible que despertara.

Con solo pensarlo notaba calor. «¿Por qué no?», preguntaba una parte de ella. Vale, estaban los motivos religiosos. ¿Podía uncirse juntos a un buey y a un lobo? Ni siquiera sabía si Kylar creía en el Dios. Siempre se ponía incómodo cuando Elene sacaba el tema. Su madre adoptiva le había dicho que tomase sus decisiones antes de que su corazón se viera envuelto, pero ese punto estaba ya más que superado. Uly la necesitaba. Kylar la necesitaba, y nunca la habían necesitado de esa manera antes.

Kylar la hacía sentirse hermosa y buena. La hacía sentirse como una dama. La hacía sentirse como una princesa. La amaba.

Era prácticamente su marido. Decían que estaban casados, vivían juntos, compartían cama y hacían las veces de padre y madre de Uly. Probablemente, el único motivo por el que todavía no había hecho el amor con él era que, cuando empezaba a tocarla la mayoría de las noches, estaba tan cansada que apenas podía moverse. Si Kylar intentara por la mañana lo que hacía por las noches, le habría entregado su virtud en unos cinco segundos. Casi notaba su aliento en el oído. Se imaginaba haciendo algunas de aquellas cosas de las que la tía Mia hablaba con tanta ligereza, cosas que le habían sacado los colores, pero que sonaban de lo más maravillosas. Se sentía tan lanzada que hasta sabía cuál probaría primero.

¿Acaso las escrituras no decían «que tu sí sea un sí y tu no sea un no»? Había dicho que era la esposa de Kylar. Él había dicho que era su marido. Lo llevaría hasta la anillería sobre la que le había hablado la tía Mia y podrían formalizar la situación a la manera waeddrynesa más tarde. Pero eso sería después.

Kylar se sentó en la cama y ella se le acercó por detrás, moviendo las manos hacia los lazos de su camisón. Lo abrió.

—Dioses —dijo Kylar mientras le daba un besito en la mejilla sin volverse lo suficiente para verle el resto del cuerpo—, tengo unas ganas de mear de caballo.

Se levantó y empezó a vestirse. Por un momento, Elene se quedó paralizada. Tenía el camisón abierto, su cuerpo a la vista.

—¿Qué tenemos que comprar? —preguntó Kylar mientras se pasaba la túnica por la cabeza.

Elene acababa apenas de atarse los lazos del camisón cuando la cabeza de él asomó por el cuello de la túnica.

—¿Y bien? —insistió Kylar.

—¿Qué? —Elene se sentía como si alguien acabara de verterle agua fría sobre la cabeza.

—Ah, sí, el cumpleaños de Uly, ¿no? ¿Le compraremos una muñeca o algo así?

—Sí, eso es —respondió ella. ¿En qué había estado pensando?

Capítulo 17

Tenser representó su cometido con bastante solvencia, pensó el vürdmeister Neph Dada. En un momento dado, hasta se las ingenió para toser sangre. Por el momento, su actuación se recordaría como fría y desafiante. Una vez lo exonerasen de toda culpa, se reinterpretaría como valerosa y desafiante.

El hombre al que Tenser supuestamente había asesinado, el cenariano barón Kirof, nunca había sido encontrado. Sin embargo, basándose en el juramento del capitán cenariano de la guardia que afirmaba haberle visto cometer el acto, Tenser fue declarado culpable con rapidez. El anuncio de su castigo de boca del rey dios en persona había provocado exclamaciones de sorpresa. La nobleza cenariana se esperaba una multa, quizá una temporada de encarcelamiento descontándole el tiempo que ya había pasado encerrado, tal vez la deportación a Khalidor. Que lo arrojasen al Agujero se consideraba un castigo peor que la pena de muerte. Por supuesto, esa había sido la intención.

Tenser poco podía infiltrarse en el Sa'kagé si estaba muerto o deportado. Al cumplir condena en el peor calabozo del país, se ganaría una credibilidad sin parangón ante el Sa'kagé. Cuando hicieran aparecer al barón Kirof, vivo, Tenser quedaría absuelto y recuperaría los privilegios propios de un duque khalidorano, pero lo más importante era que fingiría un odio imperecedero al rey dios a causa de su falso encarcelamiento. El duque Tenser de Vargun ofrecería al Sa'kagé lo que quisiera. Y luego lo destruiría desde dentro.

El rey dios, como siempre, tenía más de un plan. Al castigar con tanta severidad a un duque khalidorano, demostraba que era un gobernante justo. Los cenarianos que vacilaban tendrían una excusa más para someterse. Volverían a sus vidas y el nudo escurridizo no haría sino estrecharse en torno a los rebeldes a medida que sus amigos los abandonaran.

Al mismo tiempo, la noticia del encarcelamiento de Tenser eclipsaría todo lo demás, de modo que ese día iba a liberar a docenas de delincuentes de las Fauces y a encarcelar a centenares de sospechosos de rebeldía. Con la impactante nueva sobre el duque khalidorano, la gente apenas se fijaría.

Una vez anunciada la sentencia, Neph acompañó a Tenser y los guardias al Agujero.

Tenser lo miró con recelo. Muchos khalidoranos sentían poco aprecio por sus vecinos de Lodricar derrotados tiempo atrás, pero en el caso de Tenser la antipatía se antojaba tanto general como personal.

—¿Qué queréis?

—Tan solo compartir una noticia que podría ser útil —dijo Neph. No pudo ocultar su placer—. El barón Kirof ha desaparecido. Alguien lo ha secuestrado, al

parecer.

Tenser palideció a ojos vistas. Si el barón estaba perdido, nunca saldría del Agujero.

—Lo encontraremos —afirmó Neph—. Claro que si lo encontramos muerto... —Soltó una risilla. Si Kirof estaba muerto, Vargun resultaba inútil. Si era inútil, se convertía en un fracaso. Si era un fracaso, moría. Neph abrió con magia la puerta de hierro que separaba los túneles del castillo de los de las Fauces—. ¿Mi señor? Vuestra celda os espera.

Jarl se frotó las sienes. Llevaban todo el día entrevistando a prisioneros liberados de las Fauces. Los reclusos no se habían enterado del golpe hasta que fue un hecho, cuando aparecieron los brujos buscando algo. Se fueron con las manos vacías, de modo que no parecía importante.

Lo que sí era importante era que un antiguo proxeneta llamado Blanquete había estado despierto cuando dos guardias habían acompañado a un preso hacia el Agujero. Juraba que ni los dos guardias ni su prisionero, un hombre grande, rubio y desnudo, habían salido.

Por si fuera poco, Blanquete había reconocido a uno de los guardias, un tipejo inmundo al que Jarl había tenido en nómina y que había enviado al castillo con una misión muy concreta. Los brujos que habían acudido buscándolos habían llegado hasta las Fauces, pero no se había oído ruido de pelea ni indicación alguna de que hubiesen visto a nadie. Era imposible, y Blanquete no le encontraba ningún sentido.

Jarl lo hizo salir.

—¿Es posible? —preguntó a Mama K.

—Tú qué crees —dijo ella, formulando la pregunta como una afirmación.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Brant Agon.

—Demuestra que estaba vivo más tarde de lo que creíamos —dijo Jarl.

—Y sabemos que la cabeza que clavaron a la muralla no era la suya —dijo Mama K—. Da que pensar.

—Dioses —exclamó Jarl.

—¿Qué? —preguntó Brant—. ¿Qué?

—Logan de Gyre —explicó Jarl.

—¿Qué? Lo mataron en la torre norte —dijo Brant.

—¿Qué harías si acabaras de matar a un guardia en las profundidades de las Fauces y mientras te estuvieras poniendo su ropa vieses que seis brujos se dirigían hacia ti? Solo hay una salida, y los brujos la bloquean —dijo Jarl.

Brant estaba anonadado.

—No estarás diciendo que Logan saltó al Agujero —dijo Brant. Había bajado allí una vez.

—Estoy diciendo que Logan de Gyre podría seguir vivo.

—Esperad —dijo Mama K. Se levantó y empezó a rebuscar en una pila de papeles—. Si mal no recuerdo... Aja, aquí. Recuérdame que le dé una gratificación a esta chica. Tiene un cliente habitual que es muy fanfarrón. «Gorkhy les tira el pan al agujero y mira cómo intentan cazarlo sin caer por él. Dice que al menos tres de los prisioneros han sido...» —Mama K carraspeó, pero cuando prosiguió lo hizo con voz firme—. «Tres de los prisioneros han sido devorados por los demás en el tiempo que Gorkhy lleva matándolos de hambre.» Describe a «un gigante de unos dos metros de altura. Varias veces ha podido alcanzar el pan que Gorkhy intentaba tirar al agujero. Gorkhy tiene un odio especial por ese hombre al que llaman Rey». —Mama K alzó la vista—. Este informe tiene solo tres días.

En voz baja, Brant dijo:

—No han tirado a nadie así al Agujero en los últimos diez años.

Los tres se echaron atrás en sus asientos.

—Si este tal Gorkhy habla a sus superiores de un gigante llamado Rey... —dijo Mama K.

—Ese mismo día, Logan muere —completó Jarl.

—Tenemos que salvarlo —dijo Brant.

Jarl y Mama K cruzaron una mirada.

—Necesitamos pensar cómo encaja esto en nuestra estrategia —observó Mama K.

—No estaréis pensando en dejarlo allí —protestó Brant.

Mama K examinó sus uñas de color rojo sangre.

—Porque eso, ni pensarlo —prosiguió Brant—. Es el único hombre tras el que podemos unir al país. Jarl, si de verdad quieres hacer lo que vas diciendo por ahí, esta es tu oportunidad. Si rescatas a Logan, él te concederá tierras, títulos y un indulto. Así que no me digas que os estáis planteando siquiera dejar a nuestro rey en ese infierno.

—¿Has acabado? —preguntó Mama K. Brant no respondió nada, pero se le tensó la mandíbula—. Nos lo estamos planteando. Nos lo estamos planteando porque nos lo planteamos todo. Por eso ganamos. Hasta me estoy planteando cómo podríamos salvarlo si quisiéramos. ¿Has empezado tú a planteártelo, o todavía estás bramando sobre lo noble y bueno que serás?

—Maldita sea, sigo bramando —dijo él, aunque se le escapó una sonrisa. Mama K negó con la cabeza y tampoco pudo evitar sonreír.

—¿Qué tal van tus hombres, Brant? —preguntó Jarl.

—Haré de ellos unos buenos soldados, si me dais una década o dos más.

—¿Cuántos tienes? —inquirió Jarl.

—No, no —dijo Mama K.

—Cien —respondió Agon—. A lo mejor treinta servirían de algo en una pelea.

Diez podrían ser grandes. Un puñado de estupendos arqueros. Uno del que podría salir un ejecutor de tercera. Todos ellos indisciplinados. Todavía no se fían unos de otros. Luchan como individuos.

—Ni siquiera lo hemos hablado a fondo todavía —protestó Mama K.

—Considéralo hablado —dijo Jarl—. Vamos a hacerlo.

Mama K abrió la boca. Jarl le sostuvo la mirada hasta que bajó la vista.

—Como deseéis, shinga —dijo ella.

—¿Doy por sentado que nuestra fuente no podría conseguir que Gorkhy nos ayudara?

Mama K miró el papel, pero ni siquiera lo estaba leyendo.

—No para esto.

Mientras Brant y Mama K debatían sobre los distintos modos de entrar en las Fauces, Jarl reflexionaba. Había anunciado su existencia hacía dos semanas, y predicaba para un público entregado. Los habitantes de las Madrigueras —los conejos, como se les apodaba despectivamente por sus cifras, sus miedos y su laberinto de callejuelas— querían esperanza. Su mensaje era agua para unas lenguas cuarteadas. La rebelión se antojaba una gran idea a unas personas que no tenían nada que perder. Sin embargo, al hablar, también había hablado necesariamente para los espías del rey dios.

Ya había evitado un intento de asesinato. A buen seguro seguirían más. A menos que contratara algunos ejecutores para protegerlo, tarde o temprano lo liquidarían.

—Me voy a Caernarvon —dijo Jarl.

—¿Huyes? —preguntó Brant.

—Si viajo ligero de equipaje, puedo estar de vuelta en un mes.

—De acuerdo, pero ¿qué ganas con eso?

—¿Otro mes de vida? —dijo Jarl con una sonrisa.

—¿Crees que volverá? —preguntó Mama K.

Brant parecía confuso.

—¿Por Logan? Sin pensárselo —respondió Jarl.

—Si alguien puede sacar a Logan, es él —dijo Mama K.

—¿Quién? —preguntó Brant.

—Y en cuanto Hu Patíbulo y el resto de los ejecutores se enteren de que te protege, no me extrañaría que se echaran atrás —añadió Mama K.

—¿Quién? ¿De quién estáis hablando?

—Probablemente del mejor ejecutor de la ciudad, desde que murió Durzo Blint.

—Solo que ya no está en la ciudad —matizó Mama K.

—Vale, el mejor del ramo.

—Solo que ya no está en el ramo.

—Eso está a punto de cambiar —dijo Jarl.

—¿Te llevarás a alguien? —preguntó Mama K.

—Lo hacéis por fastidiarme, ¿verdad? —protestó Brant.

—No —dijo Jarl, sin hacer caso del general y respondiendo a Mama K—. Llamará menos la atención sacar a escondidas una sola persona. —Se volvió hacia el militar—. Brant, tengo una tarea para ti mientras estoy fuera.

—Estáis hablando de Kylar Stern, ¿no es así?

Jarl sonrió.

—Sí. ¿Eres un hombre honrado, general?

Brant suspiró.

—Siempre excepto en el campo de batalla.

Jarl le dio una palmada en el hombro.

—Entonces quiero que te pongas a pensar en cómo el ejército de Logan de Gyre destruirá al del rey dios.

—Logan no tiene un ejército —observó Brant.

—Eso es problema de Mama K —dijo Jarl.

—¿Perdón? —preguntó ella.

—Terah de Graesin lo tiene. Quiero que tú pienses cómo convertirlo en el de Logan.

—¿Qué? —preguntó Mama K.

—Y ahora, si me disculpáis —dijo Jarl—, tengo una cita en Caernarvon.

Capítulo 18

—¿Me he muerto sin darme cuenta? —preguntó Kylar.

Volvía a desplazarse por entre la niebla de la muerte, aquella familiar sensación en la piel de moverse sin moverse. Había una figura embozada más allá del límite de la niebla, tan etérea como la propia bruma, y Kylar estaba seguro de que era el Lobo, pero no había muerto. ¿O sí? ¿Lo había matado alguien mientras dormía? Se había acostado y...

—¿Qué es esto? ¿Un sueño? —insistió.

El hombre embozado se volvió, y la tensión de Kylar se desvaneció. No era el Lobo, sino Dorian Ursuul.

—¿Un sueño? —preguntó Dorian. Entrecerró los ojos para ver a Kylar entre la niebla—. Supongo que sí, aunque de una variedad peculiar. —Sonrió. Era un hombre apuesto, apasionado. Llevaba el pelo revuelto, sus ojos azules rezumaban inteligencia y tenía las facciones equilibradas—. ¿A qué se debe, mi amigo que camina por las sombras, que no temamos a los sueños? Perdemos la consciencia, perdemos el control, suceden cosas sin lógica aparente y que no acatan ninguna regla ostensible. Aparecen amigos y se metamorfosean en desconocidos. Los entornos cambian de improviso, y rara vez lo cuestionamos. No tememos a los sueños, pero tememos la locura, y la muerte nos aterroriza.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Kylar.

Dorian sonrió y miró a Kylar de arriba abajo.

—Asombroso. Tienes exactamente el mismo aspecto, pero has cambiado por completo, ¿no es así?

Dioses, ¿solo habían pasado un par de meses desde que conoció a Dorian?

—Te has vuelto formidable, Kylar. Eres una fuerza a tener en cuenta, pero tu cabeza todavía no se ha puesto a la altura de tu poder, ¿me equivoco? Reformar tu identidad te está llevando su tiempo. Es comprensible. Pocas personas tienen que matar a una figura paterna y volverse inmortales en un mismo día.

—Ve al grano. —Dorian siempre sabía demasiado. Era perturbador.

—Esto es un sueño, como has dicho. Y sí, te he llamado yo. Es un truquillo de magia que acabo de descubrir. Espero recordarlo cuando despierte. Si despierto. No estoy seguro de estar dormido. Me encuentro en una de mis pequeñas ensoñaciones. Ya llevo mucho tiempo en ella. Mi cuerpo está en Aullavientos. Khali se acerca. La guarnición caerá. Sobreviviré, pero se avecinan días peores para mí. He estado observando mi futuro, Kylar, algo muy peligroso. He averiguado unas cuantas cosas que me han hecho desanimarme y dejar de mirar. De modo que, mientras me armaba de valor, me he dedicado a seguirte. Vi que necesitabas a alguien con quien pudieras ser sincero. El conde Drake o Durzo te habrían ido mejor, pero como es obvio que no

están disponibles, heme aquí. Hasta los ejecutores necesitan amigos.

—Ya no soy un ejecutor. He renunciado a eso.

—En mis visiones —dijo Dorian como si Kylar no hubiese hablado—, me veo llegando a un lugar donde mi felicidad se encuentra a solo una mentira de distancia. Miraré a los ojos de la mujer a la que amo y que también me ama y sabré que, mienta yo o diga la verdad, ella acabará destrozada. En esto somos hermanos, Kylar. El Dios da problemas más sencillos a los hombres inferiores. Estoy aquí porque me necesitas.

Kylar superó su despecho. Contempló la niebla. El lugar entero parecía una apropiada metáfora de su vida: atrapado en el crepúsculo sin nada definido, nada sólido, ningún camino sencillo.

—Estoy intentando cambiar —dijo—, pero no lo logro. Creía que podía romper sin más con mi pasado y seguir adelante. Entro en una habitación y la examino. Identifico las salidas, compruebo la altura de los techos, busco amenazas potenciales y tanteo si el suelo ofrece buena tracción. Si un hombre me mira desde un callejón, discurro cómo lo mataré... y me siento bien. Siento que tengo el control.

—¿Hasta que...? —preguntó Dorian.

Kylar vaciló.

—Hasta que me acuerdo. Tengo que obligarme a pensar que mis instintos están mal. Y entonces odio aquello en lo que me he convertido.

—¿Y en qué te has convertido? —preguntó Dorian.

—En un asesino.

—Eres un mentiroso y matas gente, pero no eres un asesino, Kylar.

—Vaya, gracias.

—¿Qué es el Ángel de la Noche, Kylar?

—No lo sé. Durzo no llegó a decírmelo.

—Y un huevo. ¿Por qué no confías en ti mismo? ¿Por qué no le pides a Elene que confíe en ti? ¿Por qué no le confías la verdad?

—Nunca lo entendería.

—¿Cómo lo sabes?

¿Y si Elene lo entendía? ¿Y si, en cuanto lo conociera hasta lo más profundo de su ser, lo rechazaba? ¿Qué le haría eso a él?

—Los dos sois tan jóvenes que no distinguís vuestros culos de vuestros codos —dijo Dorian—. Pero tú sí has empezado a conocerte mejor. Elene ha aceptado una cajita minúscula como su fe, y tú no cabes en absoluto dentro de lo que ella sabe sobre el Dios. Posee la arrogancia de la juventud, que le dice que lo que sabe sobre el Dios es todo lo que puede saberse sobre Él. Te ama, y por eso quiere que te quedes dentro de esa caja con ella. Y esa caja es demasiado pequeña para ti. No puedes entender un Dios que es todo misericordia, sin nada de justicia. Ese Dios tan mono y comprensivo no duraría ni dos minutos en las Madrigueras, ¿verdad? Pues bien, odio

decirte esto, pero Elene tiene dieciocho años. Todo lo que sabe sobre el Dios no es gran cosa.

»Kylar, yo no creo que el Dios te encuentre abominable. El horror estriba en tener un profundo poder por un lado y un firme sentido de la moral por el otro sin unos cimientos sobre los que sostenerse. Durante este último par de meses has intentado aceptar las conclusiones morales de Elene a la vez que rechazabas sus premisas. ¿Y dices que ella no es lógica? ¿Dónde te encuentras tú, Sombra en el Crepúsculo?

»Tienes decisiones pendientes, pero he aquí otra dolorosa verdad: no puedes ser cualquier cosa que te apetezca. La lista de cosas que nunca serás es larga... aunque en verdad vivas para siempre. ¿Quieres saber cuál ocupa el primer lugar? Un afable herborista. Eres tan manso como un lobo, Kylar, y eso es lo que Elene ama en ti y es lo que teme de ti. No puedes seguir diciéndole que no pasa nada, que este disfraz es tu auténtica personalidad. No lo es. ¿Por qué no confías en Elene lo suficiente para pedirle que ame al hombre que eres en realidad?

—¡Porque lo odio! —rugió Kylar—. ¡Porque le encanta matar! Porque ella no entiende el mal y él sí. Porque él nunca se siente tan vivo como cuando estoy bañado en sangre. Porque es un virtuoso con la espada y a mí me encanta lo que puede hacer. ¡Porque es el Ángel de la Noche y el ángel está en la noche y la noche está en mí! Porque es la Sombra que Camina. Porque cree que a algunas personas no se las puede salvar, sino solo detener. Porque cuando él mata a un hombre malo, yo siento no solo el placer de la destreza, sino también el placer del mundo entero en la sentencia: un hombre malo es una afrenta, una mancha que yo borro. Equilibro el desequilibrio. Eso le encanta... y Elene tendría que perder la inocencia que amo en ella para entender a ese hombre.

—Este hombre —dijo Dorian, clavándole el dedo en el pecho— y este otro —tocándole la frente— van derechos hacia la locura. Haz caso a un experto.

—Puedo cambiar —replicó Kylar, aunque no había esperanza en su voz.

—Un lobo puede convertirse en perro lobo, pero nunca será un perrito faldero.

—Estamos en guerra —dijo la rectora Istariel Wyant. Tenía la voz nasal y acento culto alitaerano. Le gustaban las declaraciones contundentes.

Ariel había encajonado su corpachón en una silla demasiado pequeña del despacho de la rectora, en las alturas de la Serafín de Alabastro. Todavía resollaba tras subir la escalera. «Una comida al día hasta que pueda subir sin echar el bofe. Una.»

A veces Ariel odiaba la carne, odiaba estar encadenada a algo tan débil y necesitado. Qué atenciones exigía, qué devoción esclava, qué mimos. Era una perpetua distracción de cosas más importantes, como lo que la rectora quería de ella.

Istariel Wyant era una mujer alta e imperiosa, de nariz patricia y cejas depiladas

hasta reducirlas a finas líneas. Tenía unas articulaciones nudosas que la hacían parecer más larguirucha que esbelta y, a pesar de su rostro maduro y avinagrado, tenía la melena rubia más bella de entre todas las mujeres que Ariel conocía. Istariel adoraba su pelo. Más de una hermana murmuraba que debía de haber redescubierto alguna trama mágica perdida para dotarlo de ese volumen y brillo. No era cierto, por supuesto: la madre de Istariel ya tenía ese pelo. Era uno de los motivos por los que su padre se había casado con ella tras la muerte de la madre de Ariel. Además, Istariel no tenía tanto Talento.

—Esta guerra no trata solo de lo que significa ser una maga, sino de lo que significa ser una mujer.

Al captar la expresión de ironía manifiesta en la cara de Ariel, Istariel cambió de táctica.

—¿Cómo estás, hermana?

Por supuesto, todas las magas de pleno derecho recibían el tratamiento de «hermana», pero Istariel dotó de afecto a la palabra. Dirigido a Ariel, el término «hermana» las retrotraía a los tiempos supuestamente felices de su juventud juntas, unos cincuenta años atrás. Istariel sin duda quería algo de ella.

—Bien —respondió Ariel.

Istariel volvió a intentarlo, con valentía.

—¿Y cómo avanzan tus estudios?

—Los últimos dos años de mi vida probablemente han sido un completo desperdicio —respondió Ariel.

—La misma Ariel de siempre. —Istariel intentó decirlo con tono ligero, como si le hiciera gracia, pero no acabó de aplicar el esfuerzo necesario para que sonara convincente. Probablemente pensaba que, dado que Ariel no empleaba desaires sociales de finos matices, no era consciente de ellos.

Cuando eran más jóvenes y Ariel daba más importancia a lo que su aristocrática hermanita pensaba de ella, le había parecido una amarga ironía, pues Istariel ni le prestaba atención. La genialidad con la que Istariel comprendía al instante a los hombres y las mujeres que la rodeaban jamás se había hecho extensiva a Ariel, con la que tanto tiempo pasaba. Cuando Istariel la miraba, veía su cara ancha de campesina y sus gruesos brazos de campesina, su carencia de dones sociales y de preocupación por las cosas importantes (el privilegio, el poder y la posición), y veía a una campesina. Istariel creía entender a Ariel, de modo que dejó de pensar en ella en absoluto. En ese momento hasta se permitió que sus ojos se deslizaran hacia abajo.

—Sí, he engordado —dijo Ariel.

Istariel se ruborizó. «Cómo debe de odiar que todavía pueda hacerla sentirse como una niña.»

—Bueno —reconoció Istariel—, supongo... que has ganado un poco de...

—¿Y tú cómo estás, rectora? —preguntó Ariel.

¿Cómo era posible que pudiera recitar las ochenta y cuatro variaciones de la trama de Symbeline con una sincronización, estructura y entonación perfectas, pero no pudiera entablar una conversación normal? Sin duda la charla intrascendente debería poder reducirse a unos pocos centenares de preguntas típicas, organizadas en esquemas conversacionales en función de las respuestas del interlocutor, lo estrecha que fuese la relación, los acontecimientos recientes y la posición social de los hablantes.

Habría que estudiar también el encadenamiento de las preguntas y la longitud de las respuestas, pero muchas tramas también exigían un gran dominio de los tiempos, y el ritmo de Ariel era perfecto. Tal vez habría que tener en cuenta el entorno físico: se hablaría diferente en el despacho de la rectora que en una taberna. Entre los temas de estudio podrían contarse el modo de afrontar las distracciones, los grados apropiados de contacto ocular y físico, la consideración de las variantes culturales y, por supuesto, las diferencias al hablar con hombres o mujeres, subdivididas a su vez según el sexo del sujeto. Ariel supuso que debería incluir también a los niños en el estudio, y habría que tener en cuenta cómo hablar con quienes se tuviera diversos grados de amistad o interés, romántico o de otro tipo. ¿O no? ¿Debería charlarse de forma distinta con una mujer con quien tal vez se quisiera trabar amistad que con una en la que no se tuviera ningún interés? ¿Existían modos socialmente aceptables de atajar las conversaciones aburridas?

Eso hizo sonreír a Ariel. Si de ella dependiera, atajar las conversaciones aburridas supondría un plus enorme.

Aun así, el proyecto en su conjunto tenía poco que ver con la magia. Quizá nada. Bien pensado, decidió que el estudio, por valioso que fuese, sería un desperdicio de sus dones.

—Pero en realidad no me estás prestando atención, ¿verdad? —dijo Istariel.

Ariel cayó en la cuenta de que su hermana llevaba un rato hablando. Todo cosas sin sentido, pero Ariel había olvidado fingir que prestaba atención.

—Lo siento —dijo.

Istariel quitó importancia a la distracción con un gesto, y Ariel vio que la rectora casi sentía alivio al constatar que su hermana volvía a comportarse como se esperaba: Ariel, la genio despistada y medio ida, un gran cerebro, un Talento aun mayor y nada más. Permitía a Istariel sentirse superior.

—Algo que he dicho te ha puesto a pensar, ¿no?

Ariel asintió.

—¿Sobre qué?

Ariel meneó la cabeza, pero Istariel la miró con una ceja alzada. Era su mirada de «soy la rectora». Ariel hizo una mueca.

—Estaba pensando en lo mal que se me da hablar por hablar y preguntándome por qué —confesó.

Istariel sonrió, y cualquiera habría dicho que volvían a ser adolescentes.

—¿Y diseñando una metodología para estudiar el tema?

Ariel frunció mucho el ceño.

—He concluido que no soy la persona adecuada para ese cometido.

Istariel rió a carcajadas. Resultaba irritante; Istariel roncaba al reír.

—¿Qué decías? —preguntó Ariel. Intentó poner cara de interés. Istariel, por pomposa y roncadora que fuera, seguía siendo la rectora.

—Ay, Ariel, ni te importa ni se te da muy bien fingir que sí.

—Es verdad, pero a ti sí que te importa, o sea que puedo ser una persona educada y escuchar.

Istariel sacudió la cabeza como si no diera crédito a lo que oía, pero se sentó bien y por suerte dejó de roncar.

—Da igual. La guerra de la que te hablaba... Varias de las hermanas más jóvenes quieren formar una nueva orden.

—¿Otra pandilla que quiere renegar del Acuerdo de Alitaera para volverse magas de guerra? —Qué desperdicio. Perdían el tiempo intentando cambiar las reglas en vez de saltárselas y volverlas irrelevantes.

—Esta vez no es tan sencillo. Estas señoritas pretenden hacerse llamar las Prendas.

—Oh, cielos.

Las novicias tenían prohibido casarse, pero muchas hermanas decidían hacerlo con el tiempo. De ellas, la mayoría volvían a cualquiera que fuese su lugar de procedencia o se instalaban con sus maridos. Algunas se quedaban en la Capilla, pero pocas llegaban muy alto. A menudo, se trataba de una simple cuestión de preferencia: muchas mujeres con hijos, maridos y hogares preferían estar con sus familias a tiempo completo.

A veces, sin embargo, algunas hermanas ambiciosas lo querían todo. Querían estar casadas con la Capilla y con un hombre. Nunca llegaban tan alto como creían merecer porque, pasado cierto nivel, las demás hermanas querían líderes sin otra familia que la Capilla. Las mujeres que sacrificaban los demás lazos en aras de la Serafín consideraban que tenían derecho a que las ascendieran por encima de quienes trabajaban a media jornada, por brillantes que fueran en ello. El desdén se extendía incluso hacia las hermanas casadas que no tenían hijos, porque las demás daban por sentado que algún día tirarían por la borda todo lo que valía la pena para cuidar de un hombre y sus mocosos, como si fueran campesinas del montón. Las hermanas las llamaban discretamente «prendas», amas de casa voluntarias y yeguas de cría para los hombres, y las acusaban de malgastar el tiempo y el dinero de la Capilla y, peor aun,

su propio Talento.

Por lo general, los comentarios quedaban sin réplica porque en la Capilla la inmensa mayoría de las hermanas estaban solteras. Eran instructoras o estudiantes. Se consideraba de mala educación llamar a la cara «prenda» a una hermana casada, pero sucedía.

Si las hermanas casadas formaban una orden, derecho que Ariel no veía cómo negarles, tendrían un poder tremendo. Sus cifras incluían a más de la mitad de las hermanas. Si devenían un bloque, las cosas cambiarían radicalmente.

—Es una treta, claro está —dijo la rectora—. La mayoría de las... hermanas casadas no son lo bastante militantes para hacer piña bajo un nombre como ese. Se trata de un mero toque de atención para hacernos saber que van en serio.

—¿Qué quieren? —preguntó Ariel.

Istariel parpadeó involuntariamente y se frotó el ojo.

—Muchas cosas, pero una de las exigencias básicas es que fundemos aquí una nueva escuela de magia. Una escuela que rompería con nuestras tradiciones.

—¿Hasta qué punto?

—Una escuela de hombres, Ariel.

Eso suponía algo más que romper con la tradición. Era una convulsión sísmica.

—Creemos que algunas ya se han casado con magos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Ariel de inmediato.

—¿A propósito de esto? —dijo Istariel—. Nada. Cielos, no. Perdona, hermana, pero eres la persona menos indicada para ayudarnos en este asunto. Hace falta más tacto. Para ti tengo otro encargo. La cabecilla de las hermanas casadas es Eris Buel. No puedo enfrentarme a ella directamente. Necesito que una persona ambiciosa, respetada y joven sea nuestra portaestandarte.

Lo cual, por supuesto, excluía a Ariel.

—Me describes más o menos a un tercio de nuestras hermanas, o las describirías si añadieras «sin escrúpulos».

La mirada de Istariel se encendió y luego se enfrió. Ariel sabía que se había pasado de la raya, pero su hermana no haría nada al respecto. La necesitaba. Además, Ariel no lo había dicho tanto porque fuera cierto como por ese cuarto de segundo en el que Istariel pondría cara de culpable o no.

La había puesto.

—Ari, ni siquiera tú me puedes hablar así.

—¿Qué quieres? —preguntó Ariel.

—Quiero que traigas a Jessie al'Gwaydin de vuelta a la Capilla.

Ariel recapacitó. Jessie al'Gwaydin sería una roca ideal contra la que estrellar a Eris Buel. Tenía todo lo que la Capilla amaba: elocuencia, belleza, inteligencia, noble cuna y la voluntad de pagar el precio por subir hasta lo más alto. No iba sobrada de

Talento, pero algún día podía ser una buena líder, si alguien lograba imbuirle algo de sentido común.

—Está estudiando al Cazador Oscuro en Vuelta del Torras —explicó Istariel—. Sé que es peligroso, pero la puse sobre aviso lo suficiente para estar segura de que no hará nada precipitado. —Soltó una risilla—. A decir verdad, la amenacé con mandarte por ella si no era buena. Estoy segura de que verte la complacerá enormemente.

—¿Y si está muerta? —preguntó Ariel.

La sonrisa de Istariel se esfumó.

—Encuéntrame a alguien a quien las Prendas no puedan ignorar. Alguien dispuesta a hacer lo que tiene que hacerse.

Esa ambigüedad otorgaba un margen de interpretación tremendo. Sin embargo, la interpretación podía usarse en las dos direcciones y la verdad era que Ariel prefería estar metida en el asunto. «Ay, hermana, juegas con un fuego terrible. ¿Qué te ha llevado a usarme para esto?»

—Hecho —dijo.

Istariel le indicó que podía irse, y Ariel caminó hasta la puerta.

—Ah —dijo Istariel, como si se le hubiera ocurrido en el último momento—, me traigas a quien me traigas, asegúrate de que esté casada.

Capítulo 19

Kylar estaba fuera de la tienda, cerrando, cuando notó que lo observaban. Inconscientemente curvó los dedos para tocar los cuchillos enganchados a sus antebrazos, pero no estaban allí. Cerró las grandes persianas sobre el mostrador donde exponían sus artículos y echó el candado, con una súbita sensación de vulnerabilidad.

No era estar desarmado lo que lo hacía sentirse vulnerable. Un ejecutor era un arma. Se sentía vulnerable por su juramento. Ni muertes ni violencia. ¿Qué le dejaba eso?

Quienquiera que fuese, acechaba en las sombras del callejón lateral que había junto a la tienda. Kylar no tenía duda de que estaban esperando a que caminase hasta la entrada, que se encontraba a apenas unos pasos del callejón. Con su Talento, podía pasar por la puerta y cerrarla con llave, y delatar sus poderes, o podía salir corriendo y dejar a Uly desprotegida.

En serio. Qué sencillas habían sido las cosas antes de que hubiera una mujer en su vida.

Caminó hacia la puerta. El hombre iba desaliñado y vestido con trapos, y tenía los ojos inyectados en sangre y la dentadura mellada de un adicto a la hierba jarana. Los cuchillos que sostenía el ladeshiano parecían en buen estado, sin embargo. Salió de un salto del callejón. Kylar esperaba que el hombre le pidiese dinero, pero no lo hizo.

En lugar de eso, atacó al instante, gritando locuras. Sonaba como si dijera:

—¡No me mates! ¡No me mates!

Kylar se limitó a apartarse y el adicto cayó de bruces. Kylar se apoyó en la pared, desconcertado. El agresor se puso en pie y cargó. Kylar esperó. Esperó. Luego se movió de golpe. El adicto se estrelló contra la pared.

Después de alejar a patadas las dagas de su atacante, que yacía ensangrentado, Kylar le dio la vuelta con un pie.

—No me mates todavía —dijo el adicto, haciendo salpicar la sangre que le manaba de la nariz—. Por favor, inmortal. No me mates todavía.

—Te he traído un regalo —dijo Gwinvere.

Agon alzó la vista del papel que estaba escribiendo. Era una lista de los puntos fuertes y flacos de su situación táctica en las Madrigueras. Por el momento, se trataba de una lista deprimente. Se levantó de la mesa y siguió a Gwinvere hasta la siguiente habitación de su casa, intentando no pensar en lo bien que olía. Hacía que le doliese el corazón.

La mesa de comedor de Gwinvere estaba cubierta por un mantel bajo el que se

adivinaban diez bultos.

—¿No vas a levantarlo? —preguntó ella.

Agon la miró y alzó una ceja; Gwinvere se rió. El general retiró el mantel y lanzó una exclamación.

Sobre la mesa había diez arcos cortos sin las cuerdas. Estaban decorados con grabados sencillos, casi toscos, de hombres y animales, sobre todo caballos.

—Gwinvere, no deberías haberlo hecho.

—Eso me dicen mis contables.

Agon recogió uno e intentó doblarlo.

—Cuidado —dijo ella—. El hombre que... se procuró estos arcos dijo que hay que calentarlos junto al fuego durante media hora antes de poder encordarlos. De otro modo, se rompen.

—Son auténticos arcos ymmuríes —observó Agon—. Ni siquiera había visto uno antes.

Esos arcos eran una de las maravillas del mundo. Nadie salvo los ymmuríes conocía el secreto de su fabricación, aunque se notaba a simple vista que de algún modo habían usado no solo madera sino también asta y una cola procedente de cascos de caballo derretidos. Podían atravesar una coraza pesada a doscientos pasos de distancia, una hazaña que solo los arcos largos alitaeranos podían emular. La ventaja era que esos arcos eran lo bastante cortos para usarse a caballo. Agon había oído historias de los señores de los caballos que, con sus armaduras ligeras, trazaban círculos al galope en torno a compañías protegidas por corazas pesadas, fuera del alcance de los arqueros tradicionales, y destrozaban a la compañía entera con sus disparos. Cada vez que los lanceros cargaban, la caballería ligera de Ymmur huía a grupas de sus pequeños ponis, sin dejar de tirar flechas. Nadie había descubierto aún alguna forma de contrarrestar ese ataque. Gracias a los dioses, nadie había unido jamás a los ymmuríes, o arrasarían todo Midcyru.

Los arcos resultarían perfectos para los cazadores de brujos de Agon. Acarició uno con la mano.

—Sabes cómo se llega al corazón de un hombre, Gwinvere —dijo, encantado como un niño con zapatos nuevos.

Ella sonrió y, por un momento dorado, él también. Gwinvere era preciosa, tan lista, capaz y formidable, y al mismo tiempo, ahora que la miraba a los ojos, de algún modo también frágil, sacudida por la muerte de Durzo, el hombre al que había amado durante quince años. Gwinvere era profunda y misteriosa y, aunque se había creído demasiado viejo para que lo afectaran esas cosas, su belleza lo conmovió. Su olor... dioses, ¿era el mismo perfume que había llevado hacía tantos años? Le llegó a lo más hondo. Pero allí, en lo más hondo, veía a su esposa. Quizá nunca sabría si estaba viva o muerta. Nunca podría llorarla, nunca podría seguir adelante y renunciar a la

esperanza sin renunciar a ella y traicionarla de alguna manera.

Su sonrisa perdió algo de brillo, y Gwinvere lo notó. Le tocó en el brazo.

—Me alegro de que te gusten. —Fue hasta la puerta y se volvió—. Eso sí, informa a tus hombres de que cada uno de estos arcos cuesta más de lo que ellos ganarán en toda su vida. —Entonces sonrió. Fue una sonrisa para volver a instalarlos en un clima de levedad. Una sonrisa que decía que Gwinvere lo veía, lo sabía y, aunque no correspondía a su interés, no lo usaría contra él.

Agon soltó una carcajada seca, aceptando el enfoque de Gwinvere.

—Haré que lo paguen con su pellejo.

La cara del atracador era más asombrosa que sus palabras. Se trataba del mismo hombre al que Kylar juraría haber entrevisto desde la ventana del conde Drake el día que Vi intentó matarlo.

Kylar lo drogó con vino de adormidera y lo llevó a un albergue para el tratamiento de adictos. Adictos de familia acaudalada, por supuesto. El tratamiento en sí era sencillo: más que nada, tiempo. Los cuidadores administraban infusiones y otras hierbas de dudosa utilidad, amarraban al adicto, limpiaban la diarrea y el vómito y esperaban. Las paredes eran gruesas, las celdas independientes y privadas. Kylar no tuvo ningún problema con los guardias, quienes echaron un vistazo, vieron un adicto y los dejaron pasar.

—Por favor, amárrame —dijo el ladeshiano cuando entraron en una celda minúscula.

Había un escritorio, una silla, una palangana con su jarra y una cama, pero las paredes eran de ladrillo visto. Era deliberadamente ascética. Cuantos menos objetos hubiera en la habitación, menos posibilidades habría de que un intento de suicidio resultara exitoso.

—No creo que vayas a descontrolarte durante unas horas como mínimo —dijo Kylar.

—No estés tan seguro.

De modo que Kylar lo ató a la cama con las gruesas correas de cuero y el hombre pareció aliviado. Sonrió con su boca mellada de adicto. A Kylar se le revolvió el estómago. ¿No había tenido aquel hombre una sonrisa radiante en su momento?

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Y qué es lo que crees saber de mí?

—Sé que tienes un ka’kari, Kylar Stern. Conocí a Durzo Blint, sé que fuiste su aprendiz y sé que esta es tu segunda encarnación. Antes te llamabas Azoth.

A Kylar le dio un vuelco el corazón.

—¿Quién eres?

El hombre volvió a sonreír, una sonrisa enorme, como si se hubiera acostumbrado tanto a sonreír para enseñar su dentadura blanca y perfecta que todavía no se hubiese

adaptado a su mueca de adicto. Lo extraño era que, ya atado, parecía arrogante.

—Soy Aristarco ban Ebron, shalakroi de Benyurien en la provincia de la Seda de Ladesh.

—¿En Ladesh llaman shalakroi a los adictos a la hierba jarana?

La altivez cayó de la cara del hombre como un cargamento de ladrillos.

—No. Lo siento. Y siento el intento de matarte. No podía controlarme.

—Ya he visto.

—No creo que lo entiendas —dijo Aristarco.

—He visto adictos antes.

—No soy solo un adicto, Kylar. —Esbozó una sonrisa sardónica y torcida que reveló más dientes podridos—. Es lo que diría cualquier adicto, ¿no? Intenté salir de Cenaria cuando la ciudad cayó, pero mi piel ladeshiana me delató. Los khalidoranos me detuvieron y me interrogaron acerca del negocio de la seda. Odian el monopolio sedero tanto como el resto de vosotros los midcyreños. Ese interrogatorio no habría supuesto un problema, pero un vürdmeister llamado Neph Dada me vio. Tiene el poder de Escrutar. No sé qué vio, pero empezaron a torturarme. —Su mirada se volvió distante—. Eso fue malo. Lo peor era que después de cada vez me hacían comer a la fuerza unas semillas. Eliminaban el dolor. Lo mejoraban todo. Ni siquiera reconocí lo que eran. Los khalidoranos no me dejaban dormir. Solo me torturaban, me daban semillas, me torturaban. Ni siquiera me hicieron preguntas hasta que llegó él.

—¿Él? —A Kylar se le revolvió el estómago.

—Yo... temo pronunciar su nombre —reconoció Aristarco, avergonzado por su miedo y aun así silenciado por el temor. Empezó a tamborilear con los dedos.

—¿El rey dios?

Asintió.

—El ciclo siguió hasta que ya no tenían que obligarme a comer las semillas. Yo las suplicaba. La segunda vez que estuvo él, usó magia conmigo... Está fascinado con la compulsión. Mágica, química y combinaciones de las dos, dijo. Yo era otro experimento más. Al cabo de un tiempo, les... les di tu nombre, Kylar. Me impuso la compulsión de matarte. Tenía una caja con mis semillas dentro que solo se abriría una vez hubiese obedecido. —Lo recorrió un temblor—. ¿Entiendes? Probé con la hierba jarana para ir tirando, probé con el vino de adormidera. Nada funciona. Pensé que, si llegaba aquí lo bastante rápido, podría ponerte sobre aviso. Conseguí ocultarles unas cuantas cosas. No saben que vuelves de la muerte. No saben nada de la Sociedad o de tus encarnaciones.

Todo transcurría demasiado deprisa para Kylar. Las implicaciones explotaban en cien direcciones distintas.

—¿Qué sociedad? —preguntó.

Aristarco parecía no dar crédito a sus oídos, y hasta dejó de tamborilear.

—¿Durzo no te lo contó?

—Ni una palabra.

—La Sociedad del Segundo Amanecer.

—No lo había oído en mi vida.

—«La Sociedad del Segundo Amanecer está consagrada al estudio de los presuntos inmortales, la delineación de sus capacidades y el confinamiento de dichos poderes a quienes no vayan a abusar de ellos.» Somos una sociedad secreta, repartida por todo el mundo. Así es como he podido encontrarte. Fuimos fundados hace siglos. En aquel entonces creíamos que había docenas de inmortales. Con el paso de los años, llegamos a la conclusión de que había como mucho siete, y quizá solo uno. El hombre al que tú conocías como Durzo Blint fue también Ferric Cordefuego, Vin Craysin, Tal Drakkan, Yric el Negro, Hrothan Doblaceros, Zak Eurthkin, Rebus Diestro, Qos Delanoesh, X!rutic Ur, Mir Graggor, Pips McClawski, Garric Matasombras, Dav Escabullido y probablemente una docena más que no conocemos.

—Eso son la mitad de las historias de Midcyru.

Aristarco empezaba a estremecerse y sudar, pero siguió hablando con voz templada.

—Se hizo pasar con éxito por nativo de al menos una docena de culturas diferentes, probablemente el doble. Hablaba más idiomas de los que yo he oído mencionar siquiera, por lo menos treinta, sin contar dialectos, y todos con tanta fluidez que los nativos no podían detectarle ningún acento. Había ocasiones en las que desaparecía durante veinte o hasta cincuenta años... no sabemos si vivió en soledad o se casaba e instalaba en regiones remotas. Sin embargo, apareció en todos los grandes conflictos durante seis siglos, y no siempre en el bando que uno se esperaría. Hace doscientos años, luchó como Hrothan Doblaceros a favor de las campañas expansionistas alitaeranas durante los primeros treinta años de la guerra de los Cien Años, y luego «murió» y luchó con los ceuríes contra ellos como el espadachín-santo Oturo Kenji.

Quien se estremeció entonces fue Kylar. Recordó cuando su hermandad había intentado atracar a Durzo. Cuando vieron quién era, se encogieron ante la figura de un ejecutor legendario. ¡Un ejecutor legendario! Qué poco sabían. Qué poco había sabido Kylar. Sintió una irrazonable punzada de despecho.

¿Cómo pudo no contárselo Durzo? Kylar había sido como un hijo para él. Había estado más próximo a él que nadie... y no le había contado nada. Kylar solo había visto una cáscara amargada y supersticiosa de hombre, y se había creído de algún modo superior a él.

Kylar no había conocido a Durzo Blint en absoluto. Y ahora el héroe salido de las leyendas, docenas de ellas, estaba muerto. Muerto a manos de Kylar. Kylar había

destruido algo sin ser consciente de su valor. No había conocido al hombre al que había llamado maestro y ya nunca lo haría. Notaba un agujero en el estómago. Se sentía atontado, distante, furioso y al borde de las lágrimas, todo a la vez. Durzo estaba muerto, y Kylar lo echaba de menos más de lo que podría haber imaginado.

En la cara de Aristarco afloraban ya perlas de sudor. Había agarrado las sábanas con los puños.

—Si tienes alguna pregunta que hacerme sobre esas encarnaciones o las tuyas o cualquier otra cosa, te ruego que preguntes enseguida. No me... encuentro muy bien.

—¿Por qué sigues hablando de encarnaciones como si yo fuese una especie de dios? —No era una gran pregunta, pero los auténticos interrogantes eran tan grandes que Kylar ni siquiera sabía cómo plantearlos.

—Se te adora en unas pocas regiones remotas donde tu maestro no fue muy cuidadoso a la hora de revelar la magnitud de sus poderes.

—¡¿Qué?!

—La Sociedad habla de encarnaciones porque «vidas» es demasiado confuso, y no estamos seguros de si tenéis tantas vidas como queréis, si se trata de un número finito o si es solo una que no termina nunca. Ninguno de nosotros os ha visto morir con sus propios ojos. «Encarnaciones» también tiene sus críticos, pero eso es sobre todo entre los separatistas modainíes que creen en la reencarnación. Hazme caso, vuestra existencia los hunde en un bucle teológico. —A Aristarco se le agitaban las piernas, casi entre convulsiones—. Lo siento —dijo—, hay tantas cosas que me gustaría poder contarte. Tanto que me gustaría poder preguntar.

De repente, entre todas las grandes preguntas sobre Durzo, sobre los poderes de Kylar, sobre el rey dios y lo que sabía o creía saber, Kylar vio solo a un hombre sudando sobre una tabla, un hombre que había perdido los dientes y la belleza por él, un hombre al que habían torturado y convertido en adicto, al que habían compelido a intentar matarlo y había luchado contra ese impulso con todas sus fuerzas. Había hecho todo eso por un hombre a quien ni siquiera conocía.

De modo que Kylar no le preguntó por la Sociedad, la magia o lo que Aristarco podía hacer por él. Eso ya llegaría más tarde, si los dos sobrevivían hasta entonces.

—Aristarco —dijo—, ¿qué es un shalakroi?

Eso pilló al hombre desprevenido.

—Está... está un poco por debajo de un duque midcyreño, pero no es un cargo hereditario. Saqué mejor puntuación que otros diez mil estudiantes en los exámenes del Servicio Civil. Solo cien sacaron mejor nota en todo Ladesh. Goberné un área del tamaño aproximado de Cenaria.

—¿La ciudad?

Aristarco sonrió entre el sudor y contrajo los músculos.

—El país.

—Es un honor conoceros, Aristarco ban Ebron, shalakroi de Benyurien.

—El honor es mío, Kylar ban Durzo. ¿Me haréis el favor de matarme?

Kylar se volvió de espaldas a él.

El orgullo y la esperanza salieron volando de Aristarco junto con su aliento. Se hundió en la cama, de repente pareció pequeño.

—No me hacéis ningún bien, mi señor. —Tuvo otra convulsión, y se debatió contra las ataduras de cuero. Las venas se hinchaban en su frente y sus brazos demacrados—. ¡Por favor! —exclamó cuando pasó la convulsión—. Por favor, si no queréis matarme, ¿me dais mi caja? ¿Solo una semilla? ¿Por favor?

Kylar se fue. Se llevó la caja y la quemó. Aparte de una trampa con una aguja envenenada, estaba vacía.

Capítulo 20

—Santidad, nuestro asesino ha muerto —dijo Neph Dada al salir al balcón del rey dios—. Pido disculpas por informar de este fracaso, aunque desearía señalar que yo recomendé...

—No ha fracasado —corrigió Garoth Ursuul, sin volverse ni dejar de contemplar la vista de la ciudad.

Neph abrió la boca, recordó con quién estaba hablando y la cerró. Se encorvó un poco más.

—Le encomendé una tarea que pudiera frustrar para que cumpliese la que en verdad yo deseaba —dijo el rey dios. Todavía mirando la ciudad, se frotó las sienes —. Encontró a Kylar Stern. Nuestro ka'karifer está en Caernarvon.

Se sacó una nota del bolsillo.

—Transmite este mensaje a nuestro agente allí para que se lo dé a Vi Sovari. Debería llegar cualquier día de estos.

Neph parpadeó convulsivamente. Había creído saber todo lo que hacía el rey dios. Había creído que su propio dominio del vir se hallaba a un paso pequeño del del rey dios, y en ese momento, como quien no quiere la cosa, el hombre le salía con eso. Hacía que las ambiciones de Neph retrocedieran meses. ¡Meses! Cómo lo odiaba. ¿Garoth podía rastrear mágicamente localizaciones exactas? Neph jamás había oído hablar de nada parecido. ¿Qué significaba eso? ¿Sabía Garoth de la existencia del campamento en el Túmulo Negro? Los meisters de Neph llevaban un tiempo secuestrando aldeanos para sus experimentos, pero eso quedaba muy lejos y Neph había sido muy cuidadoso. No, no podía ser eso.

Sin embargo, el rey dios le estaba dando un toque de aviso. Le estaba diciendo a Neph que no lo perdía de vista, que no perdía nada de vista, que siempre sabría más de lo que revelaba incluso a Neph, que sus poderes siempre estarían más allá de lo que Neph se esperaba. Para tratarse de una advertencia del rey dios, era suave.

—¿Hay algo más? —preguntó Garoth Ursuul.

—No, santidad —dijo Neph. Consiguió mantener su voz perfectamente tranquila.

—Entonces vete.

A pesar de todos los motivos que tenía Kylar para estar de mal humor, cuando Elene estaba de buenas resultaba difícil no ser feliz. Tras un desayuno rápido y una taza de ootai para quitarse de encima el cansancio, se descubrió deambulando con ella por las calles, cogidos de la mano. Elene llevaba un vestido color crema con un corpiño marrón de tafetán a juego con sus ojos. Estaba fabulosa en su sencillez. Por supuesto, Kylar nunca la había visto llevar algo que le quedase menos que fantástico

pero, cuando estaba feliz, su belleza se duplicaba.

—Esta es mona, ¿no? —preguntó Kylar mientras levantaba una muñeca de la mesa de un mercader. ¿Por qué estaba contenta Elene? No recordaba haber hecho nada bueno.

Desde que había empezado a salir por las noches, esperaba que en cualquier momento mantuvieran La Conversación. En lugar de eso, una noche Elene lo había agarrado de la mano (él había estado a punto de saltar del susto, menudo ejecutor imperturbable), y le había dicho:

—Kylar, te quiero y confío en ti.

Desde entonces Elene no le había sacado el tema. Él, desde luego, tampoco. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿«Bueno, la verdad, he matado a unas personas, pero cada vez ha sido un accidente y además todos eran malos»?

—La verdad es que no creo que podamos permitirnos gran cosa —dijo Elene—. Solo quiero pasar el día contigo. —Sonrió. A lo mejor era un cambio de humor. Los cambios de humor debían tener un lado bueno, ¿no?

—Ah —dijo él.

Solo se sentía un poco incómodo yendo de la mano con ella. Al principio le había dado la impresión de que todo el mundo los miraba. Luego, sin embargo, comprobó que solo unos pocos los miraban dos veces, y de esos la mayoría parecía hacerlo con aprobación.

—¡Ajá! —voceó un hombre bajito y orondo en su dirección—. Perfectos. Perfectos. Un auténtico encanto. Maravillosos, eso es lo que sois. Sí, sí, entrad de inmediato.

Kylar estaba tan pasmado que apenas pudo contenerse para no hacerle una cara nueva al hombrecillo. Elene se rió y le golpeó con el dedo los músculos tensos del brazo.

—Vamos, forzudo —dijo—. Estamos de compras. Es divertido.

—¿Divertido? —preguntó él mientras Elene lo remolcaba hacia el interior de la pequeña y bien iluminada tienda.

El hombrecillo gordo los puso rápidamente en manos de una guapa dependienta de unos diecisiete años, quien les dedicó una sonrisa radiante. Era menuda, de talle esbelto, ojos azules deslumbrantes y una boca grande que le confería una sonrisa enorme. Era Pelo Dorado. Kylar se quedó boquiabierto al ver cruzarse su mundo diurno con el nocturno.

—Hola —dijo Pelo Dorado, que echó un vistazo a sus alianzas—. Soy Capricia. ¿Habéis estado alguna vez en una anillería?

Al ver que Kylar no decía nada durante un largo rato, Elene le clavó el codo con suavidad en las costillas.

—No —respondió ella.

Kylar parpadeó. Elene meneaba la cabeza y lo miraba de reojo, pensando obviamente que estaba comiéndose a Capricia con los ojos, pero no parecía enfadada, solo entretenida. Kylar negó con la cabeza: «No, no es eso».

Ella enarcó una ceja. «Ya, claro.»

—Bueno, pues empecemos por el principio —dijo Capricia, mientras sacaba un ancho cajón forrado de terciopelo negro y lo dejaba sobre el mostrador. Estaba lleno de pequeños anillos emparejados de oro, plata y bronce, algunos decorados con rubíes, granates, amatistas, diamantes u ópalos, unos lisos y otros labrados—. Habréis visto gente que los lleva por toda la ciudad, ¿no es así?

Elene asintió. Kylar la miró sin comprender. Luego miró a Capricia. No llevaba anillo, al menos no que él viera. ¿Serían para los dedos de los pies? Se puso de puntillas para mirar por encima del mostrador y ver los pies de la dependienta.

Capricia lo pilló mirando y se rió. Tenía una risa contagiosa, aunque se estuviera riendo de él.

—No, no —dijo—. ¡Yo no llevo! No estoy casada. ¿Por qué me miráis los pies?

Elene se dio una palmada en la frente.

—¡Hombres!

—Ah —dijo Kylar—. ¡Son aretes para las orejas!

Capricia volvió a reírse.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. De donde venimos las mujeres llevan pendientes a juego. Estos son todos de distinto tamaño.

Las chicas rieron con más fuerza y entonces lo entendió. Los pendientes no eran para las mujeres: eran para las parejas. Uno para el hombre y otro para la mujer.

—Ah —dijo.

Eso explicaría la gran cantidad de hombres con pendientes que había visto. Arrugó la frente. Podía distinguir si alguien ocultaba armas en la ropa y conocer su probable grado de destreza con ellas; ¿qué más le daba lo que llevasen en las orejas?

—Caramba. Mira estos —dijo Elene, señalando un par de anillos centelleantes, entre plateados y dorados, que parecían sospechosamente caros—. ¿No son una preciosidad? —Se volvió hacia Capricia—. ¿Nos explicas cómo funcionan? No estamos muy, ejem, familiarizados con la tradición.

Las dos contuvieron a las claras el impulso de mirar a Kylar.

—Aquí en Waeddryn, cuando un hombre desea casarse con una mujer, compra un juego de anillos y se los ofrece. Por supuesto, hay una ceremonia pública, pero la boda en sí se celebra en privado. Vosotros dos ya estáis casados, ¿cierto?

—Cierto —dijo Kylar—. Lo único es que somos nuevos en la ciudad.

—Bueno, si deseáis casaros a la manera waeddrynesa, pero a lo mejor no tenéis dinero o ganas para una gran ceremonia, es muy sencillo. No tenéis que preocuparos por el rito en absoluto. El matrimonio se reconoce siempre y cuando estéis

perforados.

—¿Perforados? —preguntó Kylar, con los ojos muy abiertos.

Capricia se ruborizó.

—Quiero decir, siempre y cuando hayáis fijado el sello de vuestro amor, u os hayáis puesto los pendientes. Pero, en fin, la mayoría lo llama perforarse y punto.

—Supongo que esto no forma parte del discurso habitual de los vendedores —dijo Kylar.

—Para —lo reprendió Elene, propinándole un codazo mientras Capricia se ruborizaba de nuevo—. ¿Podemos ver los cuchillos nupciales? —preguntó con dulzura.

Capricia sacó otro cajón forrado de terciopelo negro. Estaba lleno de dagas ornamentales con la punta minúscula.

Kylar retrocedió.

Capricia y Elene prorrumpieron en risas.

—Da más miedo todavía —dijo Capricia—. Por lo general, justo antes de... ah, justo antes de consumar el matrimonio... —Intentaba sonar profesional, pero tenía las orejas de un rosa encendido—. Lo siento, la verdad es que nunca había tenido que explicarlo. Yo... El maestro Bourary normalmente... Da igual. Cuando un hombre y una mujer se casan, la mujer tiene que renunciar a mucha libertad.

—¿La mujer? —preguntó Kylar. La mirada que le echó Elene en esa ocasión fue menos comprensiva. Kylar se tragó la risa.

—Así pues, la perforación... la fijación del sello o anillado...

—Llámalo perforación, no pasa nada —dijo Kylar.

—Ha sido un despiste, en realidad se supone que debo llamarlo... —Vio la expresión de Kylar—. Vale. Cuando la novia y el novio se retiran a su alcoba, el hombre entrega los anillos y el cuchillo nupcial a la novia. Debe someterse a ella. A menudo, la novia... —Capricia parpadeó y sus orejas volvieron a enrojecer—. A menudo, la novia seduce al novio durante un rato. Después se hace un agujero en la oreja izquierda en el punto que desee y se pone el pendiente. A continuación se sienta a horcajadas de su marido en el lecho nupcial y le perfora la oreja izquierda.

Kylar se quedó boquiabierto.

—No está tan mal. Solo depende de dónde decida la esposa... —Capricia alzó la vista cuando el maestro Bourary entró en la tienda—... fijar el sello. En el lóbulo de la oreja no duele tanto, pero algunas mujeres prefieren practicar el agujero, bueno, como la esposa del maestro Bourary...

Kylar observó al hombrecillo orondo y sonriente. Llevaba un brillante pendiente dorado tachonado de rubíes. Lo tenía atravesado en la parte superior de la oreja.

—Dolió una barbaridad —dijo el maestro Bourary—. Lo llaman desvirgar.

A Kylar se le escapó un gemido de dolor.

—¿Qué?

Elene se estaba ruborizando, pero los ojos se le movían en todas direcciones. Por un segundo Kylar habría jurado que se estaba imaginando cómo lo perforaba.

—Bueno, no deja de ser justo, ¿verdad? —dijo el maestro Bourary—. Si una mujer tiene que cargar con el dolor y la sangre en su noche de bodas, ¿por qué no un hombre? Mirad lo que os digo, lo vuelve a uno más amable. ¡Sobre todo cuando ella te retuerce la oreja para recordártelo! —Soltó una carcajada—. Es lo que pasa después de veinte generaciones de reinas. —Rió compungido, aunque no parecía muy molesto por la situación.

Aquella gente, comprendió Kylar, estaba loca de atar.

—Pero esa no es la parte mágica —dijo Capricia, consciente de que Kylar estaba perdiendo interés a marchas forzadas—. Cuando la esposa pone el anillo en la oreja de su marido, tiene que concentrar en él todo su amor, su devoción y su deseo de casarse, y solo entonces se sellará. Si la mujer no quiere casarse de verdad, ni siquiera se cierra.

—Pero una vez sellado —añadió el maestro Bourary—, ni el cielo ni el infierno pueden reabrir el anillo. Mirad —dijo. Estiró el brazo y sacó la alianza de la mano izquierda de Kylar—. Casi no hay diferencia de moreno debajo del anillo, ¿eh? ¿No lleváis mucho enlazados?

—Podríais fabricar unas buenas cotas de anillas con ese truco —dijo Kylar, intentando evitar los ardides del vendedor.

—Va, cariño, para, que me desmayo —dijo Elene, tirándose del corpiño del vestido como si se estuviera acalorando—. Eres tan romántico.

—Bueno, ahora que lo decís —terció el maestro Bourary—, los primeros practicantes de nuestro arte fueron armeros. Pero mirad —prosiguió, devolviendo su atención a Elene, a quien obviamente consideraba un blanco más propicio—. Con esta alianza, él puede quitársela o puede escurrírsele sola, ¿quién sabe? Entra en una taberna, topa con una cualquiera y ¿cómo va a saber ella que caza en el coto de otra mujer? Ya sé que vos nunca haríais eso, por supuesto, señor. Pero, con nuestros anillos, de un hombre casado siempre se sabe que está casado. En realidad es una protección hasta para las mujeres que podrían coquetear con un hombre sin darse cuenta de que no está soltero.

»Y si un hombre o una mujer quiere divorciarse... bueno, hay que arrancarse el trasto a las bravas de la oreja. Eso reduce el número de divorcios, podéis creerme. Sin embargo, fijar el sello no se hace por miedo, ni tampoco para impedir que un hombre o una mujer ponga los cuernos a su cónyuge. Es algo más profundo. Cuando un hombre y una mujer quedan sellados, activan una antigua magia contenida en estos anillos, una magia que crece al mismo ritmo que su amor. Es una magia que ayuda a sentir lo que el cónyuge está sintiendo, una magia que ahonda en el amor y la

comprensión mutuos, que ayuda a comunicarse con más claridad, que...

—A ver si lo adivino —interrumpió Kylar—. Los anillos más caros tienen más magia.

Esa vez el codo de Elene fue cualquier cosa menos cariñoso.

—Kylar —masculló entre dientes.

El maestro Bourary parpadeó.

—Permitidme aseguraros, joven señor, que todos los anillos que fabrico están imbuidos de magia; ni mi anillo de cobre más sencillo y barato se romperá. Pero sí, sin duda alguna dedico más tiempo y energía a los anillos de oro y mistarillë. No solo porque la gente que compra esos anillos paga más, sino también porque esos materiales preservan un conjuro mucho mejor de lo que jamás podrían el cobre, el bronce o la plata.

—Vale —dijo Kylar—. Bueno, gracias por vuestro tiempo. —Tiró de Elene hasta que salieron de la tienda.

Ella no estaba nada contenta. Se paró en la calle.

—Kylar, eres un auténtico imbécil.

—Cariño, ¿no has oído lo que acaba de decir? Algún armero hace mucho tiempo tuvo un Talento que soldaba los anillos de metal entre sí. Un buen Talento para un armero podía fabricar cotas de anillas en cuestión de días, en vez de meses. Resulta que es un listo y piensa que podría ganar mucho más dinero vendiendo cada anillo por cientos de monedas de oro en vez de colocar un juego entero de cota de anillas por, pongamos, cincuenta. Y tachán, ha nacido una industria. Son todo patrañas. ¿Todo eso de «llegar a entenderse mejor»? Eso le pasa a cualquiera que se casa. Uy, sí, y los de oro tienen más magia... ¿Se puede ser más descarado? ¿Has visto cuántos de sus anillos eran de oro? Probablemente así consiguen que nueve de cada diez pobres idiotas de esta ciudad ahorren para un anillo de oro que no pueden permitirse, porque ¿qué mujer va a conformarse con un anillo de cobre que «apenas preserva el conjuro»?

—Yo —respondió Elene con voz queda.

Eso lo dejó sin aliento.

Elene se tapó la cara.

—Creía que, si alguna vez querías casarte de verdad, que... ya sabes. Que sería una manera de poder hacerlo oficial. Si alguna vez quisiéramos. O sea, ya sé que no estamos preparados para eso. No estoy diciendo que lo hagamos ahora mismo ni nada.

«¿Por qué me porto siempre como un imbécil?»

«Porque es demasiado buena para ti.»

—¿O sea que ya sabías qué era ese sitio? —preguntó Kylar, con más amabilidad, aunque seguía cabreado, por mucho que no supiera si consigo mismo o con ella.

—La tía Mia me habló de él.

—¿Por eso me has estado mordisqueando las orejas por la noche?

—¡Kylar! —exclamó ella.

—¿Por eso?

—La tía Mia me dijo que obraba maravillas. —Totalmente abochornada, Elene evitaba mirarlo a la cara.

—¡Será para estos pervertidos!

—¡Kylar! —Elene alzó las cejas, como si quisiera decir: «Estamos en pleno centro de un mercado abarrotado, ¿te quieres callar?».

Kylar miró a su alrededor. No había visto tantos pendientes en su vida. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Y tenía razón, casi todos eran de oro y todo el mundo llevaba un peinado que dejase a la vista su oreja.

—Ya había visto a esa chica —dijo.

—¿A Capricia?

—La otra noche salí y unos maleantes iban a hacerle daño. Antes, los habría matado. En lugar de eso, los espanté.

Elene no parecía muy segura de por qué se lo contaba en aquel preciso momento.

—Bueno, eso es genial. ¿Lo ves? La violencia no resuelve...

—Cariño, uno de ellos era el shinga. Hice que un hombre vengativo se mease, tal y como suena, delante de sus subordinados. La violencia era la única solución. Esa chica tiene un problema más gordo ahora que antes de que la ayudara. —Maldijo para sus adentros—. ¿Qué te ha dado para meterme en esa tienda? Ni siquiera tenemos suficiente para comprarle un regalo de cumpleaños a Uly. ¿Cómo íbamos a permitirnos eso?

—Lo siento, ¿vale? —dijo Elene—. Solo quería ver cómo eran.

—Es por la espada, ¿no? Todavía quieres que venda la espada.

—¡Déjalo! No he dicho nada sobre la espada. Lo siento. Creía que a lo mejor te interesaría. No estoy pidiéndote que me compres nada. —No lo estaba mirando y desde luego no le cogía de la mano. En fin, mejor eso que las lágrimas. ¿O no?

Caminó a su lado durante un rato mientras ella fingía que curioseaba en los tenderetes, levantando verduras, examinando telas y mirando muñecas que no podían pagar.

—Bueno —dijo él por fin—. Ya que de todos modos nos estamos peleando...

Elene se volvió y lo miró, sin ganas de risa.

—No quiero hablar de sexo, Kylar.

Él levantó las manos en señal de burlona rendición. Todavía intentando hacerse el gracioso. Todavía fracasando.

—Kylar, ¿recuerdas lo que se siente al matar?

No tenía que hacer mucha memoria. Era una sensación triunfal, el placer terrible

de la maestría, seguido por la desolación, un vacío enfermizo en el pecho, sabedor de que hasta un criminal encallecido podría haber cambiado y ya nunca tendría esa oportunidad. ¿Entendía Elene que una parte de él amaba eso?

—Cariño, todos tenemos un tiempo y unos dones limitados. Tú tienes más dones que la mayoría, y sé que quieres hacer el bien. Sé que te lo tomas con apasionamiento, y es algo que amo de ti. Pero mira lo que pasa cuando intentas salvar el mundo con una espada. Tu maestro lo intentó y mira en qué viejo amargado y triste se convirtió. No quiero ver cómo te pasa eso a ti. Sé que, después de todas las riquezas que tenías y las cosas que hiciste, ser un boticario parece una ambición modesta. No es modesta, Kylar. Es enorme. Puedes hacer muchísimo más por el mundo siendo un buen padre, un buen marido y un sanador de lo que jamás podrías matando gente. ¿Crees que es un error que el Dios te concediera la habilidad de curar? Es la economía divina. El Dios. Está dispuesto a cubrir lo que hemos destruido con cosas nuevas y hermosas.

»Como nosotros. ¿Quién hubiese imaginado que tú y yo podríamos salir sanos y salvos de las calles y volver a encontrarnos? ¿Quién hubiera imaginado que podríamos adoptar a Uly? Ahora ella tiene una oportunidad, después de nacer de un asesino y una madame. Solo el Dios podría hacer eso, Kylar. Sé que todavía no crees en él, pero aquí veo su mano. Nos ha dado esta oportunidad, y quiero agarrarme a ella. Quédate conmigo. Deja esa vida. Allí no eras feliz. ¿Por qué querrías volver?

—No quiero —dijo Kylar, pero solo era cierto a medias. Elene se refugió entre sus brazos pero, aunque la abrazó, se sintió un hipócrita.

Capítulo 21

Bajo el primer calor de la tarde, Kylar se detuvo ante una tienda del distrito de los nobles. Se metió en un callejón y treinta segundos después le pareció que llevaba una réplica pasable de la cara del barón Kirof. Deseó haber pensado en ponerse una túnica mejor antes de salir aunque por otra parte el incendio solo le había dejado otra, y era peor que la que llevaba. Probablemente era posible ponerse ropa ilusoria igual que una cara ilusoria, pero eran demasiadas cosas a la vez: se imaginó intentando hacer que un faldón ficticio ondease de forma realista mientras se movía y no tardó en decidir que bastaría con su ropa. Se colocó la caja bajo el brazo y entró.

El taller del gran maestro Haylin era un cuadrado enorme y de techo bajo. El interior estaba bien iluminado y tenía los acabados más ricos que Kylar hubiese visto nunca en una herrería. Cubrían las paredes hilera tras hilera de armaduras, antecedidas por armeros y más armeros cargados de armas. Además estaba limpia, y había poco humo; el gran maestro Haylin debía de haber ideado un ingenioso sistema de extracción, porque la zona de atención al cliente y el taller no estaban separados. Kylar vio que uno de los subalternos ayudaba a un noble a escoger el mineral que se convertiría en su espada. Otro noble observaba mientras unos aprendices templaban a martillazos el acero que se convertiría en su coraza. Se canalizaba a los clientes a través de la zona de trabajo, manteniéndolos sobre unas alfombras azules especiales para que no estorbasen a los aprendices y oficiales. Era un buen ardid, que a ciencia cierta valía su peso en oro. Sin embargo, Kylar no estaba seguro de si los nobles pagaban por unas armas y armaduras fantásticas o solo por vivir aquella experiencia.

El material expuesto junto a la puerta no era nada del otro mundo, obra sin duda de los aprendices y oficiales armeros. Pero no era eso lo que buscaba. Kylar miró hacia el fondo y por fin distinguió al jefe.

El gran maestro Haylin estaba calvo salvo por un cerquillo de pelo canoso en torno a una coronilla abultada. Se le veía delgado y encorvado y parecía corto de vista, aunque por supuesto tenía los hombros y brazos musculosos de un hombre mucho más joven. Su delantal de cuero se mostraba lleno de muescas y manchas del trabajo, y estaba guiando la mano de un aprendiz, un muchacho al que enseñaba el ángulo correcto para golpear el metal. Kylar se dirigió hacia él.

—¿Disculpad? Hola, mi señor, ¿en qué puedo ayudaros? —dijo un joven sonriente que le salió al paso. Demasiado sonriente, tal vez.

—Necesito hablar con el gran maestro —respondió Kylar, con una sensación de vacío en el estómago que le informaba de que Haylin iba a estar mucho más lejos de lo que indicaba el trecho de taller que los separaba.

—Me temo que está trabajando, pero será un placer ayudaros en cualquier cosa que necesitéis. —El vistazo rápido de Sonrisas a la ropa de Kylar dejaba claro que no

esperaba que aquello fuese importante. Justo lo que Kylar necesitaba: un maldito burócrata.

Kylar miró por encima del hombro de Sonrisas y puso cara de sorpresa. Era una expresión que nunca había intentado con el rostro del barón Kirof, pero debía de haberle salido aceptable, porque Sonrisas se volvió para ver qué pasaba.

Kylar se hizo invisible. Se sintió como un niño travieso cuando Sonrisas volvió a girarse y no vio a nadie.

—¿Qué co...? —dijo Sonrisas. Se frotó los ojos y se dirigió a un compañero que estaba detrás del mostrador—. Oye, ¿me has visto hablar ahora mismo con un gordo barbudo pelirrojo?

El hombre del mostrador meneó la cabeza.

—¿Otra vez viendo cosas raras, Wood?

Sonrisas negó con la cabeza y volvió al otro lado del mostrador, renegando entre dientes.

Kylar, invisible, atravesó el taller. Tras esquivar a los aprendices que correteaban de un lado a otro, llegó al costado del gran maestro Haylin, que estaba inspeccionando una docena de espadas de sus subalternos dispuestas sobre una mesa para su aprobación.

—La tercera no se fraguó bien —comentó Kylar mientras aparecía detrás del herrero—. Tiene una debilidad justo por encima de la empuñadura. Y la siguiente está mal templada.

El gran maestro Haylin se volvió y miró a los pies de Kylar, que se habían salido dos pasos de la alfombra azul, para después observar la espada endeble. La tiró a una caja roja vacía.

—Werner —dijo a un joven que estaba gritando insultos a un aprendiz—. Es la tercera defectuosa este mes. Una más y a la calle.

Werner se puso blanco. Se alejó de inmediato imprecando al aprendiz.

—En cuanto a esta —dijo a Kylar el gran maestro Haylin mientras señalaba la espada mal templada—, ¿sabes lo que pasa cuando echas diamantes a los pollos?

—¿Carne dura?

—Mollejas caras. Es un desperdicio, hijo. Esto es para un pedido del ejército. A doscientas cincuenta reinas por cien espadas, no pasa nada por que un campesino armado pierda un poco más de tiempo con la piedra de afilar. Sabes de espadas, pero soy un hombre ocupado. ¿Qué quieres?

—Cinco minutos. En privado. No os arrepentiréis.

El gran maestro alzó una ceja pero aceptó. Condujo a Kylar escalera arriba hasta una habitación especial. Cuando pasaron por delante de Sonrisas, el joven balbució:

—No podéis... No podéis...

El gran maestro Haylin lo miró con una ceja levantada, y la sonrisa grasienta del

joven se marchitó.

—No hagas caso —dijo Haylin—. Es mi quinto hijo. Un poco desastre, ¿eh?

Kylar no entendió qué quería decir, pero asintió.

—Yo lo tiraría a la caja de artículos defectuosos.

Haylin se rió.

—Ojalá pudiera hacer lo mismo con su madre. Mi tercera mujer es la respuesta a todas las plegarias de las dos primeras.

Era evidente que la habitación especial se usaba con la menor frecuencia posible. Una buena mesa de castaño con varias sillas ocupaba el centro, pero la mayor parte de la sala estaba dedicada a unos expositores. Bellas espadas y lujosas armaduras llenaban la habitación como una guardia de élite. Kylar las examinó con detenimiento. Varias eran creaciones del gran maestro, obras maestras para demostrar de lo que era capaz, pero otras eran antiguas, de una variedad de estilos y períodos de armamento, piezas de exposición. Perfecto.

—Ya te quedan solo tres minutos —dijo Haylin, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Soy un hombre de talentos especiales —comenzó Kylar mientras se sentaba enfrente del herrero.

El gran maestro volvió a alzar una ceja. Esas cejas eran un dechado de expresividad.

Kylar se pasó los dedos por el pelo rojo y lo cambió a un rubio sucio. Se pasó la mano por la cara y su nariz se volvió más larga y afilada. Se frotó la cara como si se la lavase y la barba desapareció para revelar unas mejillas algo picadas como de viruelas y unos ojos atentos. Por supuesto, todo era un numerito. No le hacía falta tocarse la cara, pero aquel hombre parecía valorar las demostraciones.

El gran maestro Haylin se puso blanco como la pared y abrió la boca. Parpadeó rápidamente y en vez de voz le salió un graznido. Carraspeó.

—¿Maese Fuego de Estrella? ¿Gaelan Fuego de Estrella?

—¿Me conocéis? —preguntó Kylar, estupefacto.

Gaelan Fuego de Estrella era el protagonista de una docena de cuentos de bardo, pero la cara que Kylar llevaba era la de Durzo Blint.

—Era... Era solo un niño cuando vinisteis al taller de mi abuelo. Dijisteis... Dijisteis que podríais regresar mucho después de que hubiésemos abandonado la esperanza. ¡Oh, señor! Mi abuelo dijo que tal vez sucediera en vida de mi padre o en la mía, pero nunca lo creímos.

Desorientado, Kylar trató de pensar. ¿Durzo era Gaelan Fuego de Estrella? Sabía que su maestro no había respondido al mismo nombre durante setecientos años, claro está, pero ¿Gaelan Fuego de Estrella? Ese nombre ni siquiera había aparecido mencionado entre todos los demás que Aristarco le había atribuido.

Sintió una punzada de dolor. Él no lo sabía, pero un herrero de Caernaervon sí. Qué poco sabía del hombre que lo había criado, el hombre que había muerto por él. Durzo se había vuelto un amargado para cuando Kylar lo conoció. ¿Qué clase de persona debió de ser cuando se llamaba Gaelan Fuego de Estrella, hacía cincuenta años? Sospechaba que podría haber sido amigo de aquel hombre.

—Lo hemos mantenido en secreto, lo juro —aseveró el gran maestro Haylin. Kylar seguía desorientado. Aquel hombre, que era lo bastante viejo para ser su abuelo, que se encontraba en la cúspide de la fama, estaba tratando a Kylar como... como si fuera inmortal, casi un dios—. ¿Qué puedo hacer por vos, mi señor?

—Yo no... No... —balbució Kylar—. Por favor, no me tratéis diferente a causa de vuestro abuelo. Solo quería que me tomaseis en serio; no creía que fueseis a recordar eso. Ni siquiera os recuerdo a vos. Habéis cambiado bastante. —Sonrió para sellar la mentira.

—Y vos no habéis cambiado en absoluto —dijo Haylin, anonadado—. Hum, vale —prosiguió, subiendo y bajando las cejas en rápida sucesión mientras intentaba recobrar la compostura—. Hum. De acuerdo. ¿Qué buscáis?

—Deseo vender una espada. —Kylar se sacó a Sentencia de la espalda y la depositó sobre la mesa.

Haylin alzó la gran espada con gesto apreciativo en sus manos gruesas y encallecidas, y luego la dejó de inmediato. Contempló la empuñadura, parpadeando. Pasó los dedos por encima, con los ojos como platos.

—Esta espada nunca se os cae, ¿verdad? —preguntó.

Kylar se encogió de hombros. Pues claro que no se le caía.

Todavía con cara de que no estaba seguro de estar despierto, el gran maestro se escupió en la palma y volvió a agarrar la espada.

—¿Para qué...?

Una gota resbaló de la empuñadura a la mesa. El gran maestro soltó la espada y abrió la palma. Estaba seca por completo. Haylin soltó una exclamación, pero no podía apartar la vista de la espada. Se acercó más y más hasta casi pegar la nariz. Volvió la hoja para examinarla de canto.

—Por los dioses —dijo—. Es cierto.

—¿Qué? —preguntó Kylar.

—Las matrices de carbono. Son perfectas. Apostaría mi brazo derecho a que todas y cada una tienen cuatro enlaces, ¿no? La hoja es un diamante perfecto, mi señor. Tan fino que apenas puede verse, pero irrompible. La mayoría de los diamantes pueden rayarse con otro diamante porque nunca son perfectos pero, si no hay taras en ninguna parte... Esta hoja es indestructible, y no solo la hoja, también la empuñadura. Pero, mi señor, si esta es... Creía que vuestra espada era negra.

Kylar tocó la hoja y dejó que el ka’kari saliera despedido de su piel para cubrirla.

La palabra PIEDAD inscrita en la hoja quedó cubierta por la JUSTICIA en negro ka'kari.

El gran maestro Haylin parecía atormentado.

—Oh, señor... Mi abuelo nos lo dijo... Nunca lo entendí. Me siento ciego, pero casi me alegro de mi ceguera.

—¿De qué estáis hablando?

—Yo no tengo el Talento, mi señor Fuego de Estrella. No puedo ni entrever lo asombrosa que es esta hoja. Mi abuelo podía, y dijo que no se la quitó de la cabeza en toda su vida. Sabía el Talento que se había volcado en esta espada, podía verlo, aunque nunca pudo igualarlo. Dijo que hacía que el fruto de sus manos pareciese barato y de mal gusto... y era un hombre famoso por su trabajo. Sin embargo, nunca pensé que vería a Sentencia con mis propios ojos. Mi señor, no podéis venderla.

—Bueno, no viene en negro —dijo Kylar a la ligera, volviendo a absorber el ka'kari con la mano—. Por si eso rebaja un poco el precio.

—Mi señor, no lo entendéis. Aunque pudiera daros lo que vale, aunque de algún modo lograra ponerle un precio, jamás podría... Vale más de lo que ganaré en toda mi vida. Aunque pudiera comprarla, nunca la vendería: es demasiado valiosa. Quizá uno o dos coleccionistas en el mundo tienen el dinero y el ojo para comprar una espada así. Aun entonces, mi señor, esta no es una espada hecha para exhibirse. Su sitio es la mano de un héroe. Su sitio es vuestra mano. Mirad, una empuñadura que no se soltará de vuestra mano aunque esté ensangrentada o mojada. La humedad resbala de inmediato. No solo es brillante, es práctica. No es una pieza de museo. Es arte. Es arte para matar. Como vos. —Levantó las manos y se hundió en su silla, como si la mera visión de Sentencia lo agotara—. Aunque mi abuelo dijo que la inscripción estaba en hirílico... oh cielos.

La PIEDAD de la hoja se metamorfoseó ante su mirada en un idioma que Kylar no sabía leer. No daba crédito a sus ojos. Nunca antes había hecho eso.

Una serpiente se le retorcía en el estómago y le estrangulaba las tripas, la serpiente de perder algo cuyo valor no podía ni siquiera calcular. Era la misma sensación que experimentaba al pensar en su maestro muerto, un hombre cuya valía apenas había conocido.

—Pese a todo —dijo, con un nudo en la garganta—, debo venderla.

Si se la quedaba, volvería a matar. No le cabía ninguna duda. En su mano, el arma era la justicia implacable. Tenía que venderla, si quería ser fiel a la promesa que había hecho a Elene. Mientras se aferrase a la espada, se aferraría a su vida anterior.

—Mi señor, ¿necesitáis dinero? Os daré lo que queráis.

La parte pequeña y mezquina de Kylar se lo planteó. Sin duda aquel hombre podía desprenderse de dinero más que suficiente para lo que Kylar necesitaba.

—No, yo... necesito venderla. Es... Tiene que ver con una mujer.

—¿Vendéis un artefacto que vale un reino para poder estar con una mujer? ¡Sois inmortal! ¡Hasta el matrimonio más largo terminará en una minúscula fracción de vuestra vida!

Kylar esbozó una mueca.

—Exacto.

—No solo estáis vendiendo esta espada, ¿verdad? Estáis renunciando. Estáis renunciando al camino de la espada.

Con la vista puesta en la mesa, Kylar asintió.

—Debe de ser toda una mujer.

—Lo es —dijo Kylar—. ¿Qué podéis darme por ella?

—Depende de lo pronto que lo necesitéis.

Kylar no sabía si podría aguantar sin acobardarse. Sabía que estaba a punto de decir algo que probablemente le costaría una fortuna, pero más le costaría perder a Elene. Nunca le había importado hacerse rico, de todas formas.

—Basta lo que podáis darme antes de que me vaya.

—¿Antes de que os vayáis de la ciudad?

—Antes de que me vaya del taller. —Kylar tragó saliva, pero el maldito nudo no desaparecía.

El gran maestro abrió la boca para protestar, pero vio que Kylar estaba decidido.

—Treinta y una mil reinas —dijo—. Puede que unos cientos más, según lo que hayamos vendido hoy. Seis mil en oro, el resto en pagarés que os canjearán la mayoría de los cambistas aunque, por esa suma, tendréis que visitar a la mitad de los que trabajan en la ciudad. Tendréis que ir directamente al Gigante Azul si queréis cambiarlo todo.

Kylar se quedó boquiabierto al oír la suma. Sería suficiente para comprar una casa, saldar cuentas con la tía Mia, abrir una tienda con un inventario enorme, comprarle un guardarropa entero a Elene y aun así ahorrar una parte, además de adquirir un par de los mejores anillos nupciales que pudieran pagarse con dinero. ¿Y el tipo protestaba diciendo que no era bastante ni por asomo?

—Un buen precio por tu herencia, ¿eh?

El pensamiento casi lo dejó sin aliento. Se puso en pie de golpe.

—Hecho —dijo. Caminó hasta la puerta y cogió el picaporte.

—Esto... mi señor —lo detuvo el gran maestro Haylin, que se señaló la cara.

—Ah.

Kylar se concentró; sus facciones engordaron y su pelo volvió a enrojecer.

Al cabo de cinco minutos, un Sonrisas todavía atónito había ayudado a cargar un cofre lleno de soberanos, cada uno de los cuales valía veinte reinas, y había visto cómo su padre colocaba encima un grueso fajo de pagarés. El total era de treinta y una mil cuatrocientas reinas. El cofre no era grande, pero pesaba tanto como dos

hombres corpulentos. El gran maestro había mandado buscar un caballo, pero Kylar pidió que en vez de eso añadieran dos correas de cuero al cofre. Aprendices y oficiales dejaron lo que hacían para mirar, pero a Kylar no le importaba. Con una sonrisa, Haylin las fijó en persona.

—Mi señor —dijo, mientras acababa con las correas—. Si alguna vez queréis recuperarla, aquí estará.

—Tal vez. En el tiempo de vuestros nietos.

El gran maestro Haylin sonrió de oreja a oreja.

Kylar sabía que no tendría que haberlo dicho tan alto. No debería haber rechazado el caballo. No le importaba. En cierta manera, le llenaba de alegría hablar con un hombre que sabía en parte lo que era y no sentía miedo ni asco, aunque lo tomara por su maestro. También era cierto que, en cualquier caso, Kylar probablemente se parecía más a Gaelan Fuego de Estrella de lo que Durzo Blint se había parecido. Lo aliviaba tanto sentirse conocido y aceptado que no le importaba estar siendo imprudente.

Con un empujón de su Talento, se cargó el cofre a la espalda. Un murmullo de exclamaciones recorrió la herrería. La verdad era que casi resultaba demasiado pesado hasta con el Talento. Kylar se despidió del gran maestro Haylin con un gesto de la cabeza y salió.

—¿Quién demonios era ese? —oyó que preguntaba Sonrisas.

—Algún día, cuando estés preparado, quizá te lo cuente —dijo el gran maestro.

Capítulo 22

—Hola —dijo Kylar a Capricia cuando volvió a la anillería.

—Hola —correspondió ella, sorprendida. Estaba sola, cerrando la tienda.

—El borde ha vuelto —dijo Kylar con una mueca—. Siento lo de... antes.

—¿Qué? —preguntó ella—. No, no pasa nada. Entiendo que todo parece raro si no eres de aquí. A los hombres nunca les hace gracia, aunque las mujeres también tienen que perforarse las orejas y nunca se quejan. —Se encogió de hombros.

—Ya, bueno... —Kylar se dio cuenta de que no tenía nada que decir. ¿Qué tenían las joyas que le hacían sentirse un inútil?—. Ya —concluyó, penosamente.

—Para serte sincera —prosiguió Capricia—, la mayoría de los hombres apenas notan el dolor. O sea, las mujeres se aseguran de tenerlos distraídos. En teoría, el matrimonio solo se consuma después de la perforación pero, las más de las veces, es teoría pura.

Kylar tosió. Había estado pensando en ello.

—Hum, ¿recuerdas los que ha señalado ella? —preguntó.

—Claro —respondió Capricia. Se rió—. Me temo que son de los que de verdad preservan los conjuros. —Sus ojos centellearon y se ruborizó.

—Tengo la desgracia de tener una esposa con un gusto excelente.

—Deja en buen lugar sus otras elecciones —dijo Capricia, dedicándole su sonrisa radiante.

Fuese cual fuera el desenlace con el shinga, Kylar se alegraba de haberla salvado. La chica sacó el cajón y lo dejó delante de él. Al depositarlo, arrugó la frente y cogió un par de anillos del cajón.

—Un segundo —dijo, y se arrodilló detrás del mostrador para guardarlos; después se levantó otra vez—. Creo que era uno de estos —prosiguió, señalando varios pendientes que ocupaban la hilera más alta, la de hebras de oro y mistarillë entrelazadas.

—¿Cuánto cuestan estos? —preguntó Kylar.

—Dos mil cuatrocientos, dos mil ochocientos y treinta y dos mil.

Kylar silbó sin poder contenerse.

—Tenemos estilos parecidos en oro blanco y amarillo que salen más económicos —dijo Capricia—. El mistarillë dispara mucho el precio.

La espada de Jorsin Alkestes había sido de mistarillë con un núcleo de oro endurecido, según Durzo. Hacía falta una forja especial para trabajar el mistarillë, porque no se fundía hasta someterlo al triple de calor que el acero. Una vez que alcanzaba su temperatura de trabajo, la conservaba durante horas, a diferencia de otros metales que había que recalentar una y otra vez. Los herreros consideraban un puro placer y un puro terror utilizarlo porque, después de ese primer calentamiento y

las primeras horas de las que disponían para trabajar, no volvería a fundirse. Solo tenían una oportunidad de hacerlo bien. Solo un herrero con un Talento sustancial podía intentar cualquier trabajo a gran escala con mistarillë.

—¿Hay alguien que lleve anillos de mistarillë puro? —preguntó mientras ojeaba los pendientes. Juraría que los ojos de Elene se habían iluminado al ver uno de aquellos pares. ¿Cuál era?

Capricia meneó la cabeza.

—«Aunque pudieras permitírtelo, no te convendría», como dice el maestro Bourary. Según él, varios de los conjuros más sencillos en realidad agarran mejor en oro. Hasta los anillos más antiguos combinan los dos metales. Él tiene un par que hizo su tatara-tatara-tataranosecuantos abuelo y que parece de mistarillë puro, pero en realidad contiene un núcleo de oro amarillo y diamantes. Son increíbles. Perforó el mistarillë con unos agujeritos minúsculos de forma que, con buena luz, puede verse destellar a través de ellos el oro y los diamantes.

Kylar casi empezaba a creerse la palabrería sobre los conjuros. O bien el maestro Bourary no era un charlatán, o bien se había tomado muchas molestias documentándose con entendidos para aprender a hablar sobre magia.

No dejaba de antojarse una locura estar mirando unos pendientes que costaban dos o tres mil oros. Debería haberle preguntado al gran maestro Haylin por los anillos esa tarde. El herrero le habría dicho si eran legítimos. Sin embargo, Kylar estaba animado. Ya había vendido su herencia. Estaba comprometido. Ahora era solo cuestión de encontrar el anillo perfecto para complacer a la mujer que amaba, la mujer que lo estaba salvando de convertirse en la ruina amargada que había acabado siendo Durzo Blint.

La verdad era que la magia de los anillos no importaba. Lo que importaba era hacerle saber a Elene lo que valía para él.

—Había otro juego, juraría que estaba en esta caja —le dijo a Capricia—. ¿Cuáles eran esos que has sacado?

—Eran un juego de muestra... bueno, en realidad no. La reina se enfadó con un mercader de gemas que no quiso venderle unas joyas hace una década porque eran de muestra, y prohibió que se expusieran artículos que no estaban a la venta. De modo que técnicamente no es un juego de muestra, pero en realidad no está a la venta. Tenemos otros cajones...

—Tú enséñame los que te digo —insistió Kylar, que sintió un repentino escepticismo. ¿Se trataba de un ardid comercial? Lo había visto antes; una chica mona le dice a un tipo: «Mira, esto está muy bien» mientras aparta algo ridículamente caro y saca algo barato, y el hombre al instante dice: «¿Qué pasa con eso?», para demostrar su virilidad.

Sin embargo, Capricia no le parecía ese tipo de dependienta. Parecía sincera. Sacó

los anillos y se los puso delante. Con solo verlos Kylar se imaginaba menguar el tamaño del inventario de su tienda.

—Esos son —dijo.

El diseño era seductoramente sencillo y elegante, una media vuelta de metal plateado que de algún modo arrojaba destellos dorados a la luz, como comprobó al levantar el mayor de los dos.

Capricia ahogó una exclamación y levantó una mano como si Kylar fuese a romperlo. Él miró hacia uno de los espejos de la tienda y sostuvo el pendiente junto a su lóbulo izquierdo. Quedaba un poco afeminado, pero eso era algo que, en apariencia, no preocupaba a ninguno de los millares de hombres que había visto por la ciudad.

—Hum —dijo. Movió el pendiente más hacia arriba en la oreja. Así quedaba algo más masculino—. ¿Cuál es el punto más doloroso en el que una mujer puede perforar a un hombre?

—Más o menos... —Capricia se inclinó hacia delante y señaló, pero su mano no quedaba a la vista de Kylar en el espejo. Se movió y el dedo de ella le tocó la oreja—. ¡Ay! —exclamó Capricia—. Lo siento. No pretendía tocar...

—¿Qué? —preguntó Kylar. Entonces se acordó—. Ah, no, es culpa mía. De verdad, allá de donde vengo las orejas no tienen nada de especial. ¿Has dicho aquí mismo? ¿Para que pase por la parte de arriba?

Miró el espejo. Sí, definitivamente más masculino, y dolería una barbaridad. Por algún motivo, eso le hacía sentirse mejor.

Cogió el anillo más pequeño y, con cuidado de no tocarla, lo sostuvo junto a la oreja de Capricia. Era precioso.

—Me los llevo —dijo.

—Lo siento mucho —respondió la dependienta—. No tenemos nada exactamente igual a la venta, pero el maestro Bourary podría fabricar algo que pareciese casi idéntico.

—Me has dicho que no había artículos de muestra —protestó Kylar.

—Técnicamente, no. Después de que la reina proclamase la ley... Bueno, todo está a la venta. Lo que hacen es ponerle un precio ridículo a lo que no quieren vender.

—¿Y estos son de esos? —preguntó Kylar. Ya empezaba a encogerse hasta la casa.

—Estos son los mismos anillos que os decía antes. Los que hizo el tatara-tatara-tatarabuelo del maestro Bourary, los de mistarillë sobre oro con diamantes. —Sonrió con timidez—. Lo siento. No intento poneros en evidencia. Se suponía que ni siquiera debían estar en este expositor.

—¿De qué precio ridículo estamos hablando? —preguntó Kylar.

—Ridículo —respondió ella.

—¿Muy ridículo?

—Totalmente. —Capricia hizo una mueca.

Kylar suspiró.

—Dímelo.

—Treinta y una mil cuatrocientas reinas. Lo siento.

Fue una patada al estómago de Kylar. Se trataba de una coincidencia, por supuesto, pero... Elene lo llamaría la economía divina. Había vendido a Sentencia por la cantidad exacta que le costaría casarse con ella.

¿Sin que les quedara nada más? «Elene, si esta es la economía de tu Dios, sirves a un dios miserable. Ni siquiera me queda para comprar un cuchillo nupcial.»

—Si quieres mirar el lado bueno —dijo Capricia, con una risilla forzada—, de regalo te llevarías un cuchillo nupcial.

Un bloque de hielo cayó al estómago de Kylar.

—Lo siento —repitió Capricia, que había confundido la expresión pasmada de su cara—. Por aquí tenemos otros anillos preciosos...

—¿Te pagan comisión por tus ventas? —preguntó Kylar.

—Una décima parte de todo lo que supere las mil en ventas en un día —respondió ella.

—Entonces, si vendieras estos, ¿qué harías con... cuánto? ¿Más de tres mil reinas?

—No lo sé. ¿Por qué lo...?

—¿Qué harías?

Capricia se encogió de hombros, se dispuso a responder, se detuvo y por fin dijo:

—Me mudaría con mi familia. Vivimos en un barrio bastante malo y siempre tenemos problemas con... Bah, qué más da. Créeme, llevo soñando con eso desde que empecé a trabajar aquí. Pienso en vender estos anillos y en cómo lo cambiaría todo para nosotros. Antes rezaba por ello todos los días, pero mi madre dice que ya estamos lo bastante seguros. En cualquier caso, el Dios no responde a las plegarias avariciosas de esa manera.

A Kylar se le enfrió el corazón. Se mudarían lejos de aquel shinga ridículo, vengativo y arrogante. No tendría que cometer un asesinato para mantenerlos a salvo.

—No —dijo Kylar, mientras se guardaba en el bolsillo los pendientes de mistarillë y cogía un cuchillo nupcial—. Responde de esta.

Subió el cofre al mostrador y lo abrió. Capricia se quedó boquiabierta. Le temblaban las manos mientras desdoblaba pagaré tras pagaré. Alzó la vista hacia Kylar, con los ojos anegados de lágrimas.

—Dile a tus padres que vuestro ángel de la guarda ha dicho que os mudéis. No la semana que viene. No mañana. Esta noche. Cuando os salvé, avergoncé al shinga. Ha jurado vengarse.

Capricia mantuvo los ojos muy abiertos, pero asintió imperceptiblemente. Su mano se levantó como si fuera la de una autómata.

—¿Cajita de regalo? —preguntó con voz ahogada—. Gratis.

Kylar le cogió de la mano el joyero y salió por la puerta, que cerró a sus espaldas. Guardó los pendientes en la cajita decorativa y se la metió en un bolsillo, de repente más pobre que un mendigo. Había vendido su herencia. Se había desprendido de una de las últimas cosas que le quedaban para recordar a Durzo. Había cambiado una espada mágica por dos aros de metal. Y en ese momento no tenía ni un cobre que fuera suyo. Treinta y una mil cuatrocientas reinas y no le quedaba ni siquiera lo suficiente para comprarle a Uly un regalo de cumpleaños.

«Hemos terminado, Dios. De ahora en adelante, responde tú solo a tus putas plegarias.»

Capítulo 23

—¿Os irá bien a Elene y a ti? —preguntó Uly. Esa tarde estaban trabajando juntos; Uly buscaba los ingredientes mientras Kylar destilaba un bebedizo que rebajaba las fiebres.

—Pues claro que sí. ¿Por qué?

—La tía Mia dice que no pasa nada porque os peleéis tanto. Dice que, si tengo miedo, basta que escuche y que, si oigo chirriar la cama después de la pelea, sabré que todo ha acabado bien. Dice que eso significa que habéis hecho las paces. Pero nunca oigo chirriar la cama.

A Kylar se le subió la sangre a las mejillas.

—Yo, bueno, creo... Mira, eso tendrías que preguntárselo a Elene.

—Ella me dijo que te preguntara a ti, y también se puso toda avergonzada.

—¡Yo no estoy avergonzado! —exclamó Kylar—. Acércame bayas de mayo.

—La tía Mia dice que mentir está mal. He visto caballos apareándose en el castillo, pero la tía Mia dice que no da miedo como aquello.

—No —dijo Kylar en voz baja, mientras molía las bayas en un mortero—, da miedo a su propia manera.

—¿Qué? —preguntó Uly.

—Uly, eres demasiado pequeña para que tengamos esta conversación. Raíz de milenrama.

—La tía Mia me avisó de que me dirías eso. Me dijo que hablaría conmigo si a vosotros os daba demasiada vergüenza. Solo me hizo prometerle que antes os preguntaría. —Uly le pasó la nudosa raíz marrón.

—La tía Mia —replicó Kylar— piensa demasiado en el sexo.

—Ejem —dijo una voz a sus espaldas. Kylar dio un respingo.

—Voy a hacer una visita a la señora Vatsen —anunció la tía Mia—. ¿Necesitáis algo?

—Esto, eh, no —dijo Kylar. Sin duda no estaría tan tranquila si hubiese oído lo que acababa de decir.

—Kylar, ¿te encuentras bien? —preguntó la tía Mia, y le tocó la mejilla roja—. Pareces muy acalorado.

Rebuscó por los estantes recién organizados, que parecían darle más problemas que cuando había imperado el desorden más absoluto, y metió unas cuantas cosas en su cesta. Al pasar por delante de Kylar, que estaba inclinado sobre la poción como si le exigiera toda su concentración, le pellizcó el trasero.

Kylar estuvo a punto de estrellarse contra el techo del salto, aunque ahogó el grito. Uly lo miró extrañada.

—Tienes razón —dijo la tía Mia desde la puerta—. Pero no te hagas ilusiones,

soy demasiado mayor para ti.

Kylar se puso más colorado y ella se rió. La oyeron carcajearse mientras se alejaba por la calle.

—Vieja loca —dijo Kylar—. Semilla de norantón.

Uly le pasó el tarro de semillas planas y violáceas, y formó una prieta línea recta con la boca.

—Kylar, si lo tuyo con Elene no funciona, ¿te casarás conmigo?

Se le cayó el tarro entero en la mezcla.

—¿QUÉ?

—Le pregunté a Elene cuántos años tenías y me dijo que veinte. Y la tía Mia me contó que su marido le sacaba nueve años, que es más de lo que me llevas tú a mí. Y yo te quiero, y tú me quieres y tú y Elene os peleáis a todas horas, pero tú y yo nunca nos peleamos...

Al principio Kylar se sintió confundido. Él y Elene llevaban más de una semana sin pelearse. Entonces cayó en la cuenta de que Uly llevaba un tiempo pasando la noche en casa de una de sus nuevas amigas, probablemente por lo mucho que la alteraban las peleas de Kylar y Elene. La niña tenía una expresión anhelante y temerosa en la cara que le decía que su respuesta podía romperle el corazón. En concreto, la primera idea que se le pasó por la cabeza —«no te quiero de esa manera»— no iba a ser una buena elección.

«¿Cómo me he metido en este lío? Debo de ser el primer padre de Midcyru que ha tenido que explicarle el sexo a su hija mientras sigue siendo virgen.»

¿Qué iba a decirle? ¿«En realidad todavía no estoy casado con Elene, o sea que, cuando discutimos, no podemos hacer las paces como a mí me gustaría. A decir verdad, si pudiéramos hacer las paces como a mí me gustaría, probablemente no nos pelearíamos, para empezar»? Kylar no veía la hora de casarse por fin con Elene. Dejarían atrás de una vez por todas sus conflictos sobre el sexo. ¡Qué alivio!

Entretanto, Uly lo miraba fijamente, a la espera, con los grandes ojos muy abiertos, dubitativa. Oh, no, aquello parecía un temblor de labio.

La puerta lo salvó al abrirse. Entró un hombre bien vestido, con el emblema de una casa noble bordado en la pechera de la túnica. Era alto y enjuto, pero sus facciones afiladas le conferían aspecto de roedor.

—¿Es la tienda de la tía Mia? —preguntó.

—En efecto —contestó Kylar—. Pero me temo que la tía Mia ha salido un rato.

—Ah, no pasa nada —dijo el hombre—. ¿Eres su ayudante Kyle?

—Kylar.

—Eso. Eres más joven de lo que me esperaba. En realidad venía buscándote a ti.

—¿A mí?

—Eres el hombre que salvó al señor de Aevan, ¿verdad? No para de contar que

con una poción lograste lo que una docena de matasanos no habían conseguido con meses de tratamiento. Soy el mayordomo del gran señor de Garazul. Mi señor tiene gota.

Kylar se frotó el mentón. Miró las botellas que cubrían las paredes.

—Puedo volver más tarde si quieres —dijo el mayordomo.

—No, será solo un momento —replicó Kylar.

Empezó a coger botellas y dar órdenes a Uly. Era la ayudante perfecta, diligente y silenciosa. No tardó en tener cuatro cuencos mezclándose a la vez, dos sobre calor, dos en frío. Al cabo de otros dos minutos, había terminado. El mayordomo parecía fascinado por el proceso entero. Hizo pensar a Kylar que el gran maestro Haylin sabía lo que se hacía al exhibir el proceso de creación. En ese momento supo que, si alguna vez tenía un gran establecimiento, lo montaría exactamente del mismo modo: proporcionar al cliente un espectáculo además de las pociones. Era un sueño modesto pero extrañamente satisfactorio.

—Os diré lo que debéis hacer —explicó Kylar—. Dadle dos cucharadas de esto cada cuatro horas. ¿Deduzco que vuestro señor está gordo y sale muy poco? ¿Le gusta echar un trago de vez en cuando?

—Tiene un poco de sobre... Bueno, sí, gordo como un leviatán, para ser sinceros. Y bebe como tal, además —respondió el mayordomo.

—Esta poción le aliviará el dolor de los pies y las articulaciones. Le ayudará un poco con la gota pero, mientras esté gordo y beba mucho vino, nunca se pondrá bien. Tendrá que comprar esta misma poción cada vez que sufra un rebrote de gota durante el resto de su vida. Decidle que, si quiere acabar con su mal, tiene que dejar de beber. Si no lo hace, como imagino que será el caso, empezad a echarle dos gotas de esto en cada copa de vino que beba. —Le dio el segundo vial—. Le causará un dolor de cabeza estupendo. Aseguraos de hacerlo siempre que beba vino. Ya que estáis, podéis darle esto todas las mañanas y las noches para su dolor de estómago. Y que coma menos. Administradle un poco de este último con cada comida, así se llenará antes.

—¿Cómo has sabido que tenía dolores de estómago?

Kylar esbozó una sonrisa misteriosa.

—Y retiradle cualquier otra cosa que le hayan recetado, sobre todo las sangrías y las sanguijuelas. Debería ser un hombre nuevo en cuestión de seis semanas, si le hacéis perder peso.

—¿Cuánto? —preguntó el mayordomo.

—Depende de lo gordo que esté.

El mayordomo se rió.

—No, ¿cuánto te debo?

Kylar recapacitó. Calculó aproximadamente lo que habían costado los ingredientes y lo dobló. Le dijo el resultado al mayordomo.

El hombre ratonil lo miró lleno de asombro.

—Un consejillo, joven. Deberías abrir una tienda en el lado norte porque, si esto funciona, los nobles van a querer quitártelo de las manos. Y otra cosa: si esto ayuda aunque sea un poco, deberías cobrar el doble de esa cantidad. Si funciona realmente como has dicho, deberías cobrar diez veces más; de otro modo los nobles no creerán que sea auténtico.

Kylar sonrió, contento de que alguien le hablara como si supiese lo que se hacía... lo que era cierto.

—Vale, pues me debéis diez veces lo que he dicho.

El mayordomo se rió.

—Si el señor de Garazul se mejora, ganarás más que eso. Entretanto, esto es todo lo que llevo. —Lanzó a Kylar dos monedas de plata nuevas—. Buenos días, joven maestro.

Mientras lo veía marcharse, Kylar se sorprendió ante lo bien que se sentía. Quizá era mejor curar que matar. O quizá era un placer sencillamente sentirse apreciado. ¿Cómo lo había conseguido Durzo? Había sido una docena de héroes diferentes a lo largo de las épocas, tal vez varias decenas de héroes distintos. ¿Acaso no había querido nunca anunciarse a los cuatro vientos? ¿Contarle a todo el mundo quién era para que se le rindiera la debida pleitesía? «Aquí estoy, adoradme.»

Sin embargo, Durzo nunca le había parecido de esos. Kylar había crecido con él y nunca había tenido ni el menor indicio de que su maestro fuese el Ángel de la Noche, y mucho menos ninguna de sus otras identidades. ¿Por qué no? Durzo había parecido arrogante en ciertos aspectos de su vida. Sin duda había demostrado un enorme desprecio hacia la mayoría de los ejecutores y casi todo el Sa’kagé, pero nunca se había equiparado a los grandes héroes históricos.

Kylar volvió a sentir la punzada de la pérdida. Dioses, Durzo llevaba muerto tres meses y la cosa no mejoraba con el paso del tiempo.

Tanteó la cajita que guardaba en el bolsillo. «Él murió para que yo pudiera tener a Elene.» Intentó quitarse a Durzo de la cabeza con esa idea. «Vamos a celebrar el cumpleaños de Uly, y después podré pedirle a Elene que se case conmigo. Entonces Uly oirá más chirridos de los que podría haberse imaginado nunca.»

—Kylar —dijo Uly, sacándolo de su ensoñación—, ¿piensas responder a mi pregunta?

Oh, mierda.

—Uly —comenzó, con dulzura—, sé que no te sientes así, y desde luego eres tan lista como alguien mucho mayor, pero sigues siendo una... —Kylar arrugó la frente, sabedor de que lo siguiente no iba a ser bien recibido—. Sigues siendo una niña. —Era verdad, qué caramba.

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—Esta semana me acaba de bajar mi primera sangre lunar. La tía Mia dice que eso significa que ya soy una mujer. Me hizo mucho daño y al principio me asusté. Tenía mucho dolor de barriga, y luego en la espalda y...

—¡Ah! —Kylar intentó acallarla haciendo gestos con las manos.

—¿Qué pasa? La tía Mia dice que no es nada de lo que avergonzarse.

—¡La tía Mia no es tu padre!

—¿Quién lo es? —preguntó Uly, rápida como un látigo.

Kylar no respondió nada.

—¿Y quién es mi madre? Tú lo sabes, ¿verdad? Mis niñeras siempre me trataron distinto que al resto de las niñas. La última se asustaba siempre que me hacía daño. Una vez que me hice un corte en la cara, le entró tanto miedo de que me quedase cicatriz que no durmió durante semanas. A veces una dama nos miraba jugar en los jardines, pero siempre llevaba capa y capucha. ¿Era mi madre?

Mudo, Kylar asintió. Era muy propio de Mama K. Sin duda se habría mantenido alejada de Uly por su seguridad en la medida en que pudiera soportarlo pero, de vez en cuando, las defensas debían de ceder.

—¿Es alguien importante? —preguntó Uly. El deseo de todo huérfano. Kylar lo sabía.

Volvió a asentir.

—¿Por qué me dejó?

Kylar exhaló un suspiro.

—Te mereces la respuesta a eso, Uly, pero no puedo dártela. Es uno de los secretos que conozco y que no me pertenecen. Te prometo que te lo contaré en cuanto pueda.

—¿Piensas dejarme? Si nos casamos, podría ir contigo.

Si alguien creía que los niños no podían sentir un dolor tan hondo como el de los adultos, Kylar habría deseado que pudiera ver los ojos de Uly en ese momento. Por mucho que la amase, la había estado tratando como a una niña en vez de como a un ser humano. La breve vida de Uly era una historia de abandonos: su padre, su madre, una niñera tras otra. Tan solo quería algo sólido en su vida.

Kylar la abrazó.

—No te abandonaré —juró—. Nunca jamás. Nunca. Jamás.

Capítulo 24

Vi entró a caballo en Caernarvon cuando se ponía el sol. En sus semanas de travesía había decidido su estrategia. Sin duda el Sa'kagé local conocería a Kylar. Si se parecía en algo a Hu Patíbulo, no le gustaría dejar pasar mucho tiempo sin matar. Si había aceptado algún encargo, el shinga lo conocería. Un ejecutor tan diestro no podía pasar desapercibido.

Por otro lado, aunque Kylar no hubiese aceptado ningún trabajo, era muy probable que los ojos y oídos del Sa'kagé se hubieran enterado de su llegada a Caernarvon. Vi había oído pocas alabanzas sobre el Sa'kagé de Caernarvon, y si Kylar se había volcado de verdad en esconderse, jamás lo encontraría, pero habían pasado tres meses. Los criminales siempre volvían a las andadas por sobrados de dinero que estuvieran, aunque solo fuese porque no sabían a qué otra cosa dedicarse. ¿Qué era un ejecutor sin matar?

Todas las tiendas estaban cerradas. Las familias decentes se habían recogido para pasar la noche, y las tabernas y los burdeles comenzaban a llenarse mientras Vi se adentraba en el sector meridional de la ciudad. Llevaba unos pantalones de montar blancos de piel de cervato y una túnica de algodón de hombre suelta. Tenía el pelo rojo recogido en una sencilla cola de caballo. En Cenaria estaba empezando la estación de las lluvias, pero allí el verano todavía duraba y Vi quería estar cómoda cuando viajaba, y a tomar por saco la moda. Solo se preocupaba por la moda cuando necesitaba algo de ella. Aun así, tras dos duras semanas en la silla de montar, no le habría importado darse un buen baño.

Avanzó por la cuarta calle sórdida seguida, preguntándose por qué no la habían atracado todavía. Había escondido todas sus armas para parecer del todo vulnerable. ¿Qué le pasaba a aquella gente?

Veinte minutos después, alguien salió por fin de las sombras.

—Una nochecita maja, ¿eh? —dijo el hombre. Iba desaliñado, sucio, bebido. Perfecto. Sostenía una porra en una mano y una bota de vino en la otra.

—¿Me estás atracando? —preguntó Vi.

Media docena de adolescentes salieron de las sombras y la rodearon.

—Bueno, yo... —El hombre sonrió y reveló dos incisivos negros—. Esto que ves es una vía de peaje, y vas a tener que...

—Si no me estás atracando, apártate de mi camino. ¿O es que eres idiota?

La sonrisa desapareció.

—Así es —dijo por fin—. Que te estoy atracando, quiero decir. Tom Gray no se aparta del camino de ninguna zorra. —Entonces estuvo a punto de descalabrarse al intentar beber de la porra en vez de hacerlo de la bota. Los chicos se rieron, pero uno de ellos asió las riendas de su yegua negra.

—Tengo que ver al shinga —dijo Vi—. ¿Podéis llevarme con él, o necesito encontrar a algún otro que me atraque?

—No vas a ninguna parte hasta que me des trece...

Uno de los muchachos carraspeó.

—Esto, catorce platas. —Paseó la mirada por sus pechos, y añadió—: Y a lo mejor una propinilla, de paso.

—¿Y si me llevas ante el shinga y yo a cambio dejo intacta tu patética hombría? —replicó Vi.

A Tom se le ensombrecieron las facciones. Lanzó la bota a uno de los chicos y dio un paso hacia Vi, alzando su porra. La agarró de la manga y tiró para descabalgarla.

Vi aprovechó el impulso del tirón para deslizarse por encima de la silla, patearle la cara y aterrizar con gracilidad mientras Tom Gray caía como un fardo.

—¿Alguno de los que quedáis puede llevarme con el shinga? —preguntó, sin hacer caso de Tom.

Todos observaron confusos el punto donde Tom había acabado, al otro lado de la calle y con la nariz ensangrentada, pero al cabo de un momento un joven canijo y narigón dijo:

—El shinga Trampete no nos deja ir a verlo como si tal cosa cuando nos apetece. Pero Tom es amigo suyo.

—¿Trampete? —preguntó Vi, con una mueca—. No se llamará así de verdad, espero.

Tom se levantó del suelo. Rugió y cargó contra Vi.

Sin mirarlo siquiera, Vi aguardó hasta tenerlo a dos pasos y le clavó el pie en la cadera a mitad de una zancada. Cuando su pie no se adelantó para dar el siguiente paso como esperaba, Tom cayó y se deslizó por los adoquines hasta los pies de Vi, que no había apartado la vista del muchacho en ningún momento.

—Yo, esto, sí, Barush Trampete —respondió el joven, mirando a Tom. No pareció verle nada cómico a la situación—. ¿Quién eres? —preguntó.

Vi retorció los dedos para formar la señal de los ladrones.

—La nuestra es un poco diferente —dijo el joven—. ¿De dónde eres?

—De Cenaria —respondió Vi.

Todos retrocedieron un paso.

—¡No jodas! —exclamó el chico—. ¿Del Sa’kagé de Cenaria?

—Y ahora tú —dijo Vi, mientras agarraba a Tom Gray por la grasienta melena—, ¿vas a llevarme al shinga? ¿O tengo que romper algo?

Tom la insultó.

Vi le rompió la nariz.

Él escupió sangre y volvió a insultarla.

—No aprendes, ¿eh?

Le pegó en la nariz rota y luego le agarró la cabeza. Le hundió los dedos en los puntos de dolor detrás de sus orejas y lo puso en pie. Tom gritó con sorprendente energía. Era una pena que le hubiese roto la nariz antes, porque la salpicó de sangre de arriba abajo. A Vi no le importó, sin embargo. Nysos era el dios de los líquidos potentes: sangre, vino y semen. Hacía semanas que no le hacía ninguna ofrenda. Quizá aquello lo aplacaría hasta que encontrase a Kylar.

Apretó con los dedos en aquellos puntos de dolor, dejando que Tom Gray gritase, permitiendo que le rociase de sangre la túnica y la cara. Los chicos se encogieron, a punto de salir disparados.

—¡Basta! —exclamó una voz desde la oscuridad.

Vi soltó a Tom, que cayó al suelo.

Se adelantó una figura baja y fornida.

—Yo soy el shinga —dijo.

—¿Barush Trampete? —preguntó Vi.

El shinga Barush Trampete tenía barriga cervecera, unos ojos pequeños bajo el pelo rubio y lacio y una boca cruel. Caminaba dándose aires a pesar de su corta estatura. Quizá el enorme guardaespaldas que lo acompañaba le insuflaba confianza.

—¿Qué quieres, moza? —preguntó el shinga.

—Estoy de caza. Mi muriente es el señor Kylar Stern. Tiene más o menos mi altura, los ojos azul claro, el pelo oscuro, está en forma y tiene unos veinte años.

—¿Un muriente? —preguntó Trampete—. ¿Como si fueras un ejecutor? ¿Una chica?

—¿No se llamaba Kylar el tío aquel que machacó a Tom hace un par de semanas? —preguntó el joven de la nariz grande a otro de los adolescentes.

—Creo que sí —dijo otro—. Me parece que todavía vive con la tía Mia. Pero no es ningún señor.

—Callaos —atajó Barush Trampete—. No digáis otra puñetera palabra, ¿entendido? Tom, levanta el culo y tráeme a esta zorra.

Asombroso. Qué fácil lo había dejado Kylar. Se había creído lo bastante lejos, confiado en que todo el mundo lo daba por muerto. Vi ya tenía todo lo que necesitaba. Sería coser y cantar encontrarlo, y también matarlo. Sintió un hormigueo de emoción. Todavía tenía la cicatriz de cinco centímetros que él le había dejado en el hombro, aunque había permitido que uno de aquellos inmundos brujos la sanase.

—Creo que tendré que llevarte a que veas mi casa —dijo Barush Trampete—. A ver qué tal me la ejecutas.

—Qué gracioso —dijo Vi. El guardaespaldas la sujetaba de un brazo, y un pletórico Tom Gray del otro.

—Está buena la zorra, ¿eh? —dijo Tom, agarrándole un pecho.

Vi no le hizo caso.

—No me obligues a hacer algo que lamentarás —le dijo al shinga.

—¿Me la pasarás cuando hayas acabado? —preguntó Tom, que volvió a apretarle el pecho y después le acarició el pelo.

—¡NO ME TOQUES EL PELO! —gritó Vi.

Tanto el guardaespaldas como Tom se encogieron ante su repentina furia. Al cabo de un momento Barush Trampete soltó una carcajada forzada.

—Pequeña cagarruta de alcantarilla, basura cloaquera, tócame el pelo y te juró que te hago pedazos —dijo Vi, temblando.

Tom la insultó y le arrancó la tira de cuero que le sujetaba el pelo. Su melena cayó libre sobre sus hombros por primera vez en años. Estaba expuesta, desnuda, y los hombres se reían.

Perdió la cabeza. Empezó a imprecar a los matones y el Talento la recorrió con tanta potencia que le dolió. Sus brazos se deshicieron con facilidad de las manos que los sujetaban y sus puños partieron a la vez las costillas del guardaespaldas y las de Tom Gray. Antes de que Tom tuviera tiempo de doblarse, lo agarró del pelo con una mano. Le clavó los dedos en las comisuras de los ojos, los hundió en las cuencas y le sacó los globos oculares. Giró sobre sus talones y vio que los demás gritaban y corrían. Presa de la confusión y la furia, ni siquiera supo a cuál perseguir.

No supo cuánto tiempo pasó dando rienda suelta a su vergüenza y su ira con los dos hombres.

Cuando volvió en sí, con el pelo cubierto por un trapo empapado en sangre, estaba sentada en los escalones de una entrada. El shinga y los chicos habían huido. No había nadie en la calle salvo su imperturbable caballo, que aguardaba inmóvil hasta que lo llamara como le había enseñado, y dos fardos con forma humana tendidos en la calle.

Caminando con paso vacilante hacia el caballo, pasó por delante de lo que habían sido Tom Gray y el guardaespaldas. Los cadáveres estaban destrozados. Ni siquiera... Nysos... Ni siquiera había desenvainado un arma, y había hecho aquello. Se le revolvió el estómago y vomitó en la calle.

«Solo es un trabajo sencillo. El rey dios me perdonará por no matar a Jarl. Seré maestra. No tendré que volver a servir a Hu Patíbulo en la cama o en ninguna parte, nunca más. Mato a Kylar y seré libre. Está cerca, Vi. Muy cerca. Puedes lograrlo.»

La hermana Jessie al'Gwaydin había muerto. Ariel estaba segura. Los aldeanos llevaban dos meses sin verla y su caballo seguía en el establo del posadero. Aquello no era propio de Jessie, pero correr riesgos sí lo era. Chica estúpida.

La hermana Ariel se arrodilló al entrar en el robledal, no para rezar sino para ampliar sus sentidos. Aquel grupo de árboles era lo más cerca que los lugareños osaban aproximarse al bosque Iaosiano. Los aldeanos de Vuelta del Torras se

enorgullecían de su pragmatismo. No veían nada supersticioso ni estúpido en conceder al Cazador el mismo terreno que sus antepasados. Las historias que habían contado a la hermana Ariel no eran desvaríos extravagantes. Al contrario, resultaban creíbles por su falta de detalle.

Quienes entraban en el bosque no salían. Así de fácil.

De modo que los lugareños pescaban en los meandros del río Rojo y cortaban leña hasta el borde mismo del robledal, pero allí se paraban. El efecto era discordante. Robles centenarios se elevaban directamente sobre campos pelados. En algunos lugares habían cortado los robles más jóvenes pero, en cuanto los árboles alcanzaban cierta edad, los aldeanos dejaban de tocarlos. El robledal llevaba siglos en lenta expansión.

La hermana Ariel no sintió nada allí, nada salvo el frescor de un bosque, ni olió nada salvo el aire limpio y húmedo. Cuando se levantó y atravesó poco a poco el sotobosque, mantuvo los sentidos agudizados, con frecuentes pausas cada vez que imaginaba sentir el menor temblor en el aire. La hacía avanzar despacio, pero Ariel Wyant Sa'fastae era conocida por su paciencia, aun entre las hermanas. Además, era la imprudencia lo que había matado a Jessie al'Gwaydin. Probablemente.

Aunque solo tenía un kilómetro y medio de anchura, le llevó mucho tiempo atravesar el robledal. Todas las tardes, después de señalar su avance, volvía a la posada y tomaba su única comida del día; estaba perdiendo peso, maldito fuera, aunque bien poco a poco. Todas las noches volvía al bosque, por si cualquier magia que hubiesen colocado en él se viera afectada por el momento del día.

Al tercer día, Ariel llegó a tener a la vista el bosque en sí, y la línea que lo separaba del robledal era nítida, a todas luces mágica. Aun así, no apresuró su avance. En lugar de eso, se movió con mayor lentitud todavía, con mayor cautela. Al quinto día, su paciencia arrojó sus frutos.

Ariel se hallaba a treinta pasos de la línea entre el robledal y el bosque cuando notó la salvaguarda. Paró tan de golpe que estuvo a punto de caer. Se sentó, sin prestar atención a si se ensuciaba, y cruzó las piernas. La siguiente hora la pasó simplemente tanteando las tramas defensivas, intentando formarse una idea de su textura y su fuerza, sin usar magia propia.

Después empezó a recitar en voz baja. Aunque trabajaba hasta entrada la noche comprobando una, dos y tres veces que iba bien y no se le había pasado nada por alto, las tramas eran sencillas. Una simplemente constataba si un humano había cruzado el límite. La segunda, algo más complicada, marcaba al intruso. Era una trama débil que se pegaba a la ropa o la piel y se disipaba al cabo de apenas unas horas. En un alarde de astucia, Ezra —era una suposición por parte de Ariel, pero creía que acertada— había colocado la trama tan cerca de la tierra que podía marcar los zapatos del intruso, tan baja que quedaba oculta por la maleza.

Lo verdaderamente inteligente, con todo, era la ubicación. ¿Cuántos magos habían visto la línea obvia treinta pasos más allá y habían caído de lleno en la trampa antes siquiera de preparar sus defensas?

Sería fácil sortear la trampa ahora que la veía, pero la hermana Ariel no hizo eso. En cambio, escribió sus hallazgos en un diario y regresó a Vuelta del Torras. Si había cometido algún error, moriría antes de llegar a la posada. Hacía que el paseo resultara algo tenso. La idea de desmantelar la antigua magia de Ezra la llenaba de ilusión, pero no sucumbió a la tentación de la arrogancia.

Las cartas de la rectora se iban volviendo más estridentes, exigiendo a Ariel que encontrase a Jessie, que hiciera algo para ayudarla a conjurar la inminente crisis con las Prendas. Ariel mantenía los ojos abiertos, con la esperanza de encontrar a una mujer que se ajustase a los fines de su hermana, pero los aldeanos de Vuelta del Torras se cuidaban de enviar lejos a cualquier niño que mostrase el menor Talento. Ariel no encontraría allí lo que Istariel necesitaba.

De modo que no hacía caso de las cartas. «Hay un lugar y un momento para las prisas, y no son aquí ni ahora.»

Capítulo 25

—¿Viridiana Sovari?

Oír su nombre hizo que Vi parase en seco en el abarrotado mercado. Un hombrecillo sucio movía la cabeza arriba y abajo con nerviosismo. Le tendió una nota, pero Vi no la cogió. El tipo iba con cuidado de no acercársele y no la miraba con aire libidinoso, de modo que debía de tener una vaga idea de lo que era. Le sonrió obsequioso, echó un vistazo rápido a sus pechos y después clavó la mirada con obstinación en sus propios pies.

—¿Quién eres? —preguntó Vi.

—Nadie importante, señorita. Un mero sirviente de nuestro... mutuo señor —respondió él, mirando la muchedumbre que los rodeaba.

A Vi se le heló el corazón. No. No podía ser. El hombre volvió a tenderle la nota y, en cuanto ella la cogió, desapareció entre el gentío.

«*Moulina* —rezaba la nota—, sentimos una gran curiosidad por saber cómo te enteraste de que Jarl se dirigía a Caernarvon, pero que te enterases nos indica que en efecto eres la mejor. También deseamos que te encargues de Kylar Stern. Lo preferimos vivo. Si no es posible, exigimos su cuerpo y todas sus pertenencias, por triviales que parezcan. Tráelas inmediatamente.»

Vi dobló la nota. Era imposible que el rey dios supiera dónde estaba. Imposible que una nota suya se le hubiese adelantado. Imposible que Jarl pudiera estar allí; Jarl, cuya identidad era supuestamente secreta. ¡Jarl, del que ella estaba huyendo! Imposible hacer lo que el rey dios le pedía. Sin embargo, la mayor imposibilidad era la única que importaba en ese momento: era imposible escapar. Vi era esclava del rey dios. No había salida.

De algún modo Kylar se había dejado engatusar para preparar la cena del cumpleaños de Uly. La tía Mia había dicho que ningún hombre debía sentirse intimidado por una cocina, y Elene había añadido que, comparados con las pociones que elaboraba, una cena y un postre deberían resultar fáciles, mientras que Uly simplemente se había reído al ver que ponían a Kylar un delantal con encaje y le había manchado de harina la nariz.

De manera que allí estaba, arremangado e intentando descifrar esotéricos términos culinarios como escaldar, roux y leudar. A juzgar por las risillas de Uly, sospechaba que le habían endosado la receta más difícil que habían podido encontrar, pero les siguió el juego.

—¿Qué hago cuando la gelatina, esto, llora? —preguntó.

Uly y Elene se rieron. Kylar hizo una pose con la espátula, y se carcajearon.

La puerta de la forja se abrió y entró Braen, sucio y apestoso. Lanzó a Kylar una mirada desabrida que le hizo bajar la espátula, chafado, aunque se negó a limpiarse la harina de la nariz. Braen volvió la mirada hacia Elene y la repasó de arriba abajo.

—¿Cuándo es la cena? —le preguntó.

—Te la sacaremos a tu cueva cuando esté lista —dijo Kylar.

Braen gruñó y se dirigió a Elene:

—Deberías buscarte un hombre de verdad.

—¿Sabes? —dijo Kylar en cuanto Braen volvió a la forja—, conozco a un ejecutor al que le gustaría hacer una visita a ese cretino.

—Kylar —advirtió Elene.

—No me gusta cómo te mira —explicó Kylar—. ¿Ha intentado algo contigo?

—Kylar, esta noche no, ¿vale? —dijo Elene, con una seña de cabeza hacia Uly.

Kylar recordó de repente el estuche con los anillos que llevaba en el bolsillo. Asintió. Adoptando una expresión seria, atacó a Uly, que soltó un chillido mientras él la colocaba boca abajo y se la echaba al hombro. Fingió no ser consciente de que la tenía allí mientras seguía cocinando.

Uly dio un gritito, pateando el aire y agarrada a la espalda de su túnica como si le fuera la vida en ello.

La tía Mia entró en la cocina, riéndose con sorna.

—No me lo puedo creer, nos hemos quedado sin harina y miel.

—Oh, no —dijo Kylar—. ¿Cómo voy a preparar la quinta salsa madre?

Soltó la espátula y se agachó pasando las manos por entre las piernas. Uly entendió la maniobra, se deslizó de cabeza por su espalda y le agarró las manos a tiempo de que Kylar tirase de ella entre sus piernas. Uly aterrizó de pie, sin aliento y muerta de risa.

—¿No es el cumpleaños de alguien? —preguntó Kylar.

—¡El mío! ¡El mío! —exclamó Uly.

Kylar le sacó una moneda de plata de cada oreja, mientras la niña seguía riéndose. Dos platas: era el plus que le había pagado el noble. Elene y él volvían a quedarse sin nada, pero Uly lo merecía. Cuando las puso en sus manos, ella abrió mucho los ojos.

—¿Para mí? —preguntó como si no pudiera creérselo.

Kylar le guiñó el ojo.

—Elene te ayudará a encontrar algo que esté bien, ¿vale?

—¿Podemos ir ahora mismo? —preguntó Uly.

Kylar miró a Elene, que se encogió de hombros.

—Podemos ir con la tía Mia —dijo.

—Yo tengo que pelar guisantes, de todas formas —dijo Kylar. Las chicas se rieron de él. Kylar sonrió a Elene y se maravilló una vez más de lo hermosa que era. Estaba tan enamorado que pensaba que el pecho le estallaría.

Uly fue dando saltitos hasta la puerta y le enseñó sus monedas a la tía Mia. Elene tocó a Kylar en el brazo.

—¿Estaremos bien? —preguntó.

—Después de esta noche, sí —respondió él.

—¿Qué quieres decir?

—Ya verás.

Kylar no sonrió. No quería delatarse. Si sonreía, lo haría de oreja a oreja como un pasmarote. Estaba impaciente por ver la cara que pondría Elene. También estaba impaciente por otras cosas. Meneó la cabeza y volvió a concentrarse en la comida. A pesar de sus protestas anteriores, los platos no eran difíciles de preparar, solo trabajosos. Se quitó la alianza y la dejó en la encimera antes de coger la carne cruda; el olor a vaca muerta no tenía mucho de romántico.

Elene, Uly y la tía Mia solo llevarían fuera unos treinta segundos cuando llamaron a la puerta. Kylar volvió a soltar la espátula y se dirigió a la entrada.

—¿Qué te has olvidado esta vez, Uly? —preguntó mientras agarraba un trapo y abría la puerta.

Era Jarl.

Kylar se sintió como si un golpe le hubiera cortado la respiración. No daba crédito a sus ojos. Pero allí estaba, esbelto, atlético, impecable en su vestimenta, guapo como el que más, con sus dientes blancos deslumbrantes expuestos en una dubitativa sonrisa.

—¿Qué tal, Azo? —dijo.

¿A qué venía ese saludo? ¿Acaso Jarl intentaba hacerse el simpático, o también dejaba caer un llamamiento a su historia en común? Sin duda lo último. Durante un largo momento, permanecieron los dos inmóviles, mirándose. Jarl no estaba allí de visita. Jarl no hacía visitas. Por el amor del Dios, era el shinga. Un shinga de verdad, el cabecilla del Sa’kagé más temido de todo Midcyru.

—Por los nueve infiernos, ¿cómo me has encontrado, Jarl? —preguntó Kylar, también por hacerse el simpático. Era lo que Jarl había esperado que dijese la última vez que se había presentado de improviso.

—¿No vas a invitarme a pasar?

—Por favor —dijo Kylar. Sirvió unas tazas de ootai y se sentó enfrente de Jarl, que había tomado asiento junto a la ventana. Silencio.

—Ha salido un trabajo... —empezó Jarl.

—No me interesa.

Jarl encajó la respuesta sin inmutarse. Se mordisqueó el labio y miró la humilde habitación con expresión de curiosidad.

—Entonces, esto... ¿qué es lo que dices que te gusta de esto?

—¿Es que Mama K no te enseñó a tener tacto?

—Hablo en serio —dijo Jarl.

—Yo también. Te presentas aquí después de que te dijera que había dejado el oficio, ¿y lo primero que haces es insultar el sitio donde vivo?

—Logan está vivo. Está en el Agujero.

Kylar se lo quedó mirando, sin comprender nada. Las palabras chocaron entre sí y cayeron hechas añicos en el suelo. Algunos pedazos resplandecían con el brillo de la verdad, pero en conjunto no eran más que esquirlas desparramadas con aristas demasiado afiladas para tocarlas.

—Todos los ejecutores trabajan para Khalidor. Los nobles de la resistencia se han retirado a las posesiones de los Gyre. Varias de las guarniciones fronterizas todavía están defendidas, pero no tenemos ningún líder capaz de unirnos. Allá en los Hielos hay algún problema que tiene preocupado al rey dios, de manera que todavía no ha hecho nada por consolidar su poder. Cree que las familias nobles se harán pedazos entre ellas. Y, si no tenemos a Logan, está en lo cierto.

—¿Logan está vivo? —preguntó Kylar como si fuera tonto.

—El rey dios tiene buscándome a nuestros antiguos ejecutores. En parte he venido por eso. Tenía que salir de Cenaria hasta que podamos hacer correr la voz de que Kagé en persona me protege.

—No —dijo Kylar.

—Día a día aumentan las posibilidades de que descubran a Logan. Al parecer, ninguno de los prisioneros del Agujero lo ha reconocido, pero han empezado a tirar allí abajo a un montón de gente. Quizá te alegre saber que el duque de Vargun es uno de ellos. Considéralo un pequeño extra. Cuando rescates a Logan, de paso podrás matar a ese desgraciado.

—¿Qué? —preguntó Kylar.

Los engranajes giraban demasiado deprisa para seguirles el ritmo.

—Jarl —dijo—, Tenser no es Tenser de Vargun. ¿No lo ves? Se hizo encerrar en el Agujero para poder cumplir la condena más dura de todas. Entonces se sacan de la manga al barón de verdad, vivo, y Tenser queda libre. Acude al Sa’kagé un mes más tarde quejándose de su encarcelamiento injustificado y con todos los contactos de un duque y ¿qué pasa?

—Que lo fichamos —respondió Jarl con voz queda—. ¿Cómo podríamos resistirnos?

—Y él os destruye, porque no es Tenser de Vargun —concluyó Kylar—. Es Tenser Ursuul.

Jarl se recostó, anonadado. Al cabo de un minuto, dijo:

—¿Lo ves, Kylar? Por eso te necesito. No solo por tus habilidades, sino también por tu cabeza. Si Tenser está allí metido ahora, solo esperará lo suficiente para que su estancia en el Agujero resulte creíble, y después le contará a su padre que Logan está

allí. Tenemos que ir ahora. ¡Ahora mismo!

El estuche con los anillos quemaba contra la pierna de Kylar. Miró por la ventana abierta mientras Jarl hablaba, contemplando la ciudad que había esperado convertir en su hogar para el resto de su vida. Amaba esa ciudad, amaba la esperanza que veía en ella, amaba curar y ayudar, el simple placer de recibir alabanzas por sus pociones. Amaba a Elene. Ella le demostraba que podía hacer más bien sanando que matando. Todo tenía sentido... y aun así... aun así...

—No puedo —dijo—. Lo siento. Elene nunca lo entendería.

Jarl se balanceó sobre dos patas de la silla.

—No me malinterpretes, Azo, porque yo también crecí con Elene, y quiero a esa chica. Pero ¿qué cojones te importa lo que piense?

—Joder, Jarl.

—Oye, solo lo pregunto. —Entonces dejó que la pregunta calara, sin apartar la mirada del rostro de Kylar.

Qué cabrón, realmente había estado estudiando con Mama K durante todos aquellos años.

—La amo.

—Claro, eso es una parte.

De nuevo esa mirada de «estoy esperando».

—Es buena, Jarl. Quiero decir, buena como no lo es nadie allá de donde venimos. No buena porque con ello vaya a conseguir algo. Buena sin más. Al principio pensaba que estaba hecha así y punto, ya sabes, igual que tu piel es negra y yo soy arrebatadoramente guapo.

Jarl alzó una ceja. No se rió.

—Pero ahora he visto que tiene que trabajárselo. Vaya si se lo trabaja, y lleva trabajándoselo el mismo tiempo que yo he dedicado a aprender a matar gente.

—Vale, es una santa. Eso no responde a mi pregunta —dijo Jarl.

Kylar guardó silencio durante un minuto entero. Rascó con una uña la madera de la mesa.

—Mama K siempre decía que nos convertimos en las máscaras que llevamos. ¿Qué tenemos nosotros debajo de la máscara, Jarl? Elene me conoce como no me conoce nadie más. He cambiado de nombre, he cambiado de identidad, he dejado todo y a todos los que he conocido nunca. Soy todo mentiras, Jarl, pero, mientras Elene me conozca, quizá exista un auténtico yo. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Mira —dijo Jarl—, me equivocaba contigo. Cuando te hiciste matar salvando a Elene y a Uly, pensé que eras un héroe. No eres ningún héroe. Solo te odias a ti mismo, joder.

—¿Perdona?

—Eres un cobarde. Vale, has hecho cosas malas. Bienvenido al club. ¿Sabes qué?

Me alegro de que las hicieras, porque te convirtieron en algo mejor que un santo.

—¿Un asesino es mejor que un santo? Hay que ser un hijoputa del Sa'kagé para pensar que...

—Te has vuelto útil. ¿Sabes cómo están las cosas en Cenaria ahora mismo? No me creerías. No he venido buscando a un asesino. He venido en busca del Asesino, el Ángel de la Noche, el hombre que es más que un ejecutor, porque los problemas que tenemos ahora son más de lo que cualquier ejecutor podría afrontar. Solo hay un hombre capaz de ayudarnos, Kylar, y ese eres tú. Créeme, no eras mi primera elección. —Paró en seco.

—¿Qué se supone que significa eso?

Jarl no lo miraba a los ojos.

—No quería decir...

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Kylar con tono peligroso.

—Teníamos que estar seguros, Kylar. Fuimos muy respetuosos, quiero que lo sepas. Fue idea de Mama K. Hasta entonces era inmortal, teníamos que asegurarnos...

—¿Desenterrasteis el cadáver de mi maestro? —preguntó Kylar enfurecido.

—Lo volvimos a dejar tal y como tú lo habías enterrado. —Jarl hizo una mueca —. Fue a lo mejor una semana después de la invasión...

—¿Lo desenterrasteis mientras yo todavía estaba en la ciudad?

—No pudimos contártelo de antemano, y después no había motivo para hacerlo. Mama K dijo que el cuerpo estaría allí, que Durzo te había cedido su inmortalidad, pero cuando lo vio... Fue lo más terrorífico que he visto en mi vida, Kylar. Vamos, esa mujer prácticamente me crió, y nunca la había visto así. Histérica, llorando y gritando... Allí estábamos, en mitad de una noche nublada, habíamos llegado en barca a la isla de Vos con unos remos forrados de lana, y ella se puso a sollozar como una loca. Estaba tan seguro de que acudiría una patrulla que quería partir de la isla de inmediato, pero ella no quiso irse hasta colocarlo tal y como tú lo habías dejado.

Como si a Kylar le importase que Durzo siguiera en aquella maldita roca. Ya que lo desenterraron, al menos podrían haberlo llevado... «¿Adónde? ¿A casa? ¿Qué casa tuvo nunca Durzo Blint?»

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó con voz queda.

—Hecho una mierda. Tenía aspecto de llevar una semana enterrado, ¿a ti qué te parece?

Por supuesto. «Maldita sea, maestro Blint, ¿por qué me diste a mí tu inmortalidad? ¿Estabas simplemente harto de vivir? ¿Por qué no me dijiste nada?» Aunque claro, quizá se lo había explicado en la nota que había entregado a Kylar, la nota que se había empapado de sangre hasta quedar ilegible.

—¿Quieres que me cuele en el Agujero y salve a Logan?

—¿Sabes a quién coge de concubinas el rey dios? Jóvenes de familias nobles. Las

prefiere vírgenes. Calcula cuánta humillación e ignominia puede soportar cada chica. Las mete en habitaciones de las torres con balcones a los que han quitado el pasamanos, para que el salto las tiente a diario. Es un juego para él.

Kylar mantuvo un tono de voz duro.

—Ve al grano.

—Se llevó a Serah y Mags Drake. Serah se mató la primera semana. Mags sigue allí.

Serah y Mags eran prácticamente hermanas de Kylar. Mags siempre había sido su compinche. Siempre presta a la risa, siempre sonriente. Había estado tan ensimismado desde el golpe que apenas había pensado en ellas. Jarl prosiguió:

—Quiero que rescates a Logan, y luego quiero que asesines al rey dios.

—¿Eso es todo? —Con fría sorna. Era un tono que Kylar había oído usar a Durzo cien veces—. A ver si lo adivino: ¿Logan primero porque tampoco voy sobrado de posibilidades de matar al rey dios?

—Así es —respondió Jarl con furia—. Así es como tengo que pensar, Kylar. Estoy librando una guerra, y en ella muere gente mejor que nosotros a diario. ¿Y tú estás aquí de brazos cruzados por lo que piensa una chica?

—No hables de Elene.

—¿O qué? ¿Me tirarás el aliento con rabia? Tú eres el memo que juró dejar la violencia. Sí, estoy al tanto. Deja que te diga una cosa. Roth fastidió a mucha gente. Me alegro de que lo mataras, ¿vale? A mí me jodió vivo. Pero no le llega a su padre ni a la suela de los zapatos. —Jarl soltó una palabrota—. ¡Mírate! Sé que este golpe es imposible. Te estoy mandando a por un dios, pero si alguien en el mundo puede conseguirlo, eres tú. Naciste para esto, Kylar. ¿Crees que has sobrevivido a tanta mierda para acabar vendiendo pociones para la resaca? Hay cosas más grandes que tu felicidad, Kylar. Puedes ofrecer esperanza a una nación entera.

—Solo me costará todo lo que tengo —susurró Kylar. Tenía la cara gris.

—Eres inmortal. Habrá otras chicas.

Kylar lo miró con asco.

Jarl cambió al instante de expresión.

—Lo siento. Supongo que también habrá otros reyes dioses y otros shingas. Es que... te necesitamos. Logan morirá si no vienes. Mags también, y un montón de gente más a la que nunca conocerás.

Habría resultado más fácil si discrepase de algo de lo que decía Jarl. Kylar le había preguntado a Mama K: «¿Puede cambiar un hombre?». Allí tenía su respuesta, hundiéndole la vida.

—De acuerdo —dijo—. Aceptaré el contrato.

Jarl sonrió.

—Es bueno tenerte otra vez en la brecha, amigo.

—Es malo estar en la brecha.

—No quería decirlo antes, pero ¿has hecho algo para cabrear al shinga local? —preguntó Jarl, que tomó la expresión de Kylar como un reconocimiento—. Porque una de mis fuentes me contó que el shinga ha puesto precio a la cabeza de un ejecutor cenariano. No sabía los detalles, pero, vamos, no creo que haya tantos ejecutores cenarianos paseándose por Caernarvon. Cuanto más tiempo pases aquí, más pondrás en peligro a Elene y Uly.

Durzo había enseñado a Kylar que la mejor manera de cancelar un contrato era cancelar al contratador. Para que Elene, Uly y la tía Mia, e incluso Braen, estuviesen a salvo, Barush Trampete debía morir.

Kylar se puso en pie con rigidez y subió al piso de arriba. Volvió al cabo de un minuto con el semblante tan oscurecido como las ropas grises de ejecutor que vestía de nuevo.

Vi contempló el arco que tenía en las manos, intentando convencerse de tirar de la flecha roja y negra. Estaba en un tejado con vistas a la casa de la comadrona. Llevaba una hora allí. Apoyaba la espalda en una chimenea, y se había envuelto en sombras. No era ni mucho menos invisible pero, agachada y con la luz menguante del sol a sus espaldas, se acercaba bastante.

Había viajado a Caernarvon para huir de aquello. Había creído que el único modo de no matar a Jarl y aun así evitar la ira del rey dios era liquidar a Kylar. En el tiempo que ella pasase fuera, Jarl escaparía o moriría a manos de otro ejecutor.

¿Cómo podía Jarl haber viajado allí?

Quería errar el tiro, alcanzar a Kylar y fingir que Jarl no estaba allí, fingir que nunca había recibido la nota. Pero no tenía a Kylar a tiro y las mentiras no la llevarían a ninguna parte con el rey dios. Jarl estaba sentado justo delante de la ventana, que hasta estaba abierta. Vi estaba usando un arco que se tensaba con el Talento, tan poderoso que solo una persona con magia podía dispararlo, de modo que la flecha roja y negra, como correspondía a los traidores, podría haber atravesado sin problemas una ventana, incluso con el postigo cerrado si hiciera falta. Pero ni siquiera lo necesitaba.

Jarl estaba allí sentado, totalmente expuesto. En Cenaria nunca habría cometido semejante error, pero allí se sentía a salvo. Había huido derecho a los brazos de la Muerte.

Aun así, esperó. Maldito fuera Jarl por su estupidez. Si Vi no lo mataba, el rey dios lo sabría. La encontraría.

«Maldito seas, Jarl. Maldito seas por tu bondad.

»Remata el trabajo.» A Hu Patíbulo le gustaba torturar antes a sus murientes, pero solo lo hacía cuando estaba seguro de que no lo interrumpirían. Hu Patíbulo siempre

remataba el trabajo. «El disparo perfecto nunca llega. Confórmate con cualquier disparo que mate.»

Maldiciendo entre dientes para activar su Talento, Vi se puso en pie y llevó la flecha hasta su mejilla. El movimiento la sacó de la sombra de la pequeña chimenea y la expuso a la luz del atardecer. Temblaba, pero su blanco estaba apenas a treinta pasos.

—¡Maldito seas, Jarl, muévete! —dijo.

Podía salir corriendo. En Gandu o Ymmur el rey dios nunca la encontraría. ¿O sí? No podía creerlo. No le había dicho a nadie que se dirigía a Caernarvon, no había dejado ninguna pista, y aun así él lo había sabido. Si huía, el rey dios enviaría a su maestro a por ella, y Hu Patíbulo nunca fallaba. La belleza de Vi, con todas las puertas que le había abierto, solamente imposibilitaba una opción: la de esconderse. Nunca se había preocupado por los disfraces. Nunca lo había visto como una debilidad. Hasta ese momento.

—Venga, Kylar —susurró—. Pasa por delante de la ventana. Solo una vez.

Ya se estremecía violentamente, y no solo por el Talento que bullía en su interior, no solo por el esfuerzo de mantener tenso el arco durante tanto tiempo. ¿Por qué tenía tantas ganas de ver muerto a Kylar?

Distinguió una pierna, una pierna vestida con los grises de los ejecutores, pero nada más. Maldición. Si Kylar pensaba salir, se encontraba en un buen lío. Había oído que podía hacerse invisible, pero no eran más que las típicas mentiras de los ejecutores. Todos fanfarroneaban de sus habilidades para encarecer los precios. Todos querían ser otro Durzo Blint.

Pero ese era el aprendiz de Durzo, el hombre que había matado a Durzo. El miedo la atenazó.

La cara de Jarl era la viva imagen de la compasión, la pena. Ante esa expresión (la expresión que había visto cuando Jarl había cuidado de ella después de que Hu Patíbulo llegara para probar las nuevas habilidades que Mama K le había enseñado, la encontrara deficiente, le pegara una paliza y la violara de todas las maneras que se le ocurrieron), ante esa expresión, la visión de Vi se nubló. Parpadeó y parpadeó, negándose a creer que fueran lágrimas. No había llorado desde aquella noche, desde que Jarl la había abrazado y la había mecido, ayudándole a recomponer sus pedazos.

Jarl se puso en pie y caminó hasta la ventana. Alzó la vista y vio a Vi, su silueta oscura contorneada por el sol. Se le encendieron los ojos de sorpresa y, cuando esta dio paso al reconocimiento —¿qué otro ejecutor tenía silueta de mujer?—, Vi habría jurado que leyó su nombre en sus labios. Perdió la sensibilidad en los dedos y la cuerda del arco se soltó.

La flecha para traidores roja y negra sorteó aquel estrechísimo abismo: la distancia entre una ejecutora y su muriente. Trazó una estela roja en el aire como si la

noche misma estuviera sangrando.

Capítulo 26

«Elene, lo siento —escribió Kylar con mano temblorosa—. Lo he intentado. Juro que lo he intentado. Hay cosas que valen más que mi felicidad. Hay cosas que solo yo puedo hacer. Véndeselos al maestro Bourary y traslada la familia a una parte mejor de la ciudad. Siempre te querré.» Sacó el joyero del bolsillo y lo dejó encima del trozo de pergamino.

—¿Qué hay en el estuche? —preguntó Jarl.

Kylar no pudo mirar a su amigo.

—Mi corazón —susurró, y fue soltando uno a uno los dedos que sostenían la cajita—. Unos pendientes, nada más —dijo, más alto. Se volvió.

A Jarl no podía engañarlo.

—Ibas a casarte con ella —dijo.

A Kylar se le formó un nudo en la garganta. No había palabras. Tuvo que apartar la mirada de los ojos de Jarl.

—¿Has oído hablar alguna vez de la crucifixión? —preguntó finalmente.

Jarl negó con la cabeza.

—Es la forma en que los alitaeranos ejecutan a los rebeldes. Los estiran sobre un armazón de madera y los clavan por las muñecas y los pies. Para poder respirar, el criminal tiene que levantar su peso sobre los clavos. Hay hombres que tardan un día en morir, asfixiados por su propio peso.

No pudo completar la metáfora, aunque se sentía estirado, un rebelde contra el destino en un universo malévolo decidido a aplastar todo lo bueno, estirado entre Logan y Elene, clavado a cada uno de ellos con la lealtad que les debía, jadeando bajo el peso aplastante de su propio carácter. Sin embargo, no eran solo Logan y Elene quienes lo estiraban. Eran dos vidas, dos sendas. El camino de las sombras y el camino de la luz. El lobo y el perro lobo. ¿O era perro lobo y perro faldero?

Kylar se había creído capaz de cambiar. Había pensado que podía tenerlo todo. Se había topado de bruces con dos opciones incompatibles y había escogido ambas. Eso lo había llevado a la cruz, no las maquinaciones de un dios travieso o el giro implacable de la rueda de la Fortuna. Las opciones de Kylar se iban separando cada vez más, y él se había agarrado a ellas hasta perder la respiración. Ya solo importaba una pregunta: ¿qué clase de hombre soy?

—Vámonos —dijo Kylar, perro lobo de la cabeza a los pies.

Jarl estaba de pie ante la ventana, pensativo.

—Una vez estuve enamorado —dijo—. O algo parecido. De una chica preciosa casi tan jodida como lo estoy yo.

—¿Quién era? —preguntó Kylar.

—Se llamaba Viridiana. Vi. Preciosa, preciosa... —Jarl alzó la vista y se puso

rígido—. ¿Vi?

Se derrumbó entre una lluvia de sangre, con una flecha atravesándole el cuello. Su cuerpo cayó al suelo como un saco de harina. Parpadeó una vez. En sus ojos no había ni miedo ni ira. Su expresión era sardónica.

«¿Te lo puedes creer?», preguntaban sus ojos mientras Kylar se lo ponía en el regazo.

Y entonces los ojos de Jarl dejaron de decir nada.

—¿Puedo enseñársela a Kylar? —preguntó Uly. Tenía agarrada la misma muñeca que Kylar había cogido unos días atrás. Elene sonrió; a Kylar se le daba mejor ser padre de lo que él creía.

—Sí —dijo Elene—, pero corre derecha a casa. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —respondió Uly, y arrancó a correr.

Elene la miró alejarse; se sentía algo inquieta, pero siempre se inquietaba por pequeñeces. Caernarvon no era como las Madrigueras. Además, la casa estaba solo a dos manzanas.

—Tenemos que hablar, ¿verdad? —preguntó la tía Mia.

Se estaba haciendo tarde. Los rayos del sol caían de soslayo sobre los mercaderes que recogían sus artículos y ponían rumbo a casa. Elene tragó saliva.

—Se lo prometí a Kylar. Acordamos que nunca se lo contaríamos a nadie, pero...

—Entonces no digas una palabra más. —La tía Mia sonrió y cogió a Elene del brazo para guiarla hasta la casa.

—No puedo —dijo Elene, parándola—. No puedo seguir así.

De modo que se lo contó todo a la tía Mia, desde la farsa de su matrimonio hasta las peleas sobre el sexo, pasando por que Kylar era un ejecutor que intentaba dejar atrás su pasado. La tía Mia ni siquiera pareció sorprendida.

—Elene —dijo, cogiéndole las manos—, ¿quieres a Kylar o solo estás con él porque Uly necesita una madre?

Elene hizo una pausa para responder la pregunta con toda humildad, para asegurarse de que lo que iba a decir sería cierto.

—Le quiero —dijo—. Uly tiene algo que ver, pero lo amo de verdad.

—Entonces, ¿por qué te proteges?

Elene alzó la vista.

—No me protejo...

—No puedes ser sincera conmigo hasta que seas sincera contigo misma.

Elene se miró las manos. Les pasó por delante un carro cargado con los artículos que un granjero no había conseguido vender durante la jornada. La luz estaba menguando y en la calle empezaba a oscurecer.

—Tenemos que volver —dijo Elene—. La cena se estará enfriando.

—Niña —dijo la tía Mia. Elene se detuvo.

—Es un asesino —explicó Elene—. O sea, ha matado gente.

—No, lo decías bien. Es un asesino.

—No, es un buen hombre. Puede cambiar. Lo sé.

—Niña, ¿sabes por qué me estás hablando aunque le prometiste a Kylar que no lo harías? Porque accediste a algo que no está en tu naturaleza. Eres una mentirosa pésima, pero lo intentaste porque lo habías prometido. ¿No es eso lo que ha hecho él?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elene.

—Si no puedes amar a Kylar como al hombre que es, si solo lo quieres como al hombre que crees que podría ser, lo mutilarás.

Kylar había sido tan infeliz... Cuando había empezado a salir por las noches, ella no le había hecho preguntas, no había querido saber lo que hacía.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó.

—¿Te crees que eres la primera mujer que ha tenido miedo de amar? —preguntó la tía Mia.

Las palabras cortaban hondo. Arrojaban una luz diferente sobre sus escarceos y peleas nocturnos. Había atribuido a la religión su reticencia a hacer el amor con Kylar, pero lo cierto es que solo estaba aterrorizada. Sentía que tenía ya tan poco control de la situación que rendirse en el dormitorio la reduciría a la impotencia absoluta.

—¿Puedo amarlo si no puedo entenderlo? ¿Puedo amarlo si odio lo que hace?

—Niña —dijo la tía Mia. Le posó con dulzura una gruesa mano en el hombro—. Amar tiene tanto de acto de fe como creer en el Dios.

—Él no es creyente. No puede uncirse juntos a un buey y a un lobo —replicó Elene, consciente de que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

—¿Crees que el único yugo son los anillos del matrimonio o hacer el amor? No necesitas entenderlo, Elene, necesitas amarlo hasta que lo entiendas. —La tía Mia cogió a Elene del brazo—. Venga, vamos a cenar.

Volvieron juntas a la casa. Elene se sentía más animada que desde hacía meses, aunque fuese a tener una conversación seria con Kylar. Sentía una novedosa esperanza.

Abrió la puerta de par en par, pero la casa estaba en silencio.

—¿Kylar? —llamó—. ¿Uly?

No hubo respuesta. La comida se enfriaba en la encimera, y la gelatina que Kylar estaba preparando se había solidificado y cuarteado. Se le subió el corazón a la garganta. Cada aliento le suponía un esfuerzo. La tía Mia parecía horrorizada. Elene ascendió al piso de arriba y sacó a manotazos la caja con la ropa de ejecutor y la gran espada de Kylar. Estaba vacía. No había señales de nada.

Volvió abajo; la verdad se aposentaba en ella con la lentitud del sol poniente.

«¿Estaremos bien?», le había preguntado ella.

«Después de esta noche, sí», había respondido él, sin sonreír.

La alianza de Kylar estaba al lado del fogón. No había nota, ni nada más. Hasta Uly había desaparecido. Kylar por fin había tirado la toalla con ella. Se había ido.

Vi se bajó del hombro a la niña, que no paraba de retorcerse, mientras entraban en la cuadra de la posada de mala muerte donde había dejado su caballo. El mozo yacía inconsciente y sangrando junto a la puerta. Probablemente viviría. Daba lo mismo; no había visto a Vi antes de que esta le atizara con el pomo de su espada corta.

La niña chilló a través del trapo que Vi le había atado a modo de mordaza. La ejecutora se arrodilló y agarró la garganta de la cría con una mano. Le quitó el trapo de la boca.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—¡Vete a la porra! —Los ojos de la niña brillaban desafiantes. No pasaría de los doce años.

Vi le dio un bofetón, con fuerza. Después le atizó otro, y otro y otro, impasible, como la abofeteaba Hu si estaba aburrido. Cuando la niña intentó apartarse, le atenazó la garganta con la mano, en una amenaza explícita: cuanto más te menees, más te asfixiarás.

—De acuerdo, Vete a la Porra, ¿quieres que te llame así, o por otro nombre?

La niña volvió a maldecir. Vi le dio media vuelta y le tapó la boca con una mano. Con la otra, encontró un punto de dolor en uno de los codos de la niña y clavó los dedos en él.

La chica gritó en su mano.

«¿Por qué no la he matado todavía?»

El trabajo había salido a pedir de boca. Kylar se había llevado el cuerpo de Jarl después de armarse para la caza. Vi solo había captado breves destellos de hojas que se enfundaban y desaparecían... Sin duda había sido una jugarreta de la luz y la distancia, Kylar no podía ser invisible de verdad. En cualquier caso, al cabo de un rato se había llevado el cuerpo de Jarl y Vi había entrado en la casa.

Su intención había sido montar unas cuantas trampas. Había un veneno de contacto perfecto con el que podía embadurnar el pomo de la puerta del dormitorio de Kylar y una trampa de aguja que encajaría a la perfección en la cajita que guardaba bajo la cama. Pero no pudo hacerlo. Aturdida aún por el asesinato de Jarl, deambuló por la casa como una desvalijadora cualquiera.

Encontró una nota y un par de pendientes que parecían caros (eso venía a confirmar la nota) aunque eran extrañamente desiguales, uno más grande que el otro. Se quedó ambas cosas pero no tocó la fina alianza de oro que había junto al fogón. Que la pequeña familia feliz conservase sus tesoros. No estaba segura de lo que

significaba la nota. ¿Kylar lo había intentado? ¿Proteger a Jarl?

La puerta se abrió y, mientras se recuperaba de la sorpresa, por ella entró la niña. Vi la ató, la amordazó y después se levantó para contemplar el lío en el que se había metido.

Estaba acabada. No podía matar a aquella niña. Ni siquiera podía matar a Kylar. No, eso no era cierto, estaba segura de que todavía podía matar a Kylar. La única manera de sobrevivir a la ira del rey dios era complacerlo. Estaría más complacido si le entregaba a Kylar con vida. Si hacía eso, el rey dios nunca conocería su debilidad. Ganaría tiempo para recuperar lo que fuera que se había resquebrajado en su interior al ver morir a Jarl entre una lluvia de sangre.

Como hipnotizada, regresó al dormitorio de Kylar. Grabó el símbolo del Sa'kagé de Cenaria en la mesilla de noche con letra fina y esmerada. Debajo escribió: «Tenemos a la niña». Cuando Kylar regresase, descubriría que su hija había desaparecido y buscaría por toda la casa. Encontraría el símbolo y seguiría a Vi derecho hasta el rey dios.

De manera que lo único que le restaba por hacer era descubrir cómo sacar a escondidas de la ciudad a una niña gritona.

—Vamos a intentarlo otra vez —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Uly —respondió la niña, con la cara cubierta de lágrimas.

—De acuerdo, Uly, vamos a irnos. Puedes acompañarme viva o muerta. Da lo mismo. Ya has cumplido tu fin. Voy a atarte las manos a la silla de montar, de manera que podrás saltar del caballo si quieres, pero solo conseguirás que te pise y te arrastre hasta matarte. Tú verás. Abre la boca.

Uly obedeció y Vi le metió la mordaza.

—Estate callada —dijo. Miró la mordaza con la frente arrugada—. Di algo.

—¿Mmm? —farfulló Uly.

—Maldición. —Vi concentró su voluntad en la mordaza—. ¡Cállate! —susurró —. Otra vez.

Uly movió la boca, pero no surgió ningún sonido. Vi le quitó la mordaza, que ya no era necesaria. Un truquillo que había descubierto por casualidad hacía unos años. No siempre funcionaba, pero una niña simplemente callada sería mucho más fácil de sacar de la ciudad que una amordazada. Vi ensilló su caballo y el segundo mejor que vio en el establo.

Al cabo de media hora, Caernarvon se difuminaba en la distancia, pero la libertad estaba todavía muy lejos.

Capítulo 27

Una cólera fría teñía el mundo de blanco. Kylar cruzó el tejado a la carrera. Llegó al borde y saltó, atravesando a toda velocidad el aire de la noche. Salvó sin problemas la distancia de seis metros y ascendió corriendo por la pared. Se impulsó desde ella, agarró la viga que sobresalía del tejado y con una voltereta se subió a ella, sin siquiera bambolearse.

Lo había hecho todo estando invisible, algo que le habría complacido enormemente unos días antes. En ese momento, no tenía ninguna capacidad de sentir placer. Escudriñó las calles oscuras.

Antes de salir, había limpiado del suelo la sangre de Jarl; no permitiría que Elene tuviera que enfrentarse a eso. Había llevado el cuerpo de su amigo a un cementerio. Jarl no se pudriría en una cloaca como una cagarruta de alcantarilla cualquiera. Kylar ni siquiera tenía dinero para pagar a un enterrador —«gracias, Dios»—, de modo que dejó a Jarl y juró que volvería.

Jarl estaba muerto. Una parte de Kylar no se lo creía, la parte que había opinado que la vida fácil de un sanador waeddrynés podía estar hecha para él. ¿Cómo podía haber creído eso? No había nada fácil en la vida de un Ángel de la Noche. Nada. Se dedicaba a matar. La muerte se elevaba a su paso como el fango que se arremolinaba tras un palo arrastrado por el fondo de una laguna clara y en calma.

Allí. Dos gamberros estaban acosando a un borracho. Dioses, ¿era el mismo alcohólico al que había abandonado a su suerte la otra noche? Kylar se dejó caer del tejado, saltó desde el siguiente nivel y en diez segundos estuvo en la calle.

El borracho ya estaba en el suelo, sangrando por la nariz. Uno de los gamberros le estaba arrancando de la cintura el monedero, mientras el otro montaba guardia con un cuchillo largo en la mano.

Con una reverberación del aire, Kylar dejó entrever su cuerpo: músculos que resplandecían de un negro iridiscente, unas esferas negras por ojos y la cara convertida en una máscara de furia. Solo pretendía asustar al portador del cuchillo pero, cuando el matón abrió los ojos como platos al verlo, captó en ellos algo tan siniestro que lo obligó a actuar.

Antes de que acertara a controlarse, la daga de puño bebía sangre de corazón. El cuchillo del maleante cayó al suelo.

—¿Qué haces, Terr? —preguntó el atracador, mientras se volvía.

En cuestión de un momento, Kylar tenía al malhechor empotrado contra la pared por la garganta. Tuvo que contener el impulso de matar, matar, matar.

—¿Dónde está el shinga? —exigió saber.

Aterrorizado, el tipo se revolvió y gritó.

—¿Qué eres?

Kylar atrapó una mano al vuelo y apretó. Crujió un hueso. El atracador soltó un grito. Kylar esperó, y apretó más fuerte. Otro hueso se partió.

El chorro de insultos no le impresionó. Kylar estrujó la mano del atracador hasta reducirla a pulpa y luego le cogió la otra. El hombre empezó a gimotear mirándose la mano destrozada.

—Oh mierda oh mierda oh mierda, mi mano.

—¿Dónde está el shinga? No repetiré la pregunta.

—Hijo de... ¡No! ¡Para! ¡Tercer almacén bajando desde el muelle tres! ¡Oh, dioses! ¿Qué eres?

—Soy la sentencia —dijo Kylar.

Rebanó el gaznate del atracador y lo dejó caer. El borracho lo miraba boquiabierto. Daba la impresión de que creía haberse vuelto loco.

El almacén era sin duda la guarida del shinga, pero Barush Trampete no estaba allí. Kylar supuso que era demasiado esperar. Sí había, sin embargo, diez guardias tras la puerta de entrada. Kylar los miró desde las vigas del techo, buscando uno que pudiera saber más que los otros.

La presencia de los guardias era prueba suficiente de que Barush Trampete había enviado al ejecutor que mató a Jarl. Kylar no tenía ni idea de cómo habían descubierto que era él quien había hecho mearse encima a Trampete la otra noche, pero tomarse la venganza con el hombre equivocado era muy propio de aquel shinga de pacotilla.

Se dejó caer detrás de un hombre que parecía el cabecilla. Le rompió el brazo derecho y desenfundó la espada que el tipo llevaba al cinto.

La mitad de los matones había caído antes de que se hicieran a la idea de que en teoría debían luchar contra el hombre invisible que los estaba matando. Quienes combatieron, lo hicieron mal. Si se viste a un matón con armadura y se le da una espada en vez de una porra no se obtiene un soldado, sino un matón que blande una espada como si fuera un cacho de madera. Se precipitaron a los brazos de la Muerte.

Kylar se plantó sobre el líder, el último que quedaba vivo, y permitió de nuevo que sus ojos y su cara se volvieran visibles. Le puso un pie sobre el brazo roto y le llevó su propia espada al cuello.

—Tú eres el ejecutor. —El hombre soltó una palabrota. Estaba sudando y tenía la cara ancha pegajosa. La poblada barba morena le temblaba al hablar—. Dijo que eras una chica.

—Falso, háblame —dijo Kylar.

—El shinga dijo que había cabreado a un ejecutor cenariano. Teníamos que matarte si venías.

—¿Dónde está?

—Si te lo digo, ¿me perdonarás la vida?

Kylar miró a los ojos del hombre y, curiosamente, no sintió o imaginó, o lo que fuese que había hecho las otras veces, la oscuridad que exigía la muerte.

—Sí —dijo, aunque seguía poseído por la furia homicida.

El hombre le reveló un escondrijo, y otra trampa, una habitación subterránea con una sola entrada y otros diez guardias.

Con los dientes rechinando contra aquella cólera fría y blanca, Kylar dijo:

—Diles que el Ángel de la Noche camina. Diles que la Justicia ha llegado.

Capítulo 28

La reja se abrió con un chirrido y la cara de Gorkhy apareció a la tenue luz de su antorcha. Parecía contento. Logan lo odiaba de todo corazón.

—Carne fresca, nenes —dijo Gorkhy—. Carne fresca y sabrosa.

Varios de los prisioneros que había detrás de Gorkhy empezaron a sollozar. Era una crueldad deliberada llevarlos allí a aquella hora. Era mediodía; los aulladores chillaban a pleno pulmón y un aire caliente y fétido salía a chorro del agujero como un pedo gigante e interminable. Hacía que las antorchas bailaran y las figuras de los ojeteros pareciesen brincar y retorcerse con el resplandor de su sudor.

Desde que Logan había saltado al Agujero hacía ochenta y dos días, solo habían tirado a un preso más. Se había encargado Gorkhy, que lanzó al preso al Agujero... directo al agujero. La cara del prisionero se había estrellado con un sonido húmedo contra el borde del orificio, y su cuerpo se había precipitado al abismo. De modo que, en ese momento, los animales y los monstruos se apiñaron en torno al agujero como hacían cuando Gorkhy les tiraba el pan. No para salvar la vida de los presos, sino para salvar su carne.

—De acuerdo, bonitos —dijo Gorkhy—. ¿Quién va primero?

Sin perder de vista a Fin, que también lo vigilaba de reojo, Logan se mantuvo apartado del borde del orificio. Era el que tenía los brazos más largos, pero atrapar un cuerpo en caída libre no era lo mismo que cazar un trozo de pan, y Fin había desenrollado su cuerda de tendones de su cuerpo.

Se oyó un forcejeo arriba, seguido de imprecaciones, y una mujer se lanzó hacia la reja. Gorkhy intentó interceptarla, pero ella se escabulló por debajo de sus brazos. Se tiró de cabeza hacia el suelo y entonces frenó en seco cuando Gorkhy la agarró del vestido.

La mujer gritó y pateó, colgando directamente sobre la cabeza de Logan. Este saltó y cogió uno de los brazos que la mujer sacudía en el aire, pero se le escurrió. La mujer cayó unos palmos más hacia delante, hasta quedar boca abajo a unos tres metros del suelo de piedra.

—¡Fin! —gritó Lilly—. ¡A por él!

Gorkhy estaba de rodillas, agarrando el vestido de la chica con una mano y la reja con la otra. Tenía la cabeza a la vista. Para Fin, que practicaba sin tregua con su lazo, era un blanco fácil.

Gorkhy estaba maldiciendo, pero era un hombre fuerte. Logan saltó e intentó asir de nuevo la mano de la chica, pero falló. Fin se acercó corriendo con el lazo en la mano. El resto de los ojeteros aullaban y lanzaban heces contra Gorkhy. Logan saltó una vez más y agarró la mano de la chica.

Su vestido se rasgó y la joven cayó encima de Logan, que apenas pudo

amortiguar el golpe ya que se concentró en desviarla del abismo.

Cuando Logan pudo ponerse en pie, vio la cara de Gorkhy desfigurada de ira a la luz de la antorcha, todavía expuesta, esperando a que el lazo se cerrase alrededor de su cuello, suplicando que lo arrastraran al Agujero y lo despedazasen. Se dio la vuelta y vio que Fin estaba a apenas medio metro de distancia, pero había soltado el lazo. Logan casi no tuvo tiempo de ver el centelleo del acero en la mano de Fin antes de que este lo apuñalara.

La hoja desgarró la carne de sus costillas y su brazo izquierdo cuando se retorció a toda prisa para esquivar el golpe. El movimiento atrapó la mano de Fin entre el brazo izquierdo de Logan y su cuerpo y, al girar la cintura, Logan oyó caer el cuchillo al suelo de piedra. Lanzó un puñetazo contra la cabeza de Fin, pero este se agachó, se dejó caer al suelo y se alejó arrastrándose con rapidez. Logan salió tras él, decidido a matarlo cuando tenía la ocasión pero, al adelantarse, los ojeteros a sus espaldas se cernieron sobre la chica.

No podía dejarla. Sabía lo que ellos veían al contemplar a una mujer joven y medio desnuda, atontada por culpa de la caída. Había oído las historias que contaban los violadores, sus anécdotas sobre la cantidad de bomboncitos que se habían cepillado. Algunos de ellos ni siquiera podían tirarse a Lilly: una mujer dispuesta los dejaba flácidos.

Logan rugió de dolor y frustración. Los animales se retiraron.

La chica había recogido el cuchillo y se encontraba ya de pie, con la espalda contra la pared, a la que se agarraba para no perder el equilibrio. A juzgar por su postura, se había torcido el tobillo con la caída.

—No os acerquéis —dijo, blandiendo el cuchillo con torpeza—. ¡No os acerquéis! —Su mirada saltó de Logan al abismo y después al Chirríos.

La chica estaba temblando. Tenía cierta belleza frágil, con una larga melena rubia y rasgos delicados. Apenas estaba sucia, sin embargo, de manera que no podía llevar mucho en la cárcel. Lo suficiente para Gorkhy, eso sí, maldito fuera hasta el noveno círculo del infierno. Había manchas de sangre fresca en el vestido desgarrado, entre sus piernas.

Logan levantó las manos.

—Tranquila —dijo—. No voy a hacerte daño. Pero tenemos que movernos o empezarán a caer sobre nosotros.

La chica lanzó una mirada rápida a la reja del techo y comenzó a deslizarse sin separarse de la pared circular.

Los demás guardias habían apartado a Gorkhy de la abertura. Llevaron a los demás presos hasta la reja. El primero no quería saltar, de modo que lo empujaron.

La caída de cinco metros sobre piedra maciza le rompió las piernas, y los ojeteros se le echaron encima en cuestión de segundos. Para consternación de Logan, el

Chirríos se les unió, apartando a varios sin esfuerzo y hundiendo sus dientes afilados en la carne viva.

El segundo preso quedó paralizado ante el espectáculo que oía pero apenas podía distinguir. Los guardias lo empujaron y también él se convirtió en carne. Después de eso, la mayoría de los demás presos se mostraron dispuestos a colgarse de la reja y dejarse caer por sí mismos.

Logan no tenía tiempo para eso. En otra ocasión, quizá también él habría luchado por un pedazo de carne, pero ese día no comería, no con aquella chica delante. Su presencia hacía que recordase cosas mejores. Tenía ganas de llorar.

—Dioses —dijo—. Eres Natassa de Graesin.

Las palabras se le escaparon. Debería haber callado, pero la impresión de ver a otra noble fue demasiado grande. A sus diecisiete años, Natassa era la segunda hija de los Graesin. También era su prima.

Natassa de Graesin lo miró, paseando los ojos muy abiertos y asustados por la ruina alta y demacrada de lo que había sido un cuerpo enorme y atlético. Logan era una sombra de sí mismo pero, aunque se había consumido, seguía siendo alto, inconfundiblemente alto.

Levantó las manos para hacerla callar, pero fue demasiado tarde.

—¿Logan? ¿Logan de Gyre? —preguntó ella.

Logan sintió que su mundo se derrumbaba. En todo el tiempo que llevaba allí debajo, había sido solo Rey o Trece. Presa de la locura del hambre, había acabado por unirse a los demás que se apostaban en torno al agujero para atrapar pan. Con sus largos brazos, se llevaba más que la mayoría, al precio de revelar a Gorkhy que había un hombre alto y rubio en el Agujero. Sin embargo, nunca, jamás, había usado su auténtico nombre.

Echando un vistazo por encima del hombro, vio que seguían saltando nuevos prisioneros al Agujero. Caían a cuatro patas y, en la oscuridad casi total, estaban ciegos, aterrorizados, gimoteando, chillando, maldiciendo y llorando mientras oían a los ojeteros desgarrar carne fresca. Los veteranos se peleaban mientras arriba Gorkhy reía y vitoreaba contemplando el espectáculo, apostando con los otros guardias sobre qué sería de cada prisionero, y los aulladores aullaban. Mucho ruido, mucha confusión, muchas distracciones. Quizá nadie se había dado cuenta.

Sin embargo, uno de los nuevos reclusos no gimoteaba, ni estaba confundido o distraído. Tenser de Vargun no parecía asustado, a pesar del ruido, el calor, la peste, la oscuridad y la violencia. Tenía la cabeza ladeada hacia Logan y Natassa y los ojos entrecerrados en la espesa penumbra. Parecía estar reflexionando.

Capítulo 29

Elene no podía respirar. Kylar no solo la había abandonado, también se había llevado a Uly. El rechazo era absoluto. Con lo bien que parecían ir las cosas.

No, las cosas iban bien de verdad, no solo lo parecía. Elene no podía creer lo contrario, no pensaba creérselo. Registró toda la cocina buscando indicios. Encontró una mancha en los tablones del suelo, oscura sobre madera oscura, limpiada deprisa y corriendo. No parecía que se hubiese derramado ninguno de los ingredientes para la cena, pero no sabía de qué podía tratarse. Entonces encontró un surco delgado y profundo allí cerca, en el suelo.

Subió al piso de arriba. La ropa de ejecutor de Kylar no estaba, y Sentencia tampoco. Estaba volviendo a meter la caja bajo la cama cuando vio el símbolo del Sa'kagé de Cenaria tallado en la mesilla de noche. «Tenemos a la niña», rezaba un mensaje debajo del símbolo, con letra clara y pulcra. A Elene volvió a caérsele el ánimo a los pies.

Alguien se había llevado a Uly, y Kylar había salido tras ellos. La revelación le causó una mezcla de júbilo y miedo. Kylar no la había abandonado, pero Uly había sido secuestrada por alguien que sabía quién era él. Alguien intentaba tenderle una trampa a Kylar. Aun así, ¿dónde estaba Kylar cuando prendieron a Uly? Si la hubiesen capturado en la calle, habrían dejado una nota en la entrada, pero Elene no creía que se hubiesen atrevido a entrar estando Kylar en el piso de abajo.

Abajo, alguien gritó y aporreó la puerta.

—Abrid la puerta. ¡En nombre de la reina, abrid la puerta!

Cuando Elene vio que la tía Mia dejaba pasar a la guardia de la ciudad, volvió a invadirla el desánimo. En Cenaria, consideraban a los alguaciles tan corruptos que nadie confiaba en ellos. Pero entonces vio el manifiesto alivio de la tía Mia.

Tardaron casi una hora en aclarar las cosas. Un vecino había visto salir a Kylar con un cuerpo al hombro, el de un joven atractivo de piel oscura, con el pelo en microtrenzas rematadas por cuentas doradas. Elene supo al instante que tenía que ser Jarl. Después de que Kylar partiera con el cuerpo, el vecino había ido corriendo a buscar a la guardia. Los alguaciles se hallaban a medio camino de la casa cuando les salió al paso la esposa del vecino, que había visto entrar a una mujer armada con un arco más o menos un minuto antes de que Uly regresara a casa, y después la mujer había partido con la niña. Basándose en los indicios, la guardia opinaba que la mujer era la asesina, gracias al Dios, pero aun así deseaban hablar con Kylar.

Elene estuvo despierta hasta tarde esa noche, llorando a Jarl e intentando encontrar sentido a lo que sabía. ¿Por qué había venido Jarl a Caernarvon? ¿Porque estaba en peligro? ¿Porque quería encargarle un trabajo a Kylar? ¿De visita? Elene concluyó que su intención había sido encargarle un trabajo a Kylar. Jarl era

demasiado importante para dejar Cenaria por un capricho y, si hubiese partido porque estaba en peligro, habría llevado guardaespaldas. De manera que Jarl había sido asesinado, quizá por accidente, mientras intentaba contratar a Kylar, que o bien había accedido a hacer el trabajo, o bien había partido para vengarse. En cualquier caso, se había marchado antes del secuestro de Uly. Quizá no supiera que se había producido.

Para mediodía del día siguiente, Kylar aún no había regresado. Llamaron a la puerta y Elene corrió a abrir. Era uno de los guardias del día anterior.

—Pensé que deberíais saberlo —dijo el joven—. Hemos hablado con los guardias de la puerta en cuanto hemos podido, pero los turnos cambian y es difícil ponerse en contacto con todo el mundo. Ayer partió una joven que concuerda con la descripción de la asesina, rumbo al norte. Viajaba con ella una niña pequeña. Ya hemos enviado hombres a perseguirla, pero les lleva una buena ventaja. Lo siento.

Cuando el guardia se fue, Braen y la tía Mia miraron a Elene como si esperasen que rompiera a llorar.

—Me voy a buscar a Uly —dijo en cambio.

—Pero... —empezó la tía Mia.

—Lo sé, créeme, sé que soy la última persona que debería ir. Pero ¿qué voy a hacer si no? Si Kylar vuelve aquí, dile adónde he ido. Me alcanzará, estoy segura. Si ya ha salido detrás de ellas, me lo encontraré en su camino de vuelta. Pero si no sabe que han secuestrado a Uly, tal vez yo sea su única esperanza.

La tía Mia abrió la boca para protestar una vez más, pero luego la cerró.

—Lo entiendo.

Las cosas de Elene cupieron en un pequeño macuto y, para cuando bajó, la tía Mia le había preparado comida suficiente para una semana.

—¿Braen piensa despedirse? —preguntó Elene.

La tía Mia llevó fuera a su sobrina.

—Braen se despide a su manera. —Había un caballo ensillado delante de la tienda. Era robusto y de aire dócil. A Elene se le llenaron los ojos de lágrimas. Había creído que tendría que ir a pie—. Dice que ha tenido unos cuantos encargos grandes últimamente —explicó la tía Mia, a todas luces orgullosa de su hijo—. Ahora vete, niña, y que el Dios te acompañe.

Kylar estaba de pie sobre la tumba que había cavado y hacía todo lo posible por emborracharse. Todavía faltaban dos horas para amanecer y en el cementerio reinaba la calma. Solo se oían las hojas azotadas por el viento y el quejido de los insectos nocturnos. Kylar había escogido aquel cementerio porque era el más rico en su camino de salida de la ciudad. Después de matar al shinga le había robado, de modo que tenía dinero de sobra, y Jarl se merecía lo mejor. Si el enterrador era fiel a su palabra, hasta tendría una lápida al cabo de una semana.

Menuda pareja hacían. Jarl tendido en el suelo junto al agujero, la sangre de un negro más oscuro que su piel, las extremidades cada vez más rígidas. Kylar tenía más salpicaduras de sangre que su amigo muerto; se habían secado, formando costras endurecidas, que se agrietaban con los movimientos y se licuaban en contacto con la transpiración. Parecía que sudara sangre.

La tumba estaba terminada. Se suponía que a Kylar le tocaba pronunciar unas palabras.

Bebió más vino. Había comprado cuatro botas y ya había vaciado dos. Un año atrás, eso lo habría tumbado, pero ni siquiera estaba achispado. Se acabó el tercer pellejo y después atacó a tragos largos y mecánicos el cuarto hasta apurarlo.

Su mirada no paraba de desviarse hacia el cadáver de Jarl. Intentó imaginar que las heridas se cerraban como habían hecho las suyas hacía tanto, pero no lo hicieron. Jarl estaba muerto. Había estado vivo hacía poco y ya no lo estaba, sin más. Kylar por fin comprendía la irónica expresión de Jarl.

Era muy propio de Jarl encontrarlo gracioso. Confesaba su amor por una mujer en el preciso instante en que ella disparaba la flecha que lo mataría.

El ejecutor cenariano al que el shinga Trampete había ordenado que matasen no era Kylar. Era Vi Sovari, y había sido Vi Sovari quien había matado a Jarl con una flecha roja y negra de traidor.

—Mierda —dijo Kylar.

No había palabras para expresar la magnitud de la ruina que tenía ante sí. Jarl ya no estaba. Lo que tenía delante era un cacho de carne. Kylar desearía poder creer en el Dios de Elene. Quería pensar que Jarl y Durzo se encontraban en un lugar mejor, pero era lo bastante sincero para admitir que eso no era más que lo que él quería: un consuelo de tres al cuarto. Aunque el Dios de Elene fuese real, Jarl y Durzo no habían creído en él. Eso significaba que les tocaría arder en el infierno, ¿no?

Se metió en la tumba y deslizó dentro el cuerpo de Jarl. Su piel estaba fría, pegajosa; el rocío se estaba condensando sobre ella. No parecía correcto. Kylar lo colocó con todo el esmero que pudo y después salió del hoyo. Todavía no se sentía borracho.

Sentado en el montón de tierra blanda junto a la tumba, cayó en la cuenta de que era culpa del ka’kari. Su cuerpo trataba el alcohol como cualquier otro veneno, y lo curaba de él. Era tan eficaz que tendría que beber cantidades ingentes para emborracharse. Justo lo que hacía Durzo.

«Y yo lo despreciaba por ser un borracho.» Era otro ejemplo de lo mal que había comprendido a su maestro, de cómo lo había criticado a la ligera. Pensarlo reavivaba todos sus dolores.

—Lo siento, hermano —dijo, y en el preciso instante de decirlo se dio cuenta de que eso exactamente había sido Jarl para él: un hermano mayor que lo cuidaba. ¿Por

qué estaba condenado a tener revelaciones sobre lo que las personas significaban para él solo cuando ya estaban muertas?—. Haré que sirva para algo, Jarl.

Hacer que el sacrificio de Jarl sirviera para algo significaba abandonar a Elene, a Uly y la vida que podría haber sido. Había jurado a Uly que no la abandonaría como habían hecho todos los demás adultos de su vida. Y ahora lo estaba haciendo.

«¿Así era para ti, maestro? ¿Es así como empezó aquel océano de amargura? ¿Renunciar a mi humanidad es el precio de mi inmortalidad?»

No quedaba nada que hacer, nada que decir. Ni siquiera podía llorar. Mientras los primeros pájaros de la mañana empezaban a cantar la belleza del sol naciente, Kylar llenó la tumba.

Capítulo 30

Durante dos días, Uly no habló, ni comió ni bebió. Vi las condujo a un ritmo infernal por el camino de la reina rumbo al oeste y luego al norte. La primera noche cabalgaron por delante de las grandes posesiones de la nobleza waeddrynesa. Cuando pararon, unas horas después del amanecer, ya recorrían tierras de labranza. Los campos estaban desnudos, y una pelusa irregular de espelta recogida cubría los montes bajos.

El primer día, Uly esperó a que Vi llevara unos diez minutos respirando con regularidad, y entonces salió disparada hacia su caballo. Ni siquiera había desatado al animal antes de que Vi la apartara de un tirón. El segundo día, esperó una hora. Se levantó con tanta discreción que Vi casi ni se dio cuenta. En esa ocasión logró desanudar la cuerda, y estuvo a punto de morirse del susto cuando se volvió hacia la cabeza del caballo y se encontró a Vi de pie a sus espaldas, con los brazos en jarras.

En ambas ocasiones, Vi le pegó. Fue con cuidado de no hacerle heridas. No quería huesos rotos ni cicatrices. Se preguntó si no estaría siendo demasiado blanda con ella, pero nunca había pegado a una niña. Estaba acostumbrada a matar hombres, acostumbrada a insuflar fuerza a sus músculos con el Talento y dejar que sus víctimas afrontaran las consecuencias. Si hacía eso con Uly, la niña moriría. Eso no encajaba en los planes de Vi.

Para el tercer día, Uly no estaba en muy buen estado. Todavía no había bebido nada. Rechazaba todo cuanto Vi le ofrecía, y estaba perdiendo fuerzas. Tenía los labios cortados y resecos, los ojos rojos. Vi no podía evitar sentir cierta admiración a regañadientes.

La niña era dura, de eso no cabía duda. Vi era capaz de aguantar el dolor mejor que la mayoría, pero odiaba no comer. Cuando tenía doce años, Hu le había escondido la comida de manera rutinaria, alimentándola una sola vez al día «para que no se pusiera gorda». Volvió a asignarle una dieta completa cuando decidió que todo le iba a parar a las tetas. Sin embargo, peor que el hambre habían sido las temporadas en las que le había escatimado el agua porque opinaba que estaba siendo perezosa.

El muy hijo de puta nunca llegó a entender el concepto de los dolores femeninos.

Había tenido que fingir que la sed no la afectaba, consciente de que, si se delataba, aquello se habría convertido en el castigo favorito de Hu.

—Mira, fea —dijo mientras preparaba el campamento en un pequeño valle cuando el sol empezaba a salir—. Me importa una mierda si mueres. Me eres más útil viva que muerta, pero no de mucho. A estas alturas Kylar me seguirá hasta Cenaria en cualquier caso. A ti, en cambio, probablemente te gustaría volver a ver a Kylar, ¿no es así?

Uly le devolvió la mirada con los ojos hundidos y cargados de odio.

—Y supongo que él te patearía el culo si murieras sin motivo. Mira, si quieres seguir pasando hambre, morirás bastante pronto. Mañana tendré que atarte a la silla, y es posible que no sobrevivas a la noche. Eso a mí me incordia, pero le hace más daño a Kylar. Si prefieres morir como una cachorrilla en vez de mantenerte viva y luchar contra mí, adelante. Pero no estás impresionando a nadie.

Vi dejó un odre de agua delante de Uly y se puso a atar a los caballos. Ya no le preocupaba que la niña se escapase: estaba demasiado débil. Pese a todo, aseguró las cuerdas con el Talento por si acaso. Esa noche pensaba dormir, por sus narices.

Las colinas estaban cubiertas de bosque, interrumpido aquí y allá por alguna aldea entre un grupo de campos arados. El camino seguía siendo ancho y transitable, de todas formas. Habían llevado un ritmo excelente. Era imposible saber la ventaja que le sacaban a Kylar, pero Vi había evitado los pueblos dando rodeos y estaba segura de que con ello le habría concedido unas horas preciosas. La noche anterior había cambiado los caballos. Si Kylar había dilucidado de algún modo qué rastro de todos era el suyo, eso lo despistaría.

Aun así, al ritmo al que habían viajado, habían adelantado a muchos otros viajeros y, aunque Vi podía envolverse en una capa informe que camuflaba su sexo e identidad, no había manera de disimular que Uly era una niña. Tampoco existía ninguna manera práctica de cruzar sin ser vistas los montes pelados que ya habían atravesado. Por lo general, habían sobrepasado a toda velocidad a los carromatos de los mercaderes y los carros de los granjeros, sin disimulos. Era un equilibrio precario. Ganaban tiempo por el camino, pero tenían más probabilidades de que las reconocieran.

Su único contacto con Kylar se había producido cuando había intentado matarlo en casa de los Drake. No dejaba de ser irónico que el rey Gunder hubiese contratado a Vi, quien había intentado asesinar a su hijo, para liquidar a Kylar, quien había intentado protegerlo.

Había tenido a Kylar bajo sus caderas y bajo su cuchillo el mismo día que había aceptado el encargo. Le cayó bien. Había hecho gala de una tranquilidad sorprendente para la situación en que se encontraba. Tranquilidad y cierto encanto, para quien encontrase mono el humor tontorrón ante la mismísima muerte.

Y lo habría matado, pero vaciló. No, no vaciló. No había sido tanto la falta de voluntad lo que detuvo su mano aquel día como el orgullo por haber solventado un encargo tan difícil con tanta rapidez. Hu nunca alababa su trabajo. Aunque Kylar la hubiera aplaudido bajo coacción, sus cumplidos habían parecido sinceros, y no había mucha gente con la que una ejecutora pudiese charlar sobre el negocio. De manera que Vi había sucumbido a la tentación que Kylar le había tendido, en un intento tan flagrante de ganar tiempo que ella había dejado que funcionase.

Entonces el santurrón del conde había irrumpido en la habitación y Kylar le había

clavado un cuchillo en el hombro a Vi mientras ella escapaba. Meses más tarde ese hombro todavía le dolía en ocasiones. Había perdido un poco de flexibilidad, a pesar de haber acudido enseguida a la bruja que curaba siempre a Hu.

La vez siguiente, no vacilaría.

Sabía que debería sentirse eufórica por haber matado a Jarl. Ya era libre. Una maestra ejecutora. Hu no ejercería poder alguno en su vida y, si lo intentaba, Vi podría matarlo sin tener que preocuparse por las repercusiones en el Sa'kagé. Eso, si el Sa'kagé sobrevivía a lo que fuera que tenía planeado el rey dios.

«Maté a Jarl.» El pensamiento no desaparecía. No había desaparecido en dos días. «Maté al hombre que había sido lo más parecido a un amigo que nunca tuve.»

La muerte en sí no había sido nada del otro mundo. Cualquier crío podía encaramarse a un tejado y disparar una flecha. Su intención había sido fallar, ¿o no? Podría haber fallado. Podría no haber disparado y punto. Podría haber entrado y haberse unido a Kylar y Jarl en su lucha contra el rey dios. Pero no lo había hecho.

Había matado, y ahora volvía a estar sola, de camino hacia un lugar donde no quería estar, llevando con ella a una niña pequeña contra su voluntad, obligando a un hombre al que respetaba a seguirla hacia una trampa.

«Eres un dios cruel, Nysos. ¿No podías dejarme con algo que no fuese polvo y cenizas? A mí, que te sirvo con tanta devoción. De mi cuchillo y mi entrepierna fluyen ríos de sangre y semen. ¿Acaso no merezco un lugar de honor por eso? ¿No merezco un amigo?»

Tosió y parpadeó con rapidez. Se mordió la lengua hasta que amenazó con sangrar. «No lloraré. Nysos puede quedarse su sangre y su semen, pero nunca tendrá mis lágrimas. Maldito seas, Nysos.» Pero no lo dijo en voz alta. Había servido a su dios durante demasiado tiempo para exponerse a su cólera.

Hasta había realizado una especie de peregrinaje, de camino a un trabajo, a una pequeña localidad de la región vinícola sethí que era sagrada para Nysos. El festival de la vendimia estaba dedicado al dios. El vino fluía con liberalidad. Se esperaba que las mujeres se abandonasen a cualquier pasión que las agitase. Tenían incluso una forma rara de contar historias protagonizadas por unos hombres que se subían a un escenario, se ponían máscara y representaban para el público un ciclo de tres partes acerca del sufrimiento de los mortales y su necesidad de los dioses para arreglarlo, seguido de una comedia verde y escandalosa que parecía burlarse de todos los habitantes del pueblo, incluido el autor de la obra. A los aldeanos les encantaba. Aplaudían, aullaban, coreaban con voces ebrias las canciones sagradas y follaban como conejos. Durante una semana, nadie tenía permitido rechazar una proposición sexual. Para Vi se demostró una larga semana. Fue el único momento de su vida en que sintió justificado quejarse por ser guapa. Empezó a ponerse ropa ancha con la esperanza de atraer a menos hombres.

«Tanto servicio, Nysos. ¿Para qué? ¿Por la vida? Hu se acerca a los cuarenta y por mucho que diga que te sirve, los únicos momentos en los que asoma a sus labios el nombre de un dios es cuando blasfema.»

Cuando Vi regresó a donde estaban desenrolladas las esterillas, Uly se había acabado el pellejo entero de agua. Parecía a punto de vomitar.

—Si potas sobre esas mantas, dormirás en ellas estando sucias —avisó Vi.

—Kylar te matará —dijo Uly—. Aunque seas una chica.

—No soy una chica. Soy una perra, y más te vale no olvidarlo. —Vi lanzó la bolsa que contenía su comida a Uly, que la dejó caer—. Come despacio y poco, o vomitarás y te morirás.

Uly hizo caso de su consejo y no tardó en tumbarse sobre su esterilla y caer dormida en cuestión de segundos. Vi permaneció despierta. Estaba cansada, dolorida y agónicamente cansada. Solo pensaba tanto cuando estaba agotada. Pensar no servía de nada. Era inútil.

Se distrajo haciendo invisible el campamento. Era una mañana de niebla. No estaban lejos del camino, pero se habían refugiado en una pequeña hondonada. El arroyo bajaba borboteando de las colinas del Oso de Plata con la fuerza suficiente para tapar casi por completo los ruidos de los caballos y, al no haber encendido ninguna hoguera, la presencia humana apenas resultaba perceptible. Había hecho lo posible por esconder los caballos tras unos matorrales. Se agachó con la espalda apoyada en un árbol e intentó convencer a su mente de lo cansado que estaba su cuerpo.

En la distancia, oyó un repiqueteo. La niebla lo amortiguaba, pero solo podía ser una cosa: caballos. Desenvainó una espada y un cuchillo y mojó la punta del último en su funda con veneno. Miró a Uly y se planteó intentar silenciarla mágicamente, pero eso la delataría y en cualquier caso no sabía si iba a funcionar, de manera que se limitó a apretar la espalda contra el árbol y escudriñar la niebla en dirección al sonido.

Al cabo de un momento, apareció Kylar a caballo, con un segundo animal atado al que montaba. Cruzó a veinte pasos de distancia. Debía de haber cabalgado sin descanso, cambiando de un caballo a otro. Apenas aflojó el ritmo al acercarse al vado. El caballo de Vi piafó una vez y uno de los animales de Kylar relinchó.

Kylar soltó una palabrota y dio un tirón a las riendas. Uly rodó en sueños mientras Kylar cruzaba el arroyo chapoteando. Los caballos subieron a la otra orilla y el ruido de sus cascos se perdió en la distancia. Kylar ni siquiera llegó a volver la cabeza.

Vi se tumbó con una risilla. Durmió bien.

Cuando despertó por la tarde, Uly seguía dormida. Eso era bueno. Vi no tenía tiempo de perseguir a la niña. En su lugar, otra secuestradora se habría limitado a

atarla y olvidarse del asunto. Sin embargo, las cuerdas más fuertes no eran las que ataban las manos. El arma de Vi era la desesperación, no el cáñamo. Unas cuerdas creadas por la propia Uly la inmovilizarían para siempre.

«Cuerdas creadas por una misma. En eso soy toda una experta, ¿no?»

Dio una patada a Uly para despertarla, pero no tan fuerte como era su primera intención. La salvación de la chica había estado cerquísima, y ella ni siquiera se había enterado.

Capítulo 31

La lección más valiosa que Dorian aprendió nunca resultó ser bastante sencilla: descubrió cómo comer y beber sin interrumpir su trance. En vez de tener a Solon vigilándolo, atento a los inevitables indicios de deshidratación para despertarlo, Dorian podía mantener sus trances durante semanas seguidas.

Aunque sabía que parecía totalmente desconectado de la realidad, era todo lo contrario. Desde su pequeña habitación en la guarnición de Aullavientos, Dorian lo observaba todo. La invasión khalidorana había sorteado la guarnición cenariana en Aullavientos. El grueso del ejército había utilizado el paso de Quorig, más de una semana al este. Tras la muerte del padre de Logan, el duque Regnus de Gyre, la guarnición se hallaba al mando de un joven noble llamado Lehros de Vass. Era buen chico, pero no sabía qué hacer sin un oficial superior.

Solon le daba consejos que, con el paso de los días, sonaban cada vez menos a consejos y cada vez más a órdenes. Si Khalidor atacaba Aullavientos en ese momento, lo haría desde el lado cenariano, de modo que desplazó las defensas y trasladó a los hombres y las provisiones al interior de las murallas. Nadie esperaba un ataque, de todos modos. La verdad era que, a esas alturas, Aullavientos ya no protegía nada. Garoth Ursuul podía dejarlos envejecer y morir allí, y lo único que perdería sería una ruta comercial que llevaba siglos sin usarse.

Lejos, al sur, a Feir no le iban tan bien las cosas, aunque estaba siguiendo el rastro de Curoch de forma admirable. Feir tenía un duro camino por delante, y Dorian no podía hacer nada para facilitárselo. Eso a veces lo ponía enfermo. Había visto morir a Feir una docena de muertes distintas, algunas tan lamentables que lloraba aun en mitad de su trance. En el mejor de los casos, su amigo tenía ante sí dos décadas de vida y una muerte heroica.

Como siempre, Dorian se mantuvo cerca de sus propios futuros. Había encontrado un modo de hacerlo sin arriesgarse a volverse loco. Sencillamente, observaba los futuros ajenos en los puntos donde coincidían con el suyo. Aunque no funcionaba bien. Veía media docena de modos en que una persona podía interactuar con él, y cómo las elecciones de ese otro podrían alterar ese encuentro, pero nada acerca de las suyas. Así pues, podía ver el qué, pero no el porqué. No podía seguir una sola línea de sus propias elecciones para ver adónde lo llevaría. De vez en cuando, podía observar su propia cara a través de los ojos de otro y adivinar lo que estaba pensando, pero eran raros destellos. Estaba tardando demasiado, incluso con su trance prolongado durante más de un mes y, mientras él unía las piezas de su vida, todo lo demás cambiaba.

De manera que empezó a tocar su propia vida directamente. Supo varias cosas al instante. En primer lugar, iba a ser una fuente de esperanza o desespero para decenas

de miles de personas antes de que transcurriera un año.

En segundo lugar, un agujero enorme se extendía entre sus posibles futuros. Retrocedió hasta sus orígenes y descubrió que se debía a que, en algunos caminos, decidiría renunciar a su don de la profecía. Se quedó estupefacto. Se le había ocurrido antes, por supuesto. Durante todo su aprendizaje con los sanadores, anular su don había sido la única cura que había sido capaz de encontrar para su creciente locura. Sin embargo, el don de Dorian se le antojaba un regalo para el mundo entero, y había cargado de buena gana con las consecuencias porque sabía que podría ayudar a otros a evitar el desastre.

En tercer lugar, la mismísima Khali se dirigía a Aullavientos.

A Dorian se le cayó el alma a los pies. Si Khali superaba la guarnición, llegaría a Cenaria y se aposentaría en aquel calabozo infernal que llamaban las Fauces. Garoth Ursuul haría que dos de sus hijos creasen feralis. Usaría uno contra el ejército rebelde. Se produciría una matanza.

Khali y su séquito estaban aún a dos días de distancia. Dorian disponía de tiempo. Devolvió la mirada a su vida, intentando hallar un modo de conjurar el desastre. En cuestión de un momento, la corriente lo arrastró. Las caras desfilaban a toda velocidad, convertidas en un remolino que se lo tragaba. Su joven esposa, llorando. Una niña, ahorcada. Una pequeña aldea en el norte de Waeddryn donde Dorian podría vivir con la familia de Feir. Un niño pelirrojo que era como un hijo para él, quince años adelante. Matar a sus hermanos. Engañar a su mujer. Contarle la verdad a su esposa y perderla. Una máscara de oro con su propia cara, llorando lágrimas doradas. Marchar con un ejército. Neph Dada. Alejarse caminando de un ejército. Doce formas distintas de soledad, locura y muerte. A lo largo de todos los caminos veía solo sufrimiento. Cada vez que escogía algo bueno para él, sus seres queridos sufrían.

«¿Lo sabías?», preguntaba su esposa. «¿Lo has sabido todo el tiempo?»

—¡No! —Dorian se sentó de golpe en la cama, despierto.

Solon dio un respingo en la silla que tenía ante él. Hizo un gesto y las lámparas de la habitación se iluminaron.

—¿Dorian? ¡Has vuelto! Espero que hayas estado haciendo algo importante, porque he querido despertarte unas cien veces.

A Dorian le dolía la cabeza. ¿Qué día era? ¿Cuánto tiempo llevaba catatónico?

Su respuesta flotaba en el aire mismo. Khali estaba cerca. La sentía.

—Necesito oro —dijo.

—¿Qué? —preguntó Solon, que se frotó los ojos. Era tarde.

—¡Oro, hombre! ¡Necesito oro!

Solon señaló su faldriquera, que estaba sobre la mesa, y se puso las botas.

Dorian vertió sobre sus manos las monedas de oro. Apenas le habían tocado las palmas cuando se fundieron hasta formar una masa líquida, que se enfrió al instante y

se enroscó en torno a su muñeca.

—Más. ¡Más! No hay tiempo que perder, Solon.

—¿Cuánto?

—Tanto como puedas traerme. Nos vemos en el patio de atrás, y despierta a los soldados. A todos. Pero no toques a rebato.

—Maldita sea, ¿qué pasa? —preguntó Solon. Cogió su cinturón con la vaina de su espada y se lo puso.

—¡No hay tiempo! —Dorian ya estaba abandonando la habitación a la carrera.

En el patio, Dorian juraría que le llegaba el olor de Khali con mayor nitidez, aunque el rastro fuese puramente mágico. Estaría a unos tres kilómetros de distancia. Era medianoche, y sospechaba que atacaría una hora antes del alba, la hora de las brujas, cuando los hombres son más susceptibles a los terrores nocturnos y los espejismos de Khali.

Intentó desenmarañar lo que había visto. No creía que la guarnición fuese a aguantar, y si Khali lo atrapaba, los resultados serían tan terribles para el mundo como para él. ¿Un profeta en sus manos? Dorian pensó en los futuros que había visto para sí mismo. ¿Tan gran sacrificio era renunciar a ver cómo se precipitaban inexorables hacia él? Sin embargo, si renunciaba a sus visiones, estaría ciego, a la deriva, inútil para todos los demás. Además, no era un procedimiento simple. Se lo había descrito a Solon y Feir como machacarse el cerebro con una piedra afilada para detener un ataque de epilepsia. En circunstancias ideales, podría abrasar una parte de su propio Talento de tal modo que con el tiempo sanaría, aunque no durante años. Si Khali lo capturaba, quizá pensase que su don había desaparecido para siempre y lo matara.

Había empezado a preparar las tramas antes de darse cuenta de que se había decidido. El hecho de que estuviese oscuro y no pudiera recargar su glore vyrden no suponía ningún problema, porque la cantidad de magia que necesitaba era mínima. Dispuso las tramas con destreza, afinando algunas que reservaba aparte y sosteniendo las porciones que había preparado como si las tuviera en una mano. Mientras la magia cobraba forma, cayó en la cuenta de que todo el tiempo que había pasado sumido en sus visiones, haciendo malabarismos con las diferentes corrientes de tiempo y clavando hitos en los puntos decisivos, había ejercido un efecto positivo en su magia. No hacía ni cinco años, había llegado hasta ese punto de la trama, como práctica para ver si podía sostener siete hebras a la vez. El esfuerzo había sido brutal, sobre todo sabiendo que si se le escapaba cualquiera de ellas podía ocasionarse amnesia, estupidez o la muerte. En ese momento, le resultó fácil. Solon llegó al patio y vio lo que estaba haciendo, con una expresión de horror en la cara, y ni siquiera eso distrajo a Dorian.

Cortó, retorció, estiró, quemó y cubrió una sección de su Talento.

En el patio reinaba un curioso silencio, extrañamente liso, constreñido.

—Dios mío —dijo Dorian.

—¿Qué? —preguntó Solon, con ojos cargados de preocupación—. ¿Qué has hecho?

Dorian estaba desorientado, como un hombre que intentase ponerse en pie tras perder una pierna.

—Solon, no está. Mi don no está.

Capítulo 32

Tres días al norte de las colinas del Oso de Plata, Kylar llegó a la pequeña localidad de Vuelta del Torras. Llevaba seis días a galope tendido, parando apenas lo suficiente para que los caballos descansaran, y le dolía el cuerpo entero, castigado por la silla de montar. El pueblo se encontraba a medio camino de Cenaria, al pie de las montañas de Fasmeru y el paso de Forglin. Los caballos necesitaban descansar, y él también. Al sur del pueblo, hasta tuvo que someterse al escrutinio de un control de los lae'knaught que buscaba magos. Al parecer, la reina de Waeddryn tampoco tenía voluntad o poder suficientes para expulsar a los lae'knaught.

Pidió a un granjero las señas de la posada del pueblo y no tardó en encontrarse en un cálido edificio cargado de olor a pastel de carne haciéndose al horno y cerveza fresca. La mayoría de las posadas olían a cerveza rancia y sudor, pero los habitantes del norte de Waeddryn eran quisquillosos. En sus jardines faltaban malas hierbas, a sus vallas les faltaba podredumbre y a sus hijos casi casi les faltaba suciedad. Se enorgullecían de su laboriosidad, y exhibían una atención al detalle que resultaba increíble. Habría impresionado hasta a Durzo. En pocas palabras, era un lugar perfecto para descansar.

Kylar entró en el comedor y pidió comida suficiente para que la posadera enarcase las cejas. Se sentó solo. Las piernas le palpitaban y le dolía el culo. Si no volviera a ver un caballo en su vida, aún sería demasiado pronto. Cerró los ojos y suspiró, reprimiendo el impulso de irse ya a la cama solo por los aromas celestiales que llegaban de la cocina.

Cumpliendo un ritual que sin duda se repetía todas las noches, la mitad aproximada de los hombres de la aldea fue entrando por la gran puerta de roble de la posada para tomar una pinta con sus amigos antes de irse a casa. Kylar no hizo caso de los lugareños ni de sus miradas inquisitivas. Solo abrió los ojos cuando una señora recia y poco agraciada de unos cincuenta años depositó dos enormes pasteles de carne delante de él, junto con una jarra imponente de cerveza.

—Creo que encontraréis la cerveza de la señora Zoralat tan buena como sus pasteles —dijo la mujer—. ¿Puedo haceros compañía?

Kylar bostezó.

—Hum, disculpad —dijo—. Claro. Soy Kylar Stern.

—¿A qué os dedicáis, maese Stern? —preguntó mientras se sentaba.

—Soy, esto, soldado, a decir verdad. —Volvió a bostezar. Se estaba haciendo demasiado viejo para aquello. Pensó en responder «Soy un ejecutor» solo para ver cómo reaccionaba aquella vieja chota.

—¿Soldado de quién?

—¿Quién sois vos? —preguntó Kylar.

—Responded a mi pregunta, y yo responderé a la vuestra —dijo ella, como si Kylar fuese un crío terco.

Parecía justo.

—De Cenaria.

—Tenía la impresión de que ese país ya no existía —replicó ella.

—¿Ah, sí?

—Matones khalidoranos. Meisters. El rey dios. Conquista. Violación. Saqueo. Gobierno con mano de hierro. ¿Os suena de algo?

—Supongo que todo eso podría echar atrás a algunos —dijo Kylar. Sonrió y meneó la cabeza al escucharse.

—Asustáis a mucha gente, ¿no es así, Kylar Stern?

—¿Cómo habéis dicho que os llamabais? —preguntó Kylar.

—Ariel Wyant Sa'fastae. Podéis llamarme hermana Ariel.

Cualquier vestigio de cansancio se esfumó como por ensalmo. Kylar tanteó el ka'kari en su interior para asegurarse de que estaba listo para actuar al momento.

La hermana Ariel parpadeó. ¿Se debía a que había percibido algo, o simplemente había visto que Kylar contraía los músculos?

—Creía que esta era una parte del mundo peligrosa para las personas como vos —dijo Kylar. No recordaba las anécdotas, pero sí que algo vinculaba a Vuelta del Torras con magos muertos.

—Sí —respondió la hermana Ariel—. Una de nuestras jóvenes e imprudentes hermanas desapareció aquí. He venido a buscarla.

—El Cazador Oscuro —dijo Kylar, que por fin había recordado.

En las mesas que los rodeaban, las conversaciones se interrumpieron. Caras de pocos amigos se volvieron hacia Kylar. A juzgar por esas expresiones, el tema no era tanto tabú como de mal gusto.

—Lo siento —farfulló, y atacó el pastel de carne.

La hermana Ariel lo miró comer en silencio. Kylar sintió una punzada de sospecha y se preguntó qué habría dicho Durzo si supiese que Kylar estaba comiendo algo que le había servido una maga, pero ya había muerto dos veces —quizá tres— y había vuelto a la vida, conque ¿qué demonios? Además, los pasteles estaban buenos, y la cerveza mejor todavía.

No por primera vez, se preguntó si Durzo había pasado por lo mismo. Vivió durante siglos, pero ¿también él era imposible de matar? Debía de haberlo sido. Sin embargo, nunca arriesgaba la vida. ¿Era solo porque el ka'kari ya lo había abandonado cuando Kylar lo conoció? A veces se preguntaba si su poder tendría una contrapartida. Podía vivir cientos de años y era imposible matarlo, pero no se sentía inmortal. Ni siquiera notaba la sensación de poder que, de pequeño, creía que sentiría en cuanto se convirtiese en ejecutor. Ya era un ejecutor, más que eso, y se sentía

como si aún fuese Kylar y nada más. Todavía Azoth, el niño asustado que no entendía nada.

—¿Habéis visto pasar a una mujer guapa a caballo, hermana? —preguntó. Vi había visto dónde vivía Kylar. Se lo diría al rey dios y él destruiría todo lo que Kylar amaba, y a todos a los que amaba. Así trabajaba Garoth.

—No. ¿Por qué?

—Si la veis —dijo—, matadla.

—¿Por qué? ¿Es vuestra esposa? —preguntó la hermana Ariel con una sonrisa sarcástica.

Él la miró sin ningún humor.

—El Dios no me odia tanto. Es una asesina.

—Así pues, no sois un soldado, sino un cazador de asesinos.

—No la estoy cazando. Ojalá tuviera tiempo para eso. Pero es posible que pase por aquí.

—¿Qué hay tan importante que justifique desentenderse de la justicia?

—Nada —respondió Kylar sin pensar—. Pero en otra parte llevan demasiado tiempo sin que se haga justicia.

—¿Dónde? —preguntó la hermana Ariel.

—Baste con decir que estoy en una misión para el rey.

—No hay otro rey en Cenaria que el rey dios.

—Todavía no.

La hermana alzó una ceja.

—Ningún hombre podría unir Cenaria, ni siquiera contra el rey dios. Quizá Terah de Graesin, pero no puede decirse que sea un hombre, ¿verdad?

Kylar sonrió.

—A las hermanas os gusta pensar que lo sabéis todo, ¿eh?

—¿Sabes que eres un joven ignaro e irritante? *-(NdT ignaro = ignorante)*

—En la misma medida en que vos sois una vieja bruja acabada.

—¿De verdad crees que mataría a una joven desconocida por ti?

—Supongo que no. Perdonadme, estoy cansado. Me olvidaba de que la mano de la Serafín solo se extiende más allá de sus salones de marfil cuando hay algo interesante de que apropiarse.

La hermana apretó los labios hasta formar una línea recta.

—Joven, no me hace gracia la impudencia.

—Habéis sucumbido a la ebriedad del poder, hermana. Os gusta ver saltar a la gente. —Levantó una ceja insolente, divertido—. O sea que dadme por asustado.

La hermana Ariel estaba muy quieta.

—Otra tentación del poder —dijo— es abatir a quienes te ultrajan. Tú, Kylar Stern, me estás tentando.

Kylar escogió ese momento para bostezar. No fue fingido, pero no podría haber encontrado un instante mejor. La hermana enrojeció.

—Dicen que la vejez es una segunda infancia, hermana. Además, en cuanto acudieseis a vuestro poder, os mataría.

«Por los dioses, no puedo parar. ¿De verdad voy a buscarle las cosquillas a la mitad de los magos del mundo solo porque una señora mayor me incordia?»

En vez de enfadarse más, la hermana Ariel adoptó una expresión reflexiva.

—¿Puedes distinguir el momento en el que acudo a la magia?

No pensaba entrar en eso.

—Hay un modo de averiguarlo —dijo—. Pero sería una molestia ocuparme de vuestro cadáver y cubrir mis huellas. Sobre todo con tantos testigos.

—¿Cómo cubrirías tus huellas? —preguntó la hermana Ariel con tranquilidad.

—Vamos. Estáis en Vuelta del Torras. ¿Cuántos de los magos que han sido «matados por el Cazador Oscuro» creéis que de verdad han sido matados por el Cazador Oscuro? No seáis ingenua. Lo más probable es que esa cosa ni siquiera exista.

Ariel arrugó la frente, y Kylar notó que la hermana nunca había pensado en ello. En fin, era una maga. Por supuesto que no pensaba como un ejecutor.

—Bueno —dijo la hermana Ariel—, te equivocas en una cosa. Existe.

—Si todo el mundo que ha entrado alguna vez en el bosque ha muerto, ¿cómo lo sabéis?

—Mira, joven. Hay una manera de que demuestres que estamos todas locas.

—¿Entrar en el bosque? —preguntó Kylar.

—No serías el primero en intentarlo.

—Sería el primero en conseguirlo.

—Es increíble lo mucho que fanfarroneas sobre lo que harías si tuvieras tiempo.

—Tenéis razón, hermana Ariel. Acepto vuestra corrección... hasta el día en que Cenaria tenga un rey. Y ahora, si me disculpáis...

—Un momento —dijo ella mientras se ponía en pie—. Voy a acudir a mi poder, pero juro por la Serafín Blanca que no te tocaré con él. Si vas a matarme, no intentaré detenerte.

No esperó a que respondiera. Kylar vio que la rodeaba una pálida aureola iridiscente. Pasó rápidamente por todos los colores del arco iris en una deliberada sucesión, aunque algunos colores parecían de algún modo más gruesos que otros. ¿Era una indicación de la fuerza de la hermana en las diversas disciplinas de la magia? Preparó el ka’kari para que devorase cualquier magia que le lanzase (con la esperanza de recordar cómo lo había hecho funcionar en ocasiones anteriores, aunque no estuviese nada seguro), pero no golpeó.

La aureola no se movió. La hermana Ariel se limitó a inhalar hondo con la nariz.

La aureola desapareció. La hermana asintió con la cabeza, como si estuviera satisfecha.

—Los perros te encuentran muy raro, ¿no es así?

—¿Qué? —preguntó Kylar. Era verdad, pero nunca le había prestado mucha atención.

—Quizá puedas explicarme —prosiguió la hermana— por qué, después de cabalgar durante días, no hueles a sudor, polvo y caballo. A decir verdad, no hueles a nada en absoluto.

—Os imagináis cosas —replicó Kylar, echándose atrás—. Adiós, hermana.

—Hasta que nos volvamos a encontrar, Kylar Stern.

Capítulo 33

Mama K observaba la planta baja del almacén desde una pasarela. Los Perros de Agon, como les había dado por hacerse llamar, se estaban adiestrando bajo la atenta mirada del general. La fuerza se había limitado a cien hombres, y aun así Mama K estaba segura de que, a esas alturas, su existencia ya era de sobra conocida.

—¿Crees que están preparados? —preguntó a Agon, que subía por la escalera ayudándose con un bastón.

—Más adiestramiento los haría mejores. La batalla los hará mejores más rápido. Pero costará vidas —le respondió.

—¿Y tus cazadores de brujos?

—No son ymmuríes. Los ymmuríes pueden acribillar a flechazos a un hombre desde cien pasos de distancia mientras se alejan de él al galope. Lo más que puedo esperar son diez hombres que se acerquen a distancia de tiro, se paren, disparen y vuelvan a moverse antes de que les alcancen las bolas de fuego. Mis cazadores no merecen los arcos que llevan... pero le dan con cucharilla a todo lo demás que tenemos.

Mama K sonrió. El general estaba siendo modesto con la capacidad de sus hombres. Ella los había visto disparar.

—¿Qué me dices de tus chicas de alquiler? —preguntó Agon—. Esta misión costará vidas. ¿Están listas para eso? —Se situó cerca de ella mientras miraban practicar a sus hombres.

—Te habrías quedado de una pieza si les hubieras visto la cara, Brant. Fue como si les hubiese devuelto el alma. Llevaban tiempo muriéndose por dentro, y ahora han vuelto a la vida, todas de golpe.

—¿Todavía no se sabe nada de Jarl? —La voz de Agon sonaba tensa y Mama K comprendió que, por muchos encontronazos que hubiese tenido con el joven, estaba preocupado por él.

—Es normal que no sepamos nada. Todavía. —Puso las manos en la barandilla y sin querer le rozó los dedos a Agon.

Brant miró su mano, luego sus ojos y después apartó la vista con rapidez.

Mama K hizo una mueca y retiró la mano. Décadas atrás, Agon había sido arrogante, no hasta extremos insoportables sino meramente cargado de una juvenil confianza en que podía hacer casi cualquier cosa mejor que cualquier otro. Ese aire había desaparecido, sustituido por una sobria comprensión de sus puntos fuertes y sus flaquezas. Era un hombre templado por los años. Gwinvere había conocido a hombres echados a perder por sus esposas, mujeres mezquinas que se sentían tan amenazadas que minaban a sus maridos durante años hasta que ellos dejaban de confiar en sí mismos. Mujeres así eran las que habían hecho rica a Mama K. Aunque

conocía a hombres felizmente casados que eran clientes habituales, tipos adictos a los burdeles como otros lo eran al vino, el grueso de su negocio procedía de hombres desesperados por que alguien los considerase viriles, fuertes, buenos amantes, nobles.

Era una de las muchas ironías del oficio que acudiesen a un burdel para ello.

Los hombres, en opinión de Mama K, eran demasiado simples para estar nunca realmente a salvo de las tentaciones que ofrecía una casa de placer. Su negocio había consistido en asegurarse de que esas tentaciones fuesen variopintas, y se le había dado muy bien. Sus establecimientos no eran meras casas de putas. Tenía salas de reuniones, salones de fumadores y de conferencias, donde se daban charlas sobre todos los temas que encantan a los hombres. La comida y la bebida siempre eran mejores que las de sus competidores, y a mejor precio. Para sus mejores locales reunía a chefs y sumilleres de todo Midcyru. Si se hubiera dedicado a la restauración habría sido un fracaso clamoroso: la vertiente alimentaria de su negocio se saldaba con pérdidas todos los años. Sin embargo, en sus locales, los hombres que entraban por la comida se quedaban para gastar su dinero de otras formas.

Los escasos Brant Agon del mundo no se follaban a sus chicas por dos motivos: eran felices en casa y, de buen principio, no entraban en sus locales. Estaba segura de que Agon había sido objeto de burlas por ello. Los hombres que frecuentaban las casas de placer siempre se mofaban de los que no.

Brant tenía convicciones, integridad. Le recordaba a Durzo.

La idea le atravesó el estómago como una lanzada. Durzo llevaba muerto tres meses. ¡Dioses, cómo lo echaba de menos! Había estado perdidamente enamorada de él. Durzo había sido el único hombre de su vida capaz de entenderla. Eso la había aterrorizado demasiado para dejar que el amor creciese. Había sido una cobarde. Había escatimado la sinceridad a su relación y, como una planta en una maceta estrecha, la relación se había atrofiado. Durzo era el padre de su hija. No se había enterado hasta unos días antes de morir.

Mama K ya tenía cincuenta años, casi cincuenta y uno. El tiempo la había tratado bien, o por lo menos eso parecía la mayoría de los días. Solía aparentar quince años menos de los que tenía... bueno, al menos diez. Si lo intentaba, creía que todavía tenía lo que haría falta para seducir a Brant.

«Una vez puta, siempre puta, ¿eh, Gwin?» Antes despreciaba a las viejas que se aferraban con uñas esmaltadas a su juventud perdida, pero se había convertido en una de ellas. Una parte de ella quería seducir a Brant solo para demostrarse que aún podía. Pero no quería seducir a Brant. Habían pasado años desde que se había acostado con un hombre. Aun con los millares de veces en que había sido por trabajo, en algunas ocasiones había apreciado y admirado a su amante del momento. Y luego había estado Durzo. La noche en que habían concebido a Uly, él había estado tan colocado de setas que no había sido gran cosa como amante, pero que el hombre al

que amaba compartiese su cama la había desbordado de alegría. Había sentido tal arrebato de amor y dolor que había llorado mientras hacían el amor. Incluso estando drogado, Durzo había parado y le había preguntado si le estaba haciendo daño. Después de eso, había necesitado toda su habilidad para hacerle acabar. Durzo había sido un hombre tierno en la cama.

Ahora Kylar y Elene estaban criando a su hija. Era el único engaño del que no se lamentaba. Con esos dos, a Uly le iría bien.

Sin embargo, estaba cansada de engaños. Cansada de recibir y no dar nunca. No quería seducir a Brant. Sabía que él la deseaba, y su esposa probablemente estaba muerta. Probablemente, pero él no podía saberlo. No lo sabría. Nunca. ¿Cuánto tiempo esperaría un hombre como Brant Agon a la mujer que amaba?

«Eternamente. Es ese tipo de hombre.»

Hacía treinta y tantos años, habían coincidido en una fiesta, la primera a la que ella asistía en casa de un noble. Brant se había enamorado de ella al instante y ella le había dejado cortejarla, sin contarle lo que hacía, lo que era. Él se había mostrado galante, confiado, decidido a dejar huella en el mundo, y tan dulcemente atento en su cortejo que no le había pedido un beso hasta pasado un mes.

Mama K se había dejado llevar por la fantasía. Brant se casaría con ella, la alejaría de todos los horrores que tan desesperada estaba por dejar atrás. Todavía no había tenido muchos clientes de la nobleza. Era posible, ¿no?

La noche de su primer beso, un noble se había referido a ella como la ramera más encantadora que había gozado nunca. Brant lo oyó, desafió a un duelo a aquel tipo en el acto y lo mató. Gwinvere había huido. Al día siguiente, Brant se había enterado de la verdad. Se alistó e intentó conseguir una muerte honorable luchando en la frontera ceurí.

Sin embargo, Brant Agon era demasiado capaz para morir. Con el tiempo, a pesar de lo mucho que despreciaba el peloteo y el politiqueo, sus méritos le habían cosechado varios ascensos. Se casó con una mujer poco agraciada de una familia de mercaderes. Según se decía, había sido un matrimonio feliz.

—¿Cuánto tardaremos en tenerlo todo preparado? —preguntó Mama K. Confiaría en que el enamoramiento de Brant hubiese pasado. Lo ayudaría a esquivar la verdad. Eso se le daba bien, por lo menos.

—Gwin.

Mama K se volvió y lo miró a la cara, con la máscara puesta, los ojos serenos.

—¿Sí?

Brant soltó una gran bocanada de aire.

—Te amé durante años, Gwin, incluso después de...

—¿Mi traición?

—Tu indiscreción. Tenías... ¿qué? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? Te engañaste a ti la

primera, y creo que sufriste por ello más que yo.

Mama K bufó.

—Sea como fuere —prosiguió Brant—, no te guardo rencor. Eres una mujer hermosa, Gwin. Más hermosa de lo que fue nunca mi Liza. Eres tan brillante que me siento como si tuviese que correr para seguirte el ritmo cuando caminas. Con Liza sentía todo lo contrario. Me... afectas profundamente.

—Pero... —dijo ella.

—Sí, pero —dijo Brant—. Amo a Liza, y ella me ha querido a lo largo de un millar de pruebas, y se merece todo lo que tengo que dar. Sientas algo por mí o no, mientras tenga esperanzas de que mi Liza está viva, te pediría, te suplicaría, que me ayudases a mantenerme fiel a ella.

—Has escogido un duro camino —observó Mama K.

—No es un camino, sino una batalla. A veces la vida es nuestro campo de batalla. Tenemos que hacer lo que sabemos hacer, no lo que queremos hacer.

Gwinvere suspiró, y aun así, de algún modo, se sentía más ligera. Esquivar la atracción de Brant podría haberse convertido con facilidad en esquivar su presencia, y dada la situación necesitaba trabajar codo a codo con él. «¿Tan fácil es la sinceridad? ¿Podría haber dicho sin más “Durzo, te quiero, pero tengo miedo de que me destruyas”?» Brant acababa de ofrecerle su vulnerabilidad, había confesado el efecto que ella ejercía sobre él, y aun así no parecía más débil sino más fuerte por ello. «¿Cómo lo ha conseguido? ¿Tan poderosa es la verdad?»

Juró entonces, en su fuero interno, que no tentaría a aquel hombre por vanidad. Ni con su voz, ni con roces accidentales ni en el vestir; renunciaría a todas las armas de su arsenal. La decisión la hizo sentirse extrañamente... decente.

—Gracias —dijo. Sonrió con expresión amigable—. ¿Cuánto tardarán en estar preparados?

—Tres días —respondió Brant.

—Entonces, hagamos que la noche se tiña de rojo.

Capítulo 34

Solon soltó las dos bolsas de cuero de quinientas piezas que llevaba y agarró a Dorian cuando lo vio tambalearse. Al principio, no entendió lo que había dicho el profeta.

—¿De qué estás hablando?

Dorian apartó el brazo con el que Solon lo sostenía. Se puso la capa y el cinto con la espada y levantó dos pares de manillas.

—Por aquí —dijo, después de cogerle a Solon una de las bolsas y arrancar a caminar por el camino abierto que se alejaba de la muralla.

El terreno que llevaba a la muralla era rocoso y pelado. Lo habían limpiado de árboles en un radio de casi ciento cincuenta metros y, aunque el camino era lo bastante ancho para acoger a veinte hombres en hilera, estaba lleno de baches y surcos causados por el desgaste de muchos pies y carros sobre un suelo que alternaba entre la tierra y la roca maciza.

—Viene Khali —dijo Dorian antes de que Solon pudiera preguntar una vez más qué pasaba—. He renunciado a mi don profético por si me captura.

Solon ni siquiera pudo responder.

Dorian se detuvo bajo un roble negro que crecía en un saliente rocoso que pendía sobre el camino.

—Está aquí. Ni a media legua de distancia. —Dorian ni siquiera apartó la vista del árbol—. Tendrá que bastar. Asegúrate de que pisas solo roca. Si ven huellas, me encontrarán.

Solon no se movió. Dorian al fin había enloquecido. Las veces anteriores había resultado obvio porque se quedaba catatónico. Sin embargo, en esa ocasión parecía lúcido.

—Vamos, Dorian —dijo—. Volvamos a la muralla. Podemos hablar de esto por la mañana.

—La muralla no estará por la mañana. Khali atacará a la hora de las brujas. Eso te deja cinco horas para sacar a los hombres de aquí. —Dorian se encaramó al saliente —. Tírame las bolsas.

—¿Khali, Dorian? Es un mito. ¿Intentas decirme que hay una diosa a media legua de aquí?

—Una diosa, no. Quizá uno de los ángeles rebeldes expulsados del cielo a los que se concedió licencia para recorrer la tierra hasta el fin de los tiempos.

—Vale. Supongo que habrá traído un dragón, de paso. Podemos hablar de...

—Los dragones evitan a los ángeles —dijo Dorian. Puso cara de decepción—. ¿Vas a abandonarme ahora, cuando te necesito? ¿Te he mentido alguna vez? También creías que Curoch era un mito, antes de que la encontrásemos. Te necesito. Cuando

Khali atraviese la muralla, perderé la cabeza. Ya me viste cuando creí que podía usar el vir para hacer el bien. Aquello era como una parte de vino por diez de agua; esto será licor puro. Estaré perdido. Su mera presencia saca a relucir lo peor. Los peores miedos, los peores recuerdos, los peores pecados. Aflorará mi soberbia . Es posible que intente luchar contra ella, y perderé. O quizá mi sed de poder me doblegará y me uniré a ella. Me conoce. Me doblegará.

Solon no podía aguantar la expresión de los ojos de Dorian.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si esto es la locura sobre la que tanto tiempo llevas advirtiéndome?

—Si la muralla sigue en pie al amanecer, lo sabrás.

Solon lanzó las bolsas a Dorian y después trepó con cuidado por la roca, asegurándose de no dejar ni una huella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Dorian le sonrió mientras derramaba las monedas de oro en el suelo. Luego dio un tirón a las manillas, y las cadenas de hierro que las unían se partieron como si estuvieran hechas de papel. Dejó caer una manilla sobre la pila de monedas, y se hundió entre ellas como si fueran líquidas. Hizo lo mismo con las otras tres pulseras y en cada ocasión se encogió el montón de monedas. Dorian metió la mano y sacó una por una las manillas, ya revestidas de oro. Se puso las dos primeras en las muñecas y el segundo par, después de estirar el hierro, se lo cerró en torno a los muslos, justo por encima de la rodilla.

Era asombroso. Dorian siempre había dicho que su poder con el vir había eclipsado su Talento, y aun así allí estaba, moldeando oro y hierro con destreza y sin esfuerzo.

Al cabo de otro momento, Dorian había dado al resto del oro la forma de cuatro estrechas agujas y lo que parecía un cuenco. Hizo una pausa, y entonces se concentró. Solon sintió el roce de los conjuros que le flotaban por delante y se hundían en el metal. Tras dos minutos, Dorian paró y habló en un susurro al roble negro.

—Traerá consigo una hueste, los Juramentados —dijo Dorian—. Han renunciado a buena parte de lo que constituye ser humano para servir a Khali. Pero ellos no son el peligro. Lo es ella. Solon, no creo que puedas derrotarla. Creo que deberías llevarte a los hombres de aquí. Dirígelos a algún lugar donde sus muertes puedan servir para algo. Pero... si Khali llega a Cenaria, los hijos de Garoth Ursuul crearán dos feralis. Los usarán contra la resistencia. Lo he visto.

—No lo habrás hecho de verdad, ¿no? No habrás destruido tu don —dijo Solon.

—Si no vuelvo a verte, amigo, que el Dios te acompañe —dijo Dorian.

Soldó las agujas de oro a las manillas y se arrodilló detrás del árbol. Hundió las agujas en el tronco con una facilidad antinatural; tenía los brazos en alto y separados. Al verlo allí arrodillado, dispuesto a rezar para afrontar la prueba que le esperaba,

Solon sintió una punzada de envidia. En esa ocasión, no era del poder de Dorian, de su linaje o su integridad sencilla y humilde. Envidiaba su certidumbre. Su mundo estaba muy claro. Para él, Khali no era una diosa, un producto de la imaginación de los khalidoranos o un monstruo antiguo que había embaucado al pueblo de Khalidor para que lo adorase. Era un ángel expulsado del cielo.

En el mundo de Dorian, todo tenía su sitio. Había una jerarquía. Las cosas encajaban. Hasta un hombre con los inmensos poderes de Dorian podía ser humilde, porque sabía de otros que estaban muy por encima de él, aunque nunca hubiera coincidido con ninguno de ellos. Dorian podía nombrar el mal sin miedo y sin rencor, podía afirmar que algunos hacían el mal o lo servían sin odiarlos por ello. Solon nunca había conocido a nadie así, con la posible excepción del conde Drake. ¿Qué habría sido de él? ¿Habría muerto en el golpe?

—¿Para qué sirve todo esto? —preguntó, mientras recogía lo que había sido un cuenco de oro. En ese momento era algo entre un yelmo y una máscara. Cubriría por completo la cabeza de Dorian, dejando solo dos agujeritos en la nariz para respirar. Le dio la vuelta. Era una escultura perfecta de la cara de Dorian, derramando lágrimas de oro.

—Impedirá que la vea, la oiga o le grite, que me mueva de aquí. Impedirá que sucumba a la última tentación: creerme lo bastante fuerte para combatirla. Espero que también evite que use el vir. Pero no puedo atarme mágicamente yo solo. Necesito que lo hagas por mí. Cuando Khali haya pasado, podré escapar cuando salga el sol y recargue mi Talento, de modo que no debes preocuparte por mí. Si necesitas tu oro, estará aquí.

—Piensas irte, pase lo que pase.

Dorian sonrió.

—No me preguntes adónde.

—Buena suerte —dijo Solon. Tenía un nudo en la garganta que le recordaba lo bien que se había sentido al tener compañía de nuevo. Hasta las peleas con Dorian y Feir habían sido mejores que la paz sin ellos.

—Has sido un hermano para mí, Solon. Creo que volveremos a encontrarnos, antes de que esto termine —dijo Dorian—. Ahora date prisa.

Solon le puso el yelmo de oro y lo fijó con la magia más potente que pudo, para lo cual vació por completo su glore vyrden. No usaría más magia hasta que saliera el sol. No era un pensamiento agradable. Mientras bajaba del saliente rocoso, juraría haber visto que crecía corteza por encima de los brazos de Dorian, allá donde de otro modo hubiesen quedado a la vista.

Desde el camino, Dorian era invisible.

—Adiós, hermano —dijo Solon.

Se volvió y caminó hacia la muralla con paso decidido. Ahora solo tenía que

convencer a Lehros de Vass de que no estaba loco de atar.

Capítulo 35

El rey dios se recostó en el trono de vidrio volcánico que había ordenado que le tallaran con roca de las Fauces. A sus ojos, la pieza negra de cantos afilados era un recordatorio, un aguijón y una comodidad, todo en uno.

Su hijo estaba de pie ante él. Su primer hijo reconocido como tal, no la mera semilla de su entrepierna. El rey dios repartía su semilla a los cuatro vientos. Nunca consideraba hijos a las malas hierbas que echaban raíces. No eran más que bastardos a los que no dedicaba ninguna atención. Los únicos que importaban eran los niños que serían vürdmeisters. La mayoría, sin embargo, no sobrevivían al adiestramiento. Solo un puñado de chicos de entre las docenas de brujos natos salían adelante y se convertían en sus posibles herederos, sus hijos dignos del trono. Cada uno de ellos había recibido un *uurdthan*, una Ordalía para demostrar su valor. Por el momento, solo Moburu había tenido éxito. Solo a Moburu reconocería como hijo suyo. Y aun así todavía no como heredero.

La verdad era que Moburu le apenaba. Garoth recordaba a la madre del muchacho. Una princesa de alguna isla, capturada antes de que el Imperio sethí destruyera el conato de armada de Garoth. Le había inspirado curiosidad y, aunque por su dormitorio desfilaba una procesión interminable de mujeres de alta y baja cuna, de manera voluntaria o no, a ella había tratado de seducirla. Era tan apasionada como él calculador, tan cálida como él frío. La había encontrado exótica, excitante. Lo había intentado todo con ella salvo la magia. Había tenido la certidumbre, propia de un joven, de que ninguna mujer podría resistírsele durante mucho tiempo.

Al cabo de un año, ella aún se aferraba a su altivo desdén. Lo despreciaba. Una noche, Garoth perdió la paciencia y la violó. Su intención había sido estrangularla después, pero sintió una extraña vergüenza. Más tarde, Neph le contó que la mujer estaba embarazada. Se había quitado a la criatura de la cabeza hasta que Neph le dijo que el chico había sobrevivido a las pruebas y estaba listo para su *uurdthan*. Garoth le había adjudicado uno que estaba seguro que le supondría la muerte. Sin embargo, Moburu había cumplido su tarea con la misma facilidad con que había resuelto todas las demás que Garoth le había puesto delante.

Lo peor de todo era que el presunto heredero del trono de Khalidor ni siquiera parecía khalidorano. Tenía los ojos de su madre, su voz ronca y su piel; su piel ladeshiana.

Era como saborear hiel. ¿Por qué no podía haber salido bien Dorian? Cuántas esperanzas había depositado Garoth en él. Lo quería. Dorian había superado su *uurdthan* y después lo había traicionado. Garoth había tenido menos esperanzas para el que se había hecho llamar Roth, pero al menos ese parecía khalidorano.

Moburu iba vestido de oficial de caballería alitaerano, brocado rojo sobre oro con

una cabeza de dragón por emblema. Era inteligente, despierto y seguro de sí mismo a más no poder, con una belleza recia a pesar de su piel ladeshiana (Garoth lo reconocía a regañadientes), y con fama de ser uno de los mejores jinetes de la caballería. Además era implacable, por supuesto. Estaba erguido como correspondía a un hijo del rey dios. Aparentaba humildad con la misma naturalidad con la que un hombre llevaría un vestido.

Eso irritaba a Garoth, pero era culpa suya. Él había diseñado las vidas de sus semillas de tal modo que quienes sobrevivieran fuesen exactamente lo que era Moburu. El problema era que todas aquellas pruebas estaban ideadas para ofrecerle un conjunto de candidatos. Contaba con tener varios hijos. En ese caso, tendrían la atención fija unos en otros. Un hermano conspiraría contra otro para ganarse el favor de su padre. Sin embargo, con Dorian desaparecido, Roth muerto y ninguno de los demás que hubiese superado su *uurdthan*, Moburu estaba solo. La ambición del chico lo obligaría a poner pronto sus miras en el rey dios en persona. Si no lo había hecho ya.

—¿Qué nuevas me traes de los Hielos? —preguntó el rey dios.

—Santidad, la situación es tan mala como nos imaginábamos. Quizá peor. Los clanes ya han hecho sus llamamientos. Han acordado treguas para poder pasar el invierno lo bastante cerca de la frontera y unirse a la horda en primavera. Están engendrando kruls, y puede que zels y feralis. Si han aprendido a hacer eso, irá aumentando su número durante los nueve próximos meses.

—¿Cómo han encontrado un criadero en los Hielos, por Khali? ¿Debajo del hielo perpetuo? —Garoth soltó una maldición.

—Mi señor —dijo su hijo—, podemos contrarrestar esa amenaza con suma facilidad. Me he tomado la libertad de ordenar que trajeran a Khali aquí. Vendrá por Aullavientos. Es más rápido.

—¿Que has hecho qué? —La voz del rey dios era gélida, peligrosa.

—Aniquilará una de las guarniciones más temibles de Cenaria y con ello os ahorrará un quebradero de cabeza. Llegará dentro de unos días. Bajo este castillo hay un terreno de cría perfecto. Los de aquí lo llaman las Fauces. Con Khali presente, podemos crear un ejército como ninguno que el mundo haya visto. Este terreno está empapado de sufrimiento. Las cavernas de debajo de Khaliras llevan siendo minadas setecientos años. Los kruls que pueden producir nuestros vürdmeisters no son nada comparados con lo que podríamos lograr aquí.

El rey dios contrajo los músculos, pero su rostro permaneció impasible.

—Hijo. Hijo. Tú nunca has engendrado un krul. Nunca has forjado un ferali ni criado un ferozi. No tienes ni idea de lo que cuesta. Hay un motivo por el que usé ejércitos humanos para derrotar a los clanes de las montañas y de los ríos, y a los Tlanglang y los Grosth. He consolidado nuestro dominio en el interior y he ampliado

nuestras fronteras cuatro veces... y no he usado kruls ni una sola vez. ¿Sabes cómo combate la gente cuando sabe que si pierde su familia entera será devorada? Lucha hasta el último hombre. Arma a los niños con arcos. Las mujeres usan cuchillos de cocina y atizadores. Lo vi en mi juventud, y a mi padre no le valió de nada.

—Vuestro padre no tenía el vir que tenéis vos.

—No es solo cuestión de vir. Esta conversación ha terminado. —Moburu nunca se había atrevido a hablarle de ese modo... ¡ni a ordenar que llevaran allí a Khali sin pedir permiso!

Sin embargo, Garoth estaba confundido. Acababa de mentir. Sí había hecho kruls, ferozis y hasta feralis. A sus últimos dos hermanos los habían matado feralis. Entonces lo había jurado: nunca más. Nunca más con ninguno de los monstruos salvo por el puñado de parejas de ferozis de cría en las que había estado trabajando para enviarlas algún día al bosque Iaosiano en busca de los tesoros de Ezra. Pero el precio de esos ya lo había pagado. No le exigían nada más.

Aun así, Moburu quizá tuviera razón. Eso era lo peor de todo. Se había acostumbrado a tratar a Moburu como un compañero, un hijo en el sentido en el que otros padres trataban a sus hijos.

Había sido un error. Había demostrado indecisión. Sin duda Moburu ya estaba conspirando para arrebatarle el trono. Garoth podía matarlo, pero Moburu era una herramienta demasiado valiosa para desperdiciarla de cualquier manera. Maldito fuera. ¿Por qué no habían salido bien sus hermanos? El chico necesitaba un rival.

El rey dios alzó un dedo.

—He cambiado de idea. Dime lo que piensas, hijo. Explica tus motivos.

Moburu se quedó quieto un momento, y después se hinchó de orgullo.

—Estoy dispuesto a reconocer que nuestros ejércitos probablemente podrían rechazar a los salvajes de los Hielos. Aunque los clanes se mantengan unidos, nuestros vürdmeisters inclinarían la balanza en nuestro favor. Sin embargo, para eso tenemos que enviar a todo meister en condiciones al norte. Con toda sinceridad, no podría haber un peor momento. Las hermanas están cada vez más recelosas y asustadas. Algunas dicen que les conviene luchar contra nosotros ahora, antes de que nos hagamos más fuertes. Sabemos que los ceuríes aprovecharán cualquier debilidad para cruzar en tropel la frontera. Llevan siglos queriendo tomar Cenaria.

—Los ceuríes están divididos.

—Hay un joven general brillante llamado Lantano Garuwashi que está ganando muchos seguidores en el norte de Ceura. Nunca ha perdido un duelo o una batalla. Si enviamos al norte a nuestros ejércitos y nuestros meisters, atacarnos podría ser justo lo que necesita para unificar Ceura. Improbable, pero posible.

—Sigue —dijo el rey dios. Lo sabía todo sobre Lantano Garuwashi, y tampoco le preocupaban las hermanas. Había dispuesto en persona su actual crisis política.

—También parece que el Sa'kagé está mucho más afianzado y mejor dirigido de lo que creíamos. Sin duda es obra de ese nuevo shinga, Jarl. Creo que todo apunta a que ha puesto en marcha una nueva fase de...

—Jarl ha muerto —dijo Garoth.

—No puede ser. No he encontrado ningún indicio...

—Jarl lleva muerto una semana.

—Pero si ni siquiera han corrido rumores sobre ello, y con el nivel de organización que hemos descubierto... No lo entiendo —protestó Moburu.

—Ni falta que hace —replicó el rey dios—. Sigue.

Ja, Moburu ya no parecía tan confiado. Bien. Era evidente que deseaba hacer más preguntas, pero no se atrevía. Vaciló durante un momento, y luego continuó:

—Hay rumores de que Sho'cendi ha enviado una delegación para investigar lo que ellos llaman la supuesta amenaza khalidorana.

—¿Tus fuentes lo llaman «delegación»? —preguntó Garoth, con una fina sonrisa.

Moburu puso cara de incertidumbre, luego de enfado.

—Eh... Sí, y si los magos deciden que somos una amenaza, podrían regresar a Sho'cendi y volver con un ejército para la primavera, el mismo momento en que se materializarán todas nuestras demás amenazas.

—Esos delegados son magos de batalla. Seis magos de batalla hechos y derechos. Los sa'seuranos creen que han encontrado y perdido la espada de Jorsin Alkestes, Curoch. Creen que podría encontrarse aquí, en Cenaria.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Moburu, estupefacto—. Mi fuente ocupa una posición inmediata al mismísimo Alto Sa'seurano.

—Me lo ha contado tu hermano —respondió el rey dios, complacido con el rumbo que tomaba la conversación. Volvía a estar donde le correspondía. Al mando. Vivo. Moviendo el mundo con la palanca de sus deseos—. Es uno de los delegados.

—¿Mi hermano?

—Bueno, no es tu hermano todavía. Pronto. Ya puedes imaginarte su *uurdthan*. Es algo más difícil que el tuyo.

Moburu encajó el insulto, y Garoth vio que calaba hondo.

—¿Debe recuperar Curoch? —preguntó.

Garoth le dedicó su sonrisa de labios finos. Vio que Moburu cavilaba. Un hijo que recuperase Curoch ocuparía un lugar de privilegio, de mucho poder. A decir verdad, una de las úlceras de Garoth se la había causado la preocupación por Curoch. Si cualquiera de sus hijos recuperaba Curoch, quizá no quisiera entregarla. Curoch le conferiría el poder suficiente para desafiar al propio Garoth. A Moburu se le ocurriría de inmediato. Sin embargo, Garoth ya tenía planes para ese caso. Muchos planes, desde los más sencillos, como sobornos y chantaje, hasta los más desesperados: un conjuro que en caso de muerte podría lanzar su consciencia al cuerpo del asesino. No

se trataba de un hechizo que pudiera probarse con seguridad, de modo que lo mejor sería mantener la espada alejada de sus hijos.

—Pero has expuesto unos cuantos argumentos excelentes, hijo. Te has vuelto valioso para mí. —Oh, cómo escocía llamar eso a aquel mestizo. ¡Hijo!—. Te concederé tu deseo. Construirás un ferali para mí.

Moburu abrió mucho los ojos. Oh, no tenía ni idea.

—Sí, santidad.

—Y... ¿Moburu? —Garoth dejó que el silencio se alargase hasta que el chico tragó saliva—. Impresióname.

Capítulo 36

—¿Queréis que huyamos y no me decís por qué? ¿Y eso tiene que convencerme? —preguntó el señor de Vass.

Trescientos soldados se habían congregado en el oscuro patio de armas, bajo una medialuna en un cielo nocturno cuajado de estrellas. Trescientos soldados vestidos para la batalla, apiñados contra el frío inclemente que ya había descendido sobre aquellas montañas, aunque el calor estival apenas hubiera perdido su furor en la ciudad de Cenaria. Trescientos soldados y su oficial al mando... que no era Solon. Trescientos hombres que observaban la conversación entre Solon y Lehros de Vass.

—Reconozco —dijo Solon con voz pausada— que suena poco convincente. Pero solo os pido un día. Nos vamos durante un día, y después volvemos. Si me equivoco, tampoco es que haya saqueadores que se vayan a llevar algo. No hay nadie más en estas malhadadas montañas aparte de los montañeses, y hace tres años que no asaltan las murallas.

—Significa abandonar nuestro puesto —objetó el joven noble—. Hemos jurado defender esta muralla.

—No tenemos puesto —replicó Solon—. No tenemos rey ni señor. Tenemos trescientos hombres y un país ocupado. Nuestros juramentos los prestamos a hombres que ya están muertos. Nuestro deber es mantener vivos a estos hombres para que puedan luchar cuando surja la oportunidad. Esta no es la clase de guerra en la que cargamos gloriosamente contra las líneas enemigas blandiendo nuestras espadas.

El señor de Vass era lo bastante joven para ruborizarse de ira y vergüenza. Por supuesto, esa era exactamente la clase de guerra que tenía en mente, y había sido un error menospreciarla. ¿Cuánto hacía que Solon había dejado de hacerse esas ilusiones sobre la guerra?

Los hombres no movían un músculo, pero todos vieron la ira dibujada en las facciones de su superior, el rojo más encendido aun a la titilante luz de las antorchas.

—Si queréis que nos vayamos, exijo saber por qué —dijo el señor de Vass.

—Se acerca un contingente de soldados de élite khalidoranos conocidos como los Juramentados. Transportan a la diosa khalidorana Khali a Cenaria. Atacarán las murallas a la hora de las brujas.

—¿Y vos queréis partir? —preguntó Vass con incredulidad—. ¿Sabéis lo que significaría que capturásemos a la diosa de Khalidor? Los destruiría. Daría esperanzas a nuestros compatriotas. Seríamos héroes. Este es el lugar idóneo para detenerlos. Tenemos murallas, trampas, hombres. Esta es nuestra oportunidad. Es justo lo que estábamos esperando.

—Hijo, esta diosa... —A Solon le rechinaron los dientes—. No estamos hablando de capturar una estatua. Creo que es real.

Lehros de Vass miró a Solon, al principio escéptico y luego con indulgencia.

—Si necesitáis salir corriendo, adelante. Ya sabéis dónde está el camino. —Soltó una risita, ebrio de su propia grandeza—. Por supuesto, no puedo dejaros partir hasta que me devolváis mi oro.

Si Solon le explicaba dónde se encontraba su oro en ese momento, Vass haría que sus hombres fueran a recuperarlo de inmediato, y Dorian quedaría desprotegido.

—Podéis iros al infierno —dijo Solon—. Y yo también. Moriremos juntos.

La hermana Ariel Wyant estaba sentada a cinco pasos de la primera barrera mágica que separaba el bosque Iaosiano del robledal. Llevaba los últimos seis días observando lo que semejaba una placa, seis metros bosque adentro. No parecía llevar allí mucho tiempo: aún estaba cubierta de maleza.

Su primer motivo de esperanza durante el examen de la salvaguarda defensiva había sido que Ezra la había elaborado siglos atrás. Tratándose de otro mago, habría esperado que las tramas se hubiesen desintegrado después de tanto tiempo. Las tramas siempre se degradaban. Sin embargo, con Ezra «siempre» no significaba «siempre». La prueba reverberaba ante ella, fuera del campo de visión de un simple mortal.

El segundo motivo de esperanza era que, dado el poder de Ezra y el del resto de los magos de su época, debió de defenderse contra unos adversarios mucho más poderosos que cualquiera que viviese en ese momento. La hermana Ariel no era lo bastante arrogante para creerse a la altura de quienes Ezra tenía en mente. Solo podía confiar en que su leve examen de las tramas fuese lo suficientemente discreto para no llamar la atención. Las termitas eran minúsculas, pero habían destruido más de una casa imponente.

De manera que, por espacio de seis días, examinó y reexaminó las tramas que separaban el bosque Iaosiano del robledal. Eran tan hermosas como la telaraña de una viuda negra. Había trampas grandes y pequeñas. Había tramas pensadas para desmoronarse al menor contacto, tramas dispuestas para que las desenmarañaran y tramas que no podrían romperse ni con el doble de la fuerza de Ariel. Y cada una de ellas contenía una trampa.

Ariel se imaginaba a la perfección lo que había hecho la hermana Jessie. Probablemente había intentado ocultar su Talento. El primer día se le había antojado una estrategia perfecta, y habría funcionado de haber sido Ezra un idiota. El Talento de la hermana Jessie era bastante débil, y podía comprimirlo y luego escudarlo, haciéndolo invisible a las otras hermanas o los varones videntes... lo cual, bien pensado, era una idea curiosa: ¿cuántas veces habrían usado exactamente esa estrategia las mujeres con Talento para esconderse ellas o a sus hijas de las hermanas reclutadoras de la Capilla? Ariel meneó la cabeza. No era el momento de distraerse.

El problema estribaba en que las tramas de Ezra no se limitaban a reconocer el Talento. Por lo que Ariel era capaz de discernir, obligada a hacer suposiciones a causa de la complejidad y delicadeza de las tramas, la magia de Ezra también detectaba los cuerpos de los magos.

Todo el mundo sabía que los magos eran diferentes de las personas ordinarias, pero ni siquiera los sanadores actuales comprendían con exactitud cómo cambiaba la magia la carne de un mago. Que lo hacía resultaba innegable. Los magos envejecían de forma distinta, a veces más despacio cuanto más Talento tenían, pero a veces no. Al margen de eso, sus constantes interacciones con la magia alteraban la carne misma de maneras sutiles. Al parecer Ezra conocía a la perfección cuáles eran esas maneras. La hermana Ariel debería haberlo imaginado. Entre sus demás logros, que no eran pocos, Ezra había sido un sa'salar, un Señor de la Curación. Había creado al Cazador Oscuro: ¡había creado un ser vivo!

«Oh, hermana Jessie, ¿atravesaste directamente este muro de magia? ¿De verdad te creíste más lista que el propio Ezra? ¿Cuántos huesos de mago pueblan el suelo de este maldito bosque?»

Estaba permitiéndose divagar sin acometer el problema que tenía entre manos. Ella todavía estaba viva. Había superado la primera barrera. Necesitaba hacer algo con ese logro. Necesitaba conseguir aquella maldita placa dorada. Estaba clavada a seis metros de distancia, justo en lo alto de un pequeño montículo. Muy cerca, y aun así no tenía esperanzas de conseguirla. Su examen de las trampas de Ezra la había convencido de ello. Le llevaría años desmantelarlas. Eso, si lo conseguía. Aunque tuviera el tiempo suficiente, nunca estaría segura de no haber pasado algo por alto. Nunca podría estar segura de cuántas capas más de protección quedaban. Ezra podría haber tejido aquella salvaguarda en unos cuantos días. Su intención podría haber sido que esa capa la atravesaran los magos débiles. La hermana Ariel podría pasarse la vida entera desmantelando trampas y no desvelar nunca los auténticos secretos de Ezra.

Si hubiese llegado cuando era más joven, quizá lo habría considerado un uso digno de su vida. Sin embargo, de joven había sido mucho más idealista. Había creído en la Capilla con esa fe insensata que la mayoría reservan para su religión. Si Ezra poseía en verdad artefactos de un poder devastador, ¿seguro que Ariel querría entregárselos a la rectora? ¿Confiaría a Istariel un objeto que multiplicaría por diez su poder?

«Para, Ariel. Te estás despistando otra vez.»

Observó la placa. Entonces rompió a reír. Qué sencillo era. Se puso en pie y echó a caminar de vuelta hacia el pueblo.

Regresó al cabo de una hora con la barriga llena y una cuerda. Maese Zoralat había tenido la bondad de enseñarle a hacer y tirar un lazo. Llevaba los dos últimos

días preguntándose cómo conseguir la placa... y llevaba dos días pensando solo en medios mágicos. Tonta, tonta, tonta.

Las siguientes horas le demostraron que también era torpe. ¿Cuántas veces en su vida había contemplado con desdén a los hombres que trabajaban en las caballerizas de la Capilla? Debería obligarse a las hermanas a practicar cómo echar el lazo... delante de todos los mozos de cuadra de la Capilla.

El día terminó y todavía no había podido cerrar el lazo en torno a la placa. Maldijo ante el bosque hasta quedarse a gusto y regresó a la posada. Al día siguiente volvió a la carga, con el brazo y el hombro doloridos. Tardó tres horas más, durante las cuales se maldijo, maldijo la cuerda, maldijo a Ezra, maldijo su falta de ejercicio y maldijo sin más... pero todo en silencio.

Cuando el lazo por fin se cerró alrededor de la placa, habría jurado que el oro de la misma resplandecía por un instante. Quiso ampliar sus sentidos para ver qué acababa de pasar, pero estaba demasiado lejos. Decidió que no le quedaba otra que tirar del maldito trasto y punto.

Al principio, la placa no se movió. Estaba enganchada de alguna manera. Después, con los tirones de Ariel una parte del montículo se desplazó y rodó a un lado hasta liberar la placa. No era un montículo, sino el cuerpo de la hermana Jessie. Llevaba semanas muerta. El mantillo había crecido sobre sus vistosos ropajes y ocultaba las manchas de sangre. Parecía que una garra le había arrancado media cabeza de un zarpazo atroz. Desde su muerte, ninguna alimaña había mancillado su cuerpo: no había osos, coyotes, cuervos ni otros carroñeros en el bosque de Ezra, pero los gusanos tenían bien avanzado su trabajo.

La hermana Ariel apartó la vista y se concedió un momento para ser una mujer que acababa de ver el cuerpo mutilado de una conocida. Respiró poco a poco y se alegró de que el cadáver de Jessie estuviese tan lejos. Lo había tenido así de cerca durante días, y ni siquiera había llegado a oler a descomposición. ¿Era un truco del viento, o de la magia?

La hermana Jessie aferraba la placa entre las manos.

Ariel amuralló con esmero todas las emociones que sentía y las dejó aparte. Las examinaría más tarde, ya se permitiría llorar si las lágrimas acudían a sus ojos. Por el momento, quizá estuviera en peligro. Observó la placa. Estaba demasiado lejos para distinguir qué símbolos tenía en la superficie, si es que tenía alguno, pero transmitía una sensación que la hacía estremecerse hasta el tuétano.

La placa cuadrada tenía ganchos clavados en la cuerda. Parecía que se hubiesen formado cuando el lazo había aterrizado para ayudarle a sacarla.

Estiró de la cuerda y acercó la placa a la barrera defensiva, pero no la hizo traspasarla. Era imposible predecir lo que sucedería si un objeto, tal vez mágico, franqueaba la salvarguarda de Ezra. La inscripción estaba en gamítico; para su

sorpresa Ariel descubrió que recordaba el idioma sorprendentemente bien. El mensaje rezaba:

Si este es el cuarto día, tómate tu tiempo. Si es el séptimo, sácala ya por la barrera.

Las runas seguían, pero Ariel paró y frunció el ceño. No era el tipo de texto que la gente solía escribir en una placa. Se preguntó a quién podrían ir dirigidas las palabras. ¿Quizá la placa había formado parte de alguna antigua prueba? ¿Un rito iniciático para magos? ¿Cómo la habría interpretado la hermana Jessie? ¿Por qué le había parecido tan importante? Siguió leyendo:

Días delante de la barrera, Caracaballo. Lanzas de pena, por cierto.

Ariel soltó la cuerda porque sus dedos habían perdido la sensibilidad. De novicia la llamaban Caracaballo. Intentó traducir las palabras de otra manera, pero las runas gamíticas dejaban claro que se trataba de un nombre propio, un insulto específico, no genérico.

Al ver cómo se había enganchado la placa a la cuerda, de repente estuvo segura de que se había agarrado voluntariamente a ella. Como si fuese inteligente. Los ganchos no estaban colocados de forma simétrica a ambos lados de la placa. Era como si hubiesen crecido en respuesta al contacto del lazo.

La placa resplandeció y la hermana Ariel retrocedió a trompicones, asustada.

Fue un error. Tropezó con un pliegue de la cuerda y, al caer, le dio un tirón que hizo que la placa atravesara la barrera.

Se puso en pie tan deprisa como le permitieron sus rollizas extremidades. La placa ya no resplandecía. La recogió y, al tocarla, las runas gamíticas se disolvieron y dieron paso a la lengua común.

Profecía. No inteligencia.

La hermana Ariel tragó saliva, sin acabar de creérselo. La inscripción siguió apareciendo ante sus ojos, como si la escribiera una pluma invisible.

Si este es el séptimo día, mira dos estadios al sur.

¿Estadios? Quizá las unidades de medida no se tradujeran. ¿Cuánto eran dos estadios? ¿Trescientos pasos? ¿Cuatrocientos?

Estaba paralizada de miedo. Nunca había sido de las que corrían aventuras. Era una erudita, y muy buena. Era una de las hermanas más poderosas, pero no le gustaba lanzarse de cabeza a cosas que no entendía. Dio la vuelta a la placa.

Salvaguardas en los árboles. No confíes en él.

Lo había escrito Jessie al’Gwaydin con letra precipitada.

«Oh, perfecto», pensó Ariel.

Estaba clavada en el suelo. Las palabras que había escrito la hermana Jessie solo podían haber sido trazadas con magia, pero Jessie no habría usado jamás magia dentro del bosque. Hubiera sido un suicidio.

«Bueno, está muerta.»

Podía ser todo una trampa. La placa podría haber activado algo al atravesar la barrera. Quizá hubiese una trampa en los árboles al sur, adonde la placa intentaba hacerle ir. Tal vez debería retirarse a ponerlo todo por escrito, desentenderse de la trampa y jugar según sus propias reglas.

Sin embargo, la hermana Ariel no regresó a Vuelta del Torras para escribir en su diario. Había estudiado la salvaguarda del sur. Si hubiese habido una trampa, ya la habría disparado.

Había un lugar y un momento para las prisas. «Al parecer son aquí y ahora.»

Capítulo 37

—O sea que vienes a ser un grano en el culo. ¿Por qué te adoptó Kylar? —preguntó Vi.

Llevaban en ruta una semana y, si bien Uly no era la mejor compañía del mundo, por lo menos resultaba más interesante que los caballos, los árboles y los pueblecitos que debían evitar. Vi no estaba conversando, sino recopilando mucha información. Kylar se acercaba para matarla.

—Lo hizo porque me quiere —respondió Uly, desafiante como de costumbre—. Algún día se casará conmigo.

Ya le había dicho cosas parecidas con anterioridad, que habían despertado de inmediato las sospechas de Vi, aunque, tras hacer unas cuantas preguntas que dejaron a Uly desconcertada, se dio cuenta de que sus sospechas eran infundadas. Kylar no era pedófilo.

—Sí, sí, lo sé. Pero no podía amarte antes de conocerte, ¿o sí? Dices que cuando te sacó del castillo fue la primera vez que lo viste.

—Al principio pensé que era mi verdadero padre —dijo Uly.

—Hum —musitó Vi, como si no estuviese muy interesada—. ¿Y quiénes son tus verdaderos padres?

—Mi padre se llamaba Durzo pero está muerto. Kylar no quiere hablar de él. Creo que mi madre es Mama K. Siempre me miraba raro cuando estuvimos en su casa.

Vi tuvo que agarrarse a la silla de montar para no perder el equilibrio. ¡Nysos, eso era! Sabía que Uly le recordaba a alguien. ¡Era la hija de Durzo y Mama K! Con razón la habían ocultado. Eso también explicaba por qué la había adoptado Kylar.

Por algún motivo inexplicable, la idea le dolió. No se imaginaba adoptando a uno de los bastardos de Hu. A decir verdad, no se imaginaba a Hu preocupado por ninguno de ellos. De repente Uly era el doble de valiosa para el rey dios. Tenerla significaría controlar a Mama K.

Quizá eso bastaría para liberar a Vi de sus garras, aunque ella lo dudaba mucho. El rey dios recompensaba bien a sus sirvientes. Le permitiría entregarse hasta la saciedad a cualquier vicio que tuviese. Le daría oro, ropa, esclavos, todo lo que quisiera. Pero jamás le concedería la libertad. Había demostrado ser demasiado valiosa para liberarla.

Cuanto más descubría Vi sobre Kylar, más desesperaba. Necesitaba que Uly hablase, porque debía saber tanto como fuera posible sobre su enemigo. Su única fuente de información era una niña de doce años enamorada del sujeto, pero a Vi se le daba bien separar la verdad de la opinión. Con todo, Kylar parecía cada vez un hombre más... ¡joder!

No quería volver a pensar en aquello. Solo la hacía sentirse peor. Maldita fuera esa ruta. Maldito ese largo viaje. Una semana más y podría lavarse las manos del asunto. Quizá ni siquiera esperase al día de la paga, por mucho que se la mereciera. Dejaría a la niña con una nota que explicara lo que había hecho y desaparecería. Había matado a Jarl. Entregaría a Kylar y a Mama K al rey dios. Seguro que él no malgastaría sus recursos mandando alguien tras ella. Aunque lo hiciera, no la perseguiría con la misma furia que si lo hubiese traicionado. Podía desaparecer. Solo había un puñado de personas a las que temiera, y todas eran demasiado valiosas para que las enviaran a por ella.

Una era Kylar, pero no sobreviviría durante mucho tiempo. Puede que hubiese matado a Roth Ursuul, a treinta montañeses de élite y a varios brujos (Uly parecía saber mucho al respecto), pero jamás sobreviviría al rey dios.

Vi se dirigiría a Seth, a Ladesh o al interior de las montañas de Ceura, donde su pelo rojo no llamaría tanto la atención. No volvería a abrirse de piernas para ningún hombre, y jamás aceptaría otro encargo. No sabía qué aspecto tenía una vida normal, pero se concedería tiempo para descubrirlo. Después de lo que tenía entre manos.

Sacó el trozo de papel que se había llevado de la casa de Kylar y lo releyó:

Elene, lo siento. Lo he intentado. Juro que lo he intentado. Hay cosas que valen más que mi felicidad. Hay cosas que solo yo puedo hacer. Véndeselos al maestro Bourary y traslada la familia a una parte mejor de la ciudad. Siempre te querré.

—Oye, fea —dijo Vi—, ¿sobre qué discutían Elene y Kylar?

—Creo que era porque la cama no chirriaba.

Vi arrugó el entrecejo. ¿Qué? Entonces rompió a reír.

—Bueno, es bastante normal. ¿Eso era todo?

—¿Por qué, qué significa? —preguntó Uly.

—Follar. Los hombres y las mujeres discuten sobre eso a todas horas.

—¿Qué es follar? —preguntó Uly.

De modo que Vi se lo explicó con pelos y señales, y Uly la escuchó cada vez más horrorizada.

—¿Duele? —preguntó.

—A veces.

—¡Suena asqueroso!

—Lo es. Es guarro, pegajoso, sudoroso, oloroso y asqueroso. A veces hasta te hace sangre.

—¿Por qué les dejan hacerlo las chicas? —preguntó la niña.

—Porque los hombres las obligan. Por eso discuten.

—Kylar no haría eso —objetó Uly—. Él no le haría daño a Elene.

—Entonces, ¿por qué discutían sobre ello?

Uly parecía enferma.

—Él no haría eso —insistió—. No lo haría. No creo que lo hiciesen nunca, de todas formas, porque la cama nunca chirriaba y la tía Mia decía que lo haría. Pero la tía Mia dijo que era divertido.

¿La cama nunca chirriaba?

—Da igual. ¿Solo discutían por eso? —preguntó Vi.

—Elene quería que vendiese su espada, la que Durzo le regaló. Kylar no quería, pero ella decía que eso demostraba que todavía deseaba ser un ejecutor. Pero no es verdad. Lo que él quería en realidad era estar con nosotras. Se enfadaba muchísimo cuando Elene decía eso.

De modo que también él quería dejarlo. A eso se refería en su nota al decir que lo había intentado. Había intentado dejarlo.

¡Nysos! Kylar quizá ni siquiera supiese que se había llevado a Uly. Vi no sabía si eso era bueno o malo. Explicaba por qué las había adelantado aquella mañana de niebla, eso sí. Debía de estar convencido de que ella regresaría a Cenaria lo más deprisa posible.

Varios centenares de pasos por delante, Vi observó que el bosque cambiaba. No, no cambiaba. Se transformaba tan de repente como si hubiesen partido la tierra con un hacha. En el lado más cercano, el bosque se parecía al que llevaban días recorriendo. Al otro lado, crecían unas secuoyas enormes. Debían de estar cerca de Vuelta del Torras. Eso no significaba mucho para Vi, pero daba la impresión de que resultaría más fácil cabalgar bajo aquellos grandes árboles. En una floresta tan vieja casi no había sotobosque.

Estaban a solo cincuenta pasos de las secuoyas cuando una mujer mayor salió de detrás de los árboles que tenían delante y a un lado. Parecía tan sobresaltada como la propia Vi. Sostenía en las manos una resplandeciente lámina de oro.

Oro resplandeciente solo podía significar magia. La mujer era maga.

—¡Alto! —gritó la vieja.

Vi echó atrás el cuerpo en la silla y le arrancó a Uly las riendas de su caballo. Cuando volvió a erguirse, clavó los talones y miró hacia la maga. La mujer corría con zancadas pesadas, torpemente... y no hacia Vi y Uly. Se alejaba corriendo del viejo bosque y había tirado a un lado la lámina de oro resplandeciente.

¿Qué demonios pasaba? Era extraño, pero no lo suficiente para apartar a Vi de su camino. En todo el mundo, las únicas personas a las que debía temer eran los ejecutores, los brujos y los magos.

Los caballos salieron disparados hacia el bosque y estuvieron a punto de tirar a Uly de la silla.

La maga se encontraba ya a solo treinta pasos de distancia, casi a su altura. Corrió unas zancadas más, y Vi podría haber jurado que la vio salir de algo parecido a una enorme burbuja casi invisible que cubría el bosque.

La mujer levantó las manos y habló. Algo crepitó y salió disparado hacia delante. Vi bajó el cuerpo tanto como pudo por el lado opuesto del caballo. Hubo un impacto cerca y Uly cayó de su montura.

Vi no perdió tiempo en mirar. Sacó un cuchillo arrojadizo de una funda que llevaba al tobillo y lo lanzó mientras volvía a ponerse derecha sobre la silla. Era un lanzamiento largo, de veinte pasos y hacia un blanco que no veía antes de soltar el cuchillo, pero en realidad solo lo quería como distracción. Entonces miró atrás.

Uly estaba tumbada en el suelo, inconsciente.

No hubo vacilación. Una ejecutora no vacila. Una ejecutora actúa, aunque se trate de la acción equivocada. Vi no podía quedarse quieta, eso la convertiría en un blanco. Volvió a clavar los talones en los ijares del caballo. El animal cargó hacia delante...

Y acto seguido se derrumbó en el suelo, con las patas delanteras cercenadas.

Vi sacó los pies de los estribos. Aterrizaría hecha una bola, rodaría para apartarse del caballo, sacaría sus cuchillos... solo que el caballo cayó más deprisa de lo que se esperaba. Se estrelló con fuerza contra el suelo y se deslizó sobre su espalda y acabó rodando. Se golpeó la cabeza con una raíz dura como el hierro y vio chiribitas.

«¡Arriba, maldita seas! ¡Levanta!» Se incorporó sobre las manos y las rodillas e intentó ponerse en pie, con los ojos llorosos y un zumbido en la cabeza.

—Lo siento, no puedo permitir que lo hagas —dijo la mujer mayor. Daba la impresión de que hablaba en serio.

«No. No puede terminar así.»

La vieja rolliza alzó una mano y habló. Vi intentó echarse a un lado, pero no lo consiguió a tiempo.

Capítulo 38

Eran dos cortes pequeños. Uno a lo largo de las costillas, y otro a juego en el interior del brazo; ninguno profundo. El cuchillo había cortado piel, pero no músculo. Ni siquiera juntos eran nada que una venda limpia y un poco de aire fresco no pudiesen curar en unos días.

Sin embargo, en el Agujero nada estaba limpio y el aire fresco era solo un recuerdo.

Logan reconoció los síntomas, pero no podía hacer nada. Ya sentía frío y calor, temblores y sudores. Lo más probable era que no superase la fiebre. Después de todo el tiempo que había pasado en el Agujero, era una sombra de sí mismo. Las mejillas hundidas, los ojos brillantes, la cara esquelética y su alta figura reducida a piel y huesos.

Si sobrevivía, todavía podía empeorar, y lo sabía. Por mucha hambre que hubiese pasado, Logan aún no tenía la apariencia desnutrida y demacrada de quienes llevaban años en el Agujero. Su cuerpo se aferraba a su fuerza con una obstinación que le sorprendió. Sin embargo, eso a la fiebre le daba igual. Llevaría días, como mínimo, vencer a la calentura. Días de vulnerabilidad absoluta.

—Natassa —dijo—, háblame otra vez de la resistencia.

La hija pequeña de los Graesin parecía atribulada. No respondió. Miraba hacia el otro lado del orificio, donde Fin mascaba tendones para sumarlos a su cuerda.

—¿Natassa?

La chica se enderezó.

—Se mueven de un lado a otro. En el este hay una serie de tierras que los acogen, sobre todo... sobre todo las de los Gyre. Hasta los lae’knaught han ayudado.

—Cabrones.

—Cabrones que son enemigos de nuestro enemigo.

Lo dijo tal y como lo había dicho antes. Maldición, ya lo había dicho antes, ¿verdad?

—¿Y cada vez somos más?

—Cada vez somos más. Llevamos un tiempo haciendo incursiones, pequeños grupos que van y hacen lo que pueden para infligir daño a los khalidoranos, pero mi hermana todavía no nos deja intentar nada más ambicioso. El conde Drake ha colocado informadores para nosotros en todas las aldeas del este de Cenaria.

—¿El conde Drake? Espera, eso ya te lo había preguntado, ¿no?

Natassa no respondió. Aún tenía la mirada fija en Fin, que había matado a cuatro de los recién llegados en los últimos tres días. ¿Tres días? ¿O habían pasado ya cuatro?

El conde Drake formaba parte de la resistencia. Era una noticia estupenda. Logan

no sabía si había logrado sobrevivir.

—Me alegro de que Kylar no lo matase a él también —dijo Logan.

—¿A quién? —preguntó Natassa.

—Al conde Drake. Me traicionó. Él es el motivo de que esté aquí abajo.

—¿El conde Drake te traicionó? —preguntó Natassa.

—No, Kylar. Vestido todo de negro y haciéndose llamar el Ángel de la Noche.

—¿Kylar Stern es el Ángel de la Noche?

—Todo el tiempo estuvo trabajando para Khalidor.

—No, no es verdad. Si hay una resistencia es gracias al Ángel de la Noche. Yo estuve allí. Nos llevaron a todos al jardín y él nos salvó. Terah le ofreció lo que quisiera a cambio de que nos acompañase fuera del castillo, pero a él solo le preocupabas tú. Nos dejó para intentar salvarte, Logan.

—Pero él... él mató al príncipe Aleine. Fue él quien empezó todo esto.

—La duquesa de Jadwin mató a Aleine de Gunder. Ha recibido una porción de sus tierras como recompensa.

No parecía posible. Después de que se lo arrebataran todo, Natassa le estaba devolviendo a su mejor amigo. Cuánto había echado de menos a Kylar.

Logan se rió. Quizá fuera la fiebre. Quizá se imaginaba que Natassa había dicho aquello por lo mucho que deseaba oírlo. Estaba tan enfermo que todo su universo era dolor. Todo estaba borroso, muy borroso. Temió empezar a balbucear como una niña pequeña.

—¿Y Serah Drake? ¿Ella también estaba con vosotros? ¿Forma parte de la resistencia? ¿Kylar la salvó? —preguntó Logan. Eso ya lo había preguntado, ¿no era así?

—Está muerta.

—¿Su... sufrió? —Eso no se había atrevido a preguntarlo antes.

Natassa bajó la vista.

Serah. Su prometida, no hacía tanto. Se antojaba parte de otra vida. De otro mundo. Él la había amado una vez, o había creído amarla. ¿Cómo podía haberla amado cuando apenas le había dedicado un pensamiento en todo el tiempo que llevaba allí abajo?

Serah le había sido infiel. Se había acostado con su amigo, el príncipe Aleine de Gunder, cuando nunca se había acostado con él, el hombre al que afirmaba amar. ¿Era ese el motivo? ¿Su traición había apagado sus sentimientos por ella? ¿O tal vez no había llegado a amarla nunca?

En su noche de bodas había pensado que por fin empezaba a comprender el amor.

«Todo aquel que se encapricha cree que entiende el amor.» Pero Logan no podía evitarlo. Lo que había sentido por Jenine de Gunder, la chica de quince años que antes había considerado tan joven e inmadura para él, le había parecido amor. Quizá

se la habían arrebatado sin darle tiempo a conocer sus defectos, pero Jenine de Gunder... Jenine de Gyre, su esposa, aunque hubiese sido solo durante unas trágicas horas, era la mujer que no se había quitado de la cabeza. Había soñado con ella en los momentos previos a que el sueño cediera a la dura piedra, el cruel hedor, los aullidos y el calor del Agujero: su sonrisa sensual, sus ojos brillantes, sus curvas doradas a la luz de la vela tal y como la había visto una sola vez, tan fugaz, antes de que los soldados khalidoranos irrumpieran en la habitación, antes de que Roth le rajase la garganta.

—Oh, dioses —dijo Logan mientras hundía la cara en sus manos.

De repente, el dolor lo atenazó. Se le formó una mueca en la cara y no pudo contener las lágrimas. La había abrazado, su cuerpo tan pequeño y vulnerable contra su pecho, mientras sangraba. ¡Dioses, cómo sangraba! Él le había dicho que todo acabaría bien. Le había hablado de la paz, y esa había sido toda la protección que había sido capaz de ofrecerle, porque no podía hacer nada más.

Alguien lo envolvió con un brazo. Era Lilly. Dioses. Después Natassa también lo abrazó. Eso empeoró las cosas. Sollozaba sin freno. Todo estaba borroso y emborronándose más. Había reprimido la pena durante tanto tiempo que ya no lo soportaba más.

«Pronto estaré contigo», le había dicho a Jenine. Ya se hacía realidad. Iba a morir allí. Ya se estaba muriendo.

Miró a la cara de Natassa y vio que sollozaba con él. ¡Pobre! La habían capturado, traicionada por alguien de la resistencia, y la habían arrojado allí con aquellos monstruos. Logan no sabía hasta qué punto lloraba por él y hasta qué punto lo hacía por sí misma. No la culpaba. Debía saber que, en cuanto cayese él, los ojeteros irían a por ella.

Hasta Lilly lloraba. Logan no habría imaginado que fuese capaz. ¿Por qué lloraba? ¿Tenía miedo de que, en cuanto los ojeteros tuviesen a Natassa, más joven y guapa, ella perdería su poder y posición? ¿De que la matasen?

Al mirar la cara de Lilly, se odió por el cinismo de ese pensamiento. Llevaba demasiado tiempo allí abajo. La expresión de su cara no era miedo. Era amor. Lilly no lloraba por ella, lloraba por él.

«¿Quién soy yo para merecer tanta devoción? No soy digno.»

—Ayudadme a levantarme —dijo con la voz ronca.

Lilly miró a Natassa, y sus lágrimas cesaron. Asintió.

—Venga, arriba.

Todas las miradas del Agujero estaban puestas ya en Logan. Algunas con curiosidad, otras con hambre. Fin parecía no caber en sí de gozo.

—¡Atención, hijos de puta! —exclamó Logan. Era la primera vez que usaba una palabrota, y notó que algunos eran conscientes de ello. Bueno, cuanto más loco

creyesen que estaba, mejor—. Escuchad. Os oculté un secretillo porque no sabía que erais unos delincuentes tan finos y distinguidos. Os he ocultado un secretillo que podría cambiarlo todo...

—Sí, sí, ya lo sabemos —lo cortó Fin—. Nuestro pequeño Rey se cree Logan de Gyre. ¡Cree que es el rey de verdad!

—Fin —dijo Logan—, hay dos buenos motivos para que cierres esa sucia bocaza. Primero, me estoy muriendo. No tengo nada que perder. Si mantienes cerrado ese ano lleno de dientes que tienes, me moriré sin que tengas que mover un maldito dedo. Pero si sigues hablando, iré a matarte. Puede que esté débil, pero me quedan fuerzas suficientes para arrastrar tu puñetero culo agujero abajo si no me importa caer yo también. Créeme, si empezamos a pelear, hay más de uno por aquí que se asegurará de que nos vayamos para abajo los dos.

—¿Y el segundo motivo? —dijo Fin prácticamente siseando. Estaba desenrollando su cuerda y ajustando el nudo corredizo del extremo.

—Si no te callas —prosiguió Logan—, será culpa tuya que tire esto por el agujero. —Se llevó la mano al cinturón y sacó una llave de hierro—. Es la llave de la reja.

Un hambre instantánea invadió todos los ojos.

—¡Dámela! —dijo alguien.

Los ojeteros empezaron a acercarse, y Logan avanzó con paso vacilante hacia el agujero. Sostuvo la llave sobre la oscuridad y se tambaleó hacia delante y hacia atrás, con un mareo no del todo fingido.

La amenaza aplacó a los ojeteros.

—Me siento muy enfermo, muy mareado —dijo Logan—. O sea que, si queréis que esta llave acabe en su agujerito de allí arriba, escuchadme con mucha atención.

—¿Cómo has podido guardarla durante todo este tiempo? —lo acusó Nick Nuevededos—. ¡Podríamos haber escapado hace meses!

—Cierra el pico, Nick —dijo alguien.

Logan miró a su alrededor, tratando de ver dónde estaba el grasiento duque khalidorano, pero las caras eran un borrón.

—Si queremos usar la llave, tenemos que trabajar juntos. ¿Lo entendéis todos? Si falla una persona, moriremos todos. Lo peor es que debemos confiar unos en otros. Haremos falta tres para llegar a la cerradura.

Empezaron todos a murmurar, unos ofreciéndose voluntarios, otros poniendo pegas.

—¡A callar! —ordenó Logan—. ¡O lo hacemos a mi manera o tiro la llave! Si lo hacemos a mi manera, saldremos todos. ¿Entendido? Hasta tú, Fin. En cuanto subamos a las Fauces, tengo un plan con el que escaparemos al menos la mitad. Quizá todos. Han estado haciendo obras al otro lado de este nivel, y creo que

podemos aprovecharlo siempre que matemos a Gorkhy antes de que dé la alarma. Pero tenéis que hacer todos exactamente lo que yo os diga.

—Está loco —protestó Nick.

—Es nuestra única oportunidad —dijo Tatu—. Cuenta conmigo.

Todos miraron a Tatu llenos de asombro. Era la primera vez que ninguno de ellos oía hablar al lodricario tatuado.

—Bien —dijo Logan—. Necesitamos que tres personas formen un pilar para llegar a la reja. Chi será la base, yo el segundo y Lilly abrirá la reja. A partir de allí, tenemos dos opciones, y cuál elijamos depende de Fin.

Fin adoptó una expresión más recelosa todavía.

—La primera opción consiste en que todos los que seáis lo bastante ligeros y fuertes para trepar por nuestras espaldas podáis salir, pero no dejaré que Fin se vaya. De modo que el Chirríos, Fin y yo moriremos.

—Si alguien sale, yo salgo —dijo Fin—. No vas a...

—¡Cállate, Fin! —dijo alguien, envalentonado de repente por la perspectiva de la libertad.

—Segunda opción: Fin le da su cuerda a Lilly. Ella puede atarla a algo allí arriba y todos salimos escalando. Fin, la cuerda es tuya, de modo que eliges tú. Ah, y si yo no salgo, no te cuento mi plan para huir de las Fauces.

Todo el mundo miró a Fin. Logan de repente volvía a sudar. «Vamos, cuerpo, solo un poquito más.»

—Podéis usar la cuerda —dijo Fin—. Pero si queréis usarla, pienso formar parte del pilar. Yo abriré la reja.

—Olvídalo —replicó Logan—. Nadie se fía de ti. Si sales, nos dejarás tirados.

Se oyeron murmullos de acuerdo, incluso entre los ojeteros del bando de Fin.

—Pues yo no pienso trepar luego por ese monstruo dentudo. Si queréis mi cuerda, yo formo parte del pilar, y no se hable más.

—Vale —dijo Logan. Había supuesto desde el principio que llegarían a eso. Solo había defendido la primera posición ante Fin para que sintiera que ganaba algo—. Yo seré la base. Tú puedes ser el segundo. Lilly abrirá la reja. —Logan entregó la llave a la mujer y le dijo, lo bastante alto para que lo oyeran todos—: Lilly, si Fin intenta algo, tira la llave por el agujero, ¿vale?

—Si cualquiera intenta algo, tiro la llave por el agujero —matizó ella—. Lo juro por todos los dioses del infierno, el dolor y el Agujero.

—Lo haremos uno a uno —dijo Logan—. Yo iré diciendo quién es el siguiente.

Sacó el cuchillo y se lo entregó a Natassa.

—Natassa, si alguien se acerca antes de su turno, le clavas esto, ¿de acuerdo? —Una vez más, lo dijo en voz alta para que todos lo supieran—. Natassa será la primera en salir. Ella atará la cuerda a algo allí arriba para que todos podamos escalar. Fin y

yo seremos los últimos, pero todo el mundo va a salir. Hemos pagado por nuestros crímenes.

Fin bordeó el agujero mientras desenrollaba la cuerda de tendones que llevaba en torno al cuerpo. La plegó en grandes aros con una facilidad casi espeluznante. Se jactaba de haber estrangulado a treinta personas antes de que lo atrapasen, sin contar a isleños y mujeres. Por debajo de la cuerda, tenía el mismo aspecto que cualquiera que llevase mucho tiempo en el Agujero. Escuálido, con la piel marrón oscuro de mugre, apestoso, y la boca ensangrentada en ocasiones por culpa del escorbuto que padecía todo ojetero veterano.

Se relamió mientras se acercaba a Logan y sorbió sangre por entre los dientes.

—Ya ajustaremos cuentas más tarde —dijo. Alzó la cuerda enrollada y se la puso al cuello.

Logan se secó el sudor de la frente. Le entraban ganas de matar a Fin en ese preciso instante. Si agarraba la cuerda y lo empujaba, tal vez... Tal vez. El riesgo no valía la pena. Estaba demasiado débil, demasiado lento. Debería haber probado su plan antes, pero antes Fin jamás se hubiese acercado tanto a él. En cualquier otra ocasión habría sospechado que Logan quería matarlo y, en caso de haber probado antes de recuperar el cuchillo, el intento lo habría puesto en una posición demasiado vulnerable.

Se apoyó en la pared con las manos y se agachó. Fin se le acercó poco a poco, rezongando y maldiciendo entre dientes. Al final puso un pie sobre el muslo de Logan, se subió a su espalda y por último a sus hombros, ayudándose con las manos en la abrupta pared.

A Logan le sorprendió constatar que el peso no era tan terrible. Pensó que podría aguantar. Solo tenía que afianzar las rodillas, apoyarse en la pared, y podría conseguirlo. De ninguna manera podría escalar por la cuerda con sus propias fuerzas, pero quizá sus amigos tirarían de él. Si salía el último, se ataría la cuerda al cuerpo y Lilly, el Chirríos y Natassa podrían sacarlo a pulso. Si tan solo dejara de temblar...

—Deprisa —dijo.

—Eres demasiado alto, joder —dijo Lilly—. ¿Puedes agacharte?

Logan negó con la cabeza.

—Mierda —exclamó ella—. Vale. Pídele al Chirríos que ayude. Solo te hace caso a ti.

—¿Pedirle qué? —Debía de ser algo obvio, y Logan lo sabía, pero no pensaba con claridad.

—Que me levante —explicó Lilly.

—Ah. Chi, levántala. No, Chirríos, así no. —Fueron necesarias bastantes instrucciones pero, al final, el gigantón lo entendió y se agachó junto a Logan mientras Lilly se encaramaba a su espalda y después se ponía de pie sobre sus

hombros. Entonces se metió la llave en la boca y empezó a intentar pasar de uno a otro.

Logan era mucho más alto que el Chirríos, de modo que Lilly tuvo que cargar el peso con un pie en su hombro, donde ya estaba Fin subido. La carga desigual hizo que Logan se tambaleara.

—Estate quieto —siseó Fin. Imprecó a Logan repetidamente mientras Natassa le ponía una mano en el hombro para intentar equilibrarlo.

Logan sintió que lo recorría una oleada de frío.

—Vamos —dijo—. Daos prisa.

El peso de Lilly volvió a cargarle el hombro izquierdo, y después se desplazó hacia atrás y hacia delante mientras ella y Fin trataban de encontrar un equilibrio. Logan no sabía lo que estaban haciendo. Cerró los ojos con fuerza y se agarró a la pared.

—Puedes hacerlo —susurró Natassa—. Puedes hacerlo.

El peso se desplazó bruscamente a la derecha, y los ojeteros lanzaron un grito ahogado. Logan empezó a ceder pero resistió; la pierna derecha le temblaba por el esfuerzo.

La carga de improviso se aligeró y un murmullo de exclamaciones contenidas recorrió el Agujero. Logan alzó la vista bizqueando y vio que Lilly estaba sobre la espalda de Fin y se había agarrado a la reja con una mano para estabilizarse y descargar una parte de su peso.

Entonces oyeron el sonido que les inspiraba pavor. El sonido del roce del cuero, del tintineo de la cota de mallas, de las palabrotas encadenadas con liberalidad, de una espada golpeando la roca. Gorkhy se acercaba.

Capítulo 39

La hora de las brujas había llegado. Hacía frío, demasiado para que nevase. Un viento gélido arrastraba las nubes entre los dientes de las montañas, atravesaba capas y guantes, hacía que las espadas se pegasen a sus vainas y que los hombres temblaran en sus puestos. Las nubes parecían fantasmas que se escurrieran veloces sobre los campos de la muerte y treparan por las murallas. Los gruesos y anchos braseros de carbón que ardían a lo largo de todas las murallas no hacían nada por mantener a raya el helor. El calor salía volando y la noche se lo tragaba. Las barbas se congelaban y los músculos se entumecían. Los oficiales gritaban órdenes a sus hombres para que aullaran ellos también al viento y mantenerlos en movimiento.

Aquellos aullidos agudos solían ser objeto de chistes repetidos hasta la saciedad y comparaciones con las últimas hazañas de alcoba de los hombres, acompañadas a veces de imitaciones. Regnus de Gyre nunca había reprendido a los hombres por aullarle a esos vientos. Ahuyentaba los miedos, decía. En cualquier otro lugar la distracción habría impedido a los hombres oír a los posibles invasores, pero en Aullavientos no se oía nada de todas formas.

Pero nadie quería aullar esa noche. Esa noche los gritos parecían ominosos. Y si los hombres oían poco, tampoco veían mucho más. Las nubes raudas y cambiantes eran tan densas y ocultaban de manera tan completa la luna y las estrellas que con suerte verían a cincuenta pasos de distancia. Los arqueros solo resultarían útiles más o menos a ese alcance, en cualquier caso, por culpa del viento. Había sido la cruz de Regnus. Por mucho que practicaran los arqueros, al tener que disparar contra aquel maldito viento inconstante su puntería nunca mejoró gran cosa. Uno o dos tenían una intuición asombrosa para adivinar cuándo soplaría una ráfaga y podían acertar a un hombre a sesenta pasos, pero eso seguía sin acercarse a la ventaja de la que solía disponer una guarnición que defendía una muralla.

Solon se había apostado en la primera muralla, lo más lejos posible de Vass con la esperanza de que, si pasaba lo peor, podría ayudar a los hombres sin la interferencia del oficial.

No podía odiarle. Los ejércitos estaban llenos de personajes como Lehros de Vass, y era un buen hombre dentro de lo que cabía. Mejor que la mayoría. Solo era un soldado que necesitaba un oficial al mando, y los tiempos habían conspirado para convertirlo a él en uno. Un cruel vuelco del destino, por el que probablemente se recordaría a Vass como un idiota temerario que había llevado a sus hombres a la muerte, en vez de como un comandante heroico.

La espera era lo peor. Como todos los soldados, Solon la odiaba. Era bueno ser oficial cuando llegaba el momento de esperar. Podía ocupar el tiempo animando a los hombres para que se mantuviesen firmes. Impedía que uno se preocupase.

Solon creyó ver algo entre las nubes y la oscuridad. Se puso rígido, pero no era nada.

—Llega el momento. Recordad, no la miréis directamente —dijo a los hombres que tenía cerca.

Sacó los tapones de cera de abeja que había calentado dandóles vueltas con los dedos, se metió uno en una oreja y se detuvo.

Creyó ver algo otra vez, pero no era el contorno de un hombre o un caballo, sino un cuadrado enorme... no, no era nada. A su alrededor, otros hombres escudriñaban la oscuridad inclinados hacia delante.

Entonces empezó a sentir un hormigueo en la piel. Como la mayoría de los magos varones, Solon tenía poco talento como vidente. La única magia que por lo general podía ver era la suya. Pero sí notaba la magia, sobre todo cuando estaba cerca, y siempre cuando la usaban contra él. En ese momento se sintió como si hubiese salido al exterior en un día húmedo. La magia no era intensa, pero estaba en todas partes. Era tan difusa que, si Dorian no hubiese insistido tanto en ponerlo sobre aviso, ni siquiera se habría dado cuenta.

—¿Alguno de vosotros sabe hacer buenos nudos?

Los soldados intercambiaron miradas de perplejidad. Al final, uno de ellos dijo:

—Prácticamente crecí en un barco de pesca, señor. Puede decirse que no hay nada de nudos que no sepa.

Solon cogió la cuerda atada a un cubo que los soldados usaban para rellenar las cisternas de agua de la parte superior de la muralla. Con un corte soltó el recipiente.

—Átame —ordenó.

—¿Señor? —El soldado lo miró como si estuviera loco.

«¿Así es como miro a Dorian? Lo siento, amigo.»

La magia se estaba espesando.

—Átame a la muralla. Átame de manera que no pueda moverme. Quítame las armas.

—Yo, señor, yo...

—Soy un mago, maldita sea, soy más susceptible a lo que ella es... ¡Maldición! ¡Ya llega! —Los soldados se volvían hacia él, no le quitaban ojo—. No la miréis. No creáis lo que veis. ¡Maldita sea, hombre, hazlo ya! ¡El resto de vosotros, disparad!

Esa era una orden con la que se sentían cómodos. Aunque Lehros de Vass se enfadase con ellos por la mañana, lo más que tendrían que hacer sería ir a recoger sus flechas en el campo de la muerte ante las murallas.

El antiguo marinero pasó la cuerda alrededor de Solon con movimientos de experto. En cuestión de segundos, Solon tuvo las manos atadas a la espalda y enganchadas a los pies, y solo después de eso el soldado lo cubrió con la capa para que no se helase. Después lo ató al cabrestante que usaban para subir el cubo.

—Ahora véndame los ojos y ponme el otro tapón —dijo Solon. El antiguo marinero lo había colocado de cara a la muralla. Debería haberle advertido que no lo hiciera—. Deprisa, soldado.

Pero el hombre no respondió. Estaba mirando hacia la oscuridad, por encima de la muralla, como todos los demás.

—¿Elana? —dijo—. Elly, ¿eres tú? —Tenía la cara enrojecida y las pupilas dilatadas. Se quitó la capa. Después saltó muralla abajo.

A mitad de la caída empezó a agitar los brazos, de súbito consciente, intentando encontrar algo a lo que sujetarse. Las rocas destrozaron su cuerpo con crueldad y el viento se tragó su último grito.

Se elevó una repentina nube de flechas cuando los hombres empezaron a obedecer la orden anterior de Solon de disparar en cuanto pasara algo raro. La niebla se alzó y apareció el enorme carro que seis uros arrastraban hacia ellos, rodeado de soldados khalidoranos. Solon sintió una oleada de ánimo al ver que una docena de enemigos sucumbían a la primera descarga. Los uros recibieron varios flechazos y ni siquiera aflojaron el paso.

Sin embargo, la lluvia de flechas se estaba frenando.

En otros sectores de la muralla, Solon vio que varios hombres se arrojaban al vacío. Otros sacudían la cabeza, perdidos cada uno en una visión particular, con los arcos en las manos flácidas.

«No mires, Solon. No mires.»

«No me lo creeré. Solo un vistazo...»

La magia lo envolvió rugiente, como si Solon volara a una velocidad vertiginosa.

Y después la calma.

Parpadeó. Se encontraba en el Salón de los Vientos. El majestuoso trono de jade resplandecía verde como las aguas de la bahía de Hokkai. En el trono se sentaba una mujer a la que apenas reconoció. Kaede Wariyamo tenía dieciséis años cuando Solon abandonó las Islas. Aunque desde que jugaban juntos de pequeños había sabido que sería bella, su transformación lo dejó descolocado. Ella le había reprochado que la evitara, pero Solon no había tenido elección. Sabía que debía partir, sin esperanza de volver, y nunca se había preparado para lo que sentiría al verla otra vez.

En los doce años transcurridos, había crecido en elegancia y confianza. Si no la hubiese conocido tan bien, nunca habría detectado la leve aprensión de sus ojos: «¿Creerá todavía que soy bella?».

Lo creía. Su piel olivácea aún resplandecía, su cabello moreno se derramaba sobre los hombros como una cascada y sus ojos todavía brillaban de inteligencia, sabiduría y picardía. Quizá antes había menos sabiduría y más picardía, pero esos labios todavía parecían contener sonrisas para tres vidas enteras. Y si tenía unas levísimas arrugas en torno a los ojos y los labios... qué gran tributo a una vida bien

vivida. Para él eran una señal de distinción.

Paseó la mirada por su cuerpo, envuelto en una nagika de seda azul clara, cortada para recalcar la perfección de cada curva, entallada por un estrecho cinturón de oro y con una vuelta de seda pasada por encima del hombro. Su estómago seguía siendo liso, atlético. No había estrías. Kaede nunca había dado a luz. Solon entretuvo la mirada en su pecho descubierto.

Perfecta. Era perfecta.

Lo interrumpió su risa.

—¿Has estado en Midcyru tanto tiempo que has olvidado el aspecto que tienen los pechos, mi príncipe?

Solon se ruborizó. Después de tantos años viendo a las mujeres tratar las partes ordinarias como si fuesen eróticas y las eróticas como si fueran ordinarias, estaba hecho un auténtico lío.

—Mis disculpas, majestad. —Recordó sus modales e intentó arrodillarse, pero algo entorpecía sus movimientos.

Daba igual. Lo único que importaba estaba ante él. No podía apartar la vista de ella.

—Has sido un hombre difícil de encontrar, Solonariwan —dijo Kaede.

—Ahora es Solon a secas.

—El imperio te necesita, Solonariwan. No te exigiré nada salvo lo... salvo engendrar un heredero, y si requieres habitaciones para una amante, se arreglará. El imperio te necesita, Solon. No solo por tu familia. Por ti. Yo te necesito. —Parecía terroríficamente frágil, como si el viento fuese a romperla—. Te quiero conmigo, Solon. Te quiero como te quería hace doce años y como te quería antes de eso, pero ahora quiero tu fuerza, tu entereza, tu compañía, tu...

—Mi amor —dijo Solon—. Lo tienes, Kaede. Te amo. Siempre te he amado.

Ella se iluminó, exactamente igual que cuando era pequeña y él le hizo un regalo especial.

—Te he echado de menos —dijo.

—Te he echado de menos —repitió Solon, al que se le estaba formando un nudo en la garganta—. Me temo que nunca pude explicar por qué tuve que partir...

Kaede se le acercó y le puso un dedo en los labios. Su contacto hizo que lo recorrieran unas sacudidas sísmicas. El corazón le latía desbocado. Su misma fragancia lo bañaba. No se decidía por un lugar donde reposar los ojos al mirarla. Cada bella curva, línea, color y tono conducía a otro y a otro.

Sonriendo, Kaede le puso una mano en la mejilla.

«Oh, dioses. Estoy perdido.» Kaede tenía la misma expresión dubitativa y titubeante que aquel último día en que lo había besado y él había estado a punto de arrancarle la ropa. Lo besó y sus labios no dejaron más mundo. Empezó a tientas,

rozando apenas su boca con aquella exquisita suavidad, para después tirar de él. De repente se puso agresiva, como había hecho aquel día, como si su pasión no hubiese hecho más que acumularse durante todo el tiempo que él había estado ausente. Apretó el cuerpo contra el suyo y gimió.

Se apartó de él, con la respiración trabajosa y los ojos encendidos.

—Ven a mis aposentos —dijo—. Esta vez, juro que mi madre no nos sorprenderá.

Subió un alto escalón y lo miró por encima del hombro mientras se alejaba unos pasos, contoneando las caderas. Sonrió con picardía y se quitó el pliegue de la nagika que llevaba al hombro. Solon intentó seguirla subiendo el escalón, pero resbaló y volvió a donde estaba en el suelo.

Kaede se desprendió el cinturón dorado y lo dejó caer olvidado. Solon se afanaba por remontar aquel maldito escalón. Algo le cortaba la respiración.

—Ya voy —dijo, jadeando.

Kaede se contoneó y la nagika cayó al suelo en un charco de seda. Su cuerpo era un continuo de curvas broncíneas y cascadas resplandecientes de pelo negro.

Solon tosió. No podía respirar. Había tirado aquello por la borda una vez, y no pensaba renunciar ahora. Tosió otra vez, y otra más, y cayó de rodillas.

Kaede estaba al final del pasillo, sonriente; la luz espejeaba en su cuerpo esbelto, sus piernas larguísimas, sus delgados tobillos. Solon volvió a ponerse en pie y de nuevo hizo fuerza contra las cuerdas.

«¿Por qué sonríe?» Kaede no sonreiría cuando él se estaba asfixiando.

«Kaede no sería así ni por asomo.» Sus gestos no eran parecidos a los de la niña que Solon había conocido, eran exactamente iguales, pero adaptados a una cara más vieja.

Una mujer que hubiese sido reina durante diez años no bajaría todas sus barreras tan deprisa. Era todo lo que él había esperado o imaginado; la verdadera Kaede estaría enfadada con él.

La visión desapareció en el acto, y Solon volvía a estar sobre la muralla. Se encontraba mirando por encima del borde, y solo las cuerdas le impedían caer y matarse.

A su alrededor, los hombres morían de formas horribles. Uno tenía el estómago hinchado al triple de su tamaño y aun así seguía moviendo las manos en el aire, como si se metiera comida por el gaznate. Otro estaba de color morado y le gritaba a alguien que no estaba allí, aunque ya no chillaba palabras. Tenía la voz destrozada y de vez en cuanto tosía y escupía sangre, pero no cesaba de gritar. Otro chillaba «¡Mío! ¡Es mío!», y golpeaba la muralla de piedra con las manos como si alguien lo estuviera atacando. Sus manos estaban reducidas a muñones sanguinolentos, sin cura posible, pero él no paraba. Otros estaban tumbados, muertos, sin que fuera posible adivinar qué los había matado.

Muchos se habían suicidado de una manera u otra, pero algunos presentaban quemaduras mágicas o habían explotado. La muralla se teñía de rojo con su sangre que ya empezaba a congelarse. El portón había volado en pedazos mientras Solon se hallaba sumido en su trance y en ese momento unas figuras oscuras avanzaban hacia ellos, conduciendo la recua de uros que tiraba del enorme carro.

Era Khali. Solon no tenía ninguna duda al respecto.

—¿Dorian ha enloquecido ya? —preguntó una voz de mujer—. Fue mi pequeño presente, no sé si lo sabías.

Solon miró, pero no pudo distinguir el origen de la voz. No estaba seguro de que no procediera del interior de su propia cabeza.

—Pues la verdad es que está completamente curado.

La voz se rió; era un sonido grave y ronco.

—O sea que está vivo.

Solon quería hacer un agujero en el suelo y meterse. Habían dado a Dorian por muerto. O por lo menos no habían sabido si estaba vivo.

—Acabemos con esto —dijo Solon.

La voz se rió.

—Te han contado muchas mentiras en tu vida, Solonariwan. Te mintieron cuando crecías. Te mintieron en Sho'cendi. Te robaron. No voy a ofrecerte poder, porque la verdad es que no puedo dártelo. El vir no procede de mí. Esa es otra mentira, ojalá no lo fuera. La verdad es que el vir es natural, e inmensamente más poderoso que vuestro lamentable Talento. La verdad es que el Talento de Dorian era débil antes de que usara el vir, y ya sabes lo poderoso que es ahora.

—Es una esclavitud. Los meisters son como borrachos que buscan su siguiente copa de vino.

—Algunos de ellos, sí. La cuestión es que hay personas que no saben beber. Pero la mayoría sí saben. Quizá tú serías uno de los borrachos, como Dorian, pero no me lo parece. La verdad es que a Dorian siempre le ha gustado destacar, ¿no es así? Le gustaba mirarte por encima del hombro. Mirar a todo el mundo por encima del hombro. ¿Y qué sería él sin su poder, sin sus dones adicionales? Sería muy inferior a ti, Solon. Sin el vir, no tendría dones, y su Talento sería minúsculo comparado con el tuyo. Entonces, ¿qué pasaría contigo si usaras el vir? ¿Aunque lo usaras una sola vez, solo para desbloquear los Talentos ocultos que ni siquiera sabes que tienes? ¿Qué podrías hacer con esa clase de poder? ¿Podrías volver a Seth y arreglar las cosas? ¿Ocupar tu sitio junto a Kaede en el trono? ¿Reclamar tu lugar en la historia? —Se encogió de hombros—. No lo sé. En realidad no me importa. Pero sois patéticos, vosotros los magos. Ni siquiera podéis usar magia a oscuras. Por favor.

—Mentiras. Son todo mentiras.

—¿Lo son? Pues muy bien, aférrate a tus debilidades, a tu humildad. Pero si

alguna vez cambias de idea, Solonariwan, eso es todo lo que tienes que hacer. El poder está ahí, y te está esperando.

Entonces se lo enseñó. Era sencillo. En vez de tender la mano hacia una fuente de luz, el sol o un fuego, o en vez de acudir a su glore vyrden, bastaba con que buscase a Khali. Un pequeño cambio de orientación y allí estaba. Un océano de poder, alimentado constantemente por decenas de miles de manantiales. Solon no podía entenderlo todo, pero entreveía las líneas maestras. Todos los khalidoranos rezaban por la mañana y por la noche. Las plegarias no eran palabras vacías: se trataba de un conjuro. Vaciaba una porción del glore vyrden de todos ellos en ese océano. Después Khali lo devolvía a quienes se le antojaba, en el momento y la proporción que consideraba oportunos. En el fondo, era sencillo: un impuesto mágico.

Como había tantas personas que nacían con glore vyrden pero carecían de capacidad o formación para exteriorizarlo, los favoritos de Khali siempre tendrían poder de sobra... y la gente ni siquiera llegaría a saber que le estaban robando su vitalidad. Eso no explicaba el vir, pero sí por qué los khalidoranos siempre habían usado el dolor y la tortura en su culto. Khali no necesitaba el sufrimiento, necesitaba que sus fieles experimentasen emociones intensas. Las emociones intensas eran lo que permitía que personas de muy escaso Talento usaran su glore vyrden. La tortura era, ni más ni menos, el modo más fiable de desencadenar emociones de la intensidad adecuada. Era indiferente si el torturador, el torturado y los espectadores sentían asco, aversión, miedo, odio, lujuria o gozo. Khali podía aprovecharlo todo.

—Ahora mis Juramentados te encontrarán, y morirás —dijo Khali—. Ya has vaciado tu glore vyrden, ¿no?

—Vete —dijo él.

Khali se rió.

—Qué gracioso. Creo que me quedaré contigo.

Entonces su voz se extinguió, y Solon se derrumbó sobre las piedras. Khali estaba en Cenaria. Los Ursuul harían feralis y los rebeldes serían aniquilados. Todo su servicio en la guarnición había sido para nada. Todo lo que acababa de descubrir no serviría de nada. Debería haber vuelto a casa, a Seth, hacía doce años. Había fracasado.

Abrió los ojos y vio a un grupo de los Juramentados, envueltos en gruesas capas negras y con las caras ocultas tras unas máscaras sin facciones del mismo color, que avanzaban entre los cadáveres de la muralla. De vez en cuando uno paraba, desenfundaba una espada y remataba a alguien. Después limpiaba su espada, para que la sangre no se congelase y la pegara al interior de su vaina.

Se acercaban hacia él. No podía hacer nada. Estaba atado y el horizonte apenas empezaba a clarear. Ni armas ni magia, el vir era su única escapatoria. Aunque fuese un suicidio, por lo menos podría llevarse por delante a muchos.

Quizá podría ser más listo que ella. Si tan solo lograse sobrevivir (y qué estúpido sería morir a manos de un matón disfrazado cualquiera), podría luchar contra Khali. No era invencible. No era una diosa. Había hablado con ella. La había entendido. Podía luchar contra ella. Solo necesitaba el poder para hacerlo.

El corazón le latía desbocado. Era exactamente lo que Dorian había dicho que él mismo sentiría la tentación de hacer. Solon creía que las tentaciones habían terminado, pero esa era la última. La más difícil. Dorian tenía razón. La había tenido en todo.

«Oh, Dios... Señor, si estás ahí... Me desprecio por rezar ahora que no tengo nada que perder, pero qué coño, si me ayudas a sobrevivir...»

La oración de Solon se vio interrumpida cuando un pesado cadáver le cayó encima. Abrió la boca y respiró hondo. Empezaba a exhalar cuando se le derramó sobre la boca un chorro de sangre caliente del cadáver. Tenía un sabor metálico y ya empezaba a espesarse.

Casi vomitó mientras la sangre le resbalaba por la barbilla, el cuello y la barba, pero se quedó paralizado cuando oyó el roce de un pie sobre la piedra cerca de él.

El Juramentado le quitó el cuerpo de encima, pero no se alejó.

—Mira a este, Kaav —dijo con un marcado acento khalidorano.

—Otro gritón. Me encanta cuando hacen eso —opinó una segunda voz—. Debió de cabrear a sus compañeros, ¿eh? Debió de ser uno de los primeros en chalarse si lo ataron así.

El primer Juramentado se acercó y se inclinó sobre Solon, que oyó sisear su respiración a través de la máscara que le tapaba la cara. El hombre se puso en pie y le dio una patada en el riñón.

Sintió un dolor tremendo, pero no emitió sonido alguno. El Juramentado le pateó un par de veces más. A la tercera, el cuerpo de Solon le traicionó, y tensó los músculos. Era demasiado difícil seguir tumbado e inerte.

—Sigue vivo —dijo el hombre—. Mátalo.

Solon sintió que se le salía el corazón por la boca. Era el fin. Tenía que recurrir al vir y morir.

«Espera.» La voz era tan apacible, tan sencilla y clara que parecía proceder de fuera de él.

Solon se mantuvo inmóvil.

«En el mismo instante en el que oiga el acero...» No sabía qué haría. ¿Tomaría el vir? Entonces quedaría en manos de Khali.

El otro Juramentado gruñó.

—Mierda, se me ha helado la espada. Juraría que la había limpiado.

—Bah, déjalo. Entre el frío y lo que sangra estará muerto en cinco minutos. Si pudiese quitarse las cuerdas lo habría hecho cuando Ella ha pasado.

Y se alejaron.

Capítulo 40

Cuando Vi despertó, atada con fuerza por las muñecas, los tobillos, los codos y las rodillas, lo primero que vio fue una mujer entrada en años con el pelo ralo y castaño encanecido, un cuerpo macizo, la cara redonda y arrugada y unos ojos penetrantes. Podía adivinarse por su postura que nunca había llevado zapatos que no fuesen cómodos. La maga la estaba mirando. Detrás de Vi ardía una hoguera, y cerca de ella había un pequeño fardo que probablemente fuese Uly, atada e inmovilizada como ella.

—Bala futa —dijo Vi. Estaba amordazada. No era un simple pañuelo atado de cualquier manera alrededor de su boca, sino una mordaza seria. Daba la impresión de que habían envuelto una piedra con un pañuelo y se la habían metido en la boca, para después rodearle la cara con un montón de finas cintas de cuero y así garantizar que no pudiese hablar.

—Antes de que empecemos, Vi —dijo la mujer—, quiero decirte algo muy importante. Si huyes de mí, cosa que no conseguirás, no corras hacia el bosque. ¿Has oído hablar del Cazador Oscuro?

Vi la fulminó con la mirada en la medida en que se lo permitió su boca parcialmente abierta por la mordaza, y luego decidió que no tenía nada que perder por dejar que la vieja hablase. Negó con la cabeza.

—Eso explicaría por qué te lanzaste al galope hacia tu muerte, supongo —dijo la mujer—. Soy la hermana Ariel Wyant Sa’fastae. El Cazador Oscuro fue creado hace unos seiscientos cincuenta años por un mago llamado Ezra, quizá el mago con más Talento que haya vivido nunca. Ezra estuvo en el bando perdedor de la guerra de la Oscuridad. Era uno de los generales en los que más confiaba Jorsin Alkestes, la clase de hombre que parecía capaz de hacerlo todo, y hacerlo todo superlativamente. Lo siento, superlativamente significa que lo hacía todo de maravilla.

—Fe lo je fignifica, forra —dijo Vi, aunque era mentira.

—¿Cómo? Da igual. Ezra creó una criatura que percibía la magia y ciertos tipos de criaturas que hoy en día están extintas, algo por lo que puedes dar las gracias a cualquier dios que favorezcan tus supersticiones: los kruls, ferozis, feralis, blaemirs y demás. Creó demasiado bien a su cazador perfecto, y no pudo controlarlo. Empezó a matar a cualquiera que tuviese Talento, tras escapar cuando Ezra dormía. Al final, se enfrentaron en combate singular; por supuesto, nadie sabe lo que pasó porque no había nadie delante. Sin embargo, los niños con Talento de Vuelta del Torras dejaron de morir y nadie volvió a ver nunca al Cazador Oscuro, ni a Ezra. Con todo, fuera lo que fuese lo que hizo Ezra, no mató al Cazador Oscuro. Solo lo encerró aquí dentro. En este bosque. Unos diez pasos al norte de donde desgraciadamente tuve que matar a tu caballo está la primera salvaguarda. Esa defensa te señala para morir.

—Todo mago, maga o meister que ha intentado penetrar en el bosque de Ezra en estos seiscientos años ha muerto. Murieron magos poderosos que llevaban potentes artefactos, artefactos que a su vez atrajeron a otros magos, etcétera. Pase lo que pase en el bosque, aun si el Cazador Oscuro es un mito, pase lo que pase allí dentro, nadie regresa. —La hermana Ariel hizo una pausa y luego su voz adoptó un tono animado y jovial—. Por lo tanto, si huyes, no vayas al norte. —Ariel arrugó la frente—. Perdona si hago algo mal. Nunca había secuestrado a nadie... a diferencia de ti.

«Mierda.»

—Ah, sí, Ulyssandra ardía en deseos de contarme todo lo que sabía sobre ti, ejecutora.

«Remierda.»

—Hablando del tema. No eres una ejecutora, Vi. No es que no haya habido mujeres ejecutoras, pero lo que tú eres es una *maja uxtra kurrukulas*, una maga silvestre, una maga salvaje...

—¡Bala futa! ¡Bala futa! —Vi se revolvió contra sus ataduras. No sirvió de nada.

—¿Qué, no me crees? Una ejecutora, Vi, aunque sea de la variedad femenina, puede usar su Talento sin hablar. Entonces, si eres una ejecutora, ¿por qué no escapas?

No había nada, absolutamente nada en el mundo que Vi odiase más que la sensación de impotencia. Preferiría que Hu le pasara sus zarpas por el pelo. Preferiría que el rey dios la montase. Se contorsionó en el suelo y se arañó la piel contra las cuerdas. Intentó gritar, pero solo logró hundirse una parte del pañuelo en la garganta. Se atragantó, tosió y, por un momento, pensó que iba a morir. Entonces recobró el aliento y se quedó quieta.

Ariel frunció el entrecejo.

—En realidad no disfruto con esto. Espero que algún día lo comprendas. Voy a quitarte la mordaza, ¿entendido? No puedes huir de mí, ni siquiera con tu Talento, y vas a tener que descubrirlo tarde o temprano, de manera que ya puestas podríamos dejarlo claro ahora para ahorrarte el máximo de dolor posible. Pero antes de que luches contra mí, como espero que las primeras palabras que salgan de tu boca sean insultos, mentiras o un intento de usar magia, quisiera hacerte una pregunta.

Los ojos de Vi quemaron agujeros en la maga. La muy zorra. Se iba a enterar en cuanto le quitase la mordaza.

—¿Quién es el vürdmeister de extraordinario talento que te lanzó este conjuro?

Los planes de fuga se esfumaron. Era un farol. Tenía que ser un farol. Pero ¿cómo?

«Nysos. ¿Qué me hizo aquel hijoputa?» Sería muy propio del rey dios echarle un jodido conjuro. ¿No se había imaginado algo por el estilo cuando estuvo en el salón del trono? ¿Y si no habían sido imaginaciones?

—Porque ese conjuro no es cualquier cosa —prosiguió la hermana Ariel—. Me he dedicado a estudiarlo durante las últimas seis horas mientras estabas inconsciente y todavía no sé para qué sirve. Algo que sí sé es que contiene una trampa. Y el vürdmeister, porque sin duda presenta las señales de ser la magia de un hombre, lo ha fijado de unas maneras interesantes. A mí se me considera poderosa entre mis hermanas. Una de las magas más poderosas que han conseguido los colores en los últimos cincuenta años. Y es demasiado resistente para que yo lo rompa, eso salta a la vista de inmediato. Verás, hay tramas que pueden deshacerse hilo por hilo y hay tramas que debes reventar, nudos fordeanos por así decirlo... ¿Estás familiarizada con los nudos fordeanos? Da igual. Este conjuro tiene de los dos tipos. Las trampas podrían deshacerse, pero la trama central habrá que romperla con sumo cuidado. Aunque pudiese hacerlo yo misma, probablemente te dejaría como secuela algún daño cerebral permanente.

—La fordaza.

—¿Qué? Ah.

La hermana Ariel permaneció sentada con las piernas cruzadas y murmuró. Cayeron las ataduras de la cara de Vi. Esta escupió el pañuelo (¡en efecto, había envuelto una piedra con él, la muy perra!) y respiró. No aferró su Talento. Todavía no.

—¿El resto? —preguntó, señalando las demás ligaduras con un gesto de la cabeza.

—Hum. Lo siento.

—Es un poco difícil hablar contigo si estoy tumbada de lado.

—También es verdad. *Loovaeos*.

El cuerpo de Vi se sentó erguido y salió flotando hacia atrás hasta apoyarse en un árbol.

—¿Conque ese es tu cebo? ¿Un farol sobre un conjuro que me han echado y que no podré quitarme de encima hasta que lleguemos a la Capilla, de donde por aquellas casualidades de la vida me será imposible escapar?

—En efecto.

Vi se mordisqueó los labios. ¿Eran imaginaciones suyas, o había un leve resplandor en torno a Ariel?

—Es un cebo bastante bueno —reconoció.

—Mejor que lo que ofrecemos a la mayoría de las chicas.

—¿Siempre secuestráis a las chicas?

—Como ya te he dicho, esta es mi primera vez. Por lo general no hace falta recurrir al secuestro. Las hermanas que se encargan del reclutamiento tienen muchas maneras de ser persuasivas. Se consideró que yo tenía poco tacto para ese cometido.

Qué sorpresa.

—¿Cuál es el cebo habitual? —preguntó Vi.

—Ni más ni menos que ser como las reclutadoras, que tienden a ser guapas, encantadoras, respetadas y, no en menor medida, a salirse siempre con la suya.

—¿Y el anzuelo es? —preguntó Vi.

—Ah, ¿seguimos con la metáfora piscatoria?

—¿Qué?

—Da igual. El anzuelo es la servidumbre y la tutela. Es como un aprendizaje: de siete a diez años de servicio antes de convertirte en hermana de pleno derecho. Después eres libre.

Vi había tenido aprendizaje suficiente para diez vidas. Bufó. «Haz que siga hablando. Ya que estamos descubriré todo lo que pueda.»

—Has dicho que en realidad no soy una ejecutora. Hago lo que todos los ejecutores.

—Pero tienes problemas con el Abrazo de la Oscuridad, ¿no es así?

—¿El qué?

—La invisibilidad. No puedes hacerte invisible, ¿verdad?

¿Cómo sabía eso?

—No es más que una leyenda. Sirve para encarecer los precios. Nadie se vuelve invisible.

—Ya veo que vas a pasar mucho tiempo desaprendiendo cosas que crees saber. Los auténticos ejecutores pueden hacerse invisibles. Pero los magos no practican la invisibilidad. Tu Talento prácticamente tiene que vivir en tu piel. La invisibilidad requiere una consciencia total de tu cuerpo, tan profunda que se extiende a sentir cómo incide la luz en cada parte de tu piel. Lo que tú eres es algo diferente; a decir verdad, algo prohibido por un tratado de hace ciento treinta y... hum... ciento treinta y ocho años. Digamos que los alitaeranos se acalorarían mucho si te hubiésemos adiestrado así nosotras. Verás, si dominaras un puñado de cosas más, serías una maga de guerra. Uf, vas a causarle a la rectora unos cuantos quebraderos de cabeza, eso está claro.

—Que te den por culo —dijo Vi.

La hermana Ariel se inclinó hacia ella y le dio un bofetón.

—Habla con educación.

—Que te den por culo —repitió Vi sin inflexión alguna.

—Vamos a dejar algo claro, pues —dijo la hermana Ariel, mientras se ponía en pie—. *Loovaeos uh braeos loovaeos graakos*.

Una fuerza invisible puso a Vi de pie. Sus ataduras cayeron. Una daga salió volando de su macuto y aterrizó a sus pies.

Vi no recogió el arma. No se paró para no perder tiempo. Con una maldición canalizó su Talento en un puñetazo titánico contra el estómago de la hermana Ariel.

La fuerza del golpe hizo que la maga se despegara del suelo. Salió disparada por encima de la hoguera y cayó arrastrándose sobre la tierra al otro lado, pero Vi no se movió. Ni siquiera intentó correr. Estaba mirando su mano flácida.

Era como si hubiese golpeado acero. Le sobresalían huesos de la piel. Sus nudillos eran un amasijo ensangrentado. Tenía la muñeca rota. Los dos huesos del antebrazo se le habían partido. Uno de ellos le presionaba la piel desde dentro, amenazando con asomar.

La hermana Ariel se levantó y se sacudió el vestido grande y suelto. Saltó una nube de polvo. La maga bufó con sorna al mirar a Vi, que acunaba su brazo.

—La verdad es que deberías reforzar tus huesos antes de golpear con tu Talento.

—Lo he hecho —dijo Vi. Estaba sufriendo una conmoción. Se sentó... o quizá se cayó.

—Entonces no deberías dar puñetazos a una maga acorazada. —Ariel chasqueó los labios mientras contemplaba la mano destrozada de Vi—. Parece que tienes más Talento que sentido común. No te preocupes, es de lo más normal. Sabemos cómo tratar con eso. La verdad, Vi, es que tu magia corporal necesita adiestramiento y definición y no es rival para ninguna hermana con estudios. Podrías ser mucho, mucho más de lo que eres. ¿Sabes por lo menos cómo curarte?

Vi temblaba. Alzó la vista como una tonta.

—Bueno, si quieres volver a usar la mano alguna vez, puedo sanarla. Pero duele y soy lenta.

Vi le tendió el brazo, muda.

—Espera un segundo, necesito proteger los oídos de Uly. Si no, tus gritos la despertarán.

—No... No gritaré —juró Vi.

Al cabo de poco, rompió su promesa.

Logan se quedó paralizado. En otra ocasión, quizá habría intentado que todos bajaran para volver a levantar el pilar una vez que Gorkhy hubiese partido, pero sabía que no lograría reunir fuerzas para intentarlo de nuevo.

—¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó el guardia.

«¿Qué? No hemos hecho ruido. ¿Cómo ha oído algo?»

Tan pegado a la pared como podía, Logan alzó la vista y vio que Fin hacía lo mismo y que Lilly, sentada sobre sus hombros, también.

La luz de una antorcha se filtró en ángulo oblicuo por la reja mientras Gorkhy recorría los últimos pasos. Cuando se detuvo, Lilly se encontraba a apenas medio metro de sus botas, pero los bordes abruptos del Agujero bajo la reja impedían que la luz de la antorcha iluminara a Lilly a menos que el guardia se acercase más.

Oyeron que Gorkhy olisqueaba, y la luz se desplazó cuando se inclinó hacia

delante y los insultó.

—Animales. Apestáis más que de costumbre. —Dioses, estaba oliendo a Lilly—. ¿Por qué no os laváis?

Aquello podía durar un buen rato. Si tenía un mal día, les vaciaría la vejiga encima. Logan se estremeció de rabia y debilidad. No había motivo para un Gorkhy. No había manera de entenderlo. Gorkhy no ganaba nada atormentándolos, pero lo hacía y le encantaba.

«Vete. Vete de una vez.»

—¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó Gorkhy—. He oído un ruido. ¿Qué andáis haciendo?

La antorcha volvió a desplazarse y la luz osciló peligrosamente cerca de Lilly. Gorkhy estaba bordeando la reja, con la antorcha en alto, mirando tan adentro del Agujero como podía. Avanzaba en sentido contrario a las agujas del reloj, empezando por alejarse de ellos.

Los ojeteros estaban paralizados. Ninguno maldecía, peleaba, hablaba ni hacía nada. Eso los delataba a las claras. Solo se movió Natassa, que se apartó de Logan.

La luz encontró un hueco a través de la reja e iluminó la cabeza entera de Lilly.

—¡VETE A LA MIERDA, GORKHY! —gritó Natassa.

De repente la antorcha se desvió de Lilly.

—¿Quién ha...? Ah, ¿es mi niñita? ¿Lo es?

—¿Ves mi cara, Gorkhy? —preguntó Natassa. Chica lista—. Es lo último que verás en tu vida, porque voy a matarte.

Gorkhy se rió.

—Vaya boca más sucia que tienes, ¿eh? Pero claro, eso ya me lo demostraste antes de que te mandáramos aquí abajo, ¿o no? —Volvió a reírse.

—¡Que te follen!

—Eso también lo hiciste, ja, ja. Fuiste el mejor bomboncito que me he pillado en años. ¿Ya has dejado probar un cacho al resto de los muchachos? Yo fui el primero, de todas formas. Al primero no se le olvida nunca. Nunca me olvidarás, ¿eh? —Se rió de nuevo.

Logan se maravilló del coraje de Natassa. Estaba provocando al hombre que la había violado, solo para darles una oportunidad.

—¿Cómo lo lleva Lilly? Seguro que todos los chicos prefieren montárselo contigo que con esa vieja puta. ¿Cómo va, Lilly? ¿La competencia se ha disparado de repente? ¿Dónde estás, Lilly? —Volvió a cambiar de posición para escudriñar las profundidades en busca de la aludida.

—Tiré a esa zorra por el agujero —dijo Natassa.

Logan temblaba tanto que apenas podía mantenerse en pie.

—No me jodas. Eres una gatita salvaje, ¿eh? Apuesto a que tientas incluso a

nuestro pequeño y virginal Rey, ¿eh? ¿Te la has tirado ya, Rey? Sé que Lilly era un poco costrosa para ti, pero esto es carne de primera, ¿o no, Rey? ¿Dónde estás?

Al otro lado del agujero, Tatu dijo, tapándose la boca con las manos:

—Que te follen. —La voz, apagada, sonó casi como la de Logan.

Al ver sus rápidas reacciones, Logan sintió un ramalazo de cariño hacia los ojeteros. Dioses, estaban juntos en aquello, y juntos saldrían también.

Gorkhy lanzó una carcajada.

—De acuerdo, vale, ha sido divertido. Decidme algo cuando tengáis hambre. Esta noche me ha tocado ración extra de filete, y estoy tan lleno que no creo que pueda comer ni un bocado más.

A Logan no le quedaban fuerzas. Notaba el cuerpo tan débil que le daban ganas de gritar. Ni siquiera sentía que estaba de pie. Solo sabía que, si intentaba moverse, se vendría abajo. Estaba bañado en sudor frío. La visión se le volvía borrosa.

Oyó una respiración trabajosa y suspiros de alivio al cabo de un momento.

—Se ha ido —dijo alguien. Era Natassa. Volvía a estar al lado de Logan, y tenía los ojos llenos de lágrimas de rabia—. Aguanta, Logan. Ya casi estamos.

Algo chocó con estruendo contra la reja.

—¿Qué haces? —siseó Fin—. Lilly, ¿qué cojones...?

—¡Yo ni siquiera la he tocado! ¡Lo juro! —exclamó ella.

—¡Agáchate! —gritó Logan.

Pero era demasiado tarde. Ya se oían unos pasos a la carrera, y al cabo de un momento Gorkhy se asomó por la reja; su antorcha iluminó de lleno a Lilly, Fin y Logan. Con una velocidad brutal, golpeó a Lilly en la cara con la contera de su lanza. Cayeron todos.

Mientras los cuerpos aterrizaban sobre él y lo aplastaban contra el suelo de piedra, Logan vio que su tesoro, la llave que había guardado durante meses, salía despedida de la mano de Lilly. Tintineó al rebotar contra el suelo, lanzó un destello bajo la luz delatora de la antorcha... y cayó por el agujero.

Todas y cada una de sus esperanzas, todos y cada uno de sus sueños, estaban atados a esa llave. Al desaparecer por el agujero, los arrastró tras de sí.

Transcurrió un segundo de frágil paz mientras todos los ojos veían desaparecer la llave. Después, uno por uno, los ojeteros asimilaron la nueva realidad, que era exactamente igual que la vieja, antes de que supieran que la llave existía. Fin estaba dando puñetazos a alguien; tenía que ser Lilly porque, cuando se irguió sobre sus rodillas, sostenía su cuerda. Entonces pegó a Logan en la cara.

Logan no podía pararlo. Fin era demasiado fuerte y él había agotado todas sus fuerzas. Se sentía exánime.

Se oyó un gruñido inhumano y una forma maciza se estrelló contra Fin y lo lanzó disparado y dando tumbos hasta quedar justo al borde del agujero.

Era el Chirríos, que se agachó protegiendo a Logan y mostró los dientes.

Fin se alejó del Chirríos corriendo a cuatro patas. Al ver que no lo seguía, se puso en pie poco a poco.

Logan intentó sentarse, pero su cuerpo se negaba a obedecerle. Ni siquiera podía moverse. El mundo se tambaleaba ante sus ojos.

—Me pido primero para la nueva zorra —dijo Fin.

Que los dioses tuvieran piedad.

—¡Tú serás el primero en morir, gilipollas! —chilló Natassa. Temblaba y sostenía el cuchillo como si no tuviera ni idea de qué hacer con él.

Los ojeteros —¡putos animales!— la rodearon por tres lados. La chica retrocedió hasta el borde del agujero, dando tajos en el aire con el cuchillo.

Por encima de ellos, Gorkhy se reía.

—¡Carne tierna, chicos, carne tierna!

—No —dijo Logan—. No. Chi, sálvala. Sálvala, por favor.

El Chirríos no se movió. Seguía enseñando los dientes para mantener a todos alejados de Logan.

Natassa lo vio. Si tan solo pudiera llegar al lado de Logan, el miedo que todos le tenían al Chirríos los mantendría a raya. Por desgracia, Fin también lo vio. Desenrolló un tramo de cuerda hasta formar un lazo.

—Puedes hacerlo por las buenas o por las malas —dijo, relamiéndose los labios ensangrentados.

Natassa lo miró, clavó los ojos en el lazo que tenía en las manos como si hubiese olvidado el cuchillo que blandía en las suyas. Miró hacia el otro lado del agujero y cruzó la mirada con Logan.

—Lo siento, Logan —dijo. Después saltó al abismo.

Los ojeteros lanzaron una exclamación al verla desaparecer.

—¡Callaos y escuchad! —gritó Gorkhy—. A veces se les oye chocar contra el fondo.

Y los muy cabrones, los animales, los monstruos, en efecto se callaron y escucharon con la esperanza de oír estrellarse un cuerpo contra las rocas de abajo. Lo hicieron demasiado tarde. Los ojeteros mascullaron los reniegos de costumbre sobre la carne perdida y desviaron la mirada hacia Lilly. Las lágrimas de Logan quemaban tanto como su fiebre.

—Eh, ¿quién cojones es Logan? —gritó Gorkhy—. Rey, ¿te lo decía a ti?

Logan cerró los ojos. ¿Qué importancia tenía ya?

Capítulo 41

—Ha llegado el momento, Grasitas —dijo Ferl Khalius—. No está lo bastante loco para seguirnos por aquí.

Se encontraban a quinientos metros de altura en el monte Hezeron, la montaña más alta de la frontera ceurí. Hasta el momento, la caminata de ascenso había sido ardua, pero las peores caídas a las que se habían expuesto habían sido de cuatro metros. En adelante, había dos caminos para superar la montaña: por el desfiladero que quedaba a un lado o siguiendo directamente la ladera. Ferl había estado a punto de provocar una pelea en el último pueblo al preguntar qué ruta seguiría un hombre valiente si tuviera prisa.

Algunos de los aldeanos sostenían que la ladera nunca era una buena opción, pero que sería especialmente mala en aquella época del año. Incluso una ligera nevada o una llovizna de agua gélida convertiría la senda en un suicidio. Otros habían afirmado que bordear la ladera era el único modo de cruzar la montaña antes de que llegaran las nieves. Quedar atrapados en las simas y quebradas que componían el desfiladero supondría una muerte segura si nevaba.

Y la nieve se estaba acercando.

El barón Kirof no lo llevaba bien. Le daban tanto miedo las alturas que había llorado.

—Si... si para seguirnos tendría que estar loco, ¿qué somos nosotros?

—Gente ansiosa de vivir. Me crié en montañas más duras que esta. —Ferl se encogió de hombros—. Sígueme o cae.

—¿No puedes dejarme aquí?

El barón era un blandengue. Ferl lo había llevado consigo porque no había sabido qué pasaría cuando huyera y había querido una baza para negociar. Sin embargo, quizá había sido un error. El gordo lo había retrasado.

—Te quieren vivo. Si te quedas aquí, ese vürdmeister reventará la roca cuando yo pase. Si vas conmigo, quizá no lo haga.

—¿Quizá?

—¡Muévete, Grasitas!

Ferl Khalius observó los nubarrones con gesto torvo. Su tribu, los iktana, era montañesa. Él era uno de los mejores escaladores que conocía, pero escalar nunca le había gustado. La batalla sí le gustaba, le hacía sentirse vivo. La escalada, en cambio, era arbitraria y los dioses de la montaña, caprichosos. Había visto precipitarse a su muerte al miembro más devoto de su clan al apoyarse en una piedra que apenas un momento antes había aguantado a Ferl, que era más pesado. En la batalla, una flecha perdida podía matarte, por supuesto, pero podías moverte, podías luchar. La muerte podía alcanzarte de todas formas, pero no te encontraría asustado, agarrado a un

pedazo de roca con los dedos resbaladizos, rezando para que no llegara la siguiente ráfaga de viento.

Había visto lugares más peligrosos que esa cornisa. Ascendía quizá unos treinta metros y era estrecha, puede que no más de un metro de ancho. Un metro era pasillo de sobra, pero la caída a pico hacía que ese metro pareciese mucho menos. Saber que, si resbalabas, no tenías ni la menor oportunidad de agarrarte a algo, que tropezar significaba una muerte segura, le jugaba a un hombre malas pasadas.

Grasitas Kirof lo estaba notando.

El barón, por desgracia, no tenía ni idea de por qué era importante. Ferl tampoco había sido capaz de descubrir nada. Aun así, Grasitas era lo bastante valioso para que el rey dios hubiese enviado a un vürdmeister tras ellos.

—Tú irás delante, Grasitas. Yo cargaré con todo el equipo, pero esa es toda la piedad que vas a recibir.

No era piedad, sino pragmatismo. El gordinflas iría más despacio con un macuto y, si se caía, Ferl no quería perder sus provisiones.

—No puedo —protestó el barón Kirof—. Por favor.

Le corrían goterones de sudor por la cara redonda. Su bigote pelirrojo temblaba como el de un conejo.

Ferl desenvainó su espada, la espada que había protegido renunciando a tantas cosas, la espada que lo haría señor de la guerra de un clan. Era todo lo que un caudillo podía desear, una espada perfecta, cuyo acero presentaba incluso las runas de las Tierras Altas que Ferl reconocía pero no sabía leer.

Hizo un gesto con el arma, un ligero encogimiento de hombros que venía a decir: «O te la juegas con la senda o te la juegas con la espada».

El barón arrancó a caminar por la senda. Murmuraba demasiado bajo para que Ferl lo oyera, pero sonaba como si estuviera rezando.

Sorprendentemente, Grasitas avanzó a buen ritmo. Ferl tuvo que azotarle una vez con la parte plana de su espada cuando se quedó quieto y empezó a avanzar de lado. No tenían tiempo para eso. Si no estaban lo bastante lejos del vürdmeister cuando este saliera de entre los árboles, Ferl era hombre muerto. Había escogido marchar detrás de Grasitas porque era el único modo de mantenerlo en movimiento, pero eso significaba que estaba expuesto a cualquier magia que el vürdmeister emplease contra ellos. Si no se habían alejado bastante para que el brujo temiera matar al barón por error, sería su fin.

La vista era espléndida. Se hallaban a medio camino del tramo desguarnecido, y podían ver hasta el infinito. Ferl creyó distinguir la ciudad de Cenaria, lejos al noroeste. Desde allí arriba daba la impresión de que no hubiesen recorrido apenas terreno. Sin embargo, a Ferl no le interesaba el cielo despejado que tenía al norte. Le interesaba la leve caricia que acababa de sentir sobre la piel. Nieve.

Alzó la vista. La avanzadilla del muro negro de nubarrones se encontraba directamente encima de ellos.

Grasitas se detuvo.

—El camino se estrecha.

—El vürdmeister ha salido del bosque. No tenemos elección.

El barón tragó saliva y empezó a deslizarse hacia delante, con la cara pegada a la roca y los brazos muy abiertos.

Detrás de ellos, el vürdmeister los observaba con los brazos en jarras, furioso.

Ferl miró adelante. Otros treinta pasos, y solo un tramo difícil más en que la cornisa se estrechaba a una anchura de medio metro. Grasitas tragaba bocanadas de aire enrarecido, paralizado.

—Puedes hacerlo —le dijo Ferl—. Sé que puedes.

Milagrosamente, el gordo empezó a moverse, arrastrando los pies pero con confianza, como si hubiera encontrado en su interior un pozo de coraje que nunca hubiese creído poseer.

—¡Lo estoy haciendo! —exclamó.

Y lo hizo. Superó la parte más estrecha de la cornisa y Ferl lo siguió pegado a sus talones, desplazando grava al vacío e intentando no seguirla.

La cornisa empezó a ensancharse y Grasitas volvió a caminar en vez de deslizarse por la pared, a pesar de que el camino seguía midiendo menos de un metro. Se estaba riendo.

Entonces pasó rozándolos un borrón verde y la cornisa explotó delante de ellos.

Mientras los vientos gélidos despejaban el humo, las nubes se abrieron y empezó a nevar. Unos copos grandes y gruesos trazaban círculos y líneas horizontales a merced del viento. Grasitas y Ferl contemplaron a la vez la brecha que tenían delante.

Medía apenas un metro, pero no había sitio para coger carrerilla. Además, el otro lado no parecía estable.

—Si lo consigues —dijo Ferl—, no volveré a llamarte Grasitas nunca más.

—Anda y que te den —dijo el barón, y saltó.

Resbaló un poco en el otro lado, pero lo consiguió.

Otro proyectil alcanzó la roca por encima de la cabeza de Ferl y provocó una lluvia de esquirlas que le hizo cortes en la cara. Sacudió la cabeza para despejarse los ojos, perdió el equilibrio y lo recuperó, todo ello en un momento. Dio dos pasos y saltó.

La cornisa cedió bajo sus pies más deprisa de lo que él acertaba a remontarla. Extendió los brazos, buscando cualquier asidero.

Una mano agarró la suya. El barón lo puso a salvo de un tirón.

Boqueando, Ferl se dobló por la cintura, con las manos en los muslos. Al cabo de un momento, dijo:

—Me has salvado. ¿Por qué me...? ¿Por qué?

La respuesta del barón se perdió cuando la roca volvió a explotar a sus espaldas.

Ferl examinó el resto del recorrido. Faltaban otros treinta pasos para que doblaran un recodo y desaparecieran de la vista del vürdmeister. Ese último tramo de cornisa tenía como mínimo metro y medio de anchura, demasiado para que un proyectil lo reventara, pero seguían a la vista, y Ferl no tenía la menor intención de continuar en la retaguardia. Envainó su espada, agarró al barón y lo puso entre él y su perseguidor.

—Es la única manera que tenemos de salir de esta —dijo.

—No pasa nada —respondió el barón—. No pienso volver atrás por esa cornisa, y de todas formas no tengo ni idea de qué hacer en plena naturaleza. Voy contigo.

Reanudaron el ascenso caminando de espaldas, Ferl mirando a sus pies y luego al vürdmeister que se encontraba en el otro extremo de esa cara de la ladera. El joven tenía un proyectil verde brillante dando vueltas poco a poco en torno a su cuerpo. Sabía que su presa se le estaba escapando. El proyectil empezó a girar cada vez más rápido.

Ferl obligó al barón a acercarse más al borde en una muda amenaza.

El proyectil frenó y vieron que el vürdmeister movía la boca deshaciéndose en inaudibles imprecaciones. Ferl extendió el dedo corazón hacia él en un silencioso saludo. Al cabo de un momento, riendo, el barón imitó su gesto.

Entonces una piedra se desplazó bajo el talón de Ferl cuando dio el siguiente paso atrás. Perdió el equilibrio y resbaló hacia el barón Kirof.

Solo podía hacer una cosa: se tiró hacia atrás, apoyándose con la mano en la espalda de Kirof, que cayó hacia delante.

Aterrizó sobre su trasero en la cornisa. Vio los dedos del barón agarrados al borde. Se acercó rodando al noble, que tenía los ojos redondos como platos.

—¡Socorro! —gritó el barón.

Ferl no se movió.

Al final, Grasitas estaba sencillamente demasiado gordo. Aguantó durante un momento más, y después sus brazos enclenques fueron incapaces de sostenerlo. Sus dedos resbalaron de la roca.

La caída duró mucho tiempo, pero Grasitas no gritó en ningún momento. Juntos, Ferl y el vürdmeister lo miraron precipitarse hacia las rocosas riberas de la muerte.

Al otro lado de la montaña, el ánimo del vürdmeister pareció caer tan bajo como el cuerpo del barón. El rey dios no se mostraba comprensivo con el fracaso.

Ferl se alejó reptando del borde y dobló la curva. Se felicitó por lo previsor que había sido al quedarse el macuto.

Capítulo 42

Las tierras de los Gyre en Havermere habían cambiado muchísimo desde que Kylar las atravesara con Elene y Uly de camino a Caernarvon. Entonces habían estado poco menos que desiertas. Sin un señor que los protegiera, algunos granjeros se habían mudado. La cercanía de la cosecha y la afortunada ausencia de incursiones ceuríes o de los lae'knaught aquel año eran lo único que había retenido al resto.

En esa segunda visita, se encontró las tierras llenas a rebosar, y Kylar solo tardó un momento en adivinar por qué. La resistencia había trasladado su base a Havermere. Estaban a unos pocos días a galope tendido de Cenaria, lo que los ubicaba lo bastante cerca para actuar contra las patrullas pero lo bastante lejos para huir si el rey dios reunía un contingente nutrido contra ellos. La abundancia de la cosecha y los recursos de la Casa de Gyre, que incluía centenares de los mejores caballos del país, una armería considerable y unas murallas que la harían defendible al menos mientras no se usara magia, la convertían en una base perfecta. Kylar se preguntó si la habrían confiscado por la fuerza o si el mayordomo de los Gyre habría acogido al ejército de buena gana.

Hizo una pausa al avistar una compañía en la penumbra del alba. Si quería, probablemente podría evitar que lo detectaran... o por lo menos que lo entretuviesen. Lo más seguro era que no lo hubiesen visto todavía, no con esa luz, aunque no tenía ni idea de lo buenos que eran los centinelas. Al final decidió que, ya que estaba allí, bien podría informarse de lo que estaba pasando en Havermere. Si Logan seguía vivo y Kylar lograba rescatarlo, allí sería adonde acudirían. Si podía poner en antecedentes a Logan de lo que le esperaba, tanto mejor.

Aun así, antes de seguir adelante fijó a su cara el disfraz de Durzo. Era mucho más fácil que el único otro disfraz que había construido, el del barón Kirof, y probablemente menos peligroso. Los rebeldes que conocieran al barón Kirof querrían matarlo. Los que reconocieran a Durzo probablemente fingirían que no: nadie en su sano juicio admitiría conocer a un ejecutor. Y era mejor que presentarse como él mismo.

Un Kylar Stern que apareciera en el campamento rebelde era un Kylar Stern que se comprometía con su causa. Además, aún ignoraba si la identidad de Kylar era segura. Elene había denunciado por error a Kylar ante el general supremo Agon, y Kylar no sabía si este habría hecho correr la voz.

De modo que allí estaba, sentado a lomos de su caballo e intentando fijar la cara de Durzo a la suya. No era fácil, aunque hubiera pasado días... semanas perfeccionando el disfraz. Había problemas de todo tipo.

En primer lugar, había que recordar la cara a la perfección. Aun después de años de mirar a Durzo Blint, eso era más difícil de lo que Kylar habría imaginado. Al

principio del proyecto, había pasado semanas tan solo rememorando cómo se inclinaban hacia abajo sus leves patas de gallo, colocando cada marca que tenían las mejillas de Durzo, dando la forma correcta a las cejas y ajustando los mechones de su barbita rala. Después, cuando creyó que lo había clavado, se dio cuenta de que apenas estaba empezando.

Una cara estática no era un disfraz. Necesitaba anclar todos los puntos móviles de esa cara a la suya, para que se moviese casi del mismo modo. Casi. La cuestión era que, incluso después de una década bajo la tutela de Durzo y de fijarse durante años en sus pequeños tics, las expresiones faciales de Kylar no se parecían mucho a las de su antiguo maestro. Así, la cara de Durzo se enfurruñaba cuando él solo arrugaba la frente, esbozaba una sonrisilla de suficiencia cuando él la quería de oreja a oreja y ponía expresión de desdén cuando quería hacer una mueca, además de otras cien cosas que había ido añadiendo a la lista durante las largas horas que pasó poniendo caras ante el espejo.

Aun entonces, el disfraz no estaba completo. Durzo había sido alto. Kylar superaba la estatura media por muy poco. De modo que, tras crear su disfraz, lo proyectó hacia arriba unos quince centímetros. Cuando alguien intentase mirar a Durzo a los ojos, estaría mirando por encima de la cabeza de Kylar. Hacía falta mucha disciplina para acordarse de mirar al cuello de una persona para que Durzo tuviese la vista puesta en sus ojos. Era algo que Kylar no había solucionado todavía: había intentado montarlo de tal modo que pudiese mirar adonde quisiera y los ojos de Durzo lo siguieran desde quince centímetros más arriba, pero aún no había descubierto cómo.

Y, por supuesto, si alguien intentaba tocar la cara o los hombros que proyectaba, la ilusión quedaba destruida. Kylar había tratado de hacerla etérea, de modo que, si algo la tocaba, la atravesase sin más. No había funcionado. La malla de Talento, o lo que fuera, era física. Si algo más denso que la lluvia la tocaba, se desintegraba. Kylar también había intentado la solución opuesta, darle presencia física para que los ligeros contactos contra ella topasen con una resistencia parecida a la de una cara o unos hombros auténticos. Tampoco eso había funcionado.

En pocas palabras, se había tomado un trabajazo para lo que resultaba ser un disfraz mediocre. Kylar ya entendía por qué Durzo había preferido el maquillaje.

Hundió los talones en los ijares de su caballo, y juntos descendieron hacia Havermere.

Los centinelas no parecieron sorprendidos al verlo salir del amanecer, de manera que su perímetro tal vez fuera mejor de lo que pensaba.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó un adolescente con pinta de duro.

—Soy oriundo de Cenaria pero he vivido en Caernarvon durante estos últimos años. He oído que las cosas se han calmado bastante. Tengo familia en Cenaria y

quiero ver si están bien. —Lo dijo deprisa y probablemente eran demasiadas explicaciones, pero sería normal que un comerciante nervioso hiciera lo mismo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy herborista y boticario. En circunstancias normales, aprovecharía la ocasión para traer conmigo unas hierbas, pero unos bandidos destruyeron mi último cargamento. Los muy cabrones quemaron mi carro al descubrir que no llevaba nada de oro. Ya me dirás qué ganó nadie con eso. En fin, al menos a caballo he tardado menos.

—¿Vas armado? —preguntó el joven. Parecía más relajado, sin embargo, y Kylar notó que creía su historia.

—Pues claro que voy armado. ¿Te crees que estoy loco? —dijo Kylar.

—Bien dicho. Adelante.

Kylar entró a caballo en el campamento que se extendía ante las puertas de Havermere. Estaba bien organizado, distribuido en hileras rectas y los retretes a intervalos regulares y alejados de los fuegos de cocina, con numerosas edificaciones permanentes o semipermanentes y calles bien definidas para el tráfico a pie y a caballo, pero no tenía mucho aspecto militar. Varias de las estructuras daban a entender que pretendían pasar el invierno allí, pero las fortificaciones que rodeaban el campamento producían risa. A primera vista, parecía que todos los nobles y sus guardias personales se habían instalado en la mansión de los Gyre, mientras que los soldados y civiles que habían unido su destino al de los rebeldes vivían allí fuera, apañándose como podían.

Kylar contemplaba un edificio de madera, tratando de averiguar su propósito, cuando estuvo a punto de atropellar a un hombre que llevaba unos quevedos y cojeaba apoyado en un bastón. El hombre alzó la vista y pareció tan asombrado como el propio Kylar.

—¿Durzo? —preguntó el conde Drake—. Te daba por muerto.

Kylar se quedó paralizado. Se alegró tanto de ver vivo al conde Drake que el control de su disfraz casi vaciló. El conde parecía envejecido, atribulado. Cojeaba desde que Kylar lo conocía, pero antes nunca había necesitado bastón.

—¿Podemos hablar en algún sitio, conde Drake? —Kylar se reprimió por los pelos para no llamarle «señor».

—Sí, sí, por supuesto. ¿Por qué me llamas así? Hacía años que no me llamabas conde Drake.

—Eh... Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo escapaste?

El conde Drake entornó los ojos y Kylar miró al pecho del noble, con la esperanza de que la mirada de Durzo se cruzara con la suya.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el conde.

Kylar desmontó, tendió la mano y agarró la muñeca del conde Drake. El hombre

que le devolvió el apretón de muñeca tenía un contacto real, sólido, el contacto que siempre había transmitido el conde Drake. Era un ancla, y Kylar se sintió abrumado entre el impulso de contárselo todo y una vergüenza igual de intensa.

El peligro de hablar con el conde Drake residía en que todo se clarificaba cuando él escuchaba. Decisiones que se habían antojado embarulladas adquirían una repentina simplicidad. Una parte de Kylar rehuía esa prueba. Si el conde Drake lo conociese de verdad, dejaría de quererle. Un ejecutor no tiene amigos.

El conde lo condujo a una tienda cercana al centro del campamento. Se sentó en una silla, con la pierna a todas luces entumecida.

—Hay un poco de corriente, pero si seguimos aquí lo aislaremos mejor antes del invierno.

—¿Seguimos?

La alegría se extinguió en los ojos del conde.

—Mi mujer, Ilena y yo. Serah y Magdalyn no... no lograron escapar. Serah era una mujer de recreo. Oímos... que se ahorcó con las sábanas. Magdalyn es mujer de recreo o una de las concubinas del rey dios, según lo último que supimos. —Carraspeó—. La mayoría no duran mucho.

De modo que era cierto. Kylar no pensaba que Jarl le hubiese mentido, pero tampoco había podido creer que fuese verdad.

—Cuánto lo siento —dijo.

Las palabras eran del todo insuficientes. Mujeres de recreo. Sometidas a la variedad de esclavitud más cruel y deshumanizadora que Kylar conocía: esterilizadas mediante magia e instaladas en una habitación de los barracones khalidoranos para solaz de los soldados, una instalación de «recreo» que recibía docenas de visitas al día. Se le revolvió el estómago.

—Sí. Es una... herida abierta —dijo el conde Drake, con el rostro demudado—. Nuestros hermanos khalidoranos se han entregado a los peores apetitos. Por favor, entra. Hablemos de la guerra que tenemos que ganar.

Kylar entró, pero el malestar de su estómago no cesó, más bien se intensificó. Al ver a Ilena Drake, la hija pequeña del conde, que ya tenía catorce años, los remordimientos golpearon con fuerza. Dios, ¿y si también la hubiesen atrapado a ella?

—¿Podrías calentar un poco de ootai para los dos? —pidió el conde a Ilena—. ¿Te acuerdas de mi hija? —le preguntó a Kylar.

—Ilena, ¿no es así?

Ilena siempre había sido su favorita. Tenía la tez fresca, el pelo rubio, casi blanco, de su madre y la vertiente pícara de su padre, sin atemperar por los años.

—Encantado de conoceros —dijo la chica con educación.

Maldición, se estaba convirtiendo en una dama. ¿Cuándo había pasado?

Kylar volvió a mirar al conde.

—Entonces, ¿qué título o posición tienes aquí?

—¿Títulos? ¿Posición? —El conde Drake sonrió e hizo girar su bastón sobre la contera—. Terah de Graesin está repartiendo títulos a precio de saldo para intentar vincular a las familias con la rebelión. Sin embargo, cuando de lo que se trata es de conseguir resultados, se alegra de tener mi ayuda.

—Estás de broma.

—Me temo que no. Por eso seguimos aquí... ¿cuánto ha pasado? ¿Tres meses desde el golpe? La duquesa solo ha permitido pequeñas incursiones contra líneas de suministro y puestos de avanzada mal defendidos. Tiene miedo de que, si sufrimos un descalabro, las familias se echen atrás y juren lealtad al rey dios.

—Así no se gana una guerra.

—Nadie sabe cómo ganar una guerra contra Khalidor. Nadie ha luchado con éxito contra un ejército reforzado con brujos desde hace décadas —dijo el conde Drake—. Hay informes de que los khalidoranos tienen problemas en la frontera con los Hielos. Ella espera que envíen al grueso de sus tropas a casa antes de que las nieves bloqueen Aullavientos.

—Creía que controlábamos Aullavientos —dijo Kylar.

—Así era —explicó el conde Drake—. Hasta me llegaron noticias de mi amigo Solon Tofusin, que quería que, cuando estuviésemos listos para marchar a la guerra, se lo notificásemos. Esa guarnición contaba con las mejores tropas cenarianas del reino, veteranos hasta el último de ellos.

—¿Y? —preguntó Kylar.

—Están todos muertos. Se mataron solos o se tumbaron y dejaron que alguien les rebanase el pescuezo. Mis espías dicen que fue obra de la diosa Khali. Eso no hace sino reforzar la cautela de la duquesa.

—Terah de Graesin —dijo Ilena— realiza la mayor parte de sus campañas tumbada de espaldas.

—¡Ilena! —recriminó su padre.

—Es verdad. Paso todos los días con sus damas de honor —dijo Ilena, furiosa.

—Ilena.

—Lo siento.

Kylar estaba desencajado. Era imposible. Los dioses eran superstición y locura. Pero ¿qué superstición empujaría a centenares de veteranos al suicidio?

Ilena no había apartado la vista de Kylar desde que había entrado en la tienda. Lo miraba como si pensara que se disponía a robar algo.

—¿Y qué plan hay? —preguntó Kylar, mientras aceptaba el ootai que le daba la chica enfurruñada. Reparó demasiado tarde en que no podría bebérselo: los labios de Durzo no estaban en buen lugar.

—Que yo sepa —dijo el conde, apenado—, no lo hay. La duquesa ha hablado de una gran ofensiva, pero me temo que ignora qué hacer. Ha intentado contratar a ejecutores; pasó por aquí hasta un acechador ymmurí hace unas semanas, un tipo que daba miedo. Aun así, me parece que Terah intenta marcar la baraja sin ganas de jugar la partida. Es un animal político, no militar. No tiene ningún hombre de armas en su círculo.

—Da la impresión de que va a ser la rebelión más corta de la historia.

—Para de animarme. —El conde Drake dio un sorbo a su ootai—. Y bien, ¿qué te trae por aquí? No será el trabajo, espero.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó Ilena.

—Ilena, guarda silencio o sal —advirtió el conde Drake.

Al ver su expresión, herida al tiempo que molesta, Kylar se tosió en la mano y apartó la vista para no reírse.

Cuando alzó la mirada, la expresión de Ilena había cambiado por completo. Tenía los ojos brillantes y muy abiertos.

—¡Eres tú! —exclamó—. ¡Kylar!

Se arrojó en sus brazos; con su ímpetu arrancó la delicada taza de ootai de su mano y destruyó por completo la ilusión al abrazarlo.

El conde se quedó mudo de la impresión. Kylar lo miró, consternado.

—¡Abrázame, zopenco! —dijo Ilena.

Kylar se rió y la obedeció. Dioses, era una sensación agradable, magnífica, que lo abrazasen. Ilena lo estrujó con todas sus fuerzas, y Kylar la alzó en vilo y fingió que también la apretaba hasta no dar más de sí. Ella lo estrujó con más fuerza hasta que él suplicó piedad. Volvieron a reírse, siempre se habían abrazado así, y Kylar la dejó en el suelo.

—Ay, Kylar, ese disfraz ha sido la monda —dijo ella—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Me enseñas? ¿Me enseñas, por favor?

—Ilena, déjale respirar —dijo su padre, pero estaba sonriendo—. Debería haber reconocido la voz.

—¡Mi voz! ¡Oh, mie... rayos! —exclamó Kylar. Alterar su voz exigiría o unas grandes dotes teatrales, que no parecía poseer, o más magia. Eso significaba más horas de trabajo en un solo disfraz. ¿Cuándo encontraría tiempo?

—Bueno —dijo el conde, mientras guardaba sus anteojos y recogía los pedazos de la taza de ootai rota—, se diría que necesitamos hablar. ¿Excusamos a Ilena?

—Oh, no me obligues a salir, padre.

—Hum, sí —dijo Kylar—. Hasta luego, canija.

—No quiero irme.

El conde Drake le lanzó una mirada que la hizo encogerse. Dio un pisotón y salió hecha una furia.

Se quedaron a solas. El conde Drake dijo, con dulzura:

—¿Qué te ha pasado, hijo?

Kylar examinó una uña rota, contempló la taza hecha añicos en el suelo y en general miró a cualquier parte que no fueran aquellos ojos que lo aceptaban.

—Señor, ¿creéis que un hombre puede cambiar?

—Desde luego —respondió el conde Drake—. Desde luego, pero por lo general solo para parecerse más a sí mismo. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

Y eso hizo Kylar. Todo, desde la mansión de los Jadwin hasta la ruptura de sus votos a Elene y Uly, y la herida abierta y ulcerada que había dejado en su estómago. Al final, acabó.

—Podría haberlo impedido —dijo—. Podría haber terminado la guerra antes de que empezase. Lo siento mucho. Mags y Serah estarían a salvo si hubiese matado antes a Durzo...

El conde se frotaba las sienes mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No, hijo. No vayas por ahí.

—¿Qué habríais hecho vos, señor?

—¿De haber sabido que apuñalar a Durzo por la espalda salvaría a Serah y Magdalyn? Lo habría apuñalado, hijo. Pero no habría sido lo correcto. A menos que uno sea rey o general, la única vida que tiene derecho a sacrificar por el bien mayor es la suya propia. Hiciste lo correcto. Ahora hablemos de esta excursioncilla que quieres hacer a las Fauces. ¿Estás seguro de que el rumor es cierto?

—El shinga fue a contármelo en persona... y murió por ello.

—¿Jarl ha muerto? —preguntó el conde. Kylar notó que suponía un duro golpe.

—¿Sabíais lo de Jarl? —se sorprendió.

—Habíamos estado hablando. Él tenía planeado un levantamiento para darnos la oportunidad de dividir a las fuerzas de Ursuul. La gente creía en él. Lo amaba. Hasta los ladrones y asesinos empezaban a creer que podían disfrutar de un nuevo comienzo.

—Señor, después de rescatar a Logan...

—No lo digas.

—Voy a ir a por Mags.

La cara del conde Drake volvió a demudarse por la desesperanza.

—Tú salva a Logan de Gyre y hazlo rápido. Ulana lamentará no haberte visto, pero debes partir de inmediato.

Kylar se levantó y volvió a ponerse la máscara de Durzo. El conde Drake lo observó y su rostro recobró algo de vida.

—¿Sabes? Tienes unos trucos que son... vamos, la monda.

Se rieron juntos.

—Una cuestión más —dijo Kylar—. He estado pensando que a lo mejor conviene

que hagamos circular rumores de que Logan sigue vivo antes de que aparezca. O sea, darán una esperanza al pueblo y harán que le resulte más fácil consolidar su poder cuando llegue. ¿Le cuento a Terah de Graesin que está vivo?

—Es un poco tarde para eso —dijo una voz desde la abertura de la tienda. Era la duquesa de Graesin, ataviada con un lujoso vestido verde y una capa nueva forrada de visón. Exhibía una fina sonrisa—. Caramba, Durzo Blint, hacía una eternidad que no te veía.

Capítulo 43

Por lo general Garoth hacía que sus concubinas acudiesen a sus aposentos, pero a veces le gustaba sorprenderlas. Magdalyn Drake llevaba ya tiempo entreteniéndolo pero, como siempre, su interés empezaba a decaer.

El rey dios se había despertado horas después de la medianoche, con aquel picor infernal, un dolor de cabeza y una idea. Entraría en silencio y sacaría a Magdalyn de su sueño. Le encantaba oírla gritar. Le pegaría una paliza y la acusaría de conspirar contra él.

Si la chica suplicaba y juraba que no era cierto, como haría la mayoría de las mujeres, la tiraría por el balcón. Si lo insultaba, se la follaría, replicando a su desafío con un grado equivalente de brutalidad, y la chica viviría un día más. Antes de irse, la abrazaría con ternura y le susurraría que lo sentía, que la amaba. Las mujeres decentes siempre querían ver algo bueno en él. Se estremeció al imaginárselo.

Extendió el vir a través de la puerta cerrada, con la esperanza de detectar hasta el sonido acompasado de su respiración durmiente. En lugar de eso percibió algo distinto. Estaba despierta.

Garoth entró, pero ella no reparó en él. Estaba sentada en la cama, de cara a la puerta abierta de su balcón sin barandilla. Llevaba solo un camisón fino, pero no parecía sentir el aire frío que entraba. Se mecía adelante y atrás.

Garoth soltó un taco en voz alta. Magdalyn no respondió. Le tocó la piel y constató que también la tenía fría. Debía de llevar horas sentada así.

Otras concubinas ya habían fingido locura para escapar a sus atenciones. ¿Quizá Magdalyn Drake intentaba lo mismo? Garoth le propinó una bofetada y ella se cayó de la cama. No gritó. Garoth la cogió del pelo moreno y la arrastró hasta el balcón.

Llegó hasta el borde mismo y la puso en pie tirando del pelo. Agarró su garganta con una manaza y la empujó hasta que solo tocó el borde del balcón con los dedos de los pies. Sus dedos casi abarcaban la circunferencia entera del cuello de la joven. Fue con cuidado de apretar lo menos posible, pero lo suficiente para que, si la soltaba, ella cayese.

Magdalyn por fin enfocó la mirada. La sombra de la muerte tendía a ejercer ese efecto en la gente.

—¿Por qué? —preguntó la chica con voz triste—. ¿Por qué haces esto?

Garoth la miró, confuso. La respuesta era tan obvia que no estaba seguro de haber entendido la pregunta.

—Me complace —contestó.

Y extrañamente, aunque Magdalyn Drake siempre había sido una chica extraña y eso formaba parte de su atractivo, la joven sonrió. Se acercó a él, pero no como una mujer suspendida sobre un precipicio se acercaría a su única esperanza de sobrevivir.

Lo besó. Si fue teatro, fue una actuación de lo más convincente. Si había perdido la cabeza, la había perdido de una forma enigmática. Magdalyn Drake lo besó, y Garoth estuvo seguro de que fue con auténtico deseo. Su excitación regresó más intensa que nunca mientras ella se encaramaba a él y le envolvía la cintura con sus piernas jóvenes y esbeltas.

Garoth pensó en llevársela otra vez adentro, pero era imposible conservar del todo el control cuando estaba a punto de hacer el amor con una mujer que tal vez intentase matarlo. Magdalyn fue acercándose a su oreja a base de besos.

—Os he estado escuchando a ti y a Neph —dijo, bañándole el oído con su aliento caliente.

Garoth no solía permitir que sus concubinas hablasen mientras se las follaba, a menos que estuvieran insultándolo, pero no quería destruir aquella frágil demencia.

Magdalyn volvió a besarlo y luego se apartó. Se inclinó hacia atrás y, agarrada a él con las piernas, se soltó de su cuello y se tendió hacia el vacío. Garoth la asió de las caderas para evitar que se precipitase a su muerte. Boca abajo, ella movió los brazos por encima de su cabeza mientras contemplaba el castillo y la ciudad, allá abajo, y se reía.

A Garoth le retumbaba el pulso en los oídos. Ni siquiera le importaba quién pudiese estar vigilando. Fuese lo que fuera aquella locura, resultaba embriagadora.

Magdalyn hizo un contoneo de caderas y volvió a decir algo.

—¿Qué? —preguntó Garoth.

—Suéltame —dijo ella.

Parecía estar bien agarrada con las piernas, de modo que la soltó, listo para atraparla con el vir si hacía falta. No pensaba dejar que aquello acabase sin obtener su placer. Ya no.

Magdalyn dio un tirón para soltar el camisón, que estaba atrapado entre sus cuerpos, y después se lo quitó. Lo lanzó al vacío y se volvió a reír mientras la vaporosa tela descendía dando vueltas hacia las losas del patio.

Entonces alzó el torso y volvió a besar a Garoth, apretando su joven cuerpo contra él. Le abrió la túnica con un gesto brusco. Luego se frotó contra él, gimiendo cuando sus pieles entraron en contacto, calor contra calor en el frío aire nocturno.

Le acarició el cuello con la nariz.

—Te oí hablar del Ángel de la Noche —dijo—. Kylar Stern.

—Mmm.

—Quiero que sepas una cosa —le susurró al oído, haciendo que se estremeciera. ¿Qué demonios estaba diciendo?—. Kylar es mi hermano. Vendrá a buscarme, sucio cabrón, y, si no te mato yo, lo hará él.

Le mordió la arteria carótida con todas sus fuerzas e intentó que cayeran los dos por el borde.

El vir reaccionó antes que Garoth, y explotó en su cuello. Salió disparado de sus extremidades y lo lanzó hacia dentro mientras Magdalyn Drake caía dando vueltas al vacío.

Garoth se puso en pie con movimientos vacilantes y convocó a Neph.

El vürdmeister lo encontró de pie en el balcón, contemplando el cuerpo aplastado de la joven en el patio de abajo.

—Ocúpate de ella, Neph. Dile a Trudana que espero que se esmere —dijo el rey dios, conmovido en lo más hondo—. El suyo era un gran espíritu.

—¿Deseáis... ? —El lodricario tuvo uno de sus falsos accesos de tos y Garoth sintió rebrotar el odio que le tenía—. ¿Deseáis que os mande otra concubina? —Tuvo cuidado de no mirar hacia la evidencia de la excitación insatisfecha de Garoth.

—Sí —respondió el rey dios con tono neutro. «Maldita seas, Khali, sí.»

—Si nos disculpáis, conde Drake —dijo Terah de Graesin—, necesito vuestras estancias.

El conde Drake salió cojeando con su bastón mientras varios guardias tomaban posiciones fuera de la tienda.

Kylar seguía desconcertado. Terah de Graesin conocía a Durzo. Si la duquesa conocía a su maestro, significaba que lo conocía por trabajo. Eso significaba que lo había contratado.

—Entonces —dijo ella—, Logan está vivo. Eso es... estupendo.

La duquesa tenía la voz grave y sedosa, una voz con fama de seductora, pero claro, se suponía que todo en Terah de Graesin era sensual. A Kylar no se lo parecía. Vale, era guapa. Tenía la boca ancha, los labios carnosos y el tipo de figura que resultaba inalcanzable para la mayoría de las mujeres de la nobleza que se pasaban el día sin hacer nada más agotador que dictar órdenes al servicio. Quizá fuera porque era un poco demasiado consciente de que era guapa. Llevaba mucho maquillaje —aplicado con criterio y sutileza, pero mucho— y se había depilado las cejas hasta reducirlas a finas líneas. La verdad era que se comportaba como si Kylar debiese admirarla, y eso lo cabreaba.

Lo que lo cabreaba aún más era que, para mirarla a los ojos con el disfraz puesto, tendría que mantener la vista fija en sus pechos que, había que reconocerlo, eran muy resultones. Maldición, ¿por qué eran tan fascinantes los pechos?

—Y bien, ¿quién te paga para que salves a Logan de Gyre? —preguntó.

—No esperaréis de verdad que responda a eso —dijo Kylar. Su única baza era que Blint tendía a ser brusco y discreto. Si Terah de Graesin lo conocía, sabría eso.

—Maestro Blint —dijo, con cara de haber tomado una decisión pero sin dejar de hablar con aquella voz conscientemente seductora—, eres el único hombre que conozco que ha matado a dos reyes. ¿Cuánto puedo pagarte para matar a un tercero?

—¡¿Qué?! ¿Queréis que mate al rey dios?

—No. Sencillamente, no salves a Logan de Gyre. Doblaré lo que te pague tu cliente.

—¿Qué? —preguntó Kylar—. ¿Por qué? Ahora mismo necesitáis todos los aliados que podáis conseguir. Logan atraería a miles de personas a vuestros estandartes.

—El problema es que... En fin, ¿sabrás mantener un secreto, Durzo? —Sonrió.

—¿Confiaríais vuestros secretos a un asesino?

—¡Sabía que dirías eso! —exclamó la duquesa con tono triunfal, casi entre risas —. Me dijiste lo mismo la última vez, ¿recuerdas?

—Hace ya tiempo —dijo Kylar, con un nudo en la garganta.

—Bueno, me alegro de que te acordases el tiempo suficiente para matar a mi padre.

Kylar parpadeó.

—Dime, ¿lo hiciste antes o después de matar al rey Gunder?

—Me pagan para matar, no para hablar de ello. —«¡Dioses! ¿Su propio padre?»

—Y por eso puedo confiar en ti. Aunque te recordaré que ya te he dado dinero para que no me mates, de manera que no puedes hacerme lo que yo hice a mi padre.

—Por supuesto que no.

Tardó un segundo en hacerse una composición de lugar. La duquesa debía de haber conocido a Durzo cuando este aceptó un encargo para su padre, el duque Gordin de Graesin. ¿Quizá Gordin había contratado a Durzo para que matase al rey Davin? El duque de Graesin debió de pensar que Regnus de Gyre ascendería al trono a la muerte del rey Davin, con lo que haría reina a su otra hija, Catrinna. La madre de Logan, Catrinna de Graesin, había sido hermanastra de Terah, aunque le sacase casi veinte años.

—¿Y por qué dejar morir a Logan? —preguntó Kylar.

—Porque no renuncio con facilidad a las cosas que me pertenecen, Durzo Blint. Como bien sabes.

—¿No os parece que quizá deberíais preocuparos de arrebatarle el trono a los khalidoranos antes de dedicaros a asesinar a vuestros aliados?

—No necesito una lección de civismo. ¿Te interesa ganar dinero por no hacer nada, o deseas tenerme como enemiga? Un día seré reina, y te encontrarás con que tienes una adversaria implacable.

—Siete mil coronas —dijo Kylar—. ¿Cómo sé que las tendréis? Si los khalidoranos os exterminan, no quiero quedarme con una mano delante y otra detrás.

La duquesa sonrió.

—Ese es el Durzo Blint que recuerdo. —Se sacó del dedo un anillo bien gordo con un rubí más gordo incluso engarzado—. No lo manosees, por favor. Perteneció a

mi padre, y no vale ni la mitad de las ocho mil que te daré por él cuando me haga con el trono. Habrá una prima si me traes una prueba de la muerte de Logan.

—Parece justo —dijo Kylar.

—Preveo que algunos de mis aliados se volverán... problemáticos en el futuro. Tendré más encargos para ti. Eso, si no has perdido tu toque.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Cuando no respondiste a mi llamamiento hace un mes, tuve que acudir a otros.

—Nunca encontraréis a nadie tan bueno como yo. —Eso, por lo menos, era puro Durzo Blint.

Terah de Graesin se relamió y sus ojos se llenaron de un hambre repentina. Kylar no reconoció la expresión, pero no le hizo gracia, fuera lo que fuese. La duquesa sonrió.

«¿Qué está esperando? ¿Que le tire los trastos?» El momento pasó.

—Muy bien, pues buenos días —dijo la duquesa con un tono plano que no aclaraba a Kylar si tenía razón o no. Se acercó a él para darle un beso en cada mejilla. Eso puso su cara real justo al nivel del pecho de la duquesa, pero tuvo suerte. Terah no se acercó lo suficiente para tocar sus auténticos labios con los pechos ni su mejilla ilusoria con los labios. El espejismo permaneció intacto.

En cuanto la duquesa se fue, Kylar salió disparado. Saltó a lomos de su caballo y salió del campamento por la parte norte, preocupado de que Terah pudiese tener vigilada de alguna manera la salida occidental. Desplazó su disfraz para que la cara de Durzo quedara a la altura de la suya en vez de por encima, y poder ver la expresión de los guardias. Los centinelas le dejaron salir sin hacer preguntas, no obstante, y cuando llevaba un kilómetro y medio recorrido empezó a bajar la guardia. El corazón todavía le latía desbocado mientras pensaba en lo que aquello significaba para Logan. Aunque sacase a su amigo de las Fauces, el camino que quedaba por delante no sería fácil. Por lo menos ya sabría quiénes eran sus enemigos.

Entraba en un terreno salpicado de árboles cuando algo susurró en su mente con tono tranquilo:

—*Agáchate.*

—¿Qué? —preguntó en alto.

Una flecha atravesó el pecho de Kylar.

El impactó lo tumbó en la silla de montar, pero su caballo siguió adelante, ajeno a todo. Kylar tosió sangre. Cuántos errores había cometido. Durzo nunca le habría perdonado su descuido. Bajar la guardia, volver al camino cuando le preocupaba que pudiesen haber enviado alguien tras él, llevarse su caballo en vez de robar otro. Bastaba un error para matarte, y él había cometido muchos.

Dioses, le quemaban los pulmones.

—*Te he dicho que te agachases.*

Una forma envuelta en sombras salió de detrás de un árbol y asió las riendas de su caballo con la mano que no sostenía una espada.

El ejecutor bajó sus sombras; no eran ni la mitad de buenas que las de Durzo, por no hablar de las de Kylar. Era Wrable Cicatrices.

—Joder, vaya tela —dijo el ejecutor—. ¿Durzo Blint? Mierda.

—¿Qué tal, Ben? —saludó Kylar. Vaya tela, en efecto: se había dejado puesto el disfraz de Durzo y, si lo hubiese mantenido a la altura de su maestro, la flecha de Ben Wrable le habría pasado por encima del hombro.

Cada vez le costaba más mantener el disfraz, a la vez que era dolorosamente consciente de la importancia de hacerlo. Si Terah creía que había matado a Durzo, Kylar todavía podría regresar. Eso presentaba su propio conjunto de problemas, pero muchos menos que revelar que era tanto Durzo Blint como Kylar Stern, y además inmortal.

—¡Mierda, Durzo! Ni siquiera sabía que eras tú. Esa zorra pija de la Graesin me ha dicho «trabajo especial, facilito, paga doble». ¿Qué carajo hacías yendo por el camino, Dur?

—Nada... —Kylar tosió—. Un error.

—Basta con uno, supongo. Mierda, colega. Habría luchado contigo, qué menos.

—Te habría matado —dijo Kylar. Lo asaltó un repentino pánico. ¿Y si aquella era su última vida? No tenía ninguna garantía de volver. El Lobo nunca se lo había explicado. Dioses, había sido una absoluta locura dejar que el duque Tenser de Vargun lo matase por dinero.

—Probablemente.

Wrable Cicatrices soltó otro taco. Se había ganado su apodo por las innumerables cicatrices que tenía en la cara. Había llegado a Cenaria de pequeño desde algún punto de Friaku y había pasado una temporada como esclavo. Era uno de los pocos que se había ganado la libertad en los fosos de lucha. Kylar creía que él mismo se había hecho las cicatrices, características de su pueblo. Pero el tipo hablaba sin acento, era demasiado niño cuando dejó su país, así que si había seguido algún ritual concreto, lo habría aprendido de los rumores sobre los friakíes, no por observación directa.

—¿Cómo voy a fardar de esto, Durzo? Solo te he atravesado con una flecha, joder. No es manera de matar al mayor ejecutor de la historia.

—Pues mira que funciona la mar de bien. —Kylar tosió.

—Mierda —exclamó Ben, asqueado.

—Invéntate algo —sugirió Kylar. Volvió a escupir sangre al toser. Había olvidado lo divertido que era morirse.

—No puedo hacer eso —dijo Wrable—. Es deshonrar a los muertos. Te persiguen si lo haces.

—Lo siento muchísimo por ti, hay que joderse —rezongó Kylar, que estaba

resbalando de la silla. Cayó al suelo con un ruido sordo y se golpeó la nuca con la tierra pero, sin saber cómo, el disfraz aguantó.

Ben arrugó la frente.

—Espera —dijo, discurriendo. Wrable Cicatrices nunca había sido una lumbrera —. ¿Quieres decir que te honraría más que la gente creyese que has muerto en un combate heroico? —preguntó. La idea le gustaba—. ¿Me permitirías contar eso sin acosarme desde el otro barrio? Te dejaría en buen lugar, lo juro.

—Depende —respondió Kylar. Su visión ya empezaba a volverse blanca—. ¿Vas a cortarme alguna parte del cuerpo? —Sería muy propio de su suerte; despertar sin cabeza o algo por el estilo. ¿Qué pasaría en ese caso? ¿Moriría de verdad si alguien se llevaba su cabeza?

—La zorra quería una prueba.

—Llévale el anillo. Llévate mi caballo, mi ropa, todo lo que necesites, pero deja mi cuerpo en paz; di que eres supersticioso o algo así y podrás contar la historia como te apetezca. Solo deja mi cuerpo...

Kylar se quedó en blanco. El pensamiento empezaba a embotársele. Creyó notar que su corazón se relentizaba mientras se le derramaba la sangre por el interior del pecho.

—Es justo. ¿Estás preparado, amigo? —preguntó Ben.

Kylar asintió.

Ben Wrable lo apuñaló en el corazón.

Capítulo 44

—He estado trabajando en la malla —dijo la hermana Ariel—. Está sembrada de trampas de un modo realmente interesante. ¿Quién dices que te la puso?

—¿Y si te lo digo me dejas irme? —replicó Vi. «No es que seas muy sutil, ¿eh, mala puta?»

Estaban regresando al camino después de dar un enorme rodeo para evitar el campamento rebelde de Havermere. Vi notaba que la hermana Ariel había querido entrar en el campamento, pero temía que eso proporcionara a Vi alguna oportunidad de escapar.

—¿Por qué vamos hacia el oeste? —preguntó Vi—. Creía que la Capilla quedaba al nordeste.

—Así es. Pero todavía no he terminado lo que me mandaron a hacer —respondió Ariel.

—¿Qué es? —preguntó Uly. Iba sentada en la silla detrás de Vi en ese momento, y ambas estaban atadas mágicamente. Vi se alegraba de que la niña hubiese planteado la pregunta. La hermana Ariel sí respondía a las preguntas de Uly. Probablemente tuviera algo que ver con los repetidos intentos de huida de Vi, que las habían dejado a las dos magulladas e irritables.

—Pretendo reclutar a alguien especial, y espero poder encontrar a una mujer que se ajuste a lo que busco en el campamento rebelde. Por desgracia, Vi ha demostrado ser un culo de mal asiento.

—Nunca mejor dicho —comentó Uly.

Vi torció el gesto. Ariel no solo le había dejado el cuerpo lleno de arañazos al tirarla a las zarzas, sino que después le había dado unos azotes en el trasero. La vida en la silla de montar era sufrida.

—¿O sea que yo no cuento como alguien especial? —preguntó Vi—. Ya has dicho que tengo un Talento inmenso. O lo que sea. —Lo dijo con tono desdeñoso, pero sentía curiosidad... y, extrañamente, algo de indignación por no dar la talla.

—Oh, las dos sois muy especiales. Pero ninguna valéis para lo que necesito —aclaró Ariel. La zorra disfrutaba dándoselas de misteriosa.

—¿Cómo que las dos? —preguntó Vi.

—Pienso llevaros a ambas a la Capilla, pero ninguna de las dos podéis cumplir...

—¿Por qué nos llevas a las dos?

Ariel miró a Vi, perpleja. Entonces rompió a reír.

—Uly tiene Talento, Vi.

—¿Qué? —Vi no daba crédito.

—Bueno, es raro encontrar mujeres con Talento, no lo negaré. Pero, si solo una mujer de cada mil tiene Talento, eso no quiere decir que solo encuentres juntas a dos

mujeres con Talento una vez de cada millón. ¿Me sigues?

—No —respondió Uly. Vi tampoco la seguía.

—Las personas con Talento tienden a sentir una afinidad recíproca, aunque ninguna de ellas sepa por qué. Con frecuencia las encontramos juntas, lo cual es fantástico para nosotras... en general. Quizá seas demasiado joven para tanta verdad, Ulyssandra, pero es probable que esa afinidad sea el único motivo de que una asesina por lo demás despiadada no cargue contigo en su ya apabullada conciencia.

—¿Quieres decir que me habría matado? ¿Es verdad, Vi? —preguntó Uly.

Vi se alegró de que la niña estuviera sentada a su espalda para que no pudiera ver la culpa que llevaba escrita en la cara. ¿Por qué le importaba lo que Uly pensase?

—Puedes quedarte con la interpretación negativa o la positiva, Ulyssandra —dijo la hermana Ariel—. La negativa: normalmente te habría matado. La positiva: no lo hizo... y ha tenido muchas oportunidades para cambiar de idea desde entonces, y aun así no lo ha hecho. Hasta podría decirse que le caes bien.

—¿Te caigo bien, Vi? —preguntó Uly.

—Me gustaría pegarte una paliza —replicó Vi.

—No te lo tomes a mal —dijo la hermana Ariel—. Tal y como la criaron, Vi es... bueno, seamos compasivas, llamémosla una tullida emocional. Lo más probable es que le cueste diferenciar entre la mayoría de sus emociones y se sienta cómoda solo con la furia, la ira y la condescendencia porque la hacen sentirse fuerte. A decir verdad, supongo que sus interacciones contigo bien podrían ser las primeras positivas que ha experimentado en su vida entera.

—Para —interrumpió Vi. Ariel la estaba cortando en pedacitos y burlándose de los cachitos.

—¿Esto es positivo? —preguntó Uly.

—No rehúye tu contacto, Uly. Cuando compartís caballo, está cómoda. Con cualquier otra persona, estaría siempre en guardia.

—Mataré a la mocosa en cuanto tenga ocasión —dijo Vi.

—Bravatas —replicó Ariel.

—¿Qué significa eso? —preguntó Uly.

—Significa «gilipolleces» —explicó Vi.

—De manera que tú sigue siendo amable con ella, Uly —dijo Ariel, sin hacer caso a Vi—, porque probablemente no le caerá bien a nadie más en vuestra clase de novicias.

—¿En nuestra clase? —preguntó Vi—. ¿Me pondréis con niñas?

La hermana Ariel parecía sorprendida.

—Naturalmente. Y deberías ser amable con Ulyssandra, porque tiene más Talento que tú. Y ninguno de tus malos hábitos.

—Eres una perra cruel, muy cruel —dijo Vi—. Sé lo que estás haciendo. Intentas

quebrantarme, pero te diré una cosa: nada puede quebrantarme. He pasado por todo.

La hermana Ariel volvió la cara hacia el sol poniente que coronaba las copas de una pequeña arboleda ante ellas.

—Ahí, querida, es donde te equivocas. Ya estás quebrantada, Vi. Te quebrantaron hace años y al curarte quedaste jorobada. Y ahora estás quebrantada de nuevo e intentas sanar más torcida todavía. No permitiré que eso suceda. Te quebrantaré una vez más si es necesario para que no tengas que ser nunca más una tullida. Pero no puedo elegir estar sana por ti. Y no te prometo que no queden cicatrices. Pero puedes ser mejor mujer de lo que eres ahora.

—¿Una mujer que se parezca mucho a ti? —preguntó Vi con sorna.

—Oh, no. Tú eres más apasionada de lo que yo nunca fui —respondió la hermana Ariel—. Me temo que a mi vez tengo un poco de tullida emocional. Demasiado cerebro, dicen. Demasiado cómoda en mi propia mente. Nunca tuve que salir. Pero yo nací así; a ti te hicieron. Y tienes razón: no aprenderás de mí lo que necesitas saber.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —preguntó Uly.

Vi se preguntó de dónde demonios habría salido eso, pero la pregunta debía de ser buena porque golpeó a la hermana Ariel como un mazazo en toda la cara.

—Ajá. Es una... una muy buena pregunta —dijo Ariel.

—Te dejó por alguien que no fuera tan fría y fea, ¿verdad? —preguntó Vi, con cierto deje de satisfacción.

Ariel no dijo nada durante un momento.

—Veo que no andas falta de garras —dijo con voz pausada—. Tampoco esperaba menos.

Uly hundió los dedos en las costillas de Vi para reprenderla, pero ella no le hizo caso.

—En fin, no has llegado a responder. ¿Por qué vamos hacia el oeste?

—Hay una hermana que vive en esa dirección. Os hará de niñera a las dos mientras yo exploro el campamento rebelde en busca de una mujer apropiada.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Uly.

—Deberíamos empezar a buscar un sitio para acampar. Está oscureciendo. Parece que no llegaremos a casa de Carissa esta noche —dijo la hermana Ariel.

—Venga, por favor —insistió Uly—. No está tan oscuro y no tenemos otra cosa de que hablar.

La hermana Ariel pareció rumiarlo. Se encogió de hombros.

—Busco una mujer de mucho Talento que sea ambiciosa, carismática y obediente.

—¿Ambiciosa y obediente? Buena suerte —dijo Vi.

—Si estuviese dispuesta a obedecer a la rectora, recibiría una instrucción personal, un ascenso rápido desde abajo y mucha atención y poder; pero todo eso es lo fácil. El problema es que debe ser nueva porque tenemos que estar seguras de sus

lealtades, y tiene que estar casada. Una mujer cuyo marido tuviese Talento ya sería el no va más.

—Entonces, cuando encuentres a esa mujer casada, ¿vas a secuestrarla? —preguntó Vi—. ¿No es un poco arriesgado?

—Otra persona habría dicho inmoral, pero... En fin, una mujer realmente secuestrada no cooperaría. Lo ideal sería tener al hombre en el mismo edificio. No colará encasquetarle un anillo en el dedo a una mujer. Cuanto más permanente y firme parezca el matrimonio, mejor.

—¿Por qué no usáis a Vi? —preguntó Uly—. De todas formas no quiere acabar metida en un aula conmigo y el resto de las niñas de doce años.

Ariel meneó la cabeza.

—Créeme, en un principio pensé en ella, pero es totalmente inadecuada para la tarea.

—¿Qué quieres decir, como estudiante o como esposa? —preguntó Vi.

—Las dos cosas. No es por ofender, pero he conocido a hombres que se casaron con la mujer errónea y todos eran infelices. Estoy segura de que podríamos pedir a algún hombre que se casase contigo, y saldrían muchos candidatos. Eres una mujer hermosa, y cuando están cerca de mujeres hermosas los hombres tienden a pensar con la... —Miró a Uly y carraspeó—. Con la parte irracional de sus mentes. Aunque pudiésemos sobornar al insensato adecuado, y créeme, la Capilla sería capaz, porque no antepondrá la felicidad de un hombre cualquiera a sus propios intereses, aun entonces no funcionaría. Vi no es de fiar. No es obediente. Tampoco es lo bastante inteligente...

—De verdad que eres una zorra —interrumpió Vi, pero la hermana Ariel no le hizo caso.

—Y, además, probablemente intentaría escapar, lo que destruiría su utilidad para nosotras y echaría por tierra todos nuestros esfuerzos. Así pues, como he dicho: totalmente inadecuada.

Vi la miró con odio. Sabía que la charla entera no había sido más que una estratagema para humillarla, decirle lo insignificante que era, pero el comentario sobre la inteligencia había escocido más que cualquier otra cosa. Por muchos cumplidos que le hubiesen hecho en la vida (los hombres se deshacían en ellos cuando intentaban subirle la falda), fuesen los halagos burdos o poéticos, siempre habían girado en torno a su cuerpo. Y era lista, joder.

La hermana Ariel le devolvió la mirada. Después pareció mirar más a fondo.

—¡Para! —dijo.

Vi se detuvo.

—¿Qué?

La hermana Ariel dio unos torpes toquecillos a su caballo hasta que, tras unos

cuantos intentos, consiguió que se colocase junto al de Vi. Estiró los brazos y asió la cara de Vi con ambas manos.

—Qué hijo de perra —dijo Ariel—. No dejes que nadie te cure esto, ¿entendido? Te ha... Caramba, fíjate. Si alguien toca esto con magia, hay unas tramas de fuego que se desencadenarán alrededor de todos los vasos sanguíneos importantes de tu cerebro. Y eso otro se parece sospechosamente a... ¿Has perdido el control de tu cuerpo en algún momento que puedas recordar?

—¿Qué quieres decir, si me he hecho pis encima o eso?

—Sabrías lo que quiero decir si hubiese pasado. Voy a tener que averiguar si la hermana Drissa Nile está dispuesta a volver. Es la única a la que dejaría tocar esto.

—¿Quién es? —preguntó Uly.

—Es una sanadora. La mejor que conozco con las tramas minúsculas. Tiene un pequeño establecimiento en Cenaria, según lo último que sé.

—¿No vas a contarme nada más sobre esa trama que está pensada para matarme? —preguntó Vi.

—No, a menos que me cuentes quién la puso.

—Puedes irte a...

—Si me insultas una vez más, lo lamentarás —dijo la hermana Ariel.

El último castigo había sido lo bastante malo y la satisfacción de insultarla era lo bastante pequeña para que Vi se tragase sus palabras.

Habían entrado en la arboleda cuando Vi avistó algo parcialmente escondido bajo unas hojas a un lado del camino, algo que parecía pelo oscuro resplandeciendo a la última luz del día.

Uly siguió su mirada.

—¿Qué es eso?

—Creo que es un cuerpo —respondió Vi.

Y entonces, cuando salieron del camino para mirar más de cerca, sintió una oleada de júbilo. Era en efecto un cadáver, una muerte que significaba la vida para ella. Era la libertad y un nuevo comienzo. El muerto era Kylar.

Capítulo 45

A Elene le dolía todo el cuerpo. Llevaba seis días cabalgando al ritmo más duro que podía mantener, y todavía no había llegado a Vuelta del Torras. Le dolían las rodillas, le dolía la espalda, tenía los muslos destrozados y aun así no ganaba terreno a Uly y su secuestradora. Lo sabía porque siempre que se cruzaba con alguien en el camino le preguntaba si había visto a una mujer y una niña galopando hacia el norte. La mayoría de los viajeros no las habían visto, pero quienes habían coincidido con ellas las recordaban seguramente. Elene incluso había perdido terreno. Y ahora todo dependía de ella.

El día anterior se había cruzado con los alguaciles de la guardia de la ciudad, que regresaban a Caernarvon. Le habían asegurado que una mujer, sobre todo una que cargase con una niña, no podría haber cabalgado más rápido que ellos. Se rendían y volvían a casa. Un vistazo a sus caras le bastó para saber que no lograría convencerlos de lo contrario. Estaban cansados y probablemente tenían órdenes de no buscarles las cosquillas a los lae'knaught que de vez en cuando se adentraban tan al este. Elene los dejó seguir su camino. Kylar era más importante que la guardia de la ciudad. Él también había seguido esa ruta. En algún momento, había adelantado a la secuestradora y a Uly, porque no las estaba buscando.

Ya estaba cerca de Vuelta del Torras. Esa noche dormiría en una cama. Se bañaría. Después averiguaría si la secuestradora llevaba rumbo a Cenaria, como Elene sospechaba. Y comería caliente. Andaba perdida en esas ensoñaciones cuando vio a los lae'knaught.

Estaban apostados en el camino que cruzaba varios de los trigales más grandes al sur del pueblo. Si Elene hubiese querido sortearlos, habría tenido que desviarse kilómetros al este y arriesgarse a entrar en el bosque de Ezra, que según decían estaba encantado. En cualquier caso, era demasiado tarde. Ya la habían visto, y los caballeros tenían monturas ensilladas y prestas para salir en persecución de quien fuera.

Elene fue directa hacia ellos, de pronto consciente de ser una mujer que viajaba sola. Había seis hombres, todos armados, que, al verla acercarse, se levantaron para salirle al paso. Por encima de sus cotas de malla llevaban tabardos negros con el blasón de un sol dorado: la luz pura de la razón que batía en retirada a la oscuridad de la superstición. Ella nunca se había cruzado con los lae'knaught, pero sabía que Kylar no les tenía mucho aprecio. Afirmaban no creer en la magia, pero al mismo tiempo detestaban todo lo que tuviera que ver con ella. Según Kylar, no eran más que unos matones. Si de verdad odiasen a los khalidoranos, decía, habrían acudido en ayuda de Cenaria cuando el rey dios la invadió. En lugar de eso, se habían abalanzado como buitres a recoger reclutas entre los cenarianos que huían y a saquear las tierras de los

derrotados.

Uno de los caballeros se adelantó, sosteniendo con cuidado su lanza de fresno de cuatro metros. Parecía demasiado larga para usarse a pie, pero Elene sabía que, una vez a caballo, toda la torpeza de los caballeros desaparecería.

—Alto, en nombre de los Portadores de la Libertad de la Luz —dijo.

Elene calculó que no pasaría de los dieciséis años. Detuvo su caballo y el joven dio un paso al frente para sujetarle las riendas. No estaba segura de qué los ponía tan nerviosos, pero entonces reparó en lo que debería haber resultado obvio de buen principio. Cuando veían una mujer que viajaba sola, veían vulnerabilidad. Ninguna mujer normal viajaría sola, por tanto ella no debía de ser una mujer normal. Debía de ser una bruja. Se le formó un nudo en el estómago.

—Gracias al cielo —dijo Elene, suspirando con fingido alivio. Estuvo a punto de decir «gracias al Dios», pero le parecía que los lae'knaught tampoco creían en los dioses—. ¿Podéis ayudarme?

—¿De qué se trata? ¿Qué hacéis sola por estos caminos? —preguntó uno de los más mayores.

—¿Habéis visto a una joven, pelirroja quizá, que viaja con una niña pequeña? ¿Hace dos días, a lo mejor? ¿No? —Elene hundió los hombros, y su repentina expresión de dolor fue real aunque se añadiera al suplicio de tantos días cabalgando —. Supongo que era de esperar que os evitase, teniendo en cuenta lo que es. ¿Estáis seguros de que no visteis a nadie, tal vez intentando evitaros desviándose más al este?

—¿De qué estáis hablando, joven dama? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo podemos ayudaros? —preguntó el caballero.

Por su cambio de tono, Elene supo que ya no la veía como una amenaza. Hacerse pasar por débil y vulnerable había funcionado.

—Vengo de Caernarvon —dijo—. Somos originarios de Cenaria, pero partimos en cuanto nos invadieron aquellos hombres espantosos y sus brujos. Estábamos empezando una nueva vida, Uly y yo... Uly es la niña pequeña, está a mi cargo. Los brujos mataron a sus padres... Nos creíamos a salvo en Caernarvon, pero la secuestraron, señores. La guardia de la ciudad salió tras ella durante un trecho, pero después dio media vuelta. Soy la única que puede salvarla, pero me temo que nunca las alcanzaré.

—Muy propio de esas malditas hermanas, secuestrar a una niña —dijo el caballero más joven—. La carta decía...

—¡Marcus! —ladró el más mayor.

Los hombres se miraban todos entre ellos, y Elene supo que sus medias verdades no solo habían funcionado, sino que los caballeros sabían algo más. Se retiraron y dejaron con ella al joven Marcus, que miraba sus cicatrices con expresión incómoda. Entonces cayó en la cuenta de que estaba siendo maleducado y se tosió en la mano.

Los caballeros más mayores regresaron al cabo de unos minutos. De nuevo tomó la palabra el más veterano.

—En circunstancias normales, nos gustaría llevaros ante el comandante para que le contaseis todo esto en persona, pero veo que hay prisa. A decir verdad, nos encantaría acompañaros para ayudaros, pero tenemos órdenes de permanecer al sur de Vuelta del Torras. La política, ya se sabe. La cuestión es que esta mañana ha llegado un mensajero. Interceptamos toda la correspondencia procedente de las brujas de la Capilla. En fin, mirad. Ya hemos hecho una copia.

Le dio una carta escrita con letra redonda y fluida.

Elene:

Ahora Uly está a salvo, se la he quitado de las manos a la mujer que te la arrebató, pero me temo que no puedo enviarla a casa. Uly tiene Talento, y se encuentra de camino a la Capilla, donde recibirá la mejor tutela del mundo y unas ventajas materiales que superan lo que tú podrías esperar aportarle. Entiendo que no tienes ningún motivo para creer que esta carta proviene de mí. Si lo deseas, puedes acudir a la Capilla para ver a Uly con tus propios ojos o incluso llevártela a casa, si tal fuera el deseo de las dos. En cuanto llegue sana y salva a la Capilla, te escribirá ella misma. Pido disculpas y, si las circunstancias no fuesen tan acuciantes, entregaría este mensaje en persona.

Sinceramente,

HERMANA ARIEL WYANT SA'FASTAE

Tuvo que leer la carta dos veces más antes de asimilar lo que decía. ¿Alguien había secuestrado a Uly de manos de su secuestradora? ¿Uly tenía Talento?

Al final, la carta no cambiaba nada. Elene seguía necesitando llegar a Vuelta del Torras para averiguar qué sabían los lugareños. Si lo escrito era cierto, tendría que dirigirse al norte y seguir hasta la Capilla. Si no, debería poner rumbo al oeste, hacia Cenaria. En todo caso, ¿cómo podía saber la secuestradora que Elene la seguía? No es que les hubiera estado ganando terreno precisamente.

—Malditas brujas —dijo el joven caballero—. Siempre secuestrando niñas pequeñas, apartándolas de la Luz para convertirlas en otras como ellas.

—¡Marcus!

Elene sintió un repentino alivio por haber dicho la verdad a esos hombres. Si su historia no hubiese casado con la carta, las cosas habrían sido muy distintas.

—No, no pasa nada —dijo—. Tendré que darme prisa si quiero encontrar a Uly antes de que caiga en sus garras.

—Tened cuidado —dijo el caballero mayor—. No todos esos aldeanos aman la Luz.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo Elene.

Sin más dilación, se puso en marcha en dirección a Vuelta del Torras, con la cabeza hecha un lío.

Capítulo 46

Siempre que Ariel veía algo que se le antojaba fascinante o enigmático, tenía un curioso talento para memorizarlo. Le había supuesto una ventaja enorme cuando estudiaba, por supuesto, porque podía visualizar secciones enteras de pergaminos y encontrar lo que necesitase.

En ese momento tuvo la suerte de no estar mirando el cadáver. Estaba observando a Vi y a Uly, y la expresión de sus rostros quedó encerrada a cal y canto en la caja fuerte de su memoria. La cara de Vi era un dechado de euforia, una emoción que podría deberse a la mera visión de la muerte. Ariel esperaba que no fuera el caso, que hubiese otra explicación, que Vi tuviera algún motivo personal para querer ver muerto a Kylar. Si no, quizá resultase menos útil de lo que pensaba. Por el momento, se desentendió de la expresión de Vi. La dejó a un lado para examinarla en otra ocasión. Fue el semblante de Uly el que de verdad la intrigó.

Kylar había sido como un padre para la niña. Uly era una chica tierna. No se había criado en las Madrigueras o en cualquier otro lugar donde hubiese tenido que presenciar la muerte a diario. La visión de su padre adoptivo muerto, yaciendo en ropa interior en la cuneta de un camino, debería haberla impactado. Debería presentar una expresión distante o de negación, no de curiosidad. ¿Es que no lo había reconocido todavía? Entonces la expresión de Uly dio paso a algo que a Ariel le pareció júbilo. ¿Júbilo? Sin duda no podía ser cierto. ¿Por qué iba a alegrarse la niña?

Se interrumpió al darse cuenta de que experimentaba sus propias emociones al ver muerto a Kylar. Intentó etiquetarlas lo antes posible para poder archivarlas y volver a la tarea que tenía entre manos. Decepción, sí. Había estado planeando algo inteligente para Kylar y ahora no iba a funcionar. Un poco de pena. Kylar había parecido el tipo de hombre que le caería bien. Curiosidad por saber cómo se había dejado matar una persona tan capaz. Algo de dolor por cómo afectaría a Uly... «Hala, con eso bastará.» Después de catalogar sus emociones, las dejó a un lado.

Uly alzó la vista y vio que Ariel la miraba.

—No está muerto —dijo—. Solo herido.

—Niña —dijo Vi—. He visto a muchos muertos. Está muerto.

—Se pondrá bien.

Sonaba a negación de la evidencia, y Vi la interpretó como tal, pero no lo era.

La hermana Ariel desenrolló el pergamino mental para examinar la expresión del rostro de Uly y verla cambiar. De la curiosidad al júbilo... De la curiosidad al júbilo... Uly veía que estaba muerto, ya que la lividez del cuerpo indicaba que llevaba allí quizá un día, pero no estaba sorprendida ni preocupada. ¿Por qué? ¿De verdad creía que se pondría bien?

La hermana Ariel tanteó con su Talento, tocó a Kylar y la comprensión le

sobrevino... no, le cayó encima como una ola de tres metros que la dejó sin aliento y escupiendo agua. Su magia fue absorbida desde el aire hasta el cuerpo de Kylar, canalizada de cien modos distintos para sumarse a la curación que estaba teniendo lugar en su interior.

La magia por sí sola la habría dejado desconcertada. La magia sumada a la expresión de Uly, que decía que la niña ya lo había visto suceder antes y estaba exultante, se lo había explicado todo.

Kylar era una criatura de leyenda. Una leyenda en la que no creía ninguna hermana. Hasta ese momento.

—Tienes razón, Uly —dijo la hermana Ariel con dulzura, mientras miraba a Vi a los ojos como diciéndole «sígueme el juego»—. ¿Y si acampamos y vas empezando con la cena mientras Vi y yo cuidamos de sus heridas? Ella y yo sabemos más de curación, y así te aseguras de que él tenga la cena lista cuando se despierte.

Ariel desmontó y ayudó a Uly a bajar.

—No quiero irme. Quiero quedarme aquí —protestó la niña.

—Uly —dijo Vi—. Lo mejor que puedes hacer si quieres ayudar es preparar la cena. Aquí molestarás.

—Vamos, niña —insistió Ariel.

Se llevó a Uly mientras Vi bajaba de su caballo y empezaba a apartar hojas del cuerpo de Kylar. Ariel se volvió y formó con los labios las palabras «Ponte a cavar». Vi asintió.

Si hubiese tenido tiempo para pensar, Ariel no habría jugado una mano tan desesperada. Entraban en liza mil factores que actuaban demasiado deprisa para que calculase las probabilidades.

Se llevó a Uly unos veinte pasos bosque adentro, la ató y amordazó mediante magia, y la colocó en el lado opuesto de un tronco de árbol.

—Lo siento, niña. Es por tu bien.

—¡Mmmm! —protestó Uly con los ojos muy abiertos, pero el sonido fue apenas un susurro.

Ariel bordeó el árbol justo a tiempo de ver a Vi subirse de un salto a su caballo y perderse al galope en el bosque. Ariel gritó y lanzó una bola de luz que le pasó rozando, pero no puso mucha pasión en el empeño. No pensaba prender fuego al bosque solo para asustar a la chica. Además, podría haberla alcanzado sin querer.

En cuestión de un momento, hasta el sonido de los cascos se perdió en la distancia. La hermana Ariel meneó la cabeza y no hizo ningún intento de seguirla.

Hasta allí la parte más obvia de la jugada. Lo que hiciera Vi a continuación era el auténtico truco. «Buena suerte, Vi. Ojalá vuelvas a nosotras lista para curarte.»

Esperaba poder sentarse algún día con Vi en sus habitaciones de la Capilla y reírse de los sucesos de ese día, pero no creía que fuera a pasar. No después de lo que

acababa de hacer. Las mujeres apasionadas tendían a odiar a las mujeres como la hermana Ariel. O al menos odiaban que las manipulasen a sangre fría; pero ¿qué alternativa le quedaba?

—Y ahora tú —dijo, volviéndose—. Mi guerrero inmortal. ¿Cómo funcionas?

—No te vi la última vez —dijo Kylar al Lobo—. Ya pensaba que no volveríamos a encontrarnos.

El Lobo estaba sentado en su trono de la Antecámara del Misterio, estudiando a Kylar con aquellos ojos amarillos que brillaban como rescoldos. Los fantasmas indistinguibles que poblaban la cámara indistinguible murmuraban tan bajo que Kylar no podía entenderlos. El sitio entero todavía lo ponía nervioso.

No sentía el suelo bajo sus pies. No veía los fantasmas cuando los miraba directamente. No sabría decir si la sala tenía paredes siquiera. Sentía un hormigueo en la piel, pero no hubiese sabido decir si allí hacía frío o calor. No olía a nada. Aparte de su voz, no oía nada. Tenía una impresión de ruido, voces y un roce de pies, pero se trataba de una mera intuición. Kylar era incorpóreo y de algún modo se había llevado consigo parte de sus sentidos, si bien no todos, y ninguno de forma fiable. Allí solo había un puñado de cosas claras: el Lobo y las dos puertas. Una era de madera lisa con un pasador de hierro y la otra de oro y por sus resquicios se colaba una luz.

—Estaba tan furioso que no soportaba la idea de verte —dijo el Lobo.

No parecía mucho más feliz en ese momento. A Kylar no se le ocurría nada que decir. ¿Furioso? ¿Por qué?

—Acaelus tardó cincuenta años en acumular tres muertes. Tú lo has logrado en menos de seis meses. Aceptaste dinero a cambio de morir. Dinero. ¿No te bastó con el precio de aquella blasfemia? ¿Es que nunca aprenderás? —preguntó el Lobo.

—¿De qué estás hablando? —Kylar notó que los fantasmas o lo que fuesen los entes incorpóreos que poblaban la cámara se habían quedado muy callados.

—Me pones enfermo.

—No lo...

El Lobo levantó un dedo con cicatrices de quemaduras, y la autoridad que destilaba aquel hombre menudo hizo enmudecer a Kylar.

—Acaelus también aceptó dinero una vez, tras la muerte de su primera esposa. Me parece que no creyó de verdad en su inmortalidad hasta entonces. Lo repitió y en otra ocasión hizo algo peor. Después de eso, le enseñé lo que costaba. Eso le hizo parar, como debería pararte a ti. Si insistes en desperdiciar vidas, haré que lamentes hasta el último día de tu vida interminable.

Era como una pesadilla: el tribunal malcarado que le achacaba unas faltas que no comprendía y lo declaraba culpable, las figuras vigilantes y amenazadoras, las puertas del juicio, la amenaza de una verdad que no podría soportar. Debería haberse sacudido, haberse pellizcado... si hubiese tenido un cuerpo que sacudir o pellizcar. Si

no recordase que lo habían matado.

—No sé de qué estás hablando. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer? —preguntó Kylar, irritado—. ¿Para qué sirvo?

Destelló una luz en aquellos ojos dorados y duros y el mundo se replegó. Las perspectivas cambiaron y Kylar se sintió torpe de repente. Gordo y desgarbado, estaba sentado en una sillita. Tenía los dedos cortos y rechonchos, y un berreo le llenaba la cabeza, que notaba pesada hasta límites casi insoportables. Movió las manos y se dio cuenta de que quien gritaba era él.

Volvía a estar en un cuerpo, pero no el suyo. Era un bebé. Delante de él, un hombre canoso y gigantesco sostenía una cuchara llena de papilla. «¡ÁBRELA BIEN!», canturreó el Lobo mientras acercaba la papilla a la cara de Kylar.

Kylar cerró de golpe su boca gritona.

La luz destelló de nuevo y volvió a encontrarse en su propio cuerpo.

El hombre le dedicó una sonrisa lobuna.

—No eres más que un crío gordo y torpe en la tierra de los gigantes. Cierras la boca en vez de comer. Hablas cuando deberías escuchar. ¿Para qué sirves? Cualquier respuesta que te diese la rechazarías. Así pues, ¿para qué malgastar mi tiempo? Eres tan arrogante como lo fue tu maestro, y no tienes ni un ápice de su sabiduría. Te encuentro deficiente.

—¿Qué tengo que hacer?

—Más. Tienes que hacer más.

Una parte de Ariel deseaba poder frenar lo que fuera que estaba sucediendo en el cuerpo de Kylar. La verdad era que se le veía casi recuperado. Ante sus mismos ojos, la flecha se agitó en el pecho y empezó a desplazarse. Después tembló y comenzó a salir de su cuerpo como si la estuviesen empujando desde dentro.

Con un «tup», la punta del proyectil rasgó la piel que ya se había curado del todo en torno al asta. La flecha cayó a un lado y Ariel la guardó en su macuto junto a la placa de oro para estudiarlas más adelante.

La piel sobre el corazón de Kylar que la flecha acababa de atravesar se estaba soldando a una velocidad de vértigo. En un momento volvió a estar lisa, sin cicatriz alguna. La hermana Ariel probó a tantear con su magia pero, tan pronto como tocaba el cuerpo de Kylar, quedaba absorbida. Un temblor recorrió al muchacho, cuyo corazón empezó a latir. Al cabo de un largo instante, su pecho se elevó y Kylar tosió violentamente, escupiendo pegotes de sangre a medio coagular salidos de sus pulmones. Después la tos pasó. La hermana Ariel trató de observar sin tocar, pero las corrientes de magia eran tan veloces que no podía ni empezar a entenderlas. Acercó una mano al cuerpo de Kylar, y notó que allí el aire estaba frío. La hierba que tenía debajo estaba marchita y blanquecina.

Era como si su cuerpo entero absorbiese cualquier tipo de energía y la usara para curarse. ¿Qué pasaría si lo encerraban en una habitación fría y oscura? ¿Se detendría la curación? ¿Cómo demonios transformaba toda esa energía en magia? ¿Cómo era posible hacerlo siquiera, y más estando inconsciente?

Dioses, si estudiaran a un hombre como él, las hermanas podrían aprender incluso sobre el más allá. Era algo a lo que habían renunciado hacía mucho, por considerarlo fuera del ámbito de la experimentación. Kylar podría cambiarlo todo.

Formó una bola blanca de magia en sus manos y la acercó al cuerpo del joven. Observó que la magia era succionada como el agua por un desagüe.

Asombroso.

Ese sí que era un rompecabezas a cuya resolución podría consagrar la vida.

Se desvanecieron los últimos vestigios de magia y Kylar abrió los ojos de golpe.

La hermana Ariel levantó las manos.

—No he venido a hacerte daño, Kylar. ¿Te acuerdas de mí?

Kylar asintió, mientras miraba a un lado y a otro como un animal salvaje.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Qué has visto?

—Te he visto muerto. Ahora vuelves a vivir. ¿Quién te mató?

Kylar pareció desinflarse, demasiado cansado o agitado para molestarse en negarlo.

—No importa. Un ejecutor. Nada personal.

—¿Un ejecutor como tú y Vi?

Kylar se puso en pie, fingiendo rigidez. Ariel supo que fingía porque veía que ya estaba en perfecta forma.

—Graakos —susurró entre dientes para acorazarse.

—¿Qué quieres, bruja? —preguntó Kylar.

De repente, los zarcillos de magia que Ariel había extendido hacia él se desvanecieron. No solo se desvanecieron: se disgregaron como el humo arrastrado por una corriente fuerte. Lo había hecho él, había desintegrado su magia. Los ojos de Kylar exhibían un centelleo peligroso. ¿Desaparecería la coraza mágica que la rodeaba con la misma facilidad? Por primera vez en décadas, un hombre la ponía en peligro.

—Quiero ayudar, si tu causa es justa —dijo.

—¿O sea, si te ayudo a cambio?

Ariel se encogió de hombros, obligándose a permanecer tranquila.

—¿Hasta dónde llegan tus poderes, joven? ¿Lo sabes siquiera?

—¿Por qué te lo iba a decir?

—Porque ya sé que eres en verdad Kylar. Eres el matador que es matado. El muriente inmortal. ¿Cómo te llamas de verdad? ¿Cómo conseguiste ese poder? ¿Naciste con él? ¿Qué ves cuando estás muerto?

—No debería haberte dicho mi nombre, ¿verdad? La gente resabida como tú seréis mi muerte. O mi ruina, por lo menos.

Después de ver cómo funcionaba la curación, Ariel sabía que el envoltorio de ese hombre, su cuerpo, no cambiaría, no envejecería en mil años. Tal vez Kylar tuviese siglos de edad pero tras aquellos ojos azules serenos no veía más que a un joven. La bravuconería de un joven y la invencibilidad de un joven. Desde luego había hecho gala de la imprudencia de un joven al contarle tanto.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

Kylar se encogió de hombros.

—Veinte, veintiuno.

—¿O sea que la Sociedad se equivoca?

—¿La Sociedad? —preguntó Kylar.

«Cachis. ¿Cómo puedo ser tan sutil con Vi y tan torpe con este chico?» Sabía por qué, sin embargo. No estaba acostumbrada a tratar con hombres. Había pasado demasiado tiempo enclaustrada en compañía de mujeres. Entendía a las mujeres. Aunque pudieran ser tremendamente ilógicas, con el paso de los años había aprendido a calibrar cuándo esa falta de lógica estaba a punto de golpear. Los hombres eran harina de otro costal. Habría sido, en fin, lógico, que se sintiera más a gusto en compañía de hombres, pero no era así. Con todo, cada palabra que Kylar pronunciaba le enseñaba un mundo. No había mentido sobre su edad. Sonaba a cierto, aunque ¿quién no conocía su edad exacta? ¿Era porque no recordaba cuánto tiempo llevaba en esa encarnación? A Ariel le daba la sensación de que la explicación era otra. Aun así, no debería haber dicho nada sobre la Sociedad. Ahora tendría que contarle más. Si se negaba a compartir, él haría lo mismo.

—«Ved, la larga noche pasa y él es rehecho.» Esa Sociedad —dijo. Kylar se frotaba los ojos como si le molestasen. Parecía abrumado, lo que era bueno, porque no quería explicar por qué estaba al tanto de la existencia de la Sociedad—. Creen que vuelves de entre los muertos y aspiran a descubrir cómo. Al parecer, su creencia está justificada. ¿Y qué más podría desear un hombre que vencer a la muerte?

—Mucho —replicó Kylar bruscamente—. Soy inmortal, no invencible. No siempre es una bendición. —Seguía desorientado. Se diría que lamentaba todas las palabras que decía. No era tonto. Temerario, tal vez, pero no tonto—. Entonces, hermana, ¿qué piensas hacer conmigo? ¿Encadenarme y llevarme a la Capilla?

La idea desató las fantasías de Ariel. ¡Qué tentación! Claro que ella nunca intentaría encadenarlo con magia. Pero tenía algo mejor que la magia, tenía a Uly. Unas pocas mentiras sobre cómo moriría la niña si no la llevaban de inmediato a la Capilla, una trama sutil para ponerla enferma un par de veces y Kylar la acompañaría de buen grado. La existencia de Kylar quedaría oculta a la mayoría de las hermanas. Solo Istariel lo sabría. Ariel en persona sería quien estudiaría al muchacho.

¡Oh, qué desafío! Qué imponente rompecabezas intelectual. ¡La exploración de las profundidades insondables de la magia! Era embriagador. Ariel formaría parte de algo grande, y Kylar no llevaría una mala vida. Lo proveerían de todo lo que pidiese: la mejor comida, el mejor alojamiento, adiestramiento con los maestros espadachines, visitas a Uly, cualquier entretenimiento que pudieran hacerle llegar, y sin duda sentirían curiosidad por cruzarlo con hermanas para ver qué dones heredaría su progenie. Era indudable que escogerían a las mujeres más atractivas para satisfacerlo. La mayoría de los hombres encontraría agradables tales ocupaciones. Tendría todo lo que quisiera menos libertad. ¡Era inmortal! ¿Qué eran unas pocas décadas para él? Una sola vida de lujo y mimos y la certeza de que nadando en la abundancia y sin hacer nada cambiaría el curso de la historia. Su vida tendría un sentido y un propósito, sin más deber que entregarse a los placeres.

¿Qué pasaría si la hermandad, si la propia Ariel desentrañaba sus secretos? La curación perfecta para cualquier herido, sin cicatrices. ¡La inmortalidad! ¿Qué poder no alcanzaría la Capilla si pudiera escoger a quién conceder mil años de juventud?

¿Qué haría eso al mundo?

Ella, Ariel Wyant, por fin había encontrado un acertijo a la altura de sus dotes. No, no un acertijo, un misterio. Ocuparía su lugar en la historia como la mujer que concedió la vida eterna a la humanidad. Era impresionante y, aunque había tardado demasiado en caer en la cuenta, también terrorífico.

Se rió por lo bajini.

—Ya veo por qué la Sociedad no ha llegado a ninguna parte contigo. Las tentaciones son, sencillamente, demasiado grandes, ¿o no?

El joven no respondió. Parecía haber concluido que cualquier palabra suya revelaría más información a la hermana. Al mismo tiempo, Ariel tenía la impresión de que Kylar creía que podía averiguar cosas de ella.

—En Vuelta del Torras me dijiste que eras un soldado cenariano —empezó Ariel —. Pero no parece que estés con los rebeldes. A juzgar por el tiempo que ha pasado aquí tu cuerpo, diría que ni siquiera paraste en el campamento a recibir órdenes. De modo que te ofrezco un trato. Tú me cuentas lo que estás haciendo de verdad, y yo te ayudo. Resulta que estás solo en el bosque, en ropa interior, con un frío que pela y sin caballo, dinero o armas. Estoy convencida de que lo de estar desarmado no supone ningún problema, pero lo demás sin duda sí.

—Anda, ¿ahora somos amigos? —preguntó Kylar, alzando una ceja—. A mi entender, la pregunta parece ser por qué no te mato para impedir que la Capilla se entere de que existo.

—Eres inmortal, no invencible —citó Ariel, con una sonrisilla—. Si hiciera falta, podría matarte una docena de veces mientras te arrastraba hasta la Capilla. Ninguno de los dos sabe si matándote con magia podría alterar los delicados equilibrios que te

devuelven a la vida, de modo que sería un riesgo para ambos, ¿no? Por supuesto, después de matarte con magia una vez, podría hacerlo manualmente en lo sucesivo. Y, por supuesto, podrías matarme tú. De manera que para mí también es un dilema. Yo podría acabar con un gran saco de carne después de tantas molestias, pero tú podrías acabar muerto. Permanentemente muerto.

—Si informas a la Capilla de mi existencia, tendré encima a todas las hermanas del mundo. Durante el resto de una vida muy larga. Quizá lo mejor para mí sea correr el riesgo una vez, con una sola hermana, en vez de tener que vérmelas con cada fulana que acabe de ganarse la bata y quiera hacerse famosa para toda la eternidad.

—¿O sea que me asesinarías a sangre fría? —preguntó Ariel.

—Llamémoslo defensa propia preventiva.

Ariel se acercó un poco más a él y escudriñó esos ojos azules y serenos. Había matado a gente, sí. Era un ejecutor, sí. Pero ¿era un asesino? Lo más triste de todo lo que Kylar había dicho era que estaba en lo cierto. Si quería libertad, si valoraba la discreción tanto como su predecesor o predecesores, debería matarla. Si la Capilla se enteraba de que existía, no descansarían hasta capturarlo. Era la persona más apta del mundo para eludirlas, pero ¿quién quería vivir perseguido? Podría escapar durante cinco años o cincuenta, pero no para siempre. La Capilla nunca se rendiría. Nunca. Kylar se convertiría en la mayor ambición de cualquier hermana ambiciosa, la mayor prueba y el mayor premio imaginable.

Ariel se imaginó a Istariel interrogando a aquel hombre. Le asombró constatar lo fea que se volvía la escena. Su hermana querría la inmortalidad, no para la Capilla, sino para ella misma. No aplicaría un método lento y estudiado de experimentación. Istariel odiaba envejecer, odiaba perder su belleza, odiaba las articulaciones agarrotadas y el olor de la edad. Para Istariel, Kylar sería un obstáculo, un desafío que la estaba condenando a la muerte por negarse a entregar sus secretos.

¿Y si le arrancaban los secretos? ¿Qué clase de custodias de la inmortalidad serían las hermanas?

La respuesta resultaba descorazonadora. ¿Quién era lo bastante pura y sabia para saber a quién otorgar la vida eterna? ¿En quién podía confiarse para que, habiendo recibido el don, no abusase de él?

—Debes de ser un buen hombre, Kylar —dijo con voz queda—. No dejes que tu don te corrompa. No compartiré tu secreto con la Capilla. Al menos no hasta que pueda hablar contigo otra vez. Sé que no tienes ningún motivo para confiar en mí, conque toma. —Se sacó un cuchillo pequeño del cinto y se lo entregó—. Si tienes que matarme, hazlo. —Se volvió de espaldas.

No pasó nada.

Después de una larga pausa, Ariel se dio la vuelta.

—¿Dejarás que te ayude? —preguntó a Kylar.

Él parecía cansado.

—Logan de Gyre está vivo —dijo—. Está en el calabozo más profundo de las Fauces, un lugar llamado el Ojete del Infierno.

—¿Crees que todavía está vivo?

—Lo estaba hace un mes. Si sobrevivió a los dos primeros meses, ya ha superado lo más difícil. Supongo que sigue vivito y coleando.

—¿Y pretendes sacarlo?

—Es mi amigo.

Ariel respiró despacio para contenerse. Le daban ganas de reñir a ese crío por idiota. ¿Cómo osaba poner en peligro el ka'kari por un mero rey?

—¿Sabes lo que pasará si Garoth Ursuul pone las manos sobre tu ka'kari? ¿Sabes lo que significará para el mundo? —preguntó. Sería terrible para el mundo que la Capilla desentrañase los secretos de Kylar, pero apocalíptico que lo hicieran los khalidoranos.

—Logan es mi amigo.

Ariel se mordió la lengua, literalmente. Si Istariel descubría alguna vez lo que estaba a punto de hacer, la expulsión de la Capilla sería el menor de los castigos que padecería.

—Bueno, vale. De acuerdo. —Ariel respiró hondo—. Voy a ayudarte. Creo que puedo hacer algo realmente especial. Creo, sí. No pidas a otra hermana que lo haga. Solo será posible por lo mucho que ya he visto de ti. Pero espera, antes necesito que le lleves una nota a alguien.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kylar mientras Ariel encontraba un trozo de pergamino, escribía algo en él y luego lo sellaba mágicamente.

—O confías en mí o no, Kylar. Si no confías en mí, mátame. Como ya has decidido no matarme, por lo menos sé coherente y confía en mí. —Kylar parpadeó ante el aluvión de palabras, pero Ariel continuó de todas formas—: Puedo conseguir que estés en la ciudad mañana por la noche, quizá incluso por la tarde.

—Son tres días a caballo...

—Pero tienes que prometerme dos cosas. Prométeme que entregarás esta carta primero, y prométeme que rescatarás a Logan después. Júramelo.

—¿Qué dice en la carta?

—Es para una sanadora llamada Drissa Nile, y no trata de ti. Los acontecimientos que vas a desencadenar exigirán cambios en la posición de la Capilla. Nuestra gente tiene que saber cómo reaccionar si salvas a Logan de Gyre, ¿lo comprendes? —No era toda la verdad, por supuesto, pero no pensaba contarle que la carta trataba ante todo de su ingenioso plan para Vi, que sí tenía que ver con Kylar—. Cuando llegues a la ciudad, disfruta de una gran comida y duerme todo el tiempo que te pida el cuerpo. Aun así, llegarás con un día o dos de adelanto.

—Espera, espera —dijo Kylar—. No quiero que Logan se pudra allí más tiempo del necesario, pero ¿qué más te da a ti que me ahorre un par de días?

Ah, sí. Imprudente, no tonto.

—Vi te lleva ventaja. Se dirige a Cenaria.

—¡La muy zorra! Irá a dar parte de su éxito, sin duda. Espera, ¿cómo sabes adónde se dirige?

—Viajaba conmigo. —La hermana Ariel hizo una mueca.

—¡¿Qué?!

—Tienes que entenderlo, Kylar. Posee un Talento enorme. Me la llevaba a la Capilla. Huyó justo después de que encontrásemos tu cuerpo. Cree que estás muerto. —Y ahora lo más complicado—. ¿Fue Jarl quien te contó que Logan estaba vivo?

—Sí, ¿por qué?

—¿Ella... torturó a Jarl antes de matarlo?

—No. No cruzó ni una palabra con él.

Y el anzuelo, dejando que la mentira flotase en el agua como si no le interesara en absoluto, sin adornarla tanto que pareciera demasiado buena.

—Entonces no sé cómo lo sabía, pero hizo un comentario sobre el rey y un agujero. Creo que sabe lo de Logan.

Kylar palideció. Se lo había tragado. Así iría a por Logan de inmediato, en vez de intentar matar a Vi.

¡Por la Luz! Y ella pensando que amaba el estudio. Siempre se había sentido a gusto con su vida enclaustrada. Ya entendía por qué las hermanas dejaban la Capilla para trabajar en El Mundo. Así lo llamaban, El Mundo, porque la Capilla era una realidad distinta por completo. Ariel había creído que no le importaba lo que pasara en El Mundo, que los libros siempre serían más fascinantes que el politiqueo de algún reino de tres al cuarto. Sin embargo, en ese momento se sentía más viva que nunca. Allí estaba, con sus sesenta y pico años, pensando sobre la marcha, apostando con los posibles futuros... ¡y disfrutando como una loca!

—Solo me lleva unos minutos de ventaja. ¡Puedo atraparla y matarla ahora mismo! ¡Déjame tu caballo!

—Está oscuro, Kylar, no la... —¡Estúpida! Había estado pensando como una hermana, no como un asesino. Acababa de darle más motivos para matar a Vi.

—¡Veo en la oscuridad! ¡Dame tu caballo!

—¡No! —replicó Ariel. «¿Ve en la oscuridad?»

Se obró un cambio instantáneo en Kylar. En un momento era un joven furioso, con una ira tan intensa que incluso en ropa interior y con el frío que hacía parecía formidable. Al siguiente, su cuerpo entero se iluminó como si fuese iridiscente. El centelleo fue más allá del espectro visible hasta pasar al mágico y hacer que a Ariel le llorasen los ojos. Cuando parpadeó para despejarlos, Kylar estaba totalmente

irreconocible.

En su lugar se erguía una aparición, un demonio. Cada curva y cada plano del cuerpo de Kylar estaba alisado en metal negro; su cara era una máscara de furia y sus músculos estaban exagerados, aunque su potencia era real. Ariel se dio cuenta de que estaba viendo al Ángel de la Noche en toda su furia. Le estaba negando al avatar de la sentencia su oportunidad de impartir justicia.

No hubo fingimiento ni astuto engaño en su miedo. Trastabilló hacia delante y puso una mano sobre su caballo para no perder el equilibrio, y también para impedir que el animal espantado saliese de estampida.

—Dame. El. Caballo —dijo Kylar.

De modo que Ariel hizo lo único que podía. Blandió una brizna de magia y mató al caballo. «Y van dos animales inocentes a los que mato por Vi.»

Kylar se escondió en el bosque saltando una distancia inhumana en cuanto Ariel llamó a su magia. Mientras el caballo se derrumbaba en el suelo, la maga dejó que se disipara la magia y levantó las manos.

Ni siquiera lo vio moverse, pero un segundo más tarde Kylar estaba delante de ella, con la punta de su cuchillo a unos centímetros del ojo. ¡Por la Luz! ¿Y había creído que disfrutaba con aquello? Apostar con los futuros adquiría otro aspecto cuando el de una estaba sobre la mesa.

—¿Por qué proteger a una asesina? —preguntó aquel demonio de facetas lisas y negras.

—Intento redimir a Vi. No dejaré que la mates hasta que lo haya probado.

—No se merece una segunda oportunidad.

—¿Y quién eres tú para decir eso, inmortal? Tú tienes tantas segundas oportunidades como te plazca.

—No es lo mismo —replicó Kylar.

—Solo te pido que salves a Logan primero. Si no aceptas mi ayuda, tendrás suerte si llegas a Cenaria esta semana.

La máscara furiosa desapareció bajo su piel, pero aún parecía enfadado.

—¿Qué tengo que hacer?

Ariel sonrió, confiando en que Kylar no viera el temblor de sus rodillas.

—Agárrate los pantalones —dijo.

Capítulo 47

Kaldrosa Wyn se aplicó los últimos toques de kohl alrededor de los ojos y se miró largo y tendido en el espejo. «Puedo hacerlo. Por Tomman.»

No podría explicar por qué, pero esa noche quería estar perfecta. Quizá el único motivo fuera que esa noche sería la última para ella. Su última noche prostituyéndose o su última noche y punto.

El vestido era pura fantasía, por supuesto. Una mujer sethí jamás llevaría algo parecido en cubierta pero, para esa noche, resultaba perfecto. Los pantalones eran tan ajustados que ni siquiera había conseguido ponérselos hasta que Daydra le había informado entre risas de que no podía llevar ropa interior debajo. («¡Pero si se transparenta todo!» «Ajá, ¿y el problema es...?» «Oh.») Por algún motivo, dejaban a la vista no solo sus tobillos sino hasta sus pantorrillas (¡escandaloso!), mientras que la blusa era igual de ceñida y transparente, con unas puñetas de encaje en las mangas (¡ridículo!) y un escote en forma de uve que le llegaba hasta el ombligo. Los botones de la camisa sugerían que podía cerrarse, pero aunque Kaldrosa hubiese podido estirar la minúscula pieza de tela hasta cubrir su torso delgado (y lo había intentado), no había ojales.

Mama K se había mostrado muy satisfecha con el trabajo del maestro Piccun. Insistía en que ir ligeras de ropa era más seductor que ir desnudas. Esa noche, a Kaldrosa no le importaba. Si tenía que correr, sería más difícil agarrarla con eso puesto que con una falda.

Entró en el vestíbulo y las demás chicas no tardaron en salir de sus habitaciones. Esa noche trabajaban todas menos Bev, que estaba demasiado asustada. Bev había fingido estar enferma y se quedaría en su habitación toda la noche. Kaldrosa casi sucumbió al pánico al verlas. Todas estaban fantásticas. Todas y cada una habían dedicado más tiempo del habitual a su maquillaje, su pelo y su ropa. Por la lanza de Porus. Los khalidoranos se darían cuenta. Tenían que darse cuenta.

Su compañera de habitaciones, Daydra, que la había salvado más de una vez llamando a los porteros cuando oía a Kaldrosa gritar su palabra en clave, le sonrió.

—Casi nada, ¿eh? —dijo Daydra. Parecía una mujer nueva. Aunque apenas pasaba de los diecisiete, ya era una prostituta de éxito antes de la invasión, y esa noche no era la primera vez que Kaldrosa veía el porqué. Estaba radiante. No le importaba morir.

—¿Preparada? —preguntó Kaldrosa, consciente de que era una pregunta estúpida. Iban a abrir su planta a los clientes en apenas unos minutos.

—Tan preparada que se lo he contado a todas mis amigas de los demás burdeles.

Kaldrosa se inquietó.

—¿Estás loca? ¡Harás que nos maten a todas!

—¿No te has enterado? —preguntó Daydra en voz baja, con expresión sombría.

—¿De qué?

—Los paliduchos han matado a Jarl.

Kaldrosa se quedó sin aliento, como si le hubiesen pegado un golpe. Si se había aferrado a una mínima esperanza para el futuro, había sido por Jarl. Jarl y su cara radiante, su discurso sobre echar a los khalidoranos y pasarse a la legalidad, sobre la construcción de cien puentes sobre el Plith y la eliminación de todas las leyes que ataban al lado oeste de la ciudad a los nacidos en las Madrigueras, los hijos de esclavos, los antiguos siervos y los pobres. Jarl había hablado de un nuevo orden que, oyéndole, sonaba posible. Kaldrosa se había sentido poderosa como nunca se había sentido. Esperanzada.

¿Y ahora Jarl estaba muerto?

—No llores —dijo Daydra—. Se te correrá todo el maquillaje y nos harás llorar a todas.

—¿Estás segura?

—No se habla de otra cosa en toda la ciudad —dijo Shel.

—Le vi la cara a Mama K. Es cierto —añadió Daydra—. ¿De verdad crees que alguna fulana va a irles con el cuento? ¿Después de que mataran a Jarl?

La última puerta del rellano se abrió y por ella salió Bev con su disfraz de bailarina de toros, con dos coletas atiesadas en forma de cuernos, el vientre al aire y pantalones cortos. El cuchillo de bailarina que llevaba al cinto no parecía la habitual hoja embotada. Bev estaba pálida pero parecía resuelta.

—Jarl siempre fue bueno conmigo. Y no pienso escuchar esa maldita plegaria de los paliduchos ni una vez más.

—También era bueno conmigo —dijo otra chica, tragándose las lágrimas.

—No empecéis —exclamó Daydra—. ¡Nada de lágrimas! Vamos a hacer esto.

—Por Jarl —dijo otra chica.

—Por Jarl —repitieron las demás.

Sonó una campanilla que informaba a las trabajadoras de la llegada de sus invitados.

—Yo también se lo he contado a otras chicas —dijo Shel—. Espero que no pase nada. En cuanto a mí, me pido a Culogordo. Mató a mi primera compañera de habitación.

—Yo me pido a Kherrick —dijo Jilean. Bajo el maquillaje, su ojo derecho seguía hinchado y amarillento.

—Polla Enana es mío.

—Neddard.

—A mí no me importa quién me toque —dijo Kaldrosa. Apretó tanto la mandíbula que le dolió—. Pero me pido dos. El primero es por Tomman. El segundo

por Jarl.

Las demás chicas la miraron.

—¿Dos? —preguntó Daydra—. ¿Cómo podrás con dos?

—Como sea, pero me pido a dos.

—A la mierda —dijo Shel—. Yo también, pero primero me cargaré a Culogordo. Por si acaso.

—Me apunto —se sumó Jilean—. Y ahora a callar. Empezamos.

El primer hombre que coronó la escalera fue el capitán Burl Laghar. A Kaldrosa se le paró el corazón. No lo había visto desde que se mudó al Dragón Cobarde huyendo de él. Se quedó petrificada hasta que el capitán se plantó delante de ella.

—Vaya, vaya, pero si es mi zorrilla pirata —dijo Burl.

Kaldrosa no podía moverse. Sentía la lengua de plomo en la boca.

Burl detectó su miedo y sacó pecho.

—¿Lo ves? Sabía que eras una puta antes que tú. Supe que te iba la marcha la primera vez que te follé delante de tu marido. Y aquí estás. —Sonrió y se llevó una evidente decepción al recordar que no lo acompañaba ninguno de sus esbirros para reírle las gracias—. Y bien —dijo por fin—, ¿estás contenta de verme?

Inexplicablemente, el miedo se evaporó. Desapareció sin más. Kaldrosa sonrió con picardía.

—¿Contenta? —dijo, mientras lo agarraba de la bragueta—. Uy, no tienes ni idea.

Lo condujo a su habitación. Por Tomman. Por Jarl.

Esa noche, un lisiado canoso se encaramó al tejado de la mansión que por un breve período de tiempo perteneció a Roth Ursuul pero en ese momento se hallaba infestada de centenares de conejos, habitantes de las Madrigueras. Se apoyó en su muleta a la luz de la luna y gritó a la noche:

—¡Ven, Jarl! ¡Ven a ver esto! ¡Ven y escucha!

Mientras los conejos se congregaban para observar al loco, se levantó un viento desde el Plith. Con lágrimas resplandecientes en los ojos, el general empezó a recitar un ditirambo de odio y pérdida. Cantó un treno por Jarl, una elegía a la esperanza de una vida mejor. El viento arremolinaba las palabras y más de un conejo sintió que no solo los vientos sino también los espíritus de los asesinados se reunían para oír la voz del general, que se alzaba con las cadencias de la venganza.

El general humillado gritó y sacudió su muleta a los cielos como si fuera un símbolo de la impotencia y la desesperación de todos los conejos. Gritó en el preciso instante en que los vientos amainaban.

Las Madrigueras respondieron. Se elevó un grito. Un grito de hombre.

Como si ese sonido los hubiese liberado, los vientos rugieron de nuevo. Un rayo restalló contra el castillo que dominaba el lado norte y la luz pintó al general de negro

sobre el cielo. Unos nubarrones oscuros cubrieron la luna, y empezó a diluviar.

Los conejos oyeron que el general reía, lloraba y desafiaba a los rayos blandiendo su muleta hacia los cielos como si dirigiera un coro salvaje de furia.

Esa noche sonaron gritos en El Dragón Cobarde como no se habían oído nunca. Mujeres que hasta el momento se habían negado a gritar para sus clientes de repente chillaban lo bastante alto para compensar todo su silencio anterior. Tapados por esos gritos, nunca llegaron a oírse los gruñidos, gimoteos, gritos y súplicas de los hombres moribundos. Solo en El Dragón Cobarde murieron cuarenta khalidoranos.

La estratagema de Mama K estaba pensada para un burdel, y tras su ejecución tenía previsto sacar a escondidas a las chicas de la ciudad. El objetivo era que los khalidoranos se lo pensasen dos veces antes de seguir maltratando a las chicas trabajadoras. Sin embargo, el plan, avivado por la noticia de la muerte de Jarl, se extendió como un incendio en el monte. Un dueño de burdel se inventó una festividad como excusa para servir montones de cerveza barata y así emborrachar a sus clientes. La llamó Nocta Hemata. La Noche de la Pasión, afirmaba, con una sonrisa de oreja a oreja para sus parroquianos. Otro propietario de burdel que había trabajado con Jarl durante años confirmó que se trataba de una antigua tradición cenariana. La Noche del Abandono, dijo.

De punta a punta de la ciudad, alimentados por la comida drogada y un exceso de bebida, los burdeles celebraron una orgía como nunca se había visto. El aire se llenó de alaridos, gritos y espeluznantes aullidos. Gritos de terror, gritos de venganza, frenéticos gritos de sed de sangre y deudas de sangre reclamadas. Hombres y mujeres, y hasta los pequeños hombres y mujeres en cuerpos de niños que eran los ratas de hermandad, mataron con una saña demasiado terrible para comprenderse. Hombres, mujeres y niños desconsolados se alzaban sobre los cadáveres khalidoranos ensangrentados y llamaban a los fantasmas de sus muertos para que contemplasen la venganza que se habían cobrado, llamaban a Jarl para que presenciase la sentencia que habían arrancado de la carne del enemigo. Los perros aullaron y los caballos se encabritaron ante los olores salvajes de la sangre, el sudor, el miedo y el dolor. Hombres y mujeres se abalanzaban corriendo a las calles en todas las direcciones. Había tanta sangre que ni los torrentes del aguacero lograban lavarla. Las alcantarillas se tiñeron de rojo.

Llegaron los soldados y se encontraron las puertas de los burdeles adornadas con docenas de pequeños trofeos, cada uno cortado del cuerpo de un violador. Sin embargo, todos los burdeles estaban vacíos salvo por los cadáveres. En las primeras horas de la mañana, bandas de maridos y novios ultrajados despedazaron a los khalidoranos drogados que habían huido de las mancebías y deambulaban intentando encontrar una salida de las Madrigueras. Hasta las unidades plenamente armadas y

lúcidas que fueron enviadas a investigar cayeron en emboscadas. Tormentas de piedras se derramaban desde los tejados, los arqueros eliminaban a los soldados a distancia y, cada vez que los khalidoranos cargaban, los conejos que habían pasado meses aprendiendo a desaparecer volvían a hacerlo. Era como atacar a fantasmas, y toda calleja estrecha y sinuosa contenía un lugar perfecto para una emboscada. Los khalidoranos que entraron en las Madrigueras no salieron.

Aquella noche, el rey dios perdió seiscientos veintiún soldados, setenta y cuatro oficiales, tres dueños de burdel que habían actuado de informadores y dos brujos. Los conejos no perdieron ni un alma.

En lo sucesivo y para siempre, los dos bandos lo llamarían la Nocta Hemata, la Noche de la Sangre.

Logan despertó. No se movió. Solo dejó que la realidad se impusiera hasta estar seguro de que era cierto. Seguía vivo. De algún modo, había sobrevivido a la pérdida de consciencia y el delirio. Allí abajo.

Recordaba destellos aislados del Chirríos rugiendo, plantado sobre él. De Lilly poniéndole un paño húmedo en la frente. Entre un fragmento y otro, como el pus de una herida supurante, habían estado las pesadillas, bestias estridentes de su vida perdida, de mujeres muertas y rostros khalidoranos macabros y burlones.

Al moverse, supo que aún no estaba fuera de peligro. Tenía la fuerza de un gatito. Abrió los ojos y pugnó por sentarse. Oyó murmullos en torno al Agujero. Se diría que todos los demás estaban tan sorprendidos como él. Quienes enfermaban allí abajo nunca sobrevivían.

Una manaza lo agarró y lo incorporó hasta sentarlo. Era el Chirríos, con su sonrisa alelada. Al cabo de un momento el hombretón estaba de rodillas, abrazando a Logan hasta cortarle la respiración.

—Cuidado, Chi —dijo Lilly—. Suéltalo.

A Logan le sorprendió ver que el débil mental en efecto lo soltaba al instante. El Chirríos no hacía caso a nadie que no fuera él.

Lilly le sonrió.

—Me alegro de que hayas vuelto.

—Veo que has hecho un nuevo amigo —dijo Logan, que se sentía celoso y culpable por ello.

Lilly bajó la voz.

—Tendrías que haberlo visto, Rey. Estuvo magnífico. —Exhibió su sonrisa mellada y frotó la nudosa cabezota del Chirríos. Este cerró los ojos y enseñó los dientes afilados mientras sonreía de oreja a oreja—. Te has portado bien, ¿eh, Chi?

—Sssshhiií —dijo él, con una extraña elevación de la voz a final de palabra.

Logan casi se cayó. Era la primera vez que oía decir algo al Chirríos.

—¿Puedes hablar? —preguntó.

El Chirríos sonrió.

—Oye, puta —dijo Fin a voces desde el otro lado del Agujero. Había desenrollado la mayor parte de su cuerda de tendones y le estaba añadiendo una sección recién trenzada. Logan vio que ya solo quedaban siete ojeteros—. Va siendo hora de que vuelvas al trabajo.

—Te esperas hasta que esté lista —replicó Lilly—. No he dejado que ninguno me pegase un revolcón desde que te pusiste enfermo —explicó a Logan.

—¿Qué es eso que se oye? —preguntó Logan. Al principio no había reparado en ello porque era constante, pero había una especie de repiqueteo y un murmullo bajo que resonaban hasta el Agujero desde algún otro lugar de las Fauces.

Antes de que Lilly pudiera responder, Logan sintió que algo cambiaba en el aire. Los ojeteros se miraron entre ellos, pero ninguno sabía qué cara poner. Algo había cambiado, pero nadie sabía decir qué era.

Logan se sintió más débil, más enfermo. Notaba el aire más denso que antes, casi opresivo. Una vez más fue consciente del hedor y la inmundicia del Agujero, como si lo oliera por primera vez en meses, como si reparase por vez primera en la mugre que lo recubría todo. Estaba inmerso en la suciedad y no había escapatoria. Cada aliento le hacía tragar más toxinas, cada movimiento le embadurnaba el cuerpo con más porquería y le hundía la grasa más hondo por todos los poros. El precio para sobrevivir era dejar que esa inmundicia se le pegara, permitir que la oscuridad perforase su piel tan a fondo que lo tatuase, que convirtiese la suciedad en una parte indeleble de él, de tal modo que cualquiera que lo mirase alguna vez vería hasta la última mala acción que había cometido, hasta el último mal pensamiento que había albergado jamás.

Apenas era consciente ni siquiera del ruido que resonaba por las Fauces. Los prisioneros gritaban, suplicando piedad. Los chillidos se extendían y cobraban estridencia y desesperación a medida que los reclusos más cercanos al Agujero se unían al clamor. Bajo los aullidos agudos, Logan oyó de nuevo aquel traqueteo, como de ruedas de hierro que chirriaban sobre roca.

En el Agujero, los asesinos encallecidos yacían encogidos en posición fetal, tapándose las orejas con las manos y acurrucándose contra la pared. Solo Tenser y Fin no sucumbieron. Fin parecía extasiado, con las cuerdas sobre el regazo y el rostro vuelto hacia arriba. Tenser vio que Logan lo estaba mirando.

—Khali ha llegado —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Logan. Apenas podía moverse. Quería tirarse por el agujero para poner fin al horror y la desesperación.

—Es la diosa. Las mismas piedras de este sitio rezuman mil años de dolor, odio y desespero. Las Fauces enteras son como una gema de maldad, y aquí es donde Khali

establecerá su morada, en las simas más negras de la oscuridad virgen. —Luego empezó a recitar, una y otra vez—: *Khali vas, Khalivos ras en me, Khali mevirtu rapt, recu virtum defite*.

Tatu estaba al lado de Tenser, y lo agarró.

—¡Qué dices! ¡Para! —Cogió a Tenser por la garganta y lo arrastró hasta el borde del agujero.

Al instante, unas redes negras brotaron a lo largo de los brazos de Tenser y a Tatu se le hincharon los ojos. Se atragantó. Abrió y cerró la boca y de su garganta brotaron unos ruiditos ahogados. Se alejó a trompicones del agujero, soltó a Tenser y cayó de rodillas. Tenía la cara roja, las venas del cuello y la frente hinchadas, y boqueaba sin motivo aparente.

Después cayó al suelo, respirando a grandes bocanadas.

Tenser sonrió.

—Especie de zopenco tatuado, nadie pone la mano encima a un príncipe del imperio.

—¿Qué? —preguntó Nick Nuevededos por todos ellos.

—Soy un Ursuul y mi estancia con vosotros ha concluido. Khali ha llegado, y me temo que os necesitará a todos. Esta es nuestra plegaria: *Khali vas, Khalivos ras en me, Khali mevirtu rapt, recu virtum defite*. «Khali, ven; Khali, vive en mí. Khali, acepta esta mi ofrenda, la fuerza de quienes se oponen a ti.» Una plegaria que ha encontrado respuesta hoy. Ahora Khali es una ojetera. Viviréis en su santa presencia. Es un gran honor, aunque confieso que no es que nadie lo busque con mucho ahínco.

Arriba, Logan oyó el sonido de lo que solo podían ser unas ruedas de carro que llegaban al tercer nivel de las Fauces.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Nick.

—Eso no te incumbe, aunque es obra mía que sigamos todos en el Agujero. —Tenser sonreía como si aquello fuera lo mejor que le había pasado nunca.

—¿Qué? —preguntó Nick.

—So cabrón —dijo Lilly—. Tú hiciste que la llave no entrase en la cerradura. Tú me la quitaste de la mano. ¡Tú hiciste venir a Gorkhy, hijo de la gran puta!

—¡Sí, sí y sí! —Tenser se rió. Alzó una mano y en ella prendió una luz roja. Los ojeteros se alejaron guiñando los ojos: llevaban meses en la oscuridad. El resplandor rojizo subió flotando hasta atravesar los barrotes de arriba.

Lejos, pasillo abajo, alguien gritó al ver la señal.

Por detrás de Tenser, Fin levantó una vuelta de su cuerda.

—Ni se te ocurra —advirtió el khalidorano con una sonrisa morbosa—. Además, la presencia de Khali no significará la muerte para todos vosotros. Tú, Fin, podrías destacarte a su servicio. El resto haríais bien en seguir su ejemplo.

Un anciano apareció por encima de los barrotes. La reja se abrió y Logan

reconoció a Neph Dada. Antes de que el vürdmeister lo viera, Logan se escondió gateando a toda prisa bajo su pequeño hueco.

Tenser se elevó con delicadeza por los aires izado por la magia del vürdmeister. No paró de reírse hasta llegar arriba.

La reja se cerró de golpe y Logan asomó la cabeza. Un foco de luz roja lo deslumbró y lo alumbró de lleno.

—Ah, sí —dijo Tenser Ursuul—. No creas que te he olvidado, Rey. No veo la hora de explicarle a mi padre que he encontrado a Logan de Gyre escondido en lo más hondo de su propia mazmorra. Le encantará.

Capítulo 48

Garoth Ursuul no se alegró de ver a su hijo. No había hecho llamar a Tenser y, a pesar de todas las precauciones que había tomado Neph Dada llevándolo enseguida a los aposentos privados de Garoth y arrancando mágicamente la lengua a los sirvientes que se había cruzado para que no corriese la voz, aquel castillo seguía teniendo demasiados ojos. Era muy probable que alguien hubiese visto llegar a Tenser. Sin duda los prisioneros de las Fauces lo habían visto partir.

A ojos de Garoth, existía una buena posibilidad de que Tenser acabase de destruir su utilidad. No le gustaba que sus hijos se tomaran libertades. Nadie tomaba decisiones por el rey dios.

Tenser vio el descontento en el rostro de Garoth y se apresuró a concluir su historia:

—Yo... Pensé que Logan sería un sacrificio perfecto para Khali, adorado sea por siempre su nombre, ahora que se acomoda en su nuevo hogar —dijo con voz temblorosa—. Y pensé que a estas alturas el barón Kirof ya debía de haber sido capturado...

—Eso pensaste, ¿eh? —dijo Garoth.

—¿No es así?

—El barón Kirof se precipitó al vacío desde un paso de montaña al intentar escapar —explicó Neph—. No pudo recuperarse su cuerpo.

Tenser boqueó como un pez mientras procuraba encajar la noticia.

—Tu veredicto de culpabilidad tendrá que seguir vigente —dijo Garoth—. No importa. De todas formas, estos cenarianos no han sabido apreciar mi magnanimidad. Que nos sirvan de lección para futuras conquistas. Tu utilidad, chico, toca a su fin. Los cenarianos no han sido apaciguados. Has fallado tu *uurdthan*.

—Santidad —dijo Tenser, hincándose de rodillas—, por favor, haré lo que sea. Usadme como os plazca. Os serviré de todo corazón. Lo juro. Haré lo que sea.

—Sí —corroboró Garoth—. Lo harás.

Por sí solo, Tenser no tenía nada de especial. A duras penas había sobrevivido a su adiestramiento. No era un hijo del alma de Garoth, y nunca lo sería. Nunca sería su heredero. Pero eso Tenser no lo sabía. Lo que era más importante, Moburu tampoco.

—Neph, ¿dónde está la reina virgen?

—Santidad —respondió el avejentado vürdmeister—, espera vuestro placer en la torre norte.

—Ah, sí. —Garoth no lo había olvidado, pero tampoco quería que Neph supiese cuánto lo intrigaba la chica.

—Podría enviar por ella de inmediato si os apetece sacrificarla —dijo Neph.

—Los dos formarían una bella ofrenda para Khali mientras se enseñorea de su

nueva *ras*, ¿verdad? —preguntó Garoth. Pero no pensaba entregar a Jenine, y necesitaba a Tenser para distraer a Moburu—. Semilla mía, tengo... grandes esperanzas depositadas en ti —dijo—. La muerte del barón Kirof no fue culpa tuya, de modo que me complace ofrecerte una segunda oportunidad. Ve a ponerte presentable para que parezcas hijo mío, y después recoge al tal Logan de Gyre. No pienso dejar que escape ante mis narices por segunda vez. En breve te revelaré tu nuevo *uurdthan*.

En cuanto se cerró la puerta a espaldas de Tenser, Garoth se volvió hacia el vürdmeister Dada.

—Llévalo a las Fauces y haz que construya un ferali junto al de su hermano. Ayúdale y alaba su trabajo delante de Moburu. Pon de tu parte todo lo que haga falta. Y ahora haz pasar a Hu Patíbulo.

—No estoy segura de cómo va a funcionar esto —dijo la hermana Ariel. En el bosque reinaba ya una oscuridad total, salvo por la luz de su magia—. Si lo que he visto es correcto, debería resultarte especialmente fácil absorber esta variedad de magia. Acumula tanta como puedas.

—¿Y luego qué? —preguntó Kylar.

—Luego corres.

—¿Corro? Es lo más ridículo que he oído nunca. —«Hablas cuando deberías escuchar», repitió la voz del Lobo en su cabeza. Apretó los dientes—. Lo siento. Cuéntame más.

—No te cansarás... creo. No dejarás de pagar un precio por cualquier magia propia que uses, pero la que absorbas de mí no te costará ni mucho menos lo mismo —explicó la hermana Ariel—. Yo estoy lista, ¿y tú?

Kylar se encogió de hombros. La verdad era que se sentía más que listo. Notaba un hormigueo en los ojos parecido al que había experimentado la primera vez que enlazó el ka’kari. Volvió a frotárselos.

«Me estoy volviendo más poderoso.» La idea fue una revelación. Había estado aprendiendo a controlar mejor su Talento durante su entrenamiento en los tejados, pero aquello era diferente. Era diferente, y lo había sentido antes.

Lo había sentido cada vez que había muerto. Con cada fallecimiento, su Talento se ampliaba, y algo estaba cambiando también en su vista. El pensamiento debería haberle causado euforia. En lugar de eso, sintió que los dedos fríos del pavor le acariciaban la espalda desnuda.

«Tiene que haber un coste. Tiene que haberlo.» Por supuesto, ya le había costado a Elene. El recuerdo hizo rebrotar el dolor. Quizá los costes fueran meramente humanos.

El Lobo había hablado de que Durzo había cometido una blasfemia peor aun que

aceptar dinero por morir. ¿Se habría suicidado? Sí. Kylar estaba seguro. ¿Había sido por pura curiosidad? ¿Por sed de poder? ¿O se había sentido atrapado? El suicidio era imposible.

Para un hombre tan infeliz, solitario y aislado como había sido Durzo, estar atado a la vida sin duda debió de resultar odioso. «Oh, maestro, lo siento mucho. No lo entendí.» Y sin más, la herida en carne viva que era la muerte de Durzo se abrió de nuevo. El tiempo había hecho poco por sanar a Kylar. Ni siquiera saber que había librado a Durzo de una existencia que no deseaba era un consuelo. Kylar había asesinado a una leyenda, había asesinado al hombre que se lo había dado todo, y lo había hecho con odio en el corazón. Aunque Durzo lo considerase un sacrificio, él no lo había matado por piedad. Lo había asesinado por puro afán de venganza. Recordaba la bilis dulce de la furia, del odio por todas las pruebas a las que Durzo lo había sometido, la bilis que lo había saturado y le había dado fuerzas mientras se aferraba herido al techo de aquel túnel de chimenea.

Ahora Durzo estaba muerto de verdad, liberado de la prisión de su propia carne. Sin embargo, su desaparición dejaba soledad, dolor e injusticia. La recompensa de Durzo por siete siglos de aislamiento y servicio a una meta que él no entendía no debería haber sido la muerte. Debería haber sido la revelación del valor de esa meta. Debería haber sido una reunión y una comunión a la altura de setecientos años de aislamiento. Kylar empezaba apenas a comprender a su maestro, y ahora que quería arreglar las cosas, no había Durzo con quien arreglarlas. Lo habían cortado del tapiz de la vida de Kylar, dejando solo un feo agujero que nada podía llenar.

—No puedo sostener la carga entera de mi Talento durante todo el tiempo del mundo, joven —le recordó la hermana Ariel, con la frente perlada de sudor.

—Ay, sí —dijo Kylar.

Un foco de luz concentrada ardió en las manos de la hermana Ariel. Kylar metió dentro la mano y ordenó mentalmente al poder que fluyese a él.

No pasó nada.

Hizo aflorar el ka’kari hasta casi la piel de la palma de su mano. Siguió sin pasar nada.

Resultaba extrañamente embarazoso aparentar tanta ineptitud.

—Deja que pase, sin forzarlo —aconsejó la hermana Ariel.

Dejar que pasara. Eso lo cabreó. Era el típico consejo de sabiduría de pacotilla que daban los profesores. Tu cuerpo sabe qué hacer. Piensas demasiado. ¡Ya!

—¿Puedes mirar hacia otra parte un momento? —pidió.

—Ni hablar —respondió la hermana Ariel.

Kylar ya había absorbido energía mágica desde que llevaba el ka’kari como una segunda piel. Sabía que podía hacerse.

—No podré aguantar mucho más —avisó la maga.

Kylar hizo que el ka'kari formara una bola en su palma, la agarró y volvió la mano hacia abajo sobre el foco de magia de la hermana. Confiaba en haberlo hecho lo bastante rápido para que Ariel no lo viese. «¡Vamos, funciona, por favor!»

—*Ya que me lo pides con tanta educación...*

El joven parpadeó al oír eso. Después la magia acumulada se apagó titilando como una vela al viento. El desasosiego de Kylar apenas duró un instante. Allá donde la esfera metálica le tocaba la palma, se sentía como si sujetara un rayo, que entonces recorrió su cuerpo dejándolo paralizado y sin control, desoyendo sus deseos de apartarse —«¡apartapartaparta!»— para no acabar frito.

La hermana Ariel se alejó de él, pero el ka'kari se estiró entre los dos, chupando magia como una lamprea haría con la sangre.

Kylar sintió que se llenaba gloriosamente de magia, de poder, luz y vida. Distinguía las venas de sus manos y las nervaduras de las pocas hojas que quedaban sobre su cabeza. Veía retorcerse y agitarse la vida por todo el bosque. Veía la zorrera a través de la hierba, el nido del pájaro carpintero a través de la corteza del abeto. Sentía el beso de la luz de las estrellas sobre la piel. Podía oler a cien hombres diferentes del campamento rebelde y saber qué habían comido, cuánto habían trabajado, quién estaba enfermo y quién sano. Oía tanto que resultaba abrumador, apenas atinaba a distinguir las hebras. El viento hacía que las hojas entrechocasen como címbalos, sonaba un rugido que era la respiración de dos... no, tres grandes animales: él mismo, la hermana Ariel y otro. Las propias hojas respiraban. Oyó el pulso de un búho, el golpetazo ensordecedor de... una rodilla al chocar contra el suelo.

—¡Para! ¡Para! —exclamó la hermana Ariel. Estaba arrodillada en el suelo y todavía fluía magia desde ella.

Kylar retiró el ka'kari de un tirón y lo guardó en su cuerpo.

La hermana Ariel cayó, pero ni siquiera se fijó en ella. La luz... la magia... la vida... salían como centellas, como sangre, como una explosión de cada uno de los poros de su cuerpo. Era demasiado. Dolía. Cada latido de su corazón transportaba más poder por sus venas. Su cuerpo era demasiado pequeño.

—VEEETEEE —dijo la hermana Ariel. Hablaba con una lentitud ridícula. Esperó mientras los labios de la maga se movían y el susurro proseguía atronador—: SAAAALVAAA... —¿Salva? ¿Que salvara a quién? ¿Por qué no lo decía de una vez? ¿Por qué era todo tan lento, tan interminable y condenadamente lento? A duras penas podía mantenerse quieto. Sangraba luz. Le palpitaba la cabeza. Otra cámara de su corazón se contrajo mientras esperaba y esperaba—. AAAAAL...

«Salva al rey», completó su impaciencia. Tenía que salvar al rey. Tenía que salvar a Logan.

Antes de que la hermana Ariel hablase de nuevo, Kylar arrancó a correr.

¿Correr? No, correr era un término demasiado prosaico. Se movía al doble de velocidad que el hombre más rápido. Al triple.

Era un gozo incontaminado, un momento puro, pues no había nada salvo el momento. Esquivaba, retorcía el cuerpo y miraba al frente hasta donde alcanzaban a ver sus ojos resplandecientes.

Se movía tan rápido que el aire empezó a plantarle batalla. Sus pies no conseguían la tracción que necesitaban para propulsarlo más deprisa. Amenazaba con despegar de la tierra.

Entonces vio un campamento al frente, justo en mitad de su camino. Saltó y en verdad despegó de la tierra. Voló cien pasos, doscientos. Derecho contra un árbol.

Proyectó el ka'kari hacia delante y dio un latigazo con el cuerpo mientras atravesaba el tronco de un metro de grosor. La madera salió despedida en todas direcciones, pero él siguió adelante. Oyó a sus espaldas que el árbol crujía y empezaba a caer, pero ya se había alejado demasiado para oírlo aterrizar.

Corrió sin parar. Extendía el ka'kari ante él para cortar el viento, por detrás para que adhiriese sus pies al suelo y así poder correr más deprisa todavía.

La noche clareó, y Kylar siguió corriendo. Salió el sol, y siguió corriendo, devorando kilómetros incansable.

La hermana Ariel volvió a rastras al árbol al que había atado a Ulyssandra. Le llevó mucho tiempo, pero tenía que hacerlo. Si se quedaba dormida, no estaba segura de despertar. Al final llegó hasta Uly. La niña estaba despabilada, con los ojos enrojecidos y las mejillas surcadas de lágrimas. De modo que sabía que Kylar había despertado y que la hermana Ariel la había mantenido oculta, la había traicionado.

No había nada que Ariel pudiera decir. No había nada que ninguna de las dos pudiera hacer, en cualquier caso. La hermana había soltado a Vi y a Kylar como si fueran halcones de caza gemelos. Ya no podía llamarlos de vuelta. Si Uly seguía allí cuando Ariel despertase, llevaría a la niña a la Capilla. Sería un largo viaje, y quizá le diera algo de tiempo para pensar en lo que acababa de experimentar.

Por todos los dioses, el chico la había dejado seca y todavía tenía sitio para más. ¡A ella! ¡Una de las mujeres más poderosas de la Capilla! Era tan joven, tan despreocupado y terrorífico...

Necesitó toda su fuerza de voluntad para desamarrar a Uly. Tocar la magia era como beber alcohol estando de resaca. Sin embargo, en un momento lo tuvo hecho, y se derrumbó.

Capítulo 49

Por algún motivo, Logan había creído que tenía algo especial. Se lo habían quitado todo. Le habían arrebatado a sus amigos, a su esposa, sus esperanzas, su libertad, su dignidad y su inocencia. Pero le habían perdonado la vida.

Ahora también le quitarían eso. El rey dios no lo dejaría allí abajo. Logan ya había muerto una vez y lo habían resucitado. En esa ocasión, Garoth Ursuul querría verlo morir con sus propios ojos. Sin duda antes habría torturas, pero eso a Logan no le importaba.

Si se hubiese sentido más fuerte, habría intentado algún plan desesperado de última hora, pero su fiebre lo había reducido a una carcasa. Como mínimo, habría podido dar la vida para matar a Fin. Podría haberlo hecho... antes de la fiebre. La cuestión era que nunca había estado dispuesto a realizar ese sacrificio mientras aún albergaba esperanzas. Siempre había querido conservar la vida, y por ello había acabado perdiéndola sin ganar nada. Ni siquiera para sus amigos.

Logan rumiaba en la oscuridad. Por suerte, aquella Khali, fuese lo que fuera, se había alejado un poco, y la sensación asfixiante que había invadido de aquel modo las Fauces se había reducido a una mera presión sorda. Todo lo que había parecido tan insoportable del Agujero —el hedor, el calor, los aullidos— volvía a ser familiar, ya que no cómodo.

—Zorra, ven aquí —dijo Fin.

Lilly se levantó y dio a Logan una palmadita en el hombro. Susurró algo al oído del Chirríos, probablemente que cuidase de Logan, y después se fue.

Por supuesto que se fue. Logan no la culpaba, aunque lo hizo sentirse aún más vacío y desolado. Lilly tenía que ser práctica. El sentimentalismo de todos los libros que Logan había amado antaño moría al acercarse lo suficiente para oler el Agujero. Lilly era una superviviente. Logan estaría muerto en una hora o dos. La vida seguía. El corazón de Logan tal vez la culpara, pero su cabeza no podía. Al fin y al cabo, en cualquier otra circunstancia se habría condenado a sí mismo por comer carne humana.

Entonces el Chirríos se levantó y se alejó.

«¿Tanto apesto a muerto?» No era justo culpar al hombretón y no a Lilly, pero eso hizo Logan. De pronto odió a aquel hombre estúpido y contrahecho. ¿Cómo podía dejarlo? Después de todo lo que había perdido, Logan quería creer por lo menos que había ganado un amigo o dos.

El Chirríos probablemente ni siquiera sabía que Logan iba a morir. Solo quería jugar con el extremo de la cuerda de tendones de Fin, que estaba demasiado ocupado tirándose a Lilly para prestarle atención. Logan observó a Chi e intentó verlo con compasión. A buen seguro estaba allí por menos motivos que Logan. No lo había

traicionado, tan solo había visto la oportunidad de jugar con algo nuevo. Fin nunca dejaba que nadie tocase su cuerda.

Logan sonrió al ver que el Chirríos se sentaba, agarraba la cuerda con las dos manos y la apretaba con todas sus fuerzas y toda la concentración del mundo, como si fuese a escapársele. El hombre realmente vivía en otro mundo.

Logan era consciente de que el resto de los ojeteros lo observaban. Adivinaba lo que estaban pensando. Rey. Se había hecho llamar Rey como chiste siniestro al saltar allí abajo; un chiste estúpido y demencial, pero salido de un hombre que acababa de ver cómo su esposa se desangraba. Les estaba costando un poco asimilar que todo era cierto.

Tatu se puso en pie y se acercó. Se agachó junto a Logan. Bajo la mugre que le cubría la piel, sus oscuros tatuajes parecían el vir de un brujo. Sorbió de sus encías y escupió sangre; el escorbuto empezaba a afectarle también.

—Me habría gustado —dijo Tatu, hablando por tercera vez desde que Logan lo conocía— que fueras rey. Tienes más pelotas que ningún principito que conozca.

—¡Pelotas! —Fin hizo una pausa en sus embates, alzó el torso sobre las manos y se rió. Era una visión grotesca, sudoroso y sucio, con la boca ensangrentada, la cuerda de tendones medio deshecha y medio envuelta en torno a su cuerpo desnudo —. Alguien le va a arrancar esas pelotas dentro de nada.

Logan apartó la vista, porque todavía le avergonzaba ver hacer a Lilly lo que necesitaba para sobrevivir, y a punto estuvo de perdérselo. La mujer dio un empujón a Fin, que rodó hasta el borde del agujero, intentando agarrarse a algo con las manos.

Entonces Lilly le propinó una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas y Fin cayó para abajo.

Lilly se apartó a toda prisa de las vueltas de cuerda que se tensaron de golpe en el suelo. Atada a Fin, la cuerda fue desapareciendo por el agujero.

Los brazos del Chirríos se contrajeron y su cuerpo entero dio una sacudida hacia delante. La maniobra se repitió una vez y luego otra: la cuerda de tendones frenaba en seco la caída de Fin, volvía a soltarse, se detenía de nuevo y luego seguía desenrrollándose a gran velocidad por efecto de la gravedad.

Al fin, el cuerpo de Fin debió de tocar fondo, porque la tensión de la cuerda se aflojó.

Lilly lanzó una exclamación de alegría y abrazó y besó al Chirríos.

—¡Has estado perfecto! ¡Perfecto! —Se volvió hacia Logan—. Tú, en cambio, podrías haber sido mucho más útil.

Logan estaba anonadado. Había intentado dar con maneras de matar a Fin desde... en fin, desde el tiempo que llevara en aquel infierno. Ahora había desaparecido sin más. Desaparecido, y Logan no había hecho nada.

—Ahora escuchadme —dijo Lilly—. Todos vosotros. Estamos jodidos. Siempre

lo hemos estado. Todos hicimos lo que hicimos, y ni uno de nosotros es de fiar. Pero Rey no es uno de los nuestros. Podemos confiar en él. Solo tenemos una oportunidad de mierda y, para tener aunque sea eso, hace falta que todos demos el callo.

—¿Qué pides? —preguntó Nick Nuevededos.

—Teníamos una llave. Ahora tenemos la cuerda de Fin. Pero no tenemos tiempo. Yo digo que bajemos a Rey y a Chi al agujero. A Rey porque es de fiar y vio dónde caía la llave, y a Chi porque es el único lo bastante fuerte para escalar por la cuerda si hace falta. Bajarán, echarán un vistazo y verán si pueden encontrar una salida allí abajo o la llave. Una cosa o la otra podrían darnos una oportunidad de salir antes de que vuelvan los paliduchos.

—¿Por qué no bajamos todos con la cuerda? —preguntó Nick.

—Porque tenemos que aguantarla, melón. No hay donde atarla.

—Podríamos atarla a la reja —sugirió Nick.

—El cuerpo de Fin sigue colgado al otro extremo. Tendríamos que hacer un pilar de tres personas y después levantar el peso de Fin; es imposible. Cuando Rey baje y desate el cuerpo, podremos hacerlo. O, si no hay salida allí abajo, quizá encuentre la llave y podamos salir todos a lo loco por arriba.

—Tendríamos que pasar por delante de esa... cosa —observó Nick, temeroso.

—Nadie ha dicho que vaya a ser fácil —dijo Lilly—. Si preferís quedaros, moriremos seguro.

Tatu asintió. Se apuntaba.

—Sigue pareciéndome mejor bajar a algún otro —dijo Nick.

—Yo he conseguido la cuerda —replicó Lilly—. Lo hacemos a mi manera o no lo hacemos.

—Venga, Lill...

—¿Te fiarías si aguantásemos nosotros la cuerda mientras tú bajabas, Nick? La soltaríamos y nos repartiríamos tu parte de la comida.

Eso calló a Nick.

—¿Puedes confiar en nosotros, Rey? —preguntó Tatu.

—Confío en vosotros. —«No tengo nada que perder.»

Tardaron unos minutos en explicárselo al Chirríos, y aun entonces Logan no quedó muy convencido de que lo hubiese entendido. Organizaron al resto de los ojeteros para que sostuvieran la cuerda. Lilly se puso delante de todo. Informó a los demás de que, aunque ellos la soltasen, ella no pensaba hacerlo. Si querían conservar sus favores sexuales, más les valía agarrar la cuerda.

—Te lo debo todo —le dijo Logan.

Lilly era cualquier cosa menos guapa pero, en ese momento, estaba radiante. Parecía orgullosa de sí misma por primera vez desde que Logan la había conocido.

—No, yo estoy en deuda contigo, Rey. Cuando bajaste aquí, te dije que te

aferrases a algo bueno, pero eres tú quien me ha enseñado cómo hacerlo. Soy más que esto, da igual lo que haya hecho. Ya puedo morir tranquila. No soy buena, pero tú sí, y te estoy ayudando. Nadie puede quitarme eso. Solo prométeme, Rey, que cuando lo recuperes todo y vayas a tus fiestas elegantes, te acordarás. También eres el rey de nosotros, los criminales.

—No me olvidaré. —Se acercó al borde del agujero—. Lilly, ¿cómo te llamas de verdad?

La mujer vaciló como si casi no se acordara, y después dijo con timidez:

—Lilene. Lilene Rauzana.

Logan enderezó la espalda y habló:

—Por los poderes investidos en nuestra persona y nuestro real cargo, hacemos saber que Lilene Rauzana queda absuelta de todos los delitos cometidos hasta la fecha y que se le conmutan todas las penas de ellos derivadas. Lilene Rauzana es inocente a nuestros ojos. Que el registro de sus malas acciones se lleve tan lejos como el este se halla del oeste. Que así se escriba, que así se haga.

Era una parrafada ridícula teniendo en cuenta que se la decía un andrajoso a una prostituta. Y sin embargo, de algún modo, era lo correcto. Logan nunca había tenido más poder que en ese momento, en el que poseía el don de perdonar. Ninguno de los ojeteros se burló.

A Lilly se le anegaron los ojos de lágrimas.

—No sabes lo que hice —dijo.

—No necesito saberlo.

—Quiero arreglarlo. No quiero ser como he sido...

—Pues no lo seas. Desde ahora, eres inocente.

Dicho eso, Logan se metió en el agujero.

Capítulo 50

Resultó que la hermana Ariel Wyant Sa'fastae se había alojado en Vuelta del Torras durante varias semanas y que los lugareños la conocían bien. Aunque pocos se sentían cómodos teniendo a una maga entre ellos, Ariel les había parecido de la variedad erudita y despistada, además de una mujer amable. La descripción supuso un consuelo inmenso para Elene. Significaba que la carta probablemente era legítima.

Eso le planteaba un problema. ¿Se dirigía al norte, hacia la Capilla y en pos de Uly, o al oeste, detrás de Kylar?

Decidió que tenía que ir a por Uly. Cenaria no era un lugar seguro para ella. Su presencia le complicaría el trabajo a Kylar, y no podía ayudarle. La Capilla era segura, por bien que la intimidara, y al menos podría cerciorarse de que Uly estaba a salvo, si no llevársela a casa.

De manera que siguió hacia el norte a la mañana siguiente. Además de casi agotar sus escasos ahorros, dormir en una cama solo parecía haberle recordado a su cuerpo todos los dolores, así que no mantenía un buen ritmo. Llegaría antes a la Capilla si no llevaba el caballo al paso, pero solo la idea del trote ya le hizo gemir. La yegua puso tiesas las orejas, como si se preguntase qué mosca la había picado.

Entonces vio al jinete, a cuarenta pasos de distancia. Llevaba armadura negra pero no casco, y no tenía espada ni escudo. Estaba encorvado sobre la silla de un caballo pequeño y de pelo largo. Con la mano se tapaba una herida en el costado, y tenía la cara pálida salpicada de sangre.

Cuando Elene frenó a su yegua en seco, el hombre alzó la cabeza y la vio. Movió los labios pero no surgió ninguna palabra. Volvió a intentarlo.

—Ayuda —dijo con un ronco susurro—. Por favor.

Elene sacudió las riendas y se colocó a su lado. A pesar del dolor que expresaba su cara, era un joven atractivo, apenas mayor que ella.

—Agua —suplicó.

Elene sacó su odre, y se detuvo. De la silla de montar del joven colgaba una bota de vino llena. Su palidez no se debía a la pérdida de sangre: era khalidorano.

Los ojos del joven se encendieron de triunfo al mismo tiempo que ella clavaba los talones en los ijares de su caballo, demasiado tarde. El khalidorano le arrebató la rienda que tenía más cerca. La yegua de Elene bailó trazando un círculo que el caballo más pequeño del hombre no tardó en seguir. Elene intentó saltar de la silla, pero tenía la pierna atrapada entre los animales.

Entonces vio un destello procedente de un puño envuelto en malla. La alcanzó por encima de la oreja. Elene cayó.

Fue un descenso a los infiernos. Logan todavía estaba muy débil para bajar del todo por su cuenta, pero el Chirríos parecía satisfecho de cargar con él: moviendo una mano y después otra, descendía a pulso la cuerda mientras el joven se contentaba con mirar.

Durante los primeros seis metros tuvieron delante una pared vertical de roca idéntica a la del Agujero: de vidrio volcánico, negra y completamente lisa. Luego el tubo se abrió a una caverna inmensa.

Fue como si se hubieran sumergido en otro mundo. Unas algas verdes iridiscentes tapizaban las paredes a lo lejos y emitían una luz tenue, la suficiente para transformar la oscuridad en penumbra. El olor a huevos podridos era más penetrante allí abajo, y hacia ellos subían flotando unas volutas de humo denso que impedían al joven ver con claridad los miles de estalagmitas que se elevaban, a alturas distintas, del suelo invisible de la caverna. Arriba, los reclusos guardaban silencio, y Logan rezó por que siguieran así. Con el paso de los meses, había perdido la confianza en que el aullido que brotaba del agujero fuese tan solo el sonido del viento al ascender entre las rocas.

El Chirríos empezaba a resollar, pero mantuvo el mismo ritmo, una mano y después otra. Estaban rodeados de estalactitas que, relucientes como cuchillos de hielo, colgaban del techo de la gruta. Por debajo del sonido del viento, apenas un suave gemido cuando subía de las profundidades, podía captarse el goteo del agua que se acumulaba en sus extremos afilados.

Descendieron durante dos minutos más antes de que Logan viera el primer cadáver. Aunque el viento cálido y seco había desecado y momificado el cuerpo, sin duda se trataba de un ojetero que se había caído, saltó o fue empujado por el agujero décadas, tal vez siglos atrás. Llevaba tanto tiempo empalado en una estalagmita que la roca empezaba a crecer por encima; lentamente la piedra lo sepultaría.

Había otros. El Chirríos tuvo que frenar su descenso en varias ocasiones para evitar las estalagmitas y, cada vez, veían los restos de reclusos que no tuvieron la oportunidad de disponer de una cuerda. Algunos eran más antiguos incluso que el primero: unos tenían el cuerpo hecho trizas al chocar contra varias estalagmitas durante la caída; a otros les faltaban extremidades, cercenadas por las rocas o desprendidas a lo largo de los años. Las estalagmitas eran tan resbaladizas que las ratas no habían podido llegar hasta ellos, y el viento tan seco que había impedido que se pudrieran. Los únicos cuerpos irreconocibles eran los pocos que habían caído en las zonas más húmedas pegadas a las paredes y colonizadas por las algas. Emitían una tenue luminosidad verdosa y parecían espectros que intentasen desprenderse de la roca.

Al final, Logan y el Chirríos llegaron a la altura de varias cornisas. La mayoría estaban demasiado lejos para que pudieran alcanzarlas, pero en una de ellas Logan vio un cadáver sentado contra la pared. Sus huesos resecos estaban intactos. Tal vez

porque había usado una cuerda o tal vez de milagro, aquel hombre había sobrevivido al descenso o la caída para acabar muriendo allí. Las cuencas vacías de sus ojos miraban a Logan con una pregunta: «¿Tú puedes hacerlo mejor?».

De repente, la cuerda de tendones se sacudió. Logan miró hacia arriba, pero solo había oscuridad. Era inútil mirar hacia abajo, el Chirríos le tapaba.

—Démonos prisa, Chi.

El grandullón protestó sin palabras.

—Lo sé, lo estás haciendo muy bien. Lo estás haciendo de maravilla, pero no sé cuánto tiempo podrá aguantar Lilly la cuerda. No queremos acabar como estos tipos, ¿verdad?

El Chirríos bajó más deprisa.

Pasaron por delante de otra cornisa y Logan observó que el suelo en la base de las estalagmitas no era rocoso sino que estaba cubierto de una gruesa capa de tierra. ¿Tierra? ¿Allí?

No era tierra. Excrementos humanos. Generaciones de criminales habían pateado sus heces por el agujero y, acumuladas entre las agujas de roca, no todas se habían secado. La zona entera apestaba a cloaca, y el olor se sumaba al de huevos podridos.

Continuaron descendiendo y pasaron muy cerca de una cornisa más. Logan ya apartaba la vista cuando le pareció que algo centelleaba. Se fijó con atención y no vio nada.

—Para un segundo, Chirríos.

Estiró el brazo, hundió la mano en la capa de quince centímetros de mierda y tanteó. Nada. Metió el brazo hasta el codo, intentando no pensar en la porquería que le corría por toda la piel. Allí.

Sacó algo y lo limpió contra su otro brazo. Era la llave.

—Increíble —dijo—. Un milagro. No vamos a morir aquí abajo después de todo, Chi. Ahora lleguemos al fondo, y desatemos el cuerpo de Fin. Luego intentaremos volver a subir. A lo mejor hasta pueden izarnos.

Resultó que estaban cerca del fondo, o al menos de una plataforma grande. Había una fumarola que escupía una nube de vapor acre que los sobrevolaba y ocultaba todo lo que había por debajo. Como las emanaciones mataban a las algas luminiscentes, Logan no podía discernir dónde estaban... si aquella cuestión tenía algún sentido en el infierno.

El Chirríos se detuvo y gruñó. Se alejó un paso de la cuerda y extendió los dedos agarrotados para aliviar el dolor. Logan pisó terreno semisólido (allí los residuos solo tenían unos centímetros de espesor) con un suspiro. Su camarada había tenido que cargar con gran parte de su peso durante el descenso, pero aun así estaba agotado.

Entonces se fijó en la cuerda. No había nada atado a ella.

—Chi —dijo Logan, con el corazón en un puño—, ¿cuánto tiempo lleva la cuerda

destensada?

El Chirríos lo miró parpadeando. La pregunta no significaba nada para él.

—¡Chi, Fin está vivo! Podría estar... ¡AH!

Algo afilado se clavó en la espalda de Logan, que cayó.

Fin se derrumbó más que saltó encima de él. El recluso se movía como si se hubiese dislocado la cadera, y le sangraban la cabeza, la boca, los dos hombros y una pierna. En su mano derecha sostenía la punta rota y ensangrentada de una estalagmita. Cuando cayó sobre Logan, empezó a darle tajos. Estaba herido y débil hasta extremos penosos, pero Logan tenía aún menos fuerzas.

La afilada roca de Fin le hizo un corte en el pecho, le rajó el antebrazo cuando intentó bloquear los golpes y le arañó la frente hasta la oreja. Logan intentó tirar a Fin de la plataforma, pero estaba demasiado débil.

Se oyó un rugido salvaje que se impuso al fragor de una repentina erupción de la fumarola. El vapor caliente y unas gruesas gotas de agua hirviendo les pasaron volando por delante un momento antes de que el Chirríos pasara al ataque.

Derribó a Fin y le mordió la nariz; un instante después se erguía con un pedazo sanguinolento entre sus afilados dientes. Fin lanzó un grito ahogado. Antes de que pudiera volver a chillar, el Chirríos le agarró la pierna dislocada y lo apartó de Logan.

El criminal herido volvió a gritar, más alto y más agudo. Estiró los brazos e intentó agarrarse a cualquier cosa para escapar de su atacante. Entonces su cuerpo quedó atrapado entre dos estalagmitas. El Chirríos no lo vio o no le importó. Estaba decidido a alejar a Fin de su amigo, y eso era lo que pensaba hacer. Logan vio que el gigantón contrahecho se inclinaba y se le tensaban los hombros, convertidos sus músculos en fibrosos nudos de potencia. Clavó los pies en el suelo y rugió mientras Fin chillaba.

Se oyó un desgarro cuando la pierna dislocada cedió. El Chirríos tropezó y cayó hacia atrás al arrancar la pierna de Fin y mandarla volando al abismo.

Fin clavó en Logan una mirada de odio mientras exhalaba sus últimos alientos y se desangraba por la cadera desgarrada, con la cara pálida como la de un fantasma.

—Nos vemos... en el infierno, Rey —dijo.

—Yo ya he cumplido mi condena allí —replicó Logan. Alzó la llave—. Me voy.

Los ojos de Fin destellaron de aborrecimiento e incredulidad, pero no le quedaban fuerzas para hablar. El odio abandonó poco a poco sus ojos abiertos. Estaba muerto.

—Chi, eres asombroso. Gracias.

El gigantón sonrió. Con sus dientes afilados y sanguinolentos, ofrecía una estampa macabra, pero la intención era buena.

Logan tembló. Estaba sangrando bastante. No sabía si sobreviviría, aunque no toparan con ningún problema para salir del Agujero y de las Fauces. Sin embargo, no había motivo para que Chi muriese también, o Lilly, y su compañero no subiría por la

cuerda sin él, eso lo sabía.

—Vale, Chi, tú eres fuerte. ¿Eres lo bastante fuerte para salir de aquí escalando por la cuerda?

El Chirríos asintió y flexionó los músculos. Le gustaba que le llamasen «fuerte».

—Entonces salgamos de este infierno —dijo Logan, pero, en el preciso instante en que asía la cuerda, la notó suelta. Al cabo de un momento, toda la soga de tendones caía sobre ellos. No saldrían escalando. No usarían la valiosísima llave. No habría escapatoria. Los ojeteros habían soltado la cuerda.

—¿Dónde cojones están? —exigió saber Tenser Ursuul. Los ojeteros a duras penas lo reconocieron con su fina túnica, la cara afeitada y el pelo limpio.

—¿Dónde te crees que están? Han escapado —dijo Lilly.

—¿Que han escapado? ¡Imposible!

—¿Tú crees?

Tenser se ruborizó, avergonzado delante de Neph Dada y los guardias que lo acompañaban.

En el Agujero brotó una luz mágica que los iluminó a todos. Se coló incluso en el hueco donde Logan se había escondido con tanta frecuencia. No había nadie.

—Logan, Fin y el Chirríos —dijo Tenser, enumerando a los que faltaban—. Logan y Fin se odiaban. ¿Qué ha pasado?

—Rey quería... —empezó a decir Lilly, pero algo le golpeó en la cara y la tiró al suelo cuan larga era.

—Cállate, zorra —ordenó Tenser—. No me fío de ti. Tú, Tatu, ¿qué ha pasado?

—Logan quería construir otro pilar. Quería atraer a Gorkhy y ver si podíamos agarrarle las piernas y quitarle la llave. Fin no quería saber nada de eso. Se han peleado. Fin ha tirado a Logan por el agujero, pero luego el Chirríos se le ha echado encima y se han ido los dos abajo.

Tenser maldijo.

—¿Por qué no los has parado?

—¿Para caerme yo también? —dijo Tatu—. Cualquiera que busque las cosquillas a Fin, Logan o el Chirríos acaba muerto, chaval... alteza. Pasaste el suficiente tiempo aquí abajo para saberlo.

—¿Podrían haber sobrevivido a la caída? —preguntó Neph Dada con su voz gélida.

Uno de los reclusos más nuevos lanzó una exclamación y todo el mundo lo miró.

—No —gritó—. ¡Por favor!

Una bola brillante de luz mágica se le pegó al pecho y otra a la espalda, y entre ambas lo elevaron por encima del agujero. Después cayó.

Todos se agolparon en torno al orificio, observando cómo la luz desaparecía en la

oscuridad.

—Cinco... seis... siete —contó Neph. La luz se apagó justo antes del ocho. Miró a Tenser—. No, pues. En fin, no puedo decir que vuestro padre vaya a estar complacido.

Tenser maldijo.

—Llévatelos, Neph. Mátalos. Haz lo que quieras, pero que sea doloroso.

Capítulo 51

Hu Patíbulo se agachó en el tejado de un almacén en lo más profundo de las Madrigueras. En tiempos más prósperos lo habían usado para guardar artículos textiles. Más tarde, se lo habían apropiado los contrabandistas. En ese momento era una ruina medio desmoronada que albergaba a los ratas de la hermandad del Hombre Ardiendo.

A Hu no le importaba nada de todo eso, salvo por la molestia de haber tenido que matar al chico de diez años que montaba guardia. O quizá fuera una chica, costaba saberlo. Lo único que a Hu le importaba era una losa de piedra en el suelo, junto a una pared agrietada. Daba la impresión de pesar quinientos kilos y estaba tan desgastada como el resto de las piedras, pero se podía abrir sobre unas bisagras de cuya existencia no eran conscientes ni siquiera los ratas de la hermandad. Era la segunda salida de una de las casas seguras más grandes de la ciudad.

En ese preciso instante, si el informador de Hu estaba en lo cierto, la casa segura albergaba a unas trescientas putas, comida y agua suficientes para mantenerlas durante un mes y los auténticos trofeos: Mama K y su lugarteniente, Agon Brant. Hu no confiaba en que aquel par estuviese allí, en realidad no. Pero la esperanza era lo último que se perdía.

Los trabajos grandes siempre le daban problemas. Un trabajo grande exigía equilibrio. El placer que ofrecía tanta sangre amenazaba su profesionalidad. Era muy fácil dejarse llevar por el puro gozo del acto: ver derramarse, gotear o chorrear la sangre, en todas sus gloriosas tonalidades, desde la roja de los pulmones, hasta la negra del hígado y todos los matices intermedios. Quería desangrar todos los cuerpos hasta secarlos para complacer a Nysos, pero en los grandes trabajos por lo general no podía tomarse el tiempo necesario. Le daba la impresión de que dejaba las cosas a medias.

Además, siempre acababa deprimido. Después de matar y desangrar a los treinta o treinta y dos ocupantes de la mansión de los Gyre, no había sido el mismo durante semanas. Ni siquiera la enorme matanza durante el golpe pudo satisfacerlo. Todo se quedaba corto. La mansión de los Gyre había sido el culmen. Hu todavía se encontraba en la casa cuando llegó el duque. Había visto a Regnus de Gyre correr de habitación en habitación, loco de dolor, resbalando en los charcos de Nysos que Hu había dejado en todos los pasillos. Se había emocionado tanto observándolo que ni siquiera había podido matarlo, aunque sabía que el rey dios lo deseaba.

Ese trabajo lo había rematado a la noche siguiente, por supuesto, pero aquello no fue nada. Ni un pálido reflejo.

El encargo que tenía entre manos no sería demasiado difícil. Habría algunos momentos peliagudos al principio. Antes que nada, tenía que entrar. Mataría a los

niños si hacía falta, pero los ratas de hermandad eran escurridizos. Conocían hasta el último agujero del tamaño de una nuez que había en las Madrigueras y podían escurrirse por él con sitio de sobra. Sería mejor no darles la oportunidad de avisar a nadie.

Después de entrar, habría un guardia o dos en la salida de atrás. Era una salida que no se había usado nunca, y ningún hombre podía mirar indefinidamente a una pared sin aburrirse y cansarse, de modo que era muy posible que los centinelas estuvieran dormidos.

Acto seguido Hu necesitaría matar a los guardias de la salida principal sin que dieran la alarma. Luego tendría que bloquear o destruir esa salida. Superado ese punto, daría lo mismo si las putas descubrían que estaba allí o no. Podía manejar a las putas.

Después... bueno, el rey dios le había concedido veinticuatro horas para hacer lo que quisiera.

—Hu —le había dicho—, organízame un cataclismo.

El rey dios tenía planeado abrir el lugar después y hacer desfilar por él a todos los nobles de la ciudad. Cuando los cuerpos empezaran a descomponerse, harían pasar al resto de la ciudad. Los últimos serían los habitantes de las Madrigueras. Al final, el rey dios celebraría una ceremonia pública. Enviarían al lugar de la matanza a personas escogidas al azar de entre los conejos, los artesanos y la nobleza. Cuando estuvieran dentro, los brujos del rey dios sellarían las salidas.

Garoth Ursuul esperaba que fuese un poderoso escarmiento de cara a futuras rebeliones.

Sin embargo, Hu se sentía incómodo. Era un profesional. Era el mejor ejecutor de la ciudad, el mejor del mundo, el mejor de la historia. Valoraba mucho esa posición, y solo había una cosa que pudiera amenazarla: él mismo. En la mansión de los Gyre había corrido riesgos estúpidos. Riesgos de imbécil. Todo había salido bien, pero no dejaba de ser cierto que se había desmadrado.

El problema era que había habido demasiada sangre. Demasiada emoción. Se había paseado como un dios en medio de una orgía de muerte. Se había sentido invulnerable durante las horas que había pasado matando a los Gyre y a sus sirvientes. Se había dedicado a colocar los cuerpos. Había colgado a varios de los pies y les había cortado la garganta para que se desangraran y crear aquel glorioso lago de sangre en el último pasillo.

Su trabajo era matar, y había cruzado peligrosamente los límites. Durzo había sido un asesino. Segaba vidas con la precisión impersonal de un sastre. Blint nunca se habría puesto en peligro. Por eso algunos lo habían considerado a la altura de Hu. Hu odiaba eso. A él lo temían, pero a Durzo lo respetaban. Su preocupación más insidiosa era que esa opinión estuviese fundada.

Por eso trescientas almas podían ser su ruina. Saldría la bestia que llevaba dentro. Trescientas podrían resultar demasiadas.

No. Era Hu Patíbulo. Nada era demasiado para Hu Patíbulo. Era el mejor ejecutor del mundo. Desde el punto de vista táctico, aquel trabajo no sería ni por asomo el desafío que habían supuesto otros encargos pero, cuando la gente susurrase su nombre, sería aquello por lo que lo recordarían. Aquel era el legado que lo inmortalizaría.

Los ratas de la hermandad dormían, acurrucados juntos en grupúsculos para protegerse del frío. Hu estaba a punto de dejarse caer por un agujero del techo cuando vio algo.

Al principio creyó que eran imaginaciones suyas. Empezó como un susurro del viento, una nubecilla de polvo desplazado a la luz de la luna. Sin embargo, esa noche no había viento y el polvo no se posó. Parecía arremolinarse en un mismo sitio, congregándose en uno de los tramos del almacén iluminados por la luna, cerca de los niños.

Uno de los pequeños se despertó y dio un gritito, y en cuestión de segundos todos los niños de la hermandad abrieron los ojos.

Aunque seguía sin correr viento, el remolino se convirtió en un minúsculo tornado. Algo estaba cobrando forma en su interior. Unas motas negras giraban a un ritmo vertiginoso hasta una altura de casi dos metros. El tornado resplandecía con un color azul iridiscente. Salieron disparadas unas chispas que danzaron de un lado a otro del suelo e hicieron gritar a los niños.

Empezó a perfilarse la silueta de un hombre, o algo parecido a un hombre. Proyectó un chorro de luz azul en todas las direcciones, y ni siquiera Hu fue lo bastante rápido para taparse los ojos.

Cuando volvió a mirar, ante los niños encogidos y boquiabiertos se erguía una figura que no se semejaba a nada que hubiese visto. El hombre parecía tallado en mármol negro pulido o moldeado en metal líquido. Su ropa no era tanto ropa como piel, aunque parecía llevar zapatos; era imposible adivinar su sexo. El cuerpo entero brillaba todo negro y los contornos se dibujaban con nitidez. Era esbelto, de músculos perfilados, desde los hombros hasta las piernas pasando por su pecho en uve y su estómago. Aunque sucedía algo raro con aquella piel. Al principio, el hombre, demonio o estatua hecha de carne había reflejado la luz de la luna como si fuera de acero bruñido. Ahora, solo resplandecían algunas partes: los semicírculos de sus bíceps, las rayas horizontales de sus abdominales. Las otras perdieron su brillo hasta adoptar un negro mate.

Lo más terrorífico era la cara del demonio. Parecía menos humana incluso que el resto. Un pequeño tajo por boca, pómulos muy marcados, una masa negra de pelo, alborotado y en punta, cejas prominentes y desaprobadoras sobre unos ojos más

grandes de lo normal, salidos de una pesadilla. Eran del azul pálido de un crudo amanecer de invierno. Hablaban de juicio sin piedad, de castigo sin remordimiento. Mientras la figura estudiaba a los niños, Hu habría jurado que los ojos en realidad resplandecían. Surgían de ellos unas volutas de humo, como si unos fuegos infernales ardieran dentro de aquella figura demoníaca.

—Niños —dijo el ser—, no tengáis miedo.

Muchos de los críos tragaron saliva y, a pesar de las palabras, todos parecían a punto de salir corriendo.

—No os haré daño —añadió el demonio—, pero aquí no estáis a salvo. Debéis acudir a Gwinvere Kirena, a quien conocéis como Mama K. Id a su casa a dormir. Decidle que el Ángel de la Noche ha regresado.

Con los ojos desorbitados, varios niños asintieron, pero todos estaban paralizados.

—¡Id! —exclamó el Ángel de la Noche. Dio un paso al frente, atravesó una zona de penumbra a la que no llegaba la luz de la luna y sucedió algo fantasmagórico. Cuando le tocaban las sombras, el demonio desaparecía. Un brazo, una sección diagonal de su cuerpo y su cabeza se volvieron invisibles, salvo por dos puntos brillantes que flotaban en el espacio donde deberían haber estado sus ojos—. ¡Corred! —gritó el Ángel de la Noche.

Los niños salieron disparados como solo podían los ratas de hermandad.

Hu sabía que debería matar a ese Ángel de la Noche. Sin duda el rey dios le recompensaría. Además, el demonio le bloqueaba la entrada a su encargo. El Ángel de la Noche se interponía entre él y más de trescientas muertes suculentas.

Sin embargo, le costaba respirar. No es que tuviera miedo. Sencillamente, no hacía trabajos gratis. Acabaría matando a ese ángel, pero lo dejaría estar hasta que el rey dios le pagara por él. Si el Ángel de la Noche conocía la existencia de la cámara subterránea, ya era demasiado tarde. Si no sabía de ella, las putas todavía estarían allí al día siguiente. Iría a conseguir un contrato para matar al demonio ese mismo día y volvería al siguiente para asesinar a todas las putas y de paso al Ángel de la Noche. Era de una lógica aplastante. El miedo no tenía nada que ver.

El Ángel de la Noche volvió la cara hacia arriba y, cuando sus ojos se clavaron en los de Hu Patíbulo, pasaron de un rescoldo azul a un rojo encendido y ardiente. Al momento siguiente, el resto del Ángel de la Noche desapareció salvo por dos puntos de luz rubí y abrasadora.

—¿Deseas ser juzgado esta noche, Hubert Marion? —preguntó el Ángel de la Noche.

Un pavor frío lo paralizó. Hubert Marion... hacía quince años que nadie lo llamaba así.

El Ángel de la Noche se movía hacia él. Estaba a punto de huir cuando el demonio tropezó. Hu se detuvo, perplejo.

Los ojos de rubí perdieron luminosidad, titilaron. El Ángel de la Noche se encogió.

Hu se dejó caer al suelo y desenvainó la espada. Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, el Ángel de la Noche volvió a erguirse, pero Hu detectó fatiga en sus movimientos. Atacó.

Las espadas resonaron en la noche, y luego una patada de Hu rebasó un bloqueo y alcanzó al demonio en el pecho. La criatura salió despedida hacia atrás y se le escapó la espada de la mano. Aterrizó pesadamente y empezó a titilar.

Al cabo de un momento, el Ángel de la Noche había desaparecido. En su lugar yacía un hombre, desnudo y apenas consciente.

Era Kylar Stern, el aprendiz de Durzo. Hu lo maldijo y su miedo dio paso a la indignación. ¿Todo aquello eran trucos? ¿Ilusiones?

Hu avanzó hecho una furia y lanzó un tajo contra el cuello descubierto de Kylar. Sin embargo, su espada atravesó por completo la cabeza del hombre sin encontrar resistencia... e hizo añicos la ilusión. Apenas había detenido el golpe cuando notó que una cuerda se estrechaba alrededor de sus tobillos y lo hacía caer.

Unos dedos se le clavaron en el codo derecho, alcanzaron los puntos de presión y su brazo quedó inerte. Una mano lo agarró del pelo y le estrelló la cara contra el suelo una y otra vez. El primer golpe le rompió la nariz y el tercero dio con su rostro en una piedra, que se le clavó en el ojo. Después lo hicieron rodar y rodar.

Se revolvió con su Talento pero no logró alcanzar a su agresor. Le colocaron los brazos detrás de la espalda y, con un rápido tirón hacia arriba, le dislocaron ambos hombros. Hu gritó. En su siguiente intento de revolverse, descubrió que tenía los brazos y las piernas atados.

Con el rabillo del ojo sano vio a Kylar Stern, tambaleante, a todas luces agotado, pero aun así arrastrándolo de la capa por el suelo. Hu se debatió una vez más, tratando de patear algo, cualquier cosa, e intentando levantarse. Kylar lo dejó caer boca arriba y Hu gritó al notar la presión en sus hombros atados y dislocados. Kylar se plantó sobre él.

Fuese lo que fuera aquella piel negra, ilusión u otra cosa, era evidente que a Kylar ya no le quedaba poder para mantenerla. Estaba desnudo, pero su cara tenía tanto de máscara como la anterior. Hu hizo acopio de Talento para intentar otra patada.

El pie de Kylar descendió antes a toda velocidad y le rompió la espinilla. Hu aulló mientras se sumía en una negrura de dolor en el umbral de la inconsciencia. Cuando pudo enfocar la vista de nuevo, Kylar pateaba una sección del suelo, que se abrió sobre unas bisagras ocultas. Dentro giraba un molino de agua escondido, propulsado por la corriente del río Plith. Hu cayó en la cuenta de que debía de ser el mecanismo que abría la enorme puerta de la casa segura. Sus poderosos engranajes, separados en ese momento del mecanismo, giraban poco a poco.

—Nysos es el dios de las aguas, ¿no? —preguntó Kylar.

—¿Qué haces? —gritó Hu, histérico.

—Reza —dijo Kylar con voz inmisericorde—. A lo mejor te salva.

Hizo algo con la capa de Hu. Durante un momento, no pasó nada. Después la capa se tensó contra su cuello y empezó a arrastrarlo por el suelo.

—¡Nysos! —chilló Hu, atenazado por la capa—. ¡Nysos!

Cayó al agua y durante un largo y bendito momento la presión en torno a su cuello cesó. Hu pataleó con su pierna sana y salió a la superficie. Entonces la capa se tensó de nuevo y tiró de él hacia el engranaje. La rueda lo sacó del agua por la garganta y después lo volteó y lo arrastró de nuevo bajo la superficie. No podía respirar. El mecanismo le hizo emerger, lo volteó y volvió a sumergirlo.

En esa ocasión, se impulsó con la pierna al salir del agua. Eso le concedió el margen suficiente para tragar una gran bocanada de aire antes de darse la vuelta y hundirse de nuevo en el agua. Intentó luchar contra sus ataduras, pero cualquier presión que impusiera a sus hombros era una agonía. Tenía los brazos atados con tanta fuerza que no podía recolocar los hombros en sus articulaciones, y su pierna sana no tenía otro apoyadero que el agua.

Gritó de nuevo al salir a la superficie, pero el engranaje siguió girando. Arriba, abajo, arriba, abajo.

Kylar observó a Hu Patíbulo mientras salía del agua y volvía a hundirse, una y otra vez, en ocasiones suplicando, en ocasiones escupiendo sucia agua del río. No sentía remordimientos. Hu se lo merecía. Aunque no supiese cómo, lo sabía. Y quizá no hubiera otra explicación.

Luego, tambaleándose, buscó el mecanismo que abría la casa segura. No había fingido su agotamiento. Había tenido suerte de que le quedase suficiente Talento para embaucar a Hu. En un combate justo, Hu hubiese podido con él. Kylar no se hacía ilusiones al respecto. Sin embargo, Durzo le había enseñado que no existían los combates justos. Hu se había dejado pillar por sorpresa porque se creía el mejor. Durzo jamás se había considerado el mejor; tan solo creía que todos los demás eran peores que él. Podía parecer lo mismo, pero no lo era.

Al fin encontró lo que estaba buscando. Agarró un tablón situado junto a la roca y tiró hacia arriba.

El engranaje giratorio se deslizó de lado hasta que sus dientes se encontraron con los de otra rueda. Chirriaron durante un momento hasta que encajaron y empezaron a girar. Hu fue extraído del agua inexorablemente una vez más. Gritó. Su cabeza quedó atrapada entre los grandes dientes de los engranajes y su grito adquirió una repentina estridencia. Las ruedas se detuvieron, atascadas.

Entonces la cabeza de Hu estalló como un grano lleno de sangre. Sus piernas se

agitaron espasmódicamente y su cuerpo entero se arqueó por encima del agua. Después su cadáver cayó a un lado y los engranajes siguieron girando mientras el agua se tintaba de sangre.

La enorme roca se elevó y reveló un túnel que se adentraba en la tierra. Una campana de alarma tintineó en las profundidades.

Al momento, un par de guardias subieron por la escalera, lanzas en mano.

—Debéis... evacuar —dijo Kylar. Se tambaleó y ninguno de los dos hombres hizo el menor gesto por ayudarle—. El rey dios sabe que estáis aquí. Avisad a Mama K.

Entonces se desmayó.

Capítulo 52

Feir Cousat intentó esconder su corpachón detrás de un árbol lo mejor que pudo. Faltaban dos horas para el amanecer, y la figura que yacía junto al fuego llevaba horas inmóvil. En apenas unos instantes, Feir sabría si estaba en lo cierto al tomar tantos riesgos.

Su búsqueda de Curoch lo había llevado a Cenaria, a través de los campamentos de los montañeses khalidoranos hasta llegar a las montañas de la frontera ceurí. Durante semanas, algo le había infundido esperanza y desesperación a partes iguales: no había oído ni siquiera un susurro sobre una espada especial. Eso significaba que, si estaba en la dirección correcta, el hombre que poseía Curoch ignoraba el poder del arma. Era una hipótesis infinitamente preferible a la idea de intentar arrebatársela a un vürdmeister. Cualquier vürdmeister con capacidad para usar Curoch tendría capacidad para matar a Feir de cien maneras distintas.

Aunque lo más probable era que estuviese siguiendo una pista falsa. Había hecho docenas de suposiciones a medida que estrechaba la lista de posibilidades. En primer lugar, se había procurado un uniforme khalidorano al que había cosido la insignia de los mensajeros, y se había infiltrado en los campamentos para sentarse a escuchar junto a las hogueras. Cuando estaban en la escuela, Dorian le había enseñado khalidorano, de manera que, hasta cuando la conversación volvía a la vieja lengua (todos los jóvenes de Khalidor eran bilingües; el rey dios opinaba que podrían gobernar mejor si entendían y averiguaban las estratagemas de aquellos a quienes conquistaban), se enteraba de lo que decían.

Como no habían encontrado a Curoch de inmediato, y Feir suponía que correrían rumores al respecto si así hubiera sido, imaginó que alguien debía de haberse llevado la espada. Descubrió el destacamento que se había ocupado de las tareas de desescombro en el puente. La mayoría de los hombres habían procedido de unidades casi aniquiladas en los combates. Después los habían aglutinado en una nueva unidad y les habían mandado custodiar los carros que transportaban el botín de guerra a Khalidor; la misma caravana que Dorian, Solon y él habían estado siguiendo.

Como Dorian lo había mandado hacia el sur, Feir dedujo que la espada no estaba entre el botín de aquella caravana, de modo que había preguntado por cualquier integrante de aquellas unidades que no hubiese partido hacia casa, y apareció un nombre.

Descubrir adónde había ido aquel tal Ferl Khalius fue otra cosa muy distinta. A decir verdad, Feir no había llegado a encontrarlo. En lugar de eso, había seguido a un vürdmeister al que habían enviado al sur. El vürdmeister seguía el rastro de Ferl y Feir seguía el del vürdmeister. Lo había visto lanzar proyectiles mágicos contra el montañés y el noble al que este había secuestrado. El vürdmeister perdió el interés en

cuanto el rehén cayó desde las alturas del monte Hezeron.

Mientras el vürdmeister usaba su bastón de señales para informar al rey dios de su fracaso, Feir se había acercado con sigilo. La nieve que caía y la concentración necesaria para hacer magia habían encubierto su maniobra. En cuanto el vürdmeister hubo acabado de transmitir su mensaje, Feir lo mató.

Después hizo algo que no repetiría jamás. Cruzó la cornisa rota, bajo la nieve. Saltó una sima de metro y medio, de nieve resbaladiza a nieve resbaladiza. Encontró tramos tan abruptos que sus pies se deslizaban hacia atrás tanto como avanzaban. Había acabado usando magia para derretir parte del hielo, apenas lo suficiente para dar unos pasos más. Lo consiguió, pero por los pelos.

Curoch merecía todos aquellos riesgos.

Feir desenvainó la espada y avanzó en un *zshel posto* modificado, una postura de esgrima pensada para mantener el equilibrio y la agilidad sobre terreno resbaladizo. Con un par de pasos rápidos se colocó encima del hombre. Su espada bajó y atravesó el pecho de la figura... un pecho formado por nieve envuelta en una capa.

Maldijo y giró sobre sus talones para encontrarse con el auténtico Ferl Khalius, que salía cargando de entre los árboles con Curoch en alto. Feir apenas tuvo tiempo de moverse. El mandoble del montañés lo habría atravesado de no haberse echado a un lado. Aun así, Curoch le hizo saltar la espada de la mano.

—Poco honor quien pincha un hombre durmiendo —dijo Ferl con un marcado acento khalidorano.

—Hay demasiado en juego para el honor —replicó Feir. Había pensado que el montañés no tenía ni idea de que lo seguían—. Dame la espada, y te dejaré vivir.

No sin cierta justificación, Ferl lo miró como si estuviera loco: él estaba armado y Feir no.

—¿Darte yo a ti? Esta es una espada de jefe guerrero.

—¿Jefe guerrero? Esa espada vale más que tu clan entero y todos los clanes en doscientos kilómetros a la redonda juntos.

Ferl no le creyó, pero tampoco le importaba.

—Es mía.

Tres puntos de luz blanca, todos más pequeños que la uña del pulgar de Feir, aparecieron ante él y salieron zumbando hacia Ferl Khalius. El tipo no era manco ni mucho menos, pero había un límite a lo rápido que podía moverse una espada.

Los dos proyectiles que Ferl bloqueó con su acero rebotaron y se perdieron en la noche. El tercero le pasó justo por debajo de las manos y le alcanzó en la barriga. Feir extendió el control con dificultad, ya que la magia a distancia nunca había sido su fuerte, e impulsó el proyectil hacia arriba. Se abrió camino ardiendo hasta el corazón de Ferl.

El montañés clavó la mirada en Feir y se derrumbó de lado.

Feir recogió a Curoch sin sentir euforia. Había estado en lo cierto. Todas sus suposiciones, todos los riesgos que había tomado, habían dado fruto. Si alguien oía aquella historia algún día, los bardos la convertirían en una leyenda. Acababa de recuperar uno de los artefactos mágicos más poderosos jamás creados.

Entonces, ¿por qué se sentía tan vacío?

Qué fácil había sido esa vez. Lento, pero fácil. Quizá el montañés tuviera razón. No había sido honorable pero, cuando una persona tenía a Curoch, la lucha nunca era justa.

Sin embargo, aquel tampoco era el motivo de su desazón. Había recuperado esa maldita espada tres veces, ¡tres! Podían declararlo Encontrador Oficial de la Condenada Espada. La tenía en su poder, pero nunca podría usarla. Era un mediocre que había cometido el error de trabar amistad con los grandes.

Solonariwan Tofusin Sa'fasti había sido un príncipe del Imperio sethí; su Talento lo situaba entre la flor y nata de todos los magos vivientes. Dorian era otro príncipe, un vürdmeister y más... un mago de los que aparecía uno por generación. En cambio, Feir era hijo de zapatero, con un Talento del montón y cierta maña para la esgrima. Había sido aprendiz de herrero cuando se descubrió su Talento, asistió a la escuela de Hacedores y después lo contrataron como instructor de herrería y esgrima en Sho'cendi, donde conoció a Solon y Dorian.

Dorian había renegado de su linaje, y ni él ni Solon habían recibido oficialmente ningún trato especial. Sin embargo, como bien sabía Feir, eso no significaba que su noble cuna no les supusiera ninguna ventaja. Con independencia de lo que les pasara, ellos se sabían especiales. Sabían que importaban. Feir nunca tuvo eso. Él siempre estaba en segundo lugar, cuando no tercero.

El bastón de señales se iluminó y Feir lo levantó. El joven vürdmeister al que había matado llevaba encima una clave de traducción, sin duda había sido la primera vez que le confiaban un instrumento semejante. Feir pudo traducir los destellos de luz en letras, pero seguían estando codificadas y además en khalidorano. Descifrar la clave fue simple. La primera letra era su letra khalidorana más una, la segunda la letra más dos, etcétera. Pero transmitían con rapidez las letras y Feir no tenía nada donde apuntarlas. Además, su vocabulario en khalidorano era limitado.

El rey dios usaba ese sistema de señales exactamente como lo habría hecho Feir. Coordinaba tropas y meisters a distancia. Muy simple, y a la vez concedía una ventaja enorme. Sus órdenes se transmitían al instante, mientras que sus oponentes debían esperar horas o días a la llegada del mensajero. En esos días o esas horas, cambiaban las situaciones, cambiaban los planes.

No era de extrañar que hubiese acabado con todo ejército que le había plantado cara.

«Reuníos... norte... de...», transmitió el bastón con sus destellos. Entonces hizo una pausa y el azul pasó al rojo. ¿Qué demonios significaba eso? Feir fue siguiendo las letras y, llevado por una corazonada, las transliteró a la lengua común. «A. R. B. O. L. E. D. A. P. A. V. V. I. L.» La arboleda de Pavvil. La luz volvió a ponerse azul y transmitió demasiado deprisa para que Feir lo entendiera, pero una parte fue repetida un par de veces: «Dos días. Dos días». Después los destellos se extinguieron.

Feir exhaló un largo suspiro. Había pasado por la arboleda de Pavvil en su camino al sur. Era una pequeña localidad maderera que explotaba los escasos robledales de Cenaria. Al norte del pueblo había una explanada propicia para una batalla. Era evidente que el rey dios tenía planeado exterminar allí al ejército rebelde.

Feir podía llegar al lugar en un par de días, pero todavía faltaban dos horas para el amanecer. ¿Los khalidoranos contaban el día a partir del alba o de la medianoche? ¿Dos días significaba dos, o tres?

Feir maldijo. Podía descifrar una críptica clave en otro idioma, pero no podía contar hasta tres. Genial.

El bastón de señales se puso amarillo, algo que nunca había sucedido antes.

«Vürdmeister Lorus informa...»

Oh, no.

El bastón brilló: «¿Por qué... dirección... sur...?».

Feir palideció. De manera que los bastones de señales no solo servían para comunicarse, sino que también transmitían su posición. Eso no era bueno.

«Castigo... cuando regreses.» ¿Mi castigo se decidirá cuando regrese? «... Se rumorea... Lantano... cerca de ti. ¿Alguna señal?»

Feir quería agarrar su propia ignorancia por el cuello y sacudirla hasta matarla. ¿Qué se rumoreaba que tenía cerca?

«¿Vürdmeister? ¿Lorus? La ausencia de respuesta será...»

Feir tiró el bastón lejos y retrocedió a toda prisa. No sucedió nada. Transcurrió un minuto. Siguió sin pasar nada. Empezaba a sentirse imbécil cuando el bastón de señales explotó con tanta fuerza que derribó la nieve de los árboles en cien pasos a la redonda.

«Bueno, eso despertará a los vecinos.»

Los vecinos. No era un pensamiento agradable. ¿Y Lantano? Ese nombre le sonaba.

Feir trepó a una colina rocosa cercana para tener una vista mejor de la zona. Casi deseó no haberlo hecho. Cuatrocientos pasos al sur había acampado un ejército, en total unas diez mil personas: unos seis mil soldados, más los civiles —esposas, herradores, maestros armeros, prostitutas, cocineros y sirvientes—, que siempre acompañaban a las tropas en movimiento.

En los pendones del ejército se veía una nítida espada negra vertical sobre campo

blanco: el sello de Lantano Garuwashi. Ese era el nombre, como por fin recordó Feir: un general que nunca había sido derrotado, un hijo de plebeyo que había ganado sesenta duelos. Si se daba crédito a las historias, a veces luchaba con espadas de madera contra el acero de sus oponentes para hacerlo interesante.

Los vecinos, en efecto, habían oído el ruido, y un contingente de diez jinetes cabalgaba en ese preciso instante hacia Feir. Lo seguían por lo menos otros cien.

Capítulo 53

Kylar abrió los ojos en una habitación desconocida. Empezaba a ser demasiado habitual. Esa vez le había tocado una sala pequeña, sucia y atestada. La cama olía como si no hubiesen cambiado la paja en veinte años. Se le aceleró el corazón mientras se preparaba para lo que llegase a continuación.

—Tranquilo —dijo Mama K, que se plantó junto a su cama.

Era una casa segura, sin duda, en la parte norte de las Madrigueras a juzgar por el olor.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Kylar, con la voz convertida en un graznido—. ¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

—Yo también me alegro de verte —dijo Mama K, pero sonreía.

—Un día y medio —respondió una voz de varón.

Kylar se incorporó. Quien había hablado era el general supremo Agon. Eso sí era una sorpresa.

—Bueno, bueno, parece que esa muralla enorme alrededor de la ciudad no es lo único que ha cambiado.

—Es increíble lo que los muy cabrones pueden conseguir cuando intentan hacer algo constructivo, ¿eh? —dijo Agon. Llevaba una muleta y se movía como si le doliera la rodilla.

—Me alegro de verte, Kylar —dijo Mama K—. Ya han empezado a correr rumores sobre el Ángel de la Noche que mató a Hu Patíbulo, pero los únicos que saben que en realidad fuiste tú son mis guardias. Llevan conmigo mucho tiempo; no hablarán.

De modo que su identidad estaba a salvo... aun así Kylar no pensaba distraerse. Había ido demasiado lejos y demasiado deprisa, y había sacrificado demasiado, con un solo propósito.

—¿Qué sabéis de Logan?

Mama K y Agon se miraron.

—Está muerto —respondió la antigua cortesana.

—No lo está —replicó Kylar.

—La mejor información que tenemos...

—No lo está. Jarl fue hasta Caernarvon solo para contármelo.

—Kylar —explicó Mama K—, los khalidoranos se enteraron ayer de quién era Logan. Por lo que sabemos, o lo mató otro recluso por ello o él mismo se tiró por el agujero para evitar la suerte que le había reservado el rey dios.

—No me lo creo. —«¿Ayer? ¿Mientras yo dormía? ¿Estando tan cerca?»

—Lo siento —dijo Mama K.

Kylar se levantó y encontró un nuevo juego de ropa de camuflaje de ejecutor

doblada al pie de la cama. Empezó a vestirse.

—Kylar... —dijo Mama K.

No le hizo caso.

—Hijo —intervino Agon—, es hora de abrir los ojos. A nadie le gusta que Logan haya muerto. Era como un hijo para mí. No puedes traerlo de vuelta, pero puedes hacer otras cosas que no están al alcance de nadie más.

Kylar se puso la túnica.

—Y déjame adivinar —dijo con amargura—, ¿vosotros dos ya habéis pensado varias maneras de sacar partido a mis talentos?

—Dentro de unos días, el ejército de Terah de Graesin se encontrará con el del rey dios justo al norte de la arboleda de Pavvil. Ella llegará primero y tendrá tanto la ventaja del terreno como la de las cifras —dijo Mama K.

—¿Y el problema es?

—Que el rey dios lo acepta. Después de la Nocta Hemata, debería mostrarse el doble de cauteloso, pero está yendo de cabeza a esa batalla. Kylar, nuestros espías no han descubierto gran cosa, pero estoy segura de que es una trampa. Terah de Graesin no nos hace caso. No quería combatir hasta que el rey dios le ofreciera una batalla que no pudiese perder. Ahora la tiene delante, y nada la detendrá. Lo único que sabemos es que el rey dios está haciendo algo mágico, y que es grande.

—No lo digas —advirtió Kylar.

—Queremos contratarte para un golpe, Kylar —dijo Mama K—. Un golpe digno del Ángel de la Noche. Queremos que mates al rey dios.

—Estáis locos.

—Serás una leyenda —dijo Agon.

—Preferiría estar vivo.

Resultaba escalofriante. Era exactamente lo mismo que habían querido que hiciese antes de dejar la ciudad. Era exactamente lo que Jarl le había pedido, y por lo que había muerto. Matar al rey dios. Redimir todo el dolor y el desperdicio que había supuesto su entrenamiento como ejecutor. Una muerte, y podría colgar la espada, satisfecho de haber puesto algo más que su granito de arena. Una muerte que ahorraría miles. Parecía el destino llamando a su puerta.

—Aunque Logan siga vivo, no servirá de nada salvarlo si permites que se vaya al traste su única oportunidad de tener un reino —dijo Agon—. Si ha sobrevivido hasta ahora, puede aguantar un día o dos más. Mata al rey dios y salva el reino, y luego podrás buscar a nuestro rey.

Kylar escogió varias armas de entre el amplio surtido que Mama K había preparado para él y fue escondiéndolas por su cuerpo en silencio.

—Nos condenarás a todos —insistió Agon—. Tienes la clase de poder por la que yo moriría, y no quieres usarlo para ayudarnos. Maldito seas. —Giró sobre sus

talones y salió cojeando de la habitación.

Kylar miró a Mama K. Ella no partió, pero tampoco lo entendía.

—Yo también me alegro de volver a verte, Mama K —dijo Kylar. Respiró hondo —. Dejé a Uly con Elene. Las dos estarán bien. Les dejé dinero suficiente para que no tengan que preocuparse durante el resto de su vida. Y Elene la amará. Hice todo lo que pude... Jarl... —De repente notaba lágrimas en los ojos.

Mama K le puso una mano en el brazo y él bajó la vista.

—Sé que no tiene sentido —siguió diciendo—, pero juré dejar atrás el camino de las sombras. He roto ese voto por Logan. Eso me ha costado el amor de Elene y la confianza de Uly. No las abandoné para poder robar una vida, sino para salvar otra. ¿Lo entiendes?

—¿Sabes a quién me recuerdas? —preguntó Mama K—. A Durzo. Cuando era más joven, antes de que se le agriara el carácter. Estaría orgulloso de ti, Kylar. Yo... yo también lo estoy. Ojalá pudiera creer que los hados no serán tan crueles como para dejarte sacrificarlo todo a cambio de encontrar muerto a Logan, pero no tengo ese tipo de fe. Sin embargo, te diré en lo que sí creo. Creo en ti. —Lo abrazó.

—Estás cambiada —dijo Kylar.

—Todo es culpa tuya —replicó ella—. Dentro de nada me volveré senil.

—Me gusta —comentó él.

Mama K le puso las manos en las mejillas y lo besó en la frente.

—Ve, Kylar. Ve y, por favor, vuelve.

Logan ya se había quedado dormido dos veces, cada una de ellas esperando no despertar. Había dejado de comer: ni pensaba tocar el cuerpo de Fin. Había dejado de oler el aire denso y corrosivo. Había dejado de reparar en los pequeños gemidos de preocupación del Chirríos. También había dejado de sangrar, pero era demasiado tarde. No le quedaban fuerzas.

Después de que el Chirríos lo ayudase a sentarse con la espalda apoyada en una estalagmita, vio otro cuerpo roto y tendido en la penumbra a tres metros escasos de distancia. Era Natassa de Graesin. Los gritos de los aulladores ya no la asustarían. Tenía las extremidades destrozadas pero su rostro parecía en paz. En sus ojos no había una acusación. No había nada.

La máxima pasión que Logan podía agitar en su interior era un simple lamento. Lo sentía por Natassa, que ni siquiera le había contado cómo había acabado encerrada allí abajo. Lo sentía por todo lo que él mismo no haría nunca. Jamás había deseado de corazón el trono. Siempre había sospechado que ser rey era mucho más difícil de lo que parecía. En el Agujero, a veces había lamentado que no lo fuesen a recordar como a alguien importante.

En ese momento, sentado con la espalda apoyada en la estalagmita que algún día

fluiría por encima de su cuerpo y lo sepultaría para toda la eternidad, deseaba cosas más sencillas. Echaba de menos el sol. Echaba de menos el olor de la hierba, de la lluvia reciente, de una mujer. Echaba de menos a Serah Drake y todas sus trivialidades. Echaba de menos a su esposa. Jenine era tan joven, tan lista, tan hermosa. Había sido un diamante que había encontrado para luego perderlo para siempre. Echaba de menos a Kylar, su mejor amigo. Otro diamante desperdiciado, encontrado y perdido.

Deseó el amor, los niños y la administración de sus tierras. Una vida sencilla, una gran familia, un puñado de buenos amigos. Eso le concedería toda la inmortalidad que necesitaba.

Probó a rezar a los viejos dioses. No había nada más que hacer, y el Chirríos no daba para mucha conversación, pero los viejos dioses no tenían nada que decir. Rezó incluso al Dios Único del conde Drake. No estaba seguro de cómo le rezaba uno al dios de todas las cosas. ¿Por qué iba a importarle nada? Renunció.

Más que nada, intentaba olvidar el dolor.

Estaba a punto de cerrar los ojos para intentar morirse otra vez... o dormir, lo que fuera, cuando el Chirríos empezó a aullar. Era un sonido agudo, penetrante y molesto que no se parecía a nada que Logan hubiese oído antes.

La fumarola eructó un vapor acre y la figura que Logan atisbó por un instante quedó devorada por la espesa nube y la oscuridad. Después, cuando se disipó, surgió un demonio.

Por primera vez, el Chirríos dio muestras de miedo. Se retiró a un lado de Logan y se agachó, gimoteando, pero no quiso retroceder más. La lealtad de aquel hombre simple no conocía límites.

El demonio avanzó despacio, con sus ojos azules y resplandecientes clavados en Logan. ¿Era eso un aullador? ¿O se trataba de la Muerte, que venía por fin a reclamarlo? Logan no tenía miedo.

—De puta madre —dijo la Muerte con una voz familiar—. Pensaba que iba a tener que escalar hasta el Agujero para encontrarte.

—¿Qué eres? —graznó Logan.

El rostro del demonio rieló y se derritió hasta dejar la cara de Kylar a la vista. Logan se convenció de que por fin había enloquecido.

—Lo siento, me había olvidado de la cara —dijo Kylar. Exhibía su desquiciada media sonrisa para disimular su preocupación—. Pareces, esto, el lado sur de un caballo rumbo al norte. —Era una de las viejas frases de Logan, ¡dioses!, de aquellos tiempos en los que conocía apenas una décima parte de las palabrotas que había aprendido en el Agujero. Kylar volvió a sonreír—. ¿Le pasa algo al grandullón este?

El Chirríos temblaba de arriba abajo, y ni siquiera Logan discernía si era de furia o de miedo.

—Chi —dijo—, es un amigo. Ha venido a ayudarme. —La expresión del Chirríos no varió, pero tampoco se movió para atacar—. Eres tú de verdad, ¿no? —preguntó dirigiéndose de nuevo a Kylar.

—Alguien tenía que salvarte —repuso Kylar.

Al ver que Logan no respondía, se acercó y le examinó el cuerpo. Tenía la expresión torva.

—En fin, ¿qué es un milagro más, eh? Sigues vivito y coleando —murmuró para sí.

Logan sintió que se le iba escapando la consciencia mientras Kylar lo ayudaba a ponerse en pie. Su amigo estaba hablando, y una parte de Logan se daba cuenta de que solo intentaba mantenerlo en vela. Hizo lo que pudo por escuchar la voz de Kylar y desoír las llamadas del dolor y la muerte.

—... porque es casi imposible entrar en las malditas Fauces ahora. No como en los viejos tiempos... dicen que alguien o algo ha sentado sus reales en ellas. Sus reales, ya ves, como si las Fauces fuesen un palacio o algo así.

—Khali —susurró Logan.

Kylar los estaba internando en las profundidades del agujero. Logan volvió a tropezar y, cuando abrió los ojos, descubrió que estaba atado a la espalda de Kylar. Eso no podía estar bien. Aun con todo el peso que había perdido, Kylar no debería haber podido llevarlo a cuestas con tanta facilidad. Sin embargo, la sensación no desapareció. Se estaban adentrando cada vez más abajo. Allí no había camino ni musgo luminoso, pero Kylar se desplazaba con movimientos seguros y sin parar de hablar, y con su misma voz mantenía a raya el terror a la oscuridad de Logan.

—... estuve una vez en las Chimeneas, y he recordado que las tuberías parecían bajar hasta el centro mismo de la tierra. Entonces he pensado que las Fauces van hacia abajo y las tuberías de las chimeneas también, y que están al lado. Me he figurado que, si bajaba lo suficiente, los túneles quizá se encontrarían.

»¿Has visto alguna vez el interior de esas tuberías de las Chimeneas, Logan? Metal pulido que baja a pico, yo diría que sin fin. Unas aspas enormes de ventilador que giran cuando el aire asciende hacia arriba. He pensado que podía tomar la ruta lenta o la ruta rápida. Ya me conoces, imagínate por dónde he tirado. He cogido un escudo y me he hecho un pequeño trineo con frenos de mano para poder orientarlo un poco... Te diré una cosa, ¡ha sido acojonante! Casi llegué hasta abajo del todo, cuando tuve el problemilla con el último ventilador. Nunca habría imaginado que las aspas giraran tan despacio. Por suerte, ya había perdido velocidad cuando choqué. Me dan pena los pobres pringados que tengan que bajar hasta allí para arreglarlo.

Entonces Kylar se calló y respiró hondo.

—No te mentiré. Ahora viene lo malo. Tenemos que pasar por debajo del agua. Esta es la frontera, Logan. Lo que separa el Agujero de las Chimeneas. El agua está

caliente y el paso subterráneo es muy estrecho, te va a dar la sensación de que te han enterrado. Te prometo que, si llegas al otro lado de esta muerte, saldrás a una nueva vida. Tú aguanta la respiración, y yo haré todo el trabajo.

—Chirríos —dijo Logan.

—¿Chirríos? Ah, ¿el grandullón? Hum, parece que no le gusta mucho el agua, Logan.

Logan no veía al Chirríos. Allí abajo no reinaba una simple oscuridad. Era la negrura absoluta. Ni siquiera había matices. Se trataba de una oscuridad única, compacta, omnipresente. Unas tinieblas calientes, húmedas y opresivas que calaban hasta los mismos pulmones. No tenía ni idea de cómo veía Kylar al Chirríos, pero no pensaba abandonarlo allí.

—¿Volverás... a por él? —preguntó.

Hubo un largo silencio.

—Sí, mi rey —respondió Kylar por fin.

—Estoy... Estoy preparado.

—Tú cuenta. Yo he tardado más o menos un minuto. Puede que nos cueste un poco más yendo juntos.

¿Un minuto?

—Antes de que nos metamos, quisiera decirte que... Lo siento, Logan. Siento todo esto y lo mucho de ello que es culpa mía. Siento no haberte contado quién era. Siento no haber matado a Tenser cuando tuve ocasión. Siento... Lo siento, ya está.

Logan no dijo nada. No encontraba ni las palabras ni las fuerzas para dar a Kylar lo que se merecía.

Su amigo no esperó. Empezó a tomar bocanadas profundas de aire y Logan siguió su ejemplo. Al cabo de un momento, se zambulleron juntos en el agua. Logan se pegó al cuerpo de Kylar, intentando no obstaculizarle el movimiento de los brazos.

El agua estaba caliente, tanto que escocía, y era evidente que Kylar no esperaba que aquello fuese un chapuzón relajante. Logan sintió que se volvían boca arriba, y luego Kylar debió de agarrarse a las rocas para propulsarlos hacia abajo, porque avanzaron con rapidez. A decir verdad, buceaban más deprisa de lo que Logan hubiese creído posible. Sabía que Kylar era fuerte: había luchado y practicado con él, pero se desplazaba a una velocidad imposible con un hombre atado a la espalda.

Diez... Once... El agua presionaba desde todos los lados, como si los constriñera. Una parte de Logan se maravillaba de que Kylar hubiese hecho ya esto, solo, sin ninguna certidumbre de que los túneles estuvieran conectados o de cuánto tiempo tendría que bucear. Pasados catorce segundos, ya le ardían los pulmones.

Aguantó, intentando no hacer demasiada fuerza, intentando conservar las energías. El dolor no era nada, se dijo.

Habían pasado otros veinte segundos cuando notó que dejaban de descender. Se

arañó la espalda con la roca. La sensación era diferente, aunque no podría haber dicho qué sentido le informaba de ello. Le daba la impresión de que habían entrado en un túnel, y a juzgar por cómo se movía Kylar era angosto.

Cuarenta... Cuarenta y uno... El dolor ya era innegable. El aire le presionaba garganta arriba, suplicando que lo soltase, que lo dejara escapar. Suelta solo un poco, solo un poco...

A los cincuenta, se atascaron. Todo el movimiento cesó de sopetón. De la impresión Logan abrió los ojos. Un agua caliente y ácida se los irritó y le hizo toser. Una burbuja enorme de aire, de vida, abandonó sus pulmones.

Kylar tiró y tiró. Logan sintió que algo se desgarraba, sin saber si había sido su astrosa túnica o su piel, pero volvieron a moverse.

Le quedaba menos de medio pulmón de aire. Kylar volvía a bucear a una velocidad increíble, pero todavía no se dirigían hacia arriba.

Entonces Logan notó que su amigo se giraba, pero no se impulsaba hacia arriba. Con un movimiento frenético iluminado por un mágico resplandor azul, desenvainó una espada corta que llevaba al cinto. Logan se movió de un lado a otro mientras Kylar lanzaba tajos y estocadas a algo que centelleaba como un relámpago plateado en el agua.

Ya no aguantaba más. Kylar empezó a ascender, pero Logan no resistiría otros veinte segundos. No podía soportar tanto tiempo.

A los sesenta y siete segundos, soltó el poco aire que le quedaba.

Estaban subiendo a tal velocidad que ese aire le cosquilleó en la cara al atravesarlo. Dejaron atrás la burbuja.

Le quemaban los pulmones. Se rindió y respiró.

Un agua ardiente entró a chorro en sus pulmones... seguida de aire. Logan tosió y tosió hasta expulsar aquel líquido caliente y acre por la nariz y la boca. Le abrasó los senos pero, al cabo de un momento, lo sustituyó un aire fresco y dulce.

Kylar lo desató y lo bajó con delicadeza hasta el suelo. Logan quedó tumbado boca arriba, respirando sin más. Seguía estando oscuro, pero muy arriba, en lo alto de los tubos metálicos de las chimeneas, distinguió el titilar de unas antorchas distantes. Después de las aguas negras, le pareció como salir a un universo de luz.

—Mi rey —dijo Kylar—, hay algo en el agua. Una especie de lagarto gigante me atacó. Si vuelvo, no sé si regresaré. No estáis en condiciones de salir solo. Sin mí, moriréis aquí. ¿Seguís queriendo que traiga al retrasado?

Logan quería decir que no. Él era más importante para el reino que el Chirríos. Y le daba miedo quedarse a solas. De repente tenía la vida al alcance de la mano, y no quería morir.

—No puedo abandonarlo, Kylar. Perdóname.

—Solo necesitaríais perdón si me hubieseis pedido que lo abandonase —dijo

Kylar, y acto seguido se zambulló en el agua.

Estuvo ausente durante cinco agónicos minutos. Cuando atravesó la superficie del agua, nadaba a tal velocidad que salió disparado y aterrizó de pie. Había creado un arnés con la cuerda y había remolcado al Chirríos tras de sí. Agarró la cuerda y tiró de ella a toda velocidad.

El Chirríos salió del agua literalmente volando. Respiró hondo y sonrió a Logan.

—¡Aguanto bien aire! —exclamó.

Kylar cubrió a Logan con los brazos cuando algo enorme emergió a sus espaldas, algo que embistió a Kylar y los mandó a los tres por los suelos.

Entonces la gruta se iluminó con una luz azul iridiscente que provenía del propio Kylar. El joven se había levantado y saltaba de una estalagmita a otra, siguiendo una trayectoria impredecible. El miedo atenazó la garganta de Logan. Fuera lo que fuese lo que Kylar combatía, era enorme. Unas manos palmeadas gigantescas partían las estalagmitas como si fuesen ramitas. Llovían rocas por todas partes y Logan se acurrucó formando una bola. Grandes bocanadas de aire salían de unas fauces solo visibles cuando los dientes y los ojos reflejaban el fuego azul de Kylar. Una luz verde plateada parpadeaba de vez en cuando.

Lo más terrorífico era no poder ver. La batalla se libraba a unos pasos de distancia y Logan no podía hacer nada, ni siquiera observar. Oyó un fuerte tintineo y supuso que era la espada de Kylar al rebotar contra el pellejo de la criatura, pero no tenía ni idea, como tampoco tenía ni idea de qué manera Kylar lograba combatirlo en aquella oscuridad absoluta. Él no podía ayudarlo; ni siquiera sabía lo grande que era aquello o el aspecto que tenía.

Perdió de vista a Kylar, o su amigo desapareció, porque hasta la bestia se quedó quieta y resopló. Empezó a olisquear el aire, moviendo adelante y atrás su enorme cabeza.

De repente, se abalanzó hacia Logan y el Chirríos. Logan extendió los brazos para protegerse y sintió que una piel legamosa le pasaba rozando los dedos. Cayeron estalagmitas por doquier. Luego la bestia retrocedió y volvió la cabeza. Una luz tan plateada y fría como la luna se encendió en sus ojos veteados de verde.

Un hocico viscoso pasó rozando la mejilla de Logan y la bestia volvió de nuevo la cabeza. Olisqueó y olisqueó. Logan tocó con los dedos un trozo roto de estalagmita y lo agarró. El movimiento atrajo a la criatura, que retrocedió un poco y se volvió hacia él. Un ojo verde y brillante se acercó a Logan y lo iluminó como una antorcha. Una gran pupila vertical lo estudió con atención.

Logan hundió la roca quebrada en aquel ojo enorme y la retorció adelante y atrás. Una luz fosforescente verde y plateada se derramó sobre él con la sangre de la criatura. El ojo se apagó como una vela y un aullido inundó la gruta, amplificado por el eco. Al cabo de un momento, una figura oscura pasó velocísima junto a Logan y

atacó al ojo ciego.

La criatura volvió a chillar y retrocedió entre golpetazos. Sonó un chapoteo enorme, y después se hizo el silencio.

—Logan —dijo Kylar, con la voz temblorosa por las secuelas de la adrenalina—, ¿eso era... eso era Khali?

—No. Khali es... diferente. Peor. —Logan lanzó una carcajada vacilante—. Eso era solo un dragón. —Volvió a reírse como un hombre que hubiese perdido el juicio.

Entonces se apagó toda luz.

Cuando despertó, los tres llevaban puestos sendos arneses y Kylar estaba izándolos mediante una cuerda que debía de haber pasado por una polea situada muy arriba. Estaban ascendiendo por el pozo central de las Chimeneas. Era un tubo de metal enorme, de treinta pasos de diámetro, y todos los gigantescos ventiladores estaban parados. ¿Cómo lo había conseguido Kylar?

El ascenso les llevó varios minutos más y, en todo momento, Logan fue consciente de que el brazo le quemaba y picaba allá donde lo había salpicado la sangre del ojo de la criatura. No tenía valor para mirarlo.

—Tenemos un infiltrado que me ha ayudado —explicó Kylar—. Ahora el Sa’kagé es uno de vuestros aliados más importantes, mi rey. Tal vez vuestro único aliado.

Unos minutos más tarde, llegaron a una sección en la que las tuberías se curvaban hasta volverse horizontales. Con sumo cuidado, Kylar desató a Logan y luego al Chirríos. Cortó las cuerdas y las dejó caer al abismo. La polea fue detrás. Los condujo por un tramo horizontal que se iba estrechando hasta que llegaron a una puerta. Kylar llamó tres veces.

La puerta se abrió y Logan se encontró cara a cara con Gorkhy.

—Logan, te presento a nuestro infiltrado —dijo Kylar—. Gorkhy, el dinero...

—¡Tú! —dijo el guardia. Su cara expresaba el mismo asco que Logan sentía.

—Mátalo —graznó Logan.

Gorkhy abrió los ojos. Echó mano del silbato de centinela que llevaba al cuello con un cordón. Y antes de que alcanzase sus labios, la cabeza se despegó dando vueltas de su cuerpo. El cadáver cayó sin emitir un sonido.

Fue así de rápido, así de fácil. Kylar arrastró el cuerpo por el túnel para lanzarlo por el pozo y regresó al cabo de un minuto. Logan acababa de ordenar su primera muerte.

Kylar no pidió explicaciones. Fue algo extraño, asombroso, atroz. Era el poder, y dejaba una sensación desconcertantemente... maravillosa.

—¿Majestad? —dijo Kylar, mientras abría la puerta que salía del pozo, de la pesadilla—. Vuestro reino os espera.

Capítulo 54

Cuando Kaldrosa Wyn y diez de las demás chicas del Dragón Cobarde salieron de la casa segura de Mama K, las Madrigueras estaban cambiadas. Flotaba en el aire un nerviosismo emocionado. La Nocta Hemata había sido un triunfo, pero se avecinaban represalias. Todo el mundo lo sabía. Mama K había comunicado a las chicas que debían abandonar su refugio subterráneo porque se había filtrado el secreto de su existencia. De algún modo, el Ángel de la Noche las había salvado a todas de la carnicería que planeaba Hu Patíbulo.

Kaldrosa ya había oído rumores sobre el Ángel de la Noche antes, justo después de la invasión, pero no les había dado crédito. Ahora todas sabían que era real. Habían visto el cuerpo de Hu Patíbulo.

Mama K les había dicho que las sacaría a escondidas de la ciudad lo antes posible, pero evacuar a trescientas mujeres iba a llevar cierto tiempo. Tenían maneras de rodear las nuevas murallas del rey dios, o de pasar por debajo, pero no sería fácil. En teoría el grupo de Kaldrosa Wyn partía esa noche. Mama K les había dicho que, si preferían quedarse en la ciudad, si tenían maridos, novios o familias a los que volver, bastaba con no presentarse en el punto de encuentro esa noche.

Las Madrigueras estaban en calma, a la expectativa, mientras las mujeres se dirigían hacia la casa segura. Llamaban la atención, por supuesto, ya que aún iban vestidas con sus ricas prendas de prostitutas. Los diseños del maestro Piccun parecían obscenos en las calles a plena luz del día. Para empeorar el efecto, algunos de los modelitos tenían manchas parduscas y negras de sangre seca.

Sin embargo, las mujeres no se cruzaron con ningún guardia, y pronto les quedó claro que los khalidoranos ya no se arriesgaban a entrar en las Madrigueras. Los residentes con los que se cruzaban les lanzaban miradas extrañas. Una callejuela por la que intentaron avanzar estaba bloqueada por un edificio que debía de haberse derrumbado durante la Nocta Hemata, lo que obligó a Kaldrosa Wyn y las demás a atravesar directamente el mercado de Durdun.

En los puestos reinaba el ajetreo de costumbre pero, a medida que las antiguas meretrices recorrían el mercado, se hacía el silencio. Todas las miradas estaban puestas en ellas. Las chicas apretaron la mandíbula, preparadas para las burlas que sin duda provocaría su ropa, pero no pasó nada.

Una recia pescadera se inclinó por encima de su puesto y dijo:

—Muy bien hecho, chicas.

La aprobación las pilló desprevenidas y las golpeó como una bofetada. Se encontraron lo mismo en todas partes. La gente asentía en señal de saludo y aceptación, incluso mujeres que una semana atrás se habrían burlado de las chicas de alquiler aun cuando envidiaban la belleza y la vida fácil. Por mucho que se vieran

venir la despiadada represalia del rey dios, que sabían cierta, los conejos compartían una unidad forjada en la persecución. Los conejos se habían sorprendido a sí mismos con su propia valentía esa noche y, en cierto sentido, las putas llevaban su estandarte.

Los dos días a caballo hasta Cenaria en gloriosa soledad solo tuvieron un inconveniente. No había niña irritante. No había bruja mandona. Nada de duelos verbales ni humillaciones. El tiempo libre, en cambio, concedió a Vi la oportunidad de ver lo endebles que eran sus planes.

El primer plan era ir a ver al rey dios. Había parecido genial durante unos cinco minutos. Le comunicaría que Kylar estaba muerto. Le diría que Jarl estaba muerto. Pediría su oro y se iría.

Ya. Las cavilaciones de la hermana Ariel sobre el conjuro al que Vi estaba sometida habían sido demasiado específicas, demasiado plausibles, para ser suposiciones. La sujetaban con una correa, corta o larga, pero correa a fin de cuentas. Garoth Ursuul había prometido domarla, y no era un hombre que olvidara las promesas de ese tipo.

A decir verdad, Vi ya se sentía domada. Estaba perdiendo facultades. Una cosa era sentirse mal por matar a Jarl. Después de todo, Jarl la había mantenido viva; había sido un amigo y alguien que nunca habría exigido el uso de su cuerpo. No había supuesto una amenaza, física o sexual.

Kylar era harina de otro costal y aun así, incluso entonces, cabalgando al paso por las calles de Cenaria, con la capucha sobre la cara, Vi no podía dejar de pensar en él. Lamentaba que hubiera muerto. Quizá hasta le apenaba.

Kylar había sido un ejecutor cojonudo. Uno de los mejores. Era una pena que lo hubiese matado una flecha, disparada probablemente desde un escondrijo. Ni siquiera un ejecutor podía parar algo así.

—Eso es —dijo Vi en voz alta—. Podría pasarle a cualquiera. Me hace consciente de mi propia mortalidad. Es una pena, ya está.

No era solo una pena. No era eso lo que sentía, y lo sabía. Kylar había sido bastante mono. Si podía pensarse en «bastante mono» con un resoplido mental. Así como encantador. Bueno, no tan encantador, aunque se esforzaba.

En realidad era culpa de Uly, que no había parado de hablar sobre lo estupendo que era. Joder.

Conque a lo mejor había albergado la fantasía de que Kylar podía ser el tipo de hombre capaz de entenderla. Había sido ejecutor y, de alguna manera, lo había dejado y se había convertido en una persona decente. Si él había podido hacerlo, a lo mejor ella también.

Sí, Kylar había sido ejecutor, pero nunca puta. «¿Te crees que entendería eso? ¿Que lo perdonaría? Ya. Sigue adelante con tu encaprichamiento, Vi. Berrea como

una niña pequeña. Venga, finge que podrías haber sido una Elene, creando un pequeño hogar y llevando una vida pequeña. Seguro que te habrías divertido muchísimo amamantando a mocosos y tejiendo mantas para bebés.

»La verdad es que ni siquiera tuviste valor para reconocer que te habías colado por Kylar hasta que supiste que estaba muerto y no había peligro.»

Todo lo que Vi siempre había odiado de las mujeres de repente estaba manifestándose en sí misma. Por Nysos, hasta echaba de menos a Uly. Como si fuese su puta madre o algo así.

«Vale, vale, muy bonito. Yupi. ¿Ya nos sentimos mejor? Porque seguimos teniendo un problema.» Se quedó sentada en su caballo frente al establecimiento de Drissa Nile. La mala puta de Ariel había dicho que las tramas eran peligrosas, pero que Drissa quizá pudiera liberar a Vi de la magia del rey dios. Observando el modesto local, Vi pensó que el rey dios parecía una apuesta más segura.

El rey dios la convertiría en esclava. Drissa Nile la liberaría o la mataría.

Entró. Tuvo que esperar media hora mientras el matrimonio Nile, ambos menudos y con anteojos, se ocupaba de un niño que se había clavado el hacha en el pie mientras partía leña. Cuando sus padres se lo llevaron a casa, Vi informó de que la enviaba la hermana Ariel. Los Nile cerraron el establecimiento de inmediato.

Drissa la sentó en una de las salas para pacientes mientras Tevor retiraba una sección del techo para que entrase la luz del sol. Se parecían: ropas anchas sobre unos cuerpos bajitos y rechonchos, pelo castaño entrecano y liso como una gavilla de trigo, anteojos y un solo pendiente cada uno. Se movían con la fluida familiaridad de una larga relación, pero estaba claro que Tevor Nile se subordinaba a su esposa. Los dos aparentaban unos cuarenta años, pero el intelectual Tevor parecía perpetuamente despistado, mientras que Drissa no dejaba duda de que era consciente de todo y en todo momento.

Se sentaron uno a cada lado de ella, dándose la mano por detrás de su espalda. Drissa apoyó la mano libre en el cuello de Vi, y Tevor le puso los dedos sobre el antebrazo. Sintió un fresco cosquilleo en la piel.

—Y bien, ¿cómo es que conoces a Ariel? —preguntó Drissa, con ojos perspicaces tras sus anteojos. Tevor parecía haberse ensimismado por completo.

—Mató a mi caballo para impedirme entrar en el bosque de Ezra.

Drissa se aclaró la garganta.

—Ya veo...

—¡Aaagh! —chilló Tevor. Se echó para atrás de golpe, cayó del taburete y se golpeó la nuca contra la piedra de la chimenea—. ¡No toques nada!

Se puso en pie tan rápido como se había caído. Vi y Drissa lo miraron desconcertadas y Tevor se frotó la nuca.

—Por los Cien, he estado a punto de incinerarnos a todos. —Se sentó—. Drissa,

mira esto.

—Ah —dijo Vi—. Ariel comentó que había varias trampas interesantes.

—¿Y ahora me lo dices? —protestó Tevor—. ¿Interesantes? ¿A esto lo llama interesante?

—Dijo que erais los mejores con las tramas pequeñas.

—¿Eso dijo? —La actitud de Tevor cambió al instante.

—Bueno, dijo que Drissa lo era.

Tevor levantó las manos al cielo.

—Claro, cómo no. Las malditas hermanas no iban a reconocer que un hombre tal vez era bueno, ni siquiera por un segundo.

—Tevor... —dijo Drissa.

El hombre se calmó de golpe.

—¿Sí, querida?

—No lo veo. ¿Puedes levantarlo...? —Drissa soltó todo el aire de golpe—. Madre mía. Madre mía. Mejor que no lo levantes.

Tevor no dijo nada. Vi se volvió para ver qué expresión ponía.

—Quédate quieta, niña, por favor —pidió Drissa.

Durante diez minutos, trabajaron en silencio. O por lo menos Vi supuso que trabajaban. Aparte de algo parecido a la caricia de una pluma en la columna vertebral, no notó nada.

Al final, Tevor gruñó como si se diera por satisfecho.

—¿Hemos acabado? —preguntó Vi.

—¿Acabado? —dijo él—. Ni hemos empezado. Estaba inspeccionando los daños. ¿Interesante? Ya te digo si es interesante. Hay tres conjuros laterales protegiendo el primario. Puedo con ellos. Romper el último va a doler, y mucho. La buena noticia es que has acudido a nosotros. La mala es que, al tocar la trama, la he alterado. Si no puedo romperla en quizá una hora, te reventará la cabeza. Podrías haber avisado de que fue un vürdmeister quien te hechizó. ¿Alguna sorpresa más?

—¿Cuál es el conjuro primario? —preguntó Vi a Drissa.

—Es un conjuro de compulsión, Vi. Adelante, Tevor.

El hombre suspiró y volvió a sumirse en sí mismo. No parecía capaz de hablar mientras trabajaba. Drissa, en cambio, no tenía ningún problema. Vi observó que sus manos empezaban a adquirir un tenue resplandor, aunque no dejó de conversar.

—Pronto empezará a doler, Vi, y no solo físicamente. No podemos insensibilizarte al dolor porque el autor del conjuro ha puesto una trampa en esa zona de tu cerebro. Insensibilizarte es de lo primero que haría un sanador, por lo general, así que lo ha vuelto letal. Ahora no te muevas.

El mundo se puso blanco y se quedó blanco. Vi estaba ciega.

—Solo escucha mi voz, Vi —dijo Drissa—. Relájate.

Vi respiraba con bocanadas rápidas y superficiales. De repente, el mundo regresó. Veía.

—Cuatro veces más y tendremos el primer conjuro —explicó Drissa—. Quizá fuera más fácil si cerraras los ojos.

Vi los cerró con fuerza.

—O sea que, eh, compulsión —dijo.

—Exacto —respondió Drissa—. La magia de compulsión es muy limitada. Para que el conjuro aguante, el conjurador debe poseer autoridad sobre ti. Tienes que sentir que le debes obediencia al autor. El peor caso sería un progenitor o mentor, o un general si estuvieras en el ejército.

O un rey. O un dios. Por todos los infiernos.

—Sea como fuere —prosiguió Drissa—, la buena noticia es que puedes quitarte de encima una compulsión si puedes quitarte de encima el ascendiente que tiene esa persona sobre ti.

—Brillante —comentó Tevor—. Brillante, caray. Retorcido y demencial, pero obra de un genio. ¿Has visto cómo ha anclado las trampas en el propio glore vyrden de la chica? Hace que ella alimente los conjuros de él. Ineficiente a más no poder, pero...

—Tevor...

—Vale. Vuelvo al trabajo.

Los músculos del estómago de Vi padecieron una convulsión, como si sufriera arcadas. Cuando pasó, dijo:

—Quitármela de encima, ¿cómo?

—Oh, ¿la compulsión? Bueno, deberíamos poder romperla esta tarde. Es un poco peliagudo, sin embargo. Si intentas desatarla por donde no toca, solo aprietas más el nudo. A ti no te supondrá ningún problema.

—¿Por qué...? —El estómago revuelto de Vi atajó el resto de la pregunta.

—Las magas tenemos prohibido el uso de compulsiones, pero aprendemos a protegernos de ellas. Si no contaras con nosotros, quitarte de encima la compulsión exigiría la manifestación externa de un cambio interno, un símbolo que demuestre que has cambiado de lealtades. Eso también lo conseguirás en cuanto te pongas el vestido blanco y el colgante.

Vi la miró desconcertada.

—Cuando entres en la Capilla —explicó Drissa—. Porque piensas entrar en la Capilla, ¿no?

—Supongo —respondió Vi. En realidad no había pensado en el futuro, pero la Capilla la pondría a salvo del rey dios.

—Dos. Ja —dijo Tevor con aire triunfal—. Háblale de Pulleta Vikrasin.

—Solo te gusta esa historia porque deja a la Capilla en mal lugar.

—Sí, claro, tú quítale la gracia —protestó Tevor.

Drissa puso los ojos en blanco.

—Por no extenderme demasiado, hace doscientos años la superiora de una de las órdenes se dedicó a usar compulsión sobre sus subordinadas, que no lo descubrieron hasta que una de las magas, Pulleta Vikrasin, se casó con un mago. Su nueva lealtad a su marido rompió la compulsión y condujo a que varias hermanas recibieran un severo castigo.

—Es la peor versión de esa historia que he oído nunca —dijo Tevor. Miró a Vi—. Aquel matrimonio no solo salvó probablemente a la Capilla, sino que, en las retorcidas mentes de esas solteronas, también confirmó que una mujer que se casaba jamás podría ser leal del todo a la Capilla. No veo la hora de que las Prendas se junten y...

—Tevor, ¿una más? —dijo Drissa. De nuevo el hombrecillo volvió al trabajo—. Lo siento, ya tendrás política de la Capilla hasta aburrirte dentro de poco. Tevor sigue resentido por cómo me trataron después de que nos anillásemos. —Se dio un tironcito del pendiente.

—¿Eso significan? —preguntó Vi. Con razón había visto tantos pendientes en Waeddryn. Eran como anillos de boda.

—Sí, además de varios miles de reinas menos en el monedero, sí. Los maestros anilleros cuentan a las mujeres que los aros volverán más sumisos a sus maridos, y cuentan a los hombres que volverán a sus esposas más, ¿cómo decirlo?, amorosas. Se dice que en la antigüedad a un marido anillado no podía excitarlo ninguna mujer salvo su esposa. Puedes imaginarte lo bien que se vendían. Pero son todo mentiras. Quizá fuera cierto antaño, pero ahora los aretes apenas contienen magia para sellarse sin dejar marca y permanecer brillantes.

«Oh, Nysos.» De repente la nota de Kylar a Elene cobraba mucho más sentido. Vi no había robado unas joyas caras: había robado la promesa de amor eterno que había hecho un hombre. Volvía a notar el estómago revuelto, pero no creía que en esa ocasión tuviera nada que ver con la magia de Tevor.

—¿Estás preparada, Vi? Este va a doler de verdad, y no solo físicamente. Retirar la compulsión hará que revivas tus experiencias más significativas con la autoridad. Supongo que no serán agradables para ti.

«Buena suposición.»

Drissa Nile era la única que podía ayudar a esas alturas. Logan estaba muy maltrecho. Sacarlo de la isla de Vos había resultado bastante fácil, pero había llevado tiempo y Kylar no estaba seguro de cuánto le quedaba.

Su amigo había recibido una puñalada en la espalda y tenía todo tipo de cortes, entre ellos algunos en las costillas y el brazo que estaban rojos, inflamados y

supuraban.

Pocos magos se habían instalado en la ciudad en las dos últimas décadas, pero Kylar empezaba a creer que la Capilla nunca abandonaba ningún rincón del mundo. Conocía a una mujer en la ciudad que tenía muy buena reputación como sanadora y, si había una maga en la capital, era ella. Más valía que fuera así, ya que si alguien necesitaba magia curativa, ese era Logan. Sobre todo con lo del brazo.

Kylar ni siquiera estaba seguro de lo que era, pero parecía haberse soldado a fuego en la carne. Lo más raro era que parecía no haber caído al azar sobre el brazo de Logan, como cabría esperar de un chorro de sangre, sino formando un patrón. Kylar ni siquiera sabía si debía echarle agua, taparlo o qué. Cualquier cosa podría empeorarlo.

¿Y qué demonios había sido aquel bicho? Como pago por los muchos cortes que le había infligido, Kylar se había llevado un colmillo de la bestia, pero haber sobrevivido al encuentro se debía tanto a la suerte como a la habilidad. Si no hubiese habido tantas estalagmitas en la gruta, la velocidad de la criatura habría superado cualquier cosa que Kylar pudiera hacer. Su piel era impenetrable, aun con toda la fuerza del Talento. Había adivinado que sus ojos serían vulnerables, pero la bestia ya los había protegido de él tres veces antes de que Logan y el Chirríos la distrajesen. Y la travesía submarina, con aquella cosa persiguiéndolo bajo el agua, había sido terror puro. Probablemente soñaría con ello durante el resto de su vida.

A pesar de todo, salvar a Logan era lo mejor que había hecho nunca. Logan había necesitado que lo salvaran, había merecido que lo salvaran, y Kylar había sido el único capaz de hacerlo. Ese era su propósito. Eso redimía sus sacrificios. Por eso era el Ángel de la Noche.

Cruzó a las Madrigueras con su extraño cargamento y los metió a todos en un carro cubierto. Después fue con él al establecimiento de Drissa Nile.

El local se encontraba en la zona más rica de las Madrigueras, justo delante del puente de Vanden, y era bastante grande. Tenía un cartel encima que rezaba «Nile y Nile, físicos», sobre un dibujo de una varita de curación para que lo entendieran los analfabetos. Como Durzo antes que él, Kylar había evitado el lugar, por temor a que un mago reconociese lo que era. En ese momento no tenía elección. Tiró de las riendas junto a la parte de atrás del establecimiento, bajó a Logan del carro y lo llevó hasta la entrada trasera seguido por el Chirríos.

La puerta estaba cerrada.

Un pequeño golpe de Talento se ocupó de eso. El pestillo reventó y se astilló la madera. Kylar llevó a Logan adentro.

El establecimiento tenía varias habitaciones que daban a una sala de espera central. El sonido de la cerradura al saltar del marco había hecho salir a un hombre de una de las habitaciones para pacientes, donde Kylar entrevió a dos mujeres hablando

antes de que el sanador cerrase la puerta. Un vistazo rápido le confirmó que la entrada principal también estaba cerrada con pasador.

—¿Qué haces? —preguntó el médico—. No puedes entrar aquí por la fuerza.

—¿Qué clase de sanador cierra sus puertas en mitad del día, joder? —replicó Kylar.

Cuando miró a los ojos del médico, supo que el hombre no era ningún criminal, pero sí captó algo más, una luz verde y cálida como un bosque tras la tormenta, cuando asoma el sol.

—Eres mago —dijo Kylar. Había pensado que el hombre era solo una tapadera, un médico varón que Drissa Nile empleaba para desviar la atención de sus curas demasiado milagrosas. Se había equivocado.

El hombre se puso rígido. Llevaba anteojos, y la lente derecha era mucho más gruesa que la otra, lo que confería a sus ojos, repentinamente abiertos como platos, una apariencia desconcertante y asimétrica.

—No sé de qué estás hablando...

El mago no terminó la frase. Kylar sintió que algo lo rozaba deprisa e intentaba sondearlo, pero el ka'kari no lo permitió.

—Eres invisible para mí. Es como... como si estuvieras muerto.

Mierda.

—¿Eres un sanador o no? Mi amigo se muere —dijo Kylar.

Por primera vez, el hombre volvió sus ojos miopes hacia Logan. Kylar había tapado al rey con una manta para protegerlo de las miradas curiosas.

—Sí —respondió—. Tevor Nile a vuestro servicio. Por favor, por favor, déjalo sobre esa mesa.

Habían entrado en una habitación vacía y Kylar dejó a Logan boca abajo sobre la mesa. Tevor Nile retiró la manta y chasqueó la lengua. Luego rasgó la andrajosa túnica encostrada de sangre, suciedad y sudor para examinar el corte de la espalda de Logan. Ya estaba meneando la cabeza.

—Es demasiado —dijo—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Eres un mago, empieza por la magia.

—No soy un...

—Si me mientes una vez más, te juro que te mataré —aseveró Kylar—. ¿Por qué si no una chimenea de ese tamaño en una habitación tan pequeña? ¿Por qué si no la trampilla en el techo? Porque necesitas fuego o sol para la magia. No se lo contaré a nadie. Tienes que curar a este hombre. Míralo. ¿Sabes quién es?

Kylar volteó a Logan y tiró al suelo la túnica destrozada.

Tevor Nile ahogó un grito, pero no estaba mirando la cara de Logan. Contemplaba la marca resplandeciente de su brazo.

—¡Drissa! —gritó.

En la habitación de al lado, Kylar oía hablar a dos mujeres.

—¿... lo crees? ¿Cómo que lo crees? ¿Se ha ido o no?

—Estamos bastante seguros de que se ha ido —respondió la otra.

—¡DRISSA! —berreó Tevor.

Se abrió y cerró una puerta y luego se abrió la de ellos y apareció el rostro irritado de Drissa Nile. Tenía el mismo aspecto arrugado que su marido, aunque no debía de llegar a los cincuenta años. Los dos eran bajitos y con aire de estudiosos, gracias a sus anteojos y sus ropas holgadas. Como le había sucedido con su marido, Kylar no vio la contaminación del mal en ella, pero sin duda había ese algo de más que él atribuía a la magia.

Dos magos casados. En Cenaria. Era una anomalía, desde luego, sobre todo allí. Kylar solo podía creer que era la anomalía más afortunada posible. Si dos magos sanadores no podían curar a Logan, nadie podía.

La irritación de Drissa desapareció en el mismo instante en que vio a Logan. Abrió mucho los ojos. Se acercó y paseó la mirada del brazo resplandeciente a la cara de Logan y luego de vuelta al brazo, asombrada.

—¿Dónde se ha hecho esto? —preguntó.

—¿Podéis ayudarle? —insistió Kylar.

Drissa miró a Tevor. Él negó con la cabeza.

—No después de lo que acabamos de hacer. No creo que me quede suficiente poder. No para esto.

—Lo intentaremos —dijo Drissa.

Tevor asintió, sumiso, y Kylar reparó en los aros de sus orejas por primera vez. De oro y a juego. Los magos eran waeddryneses. En cualquier otra circunstancia, les habría preguntado si los malditos pendientes de verdad contenían conjuros.

Tevor retiró la sección del techo para dejar entrar la luz de aquella mañana nublada. Drissa tocó la madera que ya estaba apilada en la chimenea y esta empezó a arder. Ocuparon posiciones a ambos lados de Logan y el aire por encima de él reverberó.

Kylar llevó el ka’kari por dentro de su cuerpo hasta sus ojos. Fue como poner anteojos a un hombre casi ciego. Las tramas que habían resultado apenas visibles por encima de Logan de repente cobraron claridad.

—¿Sabes de hierbas? —le preguntó Drissa. Al verlo asentir, le dijo—: En la sala grande, trae hoja de tuntun, ungüento de grubel, cenizo, ambrosía y la cataplasma blanca del estante de arriba.

Kylar regresó al cabo de un minuto con los ingredientes que le habían pedido y unos cuantos más que le parecieron de posible utilidad. Tevor los miró y asintió, pero no parecía capaz de hablar.

—Bien, bien —musitó Drissa.

Kylar empezó a aplicar las hierbas y los emplastos mientras Drissa y Tevor trabajaban con la urdimbre de magia. Una y otra vez los vio posar una trama tan gruesa como un tapiz sobre Logan, ajustarla para que encajara con su cuerpo, elevarla por encima de él, repararla y volverla a bajar. Lo que le sorprendió, sin embargo, fue el modo en que respondieron algunas de las hierbas.

Nunca se había planteado que las plantas normales pudieran reaccionar a la magia, pero saltaba a la vista que lo hacían. El cenizo que Kylar había embutido en la cuchillada de la espalda se volvió negro en cuestión de segundos, algo que nunca le había visto hacer.

Para Kylar, fue como presenciar un baile. Tevor y Drissa trabajaban juntos en perfecta armonía, pero el marido se estaba cansando. Antes de que pasaran cinco minutos, empezó a flaquear. Sus partes de las tramas se estaban volviendo endebles y vacilantes. Tenía la cara pálida y sudorosa. No paraba de parpadear y de subirse los anteojos por su larga nariz. Kylar notaba el agotamiento del mago, pero no podía hacer nada al respecto. Criticar a un bailarín no era lo mismo que saltar a la pista y moverse mejor, que era lo que le gustaría poder hacer. No estaba seguro de cómo lo sabía, pero le daba la impresión de que Drissa intentaba cambios cada vez más pequeños en Logan, cuando él aún tenía problemas terriblemente graves dentro. Mirándolo a través de la trama curativa, su cuerpo entero parecía del color equivocado. Lo tocó, y estaba caliente.

Kylar se sentía impotente. Tenía Talento allí mismo. Talento de sobra, aun después de todo lo que había hecho. Con un esfuerzo de voluntad intentó replegar el ka’kari, retirar el escudo, transferir toda esa magia a Logan. No pasó nada.

«Cógelo, maldita sea. ¡Ponte bien!»

Logan no se movió. Kylar no podía usar la magia; no sabía cómo formar una trama, y mucho menos una tan compleja como la que estaban urdiendo los Nile.

Tevor miró a Kylar con aire de disculpa y le dio una palmadita en la mano.

En el momento que se tocaron, una luz cegadora llenó la habitación. Ardía más allá del espectro mágico, se tornaba visible y proyectaba sombras en las paredes. Las tramas que flotaban sobre Logan, que apenas unos instantes atrás flaqueaban tenues y amenazaban con desaparecer, brillaron incandescentes en ese momento. Kylar notó el calor que le pasaba raudo por la mano.

Tevor se quedó boquiabierto como un pez.

—¡Tevor! —dijo Drissa—. ¡Úsalo!

Kylar sintió que el Talento salía a chorro de él, que su magia pasaba por Tevor para acabar en el cuerpo de Logan. Escapaba a su control. Tevor dirigía por completo el Talento de Kylar. Se dio cuenta de que el sanador podría desviar esa magia para matarlo y que, habiéndose sometido de ese modo, sería incapaz de detenerlo.

La cara de Drissa se perló de sudor y Kylar notó que ambos magos trabajaban con

una intensidad febril. Recorrieron con magia el cuerpo de Logan como si fuera un peine alisando una melena enmarañada. Tocaron la cicatriz luminosa de su brazo —que todavía brillaba, horas después— pero, extrañamente, no encontraron en ella nada malo. No era algo que pudieran arreglar. La magia curativa pasó de largo sin afectarla.

Al final, Drissa suspiró y dejó que la trama se disipase. Logan viviría; a decir verdad, probablemente estaba más sano que cuando había entrado en las Fauces.

En cambio, Tevor no liberó a Kylar. Se volvió y lo miró, con los ojos muy abiertos.

—Tevor... —dijo Drissa, con tono de advertencia.

—¿Qué eres? ¿Eres un vürdmeister? —preguntó el mago.

Kylar intentó activar el ka'kari para cercenar la conexión, pero no pudo. Intentó aprestar sus músculos con la fuerza que le daba su Talento, pero no pudo.

—Tevor... —repitió Drissa.

—¿Lo has visto? ¿Has visto eso? Nunca he...

—Tevor, suéltalo.

—Cariño, podría incinerarnos a los dos con tanto Talento. Es...

—¿O sea que usarías la magia de un hombre contra él después de que te la haya sometido? ¿Qué opinan sobre eso los hermanos? ¿Es ese el tipo de hombre con el que me casé?

Tevor dejó caer la cabeza y a la vez su control sobre el Talento de Kylar.

—Lo siento.

Kylar se estremeció, agotado, vacío, débil. Era casi tan desconcertante recuperar el control de su Talento como lo había sido renunciar a él. Se sentía como si llevase dos días sin dormir. Apenas tenía energías suficientes para alegrarse de que Logan fuese a sobrevivir.

—Creo que será mejor que os atendamos a ti y a tu amigo el simple. Vuestras heridas pueden conformarse con tratamientos más mundanos —dijo Drissa, que luego bajó la voz—: El, ejem, rey debería despertarse esta tarde. ¿Por qué no me acompañas a otra habitación?

Abrió la puerta y Kylar salió a la sala de espera. El Chirríos se había acurrucado en un rincón y estaba durmiendo. Sin embargo, directamente enfrente de Kylar había una mujer hermosa y curvilínea con el pelo largo y pelirrojo. Vi. Lo estaba mirando desde el otro extremo de una espada desnuda, cuya punta le tocó la garganta.

Kylar echó mano de su Talento, pero se le escurrió entre los dedos. Estaba demasiado cansado. Lo perdió. No podía hacer nada para detenerla.

Vi tenía los ojos hinchados y enrojecidos como si acabase de pasar el peor rato de su vida, aunque Kylar no tenía ni idea de cómo ni por qué.

La ejecutora lo miró a lo largo del acero durante un momento que pareció

prolongarse una eternidad. Kylar no sabía interpretar la expresión de aquellos ojos verdes, pero era algo salvaje.

Vi retrocedió con tres pasos medidos y equilibrados, *valdé docci*, el Espadachín se Retira. Se arrodilló en el centro de la habitación, agachó la cabeza, se echó a un lado la cola de caballo y colocó la espada sobre sus dos manos. Luego la elevó en ofrenda.

—Mi vida es tuya, Kylar. Me someto a tu juicio.

Capítulo 55

Siete de las once chicas de alquiler habían abandonado la casa segura para ver si les quedaba una familia a la que volver. Seis habían regresado, llorosas. Varias habían pasado a ser viudas; otras sencillamente habían sido rechazadas por padres, maridos y novios que solo veían en ellas putas y deshonra.

A Kaldrosa le falló el valor; no llegó a salir de la casa segura. Por algún motivo, había podido plantar cara a la muerte. Había castrado a Burl Laghar y lo había visto desangrarse hasta morir, atado a la cama y gritando contra una mordaza. Después había movido su cuerpo, había puesto sábanas limpias en la cama y había dado la bienvenida a otro soldado khalidorano. Se trataba de un joven que siempre practicaba el sexo primero y después no ponía mucho entusiasmo en los golpes y la invocación. Siempre parecía asqueado consigo mismo. Kaldrosa le preguntó:

—¿Por qué lo haces? No te gusta hacerme daño. Sé que no.

Él no pudo mirarla a los ojos.

—No sabes lo que es —dijo—. Tienen espías en todas partes. Tu propia familia te delata si cuentas un chiste inapropiado. Él lo sabe.

—Pero ¿por qué dar palizas a las putas?

—No es solo a las putas. Es a todo el mundo. Es el sufrimiento lo que necesitamos. Para los Extraños.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué extraños?

Pero el joven no se explicó más. Al cabo de un momento, se puso a mirar las sábanas fijamente. La sangre del colchón empezaba a traspasar la muda limpia. Kaldrosa lo apuñaló en el ojo. En ningún momento, ni siquiera cuando él arremetió contra ella, sangrando, rugiendo y enfurecido, había tenido miedo.

Sin embargo, le faltaba el coraje para enfrentarse a Tomman. Habían tenido una gran pelea antes de que ella se fuera al local de Mama K. Él se lo habría impedido por la fuerza de no ser porque le habían propinado tal paliza que no podía levantarse de la cama. Tomman siempre había sido celoso. No, Kaldrosa no podía mirarlo a la cara. Partiría con las demás hacia el campamento rebelde. No sabía qué haría allí. Estaban en el interior, sin ningún río cerca, de manera que probablemente escasearían los empleos de capitana de barco. A decir verdad, si no podía procurarse una ropa que la tapase más, escasearía el trabajo honrado de cualquier tipo. Aunque, después de los khalidoranos, ser chica de alquiler para los cenarianos quizá no fuese tan malo.

Llamaron a la puerta y todas las chicas se pusieron tensas. No eran los golpes de la contraseña. No se movió nadie. Daydra cogió un atizador de la chimenea.

Volvieron a llamar.

—Por favor —dijo una voz de hombre—. No quiero haceros daño. Voy desarmado. Por favor, dejadme pasar.

Kaldrosa pensó que se le saldría el corazón por la boca. Fue hasta la puerta como hechizada.

—¿Qué haces? —susurró Daydra.

Kaldrosa abrió la mirilla, y allí estaba. Tomman la vio y se le iluminaron las facciones.

—¡Estás viva! Oh, dioses, Kaldrosa, me temía que hubieras muerto. ¿Qué pasa? Déjame entrar.

El pasador pareció retirarse solo. Kaldrosa no tenía voluntad. La puerta se abrió de golpe y Tomman la alzó en sus brazos.

—Oh, Kally —dijo, todavía delirante de alegría. Tomman siempre había sido un poco lento—. No sabía si...

No reparó hasta entonces en las otras mujeres congregadas en la habitación, con expresiones ya de júbilo, ya de celos. Aunque la estaba abrazando y ella no podía verle la cara, Kaldrosa supo que debía de estar parpadeando como un tonto ante la visión de tantas mujeres hermosas y exóticas al mismo tiempo, y todas ligeras de ropa. Hasta el virginal vestido de Daydra emanaba sensualidad. Su abrazo fue envarándose poco a poco, y Kaldrosa quedó inerte en sus brazos.

Tomman retrocedió un paso y la miró. Sus manos cayeron de sus hombros con un gesto mecánico.

En verdad era un conjunto bonito. Kaldrosa siempre había odiado su delgadez porque consideraba que le hacía parecer un chico. Con esa ropa, no se sentía esmirriada o masculina, sino esbelta y núbil. La camisa abierta por delante no solo revelaba que estaba bronceada hasta la cintura, sino que también conspiraba para proporcionarle un canalillo y enseñar la mitad de cada pecho. Los escandalosos pantalones le venían como un guante.

En pocas palabras, era exactamente el tipo de ropa que a Tomman le hubiese encantado que Kaldrosa llevara en su casa... durante los breves interludios que se extendían entre que ella lo sorprendía con el modelito y él la atrapaba después de perseguirla de habitación en habitación.

Sin embargo, aquello no era su casa, y esa ropa no era para él. Los ojos de Tomman se llenaron de pena, y apartó la vista.

Las chicas se quedaron calladas.

Tras un doloroso momento, Tomman dijo:

—Estás preciosa. —Se atragantó y un torrente de lágrimas descendió por sus mejillas.

—Tomman... —Kaldrosa también lloraba e intentaba cubrirse con los brazos. Era una amarga ironía. Estaba intentando ocultarse de los ojos de su marido, cuando se había pavoneado para desconocidos a los que despreciaba.

—¿Con cuántos hombres has estado? —preguntó Tomman, con la voz quebrada.

—Te habrían matado...

—¿O sea que no soy lo bastante hombre? —replicó él bruscamente.

Ya no lloraba. Siempre había sido valiente, fiero. Era una de las características que a Kaldrosa le encantaban de él. Habría muerto para salvarla de aquello. Nunca comprendió que después de su muerte ella habría tenido que hacerlo de todas formas.

—Me han hecho daño —dijo ella.

—¿Cuántos? —La voz de Tomman era dura, crispada.

—No lo sé. —Una parte de Kaldrosa sabía que su marido era como un perro enloquecido de dolor que se revuelve contra su amo, pero ver el asco reflejado en su cara era demasiado. Se sentía sucia. Se rindió a la insensibilidad y la desesperación —. Muchos. Nueve o diez al día.

A Tomman se le demudaron las facciones, y dio media vuelta.

—Tomman, no me dejes. Por favor.

El hombre se detuvo, pero no se volvió. Después salió de la casa.

Mientras la puerta se cerraba con suavidad, Kaldrosa rompió a llorar. El resto de las chicas fueron hasta ella, con los corazones rotos de nuevo al ver su pena reflejada en la de ella. Sabiendo que no la reconfortarían, acudieron en su ayuda porque no tenía a nadie más que lo hiciera, como tampoco ellas.

Capítulo 56

Mama K entró en el local de los sanadores en el preciso instante en que Kylar aferraba la espada con una mano, pero demasiado tarde para detenerlo.

Vi no se movió. Estaba inmóvil de rodillas, con el lustroso cabello pelirrojo retirado de la trayectoria de la espada hacia su cuello. La espada descendió... y rebotó. El impacto de la colisión hizo tañer el acero como una campana. El arma salió despedida de la mano entumecida de Kylar.

—No cometerás un asesinato en mi casa —dijo Drissa Nile. Su voz transmitía tal poder, y sus ojos tal fuego, que su figura menuda bien podría haber sido la de un gigante. Aunque Kylar tenía que bajar la vista para mirarla a los ojos, se sintió intimidado—. Hemos consumado un acto de curación excelente con esta mujer, y no consentiré que lo eches a perder —concluyó.

—¿La habéis curado? —preguntó Kylar.

Vi aún no se había movido. Tenía los ojos clavados en el suelo.

—De una compulsión —terció Mama K—, ¿me equivoco?

—¿Cómo lo sabíais? —preguntó Tevor.

—Si sucede en mi ciudad, lo sé —respondió Mama K. Se volvió hacia Kylar—. El rey dios le enlazó una magia que la obligaba a obedecer sus órdenes directas.

—Qué práctico —dijo Kylar. Sus facciones se deformaron mientras contenía las lágrimas que empezaban a brotar—. No me importa. Mató a Jarl. Yo fregué su sangre. Yo lo enterré.

Mama K lo tocó en el brazo.

—Kylar, Vi y Jarl prácticamente se criaron juntos. Jarl la protegió. Eran amigos, Kylar, la clase de amigos que no se olvidan. No creo que, sin magia de por medio, pudieran haberla obligado a hacerle daño. ¿No es cierto, Vi? —Mama K le puso la mano debajo de la barbilla y le levantó el rostro.

Las lágrimas descendían por la cara de la chica en mudo testimonio.

—¿Qué te enseñó Durzo, Kylar? —preguntó Mama K—. Un ejecutor es un cuchillo. ¿La culpa es del cuchillo o de la mano?

—De los dos, y maldito sea Durzo por sus mentiras.

Kylar tenía un cuchillo en el cinto, pero ya había probado su filo. La hermana Drissa lo había embotado, como él se había imaginado que haría. Sin embargo, la maga no estaba al tanto de las dagas que llevaba en las mangas. Tampoco podía detener las armas que eran sus manos.

Vi captó la expresión de sus ojos. Era una ejecutora. Lo sabía. Kylar podía sacar un cuchillo y rebanarle el pescuezo en el tiempo que Drissa tardaría en parpadear. A ver si la sanadora curaba la muerte. Vi tenía los ojos negros de culpabilidad, un batiburrillo de oscuras imágenes que Kylar no podía comprender. Un breve aluvión

de figuras negras pasó a toda velocidad por su cabeza. ¿Sus víctimas?

—Ha asesinado a menos gente que tú.

La idea lo golpeó como un flechazo en el plexo solar. Vaya una culpabilidad. Vaya un juez.

Además, la expresión de Vi era de absoluta entrega por encima de las lágrimas. No había autocompasión, ni negación de la responsabilidad. Sus ojos hablaban por ella: «Yo maté a Jarl; merezco morir. Si me matas, no te culparé».

—Antes de decidirte, debes saber que hay más —dijo Vi—. Tú eras un blanco secundario. Después de... Después de Jarl, no pude hacerlo...

—Bueno, eso es loable —comentó Mama K.

—... o sea que secuestré a Uly, para asegurarme de que me siguieras.

—¿Que hiciste qué? —exclamó Kylar.

—Pensé que me seguirías hasta Cenaria. El rey dios te quiere vivo. Pero la hermana Ariel me capturó mientras iba con Uly. Cuando te encontramos, te di por muerto. Pensé que era libre, de modo que huí de la hermana Ariel y vine aquí.

—¿Dónde está Uly?

—De camino a la Capilla. Uly tiene Talento. Va a ser maga.

Era horripilante y aun así perfecto.

Uly sería una hermana. Cuidarían de ella, la educarían. Kylar se la había impuesto a Elene, y Elene no había escogido tener una hija que por edad era más bien una hermana pequeña. No había sido justo que Kylar le pidiera asumir esa carga. Así, y con la fortuna que le había dejado, Elene sería libre para tener de nuevo una vida propia. Era todo muy lógico.

Le roía la sospecha de que Elene no pensaría de la misma manera, pero ¿qué iba a hacerle? Descubrir que se habían minimizado los daños (porque se habían minimizado, ¿no?) le hacía sentirse mejor.

Un repentino fuego se encendió en los ojos de Mama K ante la idea de que se llevaran a su hija a la Capilla, pero Kylar no supo distinguir si estaba indignada porque se hubieran llevado a su hija o complacida porque sin duda así llegaría a ser una mujer importante. En cualquier caso, lo disimuló con rapidez. No pensaba revelar ante unos desconocidos que Uly era su hija.

Si superaba aquello, Kylar iría a la Capilla para visitar a Uly. No estaba enfadado porque la hermana se la hubiese arrebatado a Vi. En todo caso estaba en deuda con ella. Además, para una chica con el Talento, ir a la Capilla en realidad no era una decisión opcional. Se suponía que era peligroso que una niña aprendiera sola. Eso sí, si Uly no quería quedarse e intentaban retenerla, Kylar echaría abajo la Serafín Blanca hasta no dejar piedra sobre piedra.

El mero hecho de pensar en Uly le hizo pensar en Elene, y pensar en Elene sembraba el caos en sus emociones, de modo que preguntó:

—¿Por qué estás tan ansiosa por salvar a Vi?

Mama K nunca trabajaba en un solo nivel.

—Porque —respondió la ex cortesana— si vas a matar al rey dios, necesitarás su ayuda.

«Hay que decir una cosa de Curoch: los magos se equivocan.» No tenía forma de espada por motivos puramente simbólicos. La muy cabrona cortaba de lo lindo.

Y menos mal, dicho fuera de paso. Los sa'ceurai eran implacables. No por nada los llamaban por ese nombre, que en jaerano antiguo significaba «señores de la espada».

Sin embargo, Feir era un maestro de armas del segundo grado. El primer encontronazo dejó a tres de los guerreros ceuríes muertos y proporcionó a Feir un poni bajito y recio.

La altura y el peso de Feir no tardaron en volver a demostrarse un inconveniente. El poni se cansó y aflojó el paso. Cuando oscureció, Feir lo dejó libre. Por desgracia, el pequeño caballo de guerra estaba demasiado bien amaestrado. Se detuvo y esperó a su jinete en cuanto quedó suelto. Feir resolvió el problema atando una pequeña trama de magia bajo su silla que lo aguijonearía a intervalos al azar. Mantendría al animal galopando durante horas. Si tenía suerte, los sa'ceurai perderían su rastro y seguirían al poni.

Tuvo suerte. Con eso ganó algunas horas... horas a pie. Pudo llegar a la cima de la montaña. Había cortado un arbolito antes de superar el límite donde crecía la vegetación, y estaba tallando la madera con Curoch. La espada tenía un filo absolutamente increíble, pero no era un cepillo o un cincel. En ese momento, necesitaba ambas herramientas y alguna más.

Dorian le había hablado una vez de un deporte que practicaban las tribus montañesas más suicidas. Lo llamaban *schluss*. Consistía en atarse pequeños trineos a los pies y bajar por una ladera a velocidades asombrosas. De pie. Dorian afirmaba que podían maniobrar, pero Feir no se figuraba cómo. Lo único que sabía era que debía ir más rápido que sus perseguidores ceuríes y que era imposible construirse un trineo como era debido con el tiempo de que disponía.

Lo que no pudo lograr con la espada, lo apañó mediante magia: era un Hacedor, a fin de cuentas. Volaron las astillas de madera mientras salía el sol.

Sin embargo, se había comportado como un necio: plantado en la cima de la montaña, su silueta se recortaba contra el cielo y era visible desde kilómetros a la redonda. Los sa'ceurai lo vieron antes de que él pudiera descubrirlos. Habían desmontado y caminaban por la nieve con unos zapatones anchos de bambú atados a los pies. Tenían un andar cómico, hasta que Feir cayó en la cuenta de lo deprisa que ese calzado les permitía avanzar. Recorrerían en unos pocos minutos el mismo

terreno que a Feir le había llevado media hora.

Trabajó más deprisa. Casi olvidó curvar hacia arriba la punta delantera de cada uno de los dos patines largos y estrechos. Meneó la cabeza. Había reparado en ese error, pero ¿cuántos otros habría pasado por alto? No tenía tiempo de fabricar unas sujeciones adecuadas, de modo que tejió una red de magia en torno a sus zapatos y sus pies y los ató directamente a las planchas de madera. Se puso en pie...

... y en el acto clavó un canto en la nieve y cayó.

«Maldita sea, ¿por qué he cortado rectos los bordes?» Debería haberlos dejado curvos como el casco de un barco.

Ponerse en pie resultó embarazosamente difícil. Feir renegó mientras los ceuríes se acercaban. Maestro de armas del segundo grado, ¿y era así de torpe? Aquello era una locura. Debería haber corrido ladera abajo y punto.

Rodó hasta quedar sentado y al final aprovechó la longitud de las planchas de madera para izarse y quedar agachado. Se puso en pie e intentó dar un paso al frente. Los schlusses, que había alisado y pulido, hicieron exactamente aquello para lo que estaban diseñados: se deslizaron adelante y atrás, y Feir apenas avanzó.

Miró por encima del hombro. Los sa’ceurai estaban ya a menos de cien pasos. Si había que luchar, los schlusses serían su perdición. Tropezó, hincó un borde y colocó el otro pie de lado para equilibrarse. Se tambaleó... y se deslizó hacia delante.

La alegría fue tan grande como la que había sentido cuando lo nombraron Hacedor en la hermandad. Viró ambos schlusses hacia fuera y empezó a avanzar.

El truco funcionó hasta que la pendiente aumentó y empezó a deslizarse ladera abajo más deprisa de lo que acertaba a caminar. Cada schluss fue en la dirección en que lo había apuntado: hacia fuera. Las piernas se le estiraron hasta que no dieron más de sí y se cayó de bruces.

La montaña era abrupta y la nieve, por suerte, profunda. A Feir le costaba respirar mientras daba volteretas y más volteretas a través de la nieve polvo. Pensó con una fracción de su cerebro que debía apuntar los schlusses monte abajo. Después de seis o siete vueltas, lo logró.

De repente Feir emergió de la nieve omnipresente. Tenía al menos un metro de profundidad, pero él estaba encima.

El corazón le latía desbocado. Se dirigía ladera abajo a una velocidad increíble. En cuestión de un momento iba más rápido que el más veloz de los caballos, y después más deprisa y más todavía. Controlar los dos schlusses de forma independiente era casi imposible, de modo que los enlazó enseguida uno a otro mediante magia, por delante y por detrás, dejándoles un pequeño margen de maniobra a cada uno.

Hubo más caídas, y en ocasiones la nieve no fue tan mullida. Al final, aprendió a maniobrar. Sorteó una muerte en las rocas y miró monte abajo por primera vez, con

los ojos entrecerrados para protegerlos de la blancura. Parpadeó. «¿Qué es esa línea en la nieve?»

Saltó por el precipicio. Durante dos segundos, no se oyó el siseo de los schluses sobre la nieve. El mundo guardó silencio salvo por el fragor del viento en sus oídos.

Entonces aterrizó. Se estrelló contra un mundo de polvo blanco, dando volteretas, con los brazos y las piernas cada uno por su lado. El milagro se repitió y de nuevo afloró a la superficie de la nieve para seguir volando monte abajo. El corazón le latía a toda velocidad. Se echó a reír.

Tenía a Curoch. Estaba a salvo. Los ceuríes no lo seguirían montaña abajo. Hacerlo los metería en Cenaria. ¡Había escapado!

—Increíble —dijo Lantano Garuwashi.

Era grande para ser ceurí. En su larga cabellera roja relucían docenas de finas extensiones de pelo de diferente color. En Ceura se decía que podía leerse la vida de un hombre en su pelo. En la iniciación de un niño en su clan, le rapaban al cero la cabeza salvo por un mechón de la parte delantera. Cuando el mechón crecía hasta alcanzar los tres dedos de longitud, se recogía con un minúsculo anillo en el nacimiento del pelo y se declaraba que el chico era un hombre. Cuando mataba a su primer guerrero, volvía a anillarse el mechón sobre el cuero cabelludo y el hombre se convertía en sa’ceurai. Cuanto más corta fuese la separación entre los dos anillos de su mechón, mejor. En adelante, cada vez que el sa’ceurai mataba a un enemigo, ataba un mechón del hombre derrotado a su propio pelo.

Cuando veían a Lantano por primera vez, algunos guerreros creían que solo tenía un anillo, porque los dos primeros se tocaban. Había matado a su primer oponente a los trece años. En los diecisiete transcurridos desde entonces, había añadido cincuenta y nueve mechones a su propio pelo. Si su estirpe hubiese sido un poco más ilustre, toda Ceura lo habría seguido. Sin embargo, el alma de un sa’ceurai era su espada, y nada podía cambiar que Lantano había nacido con una espada de hierro, una espada de campesino. Era señor de la guerra porque la tradición ceurí permitía comandar ejércitos a cualquier hombre que se destacara, pero para Lantano se había convertido en una trampa. En cuanto dejara de combatir, su poder desaparecería. Había empezado a luchar para el regente de Ceura, Hideo Watanabe. Después, cuando el regente le ordenó licenciar a sus tropas, se convirtió en mercenario. Los desesperados acudieron en bandada a su campamento por un motivo: nunca perdía.

El gigante se estaba convirtiendo en un punto en la distancia.

—Maestro guerrero, ¿deseáis que lo sigamos? —preguntó un retaco de hombre con dos decenas de mechones atados a su pelo, que ya empezaba a clarear.

—Probaremos las cuevas —dijo Lantano.

—¿Las que llevan a Cenaria?

—Solo un centenar de sa’ceurai. Será un invierno frío. Matar a ese gigante nos dará una historia para mantenernos calientes.

Capítulo 57

Mama K quería que Agon y sus hombres llevasen a Logan al campamento rebelde. Si debía ser rey, necesitaba un ejército. Kylar se negó a dejar a su amigo, por lo menos hasta que estuviera consciente. Cuando Kylar se desmayó, Agon preguntó a Mama K si debían cargar a Logan en el carro. Mama K maldijo y despotricó, pero dijo que no.

En ningún momento pidieron la opinión de Vi. A ella le pareció bien. Quería expiar lo que había hecho, pero no pensar.

Incluso sentada en compañía de Kylar, Mama K y Agon, una parte de ella la instaba a matarlos. El rey dios recompensaba a quienes lo servían bien. En menos de un minuto, Vi podía eliminar de un plumazo las mayores amenazas al dominio del rey dios.

No obedeció ese pensamiento. La habían declarado inocente. Lo había confesado todo.

Casi. Se había dado cuenta con retraso de que tal vez el golpe más duro que había asestado a Kylar era el que en su momento le había parecido trivial, un pequeño gesto de desprecio: embolsarse la nota y el par de pendientes que Kylar había dejado para Elene.

No se había enterado hasta ese día de que eran anillos de boda. Drissa y Tevor le habían explicado la costumbre con detenimiento. Al llevarse los pendientes y la nota, había dejado a Elene sin nada.

No había sido lo bastante valiente para contarle eso a Kylar, ¿verdad?

Era demasiada verdad de golpe. Podría haber aceptado que Kylar la matase, pero no sabría qué hacer si la despreciaba. Si la conociese, la despreciaría. Era imposible que el amor se sobrepusiera a tanto.

«¿Amor? ¿Qué estoy pensando? Limítate a luchar y follar, Vi. Es lo que se te da bien.»

Se abrió la puerta de una habitación para pacientes y apareció Kylar al tiempo que Logan salía de una estancia contigua.

Por primera vez, la ejecutora vio sonreír a Kylar. Le provocaba una extraña reacción en su interior, y eso que ni siquiera la estaba mirando. Kylar hizo una profunda reverencia.

—Majestad —dijo.

—Amigo —saludó Logan.

Dolía verlo tan delgado, con los huesos marcándose bajo la piel. A pesar de eso, desprendía el aire inconfundible de estar recuperándose. Vestido con elegancia una vez más, emanaba apostura a pesar de lo que había pasado. Cruzó con rapidez la distancia que los separaba y abrazó a Kylar.

—Lo siento —dijo este—. Llegué demasiado tarde aquella noche. Encontré sangre y pensé... Lo siento mucho.

Logan estrechó a Kylar en silencio, respirando hondo hasta que las emociones se calmaron. Al final, dio un paso atrás y asió a Kylar por los hombros.

—Lo has hecho de maravilla, amigo mío. Soy yo quien lo siente. Siento haber dudado de ti. Un día de estos tendremos que hablar. Allí abajo hiciste algunas cosas que... —Logan miró alrededor y reparó en los demás— que me inspiraban mucha curiosidad. Y al parecer tengo algunas lagunas en la memoria, como por ejemplo cómo me hice esto.

Se arremangó y Vi y Mama K lanzaron una exclamación. Hundido en el brazo tenía algo parecido a un tatuaje luminoso entre verde y plateado. No lo mostró entero, pero a Vi las líneas le parecieron estilizadas y abstractas, no aleatorias.

—Majestad —dijo Drissa Nile—, yo sería... muy cautelosa al enseñar eso.

—Lamento presionaros —intervino Mama K—, pero debemos tomar algunas decisiones.

—Querrás decir que yo debo tomar algunas decisiones —corrigió Logan, con tono algo burlón.

—Sí, majestad, mis disculpas.

Logan se dirigió primero a Kylar.

—Nos has prestado un servicio mayor de lo que nos cabía exigir o esperar. No te daré órdenes, pero a nuestro parecer lo más idóneo sería... —Se le quedó la mirada perdida y dejó la frase en el aire.

—¿Majestad? —preguntó Kylar.

Logan volvió al presente.

—Qué raro. He estado renegando con lo peorcito de los ojeteros durante meses, y aquí estoy otra vez juzgando lo que «a nuestro parecer» es más «idóneo». —Meneó la cabeza y sonrió con pesar—. Kylar, esto es lo que hay. Si puedes matar al rey dios antes de que nuestros ejércitos crucen las armas, quizá evitemos la batalla por completo. Te pido que lo hagas, pero no te lo ordenaré. Ya has realizado enormes sacrificios para salvarme. Y sé que no confías en esta mujer pero, si puede serte útil, aprovecha su ayuda. Su rendición cuando podría habernos matado es prueba suficiente de sus buenas intenciones para conmigo. Vi es un arma tanto como tú, y no puedo permitir que ningún arma de mi pequeño arsenal esté ociosa.

—¿Creéis que eso es lo correcto? —preguntó Kylar.

Logan lo miró con serenidad.

—Sí.

—Entonces dadlo por hecho —dijo Kylar—. ¿Qué pensáis hacer vos?

—Pienso reclamarle mi ejército a Terah de Graesin. Después recuperaré mi país.

—No será tan sencillo —advirtió Mama K.

Logan exhibió una sonrisa lánguida y distante.
—Nunca lo es.

Capítulo 58

Elene despertó con un dolor de cabeza espantoso. No podía mover los brazos ni las piernas; cuando lo intentaba, sentía un cosquilleo en las extremidades. Al abrir los ojos, vio a tres cautivos más, atados de pies y manos como ella. Otra cuerda los ataba a todos entre sí. Estaban tumbados en la oscuridad, y solo la luz titilante de una hoguera de campamento iluminaba sus figuras. Elene era la que más cerca estaba de los seis extranjeros, que reían y bebían junto al fuego. Por las palabras que Elene entendía y aquellas otras cuyo sentido adivinó supo que había caído en manos de un grupo de kalidoranos.

No se atrevía a moverse demasiado y alertarlos, y al único que veía era al joven que la había capturado. De la conversación coligió que se llamaba Ghorran. Los demás le tomaban el pelo porque una mujer le había hecho daño.

Por un momento, casi cedió al pánico al comprender la gravedad de su situación. Kylar no sabía que estaba allí. Nadie lo sabía. Nadie iba a acudir a salvarla. Aquellos hombres podían hacerle lo que quisieran y no tenía forma alguna de impedírselo. El pecho se le encogió de miedo; no podía pensar, no podía respirar.

Entonces empezó a rezar y se recordó que el Dios sabía que estaba allí. Para el Dios sería una nimiedad salvarla. Acabó por calmarse. Para entonces, varios de los soldados se habían tumbado en sus mantas para dormir y habían dejado a Ghorran y alguien a quien no alcanzaba a ver hablando en voz queda.

—No creo que el vürdmeister Dada le haya contado a su santidad lo que estamos haciendo —dijo Ghorran—. Si el Túmulo Negro es una zona prohibida es por algo. Como se entere su santidad, ¿qué será de nosotros?

—Neph Dada es un gran hombre, sumamente devoto en su servicio a Khali. Si él la sirve, y su santidad no, ¿con qué bando preferirías estar? —preguntó el otro.

—He oído que quiere despertar a un titán, ¿a eso te refieres?

El otro hombre se rió sin levantar la voz.

—El vürdmeister quiere hacer cien cosas distintas. Por supuesto que quiere despertar a un titán, pero no es para eso que necesita muchachas jóvenes e intactas, ¿verdad?

—*Khalivos ras en me* —dijo Ghorran, sobrecogido—. Khali, vive en mí.

—En efecto.

—¿Es posible?

—El vürdmeister cree que sí.

Ghorran masculló una palabrota.

—Entonces, ¿qué pasa con el chico? ¿Para qué lo queremos?

—Hum, no es tan importante. Lo matarán y verán qué pueden levantar de su cuerpo. Los meisters solo quieren la carne del cadáver.

Elene había oído hablar del Túmulo Negro, un antiguo campo de batalla convertido en un yermo; se decía que desde entonces no había crecido nada en él. Aunque no pudo comprender el resto de la conversación, salvo que el vürdmeister Neph Dada le tenía reservado algo peor que la esclavitud. Volvió a reposar la cabeza y vio que el cautivo más cercano a ella estaba despierto. Era un niño. Parecía aterrorizado.

Capítulo 59

Mama K había salvado la vida de Logan ese día.

El pequeño ejército del rey, formado por el general supremo Agon, Mama K y los Perros de Agon, entraba a caballo en el campamento rebelde entre vítores. Habría sido muy diferente si Mama K no hubiese puesto en circulación el rumor de que Logan regresaba después de vencer a los peores horrores de las Fauces. Sin los rumores para preparar el terreno, la banda habría sido recibida como un ejército desconocido, y Terah de Graesin podría haber hecho matar a Logan. Sin duda, después se habrían derramado muchas lágrimas lamentando el terrible error.

El antiguo e inocente Logan no habría creído que Terah de Graesin fuese capaz de algo semejante. Logan el Ojetero no era tan cándido. Era un hombre cambiado, más tranquilo y sobrio. Sabía muy bien lo que podía hacer la gente cuando se sentía amenazada.

Y Terah de Graesin tenía que ver a Logan como una amenaza. Llevaba los últimos tres meses reuniendo apoyos. Había sobrevivido a intentos de asesinato y perdido a familiares. Había organizado un ejército y lo había conducido hasta la víspera de la batalla. Todo para ser reina.

La aparición de Logan amenazaba con hacer trizas su ambición cuando se encontraba muy cerca del triunfo. Su legitimidad era incuestionable: procedía de la familia más ilustre de la nación, había sido declarado heredero del fallecido rey Gunder y se había casado con su hija. Numerosas familias habían jurado lealtad a Terah de Graesin solo porque se habían creído liberadas de sus anteriores juramentos a los Gyre.

En cualquier otro momento, Logan habría ido a Havermere y hubiera enviado correos a todas las familias del reino, incluida la Casa de Graesin. Habría concedido a Terah tiempo para ver desintegrarse su coalición antes de ofrecerle una posición digna de su rango.

Ese no era cualquier otro momento. El ejército rebelde estaba acampado a menos de un kilómetro y medio de las fuerzas del rey dios. Los cenarianos superaban a los khalidoranos por dos hombres a uno. Los invasores tenían meisters y vürdmeisters, pero seguía pareciendo una victoria segura.

A Logan, Agon y Mama K les parecía una matanza de cenarianos en ciernes. De modo que allí estaba, cabalgando hacia el centro del campamento rebelde a la cabeza de aquel minúsculo ejército de cien hombres.

Tuvo suerte de que el día estuviese nublado, porque después de tres meses en el Agujero sus ojos no toleraban el sol directo. Los ojos entrecerrados no casaban especialmente bien con una expresión regia.

Se estaban acercando al conglomerado de pabellones de los nobles cuando una

docena de jinetes les salieron al paso. Los dirigía un oficial que llevaba un arco alitaerano descordado a modo de bastón de mando. Logan y su ejército se detuvieron.

—Presentaos —ordenó el sargento Gamble.

—Este —dijo Agon lo bastante alto para que lo oyeran el hombre y los curiosos — es el rey Logan de Gyre, heredero al trono por derecho y tradición, y monarca de nuestra gran tierra. El rey ha muerto, viva el rey.

Era una declaración de guerra, y la noticia correría como la pólvora por el campamento en cuestión de minutos. Mama K había informado al mayordomo de Logan, y los hombres de armas de los Gyre ya estaban posicionados cerca de las tiendas de los nobles. Vitorearon.

—La reina os recibirá ahora, mi señor —dijo el sargento Gamble.

Logan desmontó delante del pabellón de Terah de Graesin. Cuando Mama K y Agon Brant hicieron el amago de seguirlo, los centinelas les barraron el paso.

—Solo vos, señor —dijo uno de ellos.

Logan lo miró fijamente. No dijo nada. Por un momento, permitió que la bestia interior asomase la cabeza. No había sobrevivido al infierno para que lo detuviese un guardia. La determinación dio paso a la furia. Notó un hormigueo en el antebrazo.

El guardia retrocedió y tragó saliva.

—Mi señor —dijo con voz débil—, solo los nobles pueden...

Logan lo atravesó con la mirada y las palabras se secaron en la garganta del guardia. Mama K y Agon lo siguieron al interior.

El pabellón de la reina era inmenso. Mesas, mapas y nobles se repartían por todo el espacio disponible. Varios de los hombres tenían un aspecto muy gracioso, con sus carnes embutidas en armaduras que no se habían puesto en veinte años. Sobre una de las mesas, en dos cuencos, había piezas de barro negras y blancas. «Por los dioses, están votando el plan de batalla.» Junto a Mama K, Brant Agon emitió un sonido ahogado de indignación.

Mama K paseaba la mirada por la estancia con toda la rapidez que le era posible, contando aliados, aliados en potencia y enemigos seguros. Sabía que habría podido procurarle la corona a Logan si él le hubiese dado dos semanas para preparar su versión especial de la verdad. En la víspera de una batalla decisiva contra el único enemigo al que todos odiaban, las probabilidades experimentaban un drástico cambio. Su única esperanza radicaba en que alguien prescindible atacara primero a Logan, Brant Agon o ella misma. Entonces ella podría ridiculizarlo, y convertirlo en un enemigo acérrimo no perjudicaría demasiado a Logan.

—Caramba, Logan de Gyre, cómo han caído los valientes —dijo Terah de Graesin, que surgió de detrás de varios nobles más altos y avanzó pavoneándose sobre las lujosas alfombras—. ¿Quién habría esperado que aparecierais en compañía

de meretrices y viejas glorias? ¿O debería decir putas y tullidos?

Los nobles se rieron.

—¿Acaso buscáis trabajo? —preguntó Mama K.

Podría haberse oído caer una pluma en el repentino silencio. A Mama K no le importaba lo más mínimo la conmoción que había causado. Terah de Graesin había recibido a Logan con las uñas sacadas. Eso no era bueno.

Un joven se adelantó de entre los presentes.

—Si vuelves a hablar así, te mataré yo mismo —dijo Luc de Graesin. Era el hermano de Terah, de diecisiete años, guapo y tonto de remate.

«Oh, Luc, no tienes ni idea. Conozco tu secreto. Podría acabar contigo ahora mismo.»

Solo que no podía. Allí, en ese momento, no se daría crédito a una verdad tan descabellada sin la debida preparación. Terah de Graesin no haría sino ponerse más agresiva.

—Disculpadme —dijo Mama K—. Los títulos están cambiando de manos con tanta rapidez de un tiempo a esta parte que había olvidado que estaba hablando con una duquesa.

—¡Una reina! —corrigió Luc—. ¡Tu reina!

Mama K enarcó las cejas como si el noble intentara tomarle el pelo. Un pequeño recordatorio público de lo lejos y lo deprisa que Terah de Graesin estaba intentando ascender.

—Pero si aquí está el rey legítimo —dijo—. Designado heredero por el rey Gunder IX y aceptado por aclamación unánime. El hombre al que ya habéis jurado lealtad. —Sin embargo, sabía que ya había perdido. Lo vio en el aire desafiante, en el odio absoluto dibujado en el rostro de Terah de Graesin.

—Ya basta, Gwinvere —dijo Logan.

Ella sonrió y retrocedió con la cabeza gacha, súbitamente dócil.

—¿Puedo recordaros a todos —dijo una voz cercana a los mapas— que mañana nos las vemos con el rey dios y sus brujos? —Era el conde Drake, eterno pacificador.

—No necesitamos recordatorios —dijo Terah de Graesin—. Tenemos nuestro ejército, tenemos nuestro campo de batalla, tenemos la ventaja y, dentro de unos breves momentos, tendremos nuestro plan de batalla.

—No —objetó Agon.

—¿Disculpa? —preguntó Terah, indignada.

—Tenéis el ejército de su majestad —corrigió Agon—. Mis señores, muchos de vosotros estuvisteis presentes en el banquete el día del golpe. Garret de Urwer, vuestro padre murió a mi lado en la torre norte. Igual que vuestro tío, Bran de Braeton. Murieron cuando iban a salvar a nuestro rey, Logan de Gyre. Vosotros estuvisteis allí...

—¡Basta! —exclamó Terah de Graesin—. Ya sabemos lo que dijo el rey loco.

De modo que el rey estaba loco cuando designó heredero a Logan. No era una línea de ataque perfecta, pero serviría para salir del paso. Con el debido tiempo, Mama K habría recordado a todos la cronología del golpe, la irrelevancia de la cordura del rey para la legalidad de sus decretos y el matrimonio de Logan con Jenine. Con el debido tiempo, Mama K habría orquestado una presión desde todos los frentes para conseguir que Terah renunciase a sus pretensiones. Ahora nada de aquello importaba. No le quedaba más remedio que esperar lo inevitable.

—Mi señora —dijo el duque Havrin de Wesseros—, no dicen sino lo que se comentaría en salitas y salones de todo el reino si hubiera tiempo. A mí me parece que ahora todos tenemos decisiones que tomar, y poco tiempo para tomarlas.

—No pienso oír sus mentiras —siseó Terah.

—¿No lo veis? —dijo el duque de Wesseros—. Si no oís lo que tienen que decir, Logan se irá, y no lo hará solo. Se llevará con él la mitad de nuestro ejército, puede que más. ¿A alguien le hace gracia la idea de enfrentarse a los khalidoranos con medio ejército?

«Caliente, caliente, pero debería preocuparte que se marche la persona equivocada.»

Agon tomó la palabra:

—Como decís, el rey estaba loco cuando murió. El Sa’kagé lo envenenó en el banquete.

—¿Veneno? ¡Tú lo asesinaste, Brant! —exclamó Garret de Urwer.

—Sí, yo lo maté —dijo Agon—. No lo justificaré ahora. Lo importante es que Khalidor deseaba exterminar a la familia real para provocar exactamente esto. Querían dividir cualquier resistencia antes de que empezara. El rey Gunder lo vio venir, motivo por el cual, no la noche del golpe, cuando estaba envenenado, sino en un momento anterior del día, casó a su hija Jenine con Logan. Muchos de vosotros habéis contraído juramentos con la duquesa de Graesin, pero vuestra lealtad ya estaba comprometida con Logan de Gyre. Así, quedáis liberados de vuestros votos a la duquesa.

—¡No os libero a ninguno! —chilló Terah de Graesin.

Estalló el caos. Los nobles se gritaban unos a otros y se juntaban en corrillos para hablar con sus consejeros y los señores próximos a ellos, algunos decantándose por Terah de Graesin y otros por Logan. Logan lo observaba todo, impasible. Él también lo entendía.

—Esperad —dijo el duque de Wesseros. Se parecía mucho a su hermana Nalia, la última reina. Había estado fuera de la ciudad inspeccionando unas tierras que los lae’knaught habían ocupado en el este de Cenaria cuando se produjo el golpe. Levantó las manos y poco a poco los nobles se fueron callando—. Se va haciendo

tarde, y un ejército nos espera —dijo—. Colocaos al lado del hombre o la mujer que prefiráis que nos gobierne.

—¿Por qué no usáis las piedras en vez de eso, para que la gente pueda votar a quien realmente desea ver al mando? —dijo Mama K.

Se maldijo para sus adentros. Tendría que haber dejado que lo sugiriese otro de los nobles, pero Wesseros había propuesto la votación tan de repente que Mama K no había tenido la oportunidad. Nada de lo que habían argumentado valía para nada si no tenían una votación anónima.

—Mañana debemos tomar posiciones en el campo de batalla. Creo que hoy tendremos el coraje necesario para tomarlas en una tienda de campaña —dijo Terah de Graesin. Era lista la muy zorra.

Volvió a hacerse el silencio, y entonces la gente empezó a moverse.

Las estimaciones de Mama K de quién acabaría dónde fueron, por desgracia, exactas. En su mayor parte, los nobles menores daban la impresión de preferir a Logan pero no se atrevían a desafiar a sus señores, motivo por el cual Mama K había querido la votación anónima. Terah había concentrado sus sobornos en los poderosos.

En esas circunstancias, se dividieron en tres grupos de número parecido: los partidarios de Logan, los de Terah y los indecisos.

—Como sospechaba —dijo el duque de Wesseros, que encabezaba el bando de los indecisos—. La retórica no ha servido de nada. Con el asesinato de los Gunder, solo quedan tres grandes familias en nuestro país, y aquí estamos. A mí me parece que la mejor solución pasa por el compromiso. Logan de Gyre, Terah de Graesin, con el destino de vuestros compatriotas en juego, ¿dejaréis de lado vuestras ambiciones egoístas?

Qué bufón. Qué idiota. Qué pomposo sifilítico. Se creía muy listo. Si el duque no hubiese creado ese tercer bando, Logan habría obtenido la mayoría. Todavía habrían tenido una oportunidad.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Terah.

Logan ya lo sabía. Mama K se lo veía en aquel rostro imperturbable.

—Esta noche, la víspera de una batalla que decidirá el futuro de nuestra tierra, ¿dividiréis nuestras fuerzas o las uniréis? Logan, Terah, ¿os casaréis esta noche?

Terah echó un vistazo rápido a su alrededor, juzgando quién estaba de su parte. Su base de apoyo se erosionaba. Observó a quienes aguardaban desafiantes al lado de Logan y a quienes permanecían pasivos junto al duque de Wesseros. Después miró a Logan. No era la mirada que una mujer dedica a un pretendiente. Era una sonda que buscaba debilidad.

—Por el país que amo, sí —dijo Terah de Graesin.

—¿Logan?

—Sí —respondió Logan, inexpresivo. Que los dioses le ayudaran.

Capítulo 60

Habían erigido una plataforma para que el ejército entero pudiese presenciar la boda. Los hombres ya habían dejado sus hogueras, y sus oficiales empezaban a organizarlos en hileras para la ceremonia mientras ascendía la luna. Además del ejército, varios miles de plebeyos y vivanderos se habían apiñado en torno a la plataforma.

—Logan —dijo el conde Drake, cerrando la portezuela de la pequeña tienda de campaña donde Logan se estaba preparando—. No puedes hacerlo.

Durante un largo momento, Logan no respondió. Cuando surgió, su voz era grave y adusta.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—El Dios Único dice que ofrecerá una escapatoria de toda tentación.

—No creo en tu dios, Drake.

—La verdad no depende de que creas en ella.

Logan meneó la cabeza despacio, como un oso que saliera a la luz demacrado tras meses de hibernación.

—Casarme con Terah no es ninguna tentación. Mi padre se casó con una mujer bella y ponzoñosa y vi el daño que eso le hizo.

—Una lección que harías bien en aprovechar. Con la diferencia de que tu madre no era ni por asomo capaz de tanta destrucción.

Los ojos de Logan se iluminaron; el oso poco a poco empezaba a levantar la cabeza para erguirse por encima de todos los demás.

—¡Si hay una escapatoria que no suponga nuestro fin, ya me dirás cuál es! No quiero casarme...

—No he dicho que el matrimonio fuera la tentación.

—¿Pues cuál es?

—El poder —respondió el conde Drake, dando un golpe con su bastón.

—¡Maldita sea, hombre! O me caso con ella o nos condeno a todos. ¿Crees que no he pensado la manera de conseguir que la mayoría de esta gente me siga? ¡Lo he hecho! Podría llevarme quizá dos tercios si me marchara. Eso dejaría un tercio a su suerte. ¿Quieres que pida a miles de personas que mueran para que yo pueda evitar un matrimonio que me desagrada?

—No, Logan. —El conde Drake se apoyó en su bastón. Parecía necesitarlo—. Mi pregunta es: ¿puedes ser el rey que necesitas ser con semejante reina a tu lado? Hoy has pillado a Terah de Graesin desprevenida. La has sorprendido en un momento de debilidad. Eso no se repetirá.

—Bueno, gracias por ilustrar lo sombrío de mi futuro —dijo Logan—. Pero, si no puedes ayudarme a eludirlo, ayúdame a vestirme.

—Mi rey —insistió el conde Drake—, a veces la manera de salir de un agujero no es trepar.

—Vete —ordenó Logan.

El conde Drake hizo una reverencia y salió entristecido.

Logan levantó la diadema y se la puso en la cabeza. Mama K se había encargado de que pareciese un rey. Le habían afeitado, cortado el pelo, ungido el cuerpo con aceites y adornado con pieles. Llevaba una fina túnica gris oscuro y una capa del mismo color, ribeteada de fina seda blanca entretejida con oro y plata. Había alcanzado la mayoría de edad inmediatamente antes del golpe, pero había olvidado escoger su divisa. En ese momento vio que Mama K había elegido una por él. Incorporaba el halcón gerifalte blanco de los Gyre sobre campo de sable, pero su halcón llevaba unas cadenas rotas en las garras y el campo de sable era un círculo negro que recordaba al Agujero. Tenía las alas extendidas. Era una digna divisa. Su padre habría estado orgulloso.

«¿Qué harías tú, padre?» De joven, su padre se había casado para salvar a la familia. De haber sabido lo que le esperaba, ¿lo habría hecho?

Se abrió la portezuela de la tienda y entró Mama K. Lo miró con una compasión superficial pero genuina. Ella no podía entenderlo. Nunca había amado como Logan había amado. A sus ojos, aquella debía de ser la elección obvia. Casarse con Terah, y resolver los problemas más tarde. En su lugar, Mama K conspiraría, manipularía y haría matar a Terah si fuera necesario.

—Es la hora —dijo ella.

—La divisa es perfecta —comentó Logan—. Gracias.

—¿Os habéis fijado en las alas? —preguntó ella—. Las puntas se extienden más allá del círculo, majestad. El halcón gerifalte siempre volará libre.

Juntos, caminaron hasta la plataforma. Era un círculo casi del mismo tamaño que el Agujero. Un círculo para simbolizar la naturaleza perfecta, eterna e inquebrantable del matrimonio. Mientras Logan subía, con miles de ojos puestos en él, para ocupar su puesto justo en el centro, donde había estado el pozo mortal, le dio un vuelco el corazón. Se sentía enfermo, claustrofóbico. Recordó cuando se estiraba por encima del agujero, tanto como le daba el cuerpo. ¿Y por qué? Por un pan meado que no le echaría ni a un animal.

Empezó a sonar música y su pan meado subió con aire remilgado a la plataforma.

Una parte de Logan la miraba con ojos famélicos, como famélico estaba en el Agujero. Durante los últimos tres meses, había estado tan débil, tan desnutrido y tan obsesionado con sobrevivir que apenas había tenido un pensamiento para el sexo cuando, antes del Agujero, se diría que apenas había reservado un pensamiento para otra cosa. Ahora que había salido y recobrado las fuerzas, aquel viejo Logan regresaba. Terah de Graesin era alta y delgada, con curvas casi de muchacho, pero su

sonrisa era femenina a más no poder. Se movía como una mujer que sabía lo que gustaba a los hombres y sabía que lo tenía. La parte famélica y codiciosa de Logan quería follársela.

Y el pan meado siempre tenía una pinta estupenda, hasta que lo probabas. Sin embargo, por lo menos llenaba la panza, por mal que uno se sintiera después. Por lo menos tendría sexo. Por todos los dioses, ¡con veintiún años todavía era virgen, joder!

La ironía del pensamiento le hizo sonreír con amargura. Terah vio la sonrisa y correspondió con otra. La verdad era que estaba fantástica. Llevaba el pelo recogido en un... bueno, en algo elegante. Logan se preguntó cuántos sastres se habrían estado insultando entre sí durante las últimas dos horas mientras transformaban de alguna manera uno de sus vestidos en algo apto para una boda. Era del tradicional verde de la fertilidad y la nueva vida, cortado para ajustarse al cuerpo esbelto de Terah, con unos elaborados lazos simbólicos a la espalda y un largo trecho de pierna a la vista que ciertamente no era tradicional pero sí bienvenido de todas formas. Completaba el conjunto un elegante velo representativo de la castidad que encajaba a la perfección con el vestido, si bien no tanto con la mujer que había debajo.

«Bueno, de sexo me voy a hartar, si su reputación tiene algo de merecida.» La idea se revolvió en su estómago como el pan del Agujero. No, mejor no pensar en su reputación.

Con independencia de lo que Logan sintiera, Terah de Graesin de algún modo conseguía lo que él había creído imposible. Estaba seductora y regia al mismo tiempo: para ella todo era una cuestión de poder. Su estatus, su personalidad o su cuerpo. Eran simples herramientas para imponer su voluntad.

Poder. El conde Drake decía que la tentación era el poder.

Terah se colocó a su lado y asió su mano con timidez. El público vitoreó. Era igual que cuando Jenine de Gunder le había cogido la mano cuando su padre había anunciado el matrimonio. Logan se tragó las náuseas que le sobrevinieron. En el caso de Jenine, se había tratado de un acto espontáneo. Terah había estado en aquella cena. Había visto lo que Jenine había hecho y cómo lo habían aprobado los presentes. Estaba imitando a Jenine a conciencia.

—Relájate —dijo Terah—. Estás a cinco minutos de todo lo que quisiste nunca.

«Eres una insensata si de verdad crees eso, Terah.» Logan dibujó una sonrisa en su cara y obligó a su cuerpo a relajarse. No, no era lo que él hubiese escogido, pero así podría cambiarlo todo. Podría derrotar al rey Ursuul. Podría erradicar el Sa’kagé. Podría abolir las leyes injustas. Podría...

Eso era. A eso se refería el conde Drake. Esa era la tentación del poder. Había dado la vuelta a su propia ambición en su cabeza. No es por mí, se decía, es por el pueblo. Pero eso no era cierto del todo, ¿verdad? Le había gustado ordenar la muerte

de Gorkhy; le había gustado echar al conde; Logan hablaba y su voluntad se cumplía. La gente obedecía. Se había visto reducido a la impotencia durante tanto tiempo en el Agujero que la idea de no estar sometido nunca a nadie era como miel en sus labios.

«De acuerdo, conde Drake, lo entiendo. Y ahora, ¿qué salida hay?»

Era demasiado tarde. A un lado estaba el hecatonarca con su rica y abigarrada capa de cien colores por los cien dioses. Al otro lado se encontraba un hombre ataviado con unas sencillas vestiduras marrones, un patr del Dios Único. El duque de Wesseros ocupó su lugar en el centro. Terah se había asegurado de que su matrimonio se formalizara por triplicado. Los vítores fueron a más; quince mil personas gritaban a pleno pulmón por la pareja que a sus ojos los salvaría.

—¿Puedo dirigirme al pueblo? —preguntó Logan.

—De ningún modo —respondió Terah—. ¿Qué clase de estratagema es esta?

—No es una estratagema. Solo deseo hablar a quienes sangrarán y morirán por nosotros. No he tenido ocasión de hacerlo.

—Vas a ponerlos en mi contra —objetó Terah.

—¿Y si... y si Logan jura no decir nada negativo sobre vos? —propuso el duque de Wesseros—. Si lo hace, yo intervendré para detenerlo. ¿Os parece aceptable, mi señor?

—Sí.

—¿Mi dama? —dijo el duque—. Es su rey.

—Que sea rápido.

—Logan, cinco minutos —dijo el duque de Wesseros. Se acercó un poco y bajó la voz—. Y que el espíritu de Timaeus Rindder os inspire.

Se trataba de una declaración condicional de apoyo. Timaeus Rindder había sido un orador tan consumado que convirtió una derrota en una carrera de cuadrigas en un golpe de estado, a pesar de verse atado por exactamente las mismas restricciones que el duque de Wesseros había impuesto a Logan. Al disponer las reglas como lo había hecho, el duque de Wesseros le estaba diciendo: «Si consigues que el pueblo se ponga de tu parte, yo también lo haré».

—Amigos míos, mañana estaremos juntos en el fragor y el clamor de la batalla. —Logan apenas había pronunciado la primera frase cuando sus palabras fueron dobladas y redobladas en volumen. Hizo una pausa y entonces vio a maese Nile de pie, cerca de la primera fila, sonriendo. Logan fingió no haberse percatado del extraño fenómeno acústico y, al cabo de un momento, todos los demás hicieron lo mismo—. Mañana nos las veremos con un enemigo cuyo rostro conocemos. Habéis visto su cara oscureciendo vuestras puertas. Habéis visto sus botas embarrando vuestros suelos. Habéis visto sus antorchas pegando fuego a vuestros campos. Habéis sentido sus puños, látigos y desdenes, ¡pero os negáis a rendiros!

Los nervios y la autocrítica de Logan —«¿Podría haber dicho eso mejor? ¿Tengo

la voz firme? ¿Por qué cuesta tanto inhalar una bocanada de aire entera?»— se desvanecieron cuando miró los rostros vueltos hacia arriba de quienes serían su pueblo. Apenas unos meses atrás no había tenido ni idea de quién era el pueblo cenariano. Había conocido y amado a los vasallos de los Gyre, pero compartiendo el refinado desdén de los nobles hacia las masas desaseadas. Qué fácil era pedir a una turba sin cara ni nombre que muriese.

—Amigos míos, he pasado los últimos tres meses en las profundidades del Ojete del Infierno. Estaba atrapado entre la escoria y la peste de la humanidad. Pasaba todo el tiempo temiendo la muerte y cosas peores que la muerte. Me despojaron de las ropas. Me despojaron de mi dignidad. Vi a los buenos sufrir con los malvados. Vi a una mujer violada y a una mujer que se suicidó para que no la violaran de nuevo. Vi a hombres buenos y malos hacer sus pactos con la oscuridad. Yo hice el mío. Para sobrevivir.

—Amigos míos, estuve encarcelado bajo tierra. Vosotros lo estuvisteis en la superficie. Conocisteis los miedos que yo conocí. Visteis los horrores que yo vi, y peores. Mataron a amigos nuestros. Supimos que resistir significaba morir... y amigos míos, pueblo mío, contemplamos las fuerzas que teníamos en contra y no vimos esperanza. Huimos. Nos escondimos.

Logan hizo una pausa, y el pueblo esperó en silencio.

—¿Estuvisteis allí conmigo? —preguntó—. ¿Sentisteis rabia? ¿Os sentisteis impotentes? ¿Presenciasteis el mal y no hicisteis nada por plantarle cara? ¿Sentisteis vergüenza?

Los hombres y las mujeres no miraron a la izquierda ni a la derecha, temerosos de que sus vecinos vieran las lágrimas en sus ojos. Asentían con la cabeza, sí, sí.

—Yo sentí vergüenza —prosiguió Logan—. Dejadme que os cuente lo que aprendí en el Agujero. Aprendí que, en el sufrimiento, encontramos la auténtica medida de nuestra fuerza. Aprendí que un hombre puede ser un cobarde un día y un héroe al siguiente. Aprendí que no soy un hombre tan bueno como me creía. Pero lo más importante es lo siguiente: aprendí que, aunque me cueste muchísimo, puedo cambiar. Aprendí que lo que se ha roto puede rehacerse. ¿Sabéis quién me lo enseñó? Una prostituta. En una mujer amargada que se había ganado la vida en la vergüenza descubrí el honor, el valor y la lealtad. Ella me inspiró y me salvó.

—Hoy, tenemos aquí a mujeres que os enseñaron a vosotros las mismas lecciones. Muchos de vosotros os avergonzáis de vuestras madres, esposas e hijas que fueron violadas, que fueron empujadas a la esclavitud sexual en el castillo, que se vendieron en los burdeles para poder sobrevivir. Las habéis rechazado, las habéis expulsado.

—Pero yo os digo que vuestras esposas, madres e hijas nos han enseñado a luchar. Nos dieron la Nocta Hemata. Nos han dado coraje. Nos han enseñado el

camino que lleva de la vergüenza al honor. ¡Que dé un paso al frente toda mujer que luchó aquella noche!

Un puñado de mujeres se adelantó de inmediato. Espoleadas por su valor, otras las imitaron. Los hombres se hacían a un lado en silencio. Al cabo de poco, un grupo de trescientas mujeres se había congregado delante de la plataforma. Algunas dejaban caer las lágrimas, pero tenían la espalda recta y la barbilla alta. Entre las filas ya había hombres que lloraban sin disimulo. No solo los que debían de conocer a aquella pequeña muestra, sino también hombres del campo, hombres que debían de saber que sus mujeres habían sido deshonradas, hombres que en ese momento se avergonzaban de sí mismos.

—Hoy —dijo Logan— fundo la Orden de la Jarretera y seréis sus primeros miembros. Una jarretera, porque habéis convertido vuestra vergüenza en honor. Enseñadla siempre con orgullo y hablad a vuestros nietos del valor que mostrasteis. Y ningún hombre se unirá jamás a vuestra orden a menos que haga gala de las más altas cotas de heroísmo y valentía.

El pueblo aclamó sus palabras. Era lo mejor que Logan había hecho nunca.

—Me temo —dijo Logan, después de tranquilizar a la multitud— que vuestras jarreteras no están listas todavía. Parece que no tenemos todos los materiales a mano. ¿Sabéis qué?, las haremos con los estandartes de batalla khalidoranos.

Vitorearon.

—¿Qué decís, hombres? ¿Creéis que podemos ayudarles?

Vitorearon más fuerte.

—Y ahora, hermanos, por favor, acoged a vuestras amadas. Os necesitan. Y hermanas, acoged a estos hombres avergonzados y hundidos. Os necesitan.

—Solo me queda un par de cosas que decir.

Logan respiró hondo. Ya se había extendido más de lo que pretendía. No había fundado la Orden de la Jarretera para conseguir apoyo. Solo era algo que había que arreglar. Sin embargo, de algún modo, dondequiera que mirase veía rostros llenos de esperanza.

—Hace unos meses, no quería ser rey —dijo Logan—, pero algo me cambió en el Agujero. Antes del Agujero, podía veros como una muchedumbre. Ahora, os veo como hermanos y hermanas. Puedo pediros que sangréis conmigo, que muráis conmigo, y eso hago. Muchos de nosotros sangraremos mañana, y algunos moriremos. —Bajó la vista hacia el Agujero sobre el que se erguía. «¿Era esta tu salida, conde Drake? Oh, padre, ¿te enorgullecerías de esto?»—. Puedo pediros que sangréis para arrancaros vuestras cadenas, pero no puedo pediros que sangréis por mi ambición.

Todos se callaron.

—En el Agujero, aprendí que un hombre o una mujer pueden tener el poder sobre

la vida y la muerte, pero no hay poder sobre el amor. Amigos míos, os amo a vosotros, a esta nación y a la libertad que nos ganaremos, pero no siento amor por esta mujer. No me casaré con Terah de Graesin, ni hoy ni nunca.

—¿Qué? —chilló la duquesa, que dio un paso al frente—. ¡Detenlo, Havrin!

Pero el duque de Wesseros la contuvo y maese Nile no amplificó la voz de Terah.

—Terah —dijo el duque—, si intentas pararlo ahora, estallará una guerra civil aquí mismo.

Un rugido recorrió a la multitud; los hombres miraban a sus vecinos y empezaban a desenvainar sus armas, tratando de adivinar quién se uniría a cada bando.

—¡PARAD! —gritó Logan, y su voz resonó por encima de todos los presentes. Levantó las manos—. No toleraré que un solo hombre muera para hacerme rey, y mucho menos un millar. —Se volvió—. Señora de Graesin, ¿me juraréis lealtad?

Los ojos de la duquesa llamearon y en esa ocasión maese Nile sí amplificó su voz.

—¡No, aunque cueste mil millares de vidas!

Logan alzó las manos para atajar el tumulto.

—Amigos míos, no tenemos ninguna esperanza de derrotar a Khalidor si no estamos unidos. —Se volvió hacia Terah de Graesin, que no parecía tan guapa con la cara enrojecida por la ira—. Así pues, concededme que fundaréis la Orden de la Jarretera y que indultaréis a mis seguidores de todos los crímenes cometidos hasta este día... Concededme eso, y yo os juraré lealtad a vos.

Terah de Graesin solo vaciló un momento. Tenía los ojos desorbitados de incredulidad, pero se recuperó antes de que pudiera elevarse ningún grito.

—Hecho —dijo—. Jura ya.

Logan se arrodilló y estiró los brazos hacia el centro de la plataforma, donde se encontraba Terah. Con las manos tendidas hacia el interior, era la imagen inversa perfecta del halcón gerifalte extendiendo las alas más allá del círculo negro de la sumisión y el encarcelamiento. Y lo cambiaba todo.

A veces la única manera de salir del Agujero no es trepando. Tocó el pie de Terah para simbolizar el voto de sumisión.

—En reconocimiento de vuestro valor —dijo la reina Graesin en un tono que rezumaba veneno—, tendréis el honor de dirigir la primera carga. Vuestras melifluas palabras sin duda impresionarán a los vürdmeisters.

Capítulo 61

Kaldrosa Wyn estaba en primera fila de la multitud en compañía de centenares de mujeres más, todas en diversos estados de conmoción, incredulidad y llanto. Demasiadas emociones para contenerlas todas. Y aunque por lo general Kaldrosa Wyn odiaba llorar, en ese momento las lágrimas eran un alivio.

Se sentía como si su corazón acabara de triplicar de tamaño. El duque de Gyre la maravillaba. Ahí tenía a un hombre que había dejado de lado la mayor ambición del mundo por amor, que había resquebrajado la dura cáscara de amargura con la que ella había recubierto su corazón. Las había transformado de putas en heroínas. Era un santo, y aquella zorra lo estaba enviando a su muerte.

Después la gente se aglomeró alrededor de ella y el resto de las mujeres. Los hombres se abrían paso empujando en busca de las amadas que habían rechazado. Junto a Kaldrosa, Daydra sollozaba. Un hombre grande como un oso apartó a la muchedumbre para llegar hasta ella, que acrecentó su llanto al verlo. Era mayor, sin duda su padre, y estaba deshecho en lágrimas. Antes de que pudiera decir una palabra, Daydra se desmayó. Su padre la atrapó mientras caía y la cogió en brazos como si fuera un bebé. Otra pareja se abrazaba con fuerza junto a Kaldrosa.

Kaldrosa intentó no odiar a esas mujeres por su alegría. En verdad se sentía nueva, diferente; la montaña de vergüenza empezaba a deslizarse de sus hombros. Pero Tomman sin duda debía de estar en Cenaria. ¿Sería él tan rápido en perdonar? ¿Conseguiría Kaldrosa alguna vez yacer de nuevo en sus brazos después de hacer el amor, en aquel momento en que todas las cosas se rehacían y empezaban de cero?

La muchedumbre comenzaba a dispersarse, y las mujeres que no habían encontrado a sus amores perdidos se estaban agrupando. Se miraban y se conocían unas a otras, aunque no hubieran coincidido nunca. Eran hermanas. Sin embargo, incluso entonces, no estaban solas. Las cenarianas que no habían sido deshonradas por los hombres de Khalidor y habían escuchado el discurso desde el fondo, adivinaron que no todas las heroínas de Nocta Hemata vivirían el goce del reencuentro. Se abrieron paso entre las filas de hombres y, desconocidas todas, se abrazaron y lloraron juntas.

Kaldrosa Wyn vio a Mama K apartada a un lado, observando. No había lágrimas en los ojos de aquella gran mujer, tenía la espalda recta y aun así parecía desear que hubiera habido un hombre que atravesara la multitud hasta ella. Kaldrosa empezó a caminar en su dirección, maravillada por su propio valor al ir a consolar a Mama K, nada menos, cuando lo vio.

Llevaba el uniforme de los cazadores de brujos del general Agon: un extraño arco corto en una mano, un carcaj a la espalda y loriga de cuero hervido sobre una túnica verde oscuro ribeteada en amarillo. Sin embargo, mientras buscaba entre el gentío, su

fiero y fogoso Tomman parecía asustado. Entonces sus ojos se encontraron.

Como una marioneta con los hilos cortados, Tomman cayó de rodillas. El arco acabó en el barro, olvidado. Se le demudaron las facciones. Extendió los brazos, con los ojos arrasados de lágrimas. Era una disculpa más abyecta que lo que jamás podría haber expresado con palabras.

Kaldrosa corrió a él.

—Me siento como si pasara más tiempo aquí que algunos de los residentes —dijo Kylar.

—Calla —replicó Vi.

Cuando había ido a salvar a Logan, Kylar había robado un esquife apenas lo bastante grande para transportarlos. Aunque pequeña, la embarcación era increíblemente rápida, y así había podido eludir al único barco que patrullaba la isla de Vos. En ese momento había de patrulla tres embarcaciones, de modo que se proponían cruzar a la isla de Vos tal y como había hecho Kylar cuando fue a rescatar a Elene.

Siguiendo el ejemplo de Vi, pasó una rodilla por encima de la cuerda y se desplazó con las manos por el cabo que colgaba bajo el puente. El disparo de Vi había sido perfecto, de modo que pudieron dejar la cuerda mucho más tensa de lo que había estado en su viaje anterior. Cuando Vi pasó junto a los restos del virote clavado en la madera tras aquel horrible disparo de hacía cuatro meses, se detuvo.

—Para ser una leyenda, dispara como el culo —murmuró.

Lo que dirigió la atención de Kylar al culo de Vi. De nuevo. Por bien que la primera palabra que acudía a su cabeza no fuese «legendario», el trasero de Vi era de lo más respingón. De una agradable redondez. Digno de la prenda elástica y ceñida que llevaba. A diferencia de muchas mujeres atléticas, Vi tenía curvas. Unas bonitas caderas y unos pechos que quitaban el hipo.

«¿Por qué estoy pensando en los pechos de Vi?»

Kylar siguió tirando de sí mismo mano tras mano, con el entrecejo fruncido. Esa era una distracción que no le convenía. Volvió a mirar el culo de Vi. Sacudió la cabeza. Miró de nuevo. «¿Por qué me atrae su culo? ¿No es raro? ¿Por qué nos gustan los culos a los hombres, para empezar?»

Vi llegó a la muralla del castillo y soltó una cuerda hacia abajo. Susurró algo y las sombras la ocultaron. No fue nada espectacular; ni se acercaba a lo que Durzo había podido hacer, y mucho menos a la invisibilidad de Kylar. Sus sombras eran negras sin más, y camuflaban la humanidad reconocible de su silueta. Con todo, llamaba menos la atención que una lagarta medio desnuda cuyo cuerpo entero decía a gritos «¡Miradme!».

Kylar la siguió y se deslizó por la cuerda sin perder un instante. Se cobijaron a la

sombra de una roca mientras pasaba el barco patrulla.

—Bueno, no has dicho nada sobre mis trapos de faena.

Kylar alzó una ceja.

—¿Qué? ¿Quieres que te diga si los pantalones te hacen el culo gordo? Te lo hacen. ¿Contenta?

—O sea que me has estado mirando el culo. ¿Qué te parece el resto?

—¿De verdad estamos hablando de esto? ¿Ahora? —Kylar volvió a echar un vistazo a sus pechos... y fue sorprendido.

—La pose de desdén altivo te quedará mejor si no te ruborizas —comentó Vi.

—Son magníficos —dijo Kylar. Tosió—. Tus trapos de faena, me refiero. No tus pechos... quiero decir que el estilo te queda perfecto. Justo en la línea entre seductor y obsceno.

Vi se negó a ofenderse.

—Primero me llevo su atención, y luego su vida.

—Qué frialdad. —En esa ocasión, no le miró los pechos. Apenas. A pesar de los señuelos pequeños que se erguían en posición de firmes en la cima de los señuelos grandes.

—Soy una mujer. No tengo la suerte de escoger la ropa por su comodidad.

—No puedo creerme que esté sosteniendo una conversación tan larga sobre ropa.

—¿A esto lo llamas una conversación larga sobre ropa? —preguntó Vi—. No has tenido muchas amantes, ¿verdad?

—Solo una. Y no por mucho tiempo, gracias a ti —respondió Kylar.

Eso le calló la boca. Gracias al Dios.

Kylar se levantó y empezó a moverse. Tenían que esconderse cada vez que pasaba el barco patrulla, Vi para que no la vieran y Kylar para que Vi no supiera que podía volverse invisible. Llevaba a su vez una ropa bastante ajustada, un viejo conjunto de camuflaje que Mama K había mandado a buscar para él. Cuanto más supiera nadie sobre el alcance de sus poderes, más vulnerable sería.

Llegaron a la puerta hundida de las Fauces una hora después de la medianoche. No había centinelas.

Kylar probó el pasador. No estaba cerrado. Miró a Vi. Era evidente que eso a ella le gustaba tan poco como a él. Aun así, ¿cómo podía saber el rey dios que llegaban? Avanzó para abrir la puerta pero Vi le tocó el brazo. Señaló hacia los goznes oxidados y le indicó que esperase.

Tocó las bisagras una por una, murmurando, y después le hizo un gesto con la cabeza.

Kylar probó la herrumbrosa puerta. Se abrió en silencio.

—Mira tú por dónde —dijo Vi—. De manera que no funciona solo con niñas

pequeñas.

Kylar cerró la puerta con cuidado y la miró.

—¿Por qué no lo pruebas contigo misma? —preguntó.

—Ya lo he hecho —respondió Vi—. Nadie que esté a más de metro y medio puede oírme.

—No me refería a eso. Aparte, ¿cómo estás tan segura de que funciona?

—No has oído lo que te acabo de llamar.

—¿Que ha sido...?

—Acertado, pero no lo bastante ingenioso para repetirlo.

Kylar vaciló.

—Vi, antes de que entremos, tengo que preguntarte una cosa.

—Dispara.

—Entré en el oficio amargo por culpa de un chico llamado Rata. Era hijo de Garoth Ursuul, y fue para complacer a Garoth que Rata rajó la cara a Elene, violó a Jarl e intentó violarme a mí.

—No lo sabía —dijo Vi—. Lo siento.

—No tiene importancia —gruñó Kylar—. Yo me libré.

—Yo no —dijo Vi con voz queda. Se hundió en sí misma, en aquellos años de pesadilla—. En mi caso fueron los amantes de mi madre. Ella sabía lo que hacían, pero nunca se lo impidió. Siempre me odió por lo que le costaba. Como si hubiese sido yo la que se folló a un desconocido, se quedó embarazada y huyó. No sé si al principio quería tenerme o solo era demasiado cobarde para tomar cornezuelo o té de tanaceto.

Vi sabía que era un miedo razonable. La dosis suficiente para inducir un aborto estaba a un pelo de la dosis letal. Todos los años, según afirmaba Hu, miles de chicas que «se ponían enfermas y morían» en realidad habían tomado demasiado veneno. Otras consumían demasiado poco y daban a luz a niños lisiados.

—Después de huir, mi madre no tenía otra cosa para sobrevivir que su belleza. Era demasiado orgullosa para hacerse puta con todas las de la ley, de modo que se pegaba a un cabrón tras otro. Nunca pudo hacer lo que tenía que hacerse.

—¿Y eso es lo que te diferencia de ella?

—Sí —respondió Vi con un hilo de voz. Luego recuperó la compostura. ¿Por qué había hablado tanto? Nunca le había contado a nadie toda esa mierda. Nunca había tenido nadie a quien le importase—. Lo siento, no tenías por qué oír eso. ¿Tenías una pregunta?

Kylar no respondió. La estaba mirando de un modo que nadie la había mirado nunca. Era la mirada que una madre dedicaba a su hija cuando se caía y se magullaba las rodillas. Era compasión, y la atravesó de parte a parte superando su sarcasmo y su fachada bravucona. Perforó como un cuchillo el hielo y la carne muerta que eran lo

único que creía tener por dentro, y encontró algo pequeño y vivo que bañó de una luz cálida. Kylar estaba viendo todo el cieno putrefacto que ella había tapiado y no estaba retrocediendo como sería lo normal.

—Hu Patíbulo te hizo matarla, ¿no es así?

Vi bajó la vista, incapaz de afrontar por un momento más aquella calidez abierta. No confiaba en su propia voz.

—¿Segunda muerte? ¿Uno de los novios primero?

Asintió.

Era ridículo. ¿Estaban manteniendo aquella conversación delante de las Fauces?

—¿Era esa tu pregunta? —dijo Vi.

—Cuando me retiré del oficio amargo, no pude dejarlo, y no he sabido por qué hasta ahora. Cuando Jarl se presentó en mi casa, una parte de mí sintió alivio. Tenía lo que había deseado durante toda mi vida, pero aun así no era feliz. ¿Te ha pasado alguna vez que alguien te mire, te entienda y te acepte por completo? ¿Y que por algún motivo tú seas incapaz de aceptar esa aceptación?

Vi tragó saliva. El corazón se le llenó de anhelo.

—Eso era Elene para mí. Eso es para mí, quiero decir. Le prometí que no volvería a matar, pero no puedo ser feliz si no termino esto. Cuando me fui, le dejé un par de pendientes de boda para que supiera que todavía la amo y que quiero estar con ella para siempre, pero estoy seguro de que está enfadada conmigo.

El peso en el bolsillo de Vi la abrasaba. Le dijo a su lengua que se moviera, que se lo contase, pero era como plomo en su boca.

—Si fuese cualquier otro golpe, Elene nunca me perdonaría. Si hago esto, los khalidoranos perderán, Logan será rey, las Madrigueras serán diferentes para siempre y Jarl no habrá muerto en vano. Si hay un Dios Único, como Elene siempre dice, me hizo para esta muerte.

«¿Jarl? ¿Cómo puede hablar conmigo de Jarl con tanta calma?»

—¿Y cuál era tu pregunta? —Sonaba un poco combativa, incluso a sus propios oídos. ¡Jarl! ¡Dioses! Sus emociones estaban tan desbocadas que ni siquiera podía identificarlas. Sin embargo, Kylar respondió con dulzura.

—Necesitaba saber si estabas conmigo en esto. Hasta el final, hasta el rey dios. Hasta la muerte, si hace falta. Pero creo que ya me has respondido.

—Estoy contigo —dijo Vi. Lo juró con todo su corazón.

—Lo sé. Confío en ti.

Mirándolo a los ojos, Vi supo que decía la verdad, pero las palabras no tenían sentido. ¿Confianza? ¿Después de lo que había hecho? Kylar devolvió su atención a la puerta.

—Kylar —dijo Vi. Tenía el pulso acelerado. Primero le hablaría de Jarl, después de la nota y los pendientes, todo. Se postraría a sus pies y lo retaría a aceptarlo todo

—. Lo siento. Lo de Jarl. Nunca quise...

—Lo sé —atajó Kylar—. No veo su asesinato en ti.

—¿Eh?

—Vi... —dijo él con voz queda.

Cuando le puso una mano en el hombro, un cosquilleo recorrió el cuerpo entero de Vi, que miró sus labios: se estaba acercando. La cabeza de Vi se inclinó como si tuviese voluntad propia, separando ligeramente los labios, y lo tenía tan cerca que podía sentir su presencia como una caricia en su piel expuesta; cerró los ojos y los labios de Kylar tocaron su... frente.

Vi parpadeó.

Kylar dejó caer la mano como si el hombro de Vi quemase. Algo negro cruzó en un visto y no visto la superficie de sus ojos.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Vi.

—Lo siento. Casi te... ¿Te refieres a mis ojos? Estaba comprobando si habías usado un hechizo de sensualidad. O sea, lo siento, es que... Uf, vamos a ponernos manos a la obra, ¿no?

Vi ya no podía estar más confusa. ¿Creía que ella había usado un hechizo? ¿Significaba eso que había tenido ganas de...? Que casi ¿qué? No, no podía ser.

«¿Qué estabas pensando, Vi? “Siento haber matado a tu mejor amigo, Kylar, ¿echamos un polvo?”»

Kylar abrió la puerta y Vi observó la boca abierta de par en par que le había valido el nombre a las Fauces. La cárcel parecía un dragón que abriera la boca para devorarla. Unos ojos de cristal rojo con antorchas detrás resplandecían con malicia. Todo lo demás estaba tallado en vidrio volcánico negro: la lengua negra por la que avanzaron, los colmillos negros que amenazaban desde arriba. En cuanto entraron en la boca, dejó de haber luz.

—Esto está mal —dijo Kylar, deteniéndose—. Está totalmente cambiado.

Cuando Kylar salvó a Elene y a Uly, la rampa que bajaba a las Fauces avanzaba por un túnel corto y luego se bifurcaba. Las celdas de los nobles quedaban a la derecha y el resto a la izquierda. Los techos tenían una altura de unos dos metros diez en todas partes, algo que confería un ambiente claustrofóbico a las Fauces.

—Creía que habías estado aquí hace unos meses.

—Parece que los brujos han estado ocupados.

Entraron en una inmensa cámara subterránea. La rampa que antes descendía diez metros bajaba ahora más de treinta. Las celdas de los nobles y las del primer y el segundo nivel de las Fauces habían desaparecido. La rampa era lo bastante ancha para cuatro caballos juntos y descendía en espiral en torno a un gran pozo central. En el fondo se distinguía un altar de oro con un hombre atado a él y meisters alrededor.

—Mierda —susurró Vi—. Tenemos que bajar ahí.

Kylar siguió la mirada de Vi. No estaba mirando al hombre que había sobre la mesa dorada, sino el extremo sur del pozo, donde un pequeño túnel conducía hacia el castillo.

El lugar tenía algo raro. No eran el altar o la oscuridad. El olor del Agujero allí se hacía denso. Un humo sulfuroso serpenteaba por el suelo. Recordaba a Kylar su combate con Durzo.

Por debajo del humo, se distinguían otros olores. Sangre rancia y el hedor empalagoso de la carne en descomposición. Más allá de la oscuridad, los extraños cánticos de los brujos y los atiplados gritos de dolor procedentes de las profundidades del túnel (por suerte en la dirección del Agujero, no en la que debían ir Kylar y Vi), había algo más.

Era algo pesante. Opresivo. Kylar había hecho de la noche su hogar durante demasiados años para temer la oscuridad... o eso creía. Sin embargo, allí, en el aire mismo que respiraba, había algo más profundo, más oscuro, más antiguo y vil de lo que podía imaginar. El mero hedor le traía recuerdos de matar. Recordó el vergonzoso júbilo que sintió cuando cerró el nudo en torno al tobillo de Rata. Recordó el día que envenenó el estofado de un fabricante de sillas de montar que, como no tenía hambre, dejó que se lo comiera su hijo. Recordó la tonalidad de violeta exacta que adquirió la cara del niño cuando su garganta se hinchó hasta cerrarse y asfixiarlo. Recordó cien actos de los que se avergonzaba, cien cosas más que debería haber hecho y no hizo. Se quedó paralizado, respirando aquel aire inmundo.

—Vamos —dijo Vi. Tenía los ojos enormes, agobiados, pero se estaba moviendo —. Respira por la boca. No pienses, solo actúa.

Kylar parpadeó como un tonto, se recobró y siguió a Vi. La presencia era Khali. Tal y como Logan le había advertido.

Fueron bajando por el pozo. Kylar caminaba cerca del borde, mirando hacia abajo. Cuando se acercó, pudo ver que los meisters no tenían la intención de sacrificar a aquel hombre, por lo menos no en ningún sentido convencional. Su víctima era un lodricario con el cuerpo entero tatuado. La piel le colgaba sobre el esqueleto alto y demacrado. Estaba atado boca abajo con gruesas cadenas sobre la mesa de oro e iba desnudo de cintura para arriba.

Seis meisters estaban sentados con las piernas cruzadas en las puntas de la estrella lodricaria dorada grabada en el suelo: tenían los ojos cerrados y entonaban cánticos. Dos más estaban de pie a ambos lados del altar. Uno sostenía un martillo y el otro...

Kylar no dio crédito a lo que veía hasta que llegó a la última espiral y el nivel del suelo. El primer meister sostenía un martillo de carpintero y clavos dorados, mientras que el segundo aguantaba en las manos un espinazo de caballo, que estaba colocando sobre la rabadilla del hombre tatuado.

El meister aguantó el espinazo en su sitio y el otro, apretando los dientes, puso

encima el clavo dorado de quince centímetros. Golpeó con el martillo. El hombre tatuado gritó y se revolvió. Con dos fuertes martillazos más, el clavo se hundió hasta la cabeza. Entonces los dos meisters retrocedieron y Kylar vio bien a la víctima por primera vez.

Su piel tenía algo raro. Al principio, no distinguió de qué se trataba por culpa de los tatuajes, pero luego vio que, allí donde no había tinta, estaba enrojecida. Las venas se le marcaban como si estuviera levantando un gran peso. Habría resultado comprensible, dado lo que estaba soportando, pero las venas no estaban en los puntos correctos. Venas gruesas y arterias, azules y rojas, se abultaban bajo su piel por todas partes. Y la propia piel parecía cubierta de extraños hoyuelos, como si tuviera todo el cuerpo picado de viruela.

Los dos meisters se apartaron y dieron una orden. Alguien les trajo a un prisionero del túnel del norte, donde Kylar distinguió una celda de espera con una docena de hombres dentro. El prisionero llevaba hierros en las manos y los pies, y una cuerda atada al cuello. Una meister joven y guapa asió la cuerda y la desenrolló, cuidando que ninguna parte de su cuerpo entrase en el círculo de magia que delimitaban las seis puntas de la estrella. Se situó en el lado opuesto al del prisionero, que gimoteaba de miedo. Un sudor frío le corría por la cara y un chorrillo de orina descendía por su pierna. Clavaba la mirada en el hombre del altar.

La joven meister empezó a tirar de la cuerda que el hombre llevaba al cuello, arrastrándolo hacia el círculo. El cautivo dio un paso renqueante antes de empezar a resistirse, y luego fue demasiado tarde. Perdió el equilibrio y trastabilló hacia delante para no caerse. Cuando vio que su trayectoria lo llevaría derecho hasta el hombre tatuado, se lanzó a un lado.

Con las manos enmanilladas a la espalda, la víctima no tenía manera de amortiguar la caída. Su cara se estrelló contra el suelo de vidrio volcánico.

Los meisters que no estaban sentados y cantando maldijeron. La mujer se recolocó, pasando la cuerda por encima del altar con una sacudida. Un meister se le unió y juntos empezaron a tirar de nuevo del hombre semiinconsciente.

«¿Por qué no usan magia?» Pero entonces Kylar miró a través del ka’kari y creyó entender el motivo.

La cámara entera estaba cargada de magia. Flotaba desde los meisters como las nubes de vapor sulfuroso que se elevaban desde el Agujero. Rezumaba del suelo. El aire mismo parecía espesarse de magia por doquier, excepto alrededor del altar. Allí, el aire estaba muerto. Los meisters estaban creando algo que sería resistente a la magia, incluida la de ellos. Sin embargo, al fijarse con atención, Kylar vio que el lodricario no estaba del todo a salvo de la magia de los meisters. Los brujos que entonaban cánticos estaban tejiendo entre todos algo en el aire sobre el altar, y lo hundían en la víctima por dos puntos. En su nuca, a ambos lados de la columna

vertebral, había dos diamantes clavados, cada uno del tamaño de un pulgar. En el espectro visible no quedaban a la vista, cubiertos como estaban de mugre, sangre y pelo. En el espectro mágico, llameaban. Solo a través de ellos podían los meisters tocar el cuerpo del hombre.

Los brujos por fin pusieron en pie al prisionero, que tosió y se atragantó. Kylar notó que Vi le tiraba de la túnica, un urgente llamamiento a que se largaran rápido de allí, pero no le hizo caso. El prisionero trastabilló de nuevo y cayó encima del altar, sobre el hombre tatuado.

Aunque aterrizó de canto y debiera haberse deslizado rodando hasta el suelo, se quedó pegado. Los meisters soltaron la cuerda y retrocedieron deprisa, casi huyendo. Subió el tono de los cánticos. El prisionero gritó, pero Kylar no veía por qué. El hombre de los tatuajes tenía los músculos tensos, la piel más encarnada todavía... y entonces empezó a correrle sangre por la espalda.

Los pies del prisionero se apartaron del suelo mientras la espalda del tatuado lo devoraba. Entonces la túnica del prisionero se desgarró y Kylar vio retorcerse la piel del lodricario. Cada uno de aquellos millares de marcas como hoyuelos se estaba abriendo como una pequeña boca provista de colmillos. En todos los puntos de contacto, la piel tatuada se estaba comiendo al prisionero.

Mientras el recluso era consumido por aquella espalda tatuada, el lodricario del altar chillaba con un sufrimiento igual al de su víctima. A través del ka'kari, Kylar vio costillas enteras arrancadas al prisionero y desplazadas a través de la espalda ondulante hasta incorporarse al nuevo espinazo. La piel se infló y creció también por encima de la osamenta de caballo. Los meisters siguieron recitando y Kylar adivinó que ellos orquestaban la operación. Fuese lo que fuera aquella bestia tatuada, no era obra de los meisters. Ya estaba hecha. Solo la estaban desarrollando para darle una forma adecuada para la guerra.

En otros diez segundos, el prisionero desapareció... más o menos. Partes de él se habían incorporado a la nueva criatura. La monstruosidad del altar había ganado quizá la mitad de la masa del prisionero. Su columna vertebral había reforzado el espinazo. Sus costillas habían proporcionado mayor longitud al torso. La piel se había estirado por encima de las zonas nuevas, aunque ahora también estaba perforada por aquellas pequeñas bocas. Los huesos del reo habían sido molidos y transportados al cráneo de la criatura, que había doblado su grosor.

El meister al mando espetó algo que sonaba a aprobación, y luego indicó por gestos que sacaran al siguiente prisionero.

Vi volvió a tirarle de la manga. Kylar se giró y miró las sombras donde debían de estar los ojos de su compañera.

—Adelántate tú —susurró—. Luego te alcanzo.

—Estás a punto de cometer una estupidez, ¿no?

Kylar sonrió torvamente. Vi se limitó a negar con la cabeza.

Capítulo 62

Lantano Garuwashi guió a sus hombres ensangrentados y eufóricos al exterior de las cuevas que les habían permitido cruzar las montañas. En la última gruta se habían encontrado con doscientos khalidoranos dormidos. Sus cuatro brujos descansaban en la parte más profunda de la cueva, que probablemente consideraban la más segura, y habían muerto antes siquiera de que se diera la alarma. El resto de los khalidoranos, desorientados, se las habían ingeniado para matar a tantos de los suyos como los hombres de Garuwashi.

Los sa'ceurai salieron a la luz que precedía al alba al sudeste de la arboleda de Pavvil. Había dos ejércitos acampados uno frente a otro en la llanura. A Garuwashi le sorprendió que fuesen los khalidoranos los escondidos en las cuevas. Deberían haber sido las tropas cenarianas, que combatían en su territorio, quienes ocultaran allí sus reservas. Si aquella cueva era una muestra, el rey dios podía tener fácilmente otros cinco mil hombres emboscados que podían incorporarse a la refriega en menos de diez minutos.

Solo eso casi bastó para que Garuwashi diera media vuelta. A menos que los cenarianos guardasen un as en la manga, Khalidor sería el vecino septentrional de Ceura de forma permanente.

Aun así, aquella sería la última batalla de la estación. Si presenciaba el resultado, Garuwashi sabría si los rebeldes podrían reagruparse o eran exterminados. Y conocería de primera mano las tácticas khalidoranas, algo que podía salvarlo en un futuro.

—Que los hombres se desplieguen en abanico —ordenó a su capitán medio calvo, Otaru Tomaki. Llegó hasta la entrada de la cueva mientras incorporaba a su melena con la rapidez y precisión que da la práctica los cuatro mechones de pelo moreno que había cortado.

—No creeréis nuestra suerte, maestro guerrero —dijo Tomaki.

Garuwashi alzó una ceja.

—Señor, está aquí mismo. —Tomaki señaló.

A apenas trescientos pasos, a través de los árboles, Garuwashi vio al gigante subiendo a la carrera una colina en dirección al campo de batalla. Se encaminaba hacia el campamento cenariano. El hombre miró por encima del hombro. Por un momento, los árboles impidieron que Garuwashi entendiera la razón. Después, cuatro jinetes khalidoranos salieron al galope de entre la arboleda y empezaron a remontar la colina.

El gigante vio que no llegaría a la cima del altozano antes de que lo alcanzaran. Se detuvo y desenvainó la espada.

—Los dioses lo han depositado en mis manos —dijo el ceurí—. Cuando mate a

los jinetes, veremos si ese gigante es rival para Lantano Garuwashi.

—Tú asegura el túnel que lleva al castillo —susurró Kylar—. Cuando vengan a por mí, tendremos que movernos rápido.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Vi en voz baja.

Estaban sacando a otro prisionero. Ese avanzaba como un corderillo.

—Ve y hazlo —susurró Kylar.

—No soy tu puta criada —protestó Vi, alzando la voz hasta un nivel peligroso.

—Vale, pues. Haz lo que quieras —dijo Kylar.

Vi lo fulminó con la mirada... y echó a andar hacia el túnel.

Kylar esperó mientras los meisters discutían un instante y después cortaban la ropa del prisionero y se la quitaban para que fuese más fácil de digerir. Kylar tenía una idea de lo que debía hacer, pero todo tenía que estar en su sitio. Eso significaba esperar a que Vi asegurase el túnel. Significaba dejar morir al prisionero.

Lo odiaba, pero esperó. «Maldita sea, hombre, lucha. Eso me dará el tiempo que necesito.» Por desgracia, el prisionero desnudo no hacía nada. Contemplaba horrorizado la masa que se retorcía sobre el altar.

«¿Por qué no luchas? Lo único que pueden hacer es matarte.»

En el último momento, el prisionero emitió un sollozo ahogado e intentó levantarse, pero la cuerda que llevaba al cuello tiró de él hacia delante. Se quedó pegado a la criatura y chilló. Los cánticos se intensificaron de nuevo y los meisters que no estaban recitando desde las puntas de la estrella lodricaria observaron con ojos desorbitados cómo el preso era devorado. En esa ocasión fue más rápido incluso que en la anterior.

Kylar se camufló por completo con el ka’kari, que cubrió su piel como una túnica gastada. Corrió hacia el altar, pasando justo por el lado de un meister entregado a sus cánticos.

Cuando entró en el círculo que circunscribía la estrella lodricaria, sintió una quemazón en la piel causada por la potencia de la magia que flotaba en el aire. La voz de Khali chilló a través de él, una voz de desesperación, de suicidio, de vergüenza, de corrupción.

Otro paso y saltó, trazando una voltereta lateral sin manos por encima del altar y la criatura encadenada a él. Fue como saltar a través de un rayo. Unas agujas pinchaban toda la superficie de su piel y le inyectaban poder en cada vena. Al pasar por encima de la deforme cabeza gris de la criatura, agarró los diamantes.

Salieron con la misma facilidad que si hubieran estado hundidos en mantequilla. Kylar aterrizó al otro lado del altar y lanzó los diamantes como si fuesen carbones ardiendo. Al cabo de otro segundo había salido de la estrella y saltaba hacia la pared, en la que había grabados runas y símbolos lo bastante profundos para que pudiera

agarrarse a ellos. Pasara lo que pasase a continuación, él se conformaba con poner tierra de por medio y observar desde la invisibilidad.

Alrededor de la estrella, los meisters empezaron a abrir los ojos. La criatura seguía devorando al prisionero, pero la magia flotaba en el aire como los tentáculos de una medusa. No tenía adónde ir.

Los meisters que recitaban fueron callándose, uno a uno. Todos se volvieron hacia Kylar y lo miraron boquiabiertos como si vieran lo imposible.

«¡Me ven!» Kylar se agarró a la pared como una araña, de espaldas al muro y con las manos y los pies encajados en grietas a sus espaldas, esperando el primer ataque.

Interrumpieron el silencio el sonido de una cadena al partirse y un rugido ronco, casi humano. La criatura, con la espalda ya alargada como una enorme serpiente, se sacudió, y el resto de las cadenas saltó en pedazos. Kylar quedó olvidado.

Plantada sobre seis brazos humanos, la criatura embistió contra un meister y lo arrolló. Seis brazos y manos lo despezaron y pegaron sus miembros al cuerpo monstruoso. Las pequeñas bocas funcionaban mejor que cualquier adhesivo. Una bola de fuego chocó contra la piel de la bestia. El proyectil no perdió impulso ni le hizo daño alguno, simplemente se desvió. *-(NdT despezaron = despedazaron)*

Tres bolas de fuego más la siguieron al cabo de un instante, y todas salieron despedidas y explotaron contra las paredes o el suelo. Los meisters chillaron. Una corrió hacia la escalera que subía en espiral desde las profundidades. La criatura corrió tras ella pero, en lugar de seguirla escalera arriba, atajó por el centro del espacio circular e intentó agarrarla. La meister se pegó a la pared, tan lejos como pudo de la mano ansiosa.

Consiguió su propósito. A esa altura, el brazo de la criatura no la alcanzaba. La bruja prosiguió el ascenso, esa vez a gatas. Kylar pensó que lograría escapar, pero entonces la criatura se desplomó. Sus miembros quedaron inertes. Bajo la superficie de su piel, los huesos largos de los brazos se deslizaron, uno tras otro, hacia el apéndice que buscaba a la mujer. La mano se soltó y se deslizó hacia delante mientras que los huesos iban encajando en su sitio con el repulsivo sonido de succión de una articulación que se dislocaba y recolocaba. En un abrir y cerrar de ojos, el brazo había sumado la longitud de cuatro más. La criatura agarró a la mujer y tiró de ella. Los gritos de la meister se convirtieron en un borboteo ahogado.

La bestia acorraló y aplastó a tres meisters más contra la pared. Hizo una pausa mientras sus pequeñas bocas masticaban ropa y carne. Un cuarto brujo asió a una de las tres víctimas por la mano e intentó tirar de ella para liberarla. Puso un pie en el pellejo de la criatura para hacer fuerza. La criatura no le prestó la menor atención, pero fue como si la propia piel poseyera inteligencia o al menos un hambre insaciable. El meister no llevaba un segundo tirando cuando se le desorbitaron los ojos. Se lanzó hacia atrás, pero su pie estaba pegado a la piel de la criatura. Cayó de

espaldas, gritando. Durante un instante, pareció que podría soltarse, al precio de toda la carne de su pie.

Un flanco de la criatura tembló, como se sacude un caballo para espantar a las moscas, y, formando una ola, la piel dentuda batió contra el pie del meister hasta llegarle al tobillo. Otro temblor y alcanzó la mitad de la pantorrilla. Otro, y la criatura pasó a digerir a cuatro meisters en vez de tres.

Era todo el margen que Kylar necesitaba. Se despegó de la pared y corrió por el túnel del sur hacia el castillo. Se cruzó con cuatro meisters ensangrentados a los que Vi había despachado sobre la marcha. Encontró a la ejecutora rebuscando en la faldriquera de un guardia caído ante una imponente puerta de roble. Le sonrió, orgulloso de su temeridad. Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Hostia, Kylar, cómo brillas.

—He estado impresionante ahí atrás —dijo él, olvidando que debería haber sido invisible.

—No, lo digo en serio: hostia, Kylar, cómo brillas.

Kylar bajó la vista. Parecía que estaba en llamas, todo violetas y verdes en el espectro mágico y de un rojo mate como el fuego de fragua en el espectro visible. No era de extrañar que los meisters se hubieran quedado mirándolo. Había atravesado de un salto el corazón de su magia y había sido demasiada para que el ka'kari la devorase. Estaba exudando el sobrante en forma de luz.

Sin pensar, intentó absorber el ka'kari de vuelta al interior. Fue como volcar un chorro de plomo caliente en su glore vyrden.

—¡Ay! ¡Ay!

—¿Lo has matado? —preguntó Vi.

Kylar la miró como si estuviera loca.

—¿No has visto lo que esa... esa cosa ha hecho?

—No. He obedecido mis órdenes y he asegurado el túnel. —Vi, descubrió Kylar, podía ser una auténtica cría—. Que tampoco es que haya servido de mucho, porque no hay llave. Debían de tener miedo de esa... esa cosa —dijo imitando a Kylar—. Ahora tendremos que retroceder. Yo recomendaría camuflarnos, pero parece que te hayan pegado fuego.

Kylar apartó a Vi y puso las manos sobre la superficie de la puerta de roble, una encima de la otra.

—¿Qué haces? —preguntó Vi.

Dioses, la puerta era gruesa. Aun así, si no podía absorber la magia, ¿por qué no iba a poder canalizarla hacia fuera? Sintió que el chorro de magia lo abandonaba. Bajó la mirada y vio unos túneles del tamaño y forma exactos de sus manos, horadados a través de los treinta centímetros de roble y las bisagras de hierro.

Tragó saliva. «¿Cómo demonios he hecho eso?» Empujó la puerta, pero no pudo

moverla hasta que cargó su fuerza con Talento; entonces se abrió de par en par retorciéndose sobre sus cerrojos y luego cayó al suelo.

Kylar atravesó el hueco. Al ver que Vi no lo seguía, se volvió. La expresión de la chica reflejaba tal pasmo y desconcierto, era tan elocuente que supo con exactitud lo que iba a decirle.

—¿Qué demonios eres? —preguntó—. Hu nunca me enseñó nada parecido. Hu no sabe hacer nada parecido.

—Soy un mero ejecutor.

—No, Kylar. No sé lo que eres, pero no eres un mero nada.

Capítulo 63

—¿Por qué me habéis negado mi vestimenta regia? —preguntó la chica. La princesa llevaba un vestido soso que le venía grande y se había recogido el pelo en una sencilla cola de caballo. El rey dios le había negado hasta los peines.

—¿Crees en el mal, Jenine? —Garoth se sentó en el borde de la cama de Jenine en la torre norte. Faltaba poco para el alba del día en que por fin exterminaría a la resistencia cenariana. Sería un buen día, y el rey dios estaba animado.

—¿Cómo podría estar en vuestra presencia y no creer en él? —escupió ella—. ¿Dónde están mis cosas?

—Una mujer hermosa provoca sensaciones en un hombre, joven dama. No estaría bien que se abusara de ti. Me desagradaría verte rota tan pronto.

—¿Acaso no controláis a vuestros hombres? Menudo dios de pacotilla. Menudo rey.

—No hablaba de mis hombres —dijo Garoth con tranquilidad.

Jenine parpadeó.

—Me excitas. Tienes lo que nosotros llamamos *yushai*. Es vida, fuego, acero y alegría de vivir. Lo he apagado antes en mis esposas; por eso tú estás enclaustrada y tienes prohibido vestir con ropa favorecedora. Por eso me he saciado con una de tus damas de compañía: para protegerte. Serás mi reina y compartirás mi cama, pero todavía no.

—¡Jamás!

—¿Lo ves? *Yushai*.

—Vete al infierno —dijo Jenine.

—Eres una mujer maldita, ¿no es así? La mía es la tercera familia real a la que perteneces, y las dos primeras no acabaron muy bien, ¿verdad? Tu marido duró... ¿qué? ¿Una hora?

—Por el Único y los Cien —dijo ella—, que tu alma se hunda en la sima. Que cualquier fruto a tu alcance se convierta en gusanos y podredumbre. Que tus hijos te traicionen...

La abofeteó. Por un momento, Jenine movió la mandíbula, parpadeando para contener las lágrimas. Después continuó:

—Que...

Garoth volvió a abofetearla, más fuerte, y sintió un peligroso acceso de placer que le llegó a la entrepierna. Maldita Khali.

Jenine estaba a punto de escupirle cuando él la estranguló con el vir.

—Nunca tientes a un hombre más allá de lo que puede soportar. ¿Lo entiendes? —preguntó.

Jenine asintió, con los ojos desorbitados ante el espectáculo del vir que le corría

por los brazos.

El vir la soltó. Garoth Ursuul suspiró decepcionado, ¡al diablo los Extraños! Jenine parecía aterrorizada.

«Bien. A ver si eso le enseña a tener cuidado.» Cuando Neph se sacó de la manga a la princesa como regalo y disculpa por el desastre en que había degenerado la campaña de Cenaria, Garoth quedó encandilado al instante. Su primer impulso había sido mandar a la princesa de Gunder a Khaliras con la caravana de suministros que transportaba los mejores frutos del saqueo, pero no había podido quitársela de la cabeza. Había ordenado que la trajeran de vuelta. Era un riesgo demencial. Si los cenarianos descubrían que estaba viva y la salvaban, tendrían una gobernante legítima. Y aquella chica gobernaría, si tenía la oportunidad y un poco de suerte. No conocía el miedo.

—Volvamos a mi pregunta, Jenine. ¿Crees en el mal? —preguntó el rey dios. Más le valía mantener su mente ocupada, si no quería que la entrevista acabase en lágrimas para ella y un asco saciado para él—. Algunos ven el mal cuando mis hombres llaman a una puerta en plena noche, le preguntan a un hombre dónde está su hermano y el hombre, aterrorizado, se lo dice. O cuando una mujer ve una bolsa llena tirada en el camino y se la queda. No te pregunto si crees en la debilidad o la ignorancia que perjudica a otros. Te pregunto si crees en un mal que se regodea en la destrucción, en la perversión. Un mal que miraría al bien a la cara y le escupiría.

»Verás, cuando mato a una de mis semillas, no es un acto de maldad. Cuando arranco el corazón palpitante del pecho de ese niño, sé que no estoy solo matándolo. Estoy inspirando tal pavor en todos los demás que me convierte en algo más que un hombre. Me hace incuestionable, insondable, un dios. Eso asegura mi reinado y mi reino. Cuando quiero tomar una ciudad, reúno a los habitantes de los pueblos circundantes delante de mi ejército. Si la ciudad quiere usar máquinas de guerra contra mis hombres, antes tiene que matar a sus amigos y vecinos. Brutal, sí, pero ¿malvado? Podría decirse que salva vidas, porque las ciudades suelen rendirse. O lo hacen cuando empiezo a lanzar con catapultas a los vivos sobre la ciudad. Te sorprendería lo que puede hacer a los soldados el simple sonido de un grito cambiando de tono y terminando en un golpe seco cuando se repite cada treinta minutos. No pueden hacer otra cosa que esperar, no pueden sino preguntarse: ¿reconozco esa voz?

»Pero estoy divagando. Verás, yo no llamo mal a nada de todo eso. Nuestra sociedad se basa en el poder del rey dios. Si el rey dios no ejerce un poder absoluto, todo se viene abajo. Llega el caos, la guerra, el hambre y las plagas que no discriminan entre inocentes y culpables. Todo lo que hago conjura ese peligro. Un poco de brutalidad nos preserva, como el bisturí de un cirujano preserva la vida. Mi pregunta es: ¿crees en un mal poseído por su propia pureza? ¿O todo acto tiene como

fin algún bien?

—¿Por qué me lo preguntáis? —inquirió Jenine. Se había puesto blanca como la pared. La habría hecho parecer khalidorana si no hubiese tenido un matiz verdoso.

—Siempre hablo con mis esposas —respondió el rey dios—. Primero, porque solo los locos hablan solos por costumbre. Segundo, porque existe la remota posibilidad de que una mujer tenga una idea original.

La estaba aguijoneando, y tuvo su recompensa cuando Jenine recuperó parte de su *yushai*. Le recordaba a la madre de Dorian, y a la de Moburu.

—Creo que el mal tiene agentes —dijo ella—. Creo que nosotros permitimos que el mal nos use. No le importa si sabemos que lo que hacemos es malo o no. Cuando hemos cumplido su voluntad, si nos sentimos culpables, puede usar ese sentimiento para condenarnos a nuestros propios ojos. Si nos sentimos bien, puede usarnos de inmediato para su próximo objetivo.

—Eres una niña curiosa —comentó Garoth—. Nunca había oído una idea parecida. —A Garoth no le gustaba. Lo rebajaba a una mera herramienta, ignorante o consciente, pero siempre cómplice—. Fíjate, estuve a punto de dejar este trono. Casi rechacé todo lo que supone pertenecer al linaje de los dioses.

—¿De verdad?

—Sí, dos veces. La primera cuando era un príncipe heredero, y después cuando fui padre. La fuerza me hizo volver, en ambas ocasiones. *Non takuulam*. «No seré un sirviente.» Verás, tuve un hijo llamado Dorian. Me recordaba a mí mismo. Lo vi alejarse del camino de la divinidad, como casi hiciera yo. —Se detuvo por un momento—. ¿Has estado alguna vez a mucha altura y pensado: «Podría saltar»?

—Sí —dijo Jenine.

—Le pasa a todo el mundo —dijo Garoth—. ¿Has estado alguna vez con otra persona y pensado: «Podría empujarle»?

Jenine negó con la cabeza, horrorizada.

—No te creo. En cualquier caso, así fue con Dorian. Pensé: «Podría empujarle». Y eso hice. No porque me beneficiase, sino solo porque podía. Deposité en él mi confianza y estuvo a punto de apartarme de mi condición divina, de modo que lo traicioné del modo más profundo que pude imaginar. Fue lo más que me he acercado a un momento de pura maldad.

»Verás, a mi entender el mundo contiene solo dos misterios. El mal es el primero, y el amor es el segundo. He visto el amor utilizado, exagerado hasta ser una burla de sí mismo, pervertido, fingido y traicionado. El amor es algo frágil y corruptible. Y aun así lo he visto evidenciar una curiosa fuerza. Escapa a mi comprensión. El amor es una debilidad que muy de vez en cuando triunfa sobre la fuerza. Desconcertante. ¿Qué opinas, Jenine?

La cara de la princesa era una máscara de piedra.

—No sé nada del amor.

El rey dios bufó.

—No te preocupes. Un pensamiento interesante es más de lo que saco de la mayoría de mis esposas. El poder es una puta. Cuando por fin la tienes para ti, descubres que coquetea con todos los hombres que tiene a la vista.

—¿Cuál es el propósito de todo vuestro poder? —preguntó Jenine.

Garoth arrugó la frente.

—¿Qué pregunta es esa?

—Yo diría que ahí mismo tenéis vuestro problema.

—Ahora hablas con la perspicacia que esperaba de una mujer. O sea, ninguna.

—Gracias por aclararlo.

Ajá, conque era tan lista como decían. Ya lo había intuido al enterarse de que estaba pidiendo libros. Mejor no dejar leer a las mujeres.

—De nada. Y bien, ¿por dónde iba?

Jenine respondió, pero no la oyó. Algo acababa de pasarle al ferali de Tenser. Lo sentía a través de las redes de magia que había tendido por todo el castillo. Fuera quien fuese el responsable, era más poderoso de lo que había esperado.

—Veo que no eres feliz aquí, de modo que te enviaré a Khaliras —dijo, mientras se dirigía a la puerta—. Si mandas cualquier mensaje o intentas huir, reuniré a todos tus amigos y a cien inocentes y los mataré.

Cruzó la habitación con paso decidido y la besó con pasión. Los labios de la joven estaban fríos y no correspondieron en modo alguno.

—Adiós, princesa mía —dijo.

Hizo una pausa al otro lado de la puerta hasta que oyó que prorrumpía en llanto, el roce de las sábanas cuando se postró sobre la cama y lo que le pareció el nombre de Logan. Tendría que dar órdenes al respecto. Si Jenine descubría que Logan estaba vivo, jamás se plegaría a la voluntad de Garoth. Aquella tensión en la red mágica tiraba de él, pero aun así permaneció quieto. Por lo general, el llanto de una mujer no significaba nada para él, pero ese día... Dio vueltas al sentimiento como si fuese una piedra de color extraño. ¿Era eso culpa? ¿Remordimientos? ¿Por qué sentía el demencial deseo de disculparse?

Qué curioso. Tendría que pensar en ello más tarde. Cuando Jenine estuviera a una distancia segura.

Ordenó a seis enormes montañeses de la Guardia del Rey Dios que se la llevasen a Khalidor de inmediato, y después bajó por la escalera.

Capítulo 64

Feir buscó a Solon y a Dorian entre el ejército cenariano al anochecer. No pudo encontrar a ninguno de los dos. Cuando preguntó por qué no estaba allí la guarnición de Aullavientos, un conde llamado Rimbold Drake le contó la matanza y compartió con él una preocupación: si Khali había masacrado a unos veteranos, ¿qué pasaría si la llevaban allí?

Desesperado, Feir siguió cabalgando. Llevaba consigo lo único que podía salvar a aquel ejército que ignoraba lo que le esperaba. Para empeorar las cosas, no era vidente, por lo menos en el sentido útil. Distinguía las tramas de magia que estaban cerca como si las viera a través de un cristal de aumento ladeshiano, pero un hombre poderoso como Solon podía pasarle a cincuenta pasos y no percibiría la menor vibración.

Tras frenéticas pesquisas, encontró a dos magos: marido y mujer, ninguno de los dos muy poderoso, pero ambos sanadores. Decían que no habían visto ningún gran Talento en el ejército entero. Sin embargo, en el mismo momento de decirlo, Tevor Nile había mirado en derredor con gesto desesperanzado, y se había quedado inmóvil.

—Drissa —dijo.

La mujer se acercó y le cogió la mano. Los dos fijaron su atención en una colina situada a unos centenares de pasos del ejército.

—Préstanos tu poder y nosotros te prestaremos nuestra vista —dijo Drissa a Feir.

La obedeció, a pesar de sentirse raro por entregarse cuando llevaba a Curoch. Entonces la colina se iluminó como una antorcha.

Los hombres estaban demasiado lejos para que Feir distinguiese las caras e iban con cuidado de que sus siluetas no se recortaran contra el cielo, pero el Talento de cada uno de ellos llameaba, tan propio y característico como los patrones de sus iris. Feir conocía a aquellos hombres, se había codeado y enzarzado con ellos en muchas ocasiones. Eran seis de los magos más poderosos de Sho’cendi, y él sabía lo que habían venido a buscar.

Sin duda los muy cabrones se creían que Curoch les pertenecía. Pero ellos podían blandir la espada; él no. Si les llevaba Curoch y juraba entregarla con condiciones, cualquiera de aquellos hombres podía incinerar al ejército khalidorano entero. Feir no tenía el pico de oro de Solon pero, con Curoch en la mano, su boca de plomo podía servir perfectamente.

De modo que, sin pensarlo más, partió a galope tendido hacia los hermanos, a lomos de un caballo que pidió prestado a los Nile, rezando por llegar hasta ellos antes de que los ejércitos trabasen batalla. Si los alcanzaba a tiempo, Cenaria podría ganar sin perder un solo hombre.

El camino lo condujo a un desfiladero que quedaba oculto a los magos, y allí

había topado con unos exploradores khalidoranos. Un arquero mató a su caballo, y después los lanceros cargaron contra él, desdeñando las flechas por la diversión que suponía matar a un hombre a pie.

Ahora tres de ellos estaban muertos, y Feir afrontaba peores problemas. Detrás de los khalidoranos, por increíble que pareciese, acababan de surgir una tropa de sa'ceurai.

De modo que, mientras luchaba contra el último jinete, intentó ponerse a la vista de los magos. ¡Dioses! Se encontraban a apenas cien pasos de distancia. Si veían a Feir, ni mil sa'ceurai podrían interponerse entre aquellos seis magos y Curoch.

Los sa'ceurai no permitirían que Feir rompiese su formación, eran demasiado disciplinados. Lo que harían sería juzgarlo por su manera de pelear, y los sa'ceurai tenían unas ideas muy particulares sobre cómo debía lucharse.

El Camino de la Espada imponía una conducta muy específica. Un guerrero debía asumir que moriría durante el combate, y que no importaba morir mientras fuese de manera honorable. El modo ideal de golpear a un enemigo era alcanzarlo en la fracción de segundo previa a que asestara un golpe mortal.

Para Feir, se trataba de un concepto bonito y práctico cuando los márgenes eran estrechos, como ocurría entre los mejores espadachines. Si uno se preocupaba demasiado de que lo hiriesen, nunca afrontaría los daños que debería encajar para matar a los mejores. Eso lo haría vacilar. Quien vacilaba moría y, lo que era peor para la mentalidad ceurí, perdía.

Matar a tres jinetes no era moco de pavo. Un jinete veterano valía por diez infantes. Sin embargo, un mago a pie no era un infante cualquiera, y Feir no se había privado de ayudarse de la magia al matar a los tres primeros. Sabía que podía matar al último khalidorano que arremetía contra él, pero no acababa de decidir cómo. ¿Qué impresión quería causarles a aquellos señores de las espadas? Para un ceurí, el combate era comunicación. Un hombre podía engañar con sus palabras, pero su cuerpo siempre decía la verdad.

Feir envainó a Curoch (otro problema en el que pensaría más adelante), y corrió hacia el jinete por el lado de la lanza. En batalla, el hombre se conformaría con dejar que su poni de montaña arrollase a Feir pero, en esas circunstancias, Feir estaba seguro de que intentaría matarlo en persona. Y... ¡allí estaba!

El hombre se inclinó hacia el lado y aprestó su lanza de fresno de tres metros. Feir saltó en el aire. No fue un gran salto, pero su enemigo montaba un poni de montaña de doce palmos en lugar de un enorme corcel de guerra alitaerano de dieciocho. El pie de Feir pasó por encima de la lanza y se estampó contra la cara del khalidorano.

Feir descubrió dos cosas en el momento del impacto: en primer lugar, los aldeanos ceuríes que habían ideado una patada para desmontar a los jinetes probablemente no la usaban cuando el caballo iba al galope. En segundo lugar, algo

crujió, y no fue el cuello de su adversario.

Cayó al suelo de mala manera. Cuando se puso en pie, sintió un dolor atroz en el tobillo y los ojos le hicieron chiribitas. Aunque no era el momento de mostrar debilidad, no delante de los sa'ceurai que, mientras él se ponía en pie, cerraron el círculo. Uno fue a ver cómo estaba el khalidorano, con un cuchillo presto para rematarlo, pero ya estaba muerto.

Feir cruzó los brazos y aguardó de pie en altivo silencio, pero en su corazón sentía frío. Había una última curva de roca maciza entre él y los magos de la colina. Si pudiera moverse diez pasos y activar su Talento, lo verían a pesar de los árboles. El problema era que no podía moverse diez pasos. Ni siquiera cinco.

Fuera del círculo de espadas desenvainadas y flechas cargadas, un hombre estaba comprobando todos los cadáveres. Por toda la cabellera llevaba atados los mechones de sus oponentes muertos. Casi todos tenían anillos en los dos extremos —los de los sa'ceurai a los que había matado—, pero otros estaban atados solo a su propio pelo: los de los extranjeros. El círculo de hierro se separó y Lantano Garuwashi examinó a Feir.

—Eres tan alto y peleas tan bien como un nefilim, pero ni siquiera has ensangrentado tu espada con estos perros. ¿Quién eres, gigante? —preguntó.

¿Un nefilim? Feir se devanó los sesos intentando recordar todo lo que sabía sobre Ceura. Gracias a los dioses, era bastante. La mayoría de los maestros de la espada aprendían mucho sobre Ceura, ya que no pocos de sus adiestradores eran ceuríes exiliados que habían servido en el bando equivocado durante una u otra de sus incesantes guerras. Pero ¿un nefilim? ¡El Camino de la Espada! Los primeros hombres fueron creados con... ¿hierro? El alma de un hombre es su espada...

«¡No puedo luchar! ¡Estoy cojo! Lantano Garuwashi me ha visto combatir y ahora querrá demostrar que es más grande que este "gigante".»

¡Eso era! «Tales eran los héroes y grandes hombres de antaño.» Los nefilim eran los hijos engendrados con mujeres mortales por los hijos de los dioses. ¿O era el Dios? Ah, qué putada, no recordaba si los ceuríes eran politeístas. En fin, tendría que ser vago en lo religioso.

—No temas —dijo Feir.

Vio un fugaz atisbo de consternación en aquellos rostros de hierro. ¿Quién le decía a Lantano Garuwashi que no temiera? Feir pensó que, ya que se estaba echando un farol, lo mismo daba que se pusiera entre la espada y la pared.

Hablando de espadas... podría haber llegado el momento de hacer entrar en escena a Curoch. Parte de la magia latente de Curoch consistía en que adoptaba cualquier forma que su propietario desease. Partes de ella nunca cambiaban, pero quizá se alterase lo suficiente para ayudar a Feir a adoptar su papel concebido sobre la marcha de mensajero divino. Había leído descripciones de una espada ceurí que

iría de perilla, de modo que se concentró en que Curoch asumiese la forma correcta. «¿Solo tengo que hacer eso?»

Desenvainó la espada poco a poco sin dejar de mirar a Lantano Garuwashi hasta que el hombre bajó la vista. Los sa'ceurai que rodeaban al gigantón abrieron atónitos los ojos, se quedaron boquiabiertos y dejaron escapar gritos ahogados. Algunos de ellos estaban entre los guerreros de élite que seguían a Lantano Garuwashi.

Feir siguió las miradas. Curoch no solo había entendido el tipo de espada que quería emular, había conocido la espada en concreto. Feir se había imaginado que una espada «con los fuegos del cielo en la hoja» hacía referencia al dibujo de un acero exquisito o a un grabado de llamas. Otra traducción era «con el fuego del cielo dentro de la hoja». Curoch había adoptado ese último enfoque.

Había grabados unos dragones gemelos (a Feir no le hacía falta mirar para saber que, salvo por unas nimias diferencias, eran idénticos) a ambos lados de la hoja, cerca de la empuñadura. Los dos escupían fuego hacia la punta de la espada. No se trataba de un grabado, había fuego dentro de la espada. Donde ardía ese fuego, y también varios centímetros más allá, la hoja se volvía transparente como el cristal. Era como si Feir blandiese una barra de llamas. La espada mantenía una longitud constante, pero los fuegos de su interior crecían y menguaban en función de... Feir no sabía en función de qué, pero en ese momento los dragones escupían llamaradas hasta la punta misma de la espada, a un metro quince de la empuñadura, y luego el fuego se apagó.

Feir había tenido la intención de impresionar, pero las caras de los sa'ceurai reflejaban más bien adoración. Apenas pudo desterrar el asombro de sus propias facciones antes de que las miradas empezaran a regresar a él.

Lantano Garuwashi tenía aspecto de haber sentido la primera punzada de miedo de su vida. Luego pasó y, de entre todos los hombres, solo él parecía enfadado.

—¿Qué hace un nefilim blandiendo a Ceur'caelestos?

La Espada del Cielo. Feir tuvo la súbita sospecha de que Curoch se había convertido en aquella espada en concreto con demasiada facilidad. Era como si hubiese sabido el aspecto que debía adoptar. «¿Y si no finge ser Ceur'caelestos? ¿Y si lo es en verdad?»

«No he creado una espada impresionante. He creado el artefacto más sagrado que conoce esta gente. ¿Y ahora cómo escapo cojeando?» Daba lo mismo. Era demasiado tarde para dejarlo.

—Soy un mero sirviente. Traigo un mensaje para ti, Lantano Garuwashi, si eres lo bastante sa'ceurai para aceptarlo. —Feir entrelazó magia en su voz para alterarla, y añadirle la resonancia y gravedad propias de una voz del cielo—. Se extiende ante ti el siguiente camino: lucha contra Khalidor y conviértete en un gran rey.

No era el mensaje divino más épico de la historia, pero sí lo bastante corto para que la falta de elocuencia de Feir no quedara de manifiesto. Con el tono y el volumen

alterados, le pareció respetablemente sobrecogedor.

Sin embargo, Garuwashi no parecía sobrecogido. Desenvainó poco a poco su espada. La dejó colgando de su mano, laxa y mate. Feir comprendió su error demasiado tarde. ¿Por qué había anunciado aquel premio en particular? Le había dicho a Garuwashi que sería rey pero, para un hijo de plebeyo, se trataba de algo imposible. La espada de Garuwashi era de hierro común, un instrumento baqueteado y triste que blandía con fiero orgullo precisamente porque lo avergonzaba en lo más hondo.

Una espada de hierro nunca gobernaría. Nadie cambiaba de espada. El alma de un sa'ceurai era su espada. Para los ceuríes, eso no era una abstracción. Era un hecho.

Aquel pedazo de hierro triste y afilado dejaba al desnudo la mentira de Feir. Garuwashi agarró con más fuerza su alma y la punta de la espada se elevó en señal de desafío. Alrededor del círculo, los sa'ceurai aún sostenían sus armas, pero los arcos ya no estaban tensos y las espadas habían sido olvidadas. Daba la impresión de que ese momento se estaba grabando para siempre en sus mentes. Su maestro guerrero, el mayor sa'ceurai de todos los tiempos, ante un nefilim portador de una espada salida de las leyendas, y su Lantano Garuwashi no mostraba ni pizca de miedo.

—¿Si soy lo bastante sa'ceurai? —preguntó Garuwashi—. Moriré antes de aceptar el escarnio, aunque venga de los dioses. Soy lo bastante sa'ceurai para morir víctima de la espada del cielo o seré lo bastante sa'ceurai para matar al mensajero de los dioses.

Entonces atacó con la velocidad que había convertido a Lantano Garuwashi en una leyenda.

Feir no podía luchar. Combatir contra aquel hombre con una sola pierna sana era un suicidio. Bloqueó el primer ataque de Garuwashi y después utilizó la magia para tirar del ceurí hacia él.

Garuwashi chocó contra Feir y los dos se quedaron casi pegados, con las espadas cruzadas y las caras a centímetros de distancia. Curoch (o Ceur'caelestos, lo que fuera) cobró vida con un destello. Los dragones escupieron fuego hasta la punta de la hoja.

El único pensamiento de Feir era que sus brazos tenían que ser más fuertes que los de Garuwashi. Si el hombre se plantaba a cierta distancia, acabaría con Feir, pero cerca de sus descomunales brazos, el mago tenía una posibilidad. Sin embargo, antes de que ninguno de los dos acertara a hacer nada, surgió una segunda barra de luz entre ambos. Durante un momento que debió de durar solo un segundo, pareció que a los dos les hubiera abandonado su formación militar. Ambos intentaron esforzarse tan solo en desequilibrar a su rival sin dejarse distraer por lo que estaban desesperados por mirar. Feir no había hecho nada; quizá Curoch estaba reaccionando a la magia que había usado para atraer a Garuwashi hasta él. La espada del ceurí se puso roja y

luego blanca. Llegó a brillar más que Curoch y luego, mientras los hombres seguían haciendo fuerza uno contra el otro, explotó.

Dentro de lo que eran las explosiones, aquella fue suave pero implacable. Ningún fragmento ardiente de espada se clavó en la carne de Feir, pero el gigantón tampoco pudo resistir el impacto, que lo empujó dando vueltas hacia atrás hasta que cayó boca abajo a cuatro pasos de distancia. Intentó levantarse, pero sintió una punzada de dolor tan intensa en el tobillo que supo que se desmayaría si lo hacía. Se quedó de rodillas. Miró colina arriba y echó mano de todo el poder que podía aguantar.

«¡Mira, maldito seas, Lucius! ¡Mira!» Seguía oculto por los árboles pero, si uno de los videntes echaba un vistazo, lo vería.

A ocho pasos de distancia, Lantano Garuwashi se puso en pie. Aunque pareciera imposible, empuñaba su espada... no, no su espada. La suya se había esfumado, había desaparecido. Ni siquiera quedaban fragmentos humeantes de ella. Con una expresión de absoluta maravilla en el rostro, sostenía a Ceur’caelestos en una imagen perfecta, como si Lantano Garuwashi hubiese nacido para esa espada y esa espada se hubiera forjado mil años atrás con Lantano Garuwashi en mente.

Si los sa’ceurai ya estaban asombrados antes, en ese momento parecían estupefactos. Se hincaron de rodillas como lo estaba Feir. Uno de ellos dijo:

—Los dioses han otorgado a Lantano Garuwashi una nueva espada.

Quería decir que los dioses habían dado a su cabecilla una nueva alma, el alma de una leyenda, el alma de un rey. En todos los ojos, Feir vio que los hombres lo aprobaban. Siempre lo habían sabido. Habían servido a Lantano Garuwashi antes de que se convirtiera en el famoso Lantano Garuwashi, el rey Lantano, antes de que hubiese desafiado y humillado a un nefilim.

Feir seguía de rodillas, incapaz de levantarse. Los ojos de Lantano Garuwashi llameaban con el fuego del destino mientras contemplaba al gigante.

—En verdad es como previeron los dioses. Ceur’caelestos es vuestra —dijo Feir. ¿Qué otra cosa podía decir?

Lantano Garuwashi le tocó la barbilla con la hoja.

—Nefilim, mensajero y sirviente de los dioses, tienes cara de alitaerano, pero luchas y hablas como solo saben los sa’ceurai. Me complacería que me sirvieras. —Sus ojos añadieron: «Eso o la muerte».

Feir no necesitaba ningún nefilim de los dioses que le comunicara su destino. Echó un vistazo colina arriba y no vio llegar ayuda alguna. No le sorprendía; tiempo atrás se había convertido en lo que siempre sería: El Hombre Que Servía A Los Grandes Hombres. Sería por siempre El Hombre Que Perdió A Curoch. Bajó la cabeza, derrotado.

—Os... os serviré.

Capítulo 65

A cuatrocientos pasos de distancia, Agon oyó la explosión y volvió la cabeza de golpe, tratando de localizar su origen. El ejército khalidorano estaba acampado al oeste, pero ninguno de aquellos soldados lejanos reaccionó como si la explosión procediese de allí. Miró a su capitán.

—Enviaré un mensajero al señor de Graesin —dijo este.

La reina había colocado a su hermano pequeño Luc al mando de los exploradores, creyendo al parecer que debía otorgar alguna responsabilidad al joven cretino y que allí era imposible que metiera la pata. El niñato de diecisiete años había decidido que todos los hombres a su mando le informasen únicamente a él. Solo después de darle parte en persona, a veces haciendo cola detrás de otros compañeros durante una hora o más, podían los exploradores acudir a informar a los señores que necesitaban saber las nuevas.

Combinado con todo lo demás, ese contratiempo arrancaba muchas palabrotas a los oficiales de Agon. Ninguno de ellos verbalizaba sus temores. Era inútil. Todos los veteranos sabían que iban a la batalla con un ejército verde. Aunque llamarlo ejército era, a decir verdad, generoso. Las unidades no se habían adiestrado juntas lo suficiente para actuar con coherencia. Los diferentes señores tenían diferentes señales y, en el fragor de la batalla, sería imposible distinguir las voces. Un oficial no podría hacer una señal con la mano a su inferior inmediato para transmitirle las órdenes del general, ni siquiera para reaccionar a una nueva situación. Eso, junto con la distribución de las unidades que había hecho la reina conforme a criterios políticos, hacía que a todos los veteranos les rechinasen los dientes.

Agon podía darse por satisfecho con los mil hombres con los que contaba. Si los tenía era solo porque el duque Logan de Gyre había sacrificado todo su capital político para conseguírselos... y porque los hombres que antes habían servido a sus órdenes habían amenazado con amotinarse si no los dirigía él.

De modo que comandaba una décima parte del ejército de Cenaria. La reina le había asignado el centro de la línea, aunque había fingido que ese honor correspondía al gran señor apostado al lado de Agon.

—Olvídalo —le dijo al capitán—. La batalla habrá acabado antes de que sepamos nada de un explorador. ¿Cómo están los hombres?

—Preparados, general sup... mi señor —dijo el capitán.

Agon contempló el cielo, que empezaba a clarear. Iba a ser el tipo de día que un hombre debería pasar junto al fuego con una taza de ootai... o un coñac. Unos nubarrones oscuros ocultaban el sol naciente, prorrogaban la oscuridad y retrasaban la batalla inevitable. El campo llano, que en realidad era un conjunto de doce granjas, estaba pelado. La cosecha de trigo estaba recogida y las ovejas habían partido a los

pastos de invierno. Unos muretes de piedra para las ovejas se entrecruzaban por todo el campo de batalla.

Sería un terreno sucio, resbaladizo e incómodo para luchar. Eso era bueno y malo. Entre los muretes y el barro, la caballería pesada khalidorana debería actuar con cautela y lentitud. Hacer que un caballo acorazado y su jinete con armadura saltasen por encima de un pequeño muro en terreno embarrado era una buena manera de matarlos a los dos. Por otro lado, también frenaría a los hombres de Agon, y eso significaría conceder a los brujos khalidoranos más tiempo para lanzar fuego y rayos.

Acercó su caballo a sus soldados de infantería y arqueros. No tenía jinetes a excepción de su guardia personal del Sa'kagé y los cazadores de brujos.

Después de oír hablar a Logan la noche anterior, Agon sabía que si estuviera allí en ese momento haría que esos hombres se sintieran parte de algo enorme y bueno. Logan habría dado a cada uno un corazón de héroe. A las órdenes de Logan, esos hombres no vacilarían por un segundo en entregar su vida. Quienes sobrevivieran, aunque viviesen mutilados por el resto de su existencia, se considerarían afortunados de haber compartido el campo con ese hombre. Agon no era así.

—Soy un hombre sencillo —dijo al grupo alineado para afrontar los horrores de la magia y la muerte— y solo tengo palabras sencillas para vosotros. La mayoría habéis luchado antes conmigo, y... —Dioses, ¿eso eran lágrimas? Parpadeó para ahuyentarlas—. Me honra que me dejéis dirigiros otra vez. Esta no será una lucha fácil. Ya lo sabéis. Pero luchamos contra un mal al que no puede permitirse vencer. De nosotros depende detener ese mal, y hoy es nuestra única oportunidad.

—Hombres, si ganamos me despojarán del mando, de manera que, si hacéis lo que estoy a punto de pediros, quizá os castiguen, pero os lo pido de todas formas. El duque de Gyre ha sido agraciado con el... honor de encabezar la primera carga. —Los hombres murmuraron al oírlo. Sabían cuál era la esperanza de la reina. Agon levantó una mano—. Si sobrevive a la primera carga, os pido que lo defendáis con vuestras vidas.

Agon no se atrevió a añadir nada más. Si ganaban, la reina sin duda se enteraría de todo lo que hubiese dicho.

Sus soldados estaban serenos y preparados, conscientes de su deber. Agon habría deseado ser la clase de líder que los dejara vitoreando y con los ojos encendidos, pero, con aquellos hombres, bastaría con lo dicho.

Cabalgó hacia los nobles reunidos para recibir las instrucciones de última hora, por poca intención que tuviese de obedecerlas. Agon había pensado largo y tendido sobre cómo cargar contra una fuerza que contenía brujos, y creía haber encontrado una estrategia mejor que cualquier cosa que pudiera ocurrírsele a aquellos pavos reales. Pero así se acercaba por última vez a Logan.

—Mi señor —dijo Agon.

Logan sonrió.

—General —saludó. Estaba deslumbrante con la armadura de su familia, aunque había requerido algunas alteraciones para asegurarse de que no quedaba suelta sobre su cuerpo escuálido.

Agon pugnó por encontrar palabras.

—Señor —dijo—, siempre seréis mi rey.

Logan puso la mano en el hombro del general y lo miró a los ojos. No dijo nada, pero su cara comunicaba más que las palabras.

Entonces una mujer sethí a caballo se adelantó de la línea. Agon no la reconoció. Llevaba armadura, una espada y una lanza.

—Mi señor —dijo, dirigiéndose a Logan—. Capitana Kaldrosa Wyn. Hemos llegado.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Logan.

Kaldrosa Wyn levantó una mano y las filas de hombres se separaron con expresiones de curiosidad mientras treinta mujeres equipadas como ella se abrían paso a lomos de sendos caballos. No todas eran guapas, y no todas eran jóvenes, pero todas eran miembros de la Orden de la Jarretera.

—¿Qué os creéis que estáis haciendo? —preguntó Logan.

—Hemos venido a luchar. Todas querían participar, pero lo he limitado a las mujeres que tenían alguna experiencia en combate. Somos piratas, guardaespaldas de mercaderes, gladiadoras y arqueras, y somos vuestras. Vos nos habéis dado una nueva vida, mi señor. No permitiremos que esa mujer desperdicie la vuestra.

—¿De dónde habéis sacado las armas?

—Todas las mujeres que no pueden luchar aportaron algo —dijo la capitana Wyn.

—¿Y treinta caballos?

—Mama K —conjeturó Agon, con el entrecejo fruncido.

—Sí —resonó la voz de Mama K a sus espaldas. Gracias a los dioses, al menos ella no iba armada—. Duque de Gyre, vuestro mayordomo ha encontrado un puñado de buenos corceles de guerra que los inspectores de la reina de algún modo habían... pasado por alto. Encontraréis a estas damas ansiosas por aceptar cualquier orden que tenga que ver con el combate.

—Estas mujeres no son... —Logan se interrumpió. No pensaba insultarlas. Bajó la voz—. Las masacrarán.

—No ha sido Mama K quien nos ha pedido que hagamos esto —aclaró Kaldrosa Wyn—. Nos ha dicho que somos unas insensatas. Pero no nos hemos dejado disuadir. Señor, ayer disipasteis nuestra vergüenza. Nos disteis honor. Todavía es frágil. Por favor, no nos lo quitéis.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué hacen estas putas delante de mi ejército? —gritó Terah de Graesin, frenando su caballo de un tirón sañudo delante de Agon.

—Luchan por vos —dijo Agon—. Y no podéis hacer nada al respecto.

—Que no puedo, ¿eh? —replicó Terah.

—No, por eso de allí —señaló Agon.

Con la primera luz neblinosa del alba, el ejército khalidorano avanzaba.

Mientras Kylar y Vi subían desde las Fauces hasta el Castillo de Cenaria, el hedor caliente del aire se desvaneció e incluso la presencia opresiva de Khali pareció diluirse. Kylar había recorrido aquellos pasillos apenas cuatro meses atrás, había tomado varios de los mismos pasajes en su camino para matar a Roth Ursuul. En esa ocasión, sin embargo, decidió emplear una estrategia diferente.

A esas alturas, los khalidoranos conocerían todos los secretos del castillo: los pasadizos secundarios y los falsos muros, las mirillas y las puertas secretas. En ese momento, sería imposible tomar los túneles que llevaban directamente al salón del trono. Sin embargo, tan lejos de él y de los aposentos del rey, los túneles eran más seguros para Vi, que no podía volverse invisible. Así pues, una hora antes del alba, entraron en los pasadizos y avanzaron en silencio por encima de las cabezas y por detrás de las espaldas de decenas de soldados.

Kylar no creía que pudieran tener ni idea de que estaba allí, de modo que confiaba en que la presencia de los soldados solo significara que, con una batalla en ciernes, Garoth Ursuul deseaba algo más de seguridad. El abultado número de soldados lo tenía preocupado. En vísperas de una batalla, un comandante ordinario dejaría en el castillo una dotación mínima.

Los aposentos del rey estaban en el ala oeste. Kylar y Vi salieron de los túneles y entraron en una habitación del servicio vacía en la base del último tramo de escalones previo a las dependencias del rey. Kylar asomó la cabeza al pasillo.

La puerta del dormitorio del rey dios estaba al final de un largo y ancho corredor. Dos montañeses con lanzas montaban guardia ante la puerta. Al margen de las numerosas puertas a habitaciones de la servidumbre que jalonaban el pasillo, no había donde esconderse. Algo que una vez más, pensó Kylar, no suponía ningún problema para él, pero sí un grave contratiempo para Vi. A lo mejor no tendría que haberla llevado consigo. Mama K creía que la necesitaba, aunque empezaba a parecer que no haría sino estorbarle. Debería encargarse de los dos guardias él solo. Era posible, pero cada hombre tenía cerca el cordel de una campanilla para dar la alarma. A Kylar no le cabía ninguna duda de que podía matarlos a ambos, pero ¿hacerlo y apartarlos de sus cordeles?

Volvió a meter la cabeza en la habitación y dijo:

—¿Por qué no esperas aquí hasta que...?

Vi estaba desnuda de cintura para arriba y desdoblaba un vestido que había sacado del macuto. Kylar se quedó boquiabierto y paralizado. Cuando sus ojos por fin

se elevaron, la expresión de Vi era de total naturalidad. Él volvió la cabeza, ruborizado. Un macuto le golpeó en la barriga.

—Saca el corpiño, ¿quieres?

Sacó el corpiño de la bolsa y se lo tendió a Vi mientras ella se escurría dentro de un ceñido vestido de criada. Se agachó y se remangó las perneras de los pantalones para que no asomaran por debajo de la falda, con lo que ofreció un buen panorama a Kylar de nuevo. Él tosió.

Vi le quitó el corpiño de sus dedos insensibles.

—De verdad, Kylar, deja de hacerte el virgen. —¡Virgen! ¡Cómo aborrecía Kylar esa palabra!—. Estoy segura de que no es la primera vez que ves desnuda a una mujer.

En realidad, lo era, pero Kylar habría muerto (de verdad) antes que reconocérselo a Vi. Elene nunca le había dejado verle los pechos, aunque no siempre había impedido que sus manos se perdiesen en aquel territorio dorado. Elene siempre había querido reservar todo lo posible para cuando estuvieran casados de verdad. Y si Kylar había limado un tanto esos límites, cada paso le había parecido un don enorme y valiosísimo. Había resultado muy frustrante en su momento, pero ver a Vi mientras se ataba con rapidez el corpiño y ajustaba el escote era algo diferente. Para ella, enseñar los pechos no significaba nada. Ni siquiera se dio la vuelta cuando se agarró cada seno dentro del corpiño y los meneó de un lado a otro para encontrar la posición más favorecedora. Kylar había creído que Elene era el no va más en pechos, pero los de Vi eran más rotundos, más grandes. No podías mirarla y dejar de fijarte en ellos. La dotaban de un atractivo sexual inmediato, y aun así... aun así, para ella eran solo tetas. Herramientas.

Elene tenía una sexualidad menos flagrante, o quizá menos sexualidad y punto. Pero la de Vi tenía algo de barato, algo que decía a Kylar que no disfrutaba de ella. Era una cosa que le habían arrebatado los amantes libidinosos de su madre, Hu Patíbulo, los clientes de Mama K y los polvos al tuntún. Las emociones de Kylar pasaron de la excitación a la pena.

Vi cogió una cesta de ropa sucia de mimbre y la llenó de ropa, incluida su túnica. Bajo la última prenda ocultó una daga.

—¿Qué aspecto tengo?

El disfraz le resultaba extrañamente familiar. Había mostrado bastante menos escote aquel día, como correspondía al decoro de la Casa de los Drake, pero eran exactamente las mismas prendas que se había puesto cuando había intentado matarlo.

—Me cago en todo —exclamó él.

—¿Me hace el trasero grande?

—Saca tu culo gordo al pasillo.

Vi rió y se apoyó la cesta en la cadera. Era provocadora, preciosa, tentadora ¿y

ahora además tenía que añadir graciosa a la mezcla? ¡Maldición, ya había estado a punto de besarla fuera! Sin duda llevaría un puñal en la espalda si lo hubiera hecho pero, por un segundo, hasta le había parecido que ella también quería. Vi avanzó pavoneándose por el pasillo y los ojos de los khalidoranos quedaron pegados a ella. Uno de los dos musitó un juramento.

—Hola —dijo Vi mientras se plantaba delante del centinela de la izquierda—. Soy nueva y me preguntaba si... —Su cuchillo cortó tan hondo en el cuello del guardia que estuvo a punto de decapitarlo.

Kylar le partió el cuello al otro con un gesto brusco de manos y un crujido carnoso.

Vi miró hacia donde estaba... o no estaba, ya que era invisible.

—Joder, no puedo creérmelo —dijo. Limpió la daga y volvió a guardarla en la cesta—. Vale, tú entra al cabo de diez segundos o en cuanto oigas mi voz. Si el rey dios se despierta, yo lo distraigo y tú lo matas. Si sigue dormido, me lo cargo yo.

Abrió la puerta poco a poco y sin hacer ruido, y luego entró.

Salió al cabo de un momento, con la cara descompuesta.

—No está —dijo.

—¿Qué pasa? —Kylar intentó asomarse dentro, pero Vi le cortó el paso.

—Es mejor que no entres.

La apartó.

La habitación estaba llena de mujeres. Inmóviles como estatuas en diversas posturas. Una, desnuda a cuatro patas, sostenía sobre la espalda una tabla de cristal a modo de mesa. Otra, una noble alta a la que Kylar reconocía pero no lograba asignar un nombre, se erguía de puntillas, estirándose en ademán seductor, con un brazo y una pierna envolviendo un poste de los cuatro que tenía la colosal cama del rey dios. Chellene de lo-Gyre se sentaba en un sillón de orejas con las piernas cruzadas y en camisón. Kylar no sabía nada de ella salvo su reputación de tener mal genio. Su expresión lo demostraba, al igual que su melena desgreñada y la tensión de sus músculos esbeltos. La mayoría de las mujeres estaban desnudas, y el resto llevaba poca ropa. Dos, de rodillas, sostenían una palangana. Otras dos aguantaban un espejo. Había una esposada a la pared, con un pañuelo al cuello. A Kylar se le cortó la respiración.

Era Serah Drake. Como todas las demás, no estaba quieta como una estatua: era una estatua. Con un grito contenido, le tocó la cara, le rozó los labios que había besado una vez. Estaban blandos como la carne viviente, pero fríos, y no había vida en sus ojos abiertos y brillantes. Su carne, como la carne de todas aquellas mujeres, había sido inmovilizada mediante algún tipo de magia, para después colocarla en aquella habitación. Como obras de arte.

Bajo el pañuelo, Kylar distinguió las magulladuras que rodeaban el cuello de

Serah. Apartó la vista. Había dos maneras de morir ahorcado: si uno caía lo bastante, se partía el cuello y fallecía enseguida; si no, se estrangulaba poco a poco. Serah había sufrido la variante difícil.

Retrocedió, pero allá adonde mirara encontraba detalles macabros. Las mujeres que llevaban pulsera ocultaban muñecas rajadas; los camisones escondían corazones atravesados; las que llevaban más ropa la tenían para disimular las imperfecciones de su taxidermia: eran las que se habían tirado de un balcón y tenían bultos donde no debería haberlos.

Kylar se tambaleó como un borracho. Necesitaba aire. Iba a vomitar. Salió como una exhalación al ancho balcón del rey dios.

Estaba sentada en la barandilla de piedra, con los pies enganchados a los balaustres para mantener el equilibrio, muy inclinada hacia atrás, desnuda, con un camisón en la mano ondeando al viento como una bandera. Mags.

Kylar gritó. El Talento se filtró a través de su furia y el chillido reverberó de punta a punta del castillo, resonando en el patio de abajo. Toda la vida en la fortaleza se detuvo. Kylar no se dio cuenta, como tampoco notó que el ka'kari le cubría la piel y la cara del juicio ocultaba su angustia.

Golpeó con una palma la barandilla de piedra y la derrumbó a un lado de Mags, y después al otro. Levantó a la chica y la llevó en brazos adentro. El tacto de su piel, tan parecida a la viviente, resultaba obsceno. Sin embargo, sus extremidades estaban rígidas. La tumbó en la cama y después arrancó los pernos que enganchaban a Serah Drake a la pared. La depositó junto a su hermana. Al taparlas, vio que el pie izquierdo de cada chica llevaba estampada una firma, como si sus cadáveres fuesen una obra de arte: Trudana de Jadwin.

Vi alternaba su mirada de ojos desorbitados entre Kylar y la barandilla de piedra de quince centímetros.

—Joder —susurró—. Kylar, ¿eres tú?

Él asintió con rigidez. Quería quitarse la máscara del juicio, pero no podía. La necesitaba en ese momento.

—He mirado en las habitaciones de las concubinas —dijo Vi—. Nada. Ya debe de estar en el salón del trono.

A Kylar le dio un vuelco el estómago. Sintió un escalofrío.

—¿Qué? —preguntó Vi.

—Malos recuerdos —respondió Kylar—. A la mierda. Vamos.

Se acercaba el amanecer. Al matar a dos guardias, habían volteado su propio reloj de arena. Alguien pasaría por el puesto de los centinelas pronto, probablemente al alba. Peor aún, el reloj del ejército cenariano ya se estaba vaciando. La batalla estaba a punto de empezar y entonces comenzarían las sorpresas desagradables. Si quería que Logan tuviera una oportunidad de ser rey, Kylar necesitaba entregarle una

victoria en bandeja. Matar a Garoth Ursuul desmoralizaría a los khalidoranos.

Recorrieron los pasillos con descaro, Vi con su uniforme de sirvienta y Kylar invisible pero corriendo de umbral en umbral como si no lo fuera, por si algún meister deambulaba por los pasillos. Cuando llegaron al último corredor, se cruzaron con seis de los montañeses más grandes que Kylar había visto nunca. Se escabulló detrás de unas estatuas al ver que iban acompañados por dos vürdmeisters. Lo más curioso de todo era que la protección parecía destinada a una mujer: en apariencia una de las concubinas o esposas del rey dios, envuelta de arriba abajo en túnicas y velos para que no se le viera ni un centímetro de piel.

Cuando Kylar desenfundó sus cuchillos para matarlos, Vi le puso una mano en el brazo. Volvió hacia ella el ojo del juicio y la hizo encogerse, pero tenía razón. Una pelea allí era una distracción que podía poner en peligro la auténtica misión, y nada en el mundo iba a impedirle matar a Garoth Ursuul. Se le revolvió el estómago. Ni siquiera se tranquilizó cuando el grupo dobló una esquina y desapareció. Aquel era el mismo pasillo por el que había pasado con Elene y Uly, cuando se dirigía hacia su primera muerte.

Se calmó. Garoth Ursuul era mucho más poderoso que su hijo Roth, pero Kylar también había crecido en poder. Tenía más confianza. Aquel primer golpe lo dio un chico tratando de demostrar que era un hombre, mientras que ahora era un hombre tomando una decisión, consciente de lo que podría costar.

Sonrió con temeridad.

—¿Qué me dices, Vi, lista para matar a un dios?

Capítulo 66

Los hombres, seis de los magos más poderosos de los sa'seuranos, estaban apostados en la cima de la colina al sur del campo de batalla. Su ropa no delataba su identidad. Todos vestían prendas sencillas de mercader, cada uno la propia de su tierra: cuatro alitaeranos, un waeddrynés y un modainí. Sus recios caballos de carga hasta llevaban una cantidad respetable de mercancías y, si sus monturas eran un poco mejores que las de la mayoría de los mercaderes, tampoco eran tan excelentes como para provocar comentarios. Sin embargo, aunque la vestimenta de aquellos hombres no los delatara, su actitud sí lo hacía. Eran hombres que recorrían la tierra con la confianza de los dioses.

—Esto no será bonito —dijo el modainí.

Antoninus Wervel era un hombre bajo, un saco de manteca con la nariz bulbosa y encarnada y una cortinilla de pelo castaño peinada sobre su calva. Llevaba los ojos perfilados con kohl al estilo modainí, y se había oscurecido y alargado las cejas. Le conferían un aspecto siniestro.

—¿Cuántos meisters calculas que tienen? —preguntó a uno de los gemelos alitaeranos, Caedan.

El joven desgarbado dio un respingo. Caedan era uno de los dos videntes del grupo, y se suponía que debía estar oteando.

—Perdón, perdón. Solo estaba... ¿Los guardaespaldas de ese hombre son todo mujeres?

—No puede ser.

—Lo son —dijo lord Lucius. Era el líder de la expedición, y el otro vidente. Sin embargo, estaba más interesado en el bando opuesto—. Los khalidoranos tienen al menos diez meisters, probablemente veinte. Están muy juntos.

—Lord Lucius —dijo Caedan con timidez—, creo que tienen seis vürdmeisters allí, más atrás, en el centro. Parece que están colocados alrededor de algo, pero no distingo lo que es.

El saco de manteca resopló.

—Hum. ¿Cuántos de los tocados luchan por Cenaria?

Lo dijo para irritar a los alitaeranos. En Modai, «tocado» significaba «con Talento», no «loco» como en Alitaera.

Caedan no se dejó provocar.

—Hay un hombre y una mujer en las líneas cenarianas, ambos adiestrados, juntos. Varios más sin formación.

—¿Y entre los jinetes ceuríes?

—No he visto a los ceuríes desde que doblaron la curva.

El otro joven alitaerano, Jaedan, parecía abatido. Era el gemelo idéntico del joven

vidente, con las mismas facciones apuestas, el mismo pelo moreno y lacio y unos dones diferentes por completo.

—¿Por qué están siendo tan estúpidos? —preguntó—. Todos vimos al ejército de los lae'knaught que se acerca desde el sur. Cinco mil lanceros que odian a los khalidoranos más que a nada en el mundo. ¿Por qué no esperan los de Cenaria a que lleguen?

—Quizá no sepan que los lae'knaught se acercan —dijo lord Lucius.

—O quizá no se acerquen. Quizá estén esperando para cebarse en el vencedor. O puede que Terah de Graesin quiera acaparar la gloria para ella sola —sugirió Wervel.

Jaedan no podía creérselo.

—No vamos a quedarnos aquí de brazos cruzados, ¿verdad? ¡Por la Luz! Los cenarianos serán destruidos. Veinte meisters. Podemos con ellos. Yo me ocuparé de tres o cuatro, y sé que el resto sois igual de buenos o mejores.

—Olvidas nuestra misión, joven Jaedan —dijo lord Lucius—. No nos han enviado para luchar en la guerra de nadie. Los khalidoranos no suponen ninguna amenaza para nosotros...

—¡Los khalidoranos son una amenaza para todo el mundo! —protestó Jaedan.

—¡SILENCIO!

Jaedan se calló, pero su aire de desafío no se altero un ápice. La línea cenariana empezó a avanzar con un trote parsimonioso, permitiendo que el ejército fuese cobrando impulso como una bestia descomunal.

Caedan dio otro respingo.

—¿Habéis... habéis sentido eso, alguno? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Wervel.

—No lo sé. Solo... No lo sé. ¿Como una explosión? ¿Puedo ir a ver qué hacen los ceuríes, lord Lucius?

—Necesitamos tus ojos en la batalla. Observa y aprende, niño. Tenemos una rara oportunidad de ver cómo combaten los khalidoranos. Tú también, Jaedan.

El ejército de Khalidor formaba en líneas poco prietas, con espacio para un arquero junto a cada soldado. Los arqueros se prepararon en ese momento, clavando flechas en el suelo donde pudieran agarrarlas con rapidez. Delante de todo el ejército, las parejas de meisters esperaban a caballo. Para los videntes, resplandecían.

—¿Qué harán, Caedan? —preguntó lord Lucius.

—¿Fuego, señor? ¿Y luego relámpagos?

—¿Y por qué?

—¿Porque así los cenarianos se cagarán de miedo? Quiero decir, esto... por los efectos en la moral, señor —dijo Caedan.

La línea cenariana seguía avanzando a media carrera. Ya estaban a cuatrocientos pasos de distancia. La unidad al mando del general Agon había avanzado hasta la

primera fila y se había disgregado. Sin embargo, no se había limitado a fragmentarse en uno, dos o incluso tres grupos. Su puñado de jinetes y sus soldados de infantería habían formado una línea rala que abarcaba todo el frente cenariano.

—¿Qué diantre está haciendo? —preguntó uno de los alitaeranos.

Durante un largo momento, nadie respondió. No podía tener la esperanza de romper la línea khalidorana con una formación tan dispersa. Su maniobra, además, había dejado un hueco en el centro cenariano, pero otro general de Cenaria, el duque de Wesseros, ya ordenaba a sus hombres que lo rellenaran.

—Es una genialidad. Está minimizando sus pérdidas —dijo Wervel.

Por un instante, nadie preguntó. Si había algo que los magos odiaban más que no entender algo, era no entender algo después de que otro lo entendiese primero y les diera una pista.

—¿Qué? —preguntó Jaeden.

—Piensa como un meister, niño. Tendrías vir suficiente para ¿qué, cinco, diez bolas de fuego antes de agotar tus reservas? Normalmente, matarías de dos a cinco hombres con cada bola de fuego. Con una línea tan suelta, matarías a uno. Puede que hasta fallases del todo. Agon sabe que se la juega. Si el frente principal tarda demasiado en llegar en apoyo de sus hombres, harán una matanza con su primera línea, pero si golpean en espacio de cinco o diez segundos, habrá salvado a centenares de hombres y anulado los, hum, los efectos sobre la moral. Parece que hemos encontrado un general que sabe cómo combatir a los meisters. Quizá haya esperanza para Cenaria, al fin y al cabo.

A doscientos pasos, la línea ganó velocidad.

Los arqueros de las filas khalidoranas soltaron su primera descarga, y una bandada de dos mil flechas con plumas negras emprendió el vuelo. Durante un largo instante, oscurecieron un cielo ya encapotado y proyectaron la sombra de la muerte sobre el amanecer. Cuando descendieron en picado hacia la tierra, hundieron sus picos espinosos en la tierra, las armaduras y la carne de hombres y caballos.

Una vez más, la dispersión de sus filas salvó a centenares de soldados, pero de punta a punta del frente cenariano hubo hombres que se desplomaron sobre los rastrojos, pasando instantáneamente de la carrera al descanso de la muerte. Otros cayeron, heridos con flechas en las piernas o los brazos, y fueron pisoteados por sus amigos y compatriotas un momento más tarde. Los caballos perdían a sus jinetes y seguían cargando simplemente porque los animales a su derecha e izquierda lo hacían. Los jinetes perdían sus monturas y caían hacia el suelo a gran velocidad; a veces salían despedidos de la silla, se levantaban y corrían con sus camaradas de a pie, a veces quedaban atrapados bajo el cuerpo de su montura.

El ejército khalidorano actuaba como solo podía hacerlo un ejército de veteranos. Los arqueros dispararon todas las flechas que pudieron en unos segundos y después,

cuando se levantó una bandera, cada uno recogió sus flechas restantes y retrocedió. En las filas había unas líneas perfectas para permitir que cada arquero se retirase tras los lanceros y espadachines que los protegerían del cuerpo a cuerpo. Mientras retrocedían, y sin que se diese ni una orden, los hombres de otras filas llenaron los huecos que habían dejado en la primera. La maniobra no tenía nada especial, salvo la velocidad con que el ejército la ejecutó mientras millares de enemigos corrían hacia ellos.

Los meisters pasaron a la acción. Desbaratado su plan original, algunos lanzaron bolas flamígeras a los caballos que cargaban, mientras que otros, confiando en el efecto que causaría correr hacia una pared de llamas, barrieron los campos cubiertos de rastrojos con chorros de fuego. Lo que en circunstancias ordinarias habría roto y desorientado a una línea entera en los segundos cruciales previos al impacto ni siquiera hizo aminorar el paso a los cenarianos.

Los seis magos oyeron alto y claro el choque de las líneas, aun estando tan lejos. Jinetes y caballos se ensartaron en lanzas y el impulso que llevaban los introdujo entre las líneas khalidoranas. Otros se estrellaron de lleno contra los escudos enemigos y acabaron tendidos en el suelo. Esa primera línea cenariana debía de estar compuesta por veteranos. En la mayoría de los ejércitos, con independencia de lo que dijeran sus superiores, muchos hombres frenaban antes del último impacto. La idea de empotrarse a toda velocidad contra una línea erizada de espadas y lanzas paralizaba en un nivel visceral a casi todos los soldados. La vanguardia cenariana no tuvo tales dudas. Arremetió contra la línea de Khalidor con todo su ímpetu. Fue una estampa impresionante y terrorífica.

Sin embargo, casi se vieron engullidos antes de que el grueso de la línea cenariana llegara en su socorro. El impacto del choque se dejó notar en todo el frente khalidorano, que retrocedió tres metros largos.

A lomos de sus caballos, los meisters lanzaban fuego y rayos, pero en la retaguardia del frente cenariano unos arqueros montados les daban caza, cabalgando adelante y atrás, parando, disparando flechas con sus arcos cortos y arrancando de nuevo. Los disparos parecían imposibles: ¿un arco corto que mataba desde doscientos o trescientos pasos? Caedan volvió a fijarse en los arqueros, pero estaba seguro de que no tenían Talento. Para el mago, ver derribados de sus sillas a los meisters era como ver apagarse velas una por una.

El frente se desplazó adelante y atrás y acabó desintegrándose en mil núcleos de combate sueltos. Los caballos daban vueltas, piafaban, coceaban y mordían. Los meisters taladraban agujeros en algunos hombres, prendían fuego a otros, la emprendían a golpes de maza, espada o magia pura con quienes les rodeaban y a veces caían muertos, atravesados por flechas.

En cinco minutos, diecisiete de los veinte meisters estaban acribillados a

flechazos y la línea khalidorana se tensaba por el centro. El gigante cenariano que había encabezado la primera carga parecía un faro de esperanza: allá donde iba, los soldados luchaban por llegar también. En ese momento estaba empujando para atravesar toda la línea khalidorana.

Caedan musitó un juramento.

—¿De dónde han salido esos? —preguntó.

Los magos siguieron su mirada. A cada lado del campo de batalla estaba formando fila tras fila de montañeses khalidoranos.

—Las cuevas —respondió Wervel—. ¿Qué están haciendo?

Los montañeses se desplegaron y desfilaron a paso ligero hacia los flancos de la batalla y su propia retaguardia. Había al menos quinientos, pero no se lanzaron a la carga. No parecía inquietarles en absoluto estar perdiendo la ventaja de la sorpresa. Fueron estirando su línea cada vez más, como si quisieran envolver la parte trasera de la batalla por completo.

—Señor —dijo Caedan—, pensaba que solo se intentaba rodear a un enemigo si se contaba con la ventaja numérica.

Lord Lucius parecía inquieto. Estaba mirando hacia el fondo del campo khalidorano, donde estaban reunidos los vürdmeisters.

—¿Qué es eso que hay encadenado entre los vürdmeisters?

—No será un... —dijo un mago.

—No puede ser. Son pura leyenda y superstición.

—Que el Dios tenga piedad —dijo Wervel—. Lo es.

Capítulo 67

—No —dijo Vi—. No puedo.

Kylar volvió hacia ella la cara del juicio.

—No... No sabes cómo es él. Nunca lo has mirado a los ojos. Cuando te reflejas en sus ojos, te ves frente a frente con tus propias miserias. Por favor, Kylar.

Kylar apretó los dientes. Desvió la mirada. Pareció costarle un esfuerzo consciente, pero poco a poco aquella máscara terrorífica se derritió hasta dejar a la vista su propia cara, aunque sus ojos seguían siendo gélidos.

—¿Sabes? Mi maestro se equivocaba contigo. Él estuvo presente cuando Hu Patíbulo te presentó al Sa'kagé. Me contó cómo machacaste a aquellos otros ejecutores. Me dijo que, si no iba con cuidado, serías la mejor ejecutora de nuestra generación. Te llamó prodigio. Dijo que no habría cinco hombres en el reino capaces de vencerte. Pero no les hace falta. Te has vencido tú sola. Durzo se equivocó. No estás ni en la misma categoría que yo.

—¡Vete a la mierda! No sabes...

—Vi, esto es lo que importa. Si no estás conmigo ahora, lo demás son gilipolleces.

Con aquellos ojos penetrantes clavados en ella, Vi sintió que cambiaba. Se enfadó consigo misma, y con él, y luego consigo misma otra vez. No podía decepcionar a Kylar. Nunca había dejado que nada fuese más importante que ella misma. Y ahora, llevada por la estupidez ciega de un encaprichamiento, le parecía más importante contar con el respeto de aquel hombre que sobrevivir.

Lo más irritante era que ni siquiera se trataba de una competición. Y aun así su debilidad por Kylar la estaba impulsando a encontrar fuerzas para enfrentarse al que realmente debería temer... ¡Nysos! Todo aquello era demasiado confuso.

—¡Vale! —prácticamente escupió—. ¡Ponte de espaldas!

—¿Tienes un puñal? —preguntó Kylar mientras se volvía.

—Cállate y no te hagas el graciosillo, hijoputa.

«Brillante, Vi. Te das cuenta de que te gusta, o sea que lo insultas para ayudarte a encontrar tus redaños.» Se quitó el vestido y se puso la túnica de ejecutora. Estaba siendo una auténtica cría. ¡AAAHHH! Acababa de experimentar ocho emociones en el espacio de tres segundos.

—Vale —dijo—. Puedes girarte. Siento lo de... antes. Esperaba... —¿Qué había esperado? ¿Impresionarlo? ¿Seducirlo? ¿Ver el calor del deseo en aquellos ojos fríos? —. Sobresaltarte.

—Lo, hum, lo has conseguido.

—Lo sé. —No pudo evitar sonreír—. No te pareces a ningún otro hombre que haya conocido, Kylar. Tienes esa... esa inocencia en tu persona.

Él arrugó la frente.

—Cuando has pasado por lo que yo —prosiguió Vi—, resulta algo muy... mono. O sea, no sabía que los tíos podían ser como tú. —¿Por qué estaba yéndose de la boca de repente?

—Apenas me conoces —dijo Kylar.

—Yo... Mierda, no es que haya una lista de datos que demuestran que eres diferente, Kylar. Es algo que se nota y punto. —Vi se estaba aturullando. ¿Estaba haciéndose el tonto adrede?—. Bah, a la mierda. ¿Crees que tendríamos futuro?

—¿QUÉ? —preguntó Kylar. El tono de voz debería haberle hecho cerrar la boca.

—Ya sabes. Tú y yo. Juntos.

La incredulidad se apoderó de las facciones de Kylar, y su expresión confirmó hasta los últimos temores que Vi había abrigado.

—No —respondió Kylar—. No, no lo creo.

No, comprendió Vi que decía, estás demasiado jodida.

Vi se cerró en banda.

—Vale —dijo. «Quien ha sido puta, puta se queda»—. Vale. Bueno, hay trabajo por hacer. Tengo un plan.

Kylar parecía a punto de decir algo. Vi lo había pillado totalmente desprevenido. Mierda, ¿qué esperaba de él?

«Nysos, sí, te ha mirado las tetas. Sí, es amable contigo. Sigues siendo la que mató a su mejor amigo, secuestró a su hija y separó su familia. Mierda, Vi, ¿qué estabas pensando?»

—De acuerdo —comenzó, antes de que Kylar pudiese decir nada—. Si entramos por este lateral, sabrán que es un ataque. No tenemos ni idea de qué fuerza tienen ni de cuántos son. Pero si yo entro tranquilamente para informar de, bueno, de tu muerte, no sospecharán nada. Si tú entras por la puerta lateral, puedes decidir cuándo golpear. En cuanto vea caer paliduchos, si es posible empezando por el rey, yo también lucharé, ¿de acuerdo?

—Suena bastante chapucero —dijo Kylar—, pero sigue siendo mejor que cualquier idea mía. Pero una cosa... —Dejó la frase en el aire.

—¿Qué? —Vi ya estaba ansiosa por ponerse en marcha, por dejar de hablar, dejar de meter la pata.

—Si me mata, Vi... Saca mi cuerpo de allí. No puedes dejar que se lo queden.

—¿Qué más te da?

—Tú hazlo.

—¿¡Por qué!? —Ahora estaba desahogando en él su frustración. Muy bonito.

—Porque vuelvo. No me quedo muerto.

—Estás loco.

Kylar le enseñó una bola negra y resplandeciente que sostenía. Se derritió y le

envolvió la mano como un guante. Su mano desapareció. Al cabo de un momento, volvía a ser una bola.

—Si Ursuul consigue esto, se queda con mis poderes. Todos ellos.

Vi torció el gesto.

—Si salimos de esta, tendrás que responder a un montón de preguntas.

—Es justo. —Kylar hizo una pausa—. ¿Vi? Ha estado bien trabajar contigo.

Sin esperar a su respuesta, apretó la bola y desapareció.

Vi embocó el pasillo y empezó a caminar. Irónicamente, no se cruzó con ninguna patrulla hasta que llegó ante los cuatro soldados que custodiaban la puerta principal del salón del trono. Los hombres la examinaron con aire de incredulidad. Parecieron olvidar sus armas mientras sus ojos se entretenían exactamente donde estaba previsto.

—Decidle al rey dios que Vi Sovari ha venido a recibir su recompensa.

—El rey dios no quiere que lo molesten salvo en caso de...

—Esto lo es —siseó Vi, primero inclinándose hacia delante hasta que los ojos del centinela quedaron abrochados a su escote y después empujándole hacia arriba la barbilla con el cuchillo que había materializado en su mano. El guardia tragó saliva.

—Sí, señora.

El centinela abrió las grandes puertas dobles.

—Dios, dios nuestro de los Altos Reinos, santidad, Vi Sovari ruega permiso para entrar.

El guardia la dejó pasar y le hizo un gesto.

—Buena suerte —susurró, con una sonrisa de disculpa.

«Qué cabrón. ¿Cómo se atreve a ser humano?»

De pie en el último pasillo, Kylar hizo subir el ka’kari a sus ojos. No vio ninguna alarma mágica. Invisible, avanzó hasta la puerta. Las bisagras estaban bien engrasadas.

—Entra, entra, Viridiana —oyó decir al rey dios—. Ha pasado demasiado tiempo. Me temía que iba a tener que disfrutar de la muerte de diez mil rebeldes yo solo.

Kylar entreabrió la puerta al oír hablar al rey dios y, mientras este se regalaba con la estampa ciertamente espectacular de Vi ataviada con su versión de la ropa de ejecutor, aprovechó para colarse en el salón del trono. Se escondió tras uno de los enormes pilares que sostenían el techo. La entrada de servicio que había usado se abría cerca de la base de los catorce escalones que llevaban al estrado que ocupaba Ursuul, sentado en su trono de vidrio negro.

En el centro de la inmensa estancia había una llanura rodeada de montañas. Unas figuras minúsculas se movían de forma concertada a ambos lados de la planicie. Kylar cayó en la cuenta de que eran ejércitos en miniatura, formando a la luz del amanecer. No era un cuadro o un bordado de una batalla: era una batalla. Quince mil

figuras diminutas paseaban por la llanura. Hasta distinguía los pendones de las casas nobiliarias. Las líneas de Cenaria estaban formando, siguiendo a... ¿Logan? ¿Logan encabezaba la carga? ¡Qué locura! ¿Cómo podía permitir Agon que el rey dirigiese una carga?

Las grandes puertas se cerraron detrás de Vi cuando el rey dios le indicó que entrase. Kylar solo lo había visto por un instante cuando Jonus Severing había intentado asesinarlo. Se lo esperaba viejo y decrépito, hinchado o todo pellejo después de una vida consagrada a la maldad, pero Garoth Ursuul estaba en una forma excelente. Tendría unos cincuenta años, parecía al menos diez más joven y, aunque poseía el cuerpo macizo y la piel fría de un montañés khalidorano, tenía brazos de guerrero, la cara delgada con una barba negra aceitada y la cabeza rapada y resplandeciente. Parecía el tipo de hombre que no solo te estrecharía la mano sino que, al hacerlo, revelaría tener callos y un apretón firme.

—No te preocupes por la batalla —dijo el rey dios—. Puedes atravesarla; no alterará la magia, pero date prisa. Los rebeldes están a punto de cargar. Es mi parte favorita.

A través del ka'kari, sin embargo, Garoth Ursuul era una miasma. Unas caras retorcidas que gritaban flotaban a sus espaldas como una nube. Lo rodeaba un aura tan intensa de asesinato que emborronaba sus facciones. Enroscadas a sus extremidades había traiciones, violaciones y torturas gratuitas. Entrelazado con todo, como un humo verde ponzoñoso, estaba el vir. De algún modo se alimentaba de toda aquella oscuridad y a la vez la intensificaba, y era tan poderoso que parecía llenar la sala.

Apostado tras el pilar, Kylar reparó en un grupito de hombres minúsculos que luchaban a un metro de él. A un lado del campo de batalla, un hombre grande estaba a punto de ser arrollado por cuatro jinetes lanceros de Khalidor.

Solo que no lo arrollaron. En cuestión de segundos, el tipo mató a tres. Le recordaba a alguien... ¡Feir Cousat!

Kylar sabía que debería estar ideando un modo de moverse sin que lo vieran, pero estaba absorto en el drama que se desarrollaba en silencio a pocos centímetros de distancia. El cabecilla de los ceuríes se adelantó. Feir desenvainó una espada que parecía una barra de fuego. Los ceuríes quedaron anonadados. Feir y el líder lucharon durante medio segundo: la primera vez que sus aceros se cruzaron, se produjo un destello de luz. El ceurí acabó con la espada llameante en la mano.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el rey dios.

—¿Qué? —dijo Vi.

—Quita de en medio, niña.

Mientras Feir se arrodillaba ante el ceurí (¿arrodillarse? ¿Feir?), la imagen de la batalla de repente giró sobre su eje hasta situar las líneas khalidoranas al pie de los

escalones y las cenarianas cerca de las grandes puertas.

—Hum. Unos saqueadores, nada más —musitó Garoth.

Kylar llevó parte del ka'kari a la punta de sus dedos, lo afiló hasta darle forma de garras y lo probó contra el pilar. Hundió los dedos en él como si fuera de mantequilla. Aflojó la magia y volvió a intentarlo hasta que pudo clavar los dedos y agarrarse. «Esto será divertido.»

Meneó la cabeza. Se diría que el ka'kari no tenía limitaciones, algo que no hacía sino volverlo más consciente de las suyas.

Mandó parte del ka'kari a sus pies y escaló por el pilar. Cada paso emitía un levísimo siseo y un poco de humo, pero era tan fácil como subir por una escalerilla. Llegó al techo, de quince metros de altura, en cuestión de segundos.

Descubrir cómo ajustar las garras para que funcionasen en el techo le llevó unos segundos más, pero luego pudo avanzar pegado a la alta bóveda del salón del trono como una araña. El corazón le latía a toda velocidad. Reptó por el techo hasta situarse directamente encima del trono, con el cuerpo oculto por uno de los arcos y solo la cabeza invisible expuesta.

El rey dios comentaba la jugada para Vi.

—No —estaba diciendo—, no sé por qué los cenarianos usan esa formación. A mí me parece demasiado abierta.

Kylar observó, del revés, cómo chocaban las filas cenarianas contra la línea de Khalidor. El primer contingente que trabó combate se había desplegado mucho; se preguntó cuánta gente habrían perdido por culpa de los arqueros pero, al cabo de unos segundos, la siguiente línea se unió a ellos con una embestida.

El rey dios soltó una palabrota.

—¡Malditos sean! Una maniobra brillante. Brillante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vi.

—¿Sabes por qué he hecho todo esto, Vi?

Con el corazón desbocado, Kylar apartó las manos y se dejó caer poco a poco, con la cabeza hacia abajo. Colgado del techo por los pies como un murciélago, desenfundó las dagas. Garoth Ursuul se colocó directamente debajo de él.

Entonces el miedo desapareció y dejó solo una tranquila certidumbre. Kylar se soltó.

Una de las caras oscuras que se retorcían en la miasma que rodeaba al rey dios chilló. Unas espinas verdinegras de vir salieron disparadas en todas direcciones desde el monarca khalidorano. Kylar chocó contra una y todas explotaron.

La sacudida desvió a Kylar, que salió despedido de lado, marró el aterrizaje y cayó dando tumbos por la escalera. Cruzó rodando el rellano y el segundo tramo de escalones. Cuando se detuvo, al pie de la escalera, le daba vueltas la cabeza. Intentó levantarse y cayó en el acto.

—Lo he hecho porque un dios se merece algo de diversión. ¿No estás de acuerdo, Kylar? —Garoth exhibió una sonrisa depredadora. No estaba sorprendido—. Entonces, Vi, has hecho lo que prometiste. Mataste a Jarl y me has traído a Kylar.

Kylar había confiado en ella. ¿Cómo podía haber sido tan necio? Era la segunda vez que caía en una trampa en aquella misma sala. Inexplicablemente, se sentía tranquilo. Se sentía letal. No había llegado tan lejos para fracasar. Aquella muerte era su destino.

—No te he traicionado, Kylar —dijo Vi con un hilo de voz, desesperada.

—Ya, ¿Garoth te lanzó un conjuro que te obligó a hacerlo? Te di una oportunidad, Vi. Podrías haber sido diferente.

—Ella no te ha traicionado —dijo el rey dios—. Te has traicionado tú mismo. —Sacó dos diamantes, cada uno del tamaño de su pulgar. Eran los que habían mantenido de una pieza al monstruo de abajo—. ¿Quién tendría la capacidad física para arrancarlos sino un ejecutor, y quién podría sobrevivir a la magia sino el portador del ka'kari negro? Hace una hora que sé que estás aquí.

—Entonces, ¿por qué vas a recompensarla? —preguntó Kylar.

—¿Qué pasa, quieres que la mate también a ella?

Kylar frunció el entrecejo.

—Lo quería hasta que lo has dicho.

El rey dios se rió.

—Eres huérfano, ¿no, Kylar?

—No —respondió él. Se puso en pie. La cabeza se le estaba despejando poco a poco, y habría jurado que sentía cómo el cuerpo sanaba de sus magulladuras.

—Ah, ya, los Drake. Magdalyn me lo contó todo. Creía que la salvarías, qué triste. Cuando mataste a Hu Patíbulo, me fastidiaste mucho. De modo que la maté.

—Mentiroso.

—¿Hu está muerto? —preguntó Vi. Parecía absolutamente pasmada.

—¿Alguna vez te preguntas quién es tu verdadero padre, Kylar?

—No —respondió él. Intentó moverse y descubrió gruesas bandas de magia alrededor de su cuerpo. Las examinó. Eran simples, sin variaciones. El ka'kari las devoraría con facilidad. «Adelante, sigue sonriendo, desalmado.»

Garoth sonrió.

—Hay un motivo por el que sabía que venías, Kylar, un motivo de que tengas un talento tan extraordinario. Yo soy tu padre.

—¿QUÉ?

—Je, era una broma. —Garoth Ursuul se rió—. No estoy siendo muy buen anfitrión que digamos. Has entrado aquí preparadísimo para librar una gran batalla, ¿no es así?

—Supongo.

Garoth estaba de buen humor.

—No me vendría mal un poco de calentamiento, por mi parte. ¿Qué me dices, Kylar? ¿Quieres luchar contra un ferali?

—En realidad no tengo elección, ¿verdad?

—No.

—Pues entonces, me encantaría luchar contra un ferali, Gar.

—Gar —dijo el rey dios—. Hacía treinta años que no oía eso. Antes de que empecemos... —Se volvió—. Vi, hay que decidirse. Si me sirves de buen grado, puedo recompensarte. Me gustaría que fuera así, pero me servirás de todas formas. Estás encadenada a mí. La compulsión no te permitirá hacerme daño. Tampoco permitirá que dejes que nadie me haga daño mientras vivas.

—¡Jamás te serviré! —exclamó ella.

—Me parece bien, pero tal vez prefieras dejarnos lo más duro de la pelea a los chicos.

—Que te follen —dijo ella.

—Una clara posibilidad en tu caso, niña.

Garoth hizo un gesto y a sus espaldas se abrió una puerta de par en par.

—Tatu, ¿por qué no entras?

El ferali entró arrastrando los pies. En ese momento tenía la forma de un hombre inmenso, y los tatuajes todavía eran visibles en su piel irregular. A pesar de su altura, de por lo menos dos metros setenta, y el grosor de sus extremidades, no imponía tanto como apenas una hora antes. La cara del monstruo era muy humana, sin embargo, y parecía avergonzada.

—Todo irá mejor en un momento. Lo prometo —dijo el rey dios. Hundió los diamantes en el espinazo del ferali. La bestia gritó con una voz inhumana, y luego se quedó inmóvil. Garoth dejó de prestarle atención—. ¿Sabéis por qué no habéis oído hablar nunca de un ferali? Son caros. En primer lugar, necesitas diamantes o no hay manera de controlarlos, a los malditos. Pero eso ya lo habías deducido, ¿no? En segundo lugar, hay que coger a un hombre y torturarlo hasta que no quede nada salvo la rabia. Suelen hacer falta centenares de intentos para encontrar a la clase de hombre adecuado. Pero ni siquiera eso basta. La magia en cuestión va más allá de lo que incluso un rey dios puede hacer sin ayuda. Requieren la intervención directa de Khali, y eso tiene un coste.

—No lo entiendo —dijo Kylar. Estaba estudiando al ferali. Tenía una masa determinada. Solo podía cambiar de forma a una velocidad determinada. Grabarse esos datos en la cabeza lo cambiaría todo.

—Tampoco lo entendían Moburu o Tenser. Ahora, sí. Esta vez he hecho que ellos pagaran el precio. Verás, Khali se alimenta del sufrimiento, de modo que le dedicamos todas las crueldades que podemos inventarnos. A cambio, ella nos da el

vir. Claro que, por un poder mayor, Khali pide más.

»Cuando estaba combatiendo contra mis hermanos, Khali se ofreció a ayudarme a crear un ferali si yo alojaba a un Extraño. ¿No sabes lo que son? Mi primero se llamaba Orgullo. Era un precio pequeño a cambio de la divinidad. Por desgracia, Khali no me contó que un ferali se devora a sí mismo si no tiene otra carne a mano. No creé ningún otro hasta que mi hijo Dorian me traicionó, y me he encontrado con que Lujuria es una acompañante más odiosa... Como pronto descubrirá Vi, mis apetitos se vuelven cada vez más exóticos. Espera, esa línea no tiene buena pinta, ¿verdad?

En el campo de batalla fantasma, Logan estaba obligando a la línea khalidorana a combarse en un semicírculo.

—Hum —dijo el rey dios—. Mucho más rápido de lo que me esperaba.

Sacó un bastón que empezó a emitir destellos en su mano. Desde los bordes del campo de batalla, millares de soldados khalidoranos abandonaron las cuevas y empezaron a cercar los flancos del ejército cenariano. Otras unidades se movieron para reforzar la sección de la línea que estaba cediendo.

Garoth no intentaba ganar la batalla. Meramente quería encerrar a los cenarianos para poder desencadenar contra ellos al ferali de Moburu. Kylar se sintió enfermo. ¿Qué haría una bestia así con un número ilimitado de víctimas?

—Tardarán unos minutos en situarse en posición —dijo Garoth—. ¿Por dónde iba?

—Creo que estábamos en la parte de la lucha a muerte —respondió Kylar.

—Oh, no, no. Verás. —Garoth subió al trono de vidrio tallado y se sentó. Kylar lo vio erigir salvaguardas mágicas a su alrededor—. Por sí solo, un ferali carece prácticamente de inteligencia, pero, y esto es lo más bonito, uno puede poseerlos. Dime que no tiene que ser divertidísimo.

—Es mucho más divertido si puedo moverme —dijo Kylar.

—¿Sabes por qué me he tomado tantas molestias para traerte aquí, Kylar?

—¿Por mi ingenio sin par?

—Tu Devorador tiene otro nombre. También se le llama el Preservador. Lo cura todo menos la muerte, ¿no es verdad?

—No te ayudará a ti —dijo Kylar.

—Oh, sí lo hará. Sé cómo romper el enlace. Tengo un bulto antinatural en el cerebro. Me está matando, y tú me has entregado en bandeja lo único que puede salvarme.

—Ah. El tumor lo puede arreglar —dijo Kylar—, pero tu arrogancia es terminal.

Los ojos del rey dios llamearon.

—Qué gracia. Venga. Esta tontería del «Ángel de la Noche» se ha terminado.

—¿Terminado? —replicó Kylar—. Si solo estoy calentando.

Capítulo 68

Las ataduras cayeron y Vi empezó a luchar. Renegaba entre dientes para activar su Talento, pero no estaba enfadada. Siempre se había tenido por una zorra fría y sin corazón. Había hecho suya esa identidad, que la había fortalecido contra el vacío nocturno, la bancarrota del alma que la afligía desde que tenía uso de razón. Con la declaración de que jamás serviría al rey dios, melodramática o no, sentía que había hecho el primer depósito de su vida en ese banco.

Ahora luchaba por algo. No, por alguien, y era el primer acto altruista de su vida.

El ferali se encorvó y sus huesos se movieron veloces bajo la piel. En el tiempo que Vi tardó en acorazarse, la criatura se había convertido en algo parecido a un centauro: torso y brazos de hombre, y cuerpo de puma en vez de caballo. Era más corto, más móvil sobre sus cuatro patas. Asió una lanza con sus manos de hombre y se lanzó a por Kylar, que corrió a refugiarse tras un pilar.

Vi subió corriendo los escalones de tres en tres, para atacar al rey dios. Iba a enterarse de lo equivocado que estaba acerca de la compulsión. Que Kylar combatiese a la bestia; ella neutralizaría su fuente.

Estaba echando atrás la espada cuando chocó con la barrera que rodeaba al rey dios como una burbuja, a tres metros de distancia. Fue como estrellarse contra una pared a la carrera. Se descubrió tumbada cuan larga era en los escalones, así que debía de haber rodado un trecho abajo sin siquiera darse cuenta. Le sangraba la nariz y le zumbaban los oídos. Miró a Kylar parpadeando.

El hombre era un virtuoso. Cuando el ferali cargó lanza en ristre, Kylar esperó hasta el último momento y entonces se lanzó adelante. Se vio un destello de cuchillos mientras pasaba por encima de la bestia, cuya lanza atravesó el aire unos centímetros por debajo de su objetivo sin hacerle daño. El ejecutor no había acabado: estiró un brazo y de algún modo se enganchó al pilar de mármol, en el que dejó un surco humeante. Mientras el ferali giraba sobre sí mismo para atraparlo, Kylar salió por el otro lado del pilar y voló por encima del lomo de la criatura, con otro destello metálico.

Aterrizó agachado, con una mano en el suelo y la otra en la espada envainada. El ferali hizo una pausa, sangrando con profusión, con aquella piel surcada de bocas rajada en el dorso de una mano, un hombro y de lado a lado de sus cuartos traseros. La sangre era roja, muy humana, pero ante los ojos de Vi los cortes empezaron a cicatrizar. El ferali arrojó su lanza contra Kylar. Este la desvió con una mano, pero la bestia ya se estaba moviendo.

Mientras Kylar saltaba hacia la pared, el ferali le lanzó un manotazo y, en el mínimo instante que el brazo tardó en moverse hacia delante, se alargó con un crujido de huesos encajando, y una enorme zarpa con forma de hoja de guadaña hendió el

aire. Al rebotar contra la pared Kylar se situó directamente en la trayectoria de la zarpa, que lo empotró contra el suelo.

Vi ya lo daba por muerto pero, mientras Kylar golpeaba el suelo, la garra se partió y se deslizó por el suelo lejos del ferali. De alguna manera, el joven había logrado desenvainar su espada y bloquear el zarpazo. El ferali, con la pierna izquierda colgando flácida y deshuesada, parecía atontado. Se replegó sobre sí mismo y se convirtió en un gran felino.

Vi por fin se recobró. Antes de que la bestia pudiera atacar de nuevo, cargó contra ella, gritando. El felino dio media vuelta. Vi bailó justo fuera del alcance de las garras, cuyos laterales el monstruo había endurecido con una cresta de hueso. Kylar volvió a levantarse, pero se tambaleó de lado a lado, aturdido. El ferali se alejó corriendo de Vi y bajó su barriga hasta el suelo en el punto donde estaba su garra muerta.

En un segundo, aquella carne volvía a formar parte del ferali. Los huesos cambiaron de posición y la bestia se irguió sobre las patas traseras para adoptar la apariencia de un hombre alto y musculoso con espadas de hueso por brazos. Parecía más cómodo de esta guisa, más rápido que cualquier humano y con gran parte de la piel reforzada con placas de armadura ósea.

Juntos, Vi y Kylar lucharon. Kylar era capaz de ejecutar maniobras aéreas que Vi ni siquiera entendía, rebotando en paredes y pilares, siempre aterrizando de pie como un gato, siempre dejando surcos sanguinolentos en la carne del ferali con sus zarpas de acero. Vi tenía menos fuerza, incluso sirviéndose de su Talento, pero era rápida. El ferali se metamorfoseó de nuevo. Se convirtió en un hombre delgado con una cadena viva que hacía girar sobre su cabeza y luego enroscaba en las columnas con la esperanza de que aquellos eslabones con bocas alcanzaran a alguno de los dos. Uno de los eslabones se enganchó a la manga de Kylar en mitad de un salto. Lo desequilibró y lo hizo caer al suelo. El ferali tiró de la cadena. La espada de Vi cayó rozando el brazo de Kylar, separó la manga y lo liberó. Él ni siquiera hizo una pausa. Se levantó en el acto y siguió atacando.

Entonces el ferali se convirtió en un gigante. Blandía un martillo de guerra; cuando golpeaba las baldosas, saltaban trozos de mármol. Kylar y Vi maniobraban a través de la ilusión de batalla que ocupaba el suelo del salón del trono, luchando con la misma desesperación que aquellos hombres y mujeres.

Combatiendo juntos, empezaron a luchar no solo al unísono, sino en armonía. A medida que Vi comprendía los puntos fuertes de Kylar, podía moverse contando con que él reaccionase de la manera apropiada. Eran guerreros, eran ejecutores, y lo entendían. Para Vi, que siempre había tenido problemas con las palabras, la batalla era la verdad.

Ella y Kylar lucharon juntos. Saltaban, coincidiendo en el aire e impulsándose

para salir volando en una nueva dirección antes de que el ferali pudiese reaccionar. Se cubrían uno a otro, se salvaban mutuamente la vida. Kylar cercenó la punta de una maza de hueso que Vi no podría haber esquivado nunca. La ejecutora dijo *«Graakos»* y unas fauces que se estaban cerrando sobre el brazo de Kylar rebotaron.

Para ella fue un momento sagrado. Nunca había entrado en comunión con otra persona, nunca había confiado en nadie de manera tan implícita como le sucedía con Kylar. En aquello, a través de aquello, lo conocía de maneras que mil millares de palabras no le habrían revelado. Estaban en total armonía, y lo más milagroso era lo natural que resultaba.

Al mismo tiempo, fue invadiéndola la desesperación. Le hicieron cien cortes al ferali. Doscientos. Le atacaron los ojos y la boca. Le cortaron partes del cuerpo. Sangró, y su masa total se redujo en unos kilos, pero eso fue todo. Lo cortaban y se curaba, pero ellos no podían cometer ningún error. En cuanto aquella piel tocase la suya, morirían.

—*Yo también corto.*

Kylar se posó al lado de un pilar y se detuvo. Unas runas resplandecían con el color negro del ka'kari perfilado en azul a lo largo de su brazo. Las miró.

—¿Tú qué? —preguntó.

—No he dicho nada —dijo Vi, que tenía la vista puesta en una araña descomunal que reptaba por el suelo delante de ella.

—¡Estúpido! ¿¡Seré burro!? —exclamó Kylar, dejándose caer.

—*¿Es una pregunta retórica?*

El ka'kari vertió un líquido negro de su mano a su espada y la cubrió como una capa uniforme. Kylar cortó a izquierda y derecha y varias patas de araña salieron volando. No era como cortar hueso, las estaba segando como si fueran de mantequilla.

Esquivó hacia atrás, y la araña encogió las patas pero, esa vez, los muñones siguieron sangrando. Humeaban y no permitían que creciese allí ninguna extremidad nueva. La bestia volvió a metamorfosearse en el hombre con espadas por brazos, pero solo logró que las heridas quedasen a la altura de su pecho, sin dejar de escupir sangre y humo. El ferali rugió y atacó a Kylar.

Kylar lanzó sendos tajos a izquierda y derecha y los brazos-espada rebotaron en el suelo. Hundió el ka'kari en el pecho del ferali. Con un movimiento brusco, lo bajó hasta la entrepierna de la criatura. Surgió una nube de humo, un chorro de sangre. Kylar tiró hacia arriba de la espada y labró otro corte enorme.

Lo vio demasiado tarde. La piel del ferali se retiró de la espada, como un estanque que forma un cráter cuando alguien tira una piedra, solo para después saltar hacia arriba.

La piel remontó la espada de improviso. Y envolvió la mano de Kylar.

Él se echó atrás, pero el ferali, ya inerte, cayó hacia delante pegado a su mano. Kylar movió la espada a un lado y a otro y el ferali expulsó humo mientras era destripado, pero no lo soltó.

Kylar buscó una daga, pero las había usado todas en el combate.

—¡Vi! —gritó—. ¡Córtamela!

Ella vaciló.

—¡Córtame la mano!

La chica no podía hacerlo.

La piel volvió a sacudirse y le trepó por el antebrazo.

Kylar gritó y se retorció. Formó un filo de ka'kari a lo largo del exterior de su mano izquierda y con él se cortó el brazo derecho. Liberado del tirón del ferali moribundo, cayó hacia atrás.

Se agarró el muñón sangrante con la mano izquierda. Al cabo de un momento, un metal negro reverberó en todas las venas expuestas y la hemorragia se detuvo. Un tapón negro enfundó el tocón. Kylar miró a Vi con cara de tonto.

A tres pasos, el cadáver del ferali estaba rezumando. Empezó a desmoronarse a medida que se deshacían las tramas de magia. La piel cubierta de bocas ondeó y se evaporó, y no quedaron más que unas sogas apestosas de carne, tendón y hueso.

—Eso —dijo la voz del rey dios— ha sido impresionante, Kylar. Me has enseñado un par de cosas que ni siquiera era consciente de que el ka'kari pudiera hacer. Muy instructivo. Y Vi, tú serás una sirvienta admirable, y no solo en mi cama.

Algo dentro de Vi cedió. En los últimos dos días, había cambiado mucho. Una Vi nueva luchaba por nacer, y allí estaba el rey dios diciendo que todo seguía igual. La nueva Vi nacería muerta. Volvería a ser una puta. Volvería a ser la misma zorra dura y fría.

Había creído que esa vida era la única a su alcance, de manera que había aguantado lo insoportable. Sin embargo, después de ver un camino para ser una mujer a la que no odiase, no podía volver atrás.

—Métetelo en la cabezota, Gar —dijo, al sentir que unas ataduras mágicas volvían a enroscarse en torno a sus extremidades y las de Kylar—. No te serviré.

Garoth sonrió con divina benevolencia.

—Las guerreras siempre me la ponen dura.

—Kylar —dijo Vi—, espabila. Tienes que ayudarme a matar a este puto tarado.

El rey dios se rió.

—La compulsión no cala en cualquiera, Vi. La magia de los Nile hubiese liberado a la mayoría de la gente. Hace unos diecinueve años, seduje a una fulana ceurí durante un viaje diplomático. Envié hombres a buscarla cuando me enteré de que

estaba embarazada, pero escapó antes de que llegaran. Cuando descubrí que había alumbrado a una niña, me olvidé del asunto. Normalmente hago que ahoguen a mis hijas, así mis chicos practican y se endurecen, pero no valía la pena el esfuerzo. La compulsión, Vi, solo funciona con la familia, y a veces no en los varones. Tú...

—No eres mi padre —dijo Vi—. Solo eres un hijo de puta enfermo que está a punto de morir. ¡Kylar!

—Venga, Vi, no nos pongamos sentimentales —dijo Garoth Ursuul—. Para mí no eres nada más que cinco minutos de placer y una cucharada de semilla. Bueno, no es cierto. Verás, Vi, eres una ejecutora en la que puedo confiar. Nunca me desobedecerás, nunca me traicionarás.

Vi fue presa de un terror más atenazador que las ligaduras mágicas que la inmovilizaban. Las posibilidades se reducían a ojos vista.

Kylar se movió. Volvió a enfocar la mirada. La miró levantando y bajando las cejas, como si tratara de divertirla y seducirla. El gesto la arrancó de su parálisis. Los ojos azul pálido de Kylar decían: «¿Estás conmigo?».

Ella le respondió con una alegría fiera y desesperada que no necesitaba traducción.

Entre dientes, Kylar dijo:

—Tú reclamas su atención, yo su vida.

Sonrió y el resto del miedo de Vi se disolvió. Era una sonrisa auténtica, sin desesperación. No había duda en los ojos de Kylar. Cualquier obstáculo adicional, ya fuesen las ataduras mágicas o la pérdida de un brazo, no harían sino endulzar su victoria. Matar al rey dios era el destino de Kylar.

—No me dejas elección —dijo Garoth Ursuul. Apretó los labios—. Hija, mata a Kylar.

El ka’kari se abrió y devoró las ligaduras que sujetaban a los dos ejecutores. Vi se estaba moviendo, arrancando una maniobra vistosa para despistar.

Entonces... todo se detuvo.

Se produjo un lapso en su voluntad. En su mente, Vi saltaba por los aires, volando hacia el rey dios con la espada presta, y a él se le retorcían las facciones en un rictus de miedo al ver que sus escudos habían desaparecido, al darse cuenta de que ella había vencido a su compulsión...

Pero eso eran solo imaginaciones.

Una onda de choque subió por el brazo de Vi. Su muñeca se flexionó como para completar una estocada horizontal que atravesara un corazón, pero no vio nada, no supo nada salvo que hubo un momento en blanco.

El lapso pasó y Vi fue consciente de nuevo. Sus dedos se estaban desenroscando del familiar mango de su cuchillo favorito. Kylar —despacio, muy despacio— estaba cayendo. Se deslizaba hasta el suelo; su cabeza restalló hacia atrás en un lento arco a

causa del cuchillo que Vi le había clavado en la espalda, y su pelo moreno aún ondeaba por la violencia del impacto. No fue hasta que golpeó el suelo cuando Vi cayó en la cuenta de que estaba muerto. Lo había matado ella.

—Eso, querida hija mía —dijo Garoth Ursuul—, es compulsión.

Capítulo 69

Kylar atravesó la niebla con prisas. Pasó un momento extraño, como si el tiempo no funcionase igual en aquel lugar, y volvió a estar en la sala indefinida, plantado una vez más ante el hombre lupino y entrecano con el mechón blanco sobre una sien.

—No puede ser dos días —dijo Kylar—. Necesito volver ya.

—Impertinencia la última vez, y ahora exigencias —dijo el hombre.

Ladeó la cabeza, como si escuchara a alguien, y Kylar volvió a cobrar conciencia de los otros. Eran invisibles cuando los miraba directamente, pero sin duda estaban allí. ¿Los veía un poco mejor esa vez?

—Sí, sí —dijo el Lobo a una voz que Kylar no pudo oír.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—La inmortalidad es solitaria, Kylar. La locura no tiene por qué serlo.

—¿La locura?

—Saluda a la magnífica compañía de mi imaginación, destilada a partir de las almas profundas que he conocido a lo largo de los años. No son fantasmas, sino meros facsímiles, me temo. —El hombre lupino volvió a asentir en dirección a uno y soltó una risita.

—Si no son reales, ¿por qué hablas con ellos y no conmigo? —preguntó Kylar. Seguía enfadado y, en esa ocasión, no pensaba aceptar las regañinas o los misterios de su anfitrión—. Necesito tu ayuda. Ahora.

—Descubrirás que es difícil conservar esa urgencia a medida que pasen los siglos...

—Será la mar de difícil si Garoth Ursuul se queda mi inmortalidad.

El Lobo formó un triángulo con los dedos.

—Pobre Garoth. Se cree un dios. Será su ruina, como fue la mía.

—Y otra cosa —añadió Kylar—. Quiero recuperar mi brazo.

—Ya he visto que te las habías ingeniado para perderlo. Retiraste el ka’kari de todas las células del brazo que perdiste. ¿Eso fue adrede?

—No quería que el ferali se lo quedase. —¿Células?

—Un pensamiento sabio, pero una mala elección. ¿Te acuerdas de cómo llaman a tu ka’kari?

—El Devorador —respondió Kylar—. ¿Y qué?

El Lobo frunció los labios. Esperó.

—Estás de broma —dijo Kylar. Se sentía mareado.

—Me temo que no. No tenías que pelear. Lo que hizo el ka’kari recubriendo tu espada podría haberlo hecho recubriendo todo tu cuerpo. Podrías haber atravesado al ferali caminando, sin más.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Como en vez de eso te cortaste el brazo, y antes retiraste de él el ka'kari, tu brazo no volverá a crecer. Lo siento. Espero que sepas pelear con el izquierdo.

—¡Vete al infierno! Mándame de vuelta o Ursuul gana.

El hombre le sonrió mostrando los dientes, como si lo divirtiese la desgracia de Kylar.

—Devolverte dos días antes me costará... —Miró hacia arriba—. Tres años y veintisiete días de mi vida. Eres como el rico que roba a los pobres, ¿no te parece, inmortal? —Levantó su mano nudosa y quemada antes de que Kylar pudiera insultarle—. Te enviaré de vuelta si me haces un juramento. Hay una espada. Se llama Curoch, y mentiría si no te dijese que la desean con locura una serie de facciones poderosas. ¿Conoces el pueblo llamado Vuelta de Torras?

—¿Vuelta del Torras?

—Ese mismo. Consigue la espada y llévala allí. Sal al campo, cruza el robledal, detente a cuarenta o cincuenta pasos del borde del bosque viejo y lanza a Curoch dentro.

—¿Allí es donde vives? —preguntó Kylar.

—Oh, yo no —respondió el hombre—. Pero otra cosa sí. Algo que protegerá a Curoch del mundo del hombre. Si haces esto, te enviaré de vuelta ahora y, cuando entregues la espada, haré que te vuelva a crecer el brazo.

—¿Quién eres? —preguntó Kylar.

—Soy uno de los buenos. Por lo menos tanto como puedo serlo. —Sus ojos dorados danzaron—. Pero quiero que entiendas una cosa que Acaelus nunca comprendió: no soy un hombre... —hizo una pausa, sonriendo, y Kylar se preguntó en verdad cuánta humanidad había tras aquellos ojos lupinos— al que convenga buscar las cosquillas.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Trato hecho?

—Qué raro —dijo el rey dios, que se acercó al cadáver de Kylar—. ¿Dónde está el ka'kari? Percibo... ¿que está en su cuerpo?

—Sí —respondió Vi, incapaz de contenerse.

—Fascinante. ¿No me dirás que sabes todo lo que hace?

Para su horror, Vi se descubrió respondiendo. No había sido una pregunta directa, de modo que dio un golpe de timón con toda la fuerza que pudo.

—No. Sé que lo vuelve invisible. —Había intentado decir «volvía», pero no pudo obligarse a poner el verbo en pasado. Confió en que el rey dios no se diera cuenta.

—Bueno, en cualquier caso, tu amante tendrá que esperar. Debo asistir a una carnicería.

Vi gritó y agarró la espada de Kylar. Garoth la observó con curiosidad. La espada trazó un arco... y se paró. La había detenido ella misma. No podía hacerlo.

—Asombroso, ¿a que sí? —dijo él—. Lo curioso es que aprendí la compulsión de uno de vuestros rituales de apareamiento sureños, el anillado, pero vuestra gente malinterpretaba por completo su auténtico poder. En fin, ponte cómoda y disfruta de la batalla... y deja de gruñir, querida. Es indecoroso.

De repente, Garoth se quedó con los ojos en blanco. Vi intentó mover la espada, pero era imposible. La compulsión era innegable.

Mientras los brujos soltaban al ferali, Vi se sentó en los escalones del trono a observar. Sin embargo, ni siquiera ese terrible espectáculo lograba retener su atención.

Debería haberse rendido hacía mucho. Toda su lucha era una farsa. Había hecho todo lo que el rey dios había querido que hiciese. Había matado a Jarl y había matado a Kylar. En los años venideros sin duda mataría a centenares más de personas. Miles. No importaría. Nadie más podría igualar nunca lo que Jarl y Kylar habían significado para ella. Jarl, su único amigo, muerto por su mano. Kylar, un hombre que de algún modo había despertado... ¿qué? ¿Pasión? Quizá solo calidez en un corazón frío y muerto. Un hombre que podría haber sido... más.

Odiaba a todos los hombres que había conocido. Estaba en la naturaleza del hombre matar, destruir, demoler. La mujer era quien daba la vida, quien nutría. Y aun así... Kylar.

Kylar pisoteaba sus suposiciones como un coloso. Kylar, el ejecutor legendario que tendría que haber sido la quintaesencia de la destrucción, había salvado a una niña pequeña, la había adoptado, había salvado a una mujer, había salvado a unos nobles que no se lo merecían y había intentado dejar el negocio amargo. «Y lo habría dejado de no ser por mí.»

De no ser por Vi, Kylar estaría en Caernarvon, llevando una vida diurna que Vi no podía ni siquiera imaginar. ¿Y qué pasaba con Elene? Kylar podría haber tenido a la mujer que quisiera, y había escogido a una chica cubierta de cicatrices. En la experiencia de Vi, los hombres optaban por la zorra más espectacular a la que pudiesen meter la polla. Si estaba buena, les daba igual que fuera una puta. Kylar no era así.

Vi tuvo un fogonazo espantoso de intuición. Vio a Elene, una mujer a la que no había conocido nunca, como su gemela y opuesta. Elene tenía cicatrices de varios centímetros de profundidad, pero por debajo era toda belleza, gracia y amor. Vi era toda fealdad salvo por el fino velo de su piel. El amor de Kylar dejaba de ser un misterio. El hombre que podía ver más allá del asesinato de Jarl podía ver fácilmente detrás de unas pocas cicatrices. Por supuesto que amaba a Elene. O la había amado, antes de que Vi lo matase.

Kylar había dicho que volvería. Pero no volvería. El rey dios había ganado.

Sacó su cuchillo de la espalda de Kylar y le dio la vuelta. Sus ojos estaban abiertos, inexpresivos, muertos. Cerró esos ojos acusadores, se subió su cabeza al regazo y se volvió para observar cómo el rey dios masacraba la última esperanza de Cenaria.

Capítulo 70

Toda pretensión de distanciamiento erudito había desaparecido. Al principio, los magos tuvieron que forzar la vista para distinguir al ferali, que entró en batalla prácticamente desapercibido.

Al cabo de un minuto, uno dijo:

—McHalkin tenía razón. Yo creía que se lo había inventado.

—Todos creímos que se lo había inventado. ¿Qué implica eso para el resto de las criaturas de sus escritos?

—Dioses, es tal y como él dijo. Lo están cabalgando, poseyendo.

En el campo de batalla, la presencia de la bestia empezaba a darse a conocer. Se había convertido en un gran toro que avanzaba trazando un surco en las líneas de los cenarianos. Cualquier corte que los soldados lograsen infligirle cicatrizaba con rapidez, y la criatura no paraba de crecer.

El fragor del combate, los gritos de rabia y dolor y el tintineo del acero llegaban hasta el promontorio transportados por el viento desde que había empezado la batalla. En ese momento surgieron nuevos sonidos: gritos de terror.

El toro gigantesco avanzó pesadamente desde el costado de la línea khalidorana. Media docena de hombres, algunos todavía vivos, estaban pegados a la bestia. Hizo una pausa mientras los digería y empezó a recolocarse. El ferali formó una bola y unas placas de metal afloraron en la superficie de su piel. Se desplegó y se puso en pie.

El ferali había adoptado la forma de un trol. Era tres veces más alto que un hombre y su piel estaba compuesta por armadura, cota de mallas y pequeñas bocas abiertas. Hasta había incorporado las espadas y lanzas de sus oponentes muertos, que sobresalían como púas de su espalda y sus costados.

La primera reacción de los cenarianos fue sorprendentemente heroica: cargaron contra la bestia.

Resultó inútil. La criatura fue abriéndose paso entre las filas de soldados, sin moverse nunca tan deprisa que la línea khalidorana no pudiese seguirle el paso, y allá adonde iba, sembrando la muerte, cuidaba de levantar a todo hombre que hubiese matado o mutilado con uno de sus cuatro brazos y pegárselo a la piel, o empalarlo en las lanzas de su espalda. Devoraba a uno, y luego al siguiente, y al siguiente, y al siguiente.

Los magos no podían distinguir si los soldados herían siquiera a la bestia que, sin frenar nunca, despedazaba línea tras línea.

A la vista de aquella muerte inexorable, el general Agon cargó contra una sección de la línea khalidorana con todos sus efectivos, en un intento de escapar. Por suerte o liderazgo, se le unieron centenares de hombres y atacaron todos un mismo punto, a la

desesperada. La línea khalidorana se combó y estuvo a punto de ceder, pero la caballería del príncipe Moburu reforzó el frente hasta que el ferali se abrió paso entre la batalla hasta llegar allí. La carga cesó de golpe y los generales cenarianos intentaron conseguir que sus hombres arremetiesen en otra dirección, pero el estruendo de la batalla, la confusión que causaba el cerco de los khalidoranos y el terror que inspiraba la bestia, cada vez más grande, superaron a las tropas.

Los cenarianos combatían con un frenesí desesperado. Estaban a punto de ser presa del pánico.

—Tenemos que ir a ayudarles —dijo Jaedan.

Los magos lo miraron como si estuviera loco.

—¿Qué pasa? ¡Somos varios de los magos más poderosos del mundo! Si no les ayudamos, morirán. Si no plantamos cara a Khalidor ahora, será demasiado tarde.

—Jaedan —dijo Wervel con calma—, el ferali es casi invulnerable a la magia... y eso lo decían los antiguos. Ya es demasiado tarde.

Lord Lucius no estaba de humor para aplacar a los jóvenes.

—Nos enviaron a encontrar la gran espada o nuevas de ella. Si Curoch está aquí, créeme, Jaedan, lo sabremos enseguida. Si está en manos de los cenarianos, la usarán ahora. El consejo...

—¡El consejo no está aquí! —dijo Jaedan—. Yo creo...

—¡Lo que tú creas es irrelevante! No lucharemos. No hay más que hablar. ¿Entendido?

Jaedan apretó la mandíbula por el esfuerzo de contener unas palabras que más tarde le habrían hecho lamentar. Devolvió la mirada a los hombres que morían por culpa de la apatía de lord Lucius.

—Entendido, señor.

Una cosa que nunca se mencionaba sobre las batallas en las crónicas, en aquellas historias que tanto habían gustado a Logan de pequeño, era el olor. Creía que, después del Agujero, ya nada podría sobresaltarlo, pero se equivocaba. Había perdido la cuenta de los hombres que había visto morir en la prisión pero, fuese cual fuera su número —¿doce?, ¿quince?—, no era nada comparado con la cantidad de muertos que habían caído allí solo en la primera carga. El olor había sido una mezcla de emoción, miedo, lluvia y barro, olores insignificantes al lado de las imágenes del acero reluciente y los caballos orgullosos, de los rostros aguerridos de las mujeres que cabalgaban con él.

El enemigo los tenía acorralados. Sin banderas o señales de mano para comunicarse con los comandantes lejanos, los cenarianos no podían escapar. Si se unían pocos a una carga, no irían a ninguna parte. Si se unían demasiados, los masacrarían por la retaguardia. El ejército de Cenaria estaba paralizado, y no cesaban

de aparecer más khalidoranos. ¿De dónde? ¿Por qué demonios no habían sabido que estaban allí? ¿Luc de Graesin había descuidado su cometido, o los había traicionado? Ya no tenía importancia; solo importaba evitar una carnicería, y el hedor le llenaba la nariz.

Era el de los hombres apiñados, de su calor, su sudor y su miedo mezclados con el terror de los caballos frenéticos. Era el de una cloaca, pues los muertos y los asustadizos perdían el control de sus intestinos. Era el de los jugos gástricos de los estómagos rajados, las tripas trinchadas, los animales moribundos que daban coces a la tierra y resoplaban. Era el de una cantidad tal de sangre que formaba charcos con la lluvia. Era el olor más dulce del sudor de las mujeres, cuyo número iba menguando pero aún dando muestra de coraje mientras Logan no sucumbiera al miedo.

Allá adonde iba, las líneas cenarianas sacaban fuerzas de flaqueza. No era solo su presencia. Eran aquellas mujeres magníficas, manchadas de sangre y renegando como marineros. Con solo verlas, los khalidoranos sucumbían al desconcierto.

De no haber sido por la Orden, Logan habría muerto en la primera carga. Luchaban con un frenesí casi suicida por estar a su lado, y lo habían pagado caro. De las treinta mujeres que habían cabalgado con él, solo quedaban diez. Con una guardia personal tan reducida, Logan sin duda se habría visto abrumado si no se le hubiesen unido más de cien hombres en los minutos que siguieron a la primera carga: los Perros de Agon. Él les había dado palabras, y ahora ellos le entregaban sus vidas.

Logan no sabía cuánto tiempo habían luchado cuando un nuevo olor se extendió entre las filas. Era algo rancio, lo cual no tenía sentido. Esa noche los ejércitos dejarían carne de sobra pudriéndose en el campo, pero aún no debería haber nada descompuesto. Oyó y notó que los cenarianos reaccionaban mucho antes de avistar el origen de su miedo más reciente. Entonces, desde su silla de montar, divisó lo que parecía un toro, un toro de la altura de un corcel de guerra, atravesando las líneas como un rodillo hasta salirse de la batalla, arrastrando hombres consigo.

La criatura regresó cambiada. Era un trol con cuatro brazos, cuatro ojos, piel grisácea llena de bultos y la espalda erizada de espadas. Logan supo que debería haber sentido miedo, y una parte de él se maravilló de que no fuera así. El miedo, sencillamente, no estaba allí.

La batalla se simplificó cuando comprendió un hecho sin vuelta de hoja: aquella criatura estaba matando a su gente. Tenía que detenerla.

El general Agon encabezó otra carga. Sus hombres se estrellaron contra la caballería como un martillo de madera de balsa contra un yunque. Bastante hizo Agon con separarse de aquel maldito oficial de caballería de piel ladeshiana y ropa y caballos alitaeranos.

Logan cargó contra la bestia. Parecía más grande todavía. A esas alturas un brazo entero se había transformado en una hoja de guadaña con la que el trol segaba el

campo a un metro del suelo, recogiendo una abundante cosecha. No había manera de esquivarlo. Algunos hombres saltaban y otros se lanzaban al suelo, pero la mayoría acababan cortados por la mitad. El trol avanzó, levantando a los muertos con sus brazos y empalándolos en las lanzas y espadas que tachonaban su cuerpo.

Logan cabalgó hasta el espacio que se abría ante el trol por la frenética retirada de los cenarianos. Su corcel blanco corcoveó, nervioso.

El trol se detuvo y contempló a Logan. Emitió un rugido ininteligible que casi le hizo perder el control de su caballo, y después se sacudió. Una cabeza humana asomó de la barriga del monstruo.

—Logan —dijo la cabeza con una voz perfectamente humana que solo presentaba un leve rastro de acento khalidorano. Asomó un poco más del estómago del trol en dirección a Logan.

—Ursuul —gruñó este.

—Hay algo que deberías saber sobre Jenine.

Logan no había estado en forma cuando empezó la batalla. Los meses de privaciones lo habían dejado demacrado y débil. Había sobrevivido hasta el momento gracias a la suerte y la ferocidad de la Orden de la Jarretera y los Perros de Agon, no a su propia fuerza o habilidad, pero cuando oyó el nombre de Jenine en la lengua inmunda de aquella bestia, sintió el poder de una furia justiciera.

—Tu adorable, adorable esposa está vi...

La espada de Logan destelló y cercenó la cabeza, que se despedazó contra el suelo en pegotes de carne putrefacta.

Por un minuto, la bestia se quedó paralizada. No movió un músculo y, mientras el momento se prolongaba, los cenarianos vitorearon, creyendo que Logan la había matado de alguna manera.

Entonces el trol levantó los brazos hacia los cielos y emitió un rugido ensordecedor que hizo temblar el mismo suelo. Fijó dos de sus ojos en Logan y echó atrás la enorme guadaña de hueso para golpear.

Capítulo 71

Vi le retiró a Kylar el pelo de la cara con dedos delicados. Ante ellos, el ferali se había convertido en un trol y se estaba abriendo paso entre las líneas cenarianas. Vi apenas lo veía. Tenía la mirada fija en la cara muerta de Kylar. Por primera vez, se daba cuenta de lo joven que parecía. Destilaba serenidad, beatitud. Vi lo había asesinado. Había puesto la inmortalidad al alcance del rey dios.

Algo salpicó la mejilla de Kylar. Vi parpadeó. «¿Qué demonios?» La gota resbaló por el pómulo del joven hasta llegar a la oreja. Volvió a parpadear, más deprisa, negándose a creer que estuviera llorando. ¿Qué había dicho la hermana Ariel? ¿Algo sobre que era una tullida emocional? Vi contempló su lágrima, que resplandecía sobre la oreja de Kylar, y la secó. «Aquella mala puta me llamó estúpida.»

Y lo era.

Su dedo se quedó paralizado.

La revelación la golpeó como un caballo de guerra a galope tendido. No había escapado en absoluto de la hermana Ariel.

De repente, no podía respirar. Al fin veía la trampa de la hermana, tendida para ella en todas las palabras que Ariel había pronunciado. Vio el cebo y las consecuencias. No significaba la libertad, pero sí escapar del rey dios.

El único requisito era que Vi hiciera a Kylar algo peor que cualquier cosa que Hu Patíbulo le hubiera hecho a ella en su vida. Metió una mano vacilante en un bolsillo y encontró la cajita justo donde la había dejado. La abrió y contempló los aretes de boda waeddryneses que había dentro.

Si hacía aquello, sería como una violación, y Vi sabía de violaciones.

Aun así, era el único modo. La hermana Ariel hizo que los Nile le proporcionasen toda la información que Vi necesitaría. Ellos le habían contado que necesitaba demostrar «la manifestación externa de un cambio interno» para romper la compulsión, probar una transferencia de lealtades. Hablaron de la magia poderosa que contenían algunos de los antiguos anillos, de cómo encerraban una especie de hechizo de compulsión. Y la mala puta había meneado la zanahoria ella misma: progreso rápido, tutela privada, ser importante.

A Vi no le importaba. No haría aquello por ella misma. Lo haría porque, si no, el rey dios se volvería inmortal. Vi se convertiría en su mascota asesina, una plaga por sí sola que aniquilaría a cualquiera que osara desafiarlo. Lo haría por aquellos pobres desgraciados a los que se estaban comiendo vivos en el campo de batalla. Lo haría porque, si no, Kylar moriría, moriría de verdad.

Sin embargo, él nunca la perdonaría.

Pasó los dedos por el pelo de Kylar. Su rostro parecía frío e inmóvil, sentencioso. Vi escaparía y cambiaría, pero Kylar y Elene pagarían el precio.

El pendiente perforó su oreja izquierda y el aro se soldó solo sin dejar marca. El dolor hizo que se le humedecieran los ojos. Con lágrimas corriéndole por las mejillas, perforó la oreja de Kylar con el otro.

Una ola de calor la encendió de la cabeza a los pies. Sintió que la compulsión se marchitaba y estallaba. Eso no fue nada comparado con el repentino anhelo que experimentó. Resopló. En su misma piel, en su estómago, en su columna vertebral, sentía a Kylar. Se estaba curando, pero sus heridas eran tan graves que le dolían a ella. Notó un hormigueo en los dedos donde le estaba tocando la cara. Estaba más guapo que nunca. Quería que la conociese. Quería confesarle la verdad y que él la perdonase y correspondiera a su amor. Quería que la abrazase, le acariciara la mejilla, le pasase los dedos por el pelo y...

Ese pensamiento explotó contra todo lo que había sabido nunca. Vi apartó a Kylar bruscamente de su regazo y se puso en pie tambaleándose. El caudal de emociones era demasiado grande, demasiado intenso, demasiado inmenso para interpretarlo, y aun así no se le hacía ajeno. No se le antojaba impostado. Tenía la sensación de que su amor se estaba purificando, de que estaban soplando al carbón para que brotara la llama. Boqueó, aturdida. Apenas podía soportar mirar a Kylar. Pero era libre. La compulsión había desaparecido.

¡Libre! Libre del rey dios. En el suelo, un jinete solitario se erguía delante del trol descomunal. Vi cogió la daga y caminó con paso vacilante hacia su padre. Asió su cuerpo y lo hizo levantarse. Lo sacudió.

—¡Padre! ¡¡Padre!! —gritaba alguien.

¿Quién demonios gritaba algo así en el campo de batalla? Al cabo de un momento, Garoth cayó en la cuenta de lo que debía de ser y devolvió su consciencia al salón del trono. Logan podía esperar unos segundos. Al infierno con él si no quería saber que Jenine estaba viva.

—Padre —dijo Vi—, ¿puedes decirme una cosa? —Era evidente que había aceptado su compulsión, porque lo estaba tocando.

—«¿Padre?» Estoy un poco ocupado, ¿te importa?

—¿Tú me hiciste matar a Jarl? ¿Fue compulsión?

Garoth sonrió. La mentira acudió fácilmente a sus labios.

—No, *moulina*. Eso lo hiciste tú sola.

—Oh. —La única sílaba brotó de sus labios como una pequeña burbuja.

Garoth sonrió y volvió a meterse en el ferali. Rugió hacia los cielos y echó atrás su brazo con forma de guadaña. Logan cabalgó derecho hacia él hasta que su caballo se asustó. Logan lo aguijoneó y tironeó de las riendas, pero el animal se negó a obedecer. Dio media vuelta trazando un círculo desesperado y tropezó con un cuerpo. Cuando Garoth blandió la enorme guadaña a la altura que cortaría a Logan por la

mitad, uno de los cazadores de brujos montados irrumpió en el claro y saltó de su silla para derribar a Logan. La guadaña atravesó el cuello de ambos caballos y los animales se derrumbaron sobre la tierra bajo dos chorros gemelos de sangre.

Logan se apartó rodando y se puso en pie. A su lado, el arquero ya estaba preparando una flecha. Disparó a uno de los ojos de Garoth y luego a otro. El rey dios parpadeó y unos ojos nuevos expulsaron a los antiguos. No importaba. Logan estaba de pie, desafiante pero indefenso. La siguiente acometida de Garoth partiría al hombrecillo en dos...

Algo caliente le entró en la espalda. Una, dos, tres veces. Más y más. Llevó las manos del ferali a su espalda, preguntándose qué podría perforar su grueso pellejo, pero no tenía flechas ni lanzas en el espinazo.

El ferali se estaba desvaneciendo y, cuando Logan cargó contra él para clavarle su espada en la panza, Garoth cayó en la cuenta de que no era el ferali el que sangraba.

Era él.

Oyó un sollozo y de repente volvió a estar en el salón del trono.

Vi lo abrazaba contra su pecho y lo apuñalaba, una y otra vez, como si deseara que la daga lo atravesase y se clavara en su propio corazón.

Garoth le dijo a sus miembros que se movieran, pero eran pedazos de carne vacíos. Su cuerpo estaba muriendo, ¡muriendo!, y su visión se volvía negra, negra...

Activó el conjuro que tenía preparado para su muerte. Se trataba de un riesgo atroz, intentar lanzar su consciencia al interior de otro cuerpo. Si Khali se lo concedía, su precio sería prohibitivo, pero no tenía nada que perder.

El vir se desprendió de sus brazos y engulló a Vi en un bosque de dedos negros. La acercaron a él.

¡Estaba cerca! ¡Estaba funcionando! ¡Lo notaba!

Y entonces todos los dedos de vir fueron atravesados por un filo iridiscente que pasó entre Garoth y Vi. El vir, aislado de su fuente, se congeló, se resquebrajó y se evaporó en forma de humo negro. Garoth se volvió para ver lo imposible.

Kylar estaba vivo. Se erguía con el juicio escrito en sus facciones y un filo de ka’kari negro en su puño. La revelación asaltó a Garoth con la fuerza de un maremoto.

El Devorador devoraba la propia vida. El Preservador preservaba la propia vida. No eran solo una vida prolongada o la curación. Era auténtica inmortalidad. Garoth había tenido la oportunidad de conseguir la auténtica divinidad y había dejado que se le escurriese entre los dedos. Lo invadió una furia impotente.

Entonces la hoja de ka’kari de Kylar descendió una vez más hacia su cabeza.

Logan hundió su espada en la barriga del trol y la criatura se tambaleó hacia atrás. Cayó de rodillas como si de repente hubiese perdido toda la coordinación. Logan

retrocedió de un salto y evitó por los pelos que lo aplastara. No estaba seguro de lo que acababa de suceder, pero no parecía que la reacción del trol fuese la correcta. Logan lo había visto encajar heridas peores sin inmutarse siquiera.

Las miradas de ambos ejércitos estaban puestas en Logan y la bestia. Le dio otra estocada, y una tercera, pero las heridas se cerraron en cuando salió la espada.

Mientras seguía de rodillas, las placas que cubrían la mayor parte del estómago de la bestia se deslizaron hacia los lados, con un gorgoteo y un chirrido como los de una nariz al romperse, pero repetidos cien veces. Por el hueco abierto entre las placas, algo apretó contra la piel, ondeando y formando bultos. Al cabo de otro segundo, se dibujó una forma. Sobresaliendo de la barriga del trol, como un bajorrelieve viviente, había una mujer. Movió la cara y apareció una boca.

—No puedo impedirlo, Rey. Qué hambre. Igual que en el Agujero. No puedo parar, Rey. Mira lo que han hecho conmigo. No me deja matarme, Rey. Qué hambre. Como el pan. Qué hambre.

—¿Lilly? Creía que era Garoth —dijo Logan.

—Se ha ido. Ha muerto. Dime qué debo hacer, Rey. No puedo pararme. Tengo tanta hambre que me devora.

Logan constató que, incluso en el breve lapso desde que la cara de Garoth Ursuul había asomado a su piel, el trol se había encogido. Estaba devorando su propia carne. Logan tenía que hacer algo rápido. No podían matarlo. La bestia curaba sus heridas sin siquiera pensarlo de modo consciente, y la forma de Lilly ya estaba perdiendo definición.

—Lilly —dijo Logan—. Lilly, escúchame.

Ella recobró el control, y su forma asomó una vez más, aunque en esa ocasión sin boca.

—Lilly, cómete a los khalidoranos. Cómetelos y corre a las montañas. ¿Vale?

Pero Lilly había desaparecido. Las placas volvieron a su sitio con un chasquido y el trol se puso en pie con movimientos pesados. Fijó sus ojos en Logan y alzó la guadaña, desvanecido todo vestigio de Lilly.

Logan caminó derecho hacia él.

—Querías arreglar las cosas, ¿verdad, Lilly? ¿Te acuerdas, Lilly? —preguntó Logan, esperando atraerla de nuevo con el sonido de su nombre—. ¿Quieres ganarte tu indulto, Lilly? ¿Soy tu rey o no? —El ferali parpadeó y se quedó quieto. La voz de Logan adquirió una autoridad que nunca había sabido que tuviese, y, señalando a los khalidoranos, gritó—: ¡VE! ¡MÁTALOS! ¡TE LO ORDENO!

El ferali parpadeó varias veces. Después, en un movimiento más rápido que cualquiera que hubiese hecho Garoth dentro de él, golpeó con un brazo a los khalidoranos que tenía detrás. Logan se volvió y vio miles de ojos fijos en él con expresiones de incredulidad.

Logan de Gyre, el hombre que ordenó a un ferali que parase y fue obedecido.

La batalla había llegado a un punto muerto. Khalidoranos y cenarianos estaban cerca pero no combatían. El ferali, que a esas alturas medía ya por lo menos diez metros, concentraba toda la atención. No se giró. Sencillamente se volvió gelatinoso por un momento y luego lo que había sido su parte delantera pasó a ser la trasera, de tal modo que quedó de cara a las tropas khalidoranas.

Una bola de fuego trazó un arco desde un meister y rebotó contra su piel sin dejar huella. Diez más la siguieron sin causar tampoco el menor daño. Acto seguido lo alcanzó un rayo que apenas dejó una marca negra en su pellejo. El ferali se agazapó y flexionó todos los músculos de su cuerpo. Todas las armas y piezas de armadura que Garoth había incorporado a la bestia salieron despedidas en todas direcciones: petos, cotas de malla, lanzas, espadas, martillos de guerra, dagas y cientos de flechas cayeron al suelo con estrépito formando un gran círculo.

Un homúnculo blanco resplandeciente salió disparado de las filas khalidoranas y se adhirió al ferali. En una línea recta entre el vürdmeister y el homúnculo, el aire pareció distorsionarse como si todo lo que se viera a través de él fuese el reflejo de un espejo combado. La franja de aire que terminaba en el ferali burbujeó.

A diez pasos del monstruo, la distorsión del aire se desgarró con un fogonazo rojo. La sierpe del abismo atacó. Sin embargo, su boca de lamprea se cerró sobre el aire vacío. El ferali era increíblemente rápido. La sierpe del abismo se retorció, y su cuerpo de piel llameante negra y roja se adentró más en la realidad, doce metros, dieciocho... parecía no tener fin.

Logan oyó un tintineo de armas caídas al suelo, soltadas por las manos laxas de quienes veían luchar a los dos titanes.

Sin embargo, la batalla solo duró un golpe más. La sierpe del abismo volvió a fallar, y el ferali no. Un puño enorme aplastó la cabeza de la sierpe, cuyo cuerpo restalló como un látigo hacia las líneas khalidoranas que tenía detrás. Se desintegró en trozos negros y rojos que, sin sangrar, chisporrotearon en el suelo como gotas de agua en una sartén caliente; se convirtieron en humo verde con un siseo y desaparecieron.

El ferali se volvió hacia las filas khalidoranas e hizo brotar una docena de brazos de su cuerpo. Empezó a agarrar soldados como un niño codicioso haciendo acopio de dulces.

Entonces los hombres de ambos bandos se acordaron de la batalla. Los cenarianos recordaron sus armas y los khalidoranos, sus talones. Arrojaron las armas y los escudos para correr más deprisa.

Se elevó un griterío mientras los khalidoranos rompían filas en torno al ferali. Logan no podía creérselo. Era demasiado improbable para aceptarlo.

—¿Quién queréis que vaya tras ellos? —preguntó el general Agon. Él y un

ensangrentado duque de Wesseros habían aparecido de la nada.

—Nadie —dijo Logan—. Ella no puede distinguir entre amigos y enemigos. Nuestra batalla ha terminado.

—¿Ella? —preguntó el duque de Wesseros.

—No preguntéis.

Agon se alejó a lomos de su caballo gritando órdenes, y Logan se volvió hacia el hombre que lo había derribado de su montura. No lo reconocía.

—Me has salvado la vida. ¿Quién eres? —preguntó Logan.

La mujer sethí que había estado pegada a su costado durante la batalla entera, Kaldrosa Wyn, se adelantó.

—Mi señor, este es mi marido Tomman —dijo, ferozmente orgullosa.

—Eres un hombre valiente, Tomman, y no disparas nada mal. ¿Cómo puedo recompensarte?

Tomman alzó la vista e, inexplicablemente, sus ojos brillaban.

—Ya me habéis dado más de lo que merezco. Me devolvisteis mi amor, mi señor. ¿Qué hay más precioso que eso? —Tendió la mano, y su mujer la cogió.

Las filas cenarianas se reagruparon en el cuadro más concentrado que los generales pudieron conseguir y se limitaron a comtemplar la matanza de sus enemigos. No hubo retirada; fue una desbandada. El resto del círculo se rompió y los hombres arrancaron a correr en todas direcciones. El ferali los hacía pedazos. Se convirtió en una serpiente y arrolló rodando a secciones enteras de la línea, cuyos hombres se quedaban pegados a su cuerpo, gritando. Después fue un dragón. Siempre conservaba docenas de manos. Siempre era rápido y terrible. Se elevaban unos gritos lastimosos por todas partes y los hombres arremetían unos contra otros llevados por el pánico. Algunos se agacharon tras los muretes de piedra, otros se acurrucaron a la sombra de alguna roca y otros se encaramaron a los árboles que rodeaban el campo de batalla, pero la criatura era meticulosa en su ferocidad. Recogía a hombres de todas partes, estuviesen vivos o muertos, heridos o fingiéndose muertos, escondidos o combatiendo... y los devoraba.

No todos los khalidoranos huyeron. Algunos dieron media vuelta y lucharon. Algunos reunieron a sus camaradas y atacaron con más valor del que los cenarianos habrían creído posible, tal vez más del que habrían demostrado ellos mismos. Sin embargo, ante semejante horror, el valor resultaba irrelevante. Los bravos y los cobardes, los nobles y los plebeyos, los buenos y los malos morían por igual. Los cenarianos lo observaban con la boca abierta, sin olvidar ninguno que las víctimas de la carnicería habrían debido ser ellos. Las pocas veces que un cenariano vitoreaba aquí o allá, nadie le hacía coro. El ferali arremetía a un lado y a otro, sin atrapar a todos los grupos de hombres pero cazando a la mayoría, y siempre, siempre cambiando de dirección para alejarse de las filas cenarianas, como si temiera la

tentación de acercarse demasiado a ellas.

Al fin, después de devorar al último grupo lo bastante nutrido para merecer su tiempo, el ferali huyó hacia las montañas. Cenaria estaba bendita o tenía mucha suerte, o bien Lilly controlaba mejor el ferali de lo que Logan había esperado, porque se encaminó en una dirección en la que no encontraría aldeas durante ciento cincuenta kilómetros.

En el silencio, alguien lanzó un grito de júbilo. Durante un momento, flotó solo en el aire. Logan había recibido un nuevo caballo y, montado, se volvió y fue de nuevo consciente de que tenía mil ojos pendientes de él. ¿Por qué lo miraban todos?

Entonces alguien volvió a vitorear y la idea caló en la conciencia de Logan: habían ganado. De algún modo, contra todo pronóstico, habían ganado.

Por primera vez en meses, Logan sintió que su boca se curvaba en una sonrisa. Eso desencadenó una marea y, de repente, nadie podía dejar de sonreír, de gritar o de dar golpes en la espalda a sus vecinos. Ya no importaba bajo la bandera de qué noble habían luchado. Los Perros de Agon abrazaban a los reclutas de la ciudad de Cenaria: antiguos ladrones y antiguos alguaciles felicitándose como amigos. Los nobles y los campesinos se agarraban de los brazos y gritaban juntos. Los maltrechos lazos que mantenían unido el país parecían reformarse ante los mismos ojos de Logan, que contemplaba al apiñado ejército. Habían ganado. Los costes habían sido gravosos, pero habían plantado cara al poder de un monstruo y la magia de un dios, y habían ganado.

Empezó a elevarse un grito por encima del sonido de las espadas y las lanzas que aporreaban rítmicamente los escudos.

—¿Qué dicen? —gritó Logan a Agon, aunque, en el momento mismo de preguntarlo, distinguió las palabras, coreadas al compás de cada golpe de espada en el escudo.

—¡REY GYRE! ¡REY GYRE! ¡REY GYRE!

Era audaz; era traición; era hermoso. Logan buscó a Terah de Graesin con la mirada a través de la multitud. No estaba a la vista en ninguna parte. Y entonces sí sonrió de oreja a oreja.

Capítulo 72

El dios muerto cayó como un saco de trigo. Vi estaba temblando, pero no parecía dañada por el vir que la había envuelto. Kylar contempló el cadáver de Garoth Ursuul, incrédulo.

Su destino estaba muerto en el suelo y él no lo había matado.

El Lobo había cumplido su parte del acuerdo: Kylar estaba vivo. Pero algo parecía diferente. Vi lo miraba, todavía estremeciéndose de la emoción, con las lágrimas aún tibias sobre las mejillas. Kylar alzó la vista y leyó pasmo y miedo en todas las líneas de su cuerpo... ¿junto con un atisbo de esperanza?

«¿Qué demonios? ¿Desde cuándo puedo ver lo que siente una mujer?»

Vi estaba manchada de la sangre del rey dios. Era invisible sobre el fondo de su ropa oscura de ejecutora, pero había algo terrible en ver motas de líquido rojo salpicando su escote.

Kylar la miró. Estaba tan afligida que le entraron ganas de cogerla en sus brazos. Necesitaba que la amara, que la sacase del valle de muerte que era el camino de las sombras. Él ahora conocía la salida. Era el amor. Irían a buscar a Uly, y Vi y él recorrerían juntos ese camino...

«¿Vi y yo?»

La chica abrió mucho los ojos, presa del miedo y los remordimientos. Estaba sollozando. Por una fracción de segundo Kylar quiso entenderlo, pero entonces alzó despacio los dedos hasta su oreja. Había un pendiente, un aro perfecto sin abertura, y estaba inmerso de una magia tan potente que la sentía en la punta de los dedos.

—Lo siento mucho —dijo Vi, retrocediendo—. Lo siento mucho. Era la única manera.

Se volvió y Kylar vio su último regalo a Elene, el voto de amor por el que había vendido su herencia, centelleando en la oreja de Vi.

—¿Qué has hecho? —gritó.

Su ira, amplificada por el pendiente, alcanzó a Vi. Sintió sus remordimientos, su terror, su confusión, su desesperación, el odio hacia sí misma y... infiernos, ¿su amor? ¡Amor! ¿Cómo se atrevía a amarlo?

Vi huyó. Kylar no la siguió. ¿Qué haría si la atrapaba?

La chica salió como una exhalación por la puerta principal del salón del trono, y los guardias la miraron alejarse, atónitos. Se volvieron y vieron a Kylar plantado sobre el cuerpo del rey dios.

Después llegaron los pitidos, las alarmas, las cargas de los montañeses y los cánticos de los meisters. Kylar se alegró de contar con la distracción que le ofrecía la batalla. Emborronaba un futuro que nunca contendría a Elene. Reclamaba toda su atención. Con una sola mano, matar por una vez suponía un desafío.

Lantano Garuwashi no podía dejar de tocar la Espada del Cielo, aunque por supuesto la mantenía envainada. Cuando un sa'ceurai desenfundaba su espada, no la envainaba sin haberle dejado saborear sangre antes. Cuando cayó la noche, sus hombres cubrieron la entrada de la cueva para que los cenarianos que celebraban la victoria no vieran sus hogueras. Después de hablar con el espía recién regresado del campamento de los vencedores, Garuwashi se subió a una cornisa.

A la luz de las fogatas, los ojos de sus hombres resplandecían con el brillo del destino. Habían presenciado maravillas negadas a los padres y abuelos que les habían precedido. La Espada del Cielo había regresado.

Garuwashi empezó sin preámbulos, como tenía por costumbre.

—Los cenarianos no han ganado esta batalla. Esa criatura la ha ganado por ellos. Esta noche, beberán. Mañana, empezarán a dar caza a los khalidoranos dispersos. ¿Queréis saber qué haremos nosotros mientras estos bufones espantan moscas?

Los hombres asintieron. Tenían la Espada del Cielo. Seguían a Garuwashi. Eran invencibles.

—Esta noche, reuniremos uniformes de los khalidoranos muertos. Al amanecer, atacaremos y causaremos las bajas suficientes para enfurecer a los cenarianos. Atraeremos a su ejército hacia el este, siempre escapando de entre sus manos por los pelos. Dentro de tres días, llegará aquí el grueso de nuestro ejército. Dentro de cinco, tomará la indefensa ciudad de Cenaria. Dentro de un mes, este país será nuestro. En primavera, regresaremos a Ceura y les presentaremos a su nuevo rey. ¿Qué decís?

Vitorearon todos los hombres menos uno. Feir Cousat guardaba silencio, estoico. Su cara podría haber estado tallada en mármol.

Epílogo

Dorian oyó cascos de caballos cuando superó la última elevación de las colinas y avistó Khaliras. Se hizo a un lado y esperó pacientemente, cautivado por la vista. La ciudad aún estaba a dos días de camino pero, entre las montañas de Faltier y el monte Siervo, las llanuras se extendían anchas y planas. La ciudad y el castillo se elevaban con la montaña, una aguja solitaria en un océano de tierras de pasto. En un tiempo había sido su hogar.

El grupo empezó a adelantarlo, a lomos de unos caballos magníficos. Dorian se hincó de rodillas y les rindió el homenaje propio de un campesino. No era un grupo normal de exploradores. Tampoco eran tropas regulares, aunque su armadura los identificara como tales. Sus armas y sus caballos los delataban. Los seis enormes soldados eran miembros de la Guardia del Rey Dios. Y a juzgar por su olor, a pesar de sus capotillos cortos, los meisters que los acompañaban en realidad eran vürdmeisters. Solo podían venir de Cenaria, probablemente escoltando grandes riquezas en los pocos cofres que transportaban.

Dorian lanzaba breves vistazos disimulados cuando vio el auténtico tesoro. Una mujer cabalgaba con los meisters, vestida con ropa gruesa y con un velo en la cara. Sus gestos tenían algo extrañamente familiar, y entonces le vio los ojos.

Era la mujer que había vaticinado. Su futura esposa. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y recordó fragmentos sueltos de sus antiguas profecías: el proceso de quemar su don de algún modo las había bloqueado.

Cuando volvió en sí, seguía de rodillas. Tenía calambres en los músculos y el sol estaba bajo en el cielo. El grupo se encontraba a kilómetros de distancia, ya en los pastos. Se había pasado medio día inconsciente.

«Solon, ¿dónde estás? Te necesito aquí.» Pero Dorian conocía la respuesta. Si Solon había sobrevivido a Aullavientos, probablemente estaría ya navegando rumbo a casa, a Seth, para enfrentarse a su amor perdido. Esa mujer, la ya emperatriz Kaede Wariyamo, estaría furiosa. Por culpa de las profecías de Dorian, Solon había abandonado su patria cuando más lo necesitaba. Dorian solo podía esperar que el camino de su amigo no fuese tan solitario como el suyo.

Porque, incluso sin el don de la profecía, Dorian sabía que, allá adonde fuera, recorrería una senda a oscuras, solo, sufriendo tanto que renunciar a sus visiones había parecido una buena idea.

Asustado y tembloroso, se levantó. Contempló el camino que tenía delante y el que le quedaba detrás, el camino a Khaliras y su futura esposa —¡Jenine, así se llamaba!— o el camino que llevaba de vuelta a sus amigos. La muerte y el amor, o la vida y la soledad. El Dios parecía tan distante como un verano en los Hielos.

Compuestas las facciones, con la espalda recta, Dorian continuó su largo camino

a Khaliras.

Ghorran no le quitaba la vista de encima a Elene, con aquella mirada siniestra e intensa. El primer día no supuso ningún problema, porque Elene no tuvo necesidad de aliviarse. El segundo día, sí. Lo siguió un breve trecho bosque adentro y después se cobijó tras un arbusto para tener algo de intimidad. Ghorran esperó hasta que estuvo agachada y alzándose la falda, y entonces se acercó solo para que pasara vergüenza. Por supuesto, con él delante no le salió.

Esa noche, como hacían cada noche y cada mañana, los khalidoranos rezaron: «*Khali vas, Khalivos ras en me, Khali mevirtu rapt, recu virtum defite*». Ghorran tiró a Elene al suelo y se colocó a horcajadas encima de ella. Mientras rezaba, le hundió los dedos en los puntos de presión de detrás de las orejas. Elene gritó y sintió que un líquido caliente le empapaba el vestido cuando perdió el control de su vejiga.

Al finalizar la plegaria, Ghorran se levantó, le dio un papirotazo en la oreja y dijo:

—Apestas, zorra asquerosa.

No la dejaron lavarse cuando cruzaron un riachuelo de montaña. Cuando Ghorran se la llevó a un lado esa tarde, Elene se arremangó la falda y se alivió mientras él la miraba, aunque no se regodeó observándola hasta que Elene se ruborizó y apartó la vista.

—Mañana —dijo—, te haré llevar mierda en la cara. La tuya o la de otro. Tú eliges.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Elene—. ¿Es que no tienes ni una pizca de decencia?

A la mañana siguiente, sin embargo, los despertaron temprano. Partieron de inmediato. Los prisioneros viajaban en fila india, atados entre sí, marchando detrás de sus captores. Elene era la sexta de una fila de seis, con el niño, Herrald, justo delante. Le llevó un tiempo descubrir por qué estaban nerviosos los khalidoranos, ya que golpeaban a los cautivos si hablaban.

Solo había cinco soldados khalidoranos esa mañana.

Por la noche, Ghorran parecía haber olvidado su amenaza. Cuando llevó a Elene a un lado para que se aliviase, no perdió de vista ni por un instante el campamento. Elene se agachó entre los alerces que empezaban a dejar caer sus agujas doradas con el inicio del otoño y fingió que el soldado no la molestaba.

—Es posible que mañana nos encontremos con los meisters —dijo Ghorran, con la vista puesta en el campamento—. Entonces os entregaremos a todos. Ese cabrón de Haavin probablemente se largó corriendo, el muy cobarde.

Elene se levantó y, ni a diez pasos del despistado Ghorran, vio a un hombre apoyado en un árbol. El desconocido llevaba un batiburrillo de capas, chalecos, camisas con bolsillos y bolsitas de todos los tamaños, todo ello de cuero de caballo,

curtido, todo del mismo marrón intenso y ablandado por muchos años de desgaste. Llevaba unos cuchillos gurkas gemelos curvados hacia delante metidos en la parte trasera del cinto, un estuche de arco muy bien tallado colgado al hombro y empuñaduras de todos los tamaños repartidas entre sus prendas. Tenía la cara afable, con los ojos castaños, irónicos y almendrados y el pelo negro, suelto y liso: un acechador ymmurí. Se llevó un dedo a los labios.

—¿Has acabado? —preguntó Ghorran, echando un vistazo hacia Elene.

—Sí —respondió esta. Miró con el rabillo del ojo al acechador, pero ya no estaba.

Solo quedaban cuatro soldados cuando acamparon esa noche al borde del bosque para aprovechar el cobijo de los árboles. Los khalidoranos discutieron sobre si debían seguir adelante a oscuras o si Haavin y el otro desaparecido de verdad habían huido. La noche fue corta, y Ghorran despertó a Elene cuando todavía estaba oscuro.

La llevó en silencio hasta el bosque. Ella se levantó la falda como si no le importase.

—¿Cómo te hiciste daño en el pecho? —le preguntó Elene.

—Una zorra loca me clavó una horca cuando maté a su marido y destripé a sus mocosos. —Se encogió de hombros, como si haberse dejado apuñalar hubiera sido un despiste, algo embarazoso pero no grave.

Para Ghorran, eviscerar a niños no era nada del otro mundo. Había hecho daño y humillado a Elene; eso podía perdonárselo. Sin embargo, aquel encogimiento de hombros que restaba importancia al incidente avivó la pequeña chispa de furia de su corazón. Por primera vez en su vida desde Rata, Elene odió.

Ghorran había llevado un arco consigo y en ese momento lo estaba encordando.

—Hoy llegaremos al campamento —dijo—. Neph Dada te hará cosas espantosas. —Se lamió los labios resecos—. Yo puedo salvarte.

—¿Salvarme?

—Lo que él hace no debería hacerse. Son perversiones de lodricarios. Si sales corriendo ahora, te clavaré una flecha en la espalda y te lo ahorraré.

Su piedad era tan singular que el odio de Elene se disolvió.

Estalló un fogonazo de luz en el campamento, cincuenta pasos por detrás de ellos, que arrojó sombras contra los árboles. Lo siguió un grito. Luego el ruido de unos caballos al galope.

Elene se volvió y vio una docena de jinetes khalidoranos desconocidos que cabalgaban hacia el campamento desde el norte. Habían llegado temprano para recoger a sus esclavos.

—¡Huid! —resonó un grito, más alto de lo que un hombre debería haber sido capaz de chillar.

A través de los árboles, Elene vio al acechador ymmurí luchando contra los khalidoranos. Rajó a dos de ellos con un solo movimiento. Uno de los jinetes disparó

fuego con las manos, pero él lo esquivó.

Ghorran sacó una flecha y tensó el arco, pero había demasiados árboles y khalidoranos entre él y el ymmurí. Entonces, a pocos pasos de distancia, el joven Herrald salió disparado entre los árboles, huyendo a la carrera.

Ghorran se volvió y apuntó, siguiendo a su nuevo blanco.

Lo único que Elene pensó fue: «No».

Cogió la daga del cinto de Ghorran, la subió por encima de su hombro y se la clavó en la garganta. El khalidorano sufrió un espasmo, la flecha salió disparada y pasó silbando muy por encima de la cabeza de Herrald.

El arco se escurrió de los dedos de Ghorran, que miró a Elene a la cara con los ojos muy abiertos por la sorpresa. La daga estaba alojada en plena garganta y el ancho filo bloqueaba la tráquea. El khalidorano exhaló, con un esfuerzo del pecho, y el aire salió emitiendo un silbido. Se llevó una mano al cuello y palpó la daga, todavía sin creérselo.

Entonces trató de inhalar. Su diafragma bombeó como un fuelle, pero no pudo obtener aire. Cayó de rodillas. Elene no podía moverse.

Ghorran se arrancó la daga de la garganta y boqueó para respirar, pero la bocanada degeneró en un gorgoteo. Tosió y salpicó de sangre a Elene.

Siguió intentando respirar mientras la hemorragia le anegaba los pulmones. En cuestión de momentos, se derrumbó en el suelo del bosque.

A pesar de la sangre que tenía en la cara, el vestido y las manos, a pesar de la expresión lastimosa de la cara de Ghorran y el horror que suponía ver morir a un hombre, Elene no se arrepentía. Apenas un minuto atrás odiaba a Ghorran, pero no lo había matado por odio. Sencillamente, había que pararlo. Si hubiese podido retroceder a ese momento, habría hecho lo mismo. Y así, sin más, lo entendió.

—Dios mío, qué estúpida he sido —dijo en voz alta—. Perdóname, Kylar.

Dando la espalda a los fogonazos de magia que explotaban en el bosque y prendían fuego a los árboles, Elene corrió.

En el lado norte de la isla de Vos, a la luz incierta del lluvioso día otoñal, Kylar contemplaba el hito anónimo de piedras que había construido. La tumba de Durzo.

Estaba cubierto de sangre, con su ropa de ejecutor rajada y chamuscada por la magia. Llevado por la ira había luchado durante horas, matando a todo soldado y meister khalidorano que se le puso a tiro. Gracias a la menguante magia del suelo del salón, había visto erguirse a Logan, había visto volverse al ferali y había presenciado la destrucción del ejército de Khalidor. Había visto cómo los hombres miraban a Logan. Aunque las figuras eran diminutas, lo llevaban escrito en todas las líneas de su cuerpo.

Logan marcharía a casa con su ejército y, al cabo de dos días, cuando llegasen, se

encontraría su castillo barrido y purificado de la presencia khalidorana, salvo por Khali, pero de esa criatura Kylar pensaba mantenerse alejado. Ya invitaría el rey Gyre a unos cuantos magos para que se ocuparan de eso.

—Hemos ganado, supongo —dijo a la tumba de Durzo.

Kylar sabía que no servía de nada despotricar sobre su vida. Era el Ángel de la Noche y para él no había celebraciones. Como le había explicado Durzo hacía mucho, siempre estaría al margen, solo.

—*Pobrecito, qué difícil es ser inmortal* —dijo el ka'kari.

Kylar estaba demasiado agotado para sentirse sorprendido u ofendido. El ka'kari ya había hablado antes, como recordó en ese momento, intentando salvarle la vida.

—O sea que puedes hablar —dijo.

El ka'kari formó un charquito en su mano y dibujó una cara estilizada. Sonrió y le guiñó un ojo. Kylar suspiró y volvió a absorberlo al interior de su piel.

Contempló su muñón. Había perdido el brazo por nada. Había hecho un juramento al Lobo por nada. Todo lo que había aprendido, todo lo que había sufrido, había tenido un único fin: matar a Garoth Ursuul, cumplir su destino. Garoth era el inmundo manantial del que manaba la desdicha de Kylar, Jarl y Elene. Resultaba muy apropiado que el hombre que había conducido a Kylar a hacerse ejecutor fuese también su último muriente. Sin Garoth, no habría existido Roth. Sin Roth, Elene no tendría cicatrices, Jarl estaría vivo y entero y Kylar sería... ¿qué? En fin, no un ejecutor.

El conde Drake le había dicho una vez: «Hay una divinidad que moldea belleza a partir de la tosca talla de nuestras vidas». Era mentira, como lo era el destino de Kylar. Quizá por eso aquello resultaba tan difícil: había empezado a creer en la economía divina de Elene. Así, de golpe no solo había perdido a Elene, que lo había acompañado desde el principio, que le había hecho creer cosas buenas sobre sí mismo; también había perdido su destino. Si tenía un destino, tenía un propósito: una perla que se iba construyendo alrededor del mal que había sufrido y causado. Si lo habían moldeado con un fin, tal vez había un Moldeador. Si había un Moldeador, tal vez se llamaba el Dios Único. Y quizá el Dios Único era el puente sobre la sima entre asesino y santa que separaba a Kylar de Elene. Pero no había puente, ni Dios, ni Moldeador, ni propósito, ni destino ni belleza. No había vuelta atrás. Le habían arrebatado a la vez la justicia, la venganza, el amor y el propósito.

Se había creído capaz de cambiar, de comprar la paz al precio de una vieja espada. Sin embargo, Sentencia era solo un instrumento de la justicia. Era Kylar quien ansiaba administrarla. Ese día había matado a muchos hombres, y no lograba sentirse mal por ello. En eso consistía ser el Ángel de la Noche. Quizá un hombre mejor podría renunciar a la espada. Kylar no podía, ni siquiera aunque le hubiese costado a Elene.

Cada vez que pensaba en Elene, su cara se metamorfoseaba en la de Vi. Cada vez que pensaba en Vi, sus fantasías derivaban de darle su merecido a fantasías de otro tipo.

—Maestro —dijo al montón de piedras—, no sé qué hacer.

«Remata el trabajo.» Sabía la entonación exacta que Durzo habría dado a las palabras, exasperada pero firme.

Era cierto. El Lobo había cumplido su parte del trato: Kylar había regresado de la muerte de inmediato. Se había demostrado un mal negocio, pero un trato era un trato, de modo que Kylar iría a robar a Curoch, cabalgaría hasta Vuelta del Torras y recuperaría su brazo. Sonaba bastante simple. Al fin y al cabo, robar no era difícil cuando uno podía volverse invisible. Además, por poco que tardase en recuperar su brazo, sería demasiado. El muñón le dolía y, aunque no lo hubiese pensado, perder una mano lo desequilibraba.

«No estás aquí porque no sepas qué hacer, chaval. Siempre supiste qué hacer.»

Eso también era verdad. Kylar cumpliría con su encargo y después encontraría a Vi y la mataría.

—*No la matarás* —dijo el ka'kari.

—Te has vuelto hablador de repente, ¿eh? —comentó Kylar.

El ka'kari no respondió. Aunque estaba en lo cierto. Kylar no había acudido allí en busca de orientación. En realidad, no. Solo echaba de menos a su maestro. Era la primera vez que visitaba la tumba desde que Durzo había muerto.

Las lágrimas empezaron a fluir, y Kylar solo sabía que eran lágrimas de pérdida. Había perdido a su maestro; había perdido a la chica cuya salvación le había llevado a traicionar a su maestro; había perdido a la hija de su maestro. Había perdido su única oportunidad de llevar una vida pacífica. ¡Apocado herborista! Había sido un dulce espejismo, quizá, pero dulce a fin de cuentas. Kylar se sentía solo, y estaba cansado de sentirse solo.

Una taltuza había excavado un agujero cerca del pie de la tumba. Durzo se cabrearía si tenía que pasar la eternidad con roedores toqueteándole el cuerpo. Kylar observó el agujero, irritado. Era lo bastante profundo para que unos ojos normales vieran solo negrura, pero Kylar distinguió un resplandor metálico al fondo.

Se apoyó en sus rodillas y su muñón... aay... y desplazó el peso al codo, mejor, y metió la mano. Se puso en pie sosteniendo una cajita metálica sellada. Había una palabra grabada en ella: «Azoth». Le provocó un escalofrío. ¿Cuántas personas conocían ese nombre? Kylar la abrió con torpeza entre su muñón y una mano. Dentro había una nota.

«Hola —rezaba en la letra apretada de Durzo—, yo también pensaba que era mi última. Él me dijo que recibía una más por los viejos tiempos...» A Kylar se le empañó la vista. No podía creérselo. La carta seguía, pero sus ojos se vieron atraídos

a las últimas palabras: «NO HAGAS TRATOS CON EL LOBO».

La carta estaba fechada un mes después de que Kylar hubiese matado a su maestro. Durzo estaba vivo.

/\/\/\